

Ahora y siempre



Una novela ilustrada

Jack Finney

Lectulandia

Simon Morley roza la treintena y trabaja como ilustrador en una agencia publicitaria de Nueva York, ocupación más cercana a la rutina que a la creatividad. Su relación con Katie está muy lejos de ser apasionada, pero la tienda de antigüedades que la muchacha posee es una fuente inagotable de rancias fotografías y objetos variopintos que fascinan al joven y lo sumergen en el encanto del ayer. Su imaginación, su carácter y la devoción por la Historia lo convierten en el candidato idóneo para llevar a cabo un experimento planeado en secreto por el gobierno de Estados Unidos: un viaje al pasado. Después de trabar relación con los singulares personajes que intervienen en el proyecto, y tras sufrir una instrucción rigurosa, Simon acepta involucrarse a condición de visitar el Nueva York de finales del siglo XIX. Su despertar en una fría mañana de enero de 1882 marca el arranque de una aventura insólita en un tiempo que no conoce todavía el uso de ordenadores o el poder de las armas nucleares, un mundo fascinante donde todo parece nuevo y sin embargo familiar.

Simon anota, dibuja, fotografía y descubre qué hay de cierto en el pasado y qué de falso en las palabras del gobierno de su país. Con este bagaje volverá a nosotros y a las páginas de esta insólita novela que Jack Finney ha escrito con talante de buen conocedor de la Historia y gran escritor.

Lectulandia

Jack Finney

Ahora y siempre

ePub r1.0
nemiere 27.11.13

Título original: *Time and again*
Jack Finney, 1970
Traducción: Antoni Puigrós
Ilustraciones: Según se indica al final del texto
Retoque de portada: Piolin

Editor digital: nemiere
Primer editor: ojocigarro (EPG)
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Para Marg, a quien le gustó

Me hallaba trabajando, en mangas de camisa, tal como era mi costumbre, en un boceto de la pastilla de jabón que había pegado con esparadrapo a una de las esquinas superiores de la mesa de dibujo. Había arrancado cuidadosamente el envoltorio de papel dorado de modo que pudiera leerse gran parte de la marca impresa. Antes de conseguir el efecto deseado había estropeado el envoltorio de media docena de pastillas. Se trataba de desarrollar una nueva idea: enseñar el producto a punto para un uso que, según el texto publicitario que lo acompañaba, resultaba más «fragante, espumoso y adorable». Mi trabajo consistía en dibujarlo para media docena de anuncios, en cada uno de los cuales la pastilla de jabón aparecía desde un ángulo ligeramente distinto.

Este trabajo resultaba exactamente tan aburrido como suena, de modo que lo interrumpí y, volviendo la cabeza hacia la ventana que tenía al lado, contemplé la calle Cincuenta y cuatro, doce plantas más abajo, y las diminutas siluetas que circulaban por la acera. Era un día claro y soleado de mediados de noviembre de 1970, y me habría gustado estar allí fuera, con toda la tarde libre y sin nada que hacer. Es decir, sin la obligación de hacer nada.

Inclinado sobre la mesa para montaje se encontraba Vince Mandel, el especialista en rotulación; era delgado y moreno, y probablemente se sentía tan enjaulado como yo ese día. Trabajaba con el aerosol y se había cubierto la boca con una mascarilla de algodón. Estaba rociando con pintura color carne la foto de una chica en bañador recortada de la revista *Life*. El efecto, cuando finalizara, sería la supresión del bañador, lo cual haría que la chica pareciera desnuda a excepción de la banda que cruzaba su tronco desde el hombro hasta la cadera, y en la que se leía MISS MAQUINARIA COMERCIAL. Esta clase de trucaje era la ocupación favorita de Vince en el trabajo, siempre que se sentía inspirado, y la foto retocada se añadiría a otras parecidas que había en el tablón de anuncios del departamento de arte. Tablón al que Maureen, de diecinueve años, nuestra mensajera y encargada de montar los originales, se negaba a mirar por mucho que insistiéramos.

Frank Dapp, el director artístico, una pequeña bola de energía, se acercó trotando al cubículo que hacía las veces de mi despacho, en el rincón noreste de la sala del departamento artístico. Al pasar junto al gran armario metálico de la entrada, donde se guardaba el material, chocó violentamente contra la puerta abierta y soltó un alarido atronador. Aquella rutinaria liberación de energía, parecida a la de una locomotora que soltara un chorro de vapor, fue una sorprendente erupción sonora. No obstante, ni Vince ni Karl Jones, que estaba frente a mí, inclinado sobre su tablero,

levantaron la mirada. Estaba seguro de que nadie lo había hecho tampoco en la sala de redacción, que se hallaba al otro lado. Sin embargo, se sabía que en otras ocasiones algunas personas que aguardaban en la salita de recepción del departamento artístico se habían levantado de un salto ante un alarido similar.

Aquel viernes era un día de lo más normal. Faltaban veinte minutos para la hora del almuerzo, cinco horas para salir y para el fin de semana, diez meses para las vacaciones, treinta y siete años para la jubilación. Entonces sonó el teléfono.

—Hay un hombre aquí que quiere verte. —Era Vera, la telefonista—. No tiene cita.

—Está bien. Es mi contacto. Necesito una dosis.

—Lo que tú necesitas no tiene arreglo —contestó Vera, y colgó.

Me levanté preguntándome quién sería, pues los dibujantes de una agencia de publicidad no suelen recibir muchas visitas... La recepción principal se encontraba en la planta de abajo, de modo que elegí el trayecto más largo a través del departamento de contabilidad y el de prensa, pero no vi que hubiesen contratado a ninguna chica nueva.

Frank Dapp había bautizado a la sala de recepción el «Off Broadway». El lugar estaba decorado con una alfombra auténticamente oriental, varias vitrinas con objetos antiguos de plata —pertenecientes a la colección de la esposa de uno de los tres socios de la empresa— y una elegante matrona, cuyo cabello también era de plata antigua, que transmitía a Vera las peticiones de los visitantes.

Cuando entré en la recepción, mi visitante estaba de pie, observando uno de los anuncios enmarcados que colgaban de la pared. Algo que no me gusta admitir, y que he aprendido a disimular, es cierta timidez ante el hecho de conocer a una persona, y en aquellos momentos cuando el hombre se volvió al oír mis pasos, experimenté una leve y familiar aprensión. Era calvo y bajito, apenas me llegaba a la altura de los ojos, y yo mido menos de un metro ochenta. Debía de tener unos treinta y cinco años, pensé mientras me acercaba, y era notablemente ancho de pecho; me superaba en peso, si bien no podía decirse que fuera un hombre obeso. Llevaba un traje de gabardina verde oliva, que no casaba con su rosado cutis de pelirrojo. «Espero que no se trate de un vendedor», pensé. Luego, cuando entré en el vestíbulo, él sonrió. Su sonrisa era tan auténtica que al instante me cayó bien y me relajé. «No, éste no ha venido a venderme nada», me dije. Pero no podía estar más equivocado al respecto.

—¿Señor Morley?

Asentí y le devolví la sonrisa.

—¿El señor Simón Morley? —insistió, como si en la agencia pudiera haber varios con el mismo apellido y quisiera asegurarse.

—Sí.

Todavía no estaba satisfecho.

—Sólo por curiosidad, ¿recuerda usted su número de serie en el ejército? —preguntó, al tiempo que me cogía del codo, y empezaba a andar hacia el pasillo de los ascensores, lejos de la recepcionista.

Me apresuré a decírselo, sin plantearme por qué lo hacía ni averiguar la razón de su pregunta.

—¡Exacto! —exclamó con tono aprobatorio, y me sentí halagado. Ya habíamos salido al pasillo y no había nadie alrededor.

—¿Pertenece usted al ejército? Si es así, me basta por hoy.

Sonrió, pero me di cuenta de que no contestaba a mi pregunta.

—Soy Ruben Prien —dijo, y se detuvo por un instante, como si esperara a que yo reconociese su nombre. Luego prosiguió—: Debería haberle telefoneado para concertar una cita, pero ando tan escaso de tiempo que he preferido arriesgarme y dejarme caer por aquí.

—No se preocupe, sólo estaba trabajando. Si puedo hacer algo por usted...

Hizo una mueca ante la dificultad de lo que tenía que decir.

—Necesitaría una hora de su tiempo. Ahora mismo, si puede arreglarlo. —Parecía turbado—. Lo siento, pero..., si pudiera confiar en mí, aunque sólo fuera un ratito, le estaría muy agradecido.

Yo ya estaba atrapado; había conseguido despertar mi interés.

—De acuerdo. Son las doce menos diez. ¿Le importaría almorzar conmigo? Podría salir un poco antes.

—Perfecto, pero preferiría no hablar en un local cerrado. Podríamos comprar unos bocadillos y comer en el parque. ¿Le parece bien? No hace demasiado frío...

Asentí y dije:

—Voy en busca de mi abrigo y me reuniré aquí con usted. La verdad es que me ha intrigado. —Me detuve, indeciso, y examiné detenidamente a aquel hombrecito calvo y fornido, aunque de aspecto agradable, luego añadí—: Aunque supongo que usted ya sabía que iba a mostrarme intrigado. De hecho, ya ha representado este papel otras veces, ¿no es así? Incluida esa mirada suya de turbación.

Sonrió e hizo chasquear los dedos.

—Y yo que creía que lo dominaba... En fin, tendré que seguir practicando delante del espejo. Vaya en busca de su abrigo; no perdamos más tiempo.

Caminamos por la Quinta Avenida hacia el norte, pasando por delante de increíbles edificios de cristal y acero, cristal y metal esmaltado, cristal y mármol, y por delante también de los más antiguos, en los que había más piedra que cristal. Se trata de una calle sorprendente e increíble a la que nunca me he acostumbrado, y me pregunto si alguien ha conseguido habituarse a ella alguna vez. ¿Existirá otro lugar donde todo un montón de nubes se refleje por completo en las ventanas de un solo edificio y aún sobre espacio? Ese día de finales de otoño en especial yo disfrutaba de

hallarme en la Quinta Avenida. Era casi mediodía, hacía una temperatura de unos quince grados y el aire era fresco. Hermosas muchachas salían alegres de los edificios por los que pasábamos, y yo pensaba en que era una lástima no poder conocerlas o siquiera hablar con la mayoría de ellas.

—Primero le informaré acerca del motivo de mi visita —dijo el hombrecito calvo que caminaba a mi lado—, luego escucharé sus preguntas. Tal vez incluso conteste a alguna. Pero todo cuanto puedo decirle realmente lo habré dicho antes de que lleguemos a la calle Cincuenta y seis. Debo de haber hecho esto mismo más de treinta veces, pero jamás he encontrado la mejor forma de decirlo; ni siquiera parecer lo bastante cuerdo mientras lo expongo... Así que ahí va.

»Existe un proyecto. Un proyecto del gobierno de Estados Unidos, supongo que debería añadir. Secreto, por supuesto. ¿Qué cosa no lo es en el gobierno actualmente? En mi opinión, y en la de un puñado de personas, es aún más importante que los programas de investigación nuclear o de exploración aeroespacial, incluidos satélites y naves espaciales, si bien muchísimo más pequeño. Quiero dejar claro de inmediato que no puedo decirle nada acerca de ese proyecto. Y créame, nunca llegaría a imaginárselo... Le aseguro que nada de lo que los seres humanos han intentado en toda la alocada historia de nuestra especie se acerca siquiera a esto en cuanto a su absoluta fascinación. La primera vez que me hablaron de este proyecto estuve casi dos noches sin pegar ojo; y no utilizo el término como suele utilizarse habitualmente, sino en su sentido más literal... Es más, la tercera noche, para poder dormir tuve que ponerme una inyección en el brazo, y eso que se supone que soy un tipo sin imaginación, que lo consigue todo a fuerza de perseverancia... ¿He logrado captar su atención?

—Por supuesto. Si no he entendido mal, finalmente descubrió algo más interesante que el sexo.

—Es posible que descubra que no está exagerando en absoluto. Pienso que un viaje a la Luna sería casi aburrido comparado con lo que tal vez tenga la posibilidad de hacer. Se trata de la mayor aventura posible, y yo daría todo cuanto tengo, o tendré alguna vez, por estar en su piel. Daría años de mi vida sólo por una oportunidad como ésta. Y eso es todo, amigo Morley... Podría seguir hablando, y de hecho lo haré, pero eso es realmente todo cuanto tenía que decirle. Excepto una cosa: no se debe a sus méritos o virtudes, sino a la mera suerte, el que se le haya invitado a unirse a este proyecto. A comprometerse con él. Absolutamente a ciegas. Será un compromiso a ciegas, en efecto. ¡Pero, Dios, menudo compromiso...! Hay muy buenas charcuterías en la calle Cincuenta y siete, ¿de qué prefiere el bocadillo?

—De lomo, ¿de qué si no?

Compramos bocadillos y un par de manzanas, luego seguimos hacia Central Park, dos calles más al norte. Ruben Prien aguardaba alguna clase de respuesta, pero

caminaamos en silencio a lo largo de media manzana. Deseaba mostrarme educado pero no sabía qué decir; me encogí de hombros con irritación.

—¿Qué se supone que debo contestar?

—Lo que quiera.

—Muy bien. ¿Por qué a mí?

—Bueno, me alegro de que formule esa pregunta, como suelen decir los políticos. Necesitamos una clase de hombre muy peculiar. Tiene que poseer cierto número de cualidades. Una lista algo especial de ellas, en realidad; una lista extensa... Además, debe poseer esas cualidades de manera bastante equilibrada. Esto es algo que no sabíamos en un principio. Creíamos que cualquier joven inteligente y dispuesto serviría. Yo, por ejemplo. Ahora sabemos, o al menos creemos saber, que tiene que ser físicamente adecuado, psicológicamente adecuado y anímicamente adecuado. Tiene que tener una forma especial de ver las cosas. Debe poseer la habilidad, hoy bastante rara, de ver las cosas tal como son y, al mismo tiempo, tal como podrían ser, si es que esto tiene algún sentido para usted... Probablemente lo tenga, ya que tal vez estemos refiriéndonos a esto al hablar de la visión del pintor. Ésas sólo son algunas de las cualidades que este hombre debe poseer. Hay otras, pero no hablaré de ellas por el momento. El problema reside en que, por una cosa u otra, esto nos obliga a desestimar a gran parte de la población. La única forma práctica de encontrar probables candidatos es repasando los tests que el ejército hace a los reclutas. Se acordará usted de ellos, ¿verdad?

—Vagamente.

—Ignoro cuántas de estas pruebas se han estudiado, dado que esto no atañe a mi departamento. Millones, probablemente... Utilizan un programa informático para las primeras comprobaciones, eliminando las pruebas que se apartan ostensiblemente del modelo estipulado. Después de esto, se empieza a trabajar con personas de carne y hueso. No podemos desperdiciar a ningún candidato, dado que encontramos condenadamente pocos. Hemos estudiado no sé cuántos millones de fichas del ejército, incluidas las ramas femeninas. Por alguna razón, entre las mujeres hay más candidatos que entre los hombres; aunque desearíamos tener más gente a la que estudiar. En cualquier caso, un tal Simón L. Morley, con el número de serie referido, fue elegido como probable candidato. ¿Cómo es que no pasó de soldado raso?

—Debido a una absoluta falta de talento para idioteces como no salirme de la fila.

—Creo que el término técnico es marchar en formación... Del centenar aproximado de posibles candidatos que hasta ahora hemos encontrado, unos cincuenta han escuchado ya lo que ahora estoy diciéndole, y nos han dado calabazas. Otros cincuenta han aceptado, pero más de cuarenta han fracasado en algunas pruebas posteriores. En resumidas cuentas, después de un montón de trabajo se han clasificado hasta el momento cinco hombres y dos mujeres. La mayoría, o tal vez

todos, fracasarán en la prueba actual... No estamos seguros de ninguno. Nos gustaría disponer de veinticinco candidatos, si fuera posible. Preferiríamos cien incluso, pero no creemos que haya tantos por ahí. O al menos no sabemos cómo encontrarlos. Pero usted podría ser uno.

—¡Jesús!

En la calle Cincuenta y nueve, mientras aguardábamos en el semáforo, observé el perfil de Ruben y exclamé:

—¡Ruben Prien, claro! Usted jugaba al fútbol... ¿Cuándo fue eso? Hará unos diez años, ¿verdad?

Se volvió hacia mí y sonrió.

—Veo que se ha acordado. Es usted un buen muchacho. Me habría gustado comprarle un trozo de esas tartas gruesas y untuosas, de esas que me han prohibido comer. Si tuviese quince años menos, pero la verdad es que ya no soy el joven apuesto que veían en mí.

—¿Dónde jugaba usted? No consigo recordarlo.

La luz del semáforo cambió a verde y ambos bajamos de la acera.

—En West Point.

—¡Ya me parecía! ¡Usted sirvió en el ejército!

—Así es.

—En fin, lo siento —dije sacudiendo la cabeza—, pero hará falta alguien más, aparte de usted... Se necesitarán más de cinco fornidos muchachos de la policía militar para arrastrarme de nuevo al ejército, y ni por un instante dejaré de patear y chillar. No tengo ni idea de qué anda usted vendiendo, pero sea lo que sea no me interesa. El aliciente de las noches sin dormir en el ejército no es bastante, Prien. Ya tuve bastante de eso.

Al llegar al otro lado de la calle subimos a la acera, la cruzamos, giramos en un sendero de tierra y grava que conducía al interior de Central Park y seguimos por él en busca de un banco vacío.

—¿Qué tiene en contra del ejército? —preguntó Ruben, fingiéndose ofendido.

—Usted afirmó que para esto necesitaría una hora; yo precisaría de una semana sólo para los títulos de los capítulos.

—Está bien, no se una al ejército. Alístese en la armada. Haremos de usted lo que quiera, desde segundo contramaestre a teniente de navío. O enrólese en el Ministerio del Interior. Podrá ser guardabosque, con su propio sombrero de policía montada. —Prien se estaba divirtiendo—. O elija la oficina de Correos, si quiere. Le convertiremos en inspector auxiliar y le daremos una insignia y poder para detener a quien cometa fraude postal... Hablo en serio, elija cualquier departamento del gobierno que le guste, a excepción del Ministerio de Asuntos Exteriores o el cuerpo diplomático. Escoja cualquier cargo que le apetezca y cuyo salario no sobrepase los

doce mil dólares al año, y siempre que no sea un cargo electivo, porque no es cuestión, Simón... Oye, ¿te molesta si te tuteo? —preguntó de pronto con impaciencia.

—En absoluto.

—Entonces llámame Rube, si no te importa... Como te decía, técnicamente da igual en qué nómina estés. Cuando afirmo que esto es secreto, lo digo en serio. Nuestro presupuesto está diseminado a través de la contabilidad de toda clase de ministerios y oficinas, nuestra gente se halla inscrita en todas las nóminas excepto en la nuestra. Oficialmente, no existimos. Y sí, todavía soy miembro del Ejército de Estados Unidos. Pienso seguir en él hasta que me jubile, y, además, por excéntrico que esto te parezca, me gusta el ejército. Mis uniformes están guardados, no tengo que hacer el saludo a nadie hoy en día, y el hombre de quien recibo órdenes es un profesor de Historia de la Universidad de Columbia, actualmente en excedencia. Hace un poco de fresco aquí a la sombra. Busquemos un sitio al sol.

Elegimos un banco a unos doce metros del sendero, al lado de un gran afloramiento de rocas negras. Nos sentamos en la parte soleada, apoyando la espalda contra la cálida roca, y desenvolvimos nuestros bocadillos. Los rascacielos de Nueva York se elevaban por el sur, el este y el oeste, y parecían cernirse sobre los límites del parque igual que una cuadrilla de peones dispuesta a entrar precipitadamente y cubrir de cemento todo el verdor que nos rodeaba.

—Sin duda estarías en la escuela primaria cuando leías acerca de Rube Prien, el *quarterback* con pies de gacela a quien llamaban el Volador.

—Probablemente. Ahora tengo veintiocho años... —Di un mordisco a mi bocadillo: era muy bueno, de carne cortada en rebanadas muy delgadas y abundantes, sin grasa.

—Veintiocho el 11 de marzo —especificó Rube.

—De modo que también sabes eso, ¿eh? Vaya con el polizante santurrón.

—Está en tu ficha del ejército, como es lógico. Pero también sabemos algunas cosas que no aparecen en ella... Por ejemplo, que te divorciaste hace dos años, y el motivo por el que lo hiciste.

—¿Te importaría explicármelo? Aún no he logrado averiguarlo.

—No lo entenderías... También sabemos que en los últimos cinco meses has salido con nueve mujeres, si bien sólo con cuatro de ellas en más de una ocasión. Y que aproximadamente las últimas seis semanas esta lista se ha reducido a una sola mujer. Por eso mismo, no creemos que estés listo para volver a casarte. Es posible que pienses que lo estás, pero nosotros creemos que todavía te da miedo... Tienes dos amigos, con los que de vez en cuando sales a almorzar o a cenar. Tus padres han muerto y no tienes hermanos ni hermanas...

Estaba ruborizándome. Lo noté y procuré que el tono de mi voz sonara tranquilo.

—Rube, me caes bien como persona, pero siento que debo decírtelo; ¿quién diablos os ha dado permiso para hurgar en mi vida privada?

—No te enfades. Si, no vale la pena. No hemos investigado mucho más, en todo caso no hemos hallado nada ilegal o de qué avergonzarse. No somos como un par de agencias gubernamentales que podría nombrarte. No creemos que hayamos sido elegidos por voluntad divina. No realizamos investigaciones al margen de la ley ni colocamos micrófonos ocultos. Estamos convencidos de que la Constitución también debe aplicarse en nuestro caso. Aun así, quisiera que no nos separemos sin que nos autorices a registrar tu apartamento antes de que regreses allí esta noche.

Apreté los labios y negué con la cabeza.

Rube sonrió y me cogió del brazo.

—Sólo bromeaba un poco contigo, pero confío en que no te importe. Estoy ofreciéndote la oportunidad de participar en la experiencia más grandiosa que se le haya presentado nunca a un ser humano.

—¿Y no puedes contarme nada al respecto? Me sorprende que hayas conseguido siete personas. O siquiera una.

Rube bajó la vista hacia el césped, al parecer reflexionando acerca de qué decirme. Luego volvió a mirarme.

—Queríamos averiguar más cosas —dijo, arrastrando las palabras—, ponerte a prueba en otros aspectos... Aunque creemos que ya sabemos mucho sobre tu manera de ser, sobre cómo piensas. Por ejemplo, tenemos en nuestro poder dos pinturas originales de Simón Morley procedentes de la Exposición de Directores Artísticos que se celebró esta última primavera... Además de dos acuarelas y varios bocetos, todos comprados y pagados. Sabemos ciertas cosas acerca de la clase de hombre que eres, y hoy he averiguado algo más. De modo que pienso que puedo decirte lo siguiente: estoy dispuesto a garantizarte, y me considero en disposición de hacerlo, que si asumes esto con responsabilidad y te comprometes por dos meses, dando por sentado que pases estas otras pruebas, me lo agradecerás... Me dirás que yo tenía razón, que sólo con pensar en que podrías haberte perdido esto sientes escalofríos... ¿Cuántos seres humanos han existido? ¿Cinco mil millones? ¿Seis mil, quizá? Bueno, pues, si pasaras la prueba te convertirías en uno de esa posible docena de personas en disposición de participar en la aventura más grande que un ser humano sea capaz de experimentar... Tal vez en el único.

Eso me impresionó. Permanecí sentado comiéndome la manzana, con la mirada al frente, reflexionando. De repente, me volví hacia Rube:

—¡No has agregado ni un maldito detalle a lo que ya me habías explicado!

—Te has dado cuenta, ¿eh? Algunos ni lo advierten... Esto es todo lo que puedo decirte, Si.

—Bien, debo reconocer que eres excesivamente modesto, porque tu discurso para

vender el producto ha funcionado de maravilla... Sin embargo, ¿aceptarías de alguien el puente de Brooklyn como un pago a cuenta? ¡Por el amor de Dios, Rube! ¿Qué se supone que debo contestar? «¡Por supuesto que me enrolo! ¿Dónde quieres que firme?».

Rube asintió.

—Lo sé, es duro, pero no hay otra forma de hacerlo. Eso es todo. —Se quedó allí sentado, mirándome. Luego, en voz baja, añadió—: Pero para ti sería más fácil que para la mayoría. No estás casado, no tienes hijos, y tu trabajo te aburre mortalmente. Lo sabemos muy bien. ¿Por qué iba a ser de otra forma? No conduce a nada, no vale nada. Estás cansado, te sientes insatisfecho contigo mismo y el tiempo pasa. Dentro de dos años cumplirás los treinta, y todavía no sabes qué hacer con tu vida. —Rube apoyó la espalda contra la roca y volvió la mirada hacia la gente que paseaba por el sendero, bajo el soleado mediodía otoñal, al tiempo que me concedía la oportunidad de reflexionar. Tenía razón en lo que acababa de decir.

Cuando lo miré otra vez, Rube estaba aguardando.

—De modo que lo que tienes que hacer —dijo— es aprovechar la ocasión. Respira hondo, cierra los ojos, apriétate la nariz y salta. ¿Acaso prefieres seguir vendiendo jabón, goma de mascar, sostenes o cualquier maldita baratija que salga al mercado? ¡Por el amor de Dios, eres joven todavía! —Se sacudió las manos para desprenderse de las migajas y metió varias bolas de papel parafinado dentro de su bolsa del almuerzo, luego se levantó con presteza y agilidad, como un ex jugador de fútbol—. Sabes a qué me refiero, Si... La única forma de hacer esto es dar un salto hacia delante.

Yo también me levanté. Caminamos hacia una papelera de rejilla metálica asegurada en torno a un árbol y depositamos en ella nuestras bolsas de papel. Cuando regresamos al sendero, yo estaba convencido de que si hubiera sujetado mi muñeca entre el índice y el pulgar habría notado cómo el pulso se me aceleraba. Estaba asustado. Al contestar, lo hice en un tono de irritación que me sorprendió.

—¡Sería una soberana estupidez confiar sin más en la palabra de un desconocido! ¿Y si me enrolara en este gran misterio y luego descubriera que no es fascinante en absoluto?

—Eso es imposible.

—Pero ¿y si lo fuera?

—Una vez lleguemos a la conclusión de que eres un posible candidato y te informemos de lo que estamos haciendo, tendremos que estar seguros de que continuarás... Necesitamos tu promesa, de lo contrario no podemos hacer nada.

—¿Tendría que abandonar la ciudad?

—Más adelante. Con alguna excusa para tus amistades. No podemos permitir que alguien vaya por ahí preguntándose dónde y por qué Si Morley ha desaparecido.

—¿Será peligroso?

—Creemos que no. Pero tampoco puedo asegurarte que lo sepamos realmente.

Mientras caminábamos hacia la esquina del parque con la Quinta Avenida y la calle Cincuenta y nueve, pensé en lo que había sido mi existencia desde que dos años atrás llegara a Nueva York en busca de trabajo como dibujante; un desconocido de Buffalo con un portafolios lleno de bocetos bajo el brazo. De vez en cuando salía a cenar con Lennie Hindesmith, un dibujante con quien había trabajado en mi primer empleo en Nueva York. Por lo general, después de cenar solíamos ir al cine, o a la bolera, o a algún sitio por el estilo. También jugaba al tenis a menudo —en las pistas al aire libre en verano y en el pabellón en invierno— en compañía de Matt Flax, un joven contable de mi actual agencia, quien cada lunes por la noche me arrastraba a una partida de bridge y que probablemente acabara por convertirse en un buen amigo mío. Pearl Moschetti era una ayudante administrativa para una firma de perfumería en la que yo había trabajado al principio, y desde entonces salíamos juntos esporádicamente, en ocasiones incluso algún fin de semana, si bien ahora llevábamos cierto tiempo sin vernos. Y pensé también en Grace Ann Wunderlich, procedente de Seattle, con quien ligué casi por casualidad en el bar Longchamps, de la calle Cuarenta y nueve esquina Madison, al advertir que empezaba a llorar debido a que le resultaba insoportable estar sentada sola ante una bebida que no quería o no le gustaba, mientras todos los demás en el local parecían disfrutar de la compañía de amigos. Después de aquello, cada vez que nos veíamos terminábamos bebiendo demasiado, supongo que siguiendo la pauta de la primera vez, por lo general en un bar del Village. A veces me daba una vuelta por allí, pues ya conocía a los camareros y a algunos de los parroquianos, y, además, me recordaba un maravilloso bar que solía frecuentar durante unas vacaciones en Sausalito, California; el local se llamaba Bar Sin Nombre... Pero sobre todo pensé en Katherine Mancuso, una chica a quien veía cada vez más a menudo, y de quien sospechaba que finalmente le pediría que se casara conmigo.

Al principio, gran parte de mi existencia en Nueva York había sido solitaria; luego la había abandonado voluntariamente. Pero ahora, cuando pasaba a solas dos o tres noches a la semana —leyendo, viendo alguna película que Katie no quería ver, mirando la televisión en casa, o sencillamente deambulando por la ciudad—, no me importaba. Tenía amistades, tenía a Katherine, y me gustaba disponer de un poco de tiempo para mí.

Reflexioné sobre mi empleo. En la agencia estaban conformes conmigo y me pagaban un salario aceptable. El trabajo no era precisamente lo que yo tenía en mente cuando me inscribí en la Escuela de Arte de Buffalo, pero la verdad es que ya no recordaba qué tenía en mente en aquel entonces, si es que tenía algo.

De modo que, en general, no había nada realmente malo en mi vida. Excepto que,

como le ocurría a la mayoría de la gente que yo conocía, había un enorme agujero en ella, un inmenso vacío, y no sabía cómo llenarlo, o siquiera cómo escapar de él.

—Abandonar mi trabajo —le dije a Rube—. Renunciar a mis amigos. Desaparecer... ¿Cómo sé que no eres una especie de negrero?

—Mírate en el espejo.

Salimos del parque y nos paramos en la esquina.

—Bien, Rube... Hoy estamos a viernes. ¿Me dejas que lo piense? Al menos dame el fin de semana. No creo que me interese, pero ya te lo haré saber. En este momento no se me ocurre qué otra cosa decirte.

—¿Y ese permiso...? Me gustaría hacer la llamada telefónica ahora mismo. Desde la cabina más cercana, de hecho. En el Plaza. —Con la barbilla señaló el viejo hotel, al otro lado de la calle Cincuenta y nueve—. Para enviar un hombre a que registre tu apartamento esta tarde...

Una vez más, sentí que me sonrojaba.

—¿Todo cuanto hay allí?

Rube asintió.

—Si hay cartas, él las leerá. Si hay algo escondido, él lo encontrará.

—¡De acuerdo, maldita sea! ¡Adelante! ¡Puedes estar seguro de que no hallará nada interesante!

—Lo sé. —Rube estaba burlándose de mí—. Porque él no va a mirar nada. No hay ningún hombre al que deba telefonar. Nadie va a registrar tu asqueroso apartamento. Ni nunca lo han hecho.

—Entonces ¿a qué viene todo esto?

—¿No te das cuenta? —Me miró fijamente por un instante, luego sonrió abiertamente—. No, no te das cuenta, y además no te lo vas a creer. Pero esto significa que ya has tomado una decisión.

El sábado por la mañana, Katie y yo salimos en coche dispuestos a pasar el día en Connecticut. Yo no recordaba un invierno más largo que aquél, y el tiempo aún era claro y soleado. Pero no podía durar mucho más, de modo que, como no queríamos desperdiciarlo, habíamos salido con el MG de Katie, un modelo antiguo, con estribos y radiador frontal a la vista. Aunque Nueva York no es en realidad una ciudad para tener coche, Katie había comprado ése porque encajaba exactamente en un estrecho callejón que había junto a la tienda, después de cruzar ilegalmente por encima de la acera. Cuando lo tenía allí aparcado, para subir o bajar de él había que hacerlo saltando por detrás, pero esto le ahorra a Katie el alquiler del garaje y le permitía tener coche.

Katie poseía una diminuta tienda de antigüedades en la Tercera Avenida, a la altura de la calle Cuarenta. Sus padres adoptivos —que se habían hecho cargo de ella cuando tenía dos años— habían muerto hacía un par de años, con un intervalo de seis meses entre uno y otro. Los dos ya eran viejos, más de lo que lo habrían sido sus padres naturales. Después de eso Katie se había trasladado de Westchester a Nueva York, había trabajado como estenógrafa y, al ver que esto no le gustaba, al cabo de un año había montado la tienda con algunos miles de dólares que había heredado. Pero el negocio era un fracaso. Katie decidió vender tarjetas de felicitación e incorporar una pequeña biblioteca de alquiler, lo cual no le ayudaba gran cosa, y ambos sabíamos que cuando la siguiente primavera expirara el alquiler tendría que renunciar a la tienda.

Yo lo sentía. Por Katie y porque me gustaba aquel sitio. Me gustaba fisgonear por allí, descubrir algo que no había advertido con anterioridad: una caja de insignias pertenecientes a antiguas campañas políticas debajo del mostrador, quizá; o algo nuevo que Katie acababa de comprar, como un gorro de almirante, que yo podía probarme. Y cuando disponía de tiempo o tenía que esperarla, como era el caso aquella mañana, solía sentarme con uno de los esteroscopios —esos aparatos para contemplar imágenes en relieve— que ella tenía y con varias cajas grandes repletas de vistas estereoscópicas, la mayor parte de Nueva York... Debo decir que siempre he sentido gran curiosidad por las fotografías antiguas, lo cual no resulta fácil de explicar. Si bien es posible que no necesite explicarlo, que ustedes comprendan qué quiero decir... Me refiero a esa sensación de arrobamiento que se experimenta al contemplar esas extrañas prendas, esos fondos difuminados, mientras uno es perfectamente consciente de que lo que está viendo fue realidad en el pasado. Que esa luz se reflejó en una lente desde unas caras y unos objetos que ya han desaparecido.

Que una vez esas personas estuvieron verdaderamente ahí, sonriendo a la cámara. Que en aquel tiempo, uno habría podido entrar en esa escena, tocar a esa gente y hablar con ella. Que habría podido entrar en ese edificio extraño y anticuado y ver lo que ya no podría ver, lo que había justo al otro lado de la puerta.

Pero ese prodigio es incluso más intenso con las vistas estereoscópicas. El par de fotografías prácticamente idénticas, aunque no del todo, montadas una a cada lado de la rígida cartulina, producen un milagroso efecto de profundidad al contemplarlas a través del visor... Para mí nunca ha sido un misterio que en otro tiempo todo el mundo enloqueciera por ellas, pues las buenas fotografías, las realmente diáfanas, eran casi reales. Bastaba insertar una foto, deslizaría hasta que se enfocaba, y de repente la antigua escena saltaba delante de uno, sorprendentemente tridimensional. La admiración que esto despertaba en mí era realmente intensa, pues entonces podía ver el instante paralizado, hasta el punto de que, si lo miraba con atención, era como si la vida atrapada allí tuviera que proseguir. Como si los cascos que el caballo levantaba en el aire, tan sorprendentemente nítidos contra el fondo, tuvieran que descender de nuevo hasta tocar la sólida superficie del suelo; como si las ruedas del carruaje fueran a rodar otra vez, la chica a acercarse caminando, o el hombre a abandonar la escena. La sensación de que la inasequible realidad del momento desaparecido podía atraparse de algún modo —de que si seguía mirando lo bastante conseguiría detectar ese primer movimiento casi imperceptible— era la respuesta a la pregunta que Katie me había formulado en más de una ocasión: «¿Cómo puedes estar sentado ahí tanto tiempo, sin apenas moverte, mirando sin cesar la misma fotografía?». Por eso me gustaba la tienda, porque en ella había cosas como las vistas estereoscópicas, y también porque gracias a ella había conocido a Katie, la única vez en la vida en que había logrado reunir el valor suficiente para actuar como lo hice.

Yo estaba trabajando en un anuncio y necesitaba dibujar una antigua lámpara de mesa, y al pasar por delante de la tienda de Katie me detuve a mirar el escaparate justo cuando ella sacaba algo de allí. La miré fijamente. Era una joven hermosa, de esas que tienen una abundante cabellera cobriza a la que poco le falta para ser pelirroja, cutis ligeramente pecoso y los ojos castaños que suelen acompañarlo. Pero fue su rostro lo que me cautivó; me refiero a su aspecto, a su expresión... Una de esas caras que nada más verla se sabe que pertenece a una persona extremadamente encantadora. Así de sencillo. Me gustó al instante, tanto el ser humano como la muchacha de aspecto encantador. Y estoy seguro de que fue por eso que cuando me miró tuve el valor —incluso antes de recordar que yo carecía de él— de llevarme los dedos a los labios y lanzarle un beso a través del cristal, a la vez que bizqueaba. Katie sonrió y, antes de que ese valor tan poco habitual me abandonara, entré en la tienda con la esperanza de que se me ocurriese algo. Y así fue. Le dije que andaba buscando otro sombrero de Napoleón, pues me habían arrebatado el que tenía. Ella volvió a

sonreír, lo cual demostraba su grado de amabilidad, y empezamos a hablar. Dado que en aquel momento no podía acompañarme a tomar una taza de café, regresé al día siguiente y salimos a cenar.

Estos recuerdos concluyeron al bajar Katie de su apartamento, que se encontraba encima de la tienda. Lucía una gabardina corta de lona marrón y un pañuelo amarillo en la cabeza; una maravillosa combinación de colores. Luego me entregó las llaves del coche y me pidió que condujera, pues sabía que me encantaba hacerlo cuando se trataba del MG.

Hacía un día espléndido, y a última hora de la tarde yo conducía por una pequeña carretera rural que había descubierto, un camino de tierra, con granjas a los lados, de vez en cuando un murete de piedras, y muchos árboles, algunos de los cuales todavía conservaban su follaje otoñal. Yo no iba a más de treinta y cinco kilómetros por hora, conducía perezosamente, con una mano en el volante, casi sin pensar en nada. Durante el día me había acordado varias veces de Rube Prien y estaba ansioso por hablar de él con Katie. Pero como no lograba recordar si le había prometido que no mencionaría nuestra conversación, no dije nada.

El tiempo todavía era bastante cálido, y a última hora de la tarde aún había mucho sol, de modo que Katie se quitó el pañuelo, echó la cabeza hacia atrás y sacudió la frondosa cabellera, realmente cobriza bajo la luz sesgada del sol, que luego se ahuecó por detrás en una fantástica combinación de gestos femeninos. La miré y sonreí. Ella me devolvió la sonrisa mientras alisaba el pañuelo en su regazo, encima de una falda de tweed color verde. Sin dejar de mirarme, se acercó a mí con un gesto agradable y halagador. Sujetó entonces el pañuelo por las dos esquinas, tiró de él con las manos y lo levantó justo por encima del parabrisas, de modo que el aire lo sacudió, tensándolo a partir de los extremos por donde ella lo sujetaba. A continuación lo desplazó por encima de mi cabeza, y entonces, con un gesto rápido —como una exhalación— bajó las dos esquinas por delante de mi cara, justo debajo de la barbilla, y soltó el pañuelo. El viento lo adhirió de inmediato contra mi cara, como una segunda piel amarilla, y quedé totalmente a ciegas. Incluso me costaba respirar, o al menos eso pensé, de modo que dejé escapar un grito ahogado y por unos instantes un pánico irracional me dominó.

Inténtenlo alguna vez... Conduzcan por una carretera con un maldito pañuelo aplastado contra los ojos. No sabrán qué hacer, si seguir agarrados al volante mientras intentan conducir de memoria, frenando lo más rápidamente posible y sin patinar hasta salirse de la carretera, o si seguir conduciendo mientras tratan de arrancarse el pañuelo antes de que se apelozone sobre la cara.

Intenté ambas cosas. Con una mano todavía en el volante, y procurando recordar dónde estaban los límites de la carretera, agarré el pañuelo con la otra, pero al hacerlo cogí también un mechón de cabellos, de manera que el pañuelo no se desprendió. Al

frenar con excesiva brusquedad, noté que la parte posterior del coche patinaba, y comprendí que, si allí las cunetas eran tan profundas como lo habían sido durante el trayecto, el MG forzosamente caería dentro de una. Trataba de arrancarme el pañuelo de la cara, pero mis dedos sólo conseguían resbalar sobre la escurridiza tela de nailon. Luego nos detuvimos, el motor se caló, y el coche giró a medias, rozando el arcén con las ruedas traseras. Cuando por fin conseguí apartar de mi cara el pañuelo, vi que Katie, apoyada contra la portezuela de su lado, tendía el brazo fláccidamente hacia mí y me señalaba con el dedo, casi a punto de desternillarse de risa.

En cuanto recuperé la visión, examiné la carretera tanto delante como detrás, y observé que no había nadie en ninguna de las dos direcciones. De lo contrario, Katie no habría hecho lo que hizo. Además, las cunetas laterales eran tan poco profundas allí que resultaban casi inexistentes, aparte de que no había agua en ellas.

—Fantástico —dije—. Absolutamente maravilloso. ¡Tenemos que repetirlo! En la alameda, cuando regresemos esta noche.

—¡Oh, Dios, qué cómico estabas! —exclamó, casi sin aliento—. ¡Estabas tan divertido!

Sonreí, complacido con aquella alocada muchacha, y en ese instante, así como durante el resto del fin de semana, el misterioso proyecto de Rube Prien no tuvo conmigo la menor posibilidad.

No voy a explicar aquí todo lo referente a Katie y a mí. He leído narraciones de esta clase, completamente explícitas y detalladas, en las que no se omitía nada, y cuando han sido buenas, las he disfrutado. En ellas, incluso he aprendido algo sobre la gente, a veces, casi tanto como en las experiencias reales, lo cual es realmente positivo. Pero mi forma de ser es distinta, sencillamente. No me gustaría revelarlo todo sobre mí mismo, y, además, no podría. Me gusta leer estos relatos, pero no me gustaría escribirlos. En mi caso no hay nada extraordinario que ocultar. De modo que, si de vez en cuando consiguen leer entre líneas, es posible que acierten, o tal vez no. Como quiera que sea, todo cuanto podría contar acerca de Katie y de mí no es lo que me interesa describir en estas páginas.

No creo que durante aquel fin de semana pensara gran cosa en Rube o en la propuesta que me había hecho. Sin embargo, a las dos y media de la tarde del lunes terminé con el último de los dibujos del jabón «más adorable», entré en el despacho de Frank Dapp, los deposité sobre su mesa, y cuando me disponía a dar media vuelta para salir, permanecí allí delante de él, abrí la boca y me escuché dar la noticia. Le dije que había ahorrado algún dinero y que antes de que fuera demasiado tarde iba a tomarme un tiempo para comprobar si era capaz de hacerme un nombre en el mundo del arte. Era mentira, aunque debo admitir que había pensado en ello a menudo.

—¿Quieres dedicarte a pintar? —preguntó Frank, retrepándose en su sillón.

—No. La pintura es excesivamente abstracta hoy en día.

—¿Estás en contra de la pintura abstracta?

—No. La verdad es que soy una especie de admirador de Mondrian, aunque pienso que su pintura lo condujo a un callejón sin salida. Pero mi talento, si es que tengo alguno, se halla en lo figurativo. Así que pienso dedicarme al dibujo.

Frank asintió con expresión nostálgica. Era lo que él hubiese querido hacer, pero tenía dos hijos en el instituto, y pronto irían a la universidad. Contestó que si tenía prisa por marcharme, podría hacerlo en cuanto hubiese concluido los trabajos que tenía empezados; que antes de que me fuera quería invitarme a una copa y desearme buena suerte. Le di las gracias, no sin sentirme despreciable por semejante mentira, y a continuación cogí el ascensor hasta el vestíbulo del edificio y las cabinas de teléfonos. Allí marqué el número que Rube me había dado.

Pasó un buen rato antes de que se pusiera al teléfono. Tuve que hablar con dos personas, primero una mujer, luego un hombre, y después esperar todavía más de dos minutos. La operadora intervino para que pusiera más monedas. Finalmente, cuando Rube contestó, anuncié:

—Telefoneo para decirte que, si hago esto, tendré que informar a Katherine de lo que ocurre.

Se produjo un largo silencio.

—Bueno —dijo al fin—, no podrás explicarle gran cosa mientras no estemos seguros de que sirves como candidato. Si resultara que no eres adecuado, te agradeceríamos las molestias y, en ese caso, no creo que tuvieras que explicarle nada. ¿De acuerdo en esto?

—De acuerdo.

—Si llegaras a formar parte del proyecto, a conocer lo que estamos haciendo... —Titubeó—. En fin, maldita sea, si crees que debes decírselo, supongo que no quedará más remedio. Tenemos a dos tipos que están casados, y sus esposas lo saben. Les hemos hecho jurar que guardarían el secreto, y confiamos en que lo hagan. Eso es todo.

—De acuerdo, pero ¿qué ocurriría, Rube, si ella hablara? ¿O si lo hiciera yo? Sólo por curiosidad.

—Un tipo vestido con malla negra bajaría por tu chimenea y te dispararía un silencioso dardo paralizador. Luego te introduciríamos en un enorme bloque de plástico transparente hasta el año 2001. ¡No ocurriría nada, por el amor de Dios! ¿Crees que la CÍA iba a matarte, o algo por el estilo? Todo cuanto se nos permite hacer es reclutar personas en quienes poder confiar. Además, ya hemos visto a Katherine, ¿sabes? La hemos investigado, muy discretamente y todo lo demás. De vosotros dos, es ella quien mayor confianza me merece... ¿Debo entender con eso que has decidido unirme a nosotros?

Sentí el impulso de titubear, pero lo deseché.

—Sí.

—De acuerdo. El primer día que puedas, preséntate alrededor de las nueve de la mañana en esta dirección...

Y fue así como tres días más tarde, el jueves por la mañana, poco después de las nueve y demasiado nervioso para coger un taxi, iba yo andando bajo la lluvia —dado que el buen tiempo había concluido— en busca de la dirección que Rube me había dado. Me sentía cada vez más confuso. Aquélla era una zona de la parte alta del West Side, llena de pequeñas fábricas, garajes, tiendas al por mayor y talleres de encuadernación. Los coches estaban aparcados a los lados de la calle, con las ruedas de un costado sobre el bordillo. Las aceras se hallaban cubiertas de papeles mojados, pequeños envases de zumo de naranja estrujados y cristales rotos, y no había peatones a la vista. A medida que comprobaba direcciones, avanzaba hacia el oeste, acercándome cada vez más al río. Pasé por delante de BUZZ BANNISTER, fabricante de letreros de neón, un edificio de estuco blanco cubierto de suciedad y con las ventanas selladas con cajas de cartón. En el local de al lado estaba HNOS. FIORE, GÉNEROS AL POR MAYOR, con un candado en la puerta y una botella de vino rota sobre el portal. Detrás de una alambrada al otro lado de la calle, silenciosa y desierta bajo la lluvia, había centenares de coches convertidos en cubos oxidados.

Empezaba a preguntarme si me habrían engañado, si Rube Prien sería... ¿Qué cosa? ¿Un actor, contratado tal vez para llevar a cabo una broma pesada? No me parecía probable, aunque el número que me había dado, si es que existía, tenía que estar en la manzana que tenía ante mí. No obstante, todo cuanto podía ver era que la manzana entera estaba ocupada por un gran edificio de seis plantas, de ladrillo oscurecido por el hollín, coronado por una alcubilla de madera desgastada por el tiempo. Justo debajo del tejado, en una amplia franja de pintura blanca desteñida, se leía: MUDANZAS Y GUARDAMUEBLES HNOS. BEEKEY, 555-8811. Por el aspecto de aquel letrero, habría asegurado que llevaba varios años allí.

No había ventanas en las paredes, salvo en la esquina que tenía justo delante de mí y en la pared de enfrente. En ésta había dos ventanales a nivel de la calle en los que rezaba, con letras de oro ya descascarilladas: HNOS. BEEKEY. En el pequeño despacho que había tras los cristales, una muchacha permanecía sentada a un escritorio adosado al mostrador, tecleando en una máquina. Arriba, en la pared frente a mí, un panel rectangular pintado sobre los ladrillos informaba: TRANSPORTE LOCAL Y DE LARGA DISTANCIA. ESPECIALISTAS EN GUARDAMUEBLES AGENTES DE LA FEDERACIÓN DE TRANSPORTISTAS DE MUDANZAS. En la calle, varios pisos por debajo del panel, una furgoneta verde en cuyos costados ponía MUDANZAS Y GUARDAMUEBLES HNOS. BEEKEY, se hallaba aparcada en un lateral del edificio, frente a la reja metálica para entrada de camiones. Dos hombres vestidos con mono blanco estaban lanzando paquetes de mantas protectoras

en la parte trasera de la furgoneta.

No podía hacer otra cosa que seguir caminando hacia el edificio, pero tenía la seguridad de que el número que figurase en la puerta de aquella oficina no sería el que Rube me había facilitado. Y así fue. Seguí andando. Durante lo que quedaba de manzana caminé bajo la lluvia, siguiendo la pared de ladrillo curtida por el tiempo. Entre ésta y la acera, sobre una estrecha franja de tierra batida, crecía un seto ralo y descuidado, de medio metro de altura. En sus pequeñas ramas habían quedado atrapados restos de cinta adhesiva, en la pared aparecían obscenidades escritas con aerosol, y me pregunté si tendría el valor necesario para pedirle a Frank que me readmitiera en la agencia.

En la pared del edificio, casi al final de la manzana, apareció una puerta corriente de madera, con un viejo pomo de bronce y una placa circular en torno a la cerradura. La pintura gris estaba cuarteada y medio saltada en algunas zonas, dejando entrever la madera desnuda. La puerta parecía cerrada con llave. Pero en los húmedos ladrillos de encima, escrito con pintura blanca y tan desteñido que apenas podía leerse, estaba el número que Rube me había dado. Llamé a la puerta con los nudillos, y el silencio que siguió sólo fue roto por el murmullo que emitía la ciudad un jueves por la mañana y por la lluvia al golpear sobre los capós y los techos de los automóviles aparcados detrás de mí. No creí que fueran a contestar a mi llamada, ni que al otro lado de la puerta hubiera alguien para oírla.

Pero sí había alguien. El pomo chirrió al girar, la puerta se abrió y se asomó un joven de cabello negro y mono blanco. Encima del bolsillo delantero, bordado en rojo, ponía «Don», y en una mano sostenía un ejemplar de *Sports Illustrated*.

—Hola —me saludó—. Entre. Vaya día más asqueroso...

Pasé por su lado y entré. Mientras él cerraba la puerta, vi que en la espalda de su mono ponía, con letras de molde rojas, HNOS. BEEKEY.

Estábamos en un despacho sin ventanas de no más de diez metros cuadrados, amueblado con un escritorio, un sillón giratorio y un par de sillas de roble con la mayor parte del barniz descascarillado. La luz provenía de unos fluorescentes, y en una pared colgaban un calendario de los Hermanos Beekey y unas cuantas fotografías de obreros sonrientes posando frente a los camiones de la empresa.

—¿Sí? —preguntó el joven del mono, al tiempo que se sentaba detrás de su escritorio—. ¿En qué puedo servirle? ¿Mudanzas? ¿Guardamuebles?

Contesté que quería ver a Rube Prien, esperando que él me mirara sin entender. Pero me preguntó mi nombre, luego marcó un número de teléfono y, con la barbilla, me señaló un par de ganchos en la pared.

—Cuelgue ahí su sombrero y el abrigo —dijo, luego, al teléfono, añadió—: El señor Morley, para el señor Prien. —Escuchó por un instante—. De acuerdo. —Colgó el auricular y me miró—. Bajaré dentro de un minuto... Haga como si estuviera en su

casa. —Dicho esto, se retrepó en su sillón y empezó a leer la revista.

Me senté, tratando de intuir qué pasaría a continuación, pero como no se me ocurrió nada, me puse a examinar las fotografías enmarcadas. Una de ellas, en la que con tinta blanca habían escrito «La Pandilla, 1921», mostraba un camión de Beekey, un viejo Mack de los que utilizaban ruedas con radios de metal y sólidos neumáticos de goma. La mitad de los obreros lucían enormes bigotes.

Oí un chasquido procedente de la puerta embutida en la pared que tenía a mi derecha. Volví la cabeza y cuando aquélla se abrió me di cuenta de que carecía de manilla en el lado donde yo me encontraba. Rube sujetaba con el pie la puerta abierta a sus espaldas. Llevaba unos vaqueros gastados y limpios y una camisa blanca de manga corta, con el cuello abierto. Sus brazos estaban cubiertos de vello rojizo y eran tan gruesos como mis bíceps, y más musculosos.

—Bueno, veo que nos has encontrado. —Me tendió la mano—. Bienvenido, Si. Me alegro de verte.

—Gracias. Sí, he encontrado el sitio. A pesar del camuflaje...

—Oh, en realidad no nos hemos camuflado. —Me hizo señas de que entrase, luego soltó la puerta para que se cerrara a nuestras espaldas y, al producir ésta un golpe amortiguado, advertí que sólo estaba pintada como si fuera de metal.

Nos hallábamos en un pequeño pasillo con el suelo de cemento, escasamente iluminado por una bombilla desnuda que colgaba del techo dentro de una jaula de alambre. Frente a nosotros había dos puertas de ascensor, esmaltadas de color verde. Rube se adelantó para pulsar el botón, y dijo:

—La verdad es que el edificio está igual que años atrás. Por fuera. Hasta hace unos diez meses ésta era una empresa familiar de mudanzas y almacenaje. La compramos y seguimos realizando ciertas tareas de mudanzas, y un poco de almacenaje en una sección aislada del edificio. Para mantener las apariencias. —Las puertas del ascensor se abrieron, entramos en él y Rube pulsó el 6. El otro botón visible correspondía al 1. Los demás estaban anulados mediante una sucia cinta adhesiva—. A los empleados más antiguos se los jubiló. Los demás fueron sustituidos gradualmente por nuestra gente. Cuando me contrataron, la verdad es que trabajé como mozo de mudanzas durante un mes. Poco faltó para que el maldito trabajo me matara. —Rube sonrió, con aquella sonrisa tan sincera que obligaba a corresponder—. Ahora nuestros presupuestos tienden a ser un poco caros. No mucho, sólo un poco; de modo que los negocios suelen ir a parar a un competidor. Aunque damos la sensación de estar ocupados como siempre. Incluso hemos añadido nuevos camiones. Hemos sacado de aquí gran cantidad de material con nuestros propios vehículos. El edificio entero, de hecho. E imagino que habremos traído otra clase de cosas.

Las puertas verdes se abrieron y salimos a una planta de oficinas. Olía a nuevo y parecía una planta de oficinas como cualquier otra: lustrosos pasillos de baldosas de

vinilo bajo una ristra de claraboyas, paredes pintadas de color beige con flechas negras señalando los distintos grupos de despachos, mangueras de extintores enrolladas detrás de unos cristales, de vez en cuando alguna fuente de agua potable, cierto número de puertas empotradas y, al lado de cada una, pegadas en la pared, etiquetas de plástico negras con un nombre escrito en blanco. Al fondo, al doblar por otro pasillo, vi que una chica con blusa blanca y falda negra avanzaba hacia nosotros con una pila de papeles en los brazos. Antes de que consiguiese distinguir su rostro, entró en un despacho. A medida que pasaba por delante de las puertas yo iba mirando las etiquetas de plástico, por si me daban alguna pista. Pero no eran más que nombres sin significado alguno: W. W. O'NEIL, V. ZAHLIAN, K. WEACH...

Rube me señaló la puerta que teníamos justo al frente, cuya etiqueta rezaba PERSONAL.

—Primero tenemos que pasar por aquí. Retención de impuestos, Cruz Azul, seguros, etcétera... Ni siquiera nosotros podemos obviarlo. —Abrió la puerta, me hizo señas de que entrara primero, y pasamos a una pequeña antesala medio ocupada por un escritorio tras el cual una muchacha escribía a máquina—. Rose, éste es Simón Morley, un nuevo colaborador. Si, Rose Macabee. —Nos saludamos y luego Rube preguntó—: ¿Cuánto vas a necesitarlo, Rose? ¿Media hora?

Ella contestó que veinticinco minutos. Rube dijo que volvería entonces y se marchó.

—Haga el favor de pasar ahí dentro, señor Morley. —La muchacha abrió la puerta y me hizo entrar en un despacho corriente, sin ventanas y prácticamente sin muebles, iluminado por una gran claraboya—. Tome asiento, por favor. —Me acerqué a una mesa escritorio y me senté en la butaca giratoria que había delante—. Los formularios tienen que estar ahí. —La joven abrió un cajón y sacó un pequeño manojito de seis u ocho impresos de diferente color y tamaño, unidos con un clip. Sacó el clip y extendió los impresos bajo la lámpara de mesa, al tiempo que encendía ésta con la otra mano—. Están todos. Rellene únicamente los espacios en blanco, señor Morley. Conteste primero a éste más largo. Aquí tiene un bolígrafo. —Me lo dio—. No debería llevarle mucho tiempo. Llámeme si tiene alguna duda. —Señaló una mesita que había al lado de la butaca que yo ocupaba, del tamaño justo para el teléfono blanco que había encima. Luego sonrió y salió, cerrando la puerta detrás de sí.

Por un instante permanecí con el bolígrafo en la mano, mirando alrededor. En la pared de enfrente había un archivador de color verde, y en la que tenía detrás, un espejo. En la de la derecha, junto a la puerta, había un pequeño cuadro enmarcado: una acuarela de un puente techado, en absoluto desdeñable, si bien bastante tópica. Eso era todo lo que había por ver, de modo que bajé la vista hacia los impresos desparramados bajo la lámpara de mesa. Eran formularios para la retención de

impuestos, hospitalización y cosas por el estilo. Cogí el más extenso, encabezado con la leyenda «Hoja de Datos de Personal», y empecé a rellenarlo. En el primer espacio en blanco escribí mi nombre, lugar de nacimiento (Gary, Indiana), fecha de nacimiento (11 de marzo de 1942), al tiempo que me preguntaba si alguien leería alguna vez esos datos. De pronto, el teléfono que había sobre la mesita comenzó a sonar. Hice girar mi sillón, descolgué, y... un escalofrío recorrió mi espalda, porque el teléfono era de color verde. Tenía que ser blanco, de eso estaba seguro, pero ahora era verde.

—¿Dígame?

—El señor Prien ha venido a buscarle, señor Morley. ¿Ha terminado ya?

—¿Terminado? Pero si acabo de empezar.

Hubo una breve pausa.

—¿Acaba de empezar? Señor Morley, lleva usted... —Se produjo otra pausa, como si la joven estuviera consultando la hora—. Lleva usted más de veinte minutos ahí. —Advertí cierta contrariedad reprimida en su voz—. Bien, haga el favor de concluir lo más rápidamente posible, señor Morley. El señor Prien ha concertado una entrevista con el director.

La joven interrumpió la comunicación y yo colgué lentamente el auricular. ¿Cómo era posible que me hubiese dejado arrastrar a una ensoñación de veinte minutos? Me volví de nuevo hacia el impreso que estaba rellenando y el pánico que se apoderó de mí me hizo dar un respingo, con lo cual la butaca salió rodando hacia atrás hasta chocar contra la pared. En los espacios en blanco que había debajo de mi nombre y del lugar y fecha de nacimiento aparecían escritos el nombre de mi padre (Earl Gavin Morley), su lugar y fecha de nacimiento (Muncie, Indiana, 1908), el apellido de mi madre (Strong), mis aficiones (dibujo y fotografía) y mi historial completo de empleos, empezando por Neff & Carter, en Buffalo. Los datos que aparecían en los demás impresos también estaban completos. Todos, al igual que el primero, con mi inconfundible letra. Era imposible que yo hubiese hecho todo aquello sin darme cuenta, pero allí estaba. No era posible que hubieran transcurrido veinte minutos, pero debía de ser así. Y el teléfono blanco —volví de nuevo la mirada hacia él— seguía siendo verde. El vello de la nuca se me erizaba y el miedo hizo que sintiese un nudo en el estómago.

Luego todo se calmó. Yo no había rellenado aquellos impresos, de eso estaba seguro. No llevaba en la habitación más de tres o cuatro minutos, como máximo, y de eso también estaba seguro. Mientras meditaba acerca de lo ocurrido, entorné los ojos y reparé en la acuarela que había en la pared, a la derecha. El puente techado había desaparecido y en su lugar ahora había una montaña cubierta de abetos con las copas nevadas. Solté una carcajada y el miedo desapareció de inmediato. En ese instante la puerta se abrió y entró Rube Prien.

—¿Has acabado ya? ¿Qué es lo que pasa?

—Rube, ¿qué diablos crees que estás haciendo? —pregunté con una sonrisa mientras se acercaba al escritorio—. ¿Por qué debo suponer que llevo aquí veinte minutos?

—Porque es así.

—¿Y el cuadro de la pared? —Lo señalé con la barbilla—. ¿Ha cambiado el puente por la montaña?

—¿El cuadro? —Rube estaba de pie ante el escritorio, y se volvió intrigado hacia la acuarela—. Siempre ha habido una montaña.

—Y el teléfono ¿siempre ha sido verde?

Volvió la mirada hacia el aparato.

—Sí, supongo. Que yo recuerde...

Sacudí lentamente la cabeza, sin dejar de sonreír.

—Es inútil, Rube. Como máximo llevo cinco minutos aquí dentro. —Señalé los documentos que había encima del escritorio—. Y nunca he rellenado estos impresos, por mucho que ésta parezca mi letra.

Por unos segundos, Rube me miró fijamente, con un brillo de preocupación en sus ojos.

—Supongamos que te juro que lo has hecho, Si... Que has estado aquí poco menos de veinticinco minutos.

—Mentirías.

—Supongamos que Rose también lo jura.

Me limité a negar con la cabeza. Luego, de pronto, me agaché junto a la mesita lateral y miré debajo. Allí colgaba el teléfono blanco, en su sitio, con el auricular sujeto mediante una ancha abrazadera de cobre en forma de U clavada en los laterales de la parte inferior de la mesita. Junto a él había una cajita metálica de la cual salían dos cables que bajaban por el lado interno de la pata de la mesa. Apreté el tablero de la mesa cerca del borde y un panel de complicado diseño giró sobre sí mismo, dejando a la vista el teléfono blanco a la vez que el teléfono verde se deslizaba bajo la abrazadera de cobre. Cuando alcé la mirada, Rube sonreía, y por encima del hombro hizo una señal hacia la puerta del despacho que había a sus espaldas.

Un hombre en mangas de camisa estaba de pie en el vano de la puerta. Era joven, de cabello oscuro y bigote fino cuidadosamente recortado; me miraba complacido.

—El doctor Oscar Rossoff —lo presentó Rube mientras se acercaba—. Simón Morley.

Nos saludamos, luego él tendió la mano hacia mí. Y cuando tendí la mía por encima del escritorio, no la estrechó, sino que me cogió la muñeca entre el pulgar y los demás dedos.

—Pulso casi normal... Bajando rápidamente —dijo al cabo de unos instantes—.

Bien. —Me soltó la mano, al tiempo que sonreía alegremente—. ¿Cómo lo ha averiguado? ¿Qué le ha dado la pista?

Rose nos miraba desde el umbral, sonriendo.

—Nada, sólo que era imposible. Sabía, sencillamente que no había rellenado esos impresos. Que no llevaba aquí veinte minutos. —Señalé el cuadro y no pude evitar sonreír—. Y que, minutos antes, esta horrible montaña era un puente.

—Siguiendo su propio instinto —murmuró Rossoff antes de que yo pudiera concluir—. Esto está bien —dijo dirigiéndose a Rube—, una excelente reacción. —De nuevo se volvió hacia mí—. Puede que a usted le parezca extraordinario, pero le aseguro que mucha gente reacciona de manera distinta. Hubo un hombre que salió corriendo por esa puerta. Tuvimos que detenerlo en el vestíbulo y explicárselo.

—Bien, estupendo. Me alegro de haber pasado la prueba. —Traté de no exteriorizarlo, pero me sentía como un muchacho que acabara de aprobar las matemáticas—. Sin embargo, ¿cuál era la intención? Y ¿cómo lo han hecho?

—Ya conocíamos tus datos —explicó Rube—. Un experto falsificador necesitó cuatro horas para rellenar estos documentos con tinta química. Todos los espacios en blanco exceptuando los tres primeros del impreso más general. Éstos los dejamos para ti. Hay una pequeña bombilla de rayos infrarrojos en la lámpara del escritorio, la cual hace que varios segundos después de que la enciendan la tinta se haga visible. Rose vigila a través del espejo que hay detrás de ti, desde un pasillo que conduce a su despacho. Apenas ve que has rellenado los tres primeros espacios, te telefona por una extensión y conecta la lámpara de infrarrojos. Mientras hablas por teléfono y dejas de mirar los impresos, *voilà!*, los espacios en blanco se rellenan.

—¿Y el cuadro?

Rube se encogió de hombros.

—Un agujero en la pared detrás del marco y el cristal. Mientras el candidato está escribiendo, yo saco el puente y meto la montaña.

—Bueno, no hay duda de que sorprendería al más pintado, pero ¿cuál es la intención?

—Comprobar cómo reaccionan ustedes cuando ocurre algo imposible —replicó el doctor Rossoff—. Algunos no logran entenderlo. Personas que cuentan con que las cosas son lo que deben ser y que se comportan como siempre lo han hecho. Cuando de pronto no es así, pierden la cabeza, porque son incapaces de soportarlo... En ese mismo escritorio es donde fracasan. Don, el chico de abajo, fue uno de ellos. Tuvimos que administrarle un calmante incluso después de que supiera qué había ocurrido. Pero usted se ha dejado guiar desde dentro, no desde fuera. Usted sabe lo que sabe... Ahora venga a mi despacho y tomaremos un café. Una copa, si lo prefiere. Se la ha ganado.

Para ir al despacho de Rossoff debíamos volver al pasillo que Rube y yo ya

habíamos recorrido, luego se doblaba una esquina y se entraba por una puerta que anunciaba ENFERMERÍA. Cuando Rossoff la empujó para que Rube y yo entráramos, me recordó a un hospital, y me di cuenta de que la puerta era más ancha que la mayoría. Entramos en una sala grande, iluminada únicamente por la luz que se filtraba a través de una claraboya. En la sala había un escritorio, una hilera de sillones de mimbre a lo largo de una pared, un fluoroscopio, un gráfico para comprobar el grado de visión, y lo que intuí debía de ser una máquina de rayos X portátil.

—A partir de ahora no habrá más trucos, Si —dijo Rube—. Te lo prometo. Ése ha sido el primero y el único.

—No me importa.

En un lateral de la gran sala que cruzábamos había otras habitaciones, éstas iluminadas. Oí que en una de ellas conversaban amigablemente. En otra vi a un hombre que llevaba una bata blanca de hospital, tenía un pie escayolado y estaba sentado en una camilla, leyendo un ejemplar del *Reader's Digest*.

Entramos en una salita de recepción, donde una enfermera de uniforme blanco se hallaba de pie ante un archivador, revisando las carpetas del cajón superior, que tenía abierto. Sujetaba un bolígrafo entre los dientes, y sonrió lo mejor que pudo. Al pasar, Rube fingió que iba a darle un azote en el trasero, y ella fingió creerlo, girando para apartarse. Era una mujer robusta, de aspecto sano y buen carácter, hacia el final de la treintena, con el cabello muy canoso.

—¿Azúcar? ¿Leche? —preguntó Rossoff, ya en su despacho, mientras se acercaba a una mesita baja, encima de la cual había una jarra transparente de café sobre una placa eléctrica—. Confío en que no le apetezcan, porque no tenemos ninguna de las dos cosas.

—Creo que lo tomaré solo —dijo Rube, sentándose en un sillón tapizado de tela—. ¿Y tú, Si?

—Me va bien solo... —Me instalé en una butaca de piel color verde y miré alrededor. Era una habitación grande y rectangular, sin ventanas, pero iluminada por luz natural a través de dos enormes claraboyas. La estancia me gustó y me sentí cómodo en ella. Estaba enmoquetada de gris y las paredes empapeladas con un alegre estampado rojo y verde. A un lado, el escritorio del doctor estaba cubierto de libros y papeles en completo desorden. En el otro, una serie de estantes repletos de libros ocupaban la pared del suelo hasta el techo. Al tenderme la taza de café, Rossoff advirtió que los miraba.

—Vaya y eche un vistazo —dijo.

Me levanté y me acerqué, al tiempo que tomaba un sorbo del café, que no era excesivamente malo.

Había esperado que los libros fueran de medicina, y muchos lo eran, pero unos dos metros o dos metros y medio de la librería estaban ocupados por obras de

Historia: libros de texto universitarios, libros de consulta, biografías, toda clase de tomos pertenecientes a cada período, país o personaje histórico imaginable. Y debía de haber unas doscientas novelas, muchas de ellas muy antiguas a juzgar por la encuadernación. Ninguno de aquellos títulos me resultaba familiar. Al regresar a mi sillón, mientras seguía sorbiendo el café, eché un rápido vistazo a los diplomas enmarcados, al título emitido por el estado de Nueva York y a las fotografías que cubrían casi la pared por encima del enorme sofá, tapizado también de cuero verde. Vi que Rossoff había estudiado Medicina y Psicología en la Universidad John Hopkins, así como que tenía una esposa de aspecto risueño, dos hijas en edad escolar y un perro basset.

—Todos míos, en especial el perro —dijo al advertir que miraba las fotografías.

Mientras tomábamos el café, hablamos durante unos cinco minutos de vaguedades, sobre todo de los Giants de San Francisco y del plan de Rossoff para obligarlos a regresar a Nueva York, consistente en secuestrar a Willie Mays. Luego Rube depositó su taza en la mesita que tenía al lado y se levantó.

—Gracias, Oscar, el café era espantoso. Si, regresaré cuando el doctor acabe contigo. Luego iremos a ver al director.

Rube se marchó. Rossoff me preguntó si quería más café y yo contesté que no.

—Bien, pues. —Suspiró—. Dentro de unos instantes deberé someterlo a ciertas pruebas. Estoy convencido de que encontrará la mayor parte de ellas familiar. Le pediré que examine unas cuantas manchas de Rorschach y me diga qué asquerosidades le recuerdan; esa clase de cosas... Si lo hace usted bien, tal vez querramos averiguar hasta qué punto sabe mentir. Quizá le pida que, sin previo aviso, se comporte como alguien determinado; un abogado, por ejemplo. Que aguante el interrogatorio de tres o cuatro personas que aparentemente sospechen de su impostura. O que niegue que es usted dibujante, o que nunca haya estado en Nueva York, mientras charla animadamente con varios desconocidos, todos los cuales tratarán de ponerlo en evidencia. Pero primero tendrá que hacer otra cosa... Por cierto, ¿se le ha ocurrido pensar que tal vez estemos todos locos, y que ha entrado en un enorme manicomio?

—Es por eso que me he unido a ustedes.

—Perfecto, sin duda es usted el tipo que necesitamos... —Me gustaba Rossoff: si pretendía tranquilizarme, estaba consiguiéndolo—. ¿Lo han hipnotizado alguna vez, por algún motivo?

—No, nunca.

—¿Tiene algo en contra de que lo hipnoticen? —preguntó—. Confío en que no... —se apresuró a añadir—. Esto es muy importante, y antes que nada debemos tener la seguridad de que podemos hipnotizarlo. Hay gente a la que no se puede, como sin duda sabrá... La única forma de averiguarlo es intentándolo.

Vacilé, luego me encogí de hombros.

—Bueno, supongo que si lo hace alguien competente...

—Yo lo soy, y seré quien lo haga. Si usted está de acuerdo.

—Lo estoy. Si he llegado hasta aquí, carecería de sentido permitir que esto me detuviera.

Rossoff se levantó, se acercó a su escritorio y cogió un lápiz de color amarillo. Luego volvió a sentarse y aproximó su sillón al mío, hasta que quedamos sentados el uno frente al otro, a sólo un metro de distancia.

—Vamos a utilizar un objeto —dijo, sosteniendo verticalmente el lápiz por la punta, frente a mí—. Esto servirá tan bien como cualquier otra cosa. No tiene que ser forzosamente algo brillante... Límitese a mirarlo, por favor. No hace falta que lo haga intensamente. Y si quiere parpadear o desviar los ojos, hágalo. Lo único que importa es que, si se pone tenso y se resiste, no lograré hipnotizarlo. Necesito su consentimiento en algo más que meras palabras; necesito que consienta mentalmente. En su interior. Por completo. Todo el rato. No luche contra ello. No se resista... ¿Está usted totalmente cómodo? Límitese a asentir si lo está. —Asentí—. Perfecto... Si nota cualquier resistencia en su mente, no le haga caso. Basta con que permanezca sentado observando cómo se disuelve, luego deje que se escurra. Por cierto, relaje los músculos... Quiero que se sienta absolutamente cómodo. Relaje incluso la mandíbula, deje que su boca se abra ligeramente y que sus ojos se desenfocan. Creo que ya lo nota un poco. Es usted inteligente y perceptivo, y pienso que acepta esto muy bien. En verdad que lo acepta muy bien... Resulta bastante agradable, ¿verdad? Y no hay nada por lo que deba preocuparse. De vez en cuando practico la autohipnosis, algo que puede hacerse con facilidad y que usted también aprenderá... Cuatro o cinco minutos de autohipnosis, lo cual significa abrir la mente a la sugestión, a las propias sugerencias, puede resultar maravillosamente estimulante. Con ella consigo que la jaqueca producida por la tensión desaparezca; nunca tomo aspirinas... Diría que percibe ya lo relajante que es esto. ¿No es una forma muy agradable de descansar? Mejor que una copa, mejor que un combinado... —Bajó el lápiz—. Voy a decirle cuán maravillosamente relajado está en realidad... Observe su brazo derecho, que descansa sobre el brazo del sillón. Está completamente relajado, más de lo que lo ha estado jamás, incluso más que cuando está dormido. Tanto, que no puede levantarlo. Los músculos se niegan a moverse. Lo comprobará cuando yo cuente hasta tres. Intente levantarlo cuando yo diga «tres». Verá como no puede... Uno. Dos. Tres.

Intenté mover el brazo, sin éxito. Lo miré fijamente, acercando la cabeza, luchando mentalmente para moverlo. Pero permaneció absolutamente quieto; ante mi silencioso requerimiento, no se movió más de lo que lo habría hecho el escritorio del doctor.

—Bien, no debe preocuparse en absoluto —me tranquilizó Rossoff—. Se ha sometido voluntariamente a mi sugestión hipnótica, y lo ha hecho muy bien. Ahora hablaré con usted durante unos pocos minutos. Por cierto, es usted libre de mover el brazo cuando quiera.

Levanté el brazo, lo flexioné y comencé a cerrar y abrir los dedos como si se hubiese dormido. Luego me recosté en la suave piel del sillón, más cómodo y satisfecho de lo que recordaba haberme sentido nunca.

—En cierto modo —continuó Rossoff—, la mente está compartimentada. Distintas partes del cerebro desempeñan distintas funciones. Si se le eliminara una determinada parte del cerebro, debido a un accidente, pongamos por caso, y perdiera usted la habilidad del habla, podría aprender de nuevo entrenando otra parte del cerebro. Y lo mismo podríamos afirmar del recuerdo, si fuera preciso. A los recuerdos también se los puede aislar. Enterrarlos como si nunca hubiesen existido. Cuando esto ocurre de manera generalizada, lo llamamos amnesia. Ahora mismo procederé a desconectar una pequeña parte de su memoria. Cuando dé un golpecito con este lápiz sobre el brazo de mi sillón, usted olvidará el nombre del hombre que lo trajo hasta aquí. Por el momento desaparecerá de su memoria, le resultará tan imposible de recordar como si nunca lo hubiese conocido. —Dio un golpe con el lápiz en el brazo de cuero de su sillón; el ruido fue casi inaudible, pero aun así lo percibí—. Recuerda al hombre que contactó con usted y lo indujo a venir aquí, ¿verdad? El que acaba de tomar café con nosotros. ¿Puede recordar su cara?

—Sí.

—Por cierto, ¿cómo iba vestido?

—Vaqueros desteñidos, camisa blanca de manga corta, mocasines marrones.

—¿Sería capaz de hacer un dibujo de su cara?

—Por supuesto.

—Muy bien, dígame cuál es su nombre.

Nada acudió a mi mente. Reflexioné. Repasé mentalmente una lista de nombres: Smith, Jones, apellidos de gente a la que conocía o a la que había conocido, nombres que había leído o de los que me habían hablado. No había ninguno que significara nada para mí; sencillamente, había olvidado su nombre.

—¿Entiende por qué no puede acordarse, que se halla usted bajo los efectos de la sugestión hipnótica?

—Sí, lo sé.

—Bien, veamos si es capaz de romperla. Haga todo lo posible. Usted conoce el nombre de ese hombre, lo ha utilizado y lo ha escuchado varias veces hoy. Vamos, inténtelo. ¿Cómo se llama?

Cerré los ojos, esforzándome. Busqué en el fondo de mi mente, traté de encontrar allí ese nombre, pero no hubo forma de hallarlo. Era como si me parasen en la calle y

me preguntaran el nombre de un desconocido.

—Cuando vuelva a golpear con el lápiz el brazo del sillón, lo recordará. — Después de golpear el cuero con el lápiz, insistió—: ¿Cuál es su nombre?

—Ruben Prien.

—Exacto. Cuando dé una palmada, saldrá usted de la hipnosis por completo. No quedará ningún resto, ningún vestigio. Toda la sugestión hipnótica habrá desaparecido. —Dio una palmada, no muy fuerte, aunque produjo un ruido seco y hueco—. ¿Se encuentra bien?

—Sí, perfectamente.

—Deje que me asegure. Cuando golpee con el lápiz sobre el brazo del sillón se le olvidará mi nombre. Será incapaz de recordarlo... —De nuevo dio un golpecito con el lápiz—. Bien, ¿cómo me llamo?

—Alfred E. Neuman.

—Vamos, no bromea ahora con esto.

—Rossoff. Doctor Oscar Rossoff.

—Muy bien. Era sólo una prueba y ya la ha pasado. Lo ha hecho muy bien, es usted un tipo de primera clase... Tuve esa corazonada. La próxima vez haré que ladre como una foca y coma pescado crudo.

Seguidamente examiné las manchas del test de Rorschach e informé a Rossoff acerca de los pensamientos que éstas provocaban en mí. Estudié unos dibujos, los interpreté y también realicé algunos. A continuación pasé una prueba consistente en escoger entre cierto o falso. Completé algunas frases con las palabras que faltaban. Hablé sobre mí mismo y contesté a un interrogatorio. Con los ojos cubiertos con una venda, escogí algunos objetos, describí su tamaño y su forma, y a veces su utilidad.

—Ya basta —dijo al final Rossoff—. Es más que suficiente. Por lo general suelo someter a la gente a pruebas durante días, en ocasiones una semana... Pero la verdad es que no estamos en absoluto seguros de que yo sea capaz de determinar los requisitos necesarios para llevar a cabo lo que probablemente sea algo imposible. Tengo una fuerte corazonada respecto a usted, de modo que no habrá prueba que me haga cambiar de opinión. Por otro lado, todas lo confirman. Hasta donde soy capaz de intuirlo, usted es un candidato. —De pronto se volvió hacia la puerta cerrada, con el oído atento. Se oyó el rumor de la voz de un hombre, luego la risa de una mujer—. ¡Rube! —gritó—, ¡aparta tus manos de Alice y ven acá!

La puerta se abrió y entró un hombre ya maduro, muy alto y delgado. Rossoff se puso bruscamente de pie.

—No soy Rube —masculló el recién llegado—, y no metía mano a Alice, lamento decirlo.

—Era al revés —explicó la enfermera, asomándose al despacho para coger el tirador de la puerta. Luego, sonriendo, la cerró.

Rossoff hizo las presentaciones. El recién llegado era el doctor E. E. Danziger, director del proyecto. Nos dimos la mano; la de él, grande y peluda, con venas prominentes, era tan enorme que abarcó la mía. Me miró con ojos vivaces, interesados, ansiosos por saberlo todo acerca de mí.

—¿Qué tal van las pruebas? —preguntó como a borbotones, y mientras Rossoff se lo explicaba aproveché la ocasión para estudiarlo.

Se trataba de un hombre al que bastaba haberlo visto una vez para reconocerlo. Debía de tener entre sesenta y cinco y sesenta y seis años, pensé, a juzgar por las arrugas que surcaban su frente y sus mejillas. Las de éstas formaban una serie de tres paréntesis, que empezaban en las comisuras de la boca y se extendían hasta los pómulos, ensanchándose y haciéndose más profundas cuando sonreía. Era calvo, de tez bronceada, con pecas en la parte superior del cráneo. El cabello de los lados todavía era negro, o tal vez lo llevase teñido. Debía de medir un metro noventa, tal vez más. Era delgado y de espalda ancha, si bien iba algo encorvado. Llevaba una vistosa pajarita a topos, un traje cruzado color canela, al estilo antiguo, con la chaqueta desabrochada. Debajo de ésta se veía un suéter marrón, de cuello alto. A pesar de su edad ofrecía un aspecto saludable, viril. Tuve la sensación de que no le habría importado en absoluto meter mano a Alice, y que quizás a ella tampoco le hubiese importado.

—¿Tú dices que sí? —le preguntó a Rossoff, arrastrando las palabras, y cuando el otro asintió, añadió—: Entonces yo también.

Se volvió hacia mí y me observó con expresión seria unos segundos, como si estuviera examinándome. En ese momento Rube entró en el despacho y, en silencio, cerró la puerta tras de sí. Empezaba a sentirme ya algo turbado a causa de la mirada del doctor Danziger, cuando éste sonrió:

—¡Bien, bien, bien! Ahora seguramente le gustará saber en qué asunto se ha metido... Bien, primero Rube se lo mostrará y luego yo intentaré explicárselo. —Se agarró las solapas de la chaqueta con sus enormes y pecosas manos y me miró al tiempo que esbozaba una sonrisa y asentía lentamente. Como si me aprobara, pensé, y me sentí más halagado de lo que había imaginado. Al fin, prosiguió—: Tengo a mi cargo la dirección de este proyecto. De hecho, fui quien lo empezó. Pero en este momento le envidio. Tengo sesenta y ocho años, y hace dos, cuando me enteré de que este proyecto iba a realizarse, por vez primera en mi vida empecé a preocuparme por mi salud. Dejé de fumar... Nunca había pensado en abandonar el tabaco, ni nunca me creí capaz, pero lo dejé. —Hizo un chasquido con los dedos—. En un abrir y cerrar de ojos. Lo echo en falta. —Su mano regresó a la solapa—. Pero no volveré a empezar. Bebo con moderación; como si fuera una medicina, en realidad. Y eso que en el pasado a veces bebía mucho. Con bastante frecuencia. Porque me gustaba... Pero ahora ya no. Y, además, sigo un régimen. ¿Que a qué vienen tantas tonterías? —

Levantó una mano, con el índice apuntando hacia arriba—. Porque quiero vivir y continuar en este proyecto todo lo posible. He llevado una vida interesante; no me han timado. He pasado dos guerras, he residido en cinco países, he tenido dos esposas, gran cantidad de amigos de ambos sexos, y en una ocasión fui rico durante cuatro años. No he tenido hijos, sin embargo. No se puede tener todo. —Me miró fijamente una vez más, con expresión amistosa y de envidia, las manos colgando de las solapas—. Pero si este proyecto alcanzara el éxito, sería lo más notable que un mortal haya conseguido nunca, y yo sería capaz de renunciar a cualquier cosa a cambio. Seguiría una dieta a base de nabos crudos y estiércol de caballo sólo para conseguir un año extra, o siquiera un mes de vida extra. Sin embargo, por mucho que un hombre se cuide, a los sesenta y ocho tiene los años contados. Usted, en cambio... ¿Cuántos tiene usted? ¿Veintiocho? —Asentí—. Bien, entonces me lleva una ventaja de cuarenta años, y si pudiera robárselos lo haría, alegremente, sin contemplaciones. Le envidio incluso este día. ¿Nunca ha regalado a alguien un libro con el que hubiese disfrutado enormemente, y ha experimentado una sensación de envidia porque estaban a punto de leerlo por primera vez, algo que usted nunca podría volver a hacer?

—Sí. *Huckleberry Finn*.

—Perfecto. Bien, pues así es como me siento por lo que usted va a vivir a continuación. Llévatelo, Rube. Hay que enseñarle un montón de cosas y tenemos prisa. —Levantó la muñeca para mirar su reloj—. A la hora del almuerzo acompáñalo a la cafetería.

Fuera, mientras Rube y yo andábamos por los pasillos, la gente pasaba por nuestro lado, entrando y saliendo de los despachos. Había hombres y mujeres, jóvenes en su mayoría, y al cruzarse con nosotros comentaban algo con Rube o le dirigían una sonrisa tras mirarme con curiosidad. Rube me observaba con una expresión risueña, y cuando volví la mirada hacia él me preguntó:

—¿Qué imaginas que vas a ver?

Incapaz de hallar una respuesta, negué con la cabeza.

—No tengo la menor idea, Rube —dije.

—Bien. De veras lamento tener que mostrarme tan misterioso, pero es el director quien explica las cosas, no yo... Y tienes que verlo antes de que él te lo explique.

Doblamos una esquina y luego otra, entrando en un corredor más estrecho que los demás. Giramos una vez más y luego enfilamos un pasillo muy angosto y largo.

En una de las paredes no había nada, en la otra había una serie de ventanas con el cristal ahumado, a través de las cuales podía verse el interior de lo que Rube calificó como «salas de instrucción». Las tres primeras estaban vacías, amuebladas como un aula normal. En cada una había de seis a ocho sillas de madera con un solo brazo, el cual se ensanchaba para convertirse en una mesita para escribir. También había pizarras, librerías, y un escritorio y una silla para los profesores. Tras la cuarta ventana vi un aula similar en la que había dos hombres sentados, uno al escritorio y el otro en una silla de madera, frente a él. Nos detuvimos a observar.

—Podemos verlos —explicó Rube—, pero ellos no pueden vernos a nosotros. Todos lo saben. Se trata de no distraer a la gente mientras trabaja.

El hombre sentado en la silla de estudiante estaba hablando, serenamente, aunque haciendo frecuentes pausas. A veces se frotaba la cara, como si estuviera pensando. Debía de tener unos cuarenta años, era delgado y moreno, y llevaba un suéter azul marino y una camisa blanca con el cuello abierto. El instructor era más joven y vestía una chaqueta deportiva de paño marrón. A un lado de la ventana, sobre una placa de acero inoxidable, había dos botones. Rube pulsó uno y a través de un altavoz instalado tras una rejilla sobre la ventana escuchamos la voz del hombre que hablaba.

Lo hacía en un idioma extranjero. Al cabo de unos instantes creí reconocerlo, e iba a comentarlo, pero no lo hice. En un primer momento creí que era francés, un idioma que reconozco de oído, pero de pronto ya no estuve tan seguro. Seguí escuchando atentamente; algunas palabras sonaban como si fuera francés, estaba casi seguro, aunque el hombre no las pronunciaba correctamente. Siguió hablando con bastante fluidez, aunque de vez en cuando el profesor le corregía la pronunciación.

Entonces el hombre repetía la palabra varias veces antes de proseguir.

—¿Es francés?

Por la forma en que Rube sonrió, intuí que estaba esperando que lo preguntara.

—En efecto. Pero francés medieval. Hace cuatrocientos años que nadie habla así...

Rube pulsó el otro botón y, si bien el altavoz enmudeció, los labios de aquel hombre siguieron moviéndose. Seguimos andando. Al llegar a la siguiente ventana, Rube presionó el botón del altavoz y escuchamos unos gruñidos ahogados y un sonido de madera golpeando contra madera. Me detuve a su lado y miré dentro de la sala.

Las paredes estaban acolchadas y forradas con una gruesa lona. Por lo demás, todo lo que había era un par de hombres que luchaban con bayonetas. Uno lucía un gorro plano, una camisa color caqui de cuello alto y polainas de tela pertenecientes al uniforme norteamericano durante la Primera Guerra Mundial. El otro llevaba botas negras, uniforme gris y el relumbrante casco de los alemanes. Las bayonetas eran de un color plateado falso, y comprendí que eran de goma pintada. Ambos hombres tenían la cara bañada en sudor y el uniforme estaba manchado en las axilas y en la espalda. Mientras les observábamos no paraban de atacarse y parar el golpe, empujar y levantar el arma, soltando un gruñido al chocar los fusiles. De pronto, el alemán retrocedió bruscamente, hizo una finta, desvió un contragolpe y empujó su fusil contra el estómago del otro, con lo cual la bayoneta de goma se dobló sobre la tela color caqui.

—¡Estás muerto, cerdo americano! —gritó.

—¡Y un cuerno! —replicó el otro—. ¡Esto es sólo una pequeña herida en el estómago!

Los dos se echaron a reír, pinchándose mutuamente, y Rube los miró fijamente al tiempo que murmuraba:

—¡Mal, mal, los muy estúpidos! ¡Un comportamiento totalmente equivocado!

Me volví hacia él. Tenía los labios apretados, y en los ojos, entrecerrados, advertí una expresión perversa y peligrosa. Durante largo rato los miró en silencio, luego apretó con furia el botón de desconexión y se alejó de la ventana.

En la siguiente sala había una docena de hombres sentados. La mayoría llevaba mono de carpintero, y unos pocos vestían téjanos con camisa de trabajo. Junto al escritorio, un individuo con pantalones color caqui desteñidos y en mangas de camisa señalaba con una regla una maqueta de cartón que ocupaba todo el tablero. Era la maqueta de una habitación, a la cual le faltaba una pared, como si se tratara del decorado de un escenario. En aquellos momentos el hombre señalaba el techo en miniatura. Rube pulsó el botón que había al lado de la ventana.

—Las vigas están pintadas —decía el profesor—, si bien sólo en los puntos más

altos del techo, donde está oscuro. —Desplazó la regla hacia una pared—. Ahí abajo es donde empiezan las auténticas vigas de roble y el yeso. Mezclado con paja, maldita sea. No os olvidéis de esto.

Rube pulsó el botón de desconexión y una vez más continuamos nuestro recorrido.

En la siguiente sala todo lo que había era una enorme fotografía aérea de una ciudad, que cubría tres de las paredes desde el suelo hasta el techo. Nos detuvimos a mirarla. Con un rotulador negro habían escrito en ella: WINFIELD, VERMONT, RESTAURACIÓN EN CURSO, VISTA 9 DE 11, SERIE 14. Me volví hacia Rube y él supo que estaba mirándolo, pero no me facilitó ninguna explicación. Sencillamente, siguió observando la gran foto y yo guardé silencio, negándome a plantearle ninguna pregunta.

Las dos salas que vinieron a continuación estaban vacías. En la siguiente, las sillas habían sido alineadas contra las paredes, y una atractiva muchacha estaba bailando el charlestón siguiendo la música de un fonógrafo portátil, con mecanismo de cuerda, que había sobre el escritorio. Una mujer de mediana edad la observaba mientras marcaba el compás con el índice. El ondulante dobladillo del vestido color crema de la muchacha le llegaba justo por encima de las ágiles rodillas, y la cintura del vestido no estaba mucho más arriba. Llevaba el cabello cortado al estilo que antiguamente se denominaba *a lo garçon*, y mascaba chicle. La mujer mayor iba vestida de modo bastante parecido, aunque la falda era más larga.

Rube apretó el botón del altavoz y escuchamos el acelerado roce de los pies de la muchacha junto con el sonido más agudo y fantasmagórico de la vieja orquesta. La música se interrumpió bruscamente y la joven se quedó jadeando de manera perfectamente audible mientras miraba a la mujer con una sonrisa. La mujer asintió, en un gesto de aprobación.

—¡Perfecto! A esto se lo llama «tobillos de hormiga».

Tras esta magnífica frase final, Rube, evidentemente satisfecho, pulsó el botón que desconectaba el altavoz. Ambos proseguimos nuestro recorrido sin decir palabra.

Había tres salas más, todas desocupadas, aunque en la penúltima había una docena de maniqués alineados al lado del escritorio del instructor. En una de las sillas había una pila de cajas de cartón, al parecer llenas de ropa.

Nuevamente seguimos por corredores iluminados mediante tragaluces y pasamos con paso rápido por delante de puertas en las que unos rótulos en blanco y negro, rezaban: D. W. MCELROY; A. N. BURKE Y HELEN FRIEDMAN, CONTABILIDAD; N. O. DEMPSTER; SALA DE ARCHIVOS B. Casi todos aquellos con quienes nos cruzábamos saludaban a Rube, que siempre contestaba algo. En su mayoría, los hombres vestían de manera informal, con jerséis, cazadoras y camisas deportivas, aunque algunos llevaban traje y corbata. Las mujeres de mediana

edad y las más jóvenes, algunas muy hermosas, vestían como suelen hacerlo en la oficina. Dos hombres ataviados con mono de trabajo pasaron ante nosotros, empujando una pesada carretilla de madera en la que llevaban una especie de motor o alguna pieza mecánica, parcialmente cubierta con una lona. De pronto, Rube se detuvo ante una puerta exactamente igual a las demás, aunque en el rótulo no había un nombre sino un número. La abrió y me hizo señas de que entrara primero.

El hombre que se hallaba tras el escritorio se puso de pie antes de que yo hubiese cruzado el umbral. El lugar era una pequeña antesala en la que, aparte del escritorio y el sillón, no había nada.

—Buenos días, Fred —lo saludó Rube.

—Buenos días, señor —contestó el otro.

Vestía una cazadora de nailon verde con cremallera y camisa con el cuello abierto, y si bien vi que no llevaba insignia ni arma alguna, supe que se trataba de un guardia. Tenía los hombros, el pecho, el cuello y las muñecas de un hombre fornido, y lo único que estaba haciendo era leer un ejemplar de la revista *Esquire*.

En la pared de detrás del escritorio había una puerta metálica. Carecía de pomo, y a lo largo de uno de los bordes había tres cerraduras de bronce, con un espacio de unos diez centímetros entre una y otra. Rube sacó un llavero, eligió una llave, luego rodeó el escritorio, introdujo la llave en la cerradura superior y la abrió. Del bolsillo superior extrajo otra llave, la introdujo en la cerradura de en medio y la hizo girar. El guarda, que estaba esperando a su lado, metió seguidamente una llave en la cerradura de abajo, la hizo girar y, tirando de ella, abrió la puerta. Rube retiró sus dos llaves y me indicó con un gesto que pasara delante de él. A continuación me siguió y la puerta se cerró con un golpe sordo a nuestras espaldas. Escuché los distintos chasquidos de las cerraduras al encajar su engranaje y observé que nos encontrábamos en un espacio apenas mayor que un armario grande, pobremente iluminado por una bombilla metida dentro de una cesta de alambre en el techo. Luego descubrí que estábamos en lo alto de una escalera metálica de caracol.

Rube descendió por ella unos tres metros, al principio casi a oscuras, pero luego hacia una zona iluminada. Al bajar el último peldaño, pisamos un suelo formado por una parrilla metálica; a excepción de este detalle, se trataba de una estancia muy parecida a la que acabábamos de abandonar. A lo largo de dos paredes había un estrecho estante de madera sin pintar, sobre el cual reposaba una docena de pares de botas informes, hechas con fieltro gris, de unos dos centímetros de espesor. Su extraño aspecto se debía a que estaban destinadas a llegar por encima de los tobillos, y estaban provistas de hebillas similares a las de las botas de agua.

—Hay que ponérselas encima de los zapatos —explicó Rube—. Busca un par que te vaya lo bastante bien para que no se te caigan. —Luego señaló la puerta de metal que había ante nosotros—. Una vez entremos ahí hay que procurar no hacer ruido en

todo el trayecto. No debe haber ruidos fuertes ni estridentes, aunque podemos hablar en voz baja... Dicen que el ruido sigue una dirección ascendente.

Asentí. Sabía que mi pulso no podía ser normal. ¿Qué diablos íbamos a ver allí dentro? Nos ajustamos las hebillas de las botas, que estaban toscamente hechas y resultaban muy calurosas. Luego Rube empujó una pesada puerta oscilante carente de pomo y de cerradura. Nada más franquearla, se cerró detrás de nosotros sin el menor chirrido.

Estábamos en una pasarela angosta, una prolongación más estrecha del mismo suelo de rejilla metálica que había al otro lado de la puerta. Lo único que impedía, hasta cierto punto, caer de la pasarela era una barandilla metálica que me llegaba a la altura de la cintura. Me agarré a ella, ejerciendo más presión de la necesaria. Pero me sentía incapaz de relajarme, pues la pasarela metálica en la que estábamos formaba parte de una vasta telaraña de otras similares que colgaban sobre una enorme nave cuadrada, una especie de pozo de cinco pisos de altura, entrelazándose unas con otras, convergiendo y separándose a lo lejos.

Aquella gran telaraña de pasarelas metálicas pendía del techo —que en realidad era el suelo de las oficinas que acabábamos de abandonar— mediante unos tubos de metal, de un dedo de grosor. Mientras aguardábamos allí arriba y Rube me concedía unos instantes para que me hiciese a la idea de que tendría que andar por aquella red de pasarelas, seguía sin ver nada debajo, a excepción de la parte superior de las gruesas paredes, que iban desde el suelo del almacén desmantelado, unos cinco pisos más abajo, hasta unos treinta centímetros por debajo del lugar donde nos hallábamos. Advertí que aquellas paredes dividían el gran espacio que había a nuestros pies en varias zonas de forma irregular. Levanté la vista hacia el techo y descubrí que de él colgaba una masa de tuberías de conducción de aire, al tiempo que percibí el ronroneo amortiguado de los ventiladores. Luego volví a mirar a Rube, quien al ver mi expresión sonrió y dijo:

—Lo sé, provoca un fuerte impacto. Tómate tu tiempo; ya te acostumbrarás. Cuando estés dispuesto, andaremos por ahí... Por donde más te apetezca.

Me obligué a avanzar, quizás unos tres metros en línea recta, sin poder resistir la tentación de agarrarme a la barandilla y, sin embargo, incapaz de mirar hacia abajo. Durante los primeros metros, la pasarela avanzaba recta a partir de la puerta por donde habíamos entrado. Luego doblaba a la derecha, y vi que pasábamos por encima de la pared que, desde el suelo, se elevaba hasta casi tocar nuestra pasarela. En ese instante noté que subía una corriente de aire cálido y escuché el ronroneo de los extractores por encima de mi cabeza. Justo debajo de las pasarelas, colgando paralelas a las paredes, había unas tuberías metálicas a las que habían conectado cientos de focos luminosos. Los había de todos los colores y de todos los tamaños, apuntando en grupos con el fin de converger en determinadas zonas de abajo. Me

detuve, me volví hacia un lado y, mientras me agarraba con ambas manos a la barandilla, hice acopio de valor para bajar la vista.

Cinco pisos más abajo, en el fondo de la zona sobre la cual nos encontrábamos, descubrí una casita de madera. Desde donde me hallaba podía distinguir el porche cubierto de la fachada. En un extremo de éste había un hombre en mangas de camisa; estaba sentado con los pies encima de uno de los escalones, fumando en pipa mientras observaba distraído la calle adoquinada que pasaba por delante de la casa.

A los lados de aquella vivienda se levantaban sendos fragmentos de otras dos casas, cuyas paredes laterales, que daban a aquélla, estaban completas, con cortinas y persianas en las ventanas. También lo estaba la mitad de cada tejado a dos aguas, así como ambas fachadas con su correspondiente porche de peldaños gastados. En uno de aquellos dos porches había un cochecito de mimbre para bebés. Sin embargo, con la excepción de la casa del centro, que estaba completa, las otras sólo tenían las paredes y medio tejado; desde donde yo estaba podía ver el andamiaje de madera de pino que hacía de soporte por detrás. Delante de las tres casas había una franja de césped y unos árboles que daban sombra, al lado de los cuales había una acera de ladrillo y una calle adoquinada, y en el borde de ésta, unos postes de hierro para atar a los caballos. Al otro lado de la calle se alzaban las fachadas de otra media docena de casas. En el porche de una había una bicicleta abollada. En otro colgaba una hamaca a rayas. Sin embargo, aquellas casas sólo eran falsos frontis cuyo grosor no superaba el medio metro, y que se habían construido a lo largo de la pared que los separaba de la zona vecina, contribuyendo a disimularla.

Rube se apoyó en la barandilla, a mi lado, y comentó:

—Desde donde está sentado el hombre del porche, así como desde cualquier ventana de la casa o del césped que hay delante, es como si estuviera en una calle flanqueada de casitas pequeñas. Desde aquí no se puede ver, pero al final del pequeño tramo de calle auténtica donde él se encuentra ahora, en la pared divisoria de la zona, hay un fondo pintado que representa, con meticulosa perspectiva, la continuación de la misma calle, así como el vecindario a lo lejos.

Mientras hablábamos, en la calle de abajo apareció un muchacho montado en una bicicleta, pero no vi de dónde procedía. Llevaba puesta una gorra blanca de marino cuya ala, doblada hacia arriba, estaba cubierta con lo que semejaban coloridas insignias publicitarias de distintas campañas políticas; pantalones bombachos de color marrón; medias negras y unos sucios zapatos de lona que le llegaban hasta los tobillos. Colgada del hombro llevaba una vieja bolsa de lona llena de periódicos doblados. El chico pedaleaba de un lado al otro de la calle, sujetando el manillar con una sola mano mientras con la otra lanzaba un periódico en cada porche. Al aproximarse a la casa completa, el hombre que fumaba en pipa se levantó y cogió el periódico que el chico lanzó, luego volvió a sentarse y lo desplegó. El muchacho

lanzó el diario al porche de la falsa casa de al lado, que se encontraba en la esquina, luego pedaleó hasta doblar por allí y, ya fuera de la vista del hombre del porche, bajó de la bicicleta y se dirigió hacia la puerta que había en la pared donde terminaba repentinamente la pequeña calle lateral. Allí abrió la puerta y franqueó el umbral llevándose la bicicleta.

Yo no podía ver lo que había al otro lado de la puerta, pero de inmediato salió por allí un hombre, que la cerró a sus espaldas. Luego avanzó hacia la esquina mientras se ponía un sombrero de paja plano con una cinta negra. Llevaba camisa blanca con el cuello desabrochado, la corbata floja y la chaqueta en el brazo. Cinco pisos más arriba, Rube y yo observamos que el hombre se detenía poco antes de llegar a la esquina, se echaba el sombrero hacia atrás, se colgaba del hombro la chaqueta y sacaba del bolsillo trasero del pantalón un pañuelo arrugado. Secándose la frente con el pañuelo, empezó a andar cansinamente y, al doblar la esquina, avanzó más despacio todavía por la acera de ladrillos, con el fin de pasar por delante del porche del hombre que leía el periódico.

—Presta atención —me dijo Rube, haciendo pantalla con una mano en la oreja, y yo hice lo mismo.

Desde abajo, aunque con bastante nitidez, oí que el hombre de la acera saludaba:

—Buenas tardes, señor McNaughton... ¿No le parece que hace bastante calor?

El hombre del porche levantó la vista de su periódico.

—¡Oh! Hola, señor Drexler. Sí, hoy es otro día de calor insoportable. Y el periódico anuncia lo mismo para mañana.

Mientras seguía avanzando cansinamente por la acera —como haría alguien que, agobiado por el calor, vuelve a casa desde el trabajo—, el hombre sacudió la cabeza con pesar.

—Bueno, alguna vez tendrá que acabar —comentó.

El del porche asintió con una sonrisa.

—Quizá por Navidad —contestó.

El individuo de la acera cruzó la calle en diagonal, subió por los peldaños de una de las falsas fachadas y abrió la puerta de red metálica.

—¡Edna! —llamó—. Ya estoy en casa.

Cerró de un portazo y lo vimos subir por una pequeña escalera de mano, agacharse para pasar por el andamiaje que había detrás, y abrir una portezuela en la pared. Luego pasó al otro lado y la cerró en silencio al salir.

En la falsa fachada de la casa de al lado se abrió la puerta de red metálica y una mujer salió para recoger el periódico. Lo desplegó y se detuvo a echar una ojeada a la primera página. Llevaba un delantal a cuadros azules muy largo, cuyo dobladillo estaría a menos de treinta centímetros del suelo. Al oír abrirse la puerta mosquitera, el hombre del porche levantó la vista por un instante y luego volvió a concentrarse en la

lectura. Con los brazos extendidos, abrió el diario y lo dobló por una página interior. La mujer del otro lado de la calle volvió a cruzar la falsa fachada, llevándose su periódico. Al lado de la puerta principal, sujeto a una persiana, había un cartón azul de unos treinta centímetros de lado. En él habían escrito algo en mayúsculas. Agucé la vista y me incliné un poco sobre la barandilla.

—Pone «Hielo» —dijo Rube—, y en cada lado hay un número escrito. Diez, veinte, treinta o cincuenta... Hay que colgar el cartón de la ventana, de modo que en la parte superior del letrero aparezcan los kilos de hielo que uno quiere que el repartidor le deje.

Me volví hacia Rube, que observaba la escena de abajo, apoyado en la barandilla con las manos juntas y laxas.

—No veo la cámara, pero imagino que debéis de estar rodando una película. O al menos ensayando. —No pude evitar cierto tono de irritación.

—No —contestó Rube—. El hombre del porche vive realmente en esa casa. Por dentro está completa, y una mujer de mediana edad acude a cocinarle y hacerle la limpieza. Los comestibles le llegan diariamente a través de una carreta tirada por un caballo, en la que pone HENRY DORTMUND, COMESTIBLES SELECTOS. Dos veces al día, un cartero con uniforme gris le trae el correo; en su mayor parte, propaganda. El hombre espera a ver si le contratan para alguno de los empleos que ha solicitado en la ciudad. Dentro de poco se enterará de que le han aceptado para uno de esos trabajos y entonces sus hábitos cambiarán. Para empezar, tendrá que mudarse a la ciudad. —Rube me miró, luego fijó de nuevo su atención en la escena de abajo—. Mientras tanto, se ocupa de tareas domésticas. Riega el césped. Lee. Pasa el tiempo con los vecinos. Fuma cigarrillos Lucky Strike. Los del paquete verde. A veces escucha la radio, aunque con el tiempo que hace hay muchas interferencias. De vez en cuando lo visitan algunos amigos. En estos momentos lee un ejemplar impreso hace sólo una hora del periódico local; corresponde al 3 de septiembre de 1926. Está cansado. Ahí abajo, los últimos tres días la temperatura ha llegado casi a los cuarenta grados por la tarde, y por la noche no baja de los treinta. Una auténtica oleada de calor a finales del verano, y sin aire acondicionado. Si ahora mirara hacia arriba, lo único que vería sería un tórrido cielo azul.

—¿Significa eso que están siguiendo alguna clase de guión? —pregunté, procurando que mi tono de voz denotase tranquilidad.

—No, no existe ningún guión. Él hace lo que quiere, y la gente con la que se relaciona actúa según las circunstancias.

—¿Quieres decir que ese hombre cree realmente que vive en un pueblo de...?

—No, tampoco es eso. El sabe muy bien dónde está. Sabe que se encuentra en un depósito de almacenaje en Nueva York, en una especie de decorado teatral. Procura no acercarse a la esquina y mirar, pero sabe que el callejón concluye allí, fuera de su

vista. Es consciente de que el largo tramo de calle que ve al otro lado es en realidad una pintura en perspectiva. Y aunque nadie le ha informado de ello, estoy seguro de que imagina que las casas del otro lado de la calle son probablemente, unas fachadas falsas... —Rube se enderezó y se volvió hacia mí—. Simón, todo cuanto puedo decirte por el momento es que él hace todo lo posible para sentir que en realidad se halla sentado en el porche, en una tarde de finales de verano, leyendo las declaraciones que el presidente Calvin Coolidge ha hecho esta mañana, si es que ha dicho algo.

—¿Existen realmente un pueblo y una calle como éstos?

—Oh, sí —dijo Rube—. Una calle con casas, árboles y césped exactamente como ésta, desde la última hojita de hierba hasta el cochecito de mimbre en el porche. Tú has visto una foto aérea de ese pueblo... Se llama Winfield, y está en Vermont. —Sonrió y, con tono comprensivo, añadió—: No te impacientes. Si quieres entenderlo, primero tienes que verlo.

Seguimos caminando por aquella telaraña suspendida en el aire, bajo el murmullo de la maquinaria y por encima de centenares y centenares de focos. Cruzamos directamente sobre la casa del hombre sentado en el porche, y resultó extraño pensar que si levantara la vista de su periódico y mirara en la dirección en que nos encontrábamos, lo único que vería sería un falso cielo. Pero no miró; se limitó a seguir leyendo su periódico hasta que el alero del porche lo ocultó por completo. Al doblar a la izquierda para acceder a otra pasarela, cruzamos por encima de la pared y toda la zona desapareció de nuestra vista.

De pronto, comenzó a hacer frío, con una pizca de humedad y tuve la sensación de que estaba a punto de llover. Nos detuvimos y miramos nuevamente hacia abajo. Vi lo que parecía una parte de un prado, por el que corría un arroyo diminuto. Al fondo de la zona donde estábamos crecía un grupo de esbeltos abedules de tronco blanco. Eran los árboles rezagados de un bosque mucho más denso que se extendía hasta la cresta de una cadena montañosa. Observé que en su mayor parte los árboles estaban pintados sobre una pared, aunque parecían muy reales. Justo debajo de nuestros pies se alzaban tres tiendas indias, construidas con pellejos curtidos y adornadas con pinturas desteñidas en forma de círculos, líneas en zigzag y palillos que recordaban figuras de hombres y animales. Por la abertura superior de cada tienda se elevaba una delgada columna de humo, y frente a una de ellas, atado al palo de una estaca, había un cachorro de perro royendo algo que mantenía sujeto entre las garras. Mientras observábamos, algunos de los focos que iluminaban la zona se apagaron uno a uno —percibimos nítidamente el sonido que hacían— y la sombra triangular de las tiendas se desvaneció lentamente sobre la hierba del prado. Entre las columnas de humo vimos alguna que otra chispa.

—Me encanta esto —murmuró Rube—. Montana, a unos cien kilómetros de

donde actualmente se encuentra Billings. En estas tiendas viven ocho personas, hombres, mujeres y un niño. Por las venas de todos ellos corre pura sangre crow... Sigamos.

Continuamos avanzando en silencio por aquella enorme parrilla metálica suspendida en el vacío y cruzamos por encima de otra pared. Nos detuvimos en un área de forma triangular, justo en el lado más corto del triángulo, de cara al punto más lejano. Desde el suelo se elevaba, hasta llegar casi a nuestros pies, un edificio de piedra blanco. Una vez más, no era lo que parecía desde la fachada o el lateral; allí sólo había dos paredes, sujetas por detrás mediante un andamiaje de tubos metálicos. Desde la base de aquellas dos paredes partía una zona de suelo toscamente empedrado, entre cuyas grietas una cuadrilla de hombres vestidos con mono de trabajo plantaban delgadas hileras de hierba y grupos de arbustos que iban sacando de unas cestas. La basta superficie empedrada terminaba en una pendiente cubierta de césped, que a su vez concluía en lo que al parecer era un auténtico río. Allí el agua fluía, marrón y perezosa, por un lateral de la zona triangular hasta su vértice, donde desaparecía.

En aquel edificio de piedra blanco, que concluía a un par de metros por debajo de nuestros pies, había algo que me resultaba familiar, de modo que avancé por la pasarela hasta conseguir una visión mejor de la fachada. La pared lateral por encima de la cual yo avanzaba estaba apuntalada mediante contrafuertes, y luego vi que la fachada se elevaba formando dos torres cuadradas e idénticas. En los laterales de éstas sobresalían unas figuras esculpidas en piedra, una de las cuales estaba tan cerca que habría podido tocarla con sólo estirar el brazo. Las figuras eran gárgolas aladas, y la pared con contrafuertes, así como las torres gemelas, pertenecían a una catedral: Notre Dame de París. La reconocí por haberla visto en el cine y en fotografías.

Al apercibirse de la expresión de mi rostro, Rube supo que yo había comprendido qué estábamos contemplando. Señaló entonces hacia el otro lado del río y observé unos serpenteantes caminos de tierra que se perdían a lo lejos, flanqueados por unas cuarenta construcciones de madera y de piedra, aunque la mayor parte de la región aparecía salpicada de granjas y arboledas.

—El París medieval, en la primavera de 1451 —explicó Rube con una sonrisa—. Es decir, lo será si alguna vez llegamos a terminar este maldito proyecto. —Levantó el brazo y con el índice volvió a señalar. Y en ese momento, al otro lado del río, distinguí a un hombre con pantalones de algodón color tostado y camisa de faena azul, completamente manchado de pintura; era un gigante erguido ante casas y árboles que no llegaban más arriba de sus rodillas. En el brazo izquierdo contenía una paleta, mientras pintaba meticulosamente una parte del bosque dibujada al carboncillo sobre la pared que se elevaba al otro lado del amarronado y perezoso Sena—. Todavía queda un montón de trabajo por hacer —prosiguió Rube—. Todas

las piedras de la catedral deben envejecerse mediante baños de ácido y manchas. A fin de cuentas, en esa época ya tenían varios siglos de antigüedad. En cierto sentido, éste es el más ambicioso de nuestros proyectos. Pero dudo que incluso Danziger crea que realmente va a funcionar... ¿Ya estás? Prosigamos, pues.

Sin detenernos, cruzamos por encima de una zona vacía, de forma toscamente rectangular, uno de cuyos extremos era algo más ancho que el otro. En el más apartado, dos hombres a cuatro patas marcaban el sitio mediante cordeles y tizas de colores.

—No recuerdo qué se va a construir aquí —dijo Rube—, pero creo que será un hospital de campaña del ejército aliado cerca del cerro Vimy, en la Francia de 1918.

Contemplamos parte de una granja de Dakota del Norte, cubierta por la nieve en el invierno de 1924. Encima de ella el aire era terriblemente frío, y al cabo de medio minuto ya estábamos tiritando. Nos detuvimos sobre una esquina del Denver de 1901, la cual incluía un tramo de calle adoquinada, surcada por las vías del tranvía, y una pequeña tienda de comestibles cuyo toldo estaba muy deteriorado; en ésta, dos hombres vestidos con mono de trabajo iban entrando mercancías. A mi lado, apoyado en la barandilla, Rube comentó:

—Reconstrucción basada en setenta y pico fotografías, además de en una excelente vista estereoscópica. Junto con Dios sabe cuántas mediciones actuales tomadas en el mismo sitio. Todavía no la hemos terminado. Ahora están abasteciendo el colmado con auténticos productos de la época. Cuando hayamos concluido, será tal como era entonces, de eso puedes estar seguro. —Eché un vistazo a su reloj—. Aún quedan algunas más, pero ahora debemos reunirnos con Danziger. —Dimos media vuelta para regresar, Rube casi pegado a mí—. Nuestra localización de Nueva York no precisa duplicado. Iremos a verla después del almuerzo... ¿Tienes hambre? ¿Te sientes desconcertado? ¿Cansado? ¿Irritado?

—Sí —contesté—. Y me duelen los pies.

Almorzamos en una pequeña cafetería de la sexta planta, una sala sin ventanas e iluminada con fluorescentes, embaldosada con azulejos de tonos pálidos, azules y amarillos, y no mucho mayor que una gran sala de estar. Danziger estaba sentado a una mesa, aguardándonos. Mientras cogíamos unas bandejas nos saludó con la mano; en la mesa, ante él, tenía un trozo de tarta de manzana y un cuenco de sopa tapado con el platillo para mantenerla caliente. Rube y yo deslizamos nuestra bandeja sobre los raíles cromados. Yo cogí un vaso de té helado y un bocadillo de jamón y queso, de un expositor donde los tenían ya preparados y envueltos. Rube eligió un bistec guisado con verduras salteadas, que le sirvió una atractiva muchacha. No había cajera al final de los raíles —era gratis— y Rube cogió su bandeja, dijo que me vería después y se reunió con un hombre y una mujer que ya habían empezado a comer. Yo llevé mi bandeja a la mesa del doctor Danziger, examinando el local mientras tanto. Había unas ocho personas, aparte de nosotros, pero quedaba espacio para una docena más. Y mientras dejaba la bandeja sobre la mesa, después de haber saludado a Danziger, éste imaginó lo que yo estaba pensando y sonrió.

—Sí, se trata de un proyecto reducido —comentó—. Quizás el menor de los de cierta importancia en la historia de los gobiernos modernos, y eso me complace. Sólo tenemos a unas cincuenta personas dedicadas en exclusiva al proyecto. En su momento ya las conocerá... De vez en cuando requerimos los servicios y recursos de distintas áreas gubernamentales, pero lo hacemos de modo que no sugiera qué estamos buscando, ni provoque demasiadas preguntas. —Retiró el platillo de encima del cuenco de sopa—. Hoy no había tarta de chocolate, maldita sea.

Cogió la cuchara y me miró mientras yo desenvolvía un bocadillo que realmente no me apetecía. Me sentía demasiado tenso para tener hambre. Habría preferido una copa.

—No estampamos sellos con la leyenda «Estrictamente confidencial» ni llevamos distintivos en la solapa, sencillamente mantenemos el secreto pasando inadvertidos. Como es lógico, el presidente está al corriente de lo que hacemos, aunque no estoy muy seguro de que crea que lo estamos haciendo, o siquiera de que se acuerde de nosotros. De nuestra existencia están enterados, como mínimo, e inevitablemente, dos miembros del gabinete y varios miembros del senado, la cámara de representantes y el Pentágono. Me gustaría que de alguna forma esto no fuera necesario, pero, como es lógico, son ellos quienes proporcionan los fondos. Aunque la verdad es que no puedo quejarme. Yo hago mis informes, ellos los aceptan y, en realidad, no se meten con nosotros.

Contesté algo que sonara a respuesta. La pareja que comía con Rube estaba compuesta por la muchacha a la que había visto practicar el charleston y un joven que debía de tener su misma edad.

—Dos más de los afortunados —dijo Danziger al advertir que los miraba—. Úrsula Dahnke y Franklin Miller. Ella era profesora de matemáticas en la escuela superior de Eagle River, Wisconsin. Él era el encargado de unos almacenes Safeway en Bakersfield, California. Ella irá a una granja de Dakota del Norte. Él al cerro Vimy; probablemente lo haya visto usted practicar con la bayoneta. Se los presentaré la próxima vez, pero ahora quiero que me diga qué sabe acerca de Albert Einstein.

—Bueno, que llevaba un suéter de cuello alto, el pelo enmarañado y que era tremendo en aritmética.

—Muy bien. Sólo que hay algunas otras cosas que añadir a esto. ¿Sabía usted que, en su época, Einstein teorizó acerca de que la luz tenía peso? Bien, se trataba de la propuesta más estúpida que un hombre hubiese formulado jamás. Ningún otro ser humano en el mundo había pensado tal cosa, y mucho menos la había formulado, pues contradecía todo cuanto creíamos sobre la luz. —Danziger guardó silencio y me observó por un instante; yo estaba interesado e intentaba parecerlo—. Pero había una forma de probar esta teoría. Durante los eclipses de sol, los astrónomos empezaron a observar que la luz se inclinaba hacia él al pasar. Atraída por la gravedad del sol, ¿comprende? Inevitablemente, eso significaba que la luz estaba dotada de peso. Albert Einstein tenía razón, y ahí quedaba eso.

Danziger se interrumpió para tomar varias cucharadas de sopa. El bocadillo, descubrí, era bastante bueno, con mucha mantequilla, y el queso sabía bien. De repente, me sentía hambriento. Danziger dejó a un lado la cuchara, se limpió la boca con la servilleta y prosiguió:

—El tiempo pasó. Aquella mente asombrosa siguió trabajando y anunció que E es igual a MC^2 al cuadrado. Y, que Dios tenga misericordia de nosotros, dos ciudades japonesas desaparecieron en un abrir y cerrar de ojos, probando de nuevo que él tenía razón.

»Podría continuar; la lista de descubrimientos de Einstein es considerable. Pero me limitaré a éste: al cabo de un tiempo afirmó que nuestra idea sobre el tiempo era en gran medida equivocada. Ni por un instante dudé de que tuviese razón una vez más, ya que una de sus últimas aportaciones poco antes de morir fue probar que sus teorías formaban un todo. No eran elementos separados, sino que estaban relacionadas entre sí. Que cada una dependía de las otras al tiempo que las confirmaba... Sus teorías explican en gran medida cómo funciona el universo, y que no lo hace tal como habíamos creído.

Empezó a arrancar la pequeña tira de celofán rojo del paquete de galletitas que acompañaba su sopa, pero se detuvo y me miró, expectante.

—He leído algo sobre su teoría acerca del tiempo —contesté—, pero mentiría si afirmara que entendí qué quiso decir.

—Lo que quiso decir es que nuestra concepción del pasado, el presente y el futuro es erróneo. Creemos que el pasado ya es algo extinguido, que el futuro todavía no ha ocurrido y que sólo existe el presente, dado que el presente es todo cuanto podemos ver.

—Bueno, si quiere conocer mi opinión, debo admitir que así es como lo veo yo. Danziger sonrió.

—Por supuesto, y yo también. Es natural, como el mismo Einstein señaló... Decía que somos como personas a la deriva, en un bote sin remos y arrastrados por la corriente en un río zigzagueante. Alrededor, sólo tenemos el presente. No podemos ver el pasado, que ha quedado en los recodos y curvas que hemos dejado atrás. Pero está allí.

—¿Quería decir eso, realmente, o...?

—Él siempre quería decir lo que decía. Y cuando aseguraba que la luz tenía peso quería decir que la luz del sol sobre un campo de trigo realmente pesaba varias toneladas. Ahora sabemos que es así, dado que ha podido medirse. Y hablaba en serio cuando afirmaba que la tremenda energía que teóricamente mantenía unidos los átomos podía liberarse mediante una explosión inimaginable; como, en efecto, se ha demostrado. Un hecho que ha cambiado el curso de la historia de la raza humana... Por lo tanto, también pretendía decir exactamente lo que dijo respecto al tiempo: que, detrás de las curvas y los recodos del río, el pasado existía. Que está allí, de hecho. — Durante unos diez segundos Danziger guardó silencio, mientras jugueteaba con la pequeña cinta de celofán. Luego alzó la mirada y se limitó a decir—: Soy profesor de Física Teórica en la Universidad de Harvard, en excedencia mientras dure este proyecto. Mi pobre aportación a la gigantesca teoría de Einstein consiste en que... un hombre debe, de algún modo, ser capaz de saltar de ese bote a la orilla del río, y luego retroceder hasta una de esas curvas que han quedado detrás de nosotros.

Yo trataba de evitar que en mis ojos se reflejara lo que estaba pensando: que Danziger tal vez fuese un viejo loco, inteligente y creíble, que había persuadido a un montón de gente en Nueva York y en Washington de que se uniera a él en la construcción de un almacén repleto de fantasías. ¿Cómo era posible que yo fuera el único a quien se le había ocurrido semejante idea? Aunque tal vez no fuera así... Aquella misma mañana, Rossoff había hecho una broma —¿una broma inquietante? — respecto a que yo había entrado en un manicomio. Asentí con gesto pensativo.

—¿Retroceder? ¿Cómo? —pregunté.

Danziger acabó la sopa que le quedaba y yo hice lo mismo con mi bocadillo. Luego alzó la cabeza y fijó sus ojos en los míos. Le devolví la mirada y supe que aquel nombre no estaba loco. Era un excéntrico, probablemente estuviese

equivocado, pero era una persona cuerda. Y de pronto me alegré de estar allí.

—¿Qué día es hoy? —preguntó.

—Jueves.

—¿Qué fecha?

—Veintiséis, ¿no?

—Dígamelo usted.

—Veintiséis.

—¿De qué mes?

—De noviembre.

—¿Y el año?

Se lo dije. Esbozó una sonrisa e inquirió:

—¿Cómo lo sabe?

Mientras esperaba a que en mi mente se formara una respuesta, observé la cabeza calva y el rostro de expresión resuelta de Danziger. Luego me encogí de hombros.

—No sé qué quiere que le diga.

—Entonces contestaré por usted. Usted conoce el año, el día y el mes por un millón de razones, tal como suena... Porque la manta bajo la cual ha despertado esta mañana era, al menos en parte, sintética; porque probablemente en su casa haya una caja con un interruptor; porque si pulsa el interruptor, en la pantalla de cristal de esa caja surgirán rostros de seres humanos vivientes que le explicarán una sarta de tonterías; porque unas luces rojas y verdes le indicaban que podía usted cruzar la calle al venir aquí esta mañana; y porque las suelas de los zapatos con que camina son de un material sintético que dura más que el cuero.

»Porque el coche de bomberos que pasó por su lado hacía sonar una sirena en vez de una campana; porque los adolescentes que ha visto iban vestidos de una determinada manera, y porque el negro con que se ha cruzado lo ha mirado cautelosamente, lo mismo que usted a él, y ambos han intentado disimularlo. Porque la portada del *Times* era como era esta mañana, y nunca más volverá a serlo, como nunca lo había sido antes. Y porque millones y millones de hechos como éstos lo colocarán ante esta certeza durante lo que queda del día.

»La mayor parte de estos hechos sólo es posible en este siglo, y muchos sólo en la última parte. Algunos incluso en esta década, otros únicamente este año, otros este mes, y sólo unos pocos en este día en concreto. Simón, está usted literalmente rodeado por innumerables hechos que lo mantienen atado a este siglo, año, mes, día y momento, a través de miles de millones de hilos invisibles. —Cogió el tenedor para cortar su tarta, pero en cambio lo levantó y con el mango se golpeó la frente—. Pero aquí dentro hay más millones de esos hilos invisibles... Su conocimiento, por ejemplo, de quién es el presidente de la nación en estos momentos, de que Frank Sinatra ya podría ser abuelo, de que el búfalo ya no pasta por las praderas, y de que el

kaiser Guillermo ya no constituye una amenaza. Que nuestras monedas no se hacen de plata sino de cobre. Que Ernest Hemingway está muerto. Que ahora todo se hace de plástico, y que la vida no es mucho mejor con coca cola... La lista sería interminable. Pues bien, todo ello forma parte de su conciencia y de la conciencia colectiva. Todo eso lo mantiene atado, lo mismo que a los demás, al día y al momento precisos en que esta lista, y sólo esta lista, es posible. Nunca escapará de este hecho, y voy a demostrarle por qué... —Estrujó su servilleta y la depositó en el borde del plato—. ¿Ha terminado ya? ¿Desea tomar otra cosa?

—No, con esto ya es suficiente. Gracias.

—Un almuerzo bastante frugal, aunque sano. O al menos eso dicen. Subamos a la azotea. Tomaré la tarta por el camino.

Recorrimos un corto pasillo y subimos por unas escaleras de incendios cubiertas, con peldaños de cemento, que conducían a la azotea. Una vez allí, comprobé que había dejado de llover y el cielo volvía a estar despejado, excepto por unas nubes en el horizonte. Unos chicos y chicas se hallaban sentados en unas tumbonas de lona, con la cara dirigida hacia el sol. Al oír nuestros pasos sobre la grava, se volvieron y nos saludaron. Danziger sonrió y les devolvió el saludo con la mano. La azotea era un enorme cuadrado del tamaño de una manzana cubierto de alquitrán y gravilla, bastante corriente, salvo por las numerosas claraboyas nuevas y el bosque de chimeneas y respiraderos. Agachándonos para pasar por debajo de los cables que sujetaban las chimeneas más altas, y sorteando algún que otro charco, llegamos a una zona umbrosa en torno a la base de la torre del depósito de agua. Allí, Danziger dio un bocado a su tarta y yo me dediqué a mirar alrededor.

A lo lejos, hacia el sur y el este, descubrí la mole del edificio de la Pan Am, cuya sombra se proyectaba sobre la estación Grand Central. Más allá divisé la punta grisácea del edificio Chrysler, y a la derecha de éste, más al sur, el Empire State. Después de esto sólo había un muro de niebla teñida de amarillo por el humo de las fábricas. Hacia el oeste, a unas manzanas de distancia, el río Hudson parecía la cloaca gris oscuro que realmente era. En la otra orilla se elevaban los acantilados de New Jersey. Hacia el este, asomando entre los altos edificios, divisé un fragmento de Central Park.

Danziger señaló con su tenedor hacia el invisible horizonte y preguntó:

—¿Qué hay allí? ¿Nueva York? ¿Y el mundo que hay más allá? Sí, podría asegurarlo, desde luego. El Nueva York y el mundo de este momento. Pero también podría decir que allí está el 26 de noviembre. Allí está el día de hoy, repleto de hechos ineludibles que lo conforman. Lo más probable es que mañana sea un día casi idéntico, pero no del todo. En algunos hogares habrá cosas que se habrán gastado, que hoy habrán sido utilizadas por última vez. Un plato antiguo se habrá roto, un par de cabellos habrán salido grises de la raíz, los primeros brotes de una nueva

enfermedad harán su aparición... Algunas personas que hoy viven habrán muerto. Algunos edificios desperdigados estarán más cerca de su conclusión, o de su destrucción. Y lo que habrá allí, igualmente ineludibles, serán un Nueva York y un mundo ligeramente distintos, y, por lo tanto, un día también distinto. —Se dirigió hacia un extremo de la azotea, al tiempo que daba otro bocado a su tarta—. No está nada mal este pastel; debería haberlo probado... Hice todo lo posible para conseguir un buen cocinero.

Se estaba bien allí arriba. Mientras paseábamos, el sol que se reflejaba en el suelo resultaba agradable en la cara. Nos detuvimos al borde de la azotea y nos apoyamos en el parapeto que constituía una extensión de la pared del edificio. Una vez más, Danziger señaló hacia la ciudad.

—El grado del cambio diario suele ser demasiado leve para percibir una gran diferencia. Sin embargo, estos pequeños cambios diarios nos han traído de una época en la que, en vez de semáforos y ululantes coches de bomberos, había granjas, árboles y arroyos; vacas paciando, hombres tocados con tricornio y veleros británicos anclados en un East River de aguas transparentes y a la sombra de los árboles. Todo esto estuvo antes allí, Si... ¿Puede usted verlo?

Lo intenté. Dirigí la vista hacia los miles de ventanales de las tiznadas fachadas de centenares de edificios, y la bajé hacia las calles, donde los techos de los automóviles formaban una masa casi compacta. Intenté transformar todo aquello en una escena rural; imaginé allí a un hombre con hebillas en los zapatos y una peluca blanca con coleta caminando por una polvorienta carretera comarcal. Me fue imposible.

—No puede, ¿verdad? Por supuesto que no. Consigue ver lo de ayer, ya que la mayor parte de ello aún se conserva. Hay muchas cosas del 61, o del 62, incluso del 58... Hasta queda bastante de 1900. Pero a pesar de todas estas idénticas cajas de cristal o de monstruosidades como el edificio de la Pan Am y otros crímenes contra la gente y la naturaleza —agitó la mano ante su cara, como si así las borrara de la vista—, todavía hay fragmentos de épocas anteriores. Edificaciones aisladas. A veces, algunas de ellas juntas. Y, en cuanto se abandona el centro de la ciudad, hay manzanas enteras que llevan igual desde hace cincuenta, setenta e incluso ochenta o noventa años. Existen sitios dispersos que tienen un siglo o incluso más de antigüedad, pero muy pocos que fueran realmente testigos de la presencia de Washington.

Rube estaba allí ahora, aguardando respetuosamente a unos pasos de distancia, con un sombrero de fieltro y un abrigo ligero.

—Estos sitios, Si —prosiguió Danziger, y una vez más abarcó el horizonte con un ademán—, son fragmentos que aún se conservan de días que una vez transcurrieron y que son tan reales como el día de hoy. Fragmentos que todavía sobreviven de una

clara mañana primaveral de 1871, una tarde gris del invierno de 1840, un amanecer lluvioso de 1793. —Observó a Rube con el rabillo del ojo, luego se volvió hacia mí—. En mi opinión, es casi un milagro que uno de estos edificios haya sobrevivido. ¿Ha visitado alguna vez el Dakota?

—¿El qué?

Danziger sacudió la cabeza.

—Si alguna vez lo hubiese visitado, recordaría ese nombre. ¡Rube!

Rube se acercó al instante, como un teniente atento a los requerimientos del coronel.

—Enséñale a Si el Dakota, ¿quieres?

Rube y yo abandonamos el almacén y caminamos hacia el este, en dirección a Central Park. Yo había recogido mi sombrero y mi abrigo en el pequeño despacho de la planta baja. Ya en el parque, entramos por West Drive, que es la vía que corre paralela a los límites del parque por el interior, y avanzamos a la sombra de los árboles. Algunos todavía conservaban las hojas, limpias y verdes después de la lluvia de la mañana.

—Este parque también es algo así como un milagro de supervivencia —comentó Rube, mirando alrededor—. Justo aquí, en lo que sin duda es la ciudad más cambiante del mundo, hay, no sólo unas hectáreas, sino varios kilómetros cuadrados de terreno que se han conservado prácticamente sin modificación alguna durante décadas. Basta con colocar un plano de comienzos de 1880 junto a uno actual, de 1970, y verás que en ambos aparecen los antiguos nombres y emplazamientos: el embalse, el lago, North Meadow, el Green, el estanque, la laguna de Harlem, el obelisco... Hemos fotocopiado algunos de los antiguos planos exactamente a la misma escala que uno moderno, seguidamente los hemos superpuesto a dos placas de cristal y a continuación hemos proyectado un potente foco al trasluz. Considerando los pequeños errores de los cartógrafos, ambos han coincidido: los tamaños y las formas de todo cuanto hay en el parque han permanecido invariables a lo largo de los años... Simón, esta misma curva del camino, y casi todas las carreteras o incluso los senderos, permanecen inalterables.

No lo ponía en duda. A nuestra izquierda, el murete que limitaba el parque no estaba hecho de cemento rápido sino de piedras cuidadosamente ensambladas, y el aspecto general del parque, con sus puentes e incluso sus árboles, era de algo antiguo.

—Los detalles han cambiado, por supuesto —prosiguió Rube—. El tipo de bancos, las papeleras, los letreros de señalización, el piso de los caminos y los senderos. Pero las antiguas fotografías demuestran que, a excepción de los automóviles en las calzadas, no se ve diferencia alguna cuando se mira, pongamos por caso, desde una altura de seis o siete pisos.

Rube debía de haber cronometrado lo que estaba diciendo, o quizá se debiera a su

experiencia con anteriores candidatos, porque en el instante en que pasábamos bajo el último árbol del paseo, allí donde la curva giraba para salir de West Drive, a la altura de la salida del parque por la calle Setenta y dos, levantó el brazo y señaló hacia delante.

—Desde uno de los pisos superiores de ese edificio, por ejemplo —dijo al salir de la sombra del árbol.

Entonces lo vi, y me detuve bruscamente.

Al otro lado de la calle, justo frente al parque, se levantaba un edificio alto, del ancho de una manzana, y completamente distinto de cualquiera de los que yo había visto en Nueva York. Bastaba echarle un vistazo para saber que se trataba de lo que Danziger había dicho: un espléndido superviviente del pasado. Más tarde regresé allí —después de una tormenta de nieve, como pueden comprobar— y saqué fotos del edificio; todo un carrete. El portero incluso me permitió subir a la azotea. La imagen que aparece en la parte superior de la página siguiente, la tomé desde el lugar en que Rube y yo nos detuvimos. El edificio que allí se veía era de ladrillo amarillo claro, bellamente ribeteado con piedra color chocolate, y, tal como muestra una fotografía posterior, cada una de sus ocho plantas poseía el doble de altura que cualquier piso moderno de los edificios contiguos.

La casa constituía una visión espléndida, y la azotea llamó mi atención casi de inmediato. Allí arriba era como una ciudad en miniatura, con aguilonos, torrecillas, pirámides, torres y picos. Desde el nivel de la azotea hasta el pico más alto habría unos doce metros de altitud, y múltiples superficies inclinadas cubiertas de pizarra, guarnecidas con placas de cobre envejecido por el tiempo, salpicadas de innumerables ventanas, tanto abuhardilladas como a ras, cuadradas, redondas y rectangulares, pequeñas y grandes, anchas y estrechas como troneras.



Tal como se ve en la fotografía que tomé desde la azotea —un poco más abajo—, se elevaba en medio de mástiles y chapiteles de piedra ornamentales, para luego extenderse plana, formando paseos cercados mediante vallas de hierro forjado. Por todos lados sobresalían las chimeneas... Lo único que fui capaz de hacer fue volverme hacia Rube, sacudir la cabeza y sonreír complacido.

Rube también sonrió, tan orgulloso como si fuera él quien había construido aquella casa.

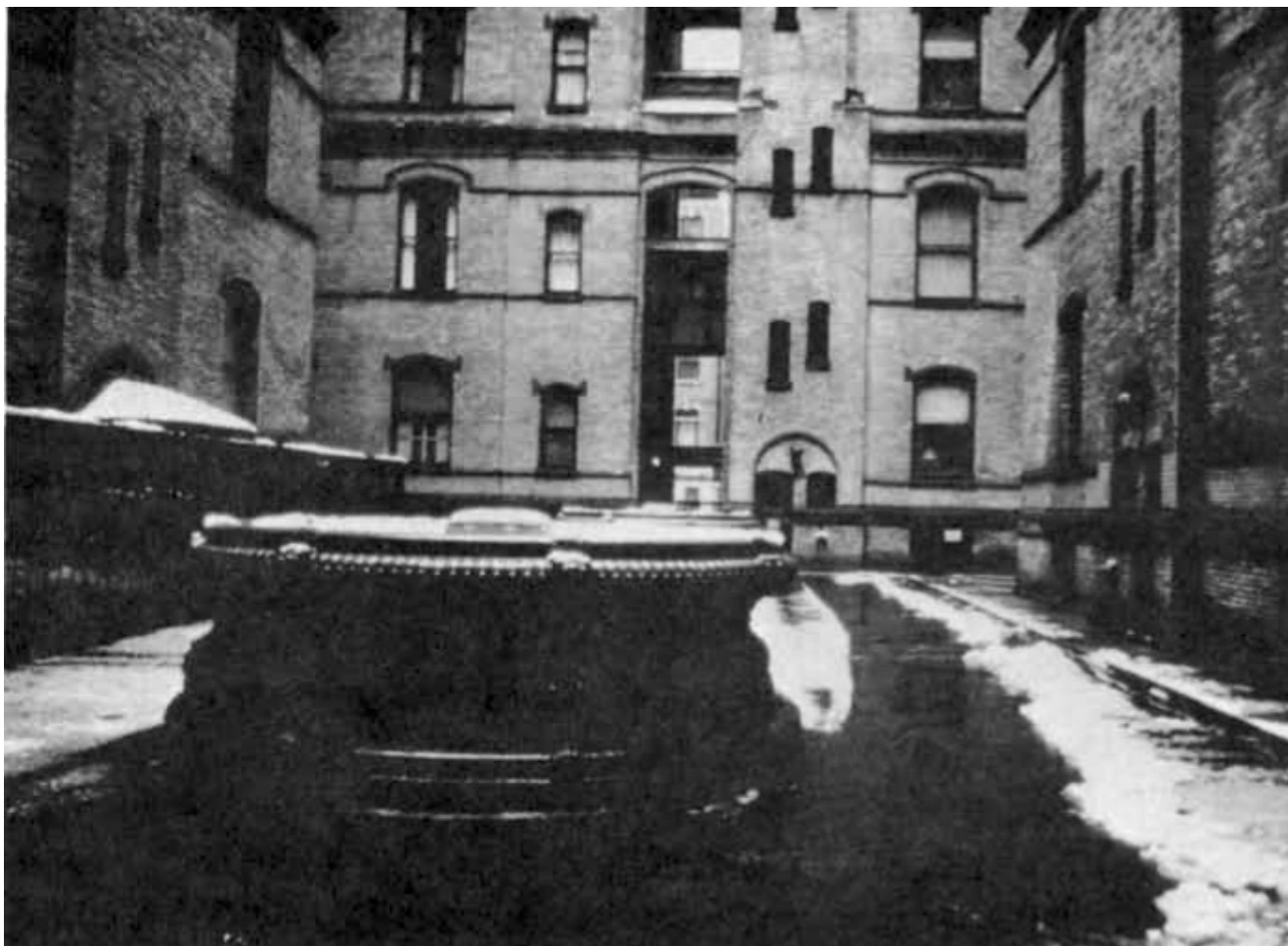
—¡Así es como se hacían las cosas en la década de 1880, muchacho! Algunos de estos pisos tienen diecisiete habitaciones, y me refiero a habitaciones grandes. Uno podría perderse en un apartamento de éstos. En al menos uno de estos pisos hay una sala para tomar el desayuno, un salón de recepciones, varias cocinas, no sé cuántos baños y hasta un salón de baile. Las paredes tienen un grosor de cuarenta centímetros. Este lugar es como una fortaleza... Tómate tu tiempo y obsérvalo bien; vale la pena.



Tenía razón. Miré alrededor y descubrí más detalles con los cuales deleitarme: debajo de algunos de los grandes ventanales había bellos balcones de piedra tallada; a lo largo de la séptima planta se prolongaba un balcón de hierro forjado; en los laterales del edificio los miradores se elevaban formando columnas redondeadas que concluían en un tejado en forma de cúpula.



—Son apartamentos muy luminosos —comentó Rube—. El edificio es un cuadrado hueco en torno a un patio en el que hay un par de fuentes de bronce enormes, verdaderamente espectaculares.



—Vaya. Es espléndido, realmente espléndido. —Yo reía y sacudía lentamente la cabeza—. ¿Qué es? ¿Cómo es posible que aún siga ahí?

—Es el Dakota. Se edificó a principios de la década de 1880, cuando esto prácticamente era las afueras de la ciudad. La gente decía que se hallaba tan apartado de todo, que muy bien podía estar en Dakota, de modo que así lo llamaron. En todo caso, eso es lo que cuentan. Sé que no te sorprenderá saber que hace unos años un grupo de ciudadanos obsesionados por el progreso quisieron demolerlo y sustituirlo por otro de esos bellos monstruos modernos con muchísimos más apartamentos en el mismo espacio, techos bajos, paredes delgadas, sin salones de baile ni salitas entre la cocina y el comedor, pero con grandes beneficios para los propietarios, de eso puedes estar seguro.

Por una vez, los inquilinos disponían de dinero suficiente y lucharon contra el proyecto. Aquí viven celebridades muy ricas, ¿sabes? Todos se juntaron y compraron el edificio, de modo que ahora el Dakota parece hallarse a salvo. A menos que se lo condene para dejar espacio a una autopista que cruce la ciudad a través de Central Park.

—¿Podríamos entrar y echar un vistazo?

—Hoy no disponemos de tiempo.

De nuevo elevé los ojos hacia el edificio.



—Debe de tener una espléndida vista del parque desde este lado.

—Desde luego...



De pronto, Rube ya no parecía interesado. Consultó su reloj y dimos media vuelta para regresar por West Drive. Luego salimos del parque.

Al frente, endirección oeste, distinguí de nuevo el enorme almacén, y leí el letrero desteñido que había justo por debajo de la línea de la azotea: MUDANZAS Y GUARDAMUEBLES HNOS. BEEKEY, 555-8811.

Si, como creo, había esperado que el despacho de Danziger fuera lujoso e impresionante, me equivoqué. El rótulo de plástico blanco y negro que había junto a la puerta sólo rezaba E. E. DANZIGER, sin ningún título. Rube llamó y Danziger le gritó que entrara. Rube abrió la puerta, me indicó que pasara y se volvió, murmurando que me vería más tarde. Sentado detrás de su escritorio, Danziger hablaba por teléfono, y me señaló un sillón que había delante de él. Tomé asiento — había vuelto a dejar el sombrero y el abrigo abajo— y miré alrededor tratando de no parecer excesivamente curioso.

Era un despacho corriente, más pequeño que el de Rossoff y mucho más vacío. En realidad, parecía inacabado, como si perteneciese a un hombre que debía tener uno pero por el cual no estaba en absoluto interesado, y que pasaba fuera la mayor parte del tiempo. La pared que daba al exterior era, sencillamente, el viejo muro de ladrillo del almacén, tapado por una larga cortina plisada que no llegaba a cubrirlo del todo. La moqueta también era de lo más corriente, y en una pared había una pequeña librería. En otra pared colgaba la foto de una mujer peinada a la moda de los años treinta. En una tercera pared había una gran fotografía aérea de Winfield, Vermont,

distinta de la que yo había visto antes. El escritorio de Danziger procedía directamente del catálogo de una empresa de mobiliario de oficina, lo mismo que los dos sillones metálicos tapizados en piel para los visitantes. En el suelo, en un rincón, había un archivador de cartón repleto de documentos fotocopiados. En una mesa apoyada contra la pared del fondo había un objeto voluminoso, cubierto con una lona.

Danziger concluyó su conversación por teléfono, que al parecer trataba sobre la autorización de alguien para firmar autorizaciones. Abrió el cajón superior de la mesa escritorio, sacó un cigarro, quitó la envoltura de celofán, lo cortó exactamente por el medio con unas grandes tijeras y me ofreció una de las mitades. Rehusé con un movimiento de la cabeza y él devolvió el trozo de cigarro al cajón, luego se metió la otra mitad entre los dientes, pero no la encendió.

—Le ha gustado el Dakota. —No era una pregunta, sino la confirmación de un hecho. Asentí con una sonrisa y él también me sonrió—. En Nueva York hay otros edificios que no han sufrido cambios de importancia, algunos de ellos igualmente espléndidos y mucho más antiguos, pero el Dakota es único. ¿Sabe usted por qué? —Negué con la cabeza—. Imagine que se halla en una ventana de los pisos superiores que acaba de ver, y que mira hacia abajo, en dirección al parque. Aún no ha amanecido, y no se ve ningún coche, como a menudo ocurre a esas horas. El Dakota no ha sufrido cambio alguno desde el día en que fue construido, incluyendo la habitación en que usted se halla e incluso, con toda probabilidad, el cristal a través del cual está mirando. Es por ello que se trata de un edificio único en Nueva York, porque todo lo que viese más allá de la ventana tampoco habría sufrido cambio alguno.

Se había inclinado sobre el escritorio y me miraba, inmóvil mientras trasladaba lentamente el medio cigarro de un lado al otro de la boca.

—¡Fíjese en eso! —exclamó—. La empresa inmobiliaria que administró por primera vez el Dakota todavía existe, y hemos microfilmado sus antiguos archivos. Sabemos con exactitud cuándo estuvieron vacíos los apartamentos que dan al parque y durante cuánto tiempo. —Se echó hacia atrás en el asiento—. Imagine uno de esos pisos superiores deshabitado durante dos meses en el verano de 1894, tal como sucedió. Imagine que lo arreglamos todo para subarrendarlo durante esos mismos meses el verano siguiente. Y ahora escuche lo que le digo: si Albert Einstein tenía razón una vez más, como sin duda era el caso, entonces, por muy difícil que resulte entenderlo, el verano de 1894 aún existiría. Este apartamento silenciosamente vacío existe tanto en aquel verano como en el que está por venir. Sin alteraciones y sin cambios, idéntico en cada verano, y existiendo en ambos... Creo que es posible, y sólo posible, entiéndame bien, que este verano un hombre salga de ese apartamento que no ha sufrido alteraciones y entre en él ese otro verano. —Danziger se retrepó y me miró fijamente a los ojos, mordisqueando el cigarro.

Al cabo de un largo silencio, inquirí:

—¿Así, sin más?

—¡Oh, no! —replicó, inclinándose de nuevo hacia mí—. No es tan sencillo, ni mucho menos —añadió, y de pronto sonrió—. Los innumerables hilos invisibles que existen aquí dentro, Simón —se tocó la frente—, mantendrían a ese hombre ligado a este verano, independientemente de que el apartamento permanezca sin alteraciones alrededor de él. —De nuevo se apoyó en el respaldo del sillón y me miró, sin dejar de sonreír. Luego, con voz suave y desapasionada, agregó—: Sin embargo, yo diría que este proyecto empezó el día en que se me ocurrió que tal vez exista la forma de suprimir esos hilos.

Entonces comprendí cuál era el propósito de aquel proyecto. Hacia rato que lo había entendido, por supuesto, pero ahora lo habían expresado con palabras. Durante varios segundos asentí lentamente, mientras Danziger aguardaba a que yo dijera algo.

—¿Por qué? —pregunté al fin—. ¿Por qué quiere hacer una cosa así?

Danziger se acomodó en el sillón y se encogió de hombros.

—¿Por qué quisieron los Wright construir un aeroplano? ¿Para crear puestos de trabajo para las azafatas? ¿Para facilitarnos el modo de bombardear Vietnam? No, yo diría que su único objetivo era comprobar si eran capaces de conseguirlo. Creo que ése es el motivo por el que los científicos rusos pusieron en órbita el primer satélite, independientemente de cuáles fueran los supuestos objetivos que alegaron... Pues no existe más razón verdadera que la de ver si uno es capaz de conseguirlo, como cuando los chicos meten petardos debajo de un bote de hojalata para comprobar si realmente pueden levantarlo al estallar. Considero que ésta ya es razón suficiente, tanto para sus científicos como para los nuestros. Los objetivos impresionantes se inventaron después, para justificar el horrible gasto que suponían tales juguetes. Pero los primeros intentos se debieron únicamente al placer de hacerlo, muchacho, y ésta es también nuestra razón.

A mí eso me pareció bien, de modo que contesté:

—Perfecto. Pero ¿por qué Winfield, Vermont, en 1926? ¿O el París de 1451? ¿O los apartamentos del Dakota en 1894?

—Los lugares carecen de importancia para nosotros. —Se quitó el cigarro de la boca, lo miró con gesto de repugnancia y lo dejó a un lado—. Y lo mismo sucede con las fechas. La única razón es la oportunidad. No estamos especialmente interesados en los indios crow; ni en los de 1850 ni en los de cualquier otra fecha. Pero ocurre que en Montana hay unos miles de hectáreas de terreno propiedad del estado virtualmente sin tocar, que no han sufrido ningún cambio desde 1850. Durante cuatro o cinco días como máximo, el Ministerio de Agricultura ha accedido a cerrar la carretera que lo cruza. No habrá coches ni autocares de la Greyhound, y, además, desviará el paso de los aviones. También nos facilitará una manada de

aproximadamente un millar de búfalos. Si pudiéramos disponer de la zona durante un mes no necesitaríamos simularla en la Planta Principal. Pero como no es así, nuestro hombre tendrá que acostumbrarse aquí, y confiemos en que esté a punto para obtener el mayor provecho posible de los pocos días que dispongamos del sitio real.

»En cuanto a Winfield —inclinó la cabeza hacia la fotografía que colgaba de la pared—, se trata sólo de una pequeña localidad situada en una zona granjera de tierras baldías, virtualmente abandonada cuando la conseguimos. Durante cuarenta años el pueblo se extinguió poco a poco, perdiendo paulatinamente su población... Y en las últimas tres décadas apenas nadie invirtió dinero en modernizarlo o en intentar luchar contra lo inevitable. Es una vieja historia en muchas zonas de Nueva Inglaterra; no todas las ciudades fantasma se encuentran en el Oeste. Este pueblo estaba más aislado que la mayoría, de manera que lo compramos a través de otro departamento, sencillamente como objetivo, si se presentaba la ocasión. Teóricamente, para construir un pantano en este lugar.

Danziger hizo una pausa.

—Hemos cerrado provisionalmente la carretera que lo cruza y ahora estamos restaurándola —prosiguió—. ¡Dios, es realmente divertido! Muy distinto, para variar, de construir una autopista que pase por el centro de un precioso pueblo antiguo o sustituir una espléndida casa vieja por un monstruo sin ventanas. Esto haría enloquecer de frustración a las mentalidades destructoras, pero nuestra gente está disfrutando... —Sonrió como un marino que hablara del mejor permiso de su vida en tierra—. Están arrancando todas las luces de neón, todos los teléfonos automáticos, desenroscando todas las bombillas de cristal mate. Ya hemos eliminado la mayor parte de los aparatos eléctricos, como las cortadoras de césped y cosas así. Estamos quitando hasta el último trocito de plástico, restaurando los edificios y derribando los nuevos. Incluso arrancamos el pavimento de algunas calles, transformándolas nuevamente en encantadores caminos de tierra batida. Cuando finalicemos, la panadería estará a punto, con cordeles y papel blanco para envolver el pan recién horneado. En la tienda de Gelardi habrá pequeños pulverizadores de agua para la conservación de las verduras frescas. El coche de los bomberos funcionará con un tiro de caballos, todos los automóviles serán de la época y el periódico empezará a editar diariamente duplicados de los ejemplares que publicó en 1926... Estamos trabajando basándonos en un exhaustivo estudio y cotejo de fotografías y archivos de la ciudad, y cuando hayamos concluido pienso que la pequeña y olvidada Winfield volverá a ser como era en 1926... Y bien, ¿qué opina ahora de esto?

Sonreí en respuesta a su sonrisa.

—Parece impresionante. Y muy costoso.

—En absoluto. —Danziger sacudió la cabeza con vehemencia—. En conjunto sólo costará poco más de tres millones de dólares, menos de lo que cuestan dos horas

de guerra, por no mencionar que es una inversión mucho más positiva. Y todo esto en beneficio de un solo hombre... Lo ha visto usted esta mañana en la Planta Principal.

—¿El hombre del porche en la casita de madera?

—Sí. Es la copia de una de Winfield. Allí John hace todo lo que puede para habituarse al estilo de vida de Winfield en 1926. Luego, cuando tanto él como nosotros estemos preparados, durante unos diez días, el período más largo que resulta factible, unos doscientos actores y extras empezarán a circular por las calles restauradas de la ciudad, conduciendo antiguos coches, o permaneciendo sentados en el porche si el tiempo es lo bastante caluroso. Se les explicará que está relacionado con una técnica cinematográfica experimental que consiste en una serie de cámaras ocultas que captan sus actuaciones improvisadas, si bien auténticas, cada vez que salgan al exterior. Entre estas doscientas personas, todas relacionándose de una manera u otra con John, habrá unas veinte que pertenecen al proyecto. Confiamos en que John esté mentalmente preparado para sacar el máximo provecho de estos escasos diez días.

Mientras volvía a mordisquear la colilla de su cigarro, el anciano contempló por un instante la enorme fotografía al otro lado del despacho.

Luego se volvió otra vez hacia mí, y dijo:

—Y ésta es la función de nuestras construcciones en la Planta Principal. Son centros de preparación. Sustitutos temporales de los lugares de verdad, debido a que éstos aún no están disponibles, o no lo están durante un tiempo lo bastante prolongado. Por ejemplo, no existen por ahí muchas construcciones con mil años de antigüedad, pero una de ellas es la catedral de Notre Dame, en París. Durante cinco horas nos cederán el sitio actual, desde medianoche hasta el amanecer, y una sola noche. Cortarán el gas y la electricidad en la isla de la Cité, así como en ambas orillas del Sena hasta donde alcance la vista desde la catedral. Además, nos permitirán situar decorados por la zona más inmediata. Es lo mejor que hemos podido acordar, a través del Ministerio de Asuntos Exteriores, con el gobierno francés. Allí creen que es para filmar una película. Incluso hemos preparado un guión de rodaje completo para enseñárselo; tan realista que espero que los haya convencido. Nadie en el proyecto tiene grandes esperanzas en este intento en particular. Dispondremos de tan pocas horas para llevarlo a cabo con éxito, que me temo que no serán suficientes... Y se remonta muy atrás en el tiempo. ¿Puede alguien transmitir realmente la sensación de cómo era aquella época? Debería dudar, pero todavía tengo esperanzas. Hacemos cuanto podemos con los sitios que descubrimos, eso es todo.

Danziger se levantó y, después de indicarme que lo siguiera, se dirigió hacia la mesa tapada con la lona.

—Ahora, excepto por innumerables detalles, ya sabe en qué consiste este proyecto. He reservado lo mejor para el final: su misión.

Retiró la lona protectora y expuso una maqueta tridimensional y bellamente acabada... Desde una base de aguas verdes salpicadas de blancas olas se elevaba, hasta formar un pico, una isla cubierta de vegetación. Frente a la isla, al otro lado de un estrecho, la inclinada pared de un acantilado ascendía desde una playa salpicada de rocas. Encima de la cara rocosa del acantilado crecían, desperdigados, los árboles, y en medio de éstos había una casita blanca, con una terraza rodeada por una barandilla.

—Estamos construyéndolo en la Planta Principal —dijo, y tocó el pico de la islita cubierta de bosque—. Esto es Ángel Island, en la bahía de San Francisco, propiedad del estado federal. Salvo un centro de inmigración abandonado hace tiempo y una base aeroespacial también en desuso, la apariencia de la isla sigue igual que a finales de siglo, cuando esta casa era nueva. —Acarició el diminuto tejado—. Fue la primera casa que se construyó allí, y eligieron la mejor vista, cerca del mar. La casa aún existe y, si exceptuamos las ventanas posteriores, desde aquí no se distinguen los edificios más nuevos que hay en el entorno. Además, la isla bloquea la vista de todos los puentes de la bahía. De modo pues que el lugar estaría como antes si no fuera por las modernas embarcaciones y las lanchas a motor que pasan por el estrecho... Durante dos días completos y tres noches podemos conseguir que el estrecho sea como antes, incluyendo dos veleros de carga y otros más pequeños. —Danziger sonrió y apoyó su pesada mano sobre mi hombro—. San Francisco siempre ha sido un lugar encantador para visitarlo, pero aseguran que la ciudad que se perdió en el terremoto de 1906 era especialmente adorable, que no hay nada parecido en el mundo... Y éste será su destino, Simón. San Francisco en 1901.

A nadie le gusta estropear el momento culminante de una situación, y en aquél había una especie de inocente dramatismo que me gustaba, y que aborrecía tener que echar a perder. Pero no me quedaba otro remedio, así que negué con la cabeza, a la vez que fruncía el entrecejo.

—No, doctor Danziger... Si tengo posibilidad de elección, no será San Francisco. Quiero ser el hombre que lo intente en Nueva York.

—¿En Nueva York? —repitió, desconcertado—. En fin, yo no lo elegiría, pero si a usted le gusta, puede hacerlo. Pensaba que le ofrecía algo excepcional, pero si...

Algo turbado, me vi obligado a interrumpirlo.

—Lo siento, doctor Danziger..., pero no me refiero al Nueva York de 1894.

En ese momento dejó de sonreír. Se levantó y me miró intensamente a los ojos, al tiempo que se preguntaba si conmigo no habría cometido un grave error.

—Oh —susurró—. Entonces, ¿cuándo?

—En enero de 1882... No recuerdo la fecha exacta, pero la averiguaré.

Incluso antes de que yo hubiese acabado, él ya negaba con la cabeza.

—¿Por qué?

Me sentí un estúpido al oírme decir:

—Para ver... cómo echan una carta al correo.

—¿Sólo para ver? ¿Eso es todo? —preguntó con curiosidad, y yo asentí. Luego se volvió bruscamente, se acercó a un lado del escritorio, descolgó el teléfono, marcó dos números y esperó—. ¿Fran? Comprueba los registros del Dakota; están microfilmados. Averigua si en la parte del parque hay vacantes en enero de 1882.

Los dos aguardamos. Me entretuve estudiando la maqueta que había encima de la mesa, paseando en torno a ella, deteniéndome para atisbar al otro lado. Entonces Danziger cogió un bolígrafo y anotó algo apresuradamente en un trozo de papel.

—Gracias, Fran —dijo, y luego colgó el auricular. Arrancó la hoja del bloc de notas, se volvió hacia mí y advertí un tono de decepción en su voz—. Lamento informarle que en enero de 1882 hay dos vacantes. Un apartamento en el segundo piso, que no es muy bueno, y otro en la séptima planta, que permanecerá libre durante todo el mes, desde comienzos de año hasta febrero. Francamente, confiaba en que no hubiese ninguno y que su propósito fuera, por lo tanto, imposible, con lo cual habría terminado el asunto. En este proyecto no puede haber objetivos privados, Si. Es una aventura terriblemente seria, y no está para eso. De modo que tal vez sea mejor que me explique qué tiene en mente.

—Con mucho gusto. Pero no sólo quiero explicárselo, sino que quiero enseñárselo. Mañana por la mañana... Estoy convencido de que cuando compruebe a qué me refiero, estará de acuerdo conmigo.

—Lo dudo. —Negó con la cabeza, pero su mirada volvía a ser amigable—. De todos modos, enséñemelo. Por la mañana, si usted lo desea. Ahora váyase a casa, Simón... Éste ha sido un día completo.

A los tres meses de conocer a Katherine Mancuso, la acompañé hasta su casa una noche. No recuerdo adónde habíamos ido. Habíamos salido con el MG y yo enfilé por encima de la acera y aparqué en el callejón que había entre la tienda y el edificio de al lado... Tuvimos que arrastrarnos hasta la parte trasera del vehículo para salir. Ya en el apartamento, que estaba encima de la tienda, Katie puso a hervir agua para el té. Todo transcurría más o menos como siempre. Sin embargo, creo que incluso mientras nos despojábamos de los abrigos ambos sabíamos que esa noche, de alguna forma misteriosa —misteriosa porque hasta ese momento la velada no parecía en absoluto distinta de otras muchas—, estábamos cruzando alguna clase de línea invisible, y que nuestra relación ya no seguiría un rumbo vacilante, sino que se dirigiría hacia alguna parte. Porque esa noche Katie empezó a hablarme de ella misma.

Entró con una taza de té y su correspondiente platito en cada mano —yo sabía que en la cocina había echado azúcar en la mía—, me tendió una, se sentó a mi lado en el sofá y empezó a hablarme como si ambos diéramos por sentado que iba a hacerlo. Y supongo que así era. La mayor parte de lo que me dijo esa noche carece de importancia para este caso, pero al cabo de un rato preguntó:

—¿Sabías que soy huérfana?

Asentí, pues ella me lo había contado hacía tiempo. Cuando Katie tenía dos años, sus padres habían salido para un viaje de fin de semana y, como de costumbre, la habían dejado con Ira y Belle Carmody, que vivían en la casa de al lado, en Westchester. Los Carmody eran grandes amigos de los Mancuso, aunque mucho mayores que ellos, no tenían hijos y estaban locos por Katie... Los padres de ella se mataron en un accidente cuando regresaban a casa.

En los días que siguieron, Katie permaneció con los Carmody, y dado que no había parientes que pudieran hacerse cargo de ella, aparte de un primo de su madre que vivía en otro estado y que nunca había visto a la niña, la pareja adoptó legalmente a Katie, con el consentimiento y la satisfacción del primo. La habían criado y, como es lógico, ella siempre los había considerado como a sus propios padres, de los que apenas se acordaba.

Yo asentí, indicando que sabía que era huérfana. Katie se levantó, se dirigió hacia el dormitorio y regresó con un archivador de esos que se pliegan como un acordeón, que suelen ser de cartón rojo y que se atan mediante unas cintas que llevan incorporadas. Lo abrió sobre su regazo, buscó el compartimiento que le interesaba, metió la mano en él y... —todos somos actores por instinto, comediantes desde el momento en que nacemos— en lugar de sacarla de inmediato, siguió hablando, con lo

cual hizo que mi curiosidad fuera en aumento.

—El padre de Ira, Andrew Carmody, fue un financiero y una personalidad política bastante conocida en el Nueva York del siglo pasado, aunque no figurara entre los famosos. Más tarde perdió su antigua habilidad para hacer dinero, y la fortuna que acompañaba a ésta. Lo más cerca que estuvo de la fama fue al convertirse en una especie de consejero del presidente Grover Cleveland durante su segundo mandato, en la década de 1890, que es cuando Ira nació.

Asentí y, sólo por decir algo, pregunté:

—¿Sobre qué le aconsejaba?

—No lo sé —respondió Katie con una sonrisa—. Nada importante, imagino. Como figura histórica fue muy poco notable. Ira solía decir que en una historia completa acerca del segundo período de Cleveland, su padre probablemente merecería una pequeña nota a pie de página. Pero fue muy importante para Ira, ya que cuando éste era pequeño, ignoro qué edad tendría, su padre se suicidó... No creo que el recuerdo de su padre abandonase a Ira durante el resto de su vida.

Katie sacó la mano del archivador y, junto con ella, una pequeña foto en blanco y negro.

—Andrew Carmody estaba arruinado... El último dinero que le quedaba había desaparecido, y en 1898 él y su esposa se trasladaron a Montana, a una pequeña ciudad llamada Gillis. Más tarde, en la década de los treinta, mucho después de que Ira creciera y se marchase de Gillis, condujo a través de medio país y regresó allí, sólo para cerciorarse de que estaba en lo cierto y que la tumba de su padre era realmente tal como la recordaba desde su infancia.

»Y así era, exactamente... —Me tendió la pequeña fotografía—. Ésta es la foto que Ira tomó aquel verano. Así era la tumba de su padre. Supongo que aún debe de estar allí, y algún día me gustaría ir a verla.

No supe realmente qué estaba mirando mientras observaba la pequeña foto brillante en la palma de mi mano. Luego reconocí la forma: era una especie de lápida tal como las dibujan en las tiras cómicas, la antigua losa de lados rectos y la parte superior redondeada hasta formar un semicírculo perfecto. Aquélla no debía de sobresalir más de cuarenta centímetros del suelo —era mucho más corta que la mayoría—, y no estaba perfectamente recta, sino inclinada hacia la izquierda. Pero la foto era nítida y contrastada; la habían tomado con la luz ideal. La lápida se levantaba en un extremo de una tumba cubierta de hierba rala, en la cual se veían algunas plantas ya marchitas de diente de león. Era una tumba vieja, con el montículo plano, de nuevo casi al mismo nivel que la tierra que había alrededor. Luego, con una ligera sensación de sorpresa, observé que las marcas de la lápida no eran letras. No había en ella ninguna inscripción, sino sólo un dibujo. Me incliné sobre la fotografía y la acerqué a la luz de la lámpara que había al lado del sofá.

El dibujo consistía en una estrella de nueve puntas encerrada en un círculo, y estaba formada con lo que debían de ser un centenar de puntitos. El grabador sencillamente había cincelado un punto tras otro, haciendo que las puntas de la estrella rozaran el círculo, y el grabado cubría casi la totalidad de la lápida hasta llegar a la altura del suelo. La fotografía era buena, cada punto era un diminuto pozo negro sobre la escamosa superficie de la piedra, la gastada forma redondeada de la parte superior de la lápida se perfilaba nítidamente contra el fondo mucho más oscuro que formaban la tierra pisoteada y los hierbajos dispersos que había detrás, y algunas de las lápidas del entorno asomaban, ligeramente desenfocadas, a poca distancia.

Ahora que pienso en ello, creo que me quedé mirando la pequeña fotografía durante casi un minuto, lo cual es mucho tiempo. Pero experimentaba la fascinación de la más absoluta realidad: en algún lugar al otro extremo del país, en las afueras de una pequeña localidad de Montana, aquella lápida, manchada y gastada por años de calor y de frío, y por la alternancia de estaciones húmedas y secas, probablemente aún se mantuviese en pie. Finalmente, levanté la vista y miré a Katie.

—¿Es lo que su esposa hizo grabar en la tumba?

Katie asintió.

—A Ira siempre le intrigó —dijo. Hurgó nuevamente en el archivador y a continuación sacó un papel rectangular de color azul verdoso; era un sobre—. Su padre se pegó un tiro. Una tarde de verano, sentado en su despacho en una pequeña casa de madera. Y esto es lo que dejó sobre el escritorio.

Cogí el sobre. En la parte delantera llevaba un sello de tres centavos cancelado, sobre el cual aparecía el perfil de Washington en un diseño que yo nunca había visto. Y en el matasellos que lo rodeaba ponía: «Nueva York, N.Y., Oficina Central de Correos, 23 Ene 1882, 18.00 H.» Más abajo, escritas a mano con tinta negra, aparecían las señas del destinatario: «Sr. D. Andrew W. Carmody, 589 Quinta Avenida, Ciudad». La esquina inferior derecha del sobre se veía ligeramente chamuscada, como si le hubieran prendido fuego pero casi de inmediato lo hubiesen apagado. Le di la vuelta, pero en la parte de atrás no había nada escrito.

—Mira dentro —me dijo Katie.

Contenía una hoja de papel blanco, doblada en dos y chamuscada en un lateral, como si hubiese estado dentro del sobre cuando se había prendido fuego a éste. Por encima del pliegue, con la misma escritura clara de la dirección, habían escrito: «Si una charla referente al Carrara del Palacio de Justicia pudiera ser de interés para usted, por favor, acuda al parque del City Hall a las doce y media del próximo jueves». Debajo del doblez, con una escritura grande y sólo a medias legible, manchada en cuatro sitios, rezaba: «Que el envío de esto sea capaz de Destruir por el Fuego el... (aquí, al final de la primera línea, donde el papel se había quemado, daba la impresión de que faltaba una palabra) Mundo por completo, parece poco menos

que increíble. Y sin embargo es así, y la Responsabilidad y la Culpa... (en la zona quemada faltaba otra palabra) mías, y nunca podré negarlo, ni escapar a ello. De modo que, con el funesto recuerdo de aquel Acontecimiento ante mí, pongo ahora fin a la vida que debería haber concluido en aquel entonces».

Esboqué una sonrisa tan débil como involuntaria. Aquello parecía completamente irreal. Mientras contemplaba la pequeña hoja chamuscada, me resultaba difícil comprender que una vez una persona hubiese escrito una nota tan ampulosa como aquella para luego coger un arma y pegarse un tiro. Sin embargo, era real. Aunque sólo fuera por escrito, aquello que tenía en mi mano —volví a mirar la nota y dejé de sonreír— era un mensaje desesperado que un hombre había enviado en los últimos momentos de su existencia. Metí la nota en el sobre y miré a Katie.

—¿El fin del mundo? —pregunté.

Ella negó con la cabeza, y dijo:

—Nadie supo nunca qué significaba. Excepto, supongo, la madre de Ira. Ella acudió corriendo... Me lo he imaginado muchas veces, Si, aunque no me guste, aunque lo aborrezca... Con el estampido del disparo todavía en sus oídos, la habitación impregnada con el olor de la pólvora, se detuvo junto al cuerpo de su esposo caído de bruces sobre el escritorio, leyó esto y le prendió fuego. De pronto golpeó la llama para apagarla y lo guardó. No llamó al médico. Él se había disparado al corazón, explicó en la investigación que se llevó a cabo después del funeral; cualquier estúpido hubiera sabido que estaba muerto. En cambio, de inmediato lavó y vistió el cadáver para el entierro. En aquel entonces y en aquel lugar no era extraño que no se embalsamara el cadáver, de modo que la mujer no permitió que ningún empleado de pompas fúnebres pusiera los pies en la casa hasta que el cuerpo del difunto estuvo listo para colocarlo en el ataúd.

»Fue un escándalo en la ciudad, según se le recordó a Ira en más de una ocasión cuando era niño. Pero la mujer se enfrentó a ello. Durante la investigación miró a todos a la cara y afirmó que no tenía idea de cuál era el significado de la nota, y que lo que había hecho no incumbía a nadie más que a ella. Diez días después, hizo instalar sobre la tumba esta lápida que has visto, y jamás nadie obtuvo una palabra ni una explicación al respecto.

»Esto empañó la existencia de Ira. Mientras vivió no dejó de preguntarse el porqué de aquello. Y eso mismo me pregunto yo.

Yo también me lo preguntaba. Esa noche hablamos durante largo rato. Le conté a Katie muchas cosas acerca de mí, sobre todo de mi matrimonio y de mi divorcio, y de lo que entendía y lo que no entendía de él. No era algo de lo que hubiese hablado a menudo con otros. Sin embargo, mientras hablaba de mí a una oyente interesada, una parte de mi mente seguía pensando en Andrew Carmody y preguntándose: «¿Por qué?, ¿por qué?, ¿por qué?».

Quizás el instinto más fuerte de la raza humana —más fuerte incluso que el sexo, o el hambre— sea la curiosidad: la perentoria necesidad de saber. Con frecuencia es capaz de servir de estímulo a toda una vida, es más mortífera que el veneno y la mera idea de satisfacerla puede convertirse en la más excitante de las emociones. Es por ello que aquel viernes por la mañana, en la oficina del doctor Danziger, apenas pude permanecer sentado a la espera de que me diese una respuesta. Danziger me había escuchado mientras estudiaba la pequeña foto y el sobre azul que yo había pedido prestado a Katie. Luego me miró fijamente desde el otro lado de su escritorio. Ese día él llevaba un traje cruzado azul marino, camisa blanca y corbata de lazo color marrón; yo vestía el mismo traje gris del día anterior. Al cabo de un rato, volvió a coger el sobre azul y leyó en voz alta:

—«Que el envío de esto sea capaz de Destruir por el Fuego el (sigue algo ilegible) Mundo por completo, parece poco menos que increíble. Y sin embargo es así...». —De pronto, sonrió—. Y usted desea ver cómo envían esto, ¿no es así? Bien, ¿cómo podría censurarlo por ello? Yo haría lo mismo. Pero ¿de qué le servirá, Simón? ¿Qué averiguará con ello? Si consigue descubrir algo, no será más que un fragmento sin sentido de un misterio que seguirá torturándolo y que no podrá seguir investigando. Porque sin duda habrá comprendido —se inclinó hacia mí— que no podrá influir en absoluto en los acontecimientos del pasado... Alterar el pasado significaría alterar el futuro que se deriva de él, y las consecuencias de una cosa así serían inimaginables, constituirían un riesgo del todo inaceptable...

—¡Por supuesto! Y lo entiendo. Pero sólo quiero ver cómo envían la carta, doctor Danziger. No averiguaría gran cosa, lo sé. Nada, probablemente. Pero... En fin, no sé cómo explicarlo.

—No hace falta, porque le entiendo. Sin embargo...

—Si este experimento resultase exitoso, yo tendría que observar alguna cosa. ¿Por qué no esto?

—En teoría, imagino que no hay razón para que no sea así, y me temía que lo planteara de esta manera. Bien, Simón; ayer, después de que usted se fuera, telefoneé a los miembros de la junta. Teníamos concertada nuestra reunión bimensual para finales de esta semana, y les pedí que la trasladáramos a hoy. Anoche no sabía qué tenía usted en mente, pero pensé que debía de ser algo sobre lo cual ellos deberían decidir. En esto no dispongo de absoluta libertad, ¿sabe? Les presentaré su caso, pero seguramente también se negarán.

Al cabo de un rato, el doctor Danziger me hizo pasar a la sala de juntas. Era una estancia muy parecida a las salas de reuniones de las agencias de publicidad: una pizarra portátil al frente, gran cantidad de fotografías ampliadas y bosquejos clavados en unos tablones de corcho que colgaban de las paredes, la mayor parte correspondiente a decorados o diseños de decorados para la Planta Principal.

También había una gran mesa de conferencias en torno a la cual se sentaban hombres en mangas de camisa, con suéter o con americana. Danziger me acompañó hasta la mesa y me presentó. A algunos ya los conocía. Rube, que ese día vestía traje, estaba presente; se limitó a guiñarme un ojo y sonreír. También había un ingeniero que Rube me había presentado en los pasillos. Pero en esa ocasión conocí a un profesor de Historia de Columbia, un hombre de apariencia inteligente y sorprendentemente joven; a un meteorólogo calvo y regordete procedente de la Escuela de Tecnología de California; a un profesor de Biología de la Universidad de Chicago, cuyo aspecto era el que se espera de un profesor; a un profesor de Historia de Princeton que parecía un cómico de club nocturno; a un envarado coronel del ejército llamado Esterhazy, de ojos brillantes y que vestía de paisano; a un senador de Estados Unidos con aspecto de malvado, y a varias personas más. Era una reunión bastante característica, imagino, pero por la forma en que cada uno me miró mientras hablábamos y nos estrechábamos la mano me di cuenta de que por el momento yo era el invitado de honor. Todos se ponían de pie cuando sonreían y me saludaban, y yo correspondía a sus sonrisas, pero al estrecharnos la mano me escrutaban el rostro. Esta actitud me dio a entender que era de mí, y de otros seis, de quienes se hablaba en aquellas reuniones: nosotros éramos el proyecto. Y de pronto me sentí importante, mientras me dirigía a la cafetería. Allí me senté ante una taza de café, a esperar al doctor Danziger.

Apareció veinte minutos después, con expresión de sorpresa y satisfacción a la vez. Después de sentarse a mi mesa me dijo que la junta había accedido a mi petición. Habían sido Rube, el profesor de Princeton y Esterhazy quienes me habían apoyado, explicó. Su argumento se había basado en que lo que yo pretendía hacer no perjudicaría a nadie y que tal vez incluso supusiera algunas ventajas. De modo que estaba decidido... Danziger sonrió y añadió:

—Así es que ahora me enfrenta usted a una tentación... Mi madre tenía dieciséis años en 1882. Había nacido el 6 de febrero y, con motivo de su cumpleaños, sus padres y su hermana la llevaron al teatro Wallack. Allí conoció a mi padre, y durante toda su vida constituiría una anécdota familiar. Él, un joven eufórico y mundano, llegó al teatro y descubrió a Apple Mary, un personaje de la época que vendía manzanas a la puerta de los teatros, y, siguiendo un impulso repentino, le entregó una moneda de oro de cinco dólares y le pidió que le trajera suerte a ambos. La mujer contestó que aquella noche sería venturosa para él. Luego mi padre entró en el vestíbulo y de inmediato se fijó en un vestido de terciopelo verde, así como en la muchacha que lo llevaba. Como conocía a las personas con las que ella y su familia estaban hablando, se acercó, los presentaron, y al cabo de unos años contrajeron matrimonio. Ya puede imaginarse cuál es la tentación a que me ha enfrentado ahora... —Asentí con una sonrisa y Danziger se echó hacia atrás en su asiento—.

Ocurre muchas veces que no siento la menor confianza en este proyecto, ninguna... Todo él me parece absurdo, imposible. Pero, si alcanzáramos el éxito, Simón, si realmente pudiera trasladarse al Nueva York de esa época y situarse disimuladamente en un rincón del vestíbulo desde donde presenciar ese encuentro... En fin, si tenemos ya un objetivo personal, muy bien podríamos tener un segundo. Le agradecería enormemente un esbozo, Simón, un dibujo de ellos en el momento de su encuentro... —De pronto, se puso de pie con brusquedad—. Y ahora tenemos que darnos prisa.

Ellos estarían a punto para mí el lunes, me informó; después de trabajar todo el fin de semana. Me quedé asintiendo con la cabeza, escuchando, consciente de que, en el preciso instante de júbilo que yo había experimentado ante la noticia que el doctor Danziger me había traído, la excitación se había extinguido perversamente, y que toda fe en el proyecto de aquel anciano estafalario se había escurrido como si hubiesen tirado de una especie de tapón. Ésa era una sensación que yo experimentaría una y otra vez, y a la que incluso llegaría a acostumbrarme durante la etapa que iba a iniciarse el lunes por la mañana.

El domingo me afeité por última vez. El lunes por la mañana me encontré con diez maniqués cubiertos con una sábana y formados en hilera en un extremo del aula en la que Danziger había indicado que me presentara. Avancé a lo largo de la hilera al tiempo que la estudiaba, deseando levantar una de las telas y observar qué había debajo. Pero antes de que hallase el valor necesario, entró a toda prisa un joven enjuto, de unos veintiséis años, según mis cálculos, y se presentó. Era Martin Lastvogel, mi instructor, y nos estrechamos la mano al tiempo que acordamos que lo más razonable sería tutearnos. Me senté en un pupitre y observé que él se colocaba detrás del escritorio mientras buscaba algo en un maletín muy gastado: las asas estaban retorcidas por años de uso, y debajo del cierre había los restos de una pegatina redonda que en el pasado había anunciado «Columbia Univ.».

«¡Dios, qué feo es!», pensé. Tenía una barbilla huidiza y una nariz enorme, afilada y demasiado larga. Hacía cuatro días al menos que no se peinaba y tres semanas que debería haber ido al peluquero. Pero cuando alzó la mirada y sonrió, vi que sus ojos eran amistosos, ansiosos e inteligentes. Más tarde descubriría que tenía una mujer preciosa que lo consideraba una maravilla, y que Martin tenía cuarenta y un años.

—Muy bien —dijo al encontrar lo que estaba buscando: un paquete de tarjetas de fichero, que fue pasando amorosamente con el pulgar y luego depositó pulcramente en una esquina del pupitre. Yo no soy realmente un profesor, así que dímelo cuando no me exprese con claridad o no entiendas lo que explico. Soy investigador, uno de esos afortunados que se ganan la vida haciendo lo que realmente les gusta. En mi caso, investigación histórica. Pregúntame cuántas calles había iluminadas, si es que había alguna, en el París del siglo XIV, o de qué estaban hechas las pelucas en el siglo XVIII, o cómo envolvían la manteca en una carnicería de Nueva Inglaterra en 1926. Hurgaré en los restos del pasado e intentaré averiguarlo para ti. Durante el fin de semana he estado investigando la década de 1880, y todavía investigaré mucho más. Es un período terriblemente olvidado, aunque ignoro por qué, ya que todo indica que en esa época había muchas cosas interesantes.

»Sin embargo, no estoy aquí para atiborrarte de hechos sobre ese período. Has vivido en el siglo XX sin necesidad de saberlo todo acerca de él... —Se acercó al maniqué más próximo y cogió una punta de la sábana que lo cubría.

Tampoco creo que necesites saberlo todo acerca de la década de 1880, aunque sí experimentarlo.

Tiró de la tela y dejó al descubierto un vestido antiguo. Era una especie de tubo

largo y parduzco, de una clase de tela muy pesada. Me levanté y me acerqué a mirarlo. Colgaba inmóvil del maniquí; los bajos llegaban hasta el suelo y las largas mangas caían flácidas y rectas a los lados. Tenía el cuello alto y un complicado dibujo de pequeñas cuentas negras se extendía por el pecho y alrededor de los puños.

—Lo hemos pedido prestado al Smithsonian —explicó Martin—. Sólo para ti. Lo han traído en avión. Este vestido se cosió y llevó a principios de los ochenta. La gente que visita el Smithsonian mira cosas así y piensa que las mujeres de entonces vestían de este modo. —Sacudió la cabeza—. Pero no es así. Métete en la cabeza que no es así. ¡Mira ese color, si es que todavía puede considerarse un color! ¡Los antiguos tintes no han perdurado, Si! —exclamó, como si yo se lo discutiera—. Durante décadas este vestido se ha ido apagando, alterando, hasta que al final ha perdido el color. Y mira la tela. Arrugada. Encogida en algunos puntos, mientras en otros se ha combado. ¡Hasta las cuentas de los adornos se han ennegrecido! —Martin se acercó y me palmeó el hombro—. Esto es lo que debes entender y, más que nada, experimentar: que las mujeres de entonces no eran fantasmas. Eran seres vivos que nunca se habrían puesto este guiñapo. —Señaló el vestido con el pulgar—. La dueña de esta prenda... ¿qué llevaba realmente cuando se la ponía? ¡Esto es lo que se ponía! ¡Para ir de fiesta!

Martin descubrió de golpe la siguiente figura, y allí estaba: yo no lo habría calificado de simple vestido, sino de un traje de noche de luminoso terciopelo color rojo vino, la pelusilla nueva y sin rozar, la tela plegándose espléndidamente en múltiples ondulaciones, tanto por delante como por detrás. Los adornos de cuentas, de un rojo transparente, captaban la luz y brillaban como si todo el traje se moviera. Era verdaderamente espectacular. Bajo los focos, el vestido relucía igual que una joya.

—Hemos escogido este original —dijo Martin mientras acariciaba el vestido triste y apagado del museo— porque en el Smithsonian hay un diario, cedido por la modista, en el que figuran los datos de cómo está cosido, incluyendo los patrones y una muestra de la tela sin... marchitar. Hemos hecho una copia —tendió la mano hacia el vestido nuevo, como si sus dedos fuesen incapaces de resistirse a la riqueza del rojo terciopelo—, la cual se parece mucho más al vestido que llevaría una mujer viva que lo que queda del original. —Me miró con expresión expectante, luego señaló el traje nuevo—. ¿Eres capaz de imaginar a una mujer realmente viva, a una muchacha, luciendo esto y con un aspecto fantástico?

—¡Diablos, sí! —contesté—. Incluso puedo verla bailar.

Durante las dos horas que siguieron, contemplamos los restos de una prenda de bordes amarronados que, increíblemente, había sido el traje de fiesta de un niño. Luego estudiamos una copia de una especie de prenda de color rosa, repleta de volantes, del modo en que lucía el día en que una muchacha se la había puesto por

vez primera. Y contemplé —tal como habían sobrevivido y tal como se veían cuando eran nuevos— un traje de niño con botones de latón y pantalón hasta la rodilla, el uniforme de un cartero y el traje de un hombre que incluía un chaqué con las solapas forradas de seda, deshilachado y polvoriento en el original, nuevo y reluciente en la réplica.

Durante aquella semana —en la que no podía evitar pasarme la mano por la barba incipiente— examinamos una colección de sombreros de hombre y de mujer de todo tipo, tanto el original como el duplicado; y también bolsos, manguitos, guantes. Una mañana en que yo sostenía entre las manos un zapato de mujer, estudiando el apergaminado cuero gris oscuro, cruzado por innumerables grietas, la punta y la franja encima del empeine estaban extrañamente descoloridas y los botones de nácar desportillados, hasta el punto de que ya no parecía un zapato sino una curiosidad, Martin me entregó una copia del mismo hecha con piel nueva. El zapato resultó flexible al tacto, los botones recién tallados de una pieza de nácar, las puntas y la franja del empeine de un luminoso escarlata. Martin era un tipo muy imaginativo, pues el zapato no era totalmente nuevo: tenía la fragancia de la piel nueva, pero la suela aparecía algo rayada, el tacón había perdido su filo en los bordes, y en el brillante empeine comenzaba a formarse una grieta. Martin sonrió y dijo:

—La dificultad con todo lo que nos llega del pasado es que es viejo. Una reliquia. Puede informarnos algo acerca de cómo fue en esos tiempos, pero generalmente contradice cualquier sensación de que pudiera lucirlo alguien que estuviera realmente vivo. —Señaló el zapato que yo sostenía entre las manos—. En cambio, éste es un zapato que podría pertenecer a una mujer de carne y hueso. Pero hemos tenido que crearlo.

Asentí. No resultaba difícil imaginar a una joven sentada en el borde de la cama calzándose, abrochándose, para luego admirarlo mientras hacía girar el pie a fin de que la piel nueva captara la luz.

Durante días, Martin y yo hojeamos libros cuyas páginas eran amarillentas y cuyas cubiertas aparecían en ocasiones salpicadas de moho. Al volver las páginas, las esquinas se descubrían quebradizas; sólo un fantasma habría podido leerlos. Luego, del interior de una caja, Martin sacaba los mismos libros, idénticos excepto en que las cubiertas eran de un rojo brillante, o azul, o verde, los títulos estaban recién impresos con reluciente pan de oro, las páginas eran inmaculadamente blancas, la impresión reciente y todavía olían a tinta. Obviamente, aquellos libros nunca los había leído nadie. Por el momento... Y, en mi mente, la década de 1880 empezaba a agitarse, ligeramente viva.

Un mediodía en que Rube estaba en la cafetería haciendo cola, se reunió con Martin y conmigo para almorzar. Luego, durante lo que quedaba de aquella tarde, me acompañó a todos los despachos, a los talleres de carpintería y herrería, a una

pequeña biblioteca, a la sala de conferencias, a la sastrería y a la zapatería, a la sala de control de la Planta Principal, a una pequeña sala de proyección, y a todos los rincones del edificio donde hubiera gente trabajando, presentándomelos a todos.

Conocí a Peter Marple, un joven diseñador del proyecto, antiguo escenógrafo y diseñador de un teatro de Nueva York, y muy bueno, además; resultó que yo había visto varias de sus obras. Conocí a Larry McDermott, el fotógrafo del proyecto, que en ocasiones había hecho trabajos para una agencia de publicidad con la que yo había colaborado. Conocí a técnicos, a estenógrafos, a ingenieros y a contables. Conocí a un profesor adjunto de Historia de la Universidad de California, y a personas de cuya labor no se me informó. Rube se refirió a uno de ellos como «nuestro jefe de sobornos», ante lo cual el hombre se limitó a sonreír.

Exceptuando a los dos que ya estaban en la Planta Principal —John McNaughton en la casa de Vermont, y George Wing, un auténtico indio crow y antiguo oficial subalterno, que ya vivía en la tienda que yo había visto— conocí también a mis compañeros candidatos. Uno era el hombre al que había visto estudiar francés medieval; ambos teníamos un amigo común de cuyo apellido ninguno de los dos consiguió acordarse. Otra era la señorita Eileen Jorgensen, una joven delgada y de aspecto nervioso, profesora de Matemáticas en Lincoln, Nebraska, que en la clase contigua a la mía empezaba a estudiar el San Francisco de finales de siglo. También conocí a la atractiva joven que aprendía a bailar charlestón y al hombre a quien había visto practicar con una bayoneta de goma.

En el pasillo que llevaba hacia el ascensor, Rube comentó:

—Hemos cometido un error con esta pareja. Empezaron a reunirse en la cafetería, luego salían a almorzar juntos, después se citaban fuera de aquí. Ahora, como es lógico, sólo se interesan el uno por el otro... Pronto querrán casarse, y supongo que no hay nada malo en ello, pero nosotros no dirigimos un club para corazones solitarios. Ya nadie les concede muchas posibilidades de éxito en la misión. De manera que hemos tenido que cerrar la puerta y la norma ahora es: puedes pasar el rato con los demás candidatos cuando los encuentres por aquí, pero nada de confraternizar con ellos, ¿entendido?

—Entendido. Sobre todo teniendo en cuenta que ya he llegado demasiado tarde para la chica del charlestón.

Bajamos con el ascensor —eran las cinco y diez— y cruzamos juntos la ciudad, deteniéndonos a tomar una copa en el Algonquin.

Una mañana pasé una hora en el despacho del doctor Rossoff, aprendiendo la técnica de la autohipnosis. Era sorprendentemente fácil, o eso parecía...

El doctor me hizo sentar en su enorme sofá de cuero verde y me dijo que me pusiera cómodo.

—Cierre los ojos si quiere, aunque no es necesario... —Los cerré—. Ahora, en

silencio, repítase que se siente cada vez más cómodo, cada vez más relajado, tanto física como mentalmente. Y deje que esto sea cierto. Luego repítase que poco a poco, de forma gradual, está entrando en trance. Un trance ligero, durante el cual permanecerá completamente despierto y consciente. No permita que la palabra «trance» le inquiete; no es más que un término apropiado para un estado algo avanzado de receptividad con respecto a la sugestión; no hay ningún misterio en ello... Luego, cuando lo haya conseguido, repítase que se encuentra bajo los efectos de la autohipnosis. Seguidamente, póngase a prueba. Dígase que temporalmente es incapaz de levantar el brazo. Inténtelo y, si realmente no consigue hacerlo, es que está usted en trance. A continuación, hágase cualquier sugerencia hipnótica que desee. Si tiene dolor de cabeza, por ejemplo, dígase que va a contar hasta cinco y que antes de que haya concluido el dolor desaparecerá. O suprima pensamientos, emociones o recuerdos, y luego haga que regresen mediante la sugestión autohipnótica. ¿Entendido? Es una herramienta notable, de verdad.

Asentí y él me dejó solo, para que lo intentara. Hice lo que me había indicado, y noté que cada vez me sentía más relajado y cómodo. Luego me dije que gradualmente iba entrando en un ligero trance, y me pareció que realmente lo conseguía. Allí sentado, inmóvil, casi adormecido, me dije que no podía levantar el brazo, que carecía de fuerzas para hacerlo. Luego, con la mirada fija en la manga de mi chaqueta, traté de levantar el brazo, y poco faltó para que éste me diera en el ojo al saltar recto hacia arriba.

Lo intenté de nuevo, tomándome más tiempo esa vez, sintiendo que cada músculo se relajaba. Sin embargo, la única parte de mi cuerpo que no se enteró de que estaba bajo los efectos de la hipnosis fue mi brazo: cada vez saltaba lo mismo que un perro voluntarioso pero estúpido que no entendiera de qué iba el truco. Cuando el doctor regresó, me escuchó y dijo que practicara en casa, preferentemente cuando me sintiera cansado y somnoliento.

Una mañana, Martin Lastvogel bajó una pantalla que cubrió la pizarra que había al frente del aula, y en el fondo instaló un proyector de diapositivas. Nos sentamos uno al lado del otro, Martin con el mando a distancia en la mano. Lo pulsó, el ventilador del proyector se puso en marcha y un cuadrado de luz, con las esquinas redondeadas y los bordes difusos, ocupó la mayor parte de la pantalla. Otro *clic* y el cuadrado se convirtió en un dibujo en blanco y negro, perfectamente enfocado. Se trataba de un antiguo grabado en madera que representaba una calle muy concurrida —supuse que de los años ochenta—, llena de carruajes, carromatos y peatones. El grabado estaba bien hecho —el artista era verdaderamente bueno—, pero con un estilo que no se utilizaba desde hacía medio siglo.

—Obtenido directamente de una fotografía, con toda probabilidad —comentó Martin en voz baja, como la gente suele hacer inconscientemente en la oscuridad—.

Antes de la invención del fotograbado muchos de los grabados ilustrativos se copiaban de fotos. De ser así, estás contemplando lo que podría ser una representación absolutamente exacta de un instante que realmente existió. Esto era lo que se trataba de comunicar a alguien de la época. Con la ayuda de ese grabado, aparecido en una revista semanal ilustrada, un hombre de los ochenta era capaz de visualizar la escena.

Dado que aquélla era mi especialidad, comenté:

—Pero no es así como se comunica la realidad... A mí me recuerda la obra de un dibujante japonés, donde la perspectiva es plana e incluso los ojos de los occidentales son oblicuos. Para nosotros, son dibujos irreales; en cambio, para ellos...

—Exacto. Pero suprime tu propia lectura y déjame a mí ese trabajo. Tengo una familia a la que mantener, ¿sabes? Bien, tenemos una copia de este grabado, y un montón pertenecientes a otros, como Sidney Urquhart. ¿Sabes quién es?

—He visto su obra. Escenas callejeras, de ciudad... Acuarelas en su mayor parte. Es bastante bueno.

—Sabe transmitir cómo es una ciudad... ¿Dirías que lo ha conseguido aquí? —Martin volvió a pulsar el mando a distancia, y una obra de Sidney Urquhart, que me habría gustado poseer, ocupó toda la pantalla.

Era la escena que acababa de ver, detalle a detalle, y también era un dibujo, pero éste en color: los perfiles a pluma, en negro, se habían llenado con pinceladas de tinta china de fuertes contrastes. Era la misma escena, pero resultaba impresionante, como si toda ella se moviera. Lo que yo había pretendido a menudo al mirar con el estereoscopio de Katie, él lo había plasmado sobre papel: los caballos de los carruajes realmente trotaban, los caballos de tiro que había al lado realmente sudaban y tiraban con esfuerzo. Las ruedas de los carruajes giraban, los radios captaban la luz, y un hombre con bigote corría ágilmente esquivando el tráfico. ¡Era increíble, pero podía verlo! Mientras el bosquejo de Urquhart centelleaba en la pantalla, por un instante me sentí de pie en la acera, observando la escena casi como si fuera real.

El control de Martin sonó una vez más y la pantalla quedó en blanco, pero otro clic hizo que el enorme cuadrado se convirtiera en una fotografía color sepia: dos mujeres con vestido largo y sombrero grande caminaban, de espaldas a la cámara, por una ancha acera a la sombra de unos árboles enormes. Una llevaba una sombrilla abierta para protegerse del sol. A la izquierda de ella había una alameda con muchos arbustos, en la que también crecían árboles muy altos que proporcionaban sombra a la calle, y a la derecha extensas laderas cubiertas de césped. Al fondo de la alameda había una calle moteada de sombras; se veía desierta a excepción de una calesa descubierta, cuyo caballo se hallaba atado a un poste. Era una buena instantánea; el fotógrafo había captado una hermosa escena. Mientras la estudiaba, sentado en la semipenumbra, podía creer —y de hecho lo sabía con certeza— que la escena había

ocurrido en realidad. Pero se hallaba detenida en el tiempo, era infinitamente remota, y aquellas dos mujeres nunca darían el paso siguiente.

Un doble *clic*, y la mirada de Sidney Urquhart a esa misma instantánea llenó la pantalla de colorido. Ahora sólo se trataba de un boceto, de una impresión, pero el siguiente paso de las mujeres resultaba inminente. Las dos caminaban de verdad, sus cuerpos se deslizaban hacia el siguiente paso, los pies se elevaban del suelo, y supe que arriba, fuera de mi vista, las hojas de aquellos árboles se mecían, y que las mujeres, si uno se esforzaba lo suficiente para oír las, hablaban en voz baja.

Pasamos toda la mañana mirando primero un dibujo o una fotografía de comienzos de la década de 1880, luego una «versión» —que era el término que Martin utilizaba— realmente buena de Urquhart, de Karl Morse, de Murray Sidorfsky o de cualquier otro. No todos ellos tenían éxito, y algunos lo conseguían sólo en parte, pero otros funcionaban, y en ese caso yo experimentaba la emoción de atisbar en la realidad de un momento del pasado.

Mucho antes de que finalizáramos supe que yo podría hacer lo mismo. No necesitaba a Urquhart ahora, ni a nadie. Yo también podía mirar un viejo grabado o una fotografía y llevar a cabo la labor de introducirme en él y percibirlo por completo hasta hallar y tocar la realidad que lo había producido y que había desaparecido hacía mucho tiempo. Podía hacerlo tan bien como aparecía en los nuevos dibujos que había visto en la pantalla. Mejor incluso, pensé. Claro que no estaba muy seguro de que pudiera reproducirlo igual de bien, o de que fuese tan buen dibujante. De hecho, lo dudaba. Pero sí sabía que podría hacerlo mentalmente.

Cuando nos dirigíamos hacia la cafetería para almorzar, se lo comenté a Martin, quien asintió y dijo:

—Es como pensábamos que te sentirías. Rossoff lo vaticinó. Pero no dispondrás de mucho tiempo para hacer apuntes, y el objetivo de esta mañana era darte un punto de partida. Hay un montón de material que deberás estudiar e interpretar sin ayuda de nadie.

Entonces pasé tres días a solas con el proyector, mirando escenas y más escenas de la década de 1880, estudiándolas, trabajando para encontrar la realidad que yacía debajo de la superficie de cada una, ganando en experiencia y en velocidad a medida que el tiempo pasaba.

Una tarde, a las cuatro, en la sastrería, me midieron de pies a cabeza. Luego me quedé en calcetines, sujetando un cubo lleno de arena en cada mano mientras un zapatero trazaba el perfil de mis pies.

Durante la mayor parte de una semana, Martin me instruyó utilizando las notas de las tarjetas del fichero. Para empezar, me preguntó cuál era la población de Estados Unidos en 1880. Dividí la población actual por la mitad y dije que cien millones, pero Martin volvió a dividirla por la mitad; sólo había cincuenta millones de

norteamericanos entonces, la mayoría de los cuales vivía al este del Mississippi. En el Oeste, los búfalos aún pacían por las praderas, el nuevo tren transcontinental era la maravilla nacional y producía una excitación que ni siquiera la carrera espacial produce en la actualidad, y los indios todavía cortaban el cuero cabelludo a los rostros pálidos. Eran un mundo y un país completamente distintos, vivían animales que ahora ya se han extinguido, y también existían sistemas sociales que han desaparecido. Entonces Europa estaba llena de reyes, reinas, emperadores, emperatrices, zares y zarinas, y no eran simples testafierros, sino que gobernaban de verdad.

Martin habló de cómo viajaba la gente y se trasladaban las pertenencias. Había buques de vapor, y el tren existía hacía décadas. Sin embargo, los buques de carga avanzaban todavía mediante velas, y todo el mundo se desplazaba de un lugar a otro como lo había hecho siempre: a pie o a caballo. En América, gran parte de la gente vivía y moría en el mismo estado, o incluso en la misma ciudad donde había nacido; había más gente cruzando el océano que el país. No obstante, por muy distinto que fuera el mundo de aquella época, aseguraba Martin, era mucho más cercano al nuestro de lo que parecía. Mientras viajaba por esos Estados Unidos de caballo y calesa, Lee De Forest era un muchacho de nueve años que ya pensaba en los problemas relacionados con la invención de la radio, del cine sonoro y de la televisión. Al final de una jornada, mientras esperaba conmigo la llegada del ascensor, Martin comentó:

—Es un mundo muy distinto de éste, Si, pero no diferente. Creo que en él te sentirás como en casa.

Katie consideraba que mi melena hasta el cuello y mi nueva barba color castaño —que me había empezado a recortar— me hacían particularmente atractivo, y yo estaba de acuerdo. Ella había empezado a ayudarme con la asignación que ahora debía hacer en casa por las noches. Un día la llevé a almorzar a un restaurante de la avenida Madison, e invité a Rube y al doctor Danziger, quienes la encontraron encantadora. Katie es una mujer atractiva, tanto por su físico como por su persona, es inteligente, discreta, y puede ser ocurrente si está de humor; posee un encanto especial. Después de comer, le permitieron visitar el proyecto. El propio doctor Danziger en persona le enseñó la Planta Principal, luego su secretaria le mostró la mayor parte del resto. Yo no las acompañé; estaba demasiado ocupado con Martin Lastvogel.

De modo que ahora, en cierto sentido, Katie había entrado de lleno en el proyecto, y la mayor parte de las noches, a veces en su casa y otras en la mía, me ayudaba a estudiar los datos que Martin me facilitaba, utilizando sus notas. Y colaboraba conmigo haciéndome sentir el espíritu de los ochenta a través de las fotografías y grabados que yo llevaba a casa. Un sábado por la mañana le pedí que me acompañase al proyecto y le enseñé la reproducción de los vestidos, sombreros, guantes y zapatos

de la época; quedó fascinada, y deseó probarse algunos vestidos. Katie fue una gran ayuda, y considero que aceleró en mí el proceso de aprendizaje. Martin opinaba lo mismo. También me ayudó enormemente con la técnica de la autohipnosis, pues logró hipnotizarse casi de inmediato siguiendo mis indicaciones de cómo, supuestamente, tenía que hacerse. Eso me dio la certeza de que realmente podía conseguirse, y gracias a sus descripciones me hice una idea de la auténtica sensación que produce el deslizarse hacia un estado de trance. De modo que una noche en que estaba en casa de ella, sentado en su antigua y cómoda mecedora, lo conseguí: mi brazo no se levantó, no pudo, y lo miré fijamente, fascinado. A continuación me dije que era libre de moverlo, lo intenté, y lo logré. A continuación me dije que olvidaría mi propia dirección y que me quedaría en trance hasta que Katie hablara. Luego permanecí sentado, intentando recordar dónde vivía, pero fue sencillamente imposible. Estaba asombrado y a la vez un poco asustado. Me volví hacia Katie, que repasaba unas notas de Martin, y dio la casualidad de que en ese instante levantó la vista.

—¿Ha habido suerte? —preguntó con una sonrisa.

En ese instante recordé mi dirección y comprendí que había salido del trance.

—Sí —contesté—. Al fin.

Después de eso pasamos una hora estudiando muestras de dinero: monedas de las décadas de 1860, 1870 y de comienzos de 1880, incluyendo algunas piezas de oro. También repasamos los grandes billetes de aquella época, cada uno con el diseño del banco que lo editaba y la firma de su presidente. Pero lo que más me gustaba eran los bonos en oro, que no eran convertibles en plata sino en el precioso metal, y que en la parte posterior iban impresos con una tinta color anaranjado que recordaba el color del oro.

De vez en cuando, Katie y yo hacíamos otras cosas: salíamos de viaje los fines de semana, paseábamos, incluso visitábamos a algunos amigos. Y una noche —Katie y yo nos habíamos visto demasiado a menudo últimamente; al menos ésa era mi impresión, y pienso que también la de ella— telefoneé a Matt Flax, pero no conseguí dar con él. Katie iba a planchar, lavarse el pelo, ese tipo de cosas, y se acostaba temprano. Pero me sentía inquieto, de modo que telefoneé a Lennie, y luego a Vince Mandel, que vivían en la ciudad, pero tampoco obtuve respuesta. Así que me quedé en casa leyendo, tratando de no pensar en el proyecto, concediéndome un permiso de una noche. Me senté en la salita y me puse a leer el volumen de las obras completas sobre Sherlock Holmes, que generalmente solía coger cuando no tenía otra cosa que leer. A petición del doctor Danziger, había dejado de leer periódicos, revistas y novelas modernas. También había desenchufado la televisión y la radio, algo que no me había resultado demasiado difícil.

Diariamente, en el proyecto, me sentaba a escuchar a Martin con un bloc de notas

sobre las rodillas. Y buena parte de una tarde me la pasé probando comida. Aquello formaba parte del almuerzo, que a petición de Martin yo me había saltado, y en la cafetería sólo estábamos el cocinero, un hombre gordo de mediana edad, el doctor Rossoff y yo. En primer lugar, el cocinero trajo un plato de cordero con patatas y remolacha, todo hervido, que depositó ante mí. Rossoff se sentó delante y el cocinero se quedó de pie, al lado de la mesa. Los dos me observaban y sonreían disimuladamente. Yo probé un poco de todo lo que había en el plato, saboreándolo, mirando al vacío como un catador de vinos. Nunca antes había comido cordero y no sabía qué esperar, pero me pareció que tenía buen sabor. No obstante, las patatas y la remolacha no sabían como de costumbre. Mastiqué lentamente, tratando de captar la diferencia. Rossoff no tardó en preguntar:

—¿Y bien?

Tragué el bocado antes de responder.

—Son mejores. Saben mejor... Como si tuviesen más sabor.

Rossoff y el cocinero sonrieron.

—En aquel entonces —dijo el doctor—, las hortalizas crecían sin fertilizantes químicos, insecticidas ni tratamientos especiales. Además, no se les añadían conservantes ni aditivos.

—Y se hervían en agua sin cloro —puntualizó el cocinero.

Probé una especie de flan con azúcar sin refinar, hecho de una forma que no llegué a entender. Sabía como cualquier otro. Luego probé un pequeño trozo de bistec de buey; era una carne más dura y con un sabor claramente distinto de cualquier otra que hubiese probado. Tomé un delicioso helado hecho con crema sin pasteurizar, y bebí una copa de whisky destilado especialmente para mí, áspero, fuerte, potente.

Y luego, una noche, cené en casa, lavé los platos, tiré todo lo que había en el frigorífico que no estuviera enlatado o embotellado, me senté ante la mesita de juego de la sala de estar y escribí una nota o una postal a todos aquellos que conocía y que tal vez se preocuparan por mí.

Explicué a cada uno de ellos que mi trabajo en Nueva York no iba como yo quería, que aquel 4 de enero era el inicio de un nuevo año para mí, de manera que, siguiendo un impulso, había comprado una vieja ranchera, había hecho el equipaje, y a la mañana siguiente, antes de que pudiera cambiar de idea, me largaría. En realidad, no tenía ni idea de adónde iría, tal vez me dirigiera hacia los estados del oeste. Por el trayecto, dibujaría, haría bocetos, tomaría fotografías de referencia. Les escribiría cuando me fuera posible, y ya nos pondríamos en contacto cuando regresara. No me gustaba hacerlo de esa manera, pero sabía que no sonaría convincente si intentaba hacerlo en persona o por teléfono.

Envié las cartas y las postales en la avenida Lexington, a una manzana de mi apartamento. Las deposité en el buzón y luego observé por un instante el Nueva York

de la segunda mitad del siglo xx. Pero no había gran cosa que ver, aparte de las paredes de los edificios que tenía alrededor, una larga franja de asfalto por la que sólo avanzaba un taxi, y, justo encima de mi cabeza, un fragmento de cielo gris negruzco, demasiado neblinoso para poder ver las estrellas. El humo de los tubos de escape de los coches parecía haberse solidificado, y me escocían los ojos. Había refrescado. A media manzana un grupo de negros se dirigía hacia Lexington, de modo que no me entretuve para luego tener que explicarles cuánto había admirado siempre a Martin Luther King. Seguí caminando, subí por Lexington y luego crucé hacia el almacén. Me sentía cansado, algo somnoliento, y sin embargo tan excitado que era consciente de los latidos de mi corazón.

Una hora y media después, a la una y diez minutos de la madrugada, abandoné el almacén. El coche de Rube —un pequeño MG rojo descapotable— estaba aparcado frente a la puerta lateral. Me senté entre Rube, que iba al volante, y el doctor Rossoff, con cuya gabardina traté de ocultar el disfraz que me había puesto en el almacén, aunque procuraba no pensar en él como un disfraz. En cuanto a mi cabello y mi barba, no había necesidad de que los disimulase.

Me gusta Nueva York a últimas horas de la noche, cuando la mayor parte de locales están cerrados y a oscuras, y las calles más tranquilas y silenciosas que nunca. Oíamos el ruido de los neumáticos de nuestro coche sobre el asfalto, y en la avenida Amsterdam, mientras esperábamos frente a un semáforo, oí a alguien toser a más de una manzana de distancia. Apenas hablamos. Cruzamos Broadway y, al detenernos ante un semáforo en Columbus, Rube comentó:

—Vaya perro más cómico. —Señaló con la barbilla en dirección a una mujer que paseaba a un perro de lanas cubierto con una mantita de lentejuelas.

Aproximadamente una manzana más adelante, Oscar Rossoff indicó un restaurante a oscuras.

—Sirven muy buen marisco aquí.

No recuerdo que yo dijera nada, pero sí que bostecé muchísimo, a causa de los nervios. Rossoff debió de entender los motivos, porque de vez en cuando volvía la cabeza hacia mí y sonreía.

Rube aparcó a unos diez metros de la entrada principal del Dakota. Me tendió la mano y yo se la estreché. Todo cuanto dijo fue:

—Buena suerte, Si. Me gustaría estar en tu lugar. Rossoff, que mantenía la puerta de su lado abierta, bajó, y yo me deslicé sobre el asiento para seguirlo.

El portero uniformado estaba esperándonos, y se limitó a asentir. Pasamos por su lado, bajo el gran arco principal, y seguidamente cruzamos el patio. Las dos grandes fuentes de bronce verdoso estaban vacías. Subimos por la ancha escalinata de la esquina noreste del edificio, sin encontrarnos con nadie, y salimos a la séptima planta. Saqué la llave de mi apartamento, que se encontraba pocas puertas más allá.

—La gabardina, Si —me pidió Rossoff.

Me la quité y se la di.

—¿No quieres pasar? —pregunté.

Él negó con la cabeza, mientras examinaba mi indumentaria. Luego miró mi cabello y mi bigote como si nunca los hubiera visto. De repente, pareció dominado por el temor.

—No, no creo que nada del presente deba mezclarse con lo de ahí dentro, Si... — Me tendió la mano—. Buena suerte. Ya sabes lo que debes hacer cuando estés a punto.

Nos estrechamos la mano, luego me acerqué a la puerta, introduje la llave en la cerradura e hice girar el enorme y recargado pomo de latón. La puerta giró sin el menor ruido sobre sus goznes, como si no pesara nada, aunque percibí su consistencia. Me volví para despedirme, pero el doctor Rossoff ya se alejaba por el pasillo. Antes de descender por la escalera, me echó un último vistazo y desapareció.

Entré en el apartamento, cerré la puerta a mis espaldas y esperé a que mis ojos se acostumbraran a la débil luz procedente de los altos rectángulos de las ventanas. Conocía la distribución y el aspecto del apartamento, pues había estado allí con el doctor Danziger y Rube el día en que lo terminaron. De modo que me acerqué a una de las ventanas, me detuve y miré hacia abajo, en dirección a las pálidas curvas y las tortuosas sombras que formaban los senderos y los arbustos de Central Park a la luz de la luna. Sabía que justo debajo de mi ventana, si me hubiese inclinado lo bastante y hubiese mirado hacia allí, habría visto Central Park West con sus semáforos y algún que otro coche. Y que si hubiese levantado los ojos, al otro lado del parque, a lo lejos, habría visto unas pocas ventanas todavía iluminadas de la hilera de edificios de apartamentos que constituían la frontera oriental de Central Park. Que si hubiese girado la cabeza hacia la derecha habría visto los letreros luminosos de las azoteas de los hoteles en el extremo sur del parque, y más allá las luces de los grandes edificios de oficinas del centro de la ciudad.

Pero no miré nada de eso, sino que permanecí contemplando las sombras del parque y, justo casi en frente la luna brilló sobre la superficie del lago, tal como habría brillado, pensé, en otra noche como aquélla, cuando el edificio donde me encontraba era nuevo. En los sinuosos caminos del parque, las espaciadas farolas brillaban rodeadas de una aureola de niebla, y me pareció que, desde donde yo estaba, no se verían de manera muy distinta de como debieron de verse mucho tiempo atrás.

Sabía que en la ventana había una pesada persiana verde; la bajé y a continuación corrí las cortinas de terciopelo. Repetí la operación con cada una de las ventanas, luego saqué del bolsillo una caja de cerillas. Froté una contra la suela de mi bota, chisporroteó, luego se encendió y la cera comenzó a resbalar lentamente por la varilla. Protegiendo la llama con la otra mano, la levanté hasta el recargado brazo de

bronce que salía de la pared en forma de L. En el extremo del ondulante tubo había una rosca sobre la cual reposaba una tulipa de cristal. De debajo del tubo sobresalía una especie de llave de latón. La hice girar, oí el suave siseo del gas y seguidamente acerqué la cerilla encendida al extremo del tubo. Una llama de bordes azules estalló debajo de la pantalla de cristal, y un oscilante círculo de alfombra con flores grises apareció a mis pies, para luego estabilizarse.

Me volví y por un instante contemplé el mobiliario de la habitación. Eran aproximadamente las dos de la madrugada, exactamente las dos de la madrugada del 5 de enero de 1882, me dije, y de pronto comprendí que el experimento había empezado. Pero me sentía cansado, vacío de toda energía, y, con la mano aún en la lámpara, apagué la luz y me alejé por el pasillo, hacia mi dormitorio.

Podía cocinar fácilmente en el fogón superior de la cocina adosada a la pared, tal como suele aprender a hacerlo un hombre que vive solo. Venía haciéndolo desde hacía una semana, pero mis recuerdos de una buena comida se desvanecían poco a poco. Esa noche estaba preparando chuletas de cerdo y patatas fritas en manteca, con la esperanza de que por una vez ambas cosas estuvieran listas al mismo tiempo, pero mis esperanzas no eran muchas. Estaba harto de mi comida, pensé mientras trasteaba por la enorme y antigua cocina. Luego sonreí, pensando que «hartarme» no era precisamente lo que yo conseguía.

Aquella mañana, el chico de Fishborn's Market me había entregado las chuletas en la puerta de servicio del apartamento. Acudí a la puerta con mis pantalones de lana negra, de doble vuelta y sin planchar, tirantes anchos, gruesos botines negros, camisa a rayas blancas y verdes, sin cuello, aunque en la parte anterior y posterior de la tira del cuello sobresalían los broches para sujetar el postizo. Encima llevaba un chaleco cruzado de color negro, con galones en los bordes y la gruesa cadena de oro del reloj cruzada por delante. Me quedé allí para entregar al muchacho la nota escrita a lápiz donde le indicaba la carne y demás comestibles que necesitaba para el día siguiente, y luego le di una moneda de propina: en una cara había grabado un escudo, en la otra, un cinco de gran tamaño. El muchacho pareció alegrarse con la propina y amablemente me dio las gracias. Mientras colocaba la carne en la heladera, lo imaginé de nuevo en la calle, subiendo al asiento de su carreta de reparto, con la cubierta de lona que en verano podía levantarse por los laterales. Cuando nevara, lo cual podría suceder de un día para el otro, supe con certeza que cambiaría la carreta por el gran trineo de reparto.

La carne, que deposité encima del hielo, venía envuelta con el tosco papel de carnicero, atada con un cordel: no estaba permitido el uso de papel engomado ni de celofán. Alguien lo había olvidado el primer día, pero al parecer desde entonces velaban para que no volviese a ocurrir. También tenían presente en que debían mandar la mantequilla y la manteca de cerdo: envueltas con la misma clase de papel, aunque metidas dentro de unas bandejitas planas hechas con chapa de madera.

Mis patatas estaban friéndose en el enorme fogón de carbón, y les daba la vuelta de vez en cuando, para que no se quemaran. Me gustaba estar en la cocina: era una estancia enorme, con espacio más que suficiente para la gran mesa redonda y las cuatro sillas de madera maciza que había en el centro. El bloque de los fogones tenía las dimensiones de un escritorio de oficina, con herrajes niquelados. Un gigantesco armario de madera cubría toda la pared, de arriba abajo. Detrás de unas puertas

vidrieras estaba toda la porcelana y la cristalería, mientras los cazos y las sartenes se encontraban en unos estantes protegidos con hule.

Era una habitación agradable, cálida y confortable gracias al fuego, con las ventanas empañadas por el vaho. Me acerqué al armario, saqué media hogaza de pan de la enorme caja roja donde lo guardaba y corté tres gruesas rebanadas. Sabía que daría cuenta de todas; aquel pan era lo único que comía que aún sabía bien. «Tal vez sea lo que todavía me mantiene con vida», pensé. Por el momento no hablaba en voz alta conmigo mismo. Se trataba de un pan casero, horneado por una irlandesa que lo vendía a domicilio, según me había dicho ella.

Al mirar las chuletas, me pareció que estaban casi hechas, y me dispuse a moler un poco de café en un molinillo de madera primorosamente tallado. Luego llené la pequeña cafetera y la puse al fuego.

Había adquirido la costumbre de hacer la mayor parte de mis comidas en la cocina; era más fácil que acarrear la comida y los platos por toda la casa. Esa noche, como de costumbre, cuando la cena estuvo a punto me senté a comer y a leer el periódico vespertino, que cada tarde me dejaban delante de la puerta. Era el 10 de enero, así que leía un ejemplar del *New York Evening Sun* del 10 de enero de 1882 recién salido de la imprenta. Mientras leía y comía —las chuletas estaban bien, aunque algo secas, pero las patatas medio crudas las habría rechazado un buitre muerto de hambre—, saqué el reloj y apreté el pequeño botón lateral que disparaba la tapa de oro que cubría la esfera. Eran poco más de las siete, cuatro minutos de adelanto respecto al reloj de la cocina, que aún no había dado la hora. No sabía cuál de los dos iba bien, pero carecía de importancia. La noche que tenía por delante no prometía ser demasiado excitante. Eran las siete, y serían las siete y media cuando terminase de lavar los platos, luego jugaría unos cuantos solitarios y, aproximadamente a las nueve, me iría a la cama y leería el ejemplar semanal del *Frank Leslie's Illustrated Newspaper*, que el cartero me había traído con el segundo reparto de la tarde.

Sin embargo, días más tarde recibí una visita. De nuevo estaba lavando los platos después de cenar, lo cual no me molestaba, pues me había acostumbrado a ello. Soy de los que sueñan despiertos, una característica que a menudo me ha metido en dificultades, incluso desde niño, cuando del jardín de infancia me enviaron a casa con una nota según la cual era propenso a la «enajenación». Como nadie en mi familia sabía muy bien qué significaba aquello, no se hizo nada al respecto, así que desde entonces seguí bastante «enajenado»; cuando estoy haciendo un trabajo rutinario que me mantiene las manos ocupadas, como por ejemplo lavar los platos, me dejo llevar por la ensoñación.

En ese momento, como de costumbre mientras lavaba los cacharros, me dejé arrastrar hacia una de aquellas fantasías, que casi todas las noches era la misma. Lo

que hacía era imaginar cómo sería un lugar determinado de la ciudad. Me decía a mí mismo que si me acercaba a la salita de estar y miraba por la ventana en dirección a Central Park, tal vez viese un birloche trotar bajo las farolas y las ramas desnudas de los árboles. Lo cierto era que no solía mirar con frecuencia por las ventanas, y cuando lo hacía no apartaba la vista del centro del parque, muy tarde por la noche o a primera hora de la madrugada, ya que, por supuesto, no estábamos en el siglo XIX sino en el XX, y cuanto menos pensara en ello, mejor. De modo que, de pie ante el fregadero, imaginaba al cochero con su birloche pasar por la calle en aquel preciso momento, el toldo subido... Con una mano sostenía las riendas y con la otra el látigo, iba envuelto hasta la cintura con una manta de viaje, lucía un chaqué y un sombrero hongo. ¿Y orejeras? No, no hacía tanto frío como para eso. Pero sí guantes de piel.

Luego, mentalmente, observaba a un hombre y a su esposa avanzar en un landó en dirección contraria; cada vez que pasaban bajo una farola, los cristales centelleaban. Supuse que irían a algún sitio a cenar. Con la ayuda de los grabados de Martin Lastvogel, imaginé a un criado vestido de librea conducir, subido en el asiento delantero, en medio de dos fanales encendidos. El hombre que iba dentro, visible a través del óvalo de la ventana posterior, llevaba un abrigo negro y sombrero de copa. Su esposa lucía un gorro de pieles, a juego con el cuello de su abrigo. El landó y el birloche se cruzaron bajo un círculo de luz amarillenta y los ocupantes se saludaron con una inclinación de cabeza; los hombres se llevaron la mano al sombrero.

Según el *Evening Sun*, era Adelina Patti que cantaba en el Opera House. Imaginé que en aquellos mismos instantes unos obreros con traje de faena estarían probando las candilejas, y mentalmente los vi encenderlas una a una, abrir el gas, observar por un instante y luego apagarlas.

En el cuartel de los bomberos, a unos ochocientos metros más abajo, un hombre con botas altas estaría almohazando los grandes caballos en los establos del fondo, mientras intentaba evitar los coletazos de los animales y mantenía los pies apartados de alguna coz ocasional, temblorosos los músculos de las piernas.

Una vez que los platos estuvieron lavados y secos, encendí una vela en el candelero de porcelana, apagué los mecheros de gas de encima del fregadero y de la mesa y avancé por el largo pasillo hasta la salita de estar, protegiendo la llama con la mano. Allí encendí un solo aplique de la pared y la lámpara de la mesita situada al lado de mi sillón favorito. Miré con cautela hacia las ventanas —fuera estaba oscuro, no había nada que ver— y me senté. El sillón estaba tapizado con una tela color ciruela, y de los brazos y el borde inferior colgaba una tira de borlitas.

Lo cierto es que cuando sonó la campanilla de la puerta, casi di un respingo. No se me había ocurrido pensar que alguien pudiera llamar así, pues el muchacho de la tienda siempre golpeaba con los nudillos... Yo ni siquiera sabía que hubiera una campanilla, y casi corrí a contestar a la llamada, temeroso de que ocurriera algo malo.

En el pasillo, sonriéndome, me encontré con Rube Prien y una mujer de cabello oscuro y ojos pardos. Él lucía un abrigo que le llegaba hasta los tobillos, con cuello de pieles color marrón. En una mano sostenía el sombrero hongo y algo más que no logré distinguir del todo debido a la penumbra del pasillo. La mujer que lo acompañaba llevaba un abrigo largo azul marino con esclavina, y un pañuelo blanco atado bajo la barbilla.

—Hola, Si —me saludó Rube—. Pasábamos por aquí y se me ocurrió subir un momento. Me alegro de ver que estás en casa.

—¡Entrad! ¡Entrad! —Estaba alborozado como un chiquillo—. ¡Y yo me alegro de que hayáis subido!

Rube me presentó a la joven —que se llamaba May— y yo me hice cargo de sus cosas. Rube llevaba un par de patines; no eran más que una cuchilla unida a una plataforma de madera provista de correas. Iban al parque a patinar, comentó Rube; la bandera estaba izada y se habían encendido hogueras. Me pidió que los acompañara, pero contesté que aquello no era para mí. Fui a prepararles un poco de café y, cuando entré con la cafetera, May se hallaba sentada al órgano, examinando una partitura.

El órgano tenía el tamaño y la forma de un piano vertical, y era incluso más recargado que el Taj Mahal. La madera, ligeramente amarillenta —creo que era de roble—, estaba cincelada, torneada y tallada de manera increíble: daba la impresión de que toda una frenética familia de talladores lo hubiera asaltado, dispuesta a convertirlo en virutas si no los hubiesen apartado de allí a la fuerza. May cogió su taza de café. Lucía un sencillo vestido de lana que le llegaba hasta los pies, de un color marrón que hacía juego con sus ojos, y un cuello blanco que se sujetaba por delante con un pequeño broche de plata. Su cabello era negro, y lo llevaba peinado con una raya en el medio y enroscado en la nuca formando un moño. Rube se había sentado en una mecedora de madera y su aspecto resultaba impresionante. Vestía chaqueta de cuatro botones y pequeñas solapas altas, cuello de pajarita y corbata de pala ancha, con una aguja de oro. Sus zapatos eran de caña alta, negros y con botones, como los míos.

May dejó su taza a un lado, abrió una partitura y tocó una pieza titulada *Tápame, tápame*, y luego *Finiculi, funicula*. Tocaba bastante bien, y Rube y yo nos quedamos allí sentados, sonriendo levemente, balanceando la cabeza al ritmo de la música, fingiendo que nos gustaba. Luego charlamos un rato, acerca del tiempo, del incendio del día anterior en la calle Nueve y de los progresos en la excavación del túnel bajo el Hudson. Les ofrecí una copa, pero Rube dijo que no, que era hora de irse a patinar, si es que querían hacerlo, y se marcharon. Pero yo me quedé tan excitado con su visita, que transcurrió más de una hora antes de que vislumbrara algún sentido al libro que intentaba leer.

Al día siguiente, aquella visita tuvo consecuencias. Después de desayunar y leer

el *Times*, me sentí de pronto harto de no hacer otra cosa que actuar para mí mismo. Aquel fingimiento estaba convirtiéndose en estupidez, y de pie en la sala de estar, lancé sobre un sillón el libro que sostenía en la mano y que, supongo, me disponía a leer. Luego me limité a permanecer allí con lo que se había convertido no en mi indumentaria, sino en un tedioso disfraz, plenamente consciente del auténtico Nueva York que me rodeaba. Una ciudad llena de salas de cine, de teatros, clubes nocturnos, emisoras de radio, de televisión y, por encima de todo, de gente a la que conocía y con la que quería estar. Y lo único que necesitaba para estar con ellos era salir a la calle. Los aviones volaban por encima de la ciudad, podía oírlos. Los automóviles provocaban atascos. Y allí fuera, donde no podía verlo, la ciudad se elevaba formando moles de cristal, acero y piedra. El Nueva York de la década de 1880 se había extinguido.

La rebelión, sin embargo, empezó a perder fuerza nada más empezar y comprendí que, en cuestión de unos momentos, no sería difícil reanudar el fingimiento. Supongo que muchos habrán deseado pasar unas vacaciones en un lugar remoto, lejos de los periódicos y la televisión. En esas condiciones, la realidad del mundo que se deja atrás se difumina lentamente y el mundo real se convierte en el sitio donde uno está y en lo que uno hace.

Eso era lo que había sucedido allí. La idea de encender el televisor se había convertido en algo remoto. El recuerdo de lo que sentía al sentarme al volante de un coche era un poco confuso. Y las últimas noticias de ámbito nacional o internacional que había oído habían ocurrido hacía mucho tiempo. Todos los recuerdos del mundo que había dejado atrás habían perdido perceptiblemente parte de su vigor. Y dado que la mayor parte de lo que hacemos, pensamos o sentimos es una costumbre, no me resultó muy difícil en aquel instante pestañear, mirar alrededor, recoger luego el libro y reanudar la lectura allí donde la había interrumpido la noche anterior, nuevamente con el ánimo dispuesto.

Sin embargo, los días pasaban y yo no hacía ningún intento, convencido de que éste fracasaría. El tiempo transcurría como suele hacerlo para un convaleciente: con lentitud, sin esfuerzo, sin auténtico aburrimiento ni zozobra; las horas y los días se esfumaban casi sin que me diese cuenta, como hielo que se derrite. El mundo exterior había desaparecido hacía tiempo, lo único real era mi rutina. Todo en ella era consecuente con el 15 de enero de 1882, con el 16, el 17, el 18, el 19... Y yo casi podía creer que era así. Casi. Pero fuera... Desde allí arriba, Central Park parecía no haber cambiado, salvo por los edificios que lo rodeaban, tal como puede verse en la imagen siguiente y que yo tomé desde la ventana central la primera vez que estuve en el apartamento.



De modo que ahora, a últimas horas de la noche o al amanecer, con frecuencia miraba hacia el parque e intentaba experimentar la sensación de que tras él se hallaba el mundo del siglo XIX. Sin embargo, en una ocasión en que pensé que obtendría éxito, o que estaba en disposición de obtenerlo, un Mustang marrón con llantas de aluminio y reflector trasero se cruzó por allí. En cualquier caso, ya no me atrevía a levantar la vista de los viejos caminos y senderos del parque, consciente de que el siglo XX se elevaba de manera visible alrededor. Y, con la certeza de que fracasaría si lo intentaba, seguía esperando.

Una tarde, alrededor de las cuatro —creo recordar que el reloj de la cocina había dado la hora hacía poco tiempo—, me hallaba en la salita leyendo, cuando aparté los ojos del libro con la sensación de que algo había cambiado en la estancia. Miré en torno a mí, pero todo parecía igual. Luego alcé la vista y vi el techo más luminoso, como si la luz del exterior hubiese cambiado. Aun así, algo más había cambiado. Las paredes de aquel edificio eran gruesas y del exterior sólo llegaban los ruidos más fuertes, y siempre de forma apagada. Ahora, sin embargo, no percibía ni siquiera éstos: nada de bocinas, frenos de aire comprimido, ni el chirriar de los neumáticos. El silencio era absoluto. Luego, a lo lejos, escuché el grito de alegría de un chiquillo.

Con el libro en la mano, me acerqué a la ventana y, sea lo que sea que se dispara en el pecho cuando se experimenta la excitación, en aquel instante se disparó; fuera, todas las superficies estaban cubiertas de unos quince centímetros de nieve nueva, reluciente y sin marca alguna, mientras miles de millones de gruesos copos pasaban veloces ante mi ventana. Abajo, en la calle, nada se movía, y no se veía ningún coche aparcado; todos se habían retirado de la acera antes de que la nieve los dejara atrapados. Debajo de mi ventana, la nieve inmaculada hacía que la zona oeste de Central Park apareciese lisa, los semáforos iban inútilmente del verde al rojo y del rojo al verde, y al otro lado de la calle el parque era una delicia. Había cosas moviéndose: pequeñas criaturas vestidas de rojo, azul, marrón o verde corrían, andaban con paso vacilante y caían sobre la nieve, rodaban sobre ella, la recogían, la lanzaban y se la comían. También había algunos trineos, y un grupo afanoso hacía rodar una bola que ya era más alta que ellos.

A mí me encantan las tormentas de rayos y nieve, y permanecí frente a la ventana durante lo que imagino fue más de media hora, observando los enormes copos pasar en remolinos por delante del cristal, observando cómo Central Park se convertía en una especie de aguafuerte mientras las ramas de los árboles se cargaban de blanco y los montecillos y depresiones que marcaban los senderos y los caminos se nivelaban hasta desaparecer.

Al cabo de un rato preparé café, acerqué un sillón a la ventana y me senté en diagonal, con las piernas encima del brazo del sillón. Luego —era demasiado temprano para cenar, pero me sentía hambriento— me preparé un emparedado, cogí

una manzana y me los llevé a la sala. La luz iba menguando y fuera la gran extensión nevada había adquirido una tonalidad azul. Me senté a comer, contemplando cómo el día se desvanecía. Entonces caí en la cuenta de que los semáforos que había bajo mi ventana estaban apagados; o los habían desconectado para ahorrar electricidad, o a causa de la tormenta. Su aspecto era distinto ahora, la capucha de la parte superior estaba cubierta de nieve hasta tal punto que muy bien podían haber sido farolas. Con el aire frío los copos que caían se habían vuelto más pequeños, y el leve viento que se había levantado los empujaba horizontalmente como si de una cortina de niebla se tratara. En aquellos instantes yo no podía ver más allá del centro del parque. A lo lejos, la hilera de bloques de apartamentos que delimitaba la orilla oriental se había desvanecido tras la cortina, y lo mismo ocurría con los edificios de la parte sur, así como, lógicamente, con los del norte. Los últimos chiquillos se fueron. Hacía frío, lo percibía a través de los cristales de la ventana, y casi había oscurecido del todo. Mientras seguía mirando hacia Central Park, me pregunté si también habría nevado en enero de 1882.

No lo sabía, pero era lo más probable, como es lógico. Y, si había sido así en aquella ocasión, entonces lo que estaba viendo era, en todos sus detalles, la misma escena que habría podido contemplar desde allí arriba en aquella ocasión. Me levanté y me acerqué a la ventana, y al ver mi reflejo en el cristal, con aquella indumentaria, en aquella habitación y en aquel edificio, comprendí que podría haber estado allí de pie entonces tal como lo estaba ahora.

Entonces me volví, caminé hacia la lámpara, prendí un fósforo y encendí las luces, una tras otra. En la cafetera que había dejado sobre la alfombra, al lado del sillón, aún quedaba café caliente, y me serví media taza, aunque nunca llegaría a bebérmela. Me senté nuevamente delante de la ventana; la estancia era cálida y confortable, y el silencio sólo era roto por el leve siseo de los mecheros del gas y el roce de algún que otro copo de nieve al chocar contra el cristal. Me recosté en el sillón con las piernas extendidas y la taza en el regazo, mirando fijamente las llamas de bordes azulados que dibujaban diminutas hachas medievales detrás de los dibujos grabados en la lámpara de cristal.

Yo ya no estaba pensando; aquello no podía calificarse de pensamiento. Permanecía sentado en reposo, casi con la mente en blanco, exceptuando aquella imagen que sin querer se formaba por un instante en mi mente: la de la gente que tenía que salir a la calle, más al sur, en las zonas más transitadas del centro de la ciudad. Los veía inclinarse contra la nieve impulsada por el viento, los hombres sujetándose el ala del sombrero, las mujeres abrigándose con sus manguitos, y a su lado, en el centro de la calle, los cascos de los caballos resbalando, vacilando en busca de un punto de apoyo. De pronto, visualicé una pata levantada, húmeda a causa del aguanieve, el espolón envuelto en nieve sucia. Y luego sentí —imaginar no era la

palabra exacta— la ciudad alrededor de mí. A los demás, quiero decir: a la gente que, como yo, estaba en sus hogares, bajo la suave luz de millones de llamas de gas.

Aborrecía tener que moverme: era todo tan blanco y silencioso allí fuera, los copos empujados por el viento ante mi ventana iluminada... Me sentía tan cómodo en aquella habitación donde las sombras de vez en cuando cambiaban cuando las llamas en forma de cuña parpadeaban por un instante. Seguía con la intención de beberme el café, pero, como he dicho, nunca llegaría a hacerlo. Finalmente, dejé a un lado la taza, me levanté, me acerqué a la ventana de la izquierda y bajé la persiana. Ignoraba si había alguien vigilando desde algún lugar, observando cómo aquella ventana se oscurecía de pronto, pero me tenía sin cuidado.

Y cuando la campanilla de la puerta saltó en el extremo de su muelle en espiral, yo casi estaba dormido en mi sillón. Al abrir, descubrí sin sorpresa que era Oscar Rossoff, que pateaba el suelo para sacudirse la nieve de las botas profusamente engrasadas y sin lustrar. Lucía una reluciente barba negra, recortada hasta terminar en punta.

—Hola, Si. —Sacudió las gotas de humedad del sombrero hongo que sostenía en la mano—. Pasaba por aquí y me he detenido a recobrar un poco el aliento, si no te importa. Hace una noche preciosa, pero resulta difícil caminar.

—Entra, Oscar. Me alegro de verte.

Entró, se detuvo y, con una sonrisa, comenzó a desabrocharse el largo gabán con cuello de pieles. Luego me lo tendió y se frotó las manos con fuerza, satisfecho de entrar en calor. Llevaba un chaqué negro con solapas de seda, pantalones a cuadritos blancos y negros y un cuello de pajarita con una chalina negra. Cruzamos la habitación hasta los sillones y Oscar, después de desabrocharse el chaqué, se sentó. Una gruesa cadena de oro cruzaba la pechera de su chaleco, y de ella colgaban algunos adornos de oro y marfil.

—Voy a encender el fuego, Oscar. ¿Prefieres antes una copa? O café, si te apetece. ¿Has cenado ya? —Me alegraba de tener compañía, y me di cuenta de que no paraba de parlotear.

—No, no puedo quedarme, Si; me he detenido sólo un momento... No te molestes en prepararme nada. Sólo una copa. ¡Me gustaría un whisky! Sin agua. —Volvió a frotarse las manos mientras atisbaba por la ventana—. ¡Vaya nochecita!

Le serví el whisky en unas diminutas copas de cristal tallado. Ambos las levantamos para brindar y probamos el licor.

—Está bueno —comentó Oscar y, tras tomar nuevamente asiento, empezó a jugar con un adorno en forma de moneda de oro que colgaba de la cadena del reloj—. Es agradable sentarse aquí con una copa de whisky en la mano, la tormenta menguando ahí fuera.

Asentí con la cabeza.

—Sí. Me alegro de que hayas venido, Oscar. Estaba quedándome dormido.

—Un hombre podría dormirse fácilmente en una noche como ésta. —Tomó un sorbo de whisky, luego volvió a retrepase en su sillón, jugando distraídamente con el disco de su cadena, que relucía sin brillo bajo la luz de gas—. No hay nada más relajante. Está todo tan silencioso ahí fuera, y se está tan calentito y tranquilo aquí dentro... —Asentí de nuevo y me dispuse a contestarle, pero Oscar sacudió suavemente la cabeza, sonriendo, recostado cómodamente en el respaldo de su sillón—. No te molestes en mantener una conversación, Si. No necesito que me entretengas. Se está tan bien aquí dentro, que debería disfrutarse sin pensar, con la mente en reposo, satisfecho y tranquilo. Y el whisky contribuye a ello, ¿verdad? Notas que los nervios y los músculos se relajan. Creo que ya no sopla el viento, y el silencio es absoluto ahora. Aunque sigue nevando; vuelven a caer copos enormes y suaves. Te sientes muy satisfecho ahora, Simón. Puedo verlo. Tan relajado y tranquilo... En paz. Y creo que contribuyo a ello. Porque, aunque estés escuchándome, más que las palabras lo que importa es el sonido, el tono, el murmullo, la sugestión... Esto va borrando las tensiones; me doy cuenta de que lo notas. Estás tan relajado, que hasta el vaso que tienes en la mano empieza a ser demasiado pesado para sostenerlo. ¿Te das cuenta? Te sientes más sosegado y sereno, más de lo que te has sentido en tu vida, ahí sentado, en paz, escuchando el murmullo de mi voz. Ese vaso es demasiado pesado, déjalo en el suelo, a tu lado. Así está mejor, ¿verdad? Si intentaras cogerlo otra vez, sería demasiado pesado. De todos modos, no quieres cogerlo; te tiene sin cuidado. Y tampoco podrías... Aun así, inténtalo, Simón. Trata de levantarlo. Inténtalo con más fuerza, levántalo tan sólo unos centímetros y luego vuelve a depositarlo en el suelo. ¿No puedes? Bueno, no importa. No importa en absoluto. Estás muy cansado, y en unos instantes voy a dejar que duermas. Pero antes de marcharme quiero decirte algo.

»Sólo dormirás un rato, Si, pero será un sueño maravillosamente reparador. Profundo y sin pesadillas. Tan descansado como no has experimentado en tu vida. Y, al despertar, todo cuanto conoces sobre el siglo xx habrá desaparecido de tu mente... Mientras duermas, todo ese bloque de conocimientos se encogerá dentro de tu mente, irá disminuyendo hasta quedar reducido a un puntito inmovilizado en tu cerebro, fuera de tu alcance.

»Ya empieza a ocurrir. No existen cosas como los automóviles, Si. No hay aviones, ni ordenadores, ni televisión, ni un mundo en el cual esto sea posible. Términos como «nuclear» o «electrónica» no constan en ningún diccionario de la Tierra.

»Nunca has oído el nombre de Richard Nixon..., ni el de Eisenhower, o el de Adenauer... Stalin... Franco... General Patton... Góring... Roosevelt... Woodrow Wilson... Almirante Dewey... Todo cuanto sabes acerca de las últimas ocho décadas

se ha borrado de tu mente; todo. Grande o pequeño. De lo más importante a lo más insignificante.

»Pero sabes cómo es el mundo; lo sabes muy bien... Lo sabes todo sobre él. ¿Cómo no ibas a saber cómo es el mundo esta noche del 21 de enero de 1882? Porque ésta es la fecha, ésta es la época en que nos encontramos, claro. Es por eso que tú y yo vamos vestidos así. Es por eso que esta habitación es como es. No te duermas del todo aún, Si. Mantén los ojos abiertos sólo por un momento. Unos pocos segundos más.

»Y ahora, presta atención a lo que te digo. Voy a darte una última orden, irrevocable. La escucharás y obedecerás. Vas a dormir durante veinte minutos. Luego despertarás descansado y saldrás a dar un paseo. Un paseo corto, sólo para respirar un poco el aire antes de irte a la cama. Irás con el mayor cuidado posible... Que nadie te vea... Debes asegurarte de que no hablas con nadie. No te permitirás actuar por tu cuenta, por insignificante que te parezca; ni influir en nadie, por trivial que sea.

»Luego regresarás aquí, te acostarás y dormirás toda la noche. Despertarás por la mañana como de costumbre, libre de cualquier sugestión hipnótica. De modo que, nada más abrir los ojos, todos tus conocimientos acerca del siglo xx regresarán a tu mente. Pero recordarás tu paseo. Vas a recordar tu paseo... Vas a recordar tu paseo... Y ahora, adelante. Duérmete.

Me sentí avergonzado. En cuanto desperté en el sillón me apresuré a mirar a Oscar, pero descubrí que había desaparecido. Su vaso estaba sobre la mesita, y me pregunté qué habría pensado al ver que me quedaba dormido mientras él estaba allí, un invitado... Pero sabía que no le importaría; éramos buenos amigos y lo habría encontrado divertido.

A pesar de todo, me sentía descansado, animado, lleno de energía. Quizás algo inquieto para irme a la cama, de modo que decidí dar un paseo. Aún nevaba, pero ahora caían copos suaves y enormes. No hacía viento. Yo había permanecido demasiado tiempo encerrado y deseaba salir, pisar la nieve, respirar aire fresco, de modo que me dirigí hacia el armario y me puse el gabán, el chaleco aislante, las botas y mi gorro negro de astracán.

Bajé por las escaleras del edificio, en cierto modo satisfecho de no encontrarme con nadie; no estaba de humor para charlas, y de haber oído a alguien por la escalera creo que me habría ocultado hasta que se hubiese ido. Ya abajo, salí del edificio, miré alrededor, pero no vi un alma... Esa noche no deseaba ver a nadie... Crucé la calle y doblé hacia Central Park. Era una noche espléndida, maravillosa. Sentía el aire vivificante penetrar en mis pulmones, y de vez en cuando algún que otro copo quedaba prendido en mis pestañas, empañando momentáneamente las farolas que tenía delante, ya brumosas entre los remolinos de nieve que las rodeaban.

Justo delante de mí, la calle quedaba prácticamente nivelada con la acera, sin

huellas de pasos ni de ninguna clase de rodadas. La crucé y penetré en el parque. No podía verse ni detectarse ningún sendero, de modo que me limité a esquivar los arbustos y los árboles. Avanzar resultaba muy difícil, dado que en aquellos momentos la nieve debía de tener unos veinte centímetros de espesor. Se me ocurrió que sería mejor no apartarme demasiado de las farolas de la calle, o de lo contrario podría perderme con facilidad, así que volví la mirada hacia atrás. Las farolas eran claramente visibles, y a su luz distinguí mis huellas. Pero éstas se cubrían con rapidez, y comprendí que en cuestión de minutos habrían desaparecido del todo, con lo cual, si me iba muy lejos, no podría guiarme por ellas cuando emprendiese el camino de regreso.

No obstante, seguí avanzando con dificultad un poco más, disfrutando del ejercicio que suponía levantar los pies, ya que las botas estaban cargadas de nieve húmeda, animado por la excitación de aquella noche blanca y luminosa, y por mi soledad en medio de la nieve. A mis espaldas y hacia el norte escuché a lo lejos un rítmico campanileo que sonaba más fuerte por momentos, y de nuevo me volví hacia la calle. Permanecí unos instantes escuchando aquel cascabeleo y entonces, justo detrás de la silueta de las ramas de los árboles, por el centro de la calle iluminada, apareció el único vehículo capaz de circular en una noche como aquélla: un trineo de un solo asiento, ligero, airoso, tirado por un esbelto caballo que trotaba sin dificultad y en silencio sobre la nieve. El trineo carecía de capota, y los ocupantes iban sentados expuestos a la nevada, cómodamente arrebujados debajo de una manta; un hombre y una mujer que pasaban con un rítmico sonido de campanillas entre la nieve encerrada en los conos de luz que irradiaba cada farola. Los dos llevaban un gorro de pieles como el mío, y el hombre sujetaba con una mano el látigo y las riendas. La mujer sonreía y echaba la cabeza hacia atrás para recibir la nieve, en el rostro; aparte del cascabeleo, sólo se oía el trote amortiguado de los cascos y el siseo de los patines del trineo. La pareja me daba la espalda, el trineo se alejaba, haciéndose cada vez más pequeño, y el ritmo continuo de los cascabeles iba apagándose. Estaban casi a punto de desaparecer, cuando percibí la risa momentánea de la mujer, su voz amortiguada por la nieve que caía, el sonido distante y feliz.

Ya era suficiente para un paseo, y no deseaba seguir internándome en el parque, de manera que di media vuelta. Aún podían verse las delgadas líneas paralelas de los patines del trineo en medio de Central Park West, pero desaparecían rápidamente; las huellas de mis anteriores pasos ya se habían borrado por completo. Subí por las escaleras del Dakota, me quité el gorro y el gabán, luego apagué los mecheros de la salita de estar y me dispuse a irme a la cama. Antes me acerqué a la ventana para echar un último vistazo. Luego quise sentir la nieve una vez más, de modo que abrí las vidrieras y salí al balcón. Abajo, en la calle que yo acababa de cruzar, las huellas de los patines del trineo y de mis propios pasos se habían esfumado, la superficie

cubierta de nieve había vuelto a quedar lisa y sin una sola marca. Por unos instantes, permanecí contemplando el paisaje en blanco y negro del interior del parque, luego dirigí la mirada hacia el norte. Lo único que pude ver, apenas perceptible a través de la cortina de nieve, fue el Museo de Historia Natural, varias manzanas al frente, con una hilera de ventanas iluminadas. Seguidamente volví a entrar en la salita. Ya en la cama, me quedé dormido casi de inmediato.

—¡Cuéntanoslo otra vez! ¡Piensa, maldita sea! —exclamó Rube, con la frustración y la rabia acrecentándose en su voz—. ¿No había nada más en el trineo? ¿Nada en absoluto? ¿No dijeron nada, por el amor de Dios?

—Tranquilízate, Rube —murmuró el doctor Danziger.

Él, Rube y Oscar Rossoff —que ahora vestía sus ropas habituales— estaban sentados en la salita de estar del Dakota, cada uno con una taza de café en la mano o al lado. Oscar fumaba un cigarrillo. Nunca lo había visto fumar, y después de que aplastase la segunda colilla, incluso Danziger le pidió uno, de modo que también estaba fumando en aquellos momentos.

Yo estaba sentado en mangas de camisa, con las zapatillas de fieltro, bebiendo café y esforzándome por sacar a la luz cada detalle del paseo que había efectuado la noche anterior, examinando mentalmente las imágenes en busca de algo nuevo. Pero, una vez más, tuve que negar con la cabeza.

—Lo siento, pero era sólo un... trineo. Y ellos no dijeron nada. Ella rió después de pasar, pero si él dijo algo que le provocara risa, no lo oí.

—Bien, ¿y qué me dices de las farolas? —inquirió Oscar, irritado—. ¿Funcionaban con gas o con electricidad? No es difícil darse cuenta de algo así.

La irritabilidad es contagiosa, de modo que repliqué:

—¡Oscar, yo no me entretengo en estudiar las farolas más de lo que puedes hacerlo tú cuando sales de noche!

—¿Y no viste a nadie más? —preguntó Rube, mirándome de soslayo—. ¿No viste absolutamente nada? ¿No oíste ni un solo ruido? ¿Qué dices a todo esto? ¿Oíste algo más, no oíste nada?

Aborrecía tener que volver a hacerlo —me sentía culpable al respecto, como si el único responsable fuera yo—, pero tras intentar por varios segundos recordar algo más de lo que ya les había explicado con toda clase de detalles, negué con la cabeza una vez más.

—El silencio era absoluto, Rube. Había nieve por todos lados, nada se movía.

Apretó los labios en un gesto de ira contenida. Luego se obligó a sonreír para demostrar que lo entendía. Pero necesitaba hallar cierto alivio físico, de manera que se levantó, metió las manos en los bolsillos de sus pantalones color caqui y empezó a pasear por la habitación.

—¡Maldita sea! —exclamó—. ¡Maldita sea! ¡Maldita sea! Pudo haber sido en 1882. ¡Pudo haberlo sido! ¡O pudo ser hoy! Alguien que hubiese sacado el trineo del abuelo, y los semáforos estaban desconectados a causa de la tormenta de nieve... —

Se volvió hacia Rossoff, agitando las manos en ademán de impotencia, riendo como si lo encontrase casi divertido—. ¡Es ridículo! ¡Pudo haberlo conseguido! ¡Quizá lo consiguió! Pero no hay forma de saberlo... ¡Jesús! —Regresó a su sillón, se derrumbó en él y cogió la taza de café que tenía al lado, sobre la alfombra.

En voz baja y grave, como si intentase suavizar el ambiente de irritabilidad que reinaba en la salita, Danziger preguntó pacientemente:

—¿Dice usted que regresó aquí después del paseo, Simón? ¿Y no se encontró con nadie?

—En efecto. —Asentí de nuevo.

—¿Luego entró en esta salita, se acercó a la ventana y se asomó al parque?

—Así es —contesté, mirándolo fijamente a la cara, con la esperanza de que sacara algo de mí cuya existencia yo ignoraba.

—¿Y no vio... nada, realmente?

—No. —Volví a arrellanarme en el sillón, repentinamente deprimido—. Lo siento, doctor Danziger, lo siento profundamente. Pero, para mí, anoche era una noche de 1882. Al menos en mi mente. De modo que no había nada de extraño en ese hecho, y no presté atención a...

—Lo comprendo. —Danziger asintió varias veces, sonriendo, luego se volvió hacia los demás y se encogió de hombros—. Bueno, eso es todo. Habrá que esperar otra oportunidad e intentarlo de nuevo... Así de sencillo.

Los otros asintieron, luego nos limitamos a permanecer allí sentados. El doctor Danziger miró el cigarrillo encendido que sostenía en la mano, hizo una mueca de disgusto y lo aplastó en el cenicero. Entonces supe que acababa de dejar de fumar otra vez. Al cabo de un momento, tal vez de un par de minutos, Rossoff me dijo:

—Simón, acércate a la ventana, ¿quieres? Y sal al balcón tal como lo hiciste anoche.

Me acerqué a las vidrieras, las abrí, salí y, con expresión inquisitiva, me volví hacia Rossoff. Estaba harto de todo aquello, pero me sentía obligado a seguir mientras alguien así lo quisiera.

—Cierra los ojos —me pidió Rossoff, y yo los cerré—. Bien, ahora es anoche. Estás ahí fuera, mirando hacia el parque. Mantén los ojos cerrados y contéplalo de nuevo, mentalmente. En cuanto lo visualices, descríbenoslo, Simón. Con exactitud.

Al cabo de unos instantes, y sin abrir los ojos, lo describí:

—Nieve absolutamente blanca, inmaculada... Es hermoso. Los árboles parecen negros como el carbón frente a semejante blancura. La calle está completamente lisa debido a la nieve, sin una sola marca. Veo que mis huellas han desaparecido, y que sigue nevando. En la luz que rodea la base de las farolas, los copos centellean. Nada se mueve; absolutamente nada. No se oye un solo ruido. Sigo de pie aquí, contemplando el parque unos segundos más, luego decido irme a la cama. Me vuelvo,

dispuesto a entrar. Veo que en el Museo de Historia Natural hay varias ventanas encendidas. Supongo que deben de ser las mujeres de la limpieza... Luego corro las cortinas y... Lo siento, eso es todo. —Abrí los ojos, y entré de nuevo en la salita—. A continuación me acosté y dormí toda...

No pude concluir. El doctor Danziger se puso lentamente de pie, desplegando su metro ochenta y pico de estatura, al tiempo que su rostro volvía a animarse. Se acercó a toda prisa a mí, con la mano tendida para agarrarme del hombro, y lo hizo tan fuerte que resultó doloroso. Entonces me obligó a volverme, otra vez de cara al balcón, y me empujó hacia fuera. Luego él también salió.

—¡Mire! —Su vieja mano de venas abultadas pasó ante mis ojos, me cogió de la barbilla y me obligó a girar la cabeza hacia el norte—. ¡Hacia allí es donde miró usted anoche! Vuelva a mirar ahora. ¿Dónde está el museo?

No pude verlo, por supuesto. Entre mis ojos y el museo, cuatro sólidos bloques de casas de apartamentos se levantaban más altos que la azotea del Dakota. Al menos desde mi balcón, el museo sin duda no podía verse desde mitad de la década de 1880. Y en el preciso instante en que comprendí este hecho, también lo comprendieron Rube y Oscar.

—Lo conseguí —musitó Rube, y luego, con el rostro colorado por el esfuerzo, aulló—: ¡Lo conseguí! ¡Oh, Dios, lo ha logrado!

Rube y Oscar me estrecharon fuertemente la mano, felicitándome, y luego se felicitaron el uno al otro. Yo me quedé quieto, sonriendo, asintiendo, tratando de hacerme a la idea de que la noche anterior, por unos breves momentos, había salido de aquel apartamento para entrar en el invierno de 1882. El doctor Danziger mantenía los ojos entrecerrados, y advertí que por un instante se tambaleaba; creo que faltó muy poco para que se desmayara realmente. Después él y todos los demás empezamos a parlotear unos con otros, sonriendo, haciendo chistes malos, y mientras yo participaba en aquello respondiendo, devolviendo las sonrisas, exaltado, excitado, retrocedía mentalmente al balcón, en medio del silencio de la blanca noche, y miraba a través de cinco manzanas de espacio vacío que hacía muchas décadas ya se había llenado con una sólida barrera de edificios.

Veinte minutos después yo estaba sentado en una sala del almacén que recordaba vagamente del día en que había recorrido el edificio con Rube. Me encontraba sentado en un sillón giratorio, con el pequeño tubo de un micrófono suspendido del cuello mediante una cinta. A mi lado, en un panel de la pared, dos rollos de cinta magnetofónica giraban, y una joven con unos auriculares en la cabeza, por los cuales le llegaba mi voz unos segundos después de que yo hubiese hablado, se hallaba ante una silenciosa máquina de escribir eléctrica. Danziger, Rube, Rossoff, el profesor de Historia de Princeton, el coronel Esterhazy y una docena de personas que yo ya conocía, estaban de pie en la sala, apoyados en las paredes, escuchando y

aguardando.

—Frederick Boague... —recitaba yo—. Frederick N. Boague, de Buffalo, Nueva York. La última vez que lo vi fue en una clase de dibujo, hará tres años y medio. —Me quedé pensativo por un segundo, luego proseguí—: Se estrenó una película llamada *El graduado*. En ella actuaba Anne Bancroft. Y un tipo llamado Dustin Hoffman. El director era Mike Nichols. —Hice una pausa mientras escuchaba el amortiguado tecleo de la máquina de escribir eléctrica—. Hay unas barritas de chocolate marca Hershey. El envoltorio es de papel marrón, con letras plateadas. —Otra pausa—. Clifford Dabney, de Nueva York, de unos veinticinco años, es redactor de textos publicitarios. Elmore Bob es director administrativo del Montclair College para chicas. Rupert Ganzman, es miembro de la cámara baja del estado. En Wyoming vive un indio sioux de pura sangre llamado Gerald Montizambert. A finales de octubre se produjo un incendio en un edificio de apartamentos de la calle Cincuenta y uno, al lado de Lexington. La estación de Pennsylvania ha sido demolida.

Un joven al que había visto por los pasillos entró silenciosamente en la sala, casi de puntillas. Arrancó con cuidado la mitad superior de la hoja de papel que sobresalía por encima de la máquina de escribir y se marchó. La joven siguió mecanografiando sobre la parte inferior de la hoja y yo seguí hablando a través de la grabadora: nombres de gente a la que conocía o de la que había oído hablar, tanto anónimos como destacados, hechos grandes y pequeños, cualquier fragmento de conocimiento que pasara por mi mente sobre el mundo tal como lo recordaba antes de la última noche.

—La reina Isabel es reina de Inglaterra, pero el *Queen Mary* fue vendido a una ciudad del sur de California... En la barbería de la calle Cuarenta y dos, justo al lado del Commodore, hay un peluquero que se llama Emmanuel...

Un hombre abrió la puerta y entró en la sala, sonriendo. Debía de tener unos cuarenta años y era calvo. Yo lo había conocido en la cafetería.

—¡Hasta ahora todo bien! —exclamó—. Me refiero a todo lo que hemos podido comprobar.

Se produjo un murmullo, pues todos los presentes estaban excitados. El hombre se marchó y yo proseguí:

—Hay una tira cómica titulada *Peanuts*, en la que no hace mucho Lucy y Snoopy...

A las once en punto, Danziger me interrumpió. Ya era suficiente, dijo. Y a eso del mediodía ya teníamos la certeza. Cada hecho que yo recordaba al azar del mundo tal como era la noche anterior, continuaba siendo real al día siguiente. Los pocos pasos que había dado sobre la nieve en aquel mundo de 1882, y luego, al regresar, no habían alterado aquel otro mundo ni, en consecuencia, habían alterado el nuestro. Por ejemplo, no había nadie al que conociera el día anterior que no existiera aquella

mañana. Nada había cambiado, en ningún aspecto. Ninguna verdad, de la clase que fuera, grande o pequeña, era distinta del recuerdo que yo tuviera de ella. Las cosas estaban tal como yo las había dejado, no se había detectado ni un solo cambio, y eso significaba que el experimento podía proseguir, con cierta cautela.

Pero antes fui a ver a Katie. Crucé la ciudad después del almuerzo, ella cerró su tienda y subimos a su apartamento durante cuarenta minutos, donde tuve que contarle tres veces lo sucedido. «¿Cómo fue? ¿Qué sentiste?», no paraba de preguntar con múltiples variantes. Intenté explicárselo, buscando las palabras exactas, y Katie se inclinaba hacia mí, con los ojos entornados y los labios entreabiertos, esforzándose por captar todo el significado de lo que yo trataba de transmitir desde mi mente a la suya. A veces sacudía inconscientemente la cabeza con expresión de asombro o admiración, aunque, por supuesto, quedaba decepcionada. La verdad era que yo no podía transferirle mi experiencia, y cuando por fin me puse de pie para marcharme, supe que ella todavía se preguntaría: «¿Cómo fue? ¿Qué sentiste?».

De nuevo en el almacén, me cambié de indumentaria en el despacho de Rossoff, quien me interrogó mientras yo me vestía. La mayor parte de las preguntas se referían a si yo era capaz de sentir emocionalmente, del mismo modo que lo creía intelectualmente, que lo sucedido había ocurrido de verdad. Y yo, siempre servicial, reflexionaba al respecto mientras continuaba vistiéndome. Visualizaba el trineo que se alejaba entre un remolino de blandos copos de nieve, mientras el tintineo de los cascabeles de los arneses se extinguía poco a poco. Y de nuevo percibí el claro sonido de la risa de aquella mujer, en medio de la maravillosa noche invernal, y un estremecimiento de placer me recorrió la espina dorsal... Asentí a la pregunta de Rossoff y dije que sí.

A continuación, él me llevó de nuevo al Dakota. Teníamos que darnos prisa. Yo había necesitado vivir mucho tiempo en aquel edificio para alcanzar el éxito de la noche anterior. Ahora sólo disponía de una noche, de la mañana siguiente y de parte de la tarde para volver a alcanzar el mismo objetivo..., si quería ver cómo enviaban el largo sobre azul de Katie en... «Nueva York, N.Y., Oficina Central de Correos, 23 Ene 1882, 18.00 H.» Y esta vez, a fin de acelerar el experimento, iba a intentarlo yo solo, sin la ayuda del doctor Rossoff.

Alrededor de las cuatro subí por las escaleras del Dakota. El paquete de Fishborn's Market estaba en el pasillo, delante de mi puerta. Lo recogí y, cuando entré en la salita de estar, me sentí, curiosamente, como si volviera a casa. A las seis, de pie ante el fogón de la cocina, con un largo tenedor en la mano y esperando a que mi patata hirviera al tiempo que leía el Evening Sun del 22 de enero de 1882, fue como si nunca hubiese abandonado mi rutina.

Antes de subir, había visto que en la calle, debajo de mis ventanas, habían retirado la nieve de la noche anterior, que los semáforos funcionaban y que los coches

volvían a circular. Pero todo eso ya carecía de importancia, porque yo sabía —con absoluta certeza— que allí fuera también existía el mes de enero de 1882. Y sabía —con absoluta certeza, también— que cuando llegara el momento podría trasladarme allí otra vez.

Pinché la patata con el tenedor, pero el centro aún estaba duro, de modo que, con el periódico doblado a lo largo, seguí leyendo delante del fogón. El juicio contra Guiteau, el asesino de Garfield, se había reanudado. Guiteau, como de costumbre, seguía al frente de su propia defensa. La investigación de los escándalos de la Star Route continuaba... A toda una familia que vivía en una granja aislada de Wyoming le habían arrancado el cuero cabelludo... Entonces la campanilla de la puerta sonó.

Sosteniendo el periódico en la mano, avancé por el largo y ancho corredor con mis zapatillas de fieltro, abrí la puerta y, de pie en el pasillo, me encontré a Katie. Envuelta en un abrigo invernal que le llegaba hasta los tobillos y con un pañuelo en torno a la cabeza, sonrió nerviosa, a la espera de que yo dijese algo.

Al cabo de un instante, en el que me limité a mirarla, pasó por mi lado y entró en la salita de estar. Me volví y, automáticamente, cerré la puerta.

—¡Katie! —exclamé—. ¿Qué diablos...?

Pero ella ya había cruzado la sala y, tras quitarse el abrigo, lo dobló sobre el respaldo de una silla. Luego se volvió hacia mí. Llevaba un vestido de seda color verde botella, con encajes blancos y botones en el cuello y las muñecas, y los bajos, oscilantes todavía por el impulso de su giro, rozaron el empeine de sus botines. Con un rápido movimiento se despojó del pañuelo negro que cubría su cabeza, como si temiera que si no se daba prisa yo la obligaría a que no lo hiciese. Llevaba el cabello peinado hacia atrás desde la frente, recogido en un moño en la nuca.

Estaba tan atractiva que no pude evitar sonreír con placer. Aquella abundante cabellera cobriza, su pálido cutis ligeramente pecoso, sus enormes ojos pardos que me miraban desafiantes, y aquel brillante vestido verde... Katie sabía muy bien lo que hacía cuando eligió aquel color. Tan pronto como sonreí, se apresuró a decir:

—Voy a ir contigo, Si... Para ver cómo envían la carta. ¡Es mía, y también quiero verlo!

Me encantan las mujeres, nunca las he considerado inferiores a los hombres y desprecio a aquellos que las consideran así. Y pienso, por ejemplo, que las mujeres tienen tantos principios como los hombres, aunque no cabe la menor duda de que estos principios son distintos. Sabía que podía confiar en Katie en cualquier sentido, de manera absoluta, que su criterio acerca de lo que estaba bien y lo que estaba mal era tan natural como el mío. Aun así, discutimos interminablemente. Katie de pie ante el fogón, donde se había hecho cargo de los preparativos de la cena, y yo sentado a la mesa de la cocina, aguardando... Luego, durante la cena, continuamos la batalla mientras compartíamos mis dos chuletas. Yo empezaba a sentirme como un patán,

defendiendo mis obstinadas ideas sobre la moralidad, pues a Katie le tenía sencillamente sin cuidado que aquél fuera un proyecto gubernamental, de la más absoluta seriedad, que se llevaba a cabo gracias a tremendos esfuerzos e inversiones, y en el que se hallaba comprometida gente importante de toda la nación. Sin problemas de ningún tipo, Katie veía con absoluta transparencia la verdad —la verdad femenina— que se escondía tras aquella fingida seriedad. Sabía que aquello era un juguete enorme, caro y fascinante, y que todos jugábamos con él, y —al igual que una decidida chiquilla que en el campo de juego se abriera paso a empujones para entrar en el círculo de los chicos— estaba completamente decidida a participar en él.

Decidí echar mano de argumentos más prácticos, pero fue un craso error, pues de inmediato Katie replicó —apuntándome con el tenedor, mientras su cena se enfriaba — que ella también estaba preparada; que había aprendido tanto como yo acerca de la década de 1880. De hecho, recalcó, estaba más preparada de lo que lo había estado yo la noche anterior, dado que ahora ambos sabíamos que aquello era realmente posible.

A pesar de mi verborrea, estaba seguro de que ella tenía razón. Yo presentía que al día siguiente alcanzaría el éxito. No era cuestión de optimismo, sino de absoluta certeza. Y sabía, si se me permite decirlo, que la pura fortaleza de mi certidumbre me permitiría arrastrar a Katie conmigo... Estaba absolutamente convencido de que tendríamos éxito, los dos, y en la salita, después de cenar y lavar los cacharros, la discusión fue disminuyendo.

Aunque en ningún momento accedí de manera tan clara. Katie paseaba arriba y abajo, dándome múltiples argumentos, mientras la larga falda susurraba al girar. Yo permanecía sentado, observándola, esforzándome para no sonreír ante su belleza. Su cabello adquiría un brillo especial cuando pasaba por debajo de las lámparas de gas de la araña que colgaba del techo. Se la veía tan atractiva, que al final no pude evitar levantarme, acercarme a ella, cogerla entre mis brazos y besarla. Ella respondió y volvimos a besarnos; luego, se separó. Había ganado, la discusión había concluido. Ya habíamos dicho todo lo que teníamos que decir y ella sabía que yo no iba a rechazarla físicamente.

—Ya basta, Si —murmuró—. Ahora lo único que importa es que mañana consigamos nuestro objetivo. No podemos permitir que nada interfiera.

Durante los días y las semanas que yo había pasado a solas, había fantaseado con la idea de tener a Katie conmigo, y ahora allí estaba. Pero lo que en aquellos momentos ella acababa de decir sonaba tan indiscutiblemente cierto, que era absurdo no aceptarlo, de modo que pasamos una velada tranquila y doméstica, tal como debían de ser en 1880: primero leímos *Harper's Weekly* y *Leslie's*, luego intercambiamos las revistas, y finalmente, mientras tomábamos una taza de té, jugamos unas partidas de dominó.

Nos acostamos alrededor de las diez y media. Mientras yo apagaba la araña del techo, Katie abrió el armario que había junto a la entrada y del bolsillo de su grueso abrigo sacó un paquetito blanco enrollado: era su camisón. Sonreí y sacudí la cabeza, al ver con qué seguridad Katie había creído que le permitiría quedarse. Con la mano en la llave de la lamparita de pantalla verde que había sobre la mesita donde aún estaba nuestro juego de dominó, aguardé a que Katie encendiera la luz del pasillo. Oí la leve explosión del gas, luego la oscilante llama se estabilizó sobre la pared del pasillo, y apagué la lamparita de mesa.

Katie estaba esperándome ante la puerta de su dormitorio. La llama del aplique en forma de L que colgaba de la pared estaba justo encima de su cabeza, a la derecha de la puerta, y de nuevo advertí aquel brillo especial que la luz de gas imprimía a su cabello cobrizo.

—Buenas noches, Si —me deseó—. Hasta mañana.

—Buenas noches, Katie.

—Va a funcionar, ¿verdad?

Asentí.

—Eso espero —dije—. No deberías estar aquí, pero me alegro de que hayas venido. Y sí, creo que va a funcionar.

La mayor parte del día siguiente —después de haber desayunado, lavado los platos y concluido el periódico de la mañana— la pasamos leyendo. Lo primero que había hecho era encender un fuego con carbón en la chimenea de la sala. Luego hallé el libro cuya lectura interrumpí cuando miré hacia el parque y vi que nevaba; estaba donde lo había dejado, en el suelo junto a la ventana. Experimenté una leve conmoción al darme cuenta de que de eso sólo hacía un día... Se trataba de un libro que había encontrado en los estantes de la salita, un ejemplar completamente nuevo y reluciente de *Luchando por su vida*, una novela de Emma D. E. N. Southworth publicada un año antes, en 1880. Era una vulgar edición de bolsillo, pero en la portada no aparecían mujeres medio desnudas sino, sencillamente, unas letras negras impresas sobre papel rojo.

Le hice a Katie una sinopsis de lo que yo había leído hasta el momento, luego, cómodamente sentado en el sillón, con los pies metidos en las zapatillas de fieltro y apoyados en un escabel, encontré la página y reanudé la historia, leyendo en voz alta. Era un buen día para permanecer allí, abrigado y cómodo, delante del fuego que crepitaba, mientras fuera hacía frío y el cielo estaba cubierto de nubes grises.

—«Cuando Sybil se recuperó de aquel desfallecimiento que rayaba con la muerte —leí—, se sintió transportada lentamente a través de lo que parecía un tortuoso pasadizo subterráneo. Pero la absoluta oscuridad, amortiguada únicamente por el pequeño resplandor rojizo de una vela, que como un astro se deslizaba delante de ella, le impidió ver más allá. Un presentimiento de destrucción inminente se había

apostado en su espíritu, y un irresistible horror paralizó todas sus facultades». — Alcé la vista hacia Katie, que estaba sentada en el canapé, con los pies doblados debajo del cuerpo. Sonreí ante aquella prosa ampulosa, convencido de que la gente razonablemente refinada de la época habría reaccionado igual que yo. Sin embargo, mi sonrisa no se prolongó demasiado, y Katie captó mi intención. Yo ya había leído un montón de aquellos libros y, cualquiera que fuese el breve solaz que pudiera producir su estilo, hacía tiempo que había dejado de tener interés, de modo que — saltándome gran parte de la hojarasca— era capaz de leer los argumentos, que no eran mejores ni peores que los de muchas de las novelas de misterio actuales que yo solía leer.

Nos turnábamos en la lectura, que interrumpíamos para tomar café y almorzar, y a media tarde terminamos el libro. Concluía prácticamente de la misma forma que toda esa clase de narraciones, proporcionando una idea de lo que les ocurría a los personajes al cabo de la lectura. Lo cierto es que eso no era mala idea. Yo había leído muchas novelas y, al volver la última página, me gustaba saber qué había sido de la gente que había llegado a conocer, y en especial de aquellos que más me habían gustado. La verdad era que, cuanto mejor era el libro y más auténticos los personajes, más deseaba saberlo.

En fin, la señora Southworth informaba al lector a este respecto, y era Katie quien leía cuando llegamos a la última página:

—«Queda poco más que contar. Raphael Riordan y su madrastra, la señora Blondelle, acudieron a ver al difunto y asegurarse de que se lo llevaban. Gentiliska, ahora una matrona de muy buen ver, contempló el cadáver con una expresión extraña, mezcla de compasión, repugnancia, pena y alivio».

—¡Un momento! —exclamé, y cuando Katie me miró, abrí más los ojos, fruncí ligeramente el entrecejo, alcé una de las comisuras de la boca, y pregunté—. ¿Recuerda esto la compasión?

—Más o menos.

Seguidamente exageré el ceño y entrecerré un ojo.

—Acabo de añadir la repugnancia. Ahora observa, porque viene la pena... —Abrí quejumbrosamente la boca—. Y a continuación, en la pista central, juntando los cuatro en uno... ¡el alivio! —Erguí la barbilla y abrí la boca todo lo posible, manteniendo todas las demás expresiones—. ¿Qué aspecto tengo?

—De asfixiado.

—Me lo temía. Pero apuesto a que Gentiliska lo consiguió sin esfuerzo. Y lo más probable es que hubiera podido añadir el horror, la desazón y el éxtasis sin tensar un solo músculo de la cara.

—Te cae bien Gentiliska, ¿eh?

—Hasta el momento, es mi personaje literario favorito. Continúa, por favor.

—«Raphael, ahora un hombre serio y apuesto, saludó a la señora Berner con actitud melancólica. La adoraba con la misma constancia y pureza de siempre; a nadie más había entregado su lealtad... La viuda Blondelle vendió su participación en el Balneario de Aguas Sulfurosas de Dubarry y, junto con su hijastro, Raphael Giordan, regresó a Inglaterra. El señor y la señora Berner sólo tuvieron una hija: ¡Gem! Pero ésta sería la niñita de sus ojos y de su corazón, que con el tiempo se prometería con Cromartie Douglas, a quien querían como si fuera hijo suyo».

Katie cerró el libro y permanecimos un rato sentados, sonriendo. Pero luego, con tono serio, comentó:

—Me alegro de que Gem y Cromartie se prometieran, aunque eso ocurra mucho después de concluida la novela. Pensaba que al final lo harían, pero es bonito saberlo.

—Tienes razón... En cuanto a Gentiliska y su mezcla de emociones, cuantas más mejor. Y te diré algo más que me gusta: creo que me gusta la gente a quien le gustan estas historias. —Katie asintió, y guardamos silencio. El tiro de la chimenea produjo un pequeño rugido amortiguado y luego uno de los carbones cayó—. Ahora ellos están ahí fuera, Katie. —Señalé con un gesto las ventanas, al otro lado de la estancia, tras las cuales lo único que podíamos ver era el plumizo cielo invernal. Pero hablaba en serio. Durante todo el día había sentido la viva presencia del invierno de 1882 en Nueva York congregándose alrededor de nosotros, con más fuerza y autenticidad ahora que durante los días y semanas que acababa de pasar en el piso. Porque ahora conocía una verdad que nunca podría cambiar: la conciencia de que el tiempo existía—. Están aguardándonos —dije y, mientras una fuerte disposición de ánimo y poderosas certidumbres iban de la mente de uno a la del otro, Katie asintió, con certidumbre y conocimiento, atrapada en mi absoluta seguridad—. Creo que ha llegado la hora... —añadí, y por un instante ella pareció asustarse. Pero luego asintió y cerró los ojos.

Yo cerré los míos, tendí el brazo hacia Katie y estreché su mano. Permanecí quieto, cómodamente abrigado, dejando que cada músculo se relajara, que la tensión, por mínima que fuese, se disipara... Y entonces, tal como Katie ya estaba haciendo, pensé: «En unos instantes, tu mente dejará de pensar por unos segundos. Te quedarás dormido. Esto es el 23 de enero, y ésa será la fecha cuando de nuevo abras los ojos: el 23 de enero de 1882. Tú y Katie tenéis una tarea que cumplir; iréis juntos al parque, y nada de otras épocas interferirá en tu mente. Sólo pensarás en que te diriges hacia la oficina de Correos y que debes estar allí a las cinco y media. No más tarde. Que vas a ver quién envía el sobre azul. No interferirás en los acontecimientos. Los observarás y te moverás entre ellos, pero no provocarás ni evitarás ninguno. Con una diferencia: esta situación es nueva, pero funcionará, no lo dudes. En cierto momento, probablemente cuando cruces el parque, en el instante en que tengas la absoluta certeza de que te hallas en una tarde de invierno de 1882... recordarás el presente.

Recordarás el presente y, por primera vez, te convertirás en un auténtico observador».

Di un respingo y mis ojos se abrieron bruscamente. Me había adormecido, o eso me pareció. Katie me observaba, su mano en la mía.

—Yo también me he dormido —dijo—. Tenemos que ir a la oficina central de Correos, Si. ¿Estás preparado?

—Sí —respondí, y me levanté. Tras un bostezo, añadí—: Me hará bien salir y espabilarme. Vámonos ya.

Ante el armario de la entrada, entre bostezos, me puse el gabán con la esclavina, los chanclos y el gorro negro de astracán. Katie se puso su abrigo y se ató el pañuelo a la cabeza. No pensé en qué año o siglo estaba más de lo que lo pensaría alguien que se dispone a salir a la calle. Ya abajo, al salir del edificio de la calle Setenta y dos, con los hombros encogidos y la barbilla hundida en el cuello para protegerme del frío del exterior, no volví la mirada hacia el oeste. Y al cruzar la calle que bordeaba el parque tampoco miré hacia el norte ni hacia el sur. ¿Por qué iba a hacerlo? Nunca se me habría ocurrido: el aire era cortante y frío, de modo que seguí con la cabeza gacha.

Cruzamos el parque en diagonal, en dirección sureste hacia la entrada de la calle Cincuenta y nueve con la Quinta Avenida. Hacía frío, no vimos a nadie, y la ciudad parecía haber enmudecido. Sólo percibíamos el roce constante de nuestros pies sobre el sendero, y, al sentirme abrigado dentro del gabán, menos somnoliento, empecé a disfrutar con el ejercicio. Salvo en los senderos, la nieve se veía casi impoluta, aunque hubiera algún que otro rastro de pisadas. Durante decenas de metros nuestro sendero avanzaba paralelamente al zigzagueante camino, y sobre la nieve cuajada oí, como al descuido, el débil chirriar de un eje y el lento y amortiguado sonido de unos cascos, pero no me molesté en volverme, como tampoco lo hizo Katie. Nos limitamos a seguir cruzando el parque, acostumbrados ahora al frío, disfrutando de nuestro paseo, sin apenas pensar en nada.

Salimos del enorme rectángulo de Central Park por la esquina sureste, en la Quinta Avenida con la calle Cincuenta y nueve, y allí me desabroché el gabán para buscar en el bolsillo de los pantalones el dinero de nuestros pasajes. Entonces Katie soltó un gemido, y me apresuré a mirarla. Tenía los ojos fuertemente cerrados y con una mano se estrujaba la frente. Al advertir que su rostro se volvía blanco como la cera, me volví para sostenerla, pero estuve a punto de perder el equilibrio y me vi obligado a detenerme. Separé los pies y los asenté firmemente en el suelo, me llevé las manos a la cara, me incliné con los codos hundidos en la boca del estómago, y luché contra el desvanecimiento al tiempo que la memoria iluminaba cada célula de mi cerebro.

Ninguno de nosotros había imaginado que se produciría una conmoción física. Pasé el brazo por los hombros de Katie y noté que estaba temblando. Mientras

intentaba sostenernos a ambos, me apoyé contra el tronco de un árbol que crecía en la acera, y mientras sentía el sudor correr por mi frente y el labio superior, tuve la certeza de que estaba mortalmente pálido. Mantenía la vista fija en la punta de mis zapatos, y empecé a aspirar profundas bocanadas de aire helado; luego sentí que el sudor se me secaba en la cara y comprendí que no me pasaba nada. Me volví hacia Katie, que tenía los ojos muy abiertos y se humedecía los labios con la lengua.

—Ya estoy bien, gracias —dijo, enderezándose—. Pero... ¡Oh, Dios mío, Si! — musitó, y lo único que se me ocurrió hacer fue asentir.

No nos atrevimos a volvernos de inmediato, pero escuchamos el crujir de las llantas metálicas al aplastar la nieve seca, el traqueteo de una estructura de madera y hierro, y el chasquido de las riendas de cuero sobre la carne. Luego, volvimos lentamente la cabeza para contemplar el diminuto ómnibus de madera, de techo curvado y ruedas con radios de madera, unido a un tiro de caballos demacrados, cuyo aliento blanco salía disparado hacia el aire invernal a cada paso que daban. Estaba más cerca ahora, llenando nuestro campo de visión. Y, al mirarlo, comprendí de dónde y de qué momento había venido yo. Necesité unos instantes de auténtico forcejeo mental para asimilar lo que sabía con certeza era la verdad: que estábamos allí, de pie en una esquina de la parte alta de la Quinta Avenida, en una tarde gris del mes de enero de 1882. Me estremecí y por un segundo me sentí presa del pánico. Luego una sensación de júbilo y curiosidad recorrió todo mi cuerpo.

Miré a Katie y vi que sonreía. Luego me volví hacia el sur, en dirección al tramo tan familiar que constituía la Quinta Avenida, y una vez más sentí que me desvanecía.

Todo el mundo habrá visto, ya sea en la vida real o en el cine, el espléndido fulgor del largo trecho que recorre la Quinta Avenida, la ancha calle sólidamente delimitada por increíbles rascacielos de metal, cristal y piedra que se elevan hacia el cielo: el enorme edificio Tishman, con sus laterales de aluminio; la gigantesca masa pétreo del Rockefeller Center; la catedral de St. Patrick, deteriorada por el tiempo, con sus dos torres gemelas hundidas en medio de los enormes edificios que la empequeñecen. Y las tiendas relucientes: Saks, Tiffany's, Jensen's. O el enorme, viejo y sucio edificio blanco de la biblioteca en la esquina con la calle Cuarenta y dos, cuyos leones de piedra flanquean la ancha escalinata de la entrada principal. Sin duda constituyen las diecisiete manzanas más famosas del mundo. Y más allá, a lo largo de aquella sorprendente vía pública, en la esquina con la calle Treinta y cuatro, se distingue, por su increíble altura, el Empire State Building, si ocurre el milagro de que la atmósfera esté lo suficientemente despejada. Ésta era la imagen —asfalto y piedra, junto con rascacielos de acero y cristal— que permanecía de manera instintiva en mi mente cuando me volví a mirar a lo largo de la avenida.

Todo había desaparecido. Se había esfumado, sencillamente. ¡Aquella calle era diminuta! ¡Estrecha! ¡Adoquinada! ¡Una calle residencial bordeada de árboles! Katie y yo miramos boquiabiertos las hileras de casas de piedra arenisca junto a otras de ladrillo y piedra, los árboles y las zonas de césped, ahora cubiertos de nieve, delante de las casas. Las construcciones más altas que se veían en aquella tranquila calle eran los delgados campanarios de las iglesias; por encima de éstos no había otra cosa que la masa gris del cielo invernal.

Traqueteando sobre los adoquines en las zonas sin nieve de aquella calle pequeña y extraña que era la Quinta Avenida, se acercaba a nosotros otro ómnibus tirado por caballos, por el momento el único vehículo que veíamos circular en varias manzanas.

Katie me agarró del brazo, al tiempo que susurraba:

—¡El hotel Plaza ha desaparecido!

Me volví hacia donde ella señalaba, y en la esquina de la calle Cincuenta y nueve, donde debía estar el Plaza, sólo había un espacio vacío, como si hubieran borrado el hotel del mapa. Teníamos que dejar de pensar de ese modo: el hotel no había desaparecido sino que aún no lo habían construido. Pero la plaza en sí, el pequeño cuadrado que había al otro lado de la calle junto a la Quinta Avenida, frente a la salida del parque... estaba allí, con una fuente en el centro, desconectada ahora que

era invierno.

—¡Mira! —le dije a Katie, rozándola con el codo—. ¡La hilera de los coches de alquiler!

Allí, donde siempre habían estado —junto a la acera que daba al parque, a lo largo de la calle Cincuenta y nueve—, media docena de cocheros aguardaban en fila, algo que nos resultaba muy familiar.

De pronto, oímos un ruido y nos volvimos en redondo. El pequeño ómnibus de madera se había detenido junto al bordillo, delante de nosotros; tenía el fanal completamente tizado, y al acercarnos percibí el fuerte hedor del petróleo. La puerta se hallaba en la parte posterior, justo encima de un escalón de madera que sobresalía, y al abrirla para Katie miré hacia la parte delantera en busca del conductor. Pero éste era una silueta que permanecía inmóvil, envuelta en una manta en el asiento del frente, bajo un amplio paraguas. Seguí a Katie al interior, escuché el chasquido de las riendas sobre la grupa de los caballos, y el ómnibus dio una sacudida hacia delante, apartándose de la acera... En la página siguiente aparece un boceto que hice de memoria; refleja el instante en que empezamos a bajar por la Quinta Avenida aquella tarde invernal del 23 de enero de 1882.



Dentro del vehículo, había sendos asientos a los lados de cada ventanilla. Katie se sentó junto a la puerta trasera mientras yo me acercaba a la pequeña cajita de hojalata que había delante, y en la cual ponía: «TARIFA 5 cent.». Escogí dos monedas de cinco centavos, las deposité en la caja, y advertí que en el techo había un agujero a través del cual el conductor podía comprobar si yo pagaba.

A continuación me senté al lado de Katie —éramos los únicos pasajeros— y nos dedicamos a contemplar las aceras de aquella calle pequeña y totalmente desconocida para nosotros.

—Esto no es la Quinta Avenida —dije con tono de incredulidad—. No puede serlo.

Katie me señaló la ventanilla de enfrente, tras la cual vi una pequeña farola. Al pasar por delante de ella comprobé que, rodeándola, había cuatro placas de cristal horizontales que formaban una caja achatada. El panel que daba hacia nosotros rezaba: «Quinta Avenida».

Katie me tiró entonces de la manga del gabán y, al mirarla, señaló hacia delante con la barbilla.

—Las calles Setenta, en el East Side —anunció.

Asentí. Tenía razón. La avenida por la que íbamos en ese instante era muy parecida a algunas de las calles bordeadas de árboles de las calles Setenta del Nueva York moderno: una hilera de altas y elegantes casas de tres y cuatro plantas que proclamaban opulencia, y comprendí que, por muy distinta que ahora pareciera, aquélla era efectivamente la Quinta Avenida. De hecho, entre las calles Cincuenta y ocho y Cincuenta y siete, en el lado este, todas las casas eran de mármol blanco y de apariencia impresionante, mientras que la manzana del lado oeste estaba llena de mansiones señoriales de ladrillo y piedra gris.

Entonces sonó una especie de gong, no demasiado fuerte, y sólo una vez. Me volví para ver de dónde procedía: un carromato pintado de verde oscuro acababa de doblar por la calle Cincuenta y cinco y se dirigía hacia el sur por la avenida. Casi de inmediato giró a la derecha y penetró por un sendero que cruzaba la acera y se internaba por una zona de césped cubierta de nieve, lo cual me permitió ver el perfil del conductor. Lucía un enorme bigote y una gorra plana de color azul oscuro; en el lateral del carromato vi un gong. En el panel verde que colgaba del lateral del vehículo se leía, en letras doradas, la inscripción ST. LUKE'S HOSPITAL. La carreta se detuvo en la curva del sendero de entrada. El edificio del hospital —que ya distinguíamos y me resultaba totalmente desconocido— era enorme, con una larga ala que se prolongaba por la Quinta Avenida. Mientras nos volvíamos a mirarlo, vimos que el conductor ataba las riendas a una esquina del salpicadero y luego bajaba, primero apoyando un pie sobre la rueda, seguidamente el otro en el tapacubos de latón, para después saltar al suelo. A continuación salió un segundo hombre, con

bigote y bata blanca hasta los tobillos, que se reunió con el conductor en la parte trasera del carromato. Las ventanillas del ómnibus se hallaban bajadas un par de centímetros, y a través de ellas oímos el repentino traqueteo de la cadena de la puerta posterior al descender, luego vimos que los dos hombres sacaban por allí una camilla de lona con angarillas de madera. Al pasar por delante del hospital observamos que en la camilla iba tendido un hombre con barba; miraba fijamente el cielo e iba cubierto hasta el mentón con una manta oscura.

Volvimos la cabeza hacia atrás y vimos que lo subían apresuradamente por los peldaños de piedra y que entraban con él en el hospital. Luego, al pasar traqueteando sobre los adoquines frente al edificio dentro del cual había desaparecido el enfermo, observé los espléndidos ventanales, de cúpula semicircular. Me resultaba extraño descubrir un hospital en la Quinta Avenida, y pensé en el hombre de la camilla atendido por enfermeras de bata larga y médicos barbudos. En voz baja, para que el conductor no me oyese, se lo comenté a Katie, que se inclinó hacia mí y susurró:

—Médicos y enfermeras que nunca habrán oído las palabras «penicilina», «antibiótico» o «sulfamida».

No recordaba si Martin Lastvogel lo había mencionado alguna vez, y me pregunté si en aquel hospital utilizarían siquiera anestesia.

En una ventana de una casa que hacía esquina con la calle Cincuenta y tres vi un letrero que anunciaba ESCUELA DE DANZA DODSWORTH. Luego dos viejos conocidos pasaron ante nuestras ventanillas; primero, en la esquina suroeste de la Cincuenta y dos, una de las mansiones Vanderbilt. Recordaba vagamente que de niño, durante una visita a Nueva York, había permanecido media hora con mi padre observando cómo se demolía lentamente la antigua mansión para dejar espacio al edificio Crowell-Collier. Entonces la casa era vieja, descolorida, sucia, deteriorada; ahora se elevaba en todo su esplendor, una reluciente mansión de piedra caliza blanca. Al otro lado de la calle estaba el Orfanato Católico, y luego, una manzana más lejos, divisé a una auténtica conocida. Tanto Katie como yo sonreímos al aproximarnos a ella.

—Me siento tan feliz —musitó Katie—, tan aliviada al ver que sigue ahí.

Asentí y susurré:

—Sólo con mirarla casi me dan ganas de convertirme al catolicismo...

Allí estaba la vieja amiga: la mole gris de la catedral de St. Patrick, enorme, mucho más alta que cualquier otro edificio cercano, sin cambios... Bueno, algo sí había cambiado. ¿Dónde estaba la diferencia? Pegué la cara al cristal, miré hacia lo alto y vi que las dos torres gemelas habían... No, no habían desaparecido, por supuesto, sino que aún no habían sido construidas. Pasábamos por delante de la catedral en ese instante, y su mole gris llenó por completo el cristal de la ventanilla, con lo cual vimos nuestros propios reflejos mecerse como fantasmas. Aquella visión

resultaba tan absolutamente familiar, que de pronto pareció como si la Quinta Avenida que yo conocía tuviera que existir, y volví la cabeza para mirar de nuevo la avenida en dirección a Central Park. Pero, una vez más, experimenté una fuerte conmoción ante lo que vi: estaba mirando, a lo largo de varios kilómetros, árboles de ramas desnudas y casas, junto con los campanarios que se elevaban hacia el cielo por encima de ellas. Miré hacia delante —estábamos pasando ante un edificio totalmente desconocido, el hotel Buckingham, en la calle Cincuenta, justo enfrente de la catedral— y vi también elegantes residencias que se prolongaban ininterrumpidamente a lo largo de varios kilómetros, al parecer hasta el Battery Park.

De pronto advertí que nos habíamos detenido y que la puerta se estaba abriendo. Un hombre subió, depositó en la caja de hojalata el dinero del pasaje y se sentó al otro lado del pasillo al tiempo que nos dedicaba una mirada distraída. Luego cruzó las piernas y volvió la cabeza hacia el otro lado para curiosear por la ventanilla en el instante en que las riendas restallaban y nos poníamos nuevamente en marcha. Lo miré fijamente, tenso, excitado, casi amedrentado ante la proximidad de un ser humano que había vivido, y de hecho vivía, en 1882.

En algunos aspectos, la imagen de aquel hombre corriente, al que nunca volvería a ver, es la experiencia más intensa que he tenido en la vida. El que aquel hombre de unos sesenta años, recién afeitado, estuviese allí sentado, mirando distraídamente por la ventana, con aquel extraño sombrero hongo de copa alta, el raído gabán negro que le llegaba hasta media pierna, la camisa a rayas blancas y verdes, y sin cuello, que llevaba abrochada bajo la barbilla con un botón dorado...

Sé que parecerá absurdo, pero el color de la cara de aquel hombre, que veía al otro lado del estrecho pasillo, resultaba fascinante. No se trataba de una cara color sepia en una vieja fotografía. Mientras lo observaba, se pasó la lengua por los agrietados labios, parpadeó por un instante, y detrás de él pasó deslizándose un fondo de casas de piedra y ladrillo. Todavía puedo ver su cara contra aquel fondo que se movía lentamente, y escuchar el interminable traqueteo de las ruedas metálicas sobre la nieve dura y los adoquines al descubierto. Era la clase de cara que yo había estudiado en las viejas fotografías color sepia, pero debajo del ala del sombrero el cabello era negro, algunas hebras grises; los ojos profundamente azules; las orejas, la nariz y la barbilla recién afeitada estaban rojas debido al frío invernal; en cambio, la frente era pálida. No había nada fuera de lo normal en él. Parecía cansado, melancólico, aburrido. Pero estaba vivo y parecía bastante sano, todavía en posesión de todas sus fuerzas, vigoroso, quizá con bastantes años por delante... Me volví hacia Katie y le murmuré al oído:

—Cuando este hombre era un chiquillo, el presidente era Andrew Jackson. ¡Dios mío! ¡Ese hombre es capaz de recordar unos Estados Unidos que eran... tierra salvaje sin explorar!

Y lo tenía allí sentado, un hombre de carne y hueso, con todos aquellos recuerdos en la cabeza mientras yo observaba, asombrado, cómo su pecho subía y bajaba al respirar.

Cerca de la esquina con la calle Cuarenta y nueve, vi un anuncio que rezaba: «Rev. y Sra. C. H. Gardner, Pensión y Escuela Diurna para Señoritas y Caballeros». En el número 603 de la Quinta Avenida, especificaba una placa de bronce sobre la fachada marrón. Luego, nada más cruzar la calle Cuarenta y ocho, Katie susurró:

—¡Allí está! ¡El quinientos ochenta y nueve! —Al ver que yo no entendía, aclaró—: ¡La casa de Carmody!

Me volví en el asiento para mirar. Era espléndida. Una enorme y bella mansión de piedra arenisca rodeada de una verja de bronce maravillosamente labrada y con pequeñas zonas de césped al frente. La observamos mientras pasábamos por delante de ella, y me sentí desconcertado. Casi tenía la certeza de haberla visto con anterioridad. Me resultaba sorprendentemente familiar, y entonces recordé: era muy parecida a la gran mansión de James Flood que había sobrevivido en Nob Hill, en el San Francisco del siglo xx; hasta la verja de bronce era similar. Y se me ocurrió que tal vez a las dos las hubiera diseñado el mismo arquitecto. Estábamos a punto de dejarla atrás cuando volví la cabeza y me pregunté si Andrew Carmody —todavía con vida ahora, años antes de que se disparase un tiro en Gillis, Montana— estaría dentro de aquella casa.

Las calles transversales iban desfilando —Cuarenta y nueve, Cuarenta y ocho, Cuarenta y siete—, todas idénticas y desconocidas, con una ininterrumpida sucesión de casas de cuatro pisos y altos pórticos, exactamente iguales a las manzanas que todavía existían en el West Side. A medida que bajábamos hacia el centro de la ciudad, la calle cobraba cada vez más vida. Allí estaban ahora: sus habitantes, moviéndose por las aceras, cruzando la calle. Y yo los observaba, primero con reverencia, luego con placer. Contemplaba a los hombres barbudos que hacían oscilar el bastón, con lustrosos sombreros de copa, con gorros como el que yo llevaba, o con sombreros hongo de copa alta como el que llevaba el hombre sentado al otro lado del pasillo. O como los más jóvenes, que lo llevaban de copa baja. Casi todos lucían abrigos largos o gabán, y la mitad parecían llevar quevedos. Y cuando los de más edad —los del bombín de copa alta— se cruzaban con algún conocido, ambos se saludaban tocando el ala del sombrero con el puño del bastón. Las mujeres llevaban pañuelos en la cabeza, o sombreros atados con cintas debajo de la barbilla, y lucían abrigos cortos de cintura alta, o capas, o chales que se sujetaban mediante un broche. Algunas llevaban manguitos y otras, guantes. Todas calzaban botines, que sobresalían de las largas faldas.

Allí... En fin, allí estaba la gente de los viejos y envarados grabados en madera, sólo que en movimiento. Los abrigos y los vestidos que se cimbreaban por las aceras

o por la calle, tanto detrás como delante de nosotros, estaban hechos con telas que no habían perdido su color —marrones, verde botella, azul marino, negras, sin desteñir—, y yo observaba cómo el brillo de la luz y las sombras aparecían y desaparecían entre los largos pliegues. O cómo el cuero y la goma de su calzado prensaba el aguanieve y dejaba una marca en los cruces de las calles. O cómo su aliento era momentáneamente visible al expulsarlo al aire invernal. Y a través de la vibración del tembloroso cristal de la ventanilla del ómnibus percibíamos sus voces llenas de vida, o la risa espontánea de una muchacha. Y mientras contemplaba sus rostros, enrojecidos por el frío, sentí deseos de gritar de alegría.

En las últimas dos manzanas media docena de personas habían subido al ómnibus; entre otros, uno de aquellos hombres de sombrero de copa alta y quevedos. Luego, en un punto de las calles Cuarenta, nos detuvimos junto a la acera y subió una mujer que, al pasar ante nosotros en dirección a la caja metálica, nos rozó las piernas con su falda. Lucía un sombrero de fieltro con una orla de flores, abrigo negro liso, un largo pañuelo verde pálido en torno al cuello, y la franja del vestido que asomaba por debajo del abrigo era de un intenso color púrpura. Debía de tener algo más de treinta años, y mi primera impresión cuando pasó por el estrecho pasillo fue que se trataba de una mujer hermosa. Sin embargo, luego de que su moneda tintineara en la caja metálica, nos volvió la espalda y se sentó en la parte delantera del ómnibus, lejos de Katie y de mí, que estábamos sentados al lado de la puerta trasera. (Éste es el dibujo que más tarde hice de memoria).



En cuanto vi claramente la cara, desvié la mirada para que no se sintiese ofendida; tenía el rostro marcado con docenas de pequeñas cavidades, y recordé que la viruela era algo muy común en esa época. Ninguno de los pasajeros le prestó la menor atención.

Pasamos por delante del hotel Windsor y del Sherwood, y luego de un local llamado Ye Olde Willow Cottage, según un viejo cartel inglés que colgaba encima de la puerta y ocupaba todo el ancho del edificio; se trataba de una casa de madera estilo colonial, con persianas, una amplia galería exterior y un pequeño tramo de escaleras de madera, muy parecida a una tienda rural. Enfrente crecía un árbol enorme, que salía de entre el adoquinado; los peatones lo rodeaban y seguían su camino. Si el Ye Olde Willow Cottage no databa de la época colonial, sin duda lo parecía. En el edificio de al lado, en aquella sorprendente Quinta Avenida, estaba el Henry Tyson's

Market, sin duda una carnicería, ya que vi de soslayo varias hileras de animales despellejados que colgaban de unos ganchos.

El tráfico de la calle se había hecho más denso. Nos cruzábamos con otros carruajes, y frente a nosotros pasó una carreta de reparto, pintada de color púrpura y con un cartel que, en letras doradas, rezaba: «Moquin». Mientras yo observaba todo aquello, Katie me tocó el brazo. Me volví hacia ella y vi que fruncía el entrecejo al tiempo que sacudía la cabeza.

—Ya es suficiente, Si... He visto demasiado. Me gustaría..., no sé, retirarme a algún sitio y cerrar los ojos.

—Entiendo. Sé a qué te refieres...

Me levanté, y me detuve por un instante para mirar al frente. Sabía que debíamos hallarnos cerca de la calle Cuarenta y dos, e inconscientemente busqué el edificio que lo confirmaría: la Biblioteca Central, justo en la esquina oeste nada más cruzar la calle Cuarenta y dos. Y de nuevo un sentimiento de incredulidad se apoderó momentáneamente de mí, porque, como es lógico, el edificio no estaba donde yo esperaba encontrarlo. En su lugar, se levantaba lo que parecía la base de una enorme pirámide cuyos altos y lisos muros se inclinaban hacia dentro, extendiéndose por la Quinta Avenida en dirección a la calle Cuarenta y uno, y que se perdían de vista a lo largo de la Cuarenta y dos. Martin me había advertido, enseñándome algunos dibujos, de modo que ya sabía que aquello era el depósito Crotón. Sin embargo, no dejaba de ser otra visión desconcertante de una ciudad familiar para mí que ahora me resultaba asombrosamente distinta. El ómnibus se aproximó a la acera y Katie y yo bajamos justo delante de un cabriolé de alquiler que se hallaba aparcado cerca de la esquina. Abrí la puerta del carruaje y ayudé a Katie a entrar. Luego me senté a su lado y la observé con atención; había apoyado la cabeza en el asiento y mantenía los ojos cerrados. El cochero estaba sentado en la parte de atrás, en un asiento elevado a fin de ver por encima del techo; entonces oí un ruido arriba y, al mirar, descubrí que en el techo se descorría un panel pequeño y cuadrado. Un segundo después, enmarcados en aquel agujero, apareció un ojo, parte de otro ojo, una nariz enrojecida por el frío, y el inicio de un enorme bigote de puntas caídas.

—¡A la oficina central de Correos! —indiqué, luego saqué mi reloj, pulsé el botón y la tapa saltó dejando la esfera al descubierto: eran casi las cinco—. ¿Podría hacer el trayecto en media hora?

—No lo sé —contestó con desgana el cochero, y chasqueó la lengua al tiempo que hacía restallar las riendas. El coche se internó en la marea de la avenida—. Con tanto tráfico, esto está cada día peor, y nunca se sabe... Pero lo intentaremos. Siguiendo recto por la Quinta hasta la plaza, no suele estar excesivamente mal a esta hora. Luego por Broadway, esquivando el jodido Elevado... ¡Oh! Le pido mil disculpas, señora...

Yo también había reclinado la cabeza y mantenía los ojos cerrados. Ya había visto suficiente por el momento. Casi más de lo que podía asimilar. Pero cuando el panel del techo se cerró, no pude evitar sonreír. Por distinto que fuese, la verdad era que Nueva York no había cambiado.

El sonido lento y monótono de los cascos del caballo sobre la nieve dura —algo más fuerte y metálico cuando cruzábamos por encima de los adoquines sin cubrir— resultaba sedante, lo mismo que el rítmico balanceo y las ligeras sacudidas del cabriolé sobre sus ballestas. Yo empezaba a recuperarme del exceso de impresiones, y alguna que otra vez abría los ojos. Pero las imágenes que captaba eran más de lo mismo. Aquélla era una lujosa calle residencial, estrecha, agradable, bordeada de árboles. A veces pasábamos por delante de hoteles con nombres extraños: St. Marc, Shelburn... Y el Union League Club era exactamente como debía ser un club como aquél.

De pronto, a lo lejos sonó una campana, que se oía más fuerte a cada golpe, y al cruzar la calle Treinta y tres surgió un ruido ensordecedor hacia la derecha. Katie se irguió a mi lado y yo asomé la cabeza por la ventanilla; allí delante, dirigiéndose hacia nosotros, apareció un coche de bomberos rojo y dorado tirado por unos caballos blancos que golpeaban con furia el adoquinado. El conductor hacía restallar el látigo sobre los animales mientras una columna de humo se extendía por detrás lo mismo que la estela de un buque. La campana sonaba frenéticamente ahora, y el estruendo de los cascos sobre los adoquines era tan acelerado y se oía tan al unísono que semejaba los latidos de un corazón. La visión de aquella furia que se dirigía hacia nosotros echando humo era aterradora. Nuestro cochero hizo chasquear el látigo sobre su caballo y de un salto cruzamos la calle, apartándonos del trayecto del carro de bomberos. A nuestras espaldas vimos cómo éste cruzaba veloz la Quinta Avenida —los radios de sus ruedas centelleaban, rojos y dorados—, mientras los cocheros tiraban de las riendas para dejar el camino libre. Cuatro o cinco manzanas más adelante volvimos a escuchar aquel sonido, esta vez hacia el sur, y recordé que aquélla era una ciudad con vigas, suelos y paredes de madera, y que el fuego estaba presente tanto en el alumbrado como en la calefacción.

A medida que avanzábamos hacia la parte más bulliciosa de la ciudad, la densidad del tráfico aumentaba. Luego, de pronto, Katie y yo dimos un salto y chocamos el uno con el otro. El cabriolé se había detenido bruscamente, ladeándose sobre la nieve de la calzada. A continuación dio una sacudida y reanudó el camino. Me enderecé en el asiento al oír que el cochero maldecía, bajé la ventanilla para asomar la cabeza y el ruido que oí era tan espantoso que parecía increíble.

Estábamos en el cruce de Broadway con la Quinta Avenida, donde los vehículos que salían de Broadway pretendían unirse al tráfico en la misma dirección que nosotros, lo cual apenas era posible, o luchaban por cruzar la avenida, lo cual era casi

imposible. Casi todos los carruajes eran de cuatro ruedas, cada una de las cuales iba protegida por un aro de hierro que golpeaba contra los adoquines; otro tanto hacían los caballos con las herraduras de sus cascos. Y nadie parecía controlar todo aquello. Las ruedas traqueteaban, la madera crujía, las cadenas tintineaban, el cuero chasqueaba, los látigos restallaban contra la piel de los caballos, los hombres gritaban y maldecían... En el siglo xx nunca había visto una calle en la que hubiese siquiera la mitad de aquel ruido ensordecedor.

Abriéndose paso tanto por la avenida como por Broadway, había carromatos de reparto barnizados, cada uno tirado por un solo caballo; carros de ruedas enormes y lecho bajo, cargados hasta lo inimaginable con barriles, cajas, sacos, algunos arrastrados hasta por tres pares de gigantescos caballos de carga que resoplaban por la nariz; carruajes negros, marrones o verdes, algunos destartalados, otros elegantes, que relucían con el brillo del cristal y el esmalte. Avanzaban trotando, retumbando o traqueteando sobre los adoquines, o frenaban y se detenían bruscamente, formando pequeños atascos o concentraciones. Katie se asomó por la ventanilla, y en el cruce vimos que el caballo de un carruaje se encabritaba, relinchando. El conductor de un carro que salía de Broadway estaba de pie ante su asiento y para forzar el paso hacia la avenida golpeaba con el látigo a sus propios caballos así como a cualquiera que se interpusiera en su camino. Otros cocheros sencillamente aguardaban con somnolienta paciencia, encorvados e inmóviles, expuestos al frío en sus elevados bancos de madera, envueltos hasta la cintura con mantas viejas y deshilachadas, tocados con gorras de punto o de piel, y embutidos en unos abrigos enormes, de tela manchada o de pieles ya sin pelo. Por fin logramos pasar el cruce y reanudar nuestro trote regular por la Quinta Avenida.

—¡Tendrían que poner semáforos! —le grité al cochero.

—¿Eso qué es?

—¡Que deberían poner luces de señalización para regular el tráfico! —contesté.

Como es lógico, se limitó a mirarme y luego volvió a cerrar el panel. En Washington Square giramos a la izquierda —en la entrada no estaba el arco y, una vez más, tuve la sensación de que lo habían quitado— para luego enfilarse por Broadway. Me recosté en el asiento, con la mano de Katie en la mía; mi cuerpo, mis sentidos y mi capacidad de asombro estaban exhaustos. Katie reposaba la cabeza sobre la abultada tapicería; la imité y me dediqué a observar los hilos telegráficos que habían aparecido en cuanto doblamos por Broadway, y que pasaban en diagonal por la parte superior de la ventanilla de mi lado. No volví a asomarme hasta que llegamos a la calle Chambers. Luego, una manzana más allá de donde vivía Katie, vi el edificio del ayuntamiento, el City Hall. Me alegré tanto al ver algo que me resultaba familiar, que me apresuré a sacar el reloj: eran las cinco y veinte. Disponíamos de tiempo para dar un paseo, de manera que di unos golpecitos en el techo.

Caminamos hacia el sur, pasando por delante del City Hall y el pequeño parque que había al frente.

—Éste es el auténtico City Hall contra el cual no se puede luchar, ya lo sabes — dije, y Katie sonrió.

Luego cruzamos la calle en dirección al enorme edificio de Correos, que ocupaba el triángulo de terreno frente al parque, donde Park Row terminaba en Broadway. En cuanto rodeamos el edificio y llegamos a la entrada principal, Katie y yo nos miramos y sonreímos ante la ridícula apariencia de aquella construcción, toda ella ventanas y columnas ornamentales de piedra que se elevaban hasta una altura de cinco pisos, rematada con una azotea de torres escalonadas, barandillas de hierro forjado y una cúpula ornamental. Y, colgando de un mástil, aleteando, un largo estandarte puntiagudo sobre el cual aparecía el rótulo CORREOS.

Dentro, el suelo era de baldosas y había escupideras de bronce, madera oscura, cristales granulados y lámparas de gas. Divisamos un enorme panel lleno de buzones con tapas de bronce sobre las que rezaba: CIUDAD, BROOKLYN, STATEN ISLAND, DISTRITOS ANEXOS, junto a otros buzones separados para cada estado y territorio, así como para Canadá, Terranova, México, América del Sur, Europa, Asia, África y Oceanía. Más allá de aquel gran panel había una pared con miles de cajas privadas cada una con su número. Acababan de dar las cinco y media y, Katie en un lado y yo en el otro, tomamos posiciones junto al gran panel e iniciamos la espera. En el cuarto de hora que siguió, unas cincuenta personas, hombres en su mayoría, se acercaron a aquellos buzones para depositar sus cartas. La expresión de sorpresa y disgusto en la cara de Katie era algo digno de verse, pues casi todos, sin detenerse siquiera, lanzaban un grueso chorro de saliva con tabaco hacia cualquiera de las varias docenas de escupideras desparramadas por el suelo de la gran planta. Los había que eran expertos, daban justo en el blanco de forma perfectamente audible y luego pasaban por nuestro lado con expresión alegre y satisfecha. Sin embargo, otros fallaban por unos treinta centímetros, si no más. Entonces, acostumbrados ya nuestros ojos a la penumbra de la débil iluminación, descubrimos que allí donde mirásemos el suelo estaba cubierto de manchas. Vi que Katie bajaba la mano por una pierna, se recogía la falda y luego la sostenía a unos buenos cinco centímetros del suelo.

Y seguimos esperando; los minutos pasaban, la gente entraba y salía, y el golpeteo o el chirriar de las tapas de bronce de los buzones era constante. Estaba convencido de que Katie, lo mismo que yo, no paraba de pensar en el sobre azul, chamuscado en un extremo, que en su interior ocultaba un papel en el cual un hombre había escrito sus últimas palabras. ¿Estábamos a punto de volver a verlo? Tal vez no. De pronto se me ocurrió que quizá lo hubieran depositado en un buzón de fuera, y de inmediato tuve la certeza de que así había sido y de que nunca veríamos «el envío de» la carta «capaz de Destruir por el Fuego el... Mundo por completo».

Y entonces, él apareció. Cuando el gran reloj del vestíbulo señalaba las seis menos diez, un hombre de barba negra y vientre prominente franqueó las gruesas puertas y se acercó con paso rápido y decidido, embistiendo como un toro. La excitación fue tan explosiva que por un instante fui incapaz de ver nada; tal como suena. Luego, ocupando todo mi campo de visión, el hombre cruzó el amplio vestíbulo embaldosado, directamente hacia nosotros, sosteniendo en su mano velluda el delgado sobre azul verdoso. El rechoncho bombín colgaba garbosamente de la parte posterior de su cráneo, y el gabán, que llevaba desabrochado, se balanceó tras él cuando aceleró el paso, dejando al descubierto la pronunciada curva del vientre, que sobresalía en actitud beligerante. Llevaba el mentón en alto, proyectando casi horizontalmente su tiesa barba como si desafiara al mundo, y de una de las comisuras de la boca colgaba la colilla de un cigarro, lo cual contribuía a levantarle el labio y daba la impresión de que estuviera enfurruñado.

Era un hombre impresionante, monumental, y pasó por mi lado sin verme; de hecho, no veía a nadie, miraba al frente con sus impetuosos ojos pardos, sumido en sus propias preocupaciones e intenciones, y en la importancia del acto que estaba a punto de realizar. Y entonces vimos lo que a través del tiempo habíamos venido a ver.

Empujó el largo sobre azul hacia la tapa de bronce que ponía CIUDAD y, por un instante, logré echar una ojeada al dorso del sobre. Vi el extraño sello color verde, ligeramente inclinado hacia la derecha; lo vi en mi recuerdo, ya cancelado, y lo vi en aquel preciso momento, extrañamente impoluto. Vi la escritura ladeada, vieja y marrón en mi recuerdo, reciente y completamente negra en aquellos instantes, aunque idénticamente legible: «Sr. D. Andrew W. Carmody, 589 Quinta Avenida...». El extremo del sobre, ahora sin la quemadura y sin abrir, empujó la tapa de bronce hacia dentro, la mano que lo sostenía dobló la muñeca y el diamante de una sortija centelleó. A continuación, el sobre azul desapareció, la tapa de bronce se balanceó todavía por un instante, y dio comienzo el misterioso viaje de aquella misiva hacia el futuro.

El hombre dio media vuelta y se dirigió con pasos acelerados hacia la salida. Aunque aquello era todo cuanto habíamos ido a ver, no podíamos dejar que se largara así sin más, que se perdiese para siempre en la noche. De modo que Katie y yo salimos tras él, dispuestos a seguirlo.

Franqueamos las sólidas puertas de la entrada y vimos que fuera ya había oscurecido. Nuestro hombre se encaminó hacia el norte por el lateral que daba a Broadway, que era por donde nosotros habíamos venido. Lo seguimos, observando cómo pasaba a través de los círculos amarillentos que se proyectaban en la base de cada farola, y cómo la luz resbalaba por las sedosas curvas de su bombín. Más allá de la acera, Broadway estaba prácticamente a oscuras y el tráfico, aunque todavía ruidoso, era mucho menos denso. La circulación consistía ahora en siluetas oscuras y

sombras en movimiento, visibles sólo fragmentariamente. Podía distinguirse el movimiento giratorio de los embarrados radios de una carreta a través del oscilante fanal que colgaba del eje, pero tanto aquélla como su conductor, así como el tiro de caballos, se hallaban perdidos en la oscuridad. O se distinguía el brillo plateado del pomo de una portezuela, o la encerada curva del esqueleto de un carruaje que traqueteaba bajo la parpadeante lámpara que colgaba de su lateral, y al mismo tiempo eso era todo lo que se lograba ver. Al otro lado de la oscura calle, las ventanas y los portales de las tiendas estaban casi en penumbras, y sus siluetas se recortaban contra las luces piloto que dejaban por la noche. Los peatones —supuse que serían los últimos empleados de las oficinas— pasaban presurosos por nuestro lado; sus caras amarillentas se volvían momentáneamente más claras al acercarse y atravesar los tenues conos de luz del alumbrado público, para a continuación palidecer hasta casi perderse en la oscuridad que había entre un cono y el siguiente. Al otro lado de la calle, un hombre, una mancha oscura contra los portales y ventanas escasamente iluminados, acarreaba una pértiga y, a medida que caminaba, la levantaba hasta rozar cada farol a oscuras y lo encendía.

Noté que Katie apretaba mi brazo contra su costado, y entendí el motivo. Aquella calle extraña y sombría, el sonido de las ruedas metálicas sobre los adoquines, la oscuridad amortiguada por los cuadrados, rectángulos y conos de luz tan tenue como extraña, también me inquietaban. Y, sin embargo, —¡oh, Dios!, sencillamente el hecho de estar allí—, había algo en mí que respondía a ese hecho y al misterio de ver alrededor de nosotros a aquella gente presurosa, en penumbras, y comprendí que Rube Prien había dicho la verdad: aquélla era la más grande aventura posible.

Tomé a Katie firmemente del brazo y la obligué a detenerse a mi lado. Justo después de pasar por debajo de la farola que teníamos delante, nuestro hombre había girado bruscamente en la acera para bajar a la calle. Se detuvo dentro del círculo de luz que se reflejaba, tembloroso, sobre los adoquines, el sombrero reluciente en la parte posterior del cráneo, el vientre prominente, y miró más allá de nosotros, hacia el sur, volviendo la cabeza a un lado y a otro con la inconfundible actitud de un hombre que aguarda, impaciente, la aparición de un ómnibus. Por la calle y frente a nosotros, borrosa en medio de la oscuridad, pasó rodando una pesada carreta. Katie y yo vimos su fanal saltar y bambolearse debajo del eje posterior, y su pesada mole oscura traquetear hacia el charco de luz amarillenta que había delante de nosotros y en medio del cual el hombre se había detenido. El conductor se puso bruscamente de pie, claramente perfilado contra la farola. Gritaba, maldecía y, tras un rápido movimiento de su brazo, oímos el chasquido del látigo. El hombre que se había detenido en medio de la calle levantó la cabeza, proyectó la barba hacia delante y nos detuvimos al ver que alzaba la vista hacia el cochero, que se erguía por encima de él, pero sin que cambiara su expresión ni hiciera el menor gesto de apartarse. Veíamos la

espalda del conductor y observamos que levantaba la mano derecha con el látigo en actitud amenazante. Luego vimos que movía el hombro izquierdo como si tirase de la rienda izquierda, y debajo de la farola, primero el caballo y a continuación la carreta esquivaron al hombre de la calle. La fusta levantada pasó justo por encima del brillante bombín, pero ni aquella ni el hombre se movieron. Después, mientras la carreta se perdía en la oscuridad, el conductor gritó por encima del hombro una obscenidad. Nuestro hombre echó la cabeza hacia atrás —creí que se le caería el sombrero, pero no fue así— y soltó una sonora carcajada.

Teníamos que reanudar nuestro camino y redujimos la marcha, pero casi estábamos en línea con él cuando miró una vez más hacia el sur. Luego, impaciente, se volvió hacia la acera.

—¿Un ómnibus? —se preguntó, como si de pronto se sorprendiera—. ¿Por qué tengo que volver a esperar un ómnibus?

De nuevo subió a la acera y Katie y yo simulamos mirar calle abajo, haciendo caso omiso de su presencia a pesar de que se hallaba a un paso de nosotros. Entonces se volvió rápidamente hacia el norte y nos paramos para darle tiempo a que se distanciara.

No fue muy lejos. Nos detuvimos al ver que avanzaba presuroso junto a una hilera de cuatro o cinco cabriolés que aguardaban en la esquina y se paraba ante el primero de la cola.

—¡A casa! —ordenó con voz eufórica y feliz al tiempo que agarraba el pomo de la portezuela—. ¡Directo a casa, como un señor!

—¿Y eso dónde es? —preguntó con tono sardónico la difusa silueta del cochero mientras se inclinaba sobre el asiento descubierto.

—¡Al 19 de Gramercy Park! —exclamó el hombre, y subió al cabriolé.

Luego oí que la portezuela se cerraba de golpe, que el cochero chasqueaba la lengua, que las riendas restallaban y observé que el coche se apartaba de la acera y se internaba en la tenue marea de oscilantes lámparas y fanales. Me volví hacia Katie, pero ella permanecía con la mirada fija en el suelo.

Sobre la acera, en la base de un poste de telégrafos, había medio óvalo de nieve fuera del paso de los transeúntes, protegida por el poste y todavía inmaculada. El bloque de nieve estaba justo dentro del círculo de pálida luz procedente de una farola, y en el extremo de aquél, clara y nítidamente impresa sobre la nieve, había una réplica en miniatura de la lápida cuya fotografía Katie me había enseñado: la de Andrew Carmody en las afueras de Gillis, Montana.

—Es imposible —murmuró, casi con frialdad. Luego me miró y, con tono de irritación, se repitió—: ¡Es imposible!

Comprendí lo que sentía; aquello estaba tan lejos de cualquier explicación razonable que exasperaba a cualquiera.

—Lo sé —dije—. Pero aquí está.

Y allí estaba todavía. Nos inclinamos sobre ella. Todo cuanto podíamos hacer era contemplar aquella silueta en la nieve, recta en la base y los lados, perfectamente redonda en la parte superior, una lápida tal como la representaría un dibujante de historietas, y en su interior, dentro de un círculo, la estrella de nueve puntas hecha mediante docenas de minúsculos puntitos.

Cuando levanté la vista, hacía rato que el cabriolé se había esfumado en medio del tráfico y la oscuridad... Escudriñé la negrura, forzando la vista, pero no estaba buscándolo. Un segundo antes, por encima del traqueteo metálico del escaso tráfico que circulaba por Broadway, había percibido un ruido, un sonido familiar en la misma frontera de mi atención, y en aquel instante me di cuenta de dónde procedía.

—Katie, ¿te apetecería una copa delante de un buen fuego?

—Sí, ¡oh, cielos, sí! —exclamó.

La cogí del brazo y avanzamos una docena de pasos hacia la esquina. Al otro lado de la calle, uno de aquellos letreros iluminados que enmarcaban la farola ponía BROADWAY, el otro señalaba PARK PLACE. Y al final de una corta manzana hacia el oeste, siguiendo por Park Place, descubrí la fuente de aquel sonido familiar. Los tres altos y estrechos ventanales destacaban iluminados en rojo, y la conocida forma en gablete de su tejado se recortaba contra el cielo de la noche; allí, colgando encima de la calle, estaba la estación del tren Elevado, lo mismo que un viejo amigo.

Cruzamos Broadway —lo cual no resultó tan difícil debido a la escasez de tráfico— y al llegar a la acera de enfrente volví la mirada hacia atrás. Aquélla era una ciudad a oscuras, pero aun así, justo detrás de la oficina de Correos, en el extremo opuesto del parque del City Hall, vi un edificio de cinco plantas que todavía perduraba en el Nueva York del siglo xx. En aquellos momentos los pisos superiores brillaban con la luz de centenares de lámparas de gas. En el lateral del edificio, grabado en la piedra y claramente visible bajo la luz que se filtraba por las ventanas superiores, se leía: THE NEW YORK TIMES. Allí estaban —bastaba con retroceder un poco y subir un tramo de escaleras para verlos en persona— los periodistas con sombrero hongo escribiendo a mano, decenas y decenas de tipógrafos con manguitos, que de pie, formando extensas hileras, sacaban una letra tras otra de las cajas de madera para componer, a una velocidad tal que resultaba casi imposible verles las manos, cada palabra, frase, párrafo, columna y página de lo que iba a ser, con la tinta todavía húmeda, el *New York Times* del día siguiente... Allí estaban en aquellos instantes —mientras yo contemplaba las ventanas brillantemente iluminadas al otro lado de la oscuridad—, preparando un periódico que tal vez yo hubiese visto hacía mucho tiempo, amarronado y con los bordes gastados, olvidado en un viejo archivo. Sentí un escalofrío y, después de dar media vuelta, recorrimos la corta manzana que nos separaba de la estación del Elevado.

Mientras subía por las escaleras, el trabajo de herrería de las barandillas me resultó maravillosamente familiar. De pequeño había visitado con frecuencia Nueva York y había viajado muchas veces en aquel tren. Y ahora allí estaban otra vez, dentro de la pequeña estación, las gastadas tablas de los suelos, las paredes de tablas, la pequeña repisa de madera que sobresalía de debajo de la taquilla, gastada y lustrosa por el roce de miles y miles de manos. En el suelo había una escupidera, y la estación estaba apenas iluminada por una lámpara de queroseno que colgaba del techo, protegida por una pantalla de hojalata. Sin embargo, incluso la pobre iluminación me resultaba familiar, pues hasta finales de la década de 1950 habían existido estaciones como aquélla.

Metí dos monedas de cinco centavos en el pequeño hueco en forma de media luna, situado debajo de una rejilla de malla ancha entre el bigotudo empleado de la taquilla y yo. El hombre, sin apartar la vista del periódico que estaba leyendo, las cogió y empujó hacia mí dos billetes ya impresos. Luego salimos al andén y por un instante experimenté de nuevo aquel ligero estremecimiento al ver a las personas que esperaban el tren. Eran aproximadamente una docena; las mujeres con vestidos que casi barrían el suelo, luciendo sombreros o chales, algunas también con manguito; los hombres con sus patillas y su sombrero hongo, de copa o de pieles, fumando cigarros y apoyándose en su bastón. Al cabo de pocos minutos se escuchó un pitido amortiguado, un sonido extraordinariamente alegre, y al volvernos hacia las vías me quedé sin habla... Martin me lo había explicado, me había enseñado grabados, pero yo lo había olvidado: una locomotora como de juguete, corta y bajita, se acercaba resoplando hacia nosotros soltando chispas rojas por la chimenea en miniatura. Los frenos chirriaron, el resoplido se hizo más lento, el blanco vapor salió expulsado por ambos lados y el tren —cuyo maquinista se asomaba por el ventanuco lateral— entró en la estación y pasó por delante de nosotros.

Había tres vagones, pintados con esmalte verde y adornados con arabescos dorados. En el interior, los asientos, que iban a lo largo del vagón, estaban tapizados de marrón y a intervalos, en el respaldo, llevaban bordado el nombre de la compañía del Ferrocarril Elevado de Nueva York. Del techo, a cada extremo del vagón, colgaba una lámpara de queroseno. Apenas habíamos tenido tiempo de sentarnos cuando entró un revisor, tocado con una gorra plana de uniforme, y procedió a recoger los billetes a toda prisa.

El vagón iba casi lleno, pero una vez más me había acostumbrado al aspecto de aquellas gentes, y al ver la cara de Katie comprendí que ella también.

Mientras contemplaba al hombre de barba color castaño que estaba sentado justo delante de nosotros, al otro lado del pasillo, no se me ocurrió pensar que iba a una boda; el satinado sombrero de copa que llevaba era el que se ponía cada día, sin duda, como ocurría con la mayoría de los hombres que iban en el vagón. A su lado, y con la

mirada perdida en el vacío, se sentaba una mujer que llevaba la cabeza cubierta con un pañuelo azul marino, un chal de punto color marrón, vestido largo verde oscuro y, según pude atisbar entre los bajos de la falda, los botines negros y gruesas medias de punto blancas con rayas horizontales rojas. Pero ahora podía ver algo más que las ropas: podía ver a la mujer que las llevaba. Y vi que, a pesar de aquellas prendas, era joven y bonita. Incluso pensé que podía decirle —no sé cómo, pero lo pensé— que tenía una figura preciosa.

Katie me dio un leve codazo.

—No hay anuncios —susurró al tiempo que señalaba los espacios libres encima de las ventanillas.

Miré y asentí.

—Me pregunto cuánto tiempo tardará en aparecer el genio que se dé cuenta de esta posibilidad.

Casi inmediatamente después de partir, el tren efectuó un brusco giro hacia la izquierda. Luego, una manzana más adelante, cogió una curva a la derecha. No sabía dónde nos encontrábamos, o sobre qué calle circulábamos en aquellos instantes, pero me limité a mirar por las ventanillas. Nos dirigíamos hacia el oeste y, al atisbar por encima del satinado sombrero de copa del hombre que iba sentado al otro lado, observé la extraña noche de Nueva York pasar ante nosotros a través de la reluciente ventana.

Había luces a millares, aunque casi no brillaban... Aquellos miles de puntitos luminosos no afectaban para nada la oscuridad. La mayoría eran luces de gas —blancas a lo lejos, casi inmóviles—, pero también las había de velas, y supuse que algunas de queroseno. No se veían colores, ni luces de neón, nada que leer, sólo la vasta negrura punteada de lucecitas, todas —advertí— por debajo de nosotros... Aquél era un Manhattan donde podíamos mirar por encima de los tejados y cuyas edificaciones más altas eran las docenas de campanarios que se recortaban contra... ¡Sí! Contra el río Hudson, que acababa de hacerse visible bajo la luna que salía en aquellos instantes. Unos minutos después —no podíamos ver la luna, ya que estaba más alta— la oscura superficie del río resplandeció y de pronto divisé la negra mole de los veleros anclados a corta distancia de la costa, así como la silueta de los mástiles desnudos. Me estremecí al contemplar a través de la ventana la desconocida ciudad que pasaba ante nosotros. Aquello era Manhattan y allí estaba el Hudson, pero yo me sentía muy lejos de cualquier cosa que me resultara familiar.

Bajamos en la última parada, en la Sexta Avenida con la calle Cincuenta y nueve, a sólo una manzana de donde habíamos salido de Central Park aquella misma tarde. Cruzamos la calle y nuevamente entramos en el parque, que atravesamos en silencio posponiendo cualquier cosa que tuviéramos que decirnos hasta llegar al refugio del Dakota. Ya lo podíamos ver allí enfrente, elevándose solitario contra el cielo

iluminado por la luna.

Katie y yo estábamos sentados en mi salita de estar, disfrutando de nuestra segunda copa de whisky con agua. El fuego volvía a estar encendido y ya habíamos comentado, una y otra vez, todo cuanto podía comentarse acerca del sobre azul y el hombre que lo había enviado, y de la diminuta imagen de la lápida de Gillis marcada sobre la nieve. Entonces, al cabo de un minuto de silencio, pregunté:

—¿Qué es, de todo lo que has visto, lo que te ha causado una mayor impresión? ¿Las calles? ¿La gente? ¿Los edificios? ¿El aspecto de la ciudad desde el tren Elevado?

Pensativa, Katie tomó un sorbo de aquel excelente y fuerte licor, y contestó:

—No, sus rostros. —Al advertir que la miraba con expresión inquisitiva, sacudió la cabeza como si yo fuera a discutirlo, y añadió—: No son como los rostros a los que estamos acostumbrados. Éstos que hemos visto hoy eran distintos.

Pensé que tal vez tuviera razón, sin embargo, dije:

—Pura ilusión. Vestían de manera muy diferente... Las mujeres apenas iban maquilladas. Los hombres llevaban barba, perilla o patillas.

—No es eso, Si. Además, estamos acostumbrados a las barbas. Sus rostros eran realmente distintos. Piensa en ello.

Tomé un sorbo de whisky antes de responder.

—Es posible que tengas razón. Creo que quizás estás en lo cierto. Pero... ¿en qué sentido te parecían distintos?

Éramos incapaces de decirlo. Ninguno de los dos. Sin embargo, mientras contemplaba el fuego, bebía mi whisky y reflexionaba sobre los rostros que habíamos visto —en el ómnibus, en las aceras de la Quinta Avenida, en el tren Elevado, en el vestíbulo de mármol y madera oscura iluminado con lámparas de gas de aquella oficina de Correos extrañamente desaparecida—, comprendí que Katie estaba en lo cierto. Y entonces caí en la cuenta de una cosa: «Desaparecida». Acababa de repetírmelo cuando me volví hacia Katie, a fin de poner a prueba su impresión.

—Katie —dije—. ¿Dónde estamos? ¿Qué hay al otro lado de las ventanas en este preciso momento? ¿Todavía estamos en 1882?

Reflexionó por un instante, luego negó con la cabeza.

—¿Por qué no? —pregunté.

—Porque... —Se encogió de hombros—. Porque hemos regresado, eso es todo. Hemos concluido nuestra misión, así que hemos regresado al apartamento y también al interior de nuestra mente. —De pronto dio la impresión de que lo dudara—. ¿No es así?

Nos levantamos con el vaso aún en la mano, nos acercamos a las ventanas y, vacilantes, miramos en dirección a la oscuridad de Central Park.

Luego nos inclinamos hacia delante, rozando con la frente los cristales de la

ventana para mirar recto hacia la calle, y vimos la larga fila de semáforos, rojos hasta donde alcanzaba la vista y en ambas direcciones. Entonces todos cambiaron a verde, los coches reanudaron su marcha y un claxon sonó colérico cuando uno de los automóviles salió del parque a toda velocidad para adelantarse al cambio del semáforo de la calle Setenta y dos.

Me volví hacia Katie, me encogí de hombros y levanté el vaso, dispuesto a apurar la bebida.

—Sí —dije—. Hemos regresado.

Inevitablemente, empezamos llamándolo mi «interrogatorio», y me senté como la otra vez, con un micrófono colgando sobre el pecho mientras recitaba nombres y hechos al azar que eran grabados en una cinta. A medida que los recitaba, observaba a las personas que permanecían sentadas o se apoyaban contras las paredes; todas estaban mirándome. Acompañada por el amortiguado tecleo de la máquina de escribir, mi voz sonaba monótona, y todos estaban pendientes de mí, conscientes de que ahora yo era una persona distinta de todos ellos. Y mientras los observaba, no podía evitar pensar lo mismo.

Rube, que se hallaba presente, vestía unos pantalones del ejército desteñidos, muy limpios y planchados, y camisa sin insignia. Estaba reclinado en el respaldo de una silla de plástico moldeado, con las manos entrelazadas detrás de la cabeza, observándome. Cuando nuestras miradas coincidieron, esbozó una sonrisa a la vez que sacudía la cabeza en señal de burlona reverencia y admiración, con una expresión de anhelo y amistosa envidia. El doctor Danziger se limitaba a estar allí de pie, las grandes manos suspendidas de las solapas de su chaqueta cruzada color marrón, sin dejar de mirarme ni por un instante, con un brillo de intensa alegría en los ojos. El coronel Esterhazy, pulcro y frío con su traje gris, me miraba pensativo, con las manos cruzadas y apoyado contra la pared. Los historiadores de Columbia y Princeton también se hallaban presentes, al igual que el senador de Estados Unidos, algunos otros que yo ya conocía, e incluso tres o cuatro extranjeros elegantemente vestidos.

Una vez que hube concluido, esperamos en la cafetería durante unos cuarenta minutos. Estaba sentado con Rube, Danziger y el coronel Esterhazy y me había tomado tres tazas de café, o quizá cuatro. Todas las sillas de las demás mesas estaban ocupadas, y hasta había gente sentada encima de la tapa del radiador adosado a la pared de enfrente. Me vi obligado a responder a muchas bromas amables de gente que se acercaba a nuestra mesa, la mayoría para preguntarme si había comprado algún terreno en Manhattan a precios de saldo. Oscar se sentó con nosotros unos instantes, y aprovechó para someterme a un breve interrogatorio.

—¿Qué fue lo que más te impresionó?

Intenté explicarle lo del hombre que se había sentado frente a nosotros en el ómnibus, del hecho de que estuviese realmente vivo y quizá se acordara de Andrew Jackson cuando era presidente. Oscar asintió, sonriendo ligeramente, pues comprendió a qué me refería... Tan pronto como se hubo marchado, Rube se inclinó hacia mí y preguntó:

—¿Has dicho «nosotros»? ¿Quién más estaba allí, Si?

Contesté que había un par de pasajeros más en el mismo lado del ómnibus donde yo iba sentado.

En ese instante entró a toda prisa el hombre calvo de la vez anterior, y todos los presentes guardaron silencio cuando se detuvo ante nuestra mesa. Sonriente, informó que todo cuanto se había podido comprobar hasta el momento había resultado cierto; que tenía la seguridad de que todo lo que faltaba también lo sería. Y la gente de la cafetería irrumpió en una especie de excitado parloteo.

A la una y cuarto se reunió la junta, me senté a un extremo de la mesa de reuniones y, por cuarta vez ese día, empecé a describir lo sucedido. Todas las sillas de la mesa estaban ocupadas, y a lo largo de uno de los laterales había una segunda hilera de sillas, todas llenas. Por lo que comprobé al mirar en torno a la mesa mientras hablaba, no faltaba ninguno de los que había conocido en la primera ocasión, y además había otros doce —como mínimo— a quienes no conocía. Uno de éstos, me informaría Danziger más tarde, era el representante personal del presidente.

Al repetir lo ocurrido hablé en singular, sin mencionar para nada a Katie. Pensaba contarle a Danziger lo que ella había hecho, pero quería hacerlo cuando estuviéramos a solas. Describí cada uno de mis movimientos, todo cuanto había visto u oído, y me escucharon en silencio. Habría dos docenas de hombres sentados en torno a la mesa o en las sillas plegables, pero ni uno solo tosió o apartó la mirada de mí... Es posible que algunos encendieran un cigarrillo durante los veinte minutos que estuve hablando, o que se retreparan en sus asientos, cambiaran de posición, cruzasen las piernas; supongo que lo hicieron, pero mi impresión fue que nada se movía y que el único sonido era mi voz. Estaban tan concentrados en mí que me sentí como si hablara bajo la luz de un reflector invisible, bañado por el brillo de su atención.

Al finalizar, estuve otra hora contestando a sus preguntas, la mayor parte de las cuales, cualquiera que fuese el tema, se reducía a la misma: ¿Cómo ocurrió? ¿Cómo fue realmente? Yo los veía inquietos. Se agitaban, fruncían el entrecejo, murmuraban, encendían cigarrillos. Porque, independiente de como intentara o consiguiera completar los detalles, no lograba transmitirles la esencia de lo que me había ocurrido, y el misterio perduraba.

Una serie de preguntas, las del senador, tuvieron un tono distinto de las de los demás. Por razones que yo no entendía, se mostraba antagónico. Era como si sospechara o pensase que al menos existía una posibilidad de que yo estuviera engañándolos. Imagino que no era una sospecha descabellada, teniendo en cuenta las circunstancias; aunque nadie más lo exteriorizase. Sin embargo, el senador no recordaba, por ejemplo, que su abuelo hubiera mencionado alguna vez la clase de ómnibus que yo había descrito. Entonces me dirigió una mirada burlona, como si me hubiese cogido. Como es lógico, lo único que pude hacer fue encogerme de hombros con educación y replicar que, no obstante, eso era lo que yo había visto. Sospecho

que se limitaba a seguir el desagradable instinto de los políticos para cubrirse las espaldas, por si algo salía mal. Pero Esterhazy lo interrumpió afablemente con una pregunta de poca importancia y luego se olvidó de devolverle la palabra. Se limitó a darme las gracias y me preguntó si podía permanecer a su disposición por el edificio, hasta que concluyera la reunión. Al contestarle que sí, que por supuesto, me dio las gracias y entendí que aquello era una despedida, de modo que me marché. En realidad, cuando salí sonaron unos tímidos aplausos, y me ruboricé.

Estuve todo el rato en el despacho de Rube, hojeando viejos números de la revista *Life*, comprobando una vez más, como en la sala de espera de un doctor, que al volver las páginas de esos números atrasados resulta difícil asegurar si ya los has visto con anterioridad. Hojeé un *Playboy*, una copia del *U.S. Infantry Journal*, y en una ocasión salí al pasillo y me acerqué a la cafetería en busca de un refresco que no me apetecía. La ayudante de Rube entró un par de veces, anhelando saber, por supuesto, cómo había ocurrido, qué había sentido realmente, y una vez más hice todo lo posible por encontrar las palabras que lo transmitieran. Eran más de las cuatro cuando la chica entró por tercera vez. Acababan de indicarle que me pidiese que regresara a la sala de reuniones.

La verdad es que nunca he entrado en la sala de un jurado después de que sus miembros hayan permanecido encerrados allí durante horas, pero supongo que aquélla debía de ser igual en apariencia y en el ambiente que se respiraba. Había aire acondicionado en la sala, así que no se veía atestada de humo, a pesar de que los ceniceros estaban a rebosar y olía a cigarrillos. Se habían aflojado la corbata, se habían quitado la chaqueta, los blocs de notas estaban llenos de garabatos, encima de la mesa había bolas de papel estrujado, e incluso advertí que había un lápiz roto por la mitad. La expresión de los rostros era seria, alguna incluso taciturna. Apenas hube entrado, Esterhazy se puso de pie y sonrió amablemente, con actitud serena. Todavía llevaba puesta la chaqueta, y la corbata y la camisa tan impolutas como siempre. Señaló la silla que yo había ocupado antes, aguardó a que me sentara, luego también tomó asiento y apoyó los brazos sobre la mesa, las manos fuertemente unidas, muy relajado.

—Lamento haberle hecho esperar todo ese tiempo —dijo—. Sin duda debe de estar bastante cansado, tanto física como mentalmente.

Al parecer hablaba en serio, de modo que musité una respuesta de compromiso. Me di cuenta de que había estado esperando que fuese Danziger quien hablara, y volví la mirada hacia él. Apoyaba una de sus grandes manos en el borde del tablero y mantenía la silla algo separada de la mesa, como si —la idea se me ocurrió de pronto— se excluyera de la reunión. ¿Estaba molesto? No, decidí; en realidad, su rostro carecía de expresión. No había forma de saber qué pensaba o sentía. Tal vez sólo estuviera cansado... Esterhazy seguía hablando:

—Teníamos que escuchar, queríamos escuchar cualquier discrepancia en las opiniones, antes de tomar, como hemos hecho, una decisión tan importante. —Miró en torno a la mesa. Sonrió y fijó los ojos en mí por un instante. De repente tuve la sensación de que yo le interesaba tanto como persona como por ser alguien que había hecho lo que acababa de hacer—. Su primera visita, si ése es el término, no podía haberse hecho con mayor cautela... Nadie lo vio ni lo oyó, y atrás no quedó ni la menor huella de su breve presencia. Ningún acontecimiento del pasado, por nimio que fuese, sufrió interferencia alguna, ni produjo usted ningún efecto sobre ellos. Sin embargo, su segunda visita ha sido más osada. Deliberadamente, expresamente. De nuevo, no ha habido interferencia en los acontecimientos, salvo —separó las manos para levantar el índice, algo típico de un conferenciante de West Point requiriendo atención— que su presencia ya ha sido un acontecimiento. Muy pequeño, pero esta vez la gente lo ha visto y ha hablado con usted, al menos por unos instantes. ¿Qué líneas de pensamiento pueden haberse derivado de este hecho? ¿En qué medida, grande o pequeña, habrá influido en acontecimientos posteriores? Sabíamos que suponía un peligro, y bastante importante, pero —casi sin producir sonido, golpeaba la mesa con el puño, enfatizando cada palabra, que pronunciaba con lentitud— es un riesgo ya concluido, pasado. Aceptamos el riesgo y, ahora que ha llegado el informe completo, de nuevo se ha comprobado que no hay el menor indicio de que su presencia haya alterado algún acontecimiento posterior.

Guardó silencio, luego sonrió. De pronto, claramente complacido, añadió:

—Debo decir que no me sorprende... Esto confirma, tal como la mayoría de nosotros intuía, y tengo la seguridad de que al final todos admitiremos, una teoría que hemos bautizado como «la ramita en el río». ¿Le gustaría conocerla? —Asentí—. Bien, el tiempo se compara a menudo con un río, con una corriente, como usted sabe. Lo que ocurre en cualquier punto de esta corriente depende, al menos en parte, de lo que ha ocurrido antes corriente arriba. Pero una impresionante cantidad de acontecimientos tienen lugar cada día, a cada instante; miles de millones de acontecimientos, algunos de ellos enormes. De modo que si el tiempo es un río, es infinitamente mayor incluso que el Mississippi, con todo su flujo incontenible. Mientras que usted —añadió con una sonrisa— sería la más pequeña de esas ramitas que caen en esa corriente. Es posible, o al menos eso parece, que la más pequeña de las ramitas produzca un efecto; por ejemplo, que se atasque y al final provoque una barrera capaz de afectar el curso completo de ese gran río... Existe la posibilidad, el peligro, de que se produzca un gran cambio, pero... ¿va a producirse realmente? ¿Cuáles son las probabilidades? ¿Existe básicamente un uno por ciento de probabilidades de que una ramita lanzada a esa corriente enorme e increíblemente poderosa, a la energía inconcebible de ese vasto Mississippi de los acontecimientos, no la afecte en lo más absoluto?

Sólo por un instante, la cara se le puso colorada, luego recuperó su blancura y casi palideció. Esterhazy se echó hacia atrás en la silla, el brazo relajado sobre la mesa, y agregó con voz tranquila:

—Ésta es la teoría, y ésta es la realidad.

En ese momento, como es lógico, la sala guardó silencio, al menos durante seis o siete segundos. Si hubiese habido un reloj, habríamos escuchado su tictac. A continuación, sin mover la mano que apoyaba en el borde de la mesa, y sin inclinarse hacia delante, Danziger intervino con tono apacible:

—Ésta es la teoría. En eso estoy de acuerdo, como sin duda debo estarlo, dado que en buena parte es mía. Pero ¿es la realidad? —Asintió ligeramente—. Eso creo, o al menos lo sospecho. —Miró a quienes rodeaban la mesa—. Pero... ¿y si nos equivocáramos?

Quedé sorprendido.

—Sí —murmuró Esterhazy con expresión seria—. Es una terrible probabilidad. De hecho, una posibilidad tan real como atroz. Sin embargo... —Encogió los hombros, en actitud reticente—. Sencillamente, a menos que abandonemos el proyecto, y me refiero a abandonarlo porque ha sido realmente un éxito...

—¡No, por supuesto que no! —exclamó el doctor Danziger, con cierta brusquedad—. Nadie discute esto. O al menos yo, no. Lo que digo es que...

—Lo sé —lo interrumpió Esterhazy en tono pesaroso, y asintió—. Hay que avanzar lentamente —añadió, concluyendo la frase de Danziger—. Hay que seguir, pero con infinitas precauciones. Por un período de semanas, de meses, incluso de años si es preciso para estar absolutamente seguros. Bien, yo también pensaría eso mismo, si ésta fuera una opción abierta para nosotros. Pero, como muy bien sabe el senador, lo mismo que yo y bastantes de nosotros, y que tal vez usted, doctor Danziger, no siempre ha tenido la ocasión de saber..., sencillamente no es así como funciona el gobierno. —Hizo un gesto que abarcaba la sala en que estábamos—. Esto ha costado dinero. Ahí está la dificultad. De modo que ahora, por el simple hecho de que se ha conseguido el éxito, hay que justificar su coste mediante resultados prácticos. El señor Morley tiene que regresar; todos estamos de acuerdo en esto. Es impensable que no lo hiciera. Sin embargo..., tiene que proseguir a un ritmo más rápido e intrépido del que todos deseáramos. La investigación pura, si se la dejara a su aire, proseguiría con paciencia infinita. Pero aquí es cuestión de dinero. Procedente de fondos federales. Que se gasta en secreto. Sin siquiera el consentimiento del Congreso. Así que más vale proporcionarles algunos resultados prácticos, tangibles. —Me miró, y luego paseó la vista en torno a la mesa—. No obstante, lo que quiero decirle al señor Morley, y a todos los demás, con la excepción del doctor Danziger, que siempre lo ha entendido así, es que si bien las decisiones que afectan esencialmente a este proyecto no puede tomarlas él solo, algo que sin duda es de

lamentar, este proyecto siempre ha sido suyo y todavía lo es. Es el doctor Danziger quien lo dirige; él es el jefe. Sólo la junta puede invalidar sus decisiones, y raras veces lo hace. No obstante, cuando esto ocurre, sucede siempre después de considerar concienzudamente sus puntos de vista. Por lo tanto, señor Morley —sonrió—, a partir de este momento lo pongo nuevamente en las manos de él.

Esterhazy se puso de pie, tensando los hombros a medida que lo hacía. Luego los demás se levantaron poco a poco e, iniciando una charla distendida, se dio por finalizada la reunión.

En el despacho de Danziger, el primero en hablar fui yo. Cuando finalmente logramos escapar de la sala de reuniones, él, Rube y yo recorrimos juntos los pasillos, pero no hablamos de nada importante hasta llegar al despacho. Allí, Danziger se sentó detrás de su escritorio, sacó medio cigarro del cajón superior y lo contempló por un instante, dudando, sin duda, si debía fumárselo. Pero, una vez más, se lo colgó de los labios sin encenderlo. Esperé a que terminara, luego me senté en el borde de mi silla y me incliné hacia él. Rube lo hizo frente a mí, a la izquierda de Danziger y ligeramente a sus espaldas, apoyando el respaldo de la silla contra la pared.

—Doctor Danziger —empecé—, no tengo ni idea de quién es el coronel Esterhazy. Y, por lo que sé, podría ser un coronel de la reserva ecuatoriana. —Rube sonrió; mi comentario le había gustado—. Sea quien sea, no le debo lealtad, ni a él ni a lo que supuestamente representa. Quienes me reclutaron fueron usted y Rube, así que yo trabajo para usted y haré lo que me ordene.

Danziger sonreía abiertamente cuando finalicé, sin duda complacido.

—Gracias, Si; se lo agradezco profundamente. —Se acomodó en su sillón giratorio, luego tiró del cajón inferior del escritorio y apoyó un pie en él—. ¿Sabe una cosa? Hasta que no obtuvimos un éxito, el suyo, las cosas transcurrían de forma rutinaria; con una maravillosa tranquilidad, de hecho. —Sonrió—. Aceptaban mis informes sin ningún comentario y la junta consideraba todos los problemas que le planteaba. Por lo general estaban relacionados con la obtención de algo más de dinero, que ellos solían facilitarme. Aunque no siempre tanto como les pedía... A menudo la reunión se hacía sin el quórum suficiente, y la dábamos por concluida al cabo de media hora. Dudo que la mayoría de los miembros de la junta tuviera auténtica fe en este proyecto; casi todos fueron transferidos a él. —Asintió varias veces antes de proseguir—. De modo que quizá llegué a pensar, o como mínimo a sentir, que este proyecto sólo era mío. Totalmente... —Se sacó el medio cigarro de la boca, lo estudió, volvió a mordisquearlo y se inclinó, uniendo las manos sobre la mesa escritorio—. Aunque, por supuesto, Esterhazy tiene razón. Éste no es únicamente nuestro juguete. Debemos demostrar un poco de sentido práctico, lo sé, pero preferiría avanzar poco a poco. Aunque lo cierto es que estoy tan convencido como los demás de que probablemente procedemos con bastante seguridad... Y

recalco lo de «probablemente». Si pudiera elegir, preferiría no correr ningún riesgo.

»Sin embargo, estoy de acuerdo con la decisión. Lo que quiero que usted haga es lo que quieren todos ellos; en eso no hay conflicto... Y lo que deseamos que haga me recuerda en cierto modo nuestra primera cápsula espacial. —De nuevo se echó hacia atrás en el asiento—. La primera era tan pequeña que pesaba... ¿Cuánto? Unos pocos kilos. Todo el mundo quería un espacio en ella, ¿se acuerda? Los biólogos querían un pequeño ratón a bordo, para comprobar los efectos de la radiación cósmica. Los botánicos querían la inclusión de unas cuantas semillas; los geógrafos, los meteorólogos y los militares querían espacio para colocar una cámara; los publicistas, la industria de las comunicaciones, y Dios sabe quién más, todos tenían sus peticiones e incluso sus exigencias. De manera que diseñaron un paquete, o lo intentaron, que les diera a todos un poco de algo. Al menos simbólicamente.

»Con nosotros ocurre lo mismo, Si. Es por ello que la junta decidió autorizarlo a echar un vistazo a su hombre del sobre. En cierto modo, él está relacionado aparentemente con un fragmento de nuestra historia, con un consejero no muy importante del presidente Cleveland. Naturalmente, nos preguntamos cuál sería esa relación. En fin, nuestros historiadores quieren saber si el proyecto puede serles de ayuda, si es cierto o no que podemos incrementar nuestros conocimientos históricos de una forma que hasta ahora no nos estaba permitida... Los sociólogos formulan preguntas similares, los psicólogos tienen las suyas, y, por supuesto, también los físicos, entre los que me cuento, las tenemos a millares. Ese hombre suyo, conectado de alguna manera con un fragmento marginal de la historia, constituye un primer paquete bastante aceptable. Si logra usted estudiarlo y observarlo con cautela, y obtiene resultados que lo justifiquen, podremos abordar asuntos mucho más ambiciosos acerca de los cuales necesitamos un conocimiento adicional.

»Por lo tanto, eso es lo que queremos, Si. Que siga observando, todavía con mucho cuidado, tanto como el ratón al doblar una esquina, o la mosca en la pared... Queremos que lo vigile, que averigüe cuanto pueda; el objetivo es que descubra todo lo posible. Sin duda esto incrementará su interferencia con los acontecimientos del pasado, pero aun así... —Vaciló, luego se encogió de hombros—. Minimícelos cuanto pueda. ¿Entendido? Usted sabe dónde vive ese hombre. ¿Puede regresar y buscar la forma de hacer eso por nosotros?

Me dispuse a asentir. Sin embargo, antes de que pudiera contestar, Rube me dijo, con tono sereno y perfectamente amistoso, aunque sin sonreír:

—Y solo. Esta vez solo... En esta ocasión Katie debe quedarse donde diablos le corresponde.

Abrí la boca, pero no tenía ninguna respuesta a punto. Me limité a permanecer boquiabierto por un instante, y Rube esbozó una sonrisa.

—No te molestes en contestar. Creo saber cómo ocurrió, y supongo que no se te

puede culpar por ello. Además, aparentemente no se ha producido daño alguno. Pero ya tenemos suficientes cosas de que preocuparnos sin necesidad de añadir turistas.

—De acuerdo —asentí—. Pero tenía intención de explicárselo al doctor Danziger, de eso puedes estar seguro... ¿Cómo os habéis enterado?

—Lo sabemos y basta. Hay mucha gente en este proyecto, aparte de ti. Mucho trabajo de investigación, de detalles... A ti te ha tocado la parte más vistosa, de modo que no hemos querido preocuparte con el aspecto práctico de la cuestión. Pero velamos por el proyecto de todas las formas posibles, y sólo esto importa, nada más. ¿Entendido?

Era una advertencia, tal vez una amenaza, pero lo acepté porque me lo merecía.

—Entendido.

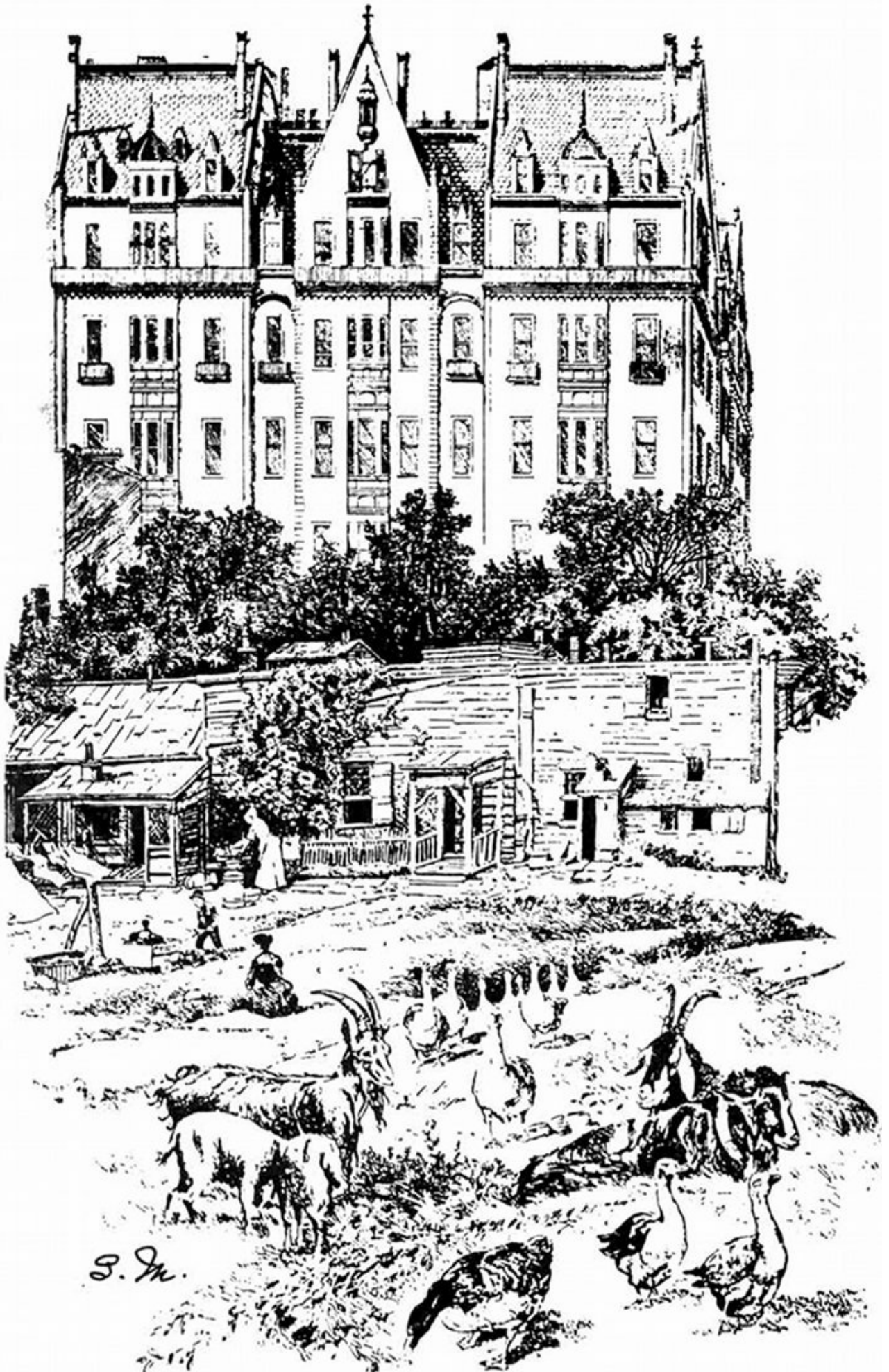
Entonces sonrió. Fue una de aquellas sonrisas amplias que habían hecho que Rube me cayera bien desde el primer momento. Luego echó la silla hacia delante, las patas delanteras golpearon fuertemente contra las baldosas de vinilo y se levantó.

—Pues hay que regresar al Dakota. Vamos, cabrón afortunado. Yo te acompaño.

Esta vez, nada más salir del Dakota a la calle Setenta y dos con la bolsa de tela de tapicería en la mano, lo supe. Doblé de inmediato a la izquierda, hacia Central Park, que estaba justo delante, al otro lado de la calle, y no advertí ninguna diferencia notable en el parque. Y sin embargo, lo supe. De modo que al cabo de unos instantes, cuando una carreta cargada de heno y tirada por dos caballos pasó por el cruce que tenía frente a mí, no me mostré sorprendido.

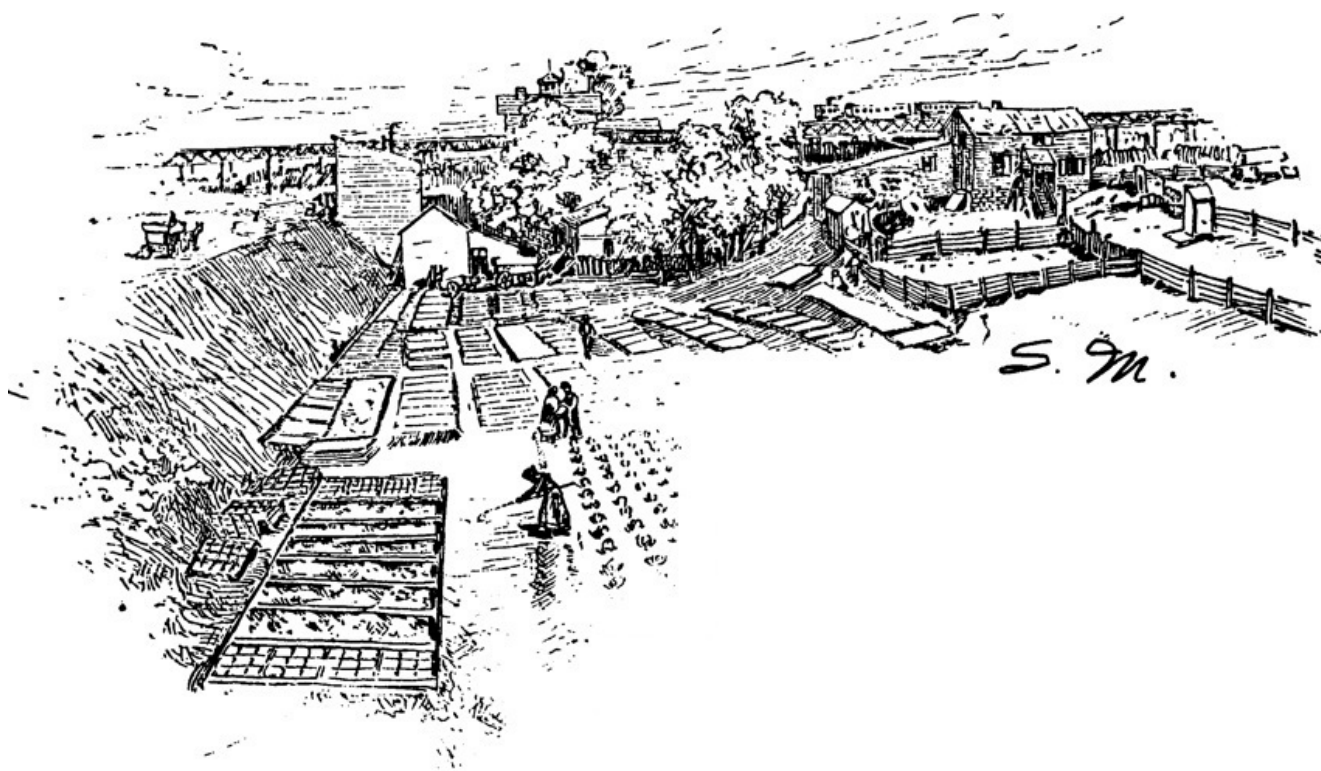
Pero recordé algo y, al llegar a la esquina, no crucé la calle para entrar en el parque sino que giré en dirección al norte. Me acordé del increíble espacio abierto que había visto desde el balcón de mi apartamento varias noches atrás: el oscuro vacío que se distinguía entre el Dakota y el Museo de Historia Natural, cinco manzanas hacia el norte. Deseaba echarle un vistazo a la luz del día, así que caminé una manzana a lo largo de la fachada del Dakota y de pronto lo vi. Me detuve, lo miré con asombro, y luego me eché a reír.

No sé qué había esperado —cualquier cosa excepto aquello— y, todavía sonriendo, sacudí la cabeza. Mientras reanudaba mi camino, saqué un bloc de dibujo de mi bolsa. Luego hice un bosquejo, aunque detallado y exacto, que más tarde terminaría tal como se ve en la página siguiente. De pie a poco más de diez metros de la acera y de cara al Dakota, en la esquina sur de la calle Setenta y cuatro con Central Park West, esto es lo que contemplé, con la excepción de que añadí unas cuantas hojas a los árboles para que ustedes pudieran verlos. Aquellas gentes eran granjeros —en toda la extensión de la palabra—: cultivaban la tierra y criaban animales, vivían en cabañas y chozas que, evidentemente, habían construido con sus propias manos.



Allí estaban, hortelanos y granjeros junto al elegante Dakota, dedicados a sus faenas mientras los niños jugaban y los animales se entretenían mordisqueando lo que conseguían encontrar entre la nieve medio derretida.

Apenas podía creerlo, y cuando hube concluido mi esbozo, caminé un par de manzanas en dirección al museo. A la luz del día comprobé que éste era un solo edificio, y me asombré al ver un panorama en el que una diminuta granja sucedía a otra hasta la orilla del Hudson. Aunque desconocidas, las calles ya estaban presentes. En algunos puntos formaban la gran rejilla de las manzanas, donde cada nueva calle estaba al mismo nivel que las demás, mientras que los terrenos que constituirían la manzana formaban una depresión.



Y sobre estos cuadrados uniformemente rectangulares había cientos de hectáreas dedicadas a tierras de cultivo. Desde la elevación de la calle donde me encontraba distinguí los surcos regulares de los viejos sembrados bajo una fina capa de nieve, y vi que en algunas de aquellas granjas en miniatura la gente rascaba la húmeda tierra con azadones, aunque ignoro por qué no efectuaban su trabajo siguiendo un cierto orden. Como es lógico, también hice un boceto de aquella escena:

Lo que hay a la izquierda es la calle Setenta y cinco, y lo que ven al fondo es el Elevado de la Novena Avenida. Mientras realizaba el esbozo, tuve ocasión de oír el mugido de las vacas, el balido de las ovejas, el gruñido de los cerdos, el graznido de los gansos y, al mismo tiempo, a lo lejos, el familiar y discordante traqueteo del tren Elevado. Seguidamente me fui, crucé Central Park hasta el Elevado de la Tercera Avenida y luego seguí hacia el centro de la ciudad, hasta Gramercy Park.

El 19 de Gramercy Park era una casa que yo ya había visto con anterioridad. Aún

existía, avanzada la segunda mitad del siglo xx, y en ocasiones había pasado por delante, y no sólo de ella, sino también de las antiguas viviendas que rodeaban la pequeña plaza del parque. Hasta donde recordaba, su aspecto era idéntico al que tenía en aquellos momentos: una sencilla casa de tres plantas construida con arenisca roja, marcos y ventanas pintados de blanco y un pequeño tramo de peldaños gastados en la entrada, protegidos por una barandilla negra de hierro forjado. En una ventana del primer piso, que daba a la esquina, en un pequeño letrero azul y blanco podía leerse: PENSIÓN Y ALOJAMIENTO.

De pie en la acera, mientras observaba la casa y sostenía mi atestada bolsa, era como un hombre encima de un trampolín mucho más alto que cualquier otro desde el cual se hubiese atrevido a saltar. Estaba a punto de empezar algo mucho más crucial que intercambiar unas simples palabras con un desconocido y luego marcharme. Aunque fuese de forma precavida, a modo de tanteo, estaba a punto de participar en la vida de aquellos tiempos, así que eché un nuevo vistazo al letrero, enormemente excitado y curioso, aunque sin hallar del todo el valor necesario para empezar. Pero tenía que ponerme en movimiento; aquella puerta podía abrirse y alguien salir, con lo cual me verían remoloneando por allí. Me obligué a dar unos pasos, subí precipitadamente por los escalones y, antes de que pudiera vacilar, estiré la mano e hice girar el reluciente tirador de bronce que había en el centro de la puerta. En el interior de la casa sonó la campanilla, y a continuación oí pasos. Ya lo había hecho. Para bien o para mal, me había incorporado a su época. Observé que el pomo giraba, que la puerta retrocedía al abrirse, y alcé la vista. En el umbral, mirándome inquisitivamente, había una muchacha de poco más de veinte años... Llevaba un vestido gris de algodón, un largo delantal verde y en la cabeza, a modo de turbante, un pañuelo para protegerse del polvo. En la mano sostenía un trapo.

—¿Qué desea?

Una vez más, el asombro ante lo que estaba ocurriéndome se apoderó de mí, y la miré fijamente. La muchacha empezó a fruncir el entrecejo, a punto de repetir la pregunta, de modo que me apresuré a responder.

—Busco habitación.

—¿Pensión incluida? Porque esto es lo que ofrecemos.

—Sí, pensión incluida —dije, esforzándome por sonreír.

—Bien, disponemos de dos vacantes —me informó indecisa, como si no estuviera muy segura de si debía librarse de mí—. Una al frente, que da al parque y cuesta nueve dólares a la semana. La otra da a la parte de atrás y cuesta siete dólares con veinticinco centavos. Ambas incluyen desayuno y cena.

Le dije que me gustaría verlas y ella se apartó a un lado para señalarme el recibidor de baldosas negras y blancas. Las paredes estaban empapeladas y lo presidía un enorme perchero dotado de paragüero, ambos separados en la parte

central por un espejo de cuerpo entero. Cuando la muchacha se volvió para cerrar la puerta, en él atisbé la esbelta curva de su cuello, así como un mechón de cabello oscuro que asomaba por debajo del turbante. Debido a mi nerviosismo, me limité a sonreír. Hay algo que resulta inocente, a la vez que seductor, en la nuca de una muchacha cuando lleva el cabello recogido. Me di cuenta de que, además, era muy bonita.

La seguí por los alfombrados peldaños que había al final del recibidor. Para subir por las escaleras, la joven se recogió la falda a la altura de las rodillas y la levantó hasta los tobillos, lo cual me permitió ver que llevaba botines negros con los tacones gastados y gruesas medias de algodón a rayas azules y blancas. Eché un vistazo a sus pantorrillas, redondas y llenas y, a pesar de la desventaja que suponían el calzado y las medias, comprobé que tenía unas piernas preciosas. «Ella está muerta, ¿sabes? — resonó una voz en mi mente—. Muerta y extinguida hace muchas décadas...». Sacudí la cabeza, en un intento por alejar de mí aquellos pensamientos. Luego, al llegar a lo alto de las escaleras, la muchacha se volvió para señalarme una habitación y, al pasar por su lado, sonrió. Al observarla de cerca, se me reveló la realidad de su tez, las diminutas arrugas junto al rabillo del ojo y el veloz movimiento de sus párpados al pestañear, y la vi tan inconfundiblemente joven y llena de vida que mis anteriores pensamientos perdieron su significado.

Estuve examinando la estancia y ella se quedó esperando, justo en la parte interna del umbral. Era amplia, limpia y luminosa gracias a los dos altos y rectangulares ventanales que daban al frente. La habitación estaba amueblada al estilo antiguo; sólo que no era antiguo: la mecedora de madera, la maciza cabecera esculpida de la cama y la mesita que había entre las dos ventanas, cubierta con un tapete de fieltro verde con flecos, probablemente no debían de tener más de doce años. Había una alfombra verde y rosa, gastada en algunos puntos, con motivos que podían ser grandes rosas o, sencillamente, coles; a elegir según los gustos. Debajo de una de las ventanas había un banquito tapizado con terciopelo rojo, y los cristales estaban cubiertos con visillos de encaje almidonados, zurcidos aquí y allá. Al lado de la puerta, en un marco dorado, colgaba un grabado que representaba un pastor con su rebaño, oculto hasta las rodillas entre las ovejas. El empapelado de las paredes formaba un dibujo complicado con una espantosa combinación de verdes y marrones. También había una cómoda de madera oscura, con tiradores de cerámica blanca y superficie de mármol, encima de la cual había un jarro dentro de una jofaina. El baño, que se compartía con otros huéspedes, se hallaba al final del pasillo, según me informó la muchacha.

—Me gusta —dije—. Muchísimo... Me la quedo, si es posible.

—¿Trae usted referencias?

—Lo siento profundamente, pero no. Acabo de llegar a Nueva York y no conozco

a nadie aquí. Excepto a usted. —Sonreí, pero ella no me devolvió la sonrisa, sino que me miró, indecisa—. Es cierto que soy un reo que se ha escapado, un falsificador en activo, y de vez en cuando un asesino. Además, no paro de aullar cuando es luna llena. Sin embargo, soy muy limpio.

—En ese caso, sea usted bienvenido. —Finalmente, sonrió—. ¿Cuál es su nombre?

—Simón Morley, y me siento muy complacido de conocerla.

—Yo soy Julia Charbonneau. —De repente se mostró reservada, casi fría, pero comprendí que ya éramos amigos—. Esta casa pertenece a mi tía abuela. La conocerá a la hora de cenar, que es a las seis. —Se volvió, dispuesta a marcharse, la mano en el pomo para cerrar la puerta al salir, pero entonces se detuvo y se volvió hacia mí—. Dado que es usted de fuera de la ciudad, recuerde que estas luces —señaló los globos que colgaban del techo y la lámpara que sobresalía de la pared junto a la cama—, no funcionan con queroseno ni con velas, sino con gas. De modo que no las apague soplando. Haga girar la llave.

—Lo recordaré.

Ella asintió, echó un vistazo a la estancia y, al no hallar otra cosa de la que advertirme, se volvió hacia la salida.

—Señorita Charbonneau —susurré. Ella se giró y de pronto no supe qué decir, pero luego se me ocurrió algo—: Disculpe mi ignorancia. Ésta es mi primera visita a Nueva York y desconozco las costumbres...

—No creo que sean muy distintas de las de cualquier otra parte. —De nuevo sonrió, con expresión algo burlona—. De todos modos, no creo que vaya a ser usted un novato durante mucho tiempo. —Dicho esto se marchó, cerrando la puerta a sus espaldas.

Me acerqué a la ventana y miré en dirección a la pequeña plaza del Gramercy Park, un piso más abajo, con sus bancos, arbustos y árboles cubiertos de nieve. No recordaba cuándo había visto la plaza por última vez, ni si su aspecto era el mismo, aunque me lo parecía. Tres de los lados del parque eran tal como los había visto siempre: casas muy antiguas, edificadas con una mezcla de sillares rojizos, ladrillos y piedra gris. Sin embargo, en el cuarto lateral, el que daba a la calle Veintiuno, no había edificios de apartamentos sino otras casas antiguas. De las aceras y los senderos del parque habían quitado la nieve, que ahora se apilaba en las cunetas y los laterales más alejados de la calle que daba a la plaza. La nieve estaba manchada de negro a causa del hollín, lo cual indicaba que aquella seguía siendo una ciudad sucia, sobre todo en invierno: supuse que a causa de los miles de fuegos de carbón y madera que vertían humos en la atmósfera... Al menos esto no era radiactivo, pensé. Delante de cada casa había un poste de hierro forjado, pintado de negro, para atar las caballerías. Algunos de los pomos superiores de estos postes tenían forma de cabeza de caballo,

en la nariz de cada una de las cuales había una argolla, y frente a cada poste se levantaba un ancho bloque de piedra para subir a los carruajes, todos limpios de nieve y listos para su uso. Aparte de esto, era el Gramercy Park que yo conocía.

Al otro lado de la plaza se produjo un movimiento que llamó mi atención, y que logré localizar a través de las negras y desnudas ramas de los árboles que se interponían: una mujer acababa de salir de casa y, después de cerrar la puerta, bajaba por los peldaños de la entrada principal, con mucho cuidado por miedo a resbalar en el hielo. Luego giró a la izquierda en el sendero y dobló por el recodo de la calle Veinte, en dirección hacia mí. Libre ya de la interferencia de los árboles, pude verla con claridad. Caminaba encorvada a causa del frío, con las manos profundamente metidas en un satinado manguito de pieles. Llevaba una esclavina negra, un bonete redondo atado debajo de la barbilla, y un abrigo corto ribeteado con una ancha franja de astracán; al caminar, las puntas de sus zapatos asomaban y desaparecían debajo de la falda. Y en ese instante, una vez más, tuve la absoluta certeza de que aquello era la ciudad de Nueva York en enero de 1882, y yo formaba parte de ella.

Justo en ese momento empezó a nevar. Los copos eran pequeños y escasos, sin embargo, al cabo de un minuto —el tiempo que necesitó aquella mujer para llegar hasta Irving Palee y doblar por allí, desapareciendo de mi vista—, se hicieron más densos. Luego flotaron con mayor celeridad, formando remolinos, y empezaron a cubrir las aceras, los senderos, las escaleras de la entrada y el portal de las casas, acumulándose encima de las cabezas equinas de los postes de hierro.

Aunque no podría explicar el motivo, aquello era demasiado para mí, de modo que me aparté de la ventana y me tendí en la larga cama individual, procurando mantener los pies fuera de la sencilla colcha blanca. Cerré los ojos y de pronto me sentí más nostálgico que cualquier chiquillo que se añorase, y se me ocurrió pensar en que no conocía a nadie sobre la faz de la Tierra, que todo cuanto me era familiar se hallaba increíblemente lejos.

Dormí durante una hora; quizás algo menos. Luego, unas voces intermitentes, el ruido de puertas que se abrían y cerraban, y el sonido de pasos en el pasillo, me despertaron. La habitación estaba a oscuras, pero los delgados rectángulos de las ventanas más allá de los pies de la cama se veían luminosos a causa de la nieve recién caída. Consciente de dónde me encontraba, me levanté, crucé la habitación y me acerqué a una de las ventanas.

En torno a la plaza las farolas resplandecían y la nieve brillaba en los círculos de luz que se formaban en la base de ellas. A mi derecha, justo en la esquina, la portezuela de un carruaje se cerró con estrépito, y al volverme hacia allí vi que las riendas golpeaban la grupa de dos enjutos caballos grises. Luego, el carruaje arrancó hacia mí y los negros laterales brillaron a la luz de sus propios fanales. Casi de inmediato —las altas y delgadas ruedas marcando un rastro fino, semejante al que

dejaría una navaja—, penetró en el cono de luz de una de las farolas y el esmalte negro y los cristales de las ventanillas centellearon. A través de mi ventana escuché el débil tintineo de los arneses, así como el amortiguado trote de los herrados cascos sobre la nieve. El vehículo dobló la esquina de la plaza y observé la oblicua figura del cochero, sentado en lo alto del asiento descubierto, con una manta envuelta en torno a la cintura, sujetando las riendas y el látigo con sus manos enguantadas... Caballos, cochero y carruaje pasaron justo por debajo de mi ventana, y miré desde lo alto los lomos grises cruzados por arneses, el bamboleante casquete del sombrero de copa del cochero y el techo oscuro y opaco del carruaje. Una vez más, caballos y vehículo relucieron al pasar por un cono de luz amarillenta, y su sombra menguó hasta extinguirse. Luego volvió a surgir, esta vez con mayor intensidad, adquiriendo una solidez negra azulada, para seguidamente adelantarse al carruaje, alargándose y deformándose. De pronto, dos cabezas aparecieron en el óvalo de la ventanilla posterior: la de un hombre con sombrero de copa, y la de una mujer sin sombrero, lo cual me permitió ver que llevaba el cabello recogido en un moño. El hombre se volvió hacia la mujer y le dijo algo —según advertí por el movimiento de la barba—, luego el carruaje dobló la esquina, percibí el resplandor del fanal que colgaba de uno de los laterales y los caballos desaparecieron de mi vista. Seguidamente, el vehículo se esfumó por completo, dejando tras de sí la doble huella. Y la alegría de estar allí, en aquella ciudad y en aquellos instantes, invadió mi cuerpo.

Me aparté de la ventana, me quité la chaqueta, me acerqué a la cómoda, vertí un poco de agua del jarro en la jofaina y me lavé. Seguidamente me puse una camisa limpia, la corbata, me peiné y con paso rápido me dirigí hacia la puerta, el pasillo, la casa y su gente.

Un joven delgado que iba en mangas de camisa que acababa de salir del cuarto de baño se acercaba por el pasillo llevando una palangana con agua. Tenía el cabello negro, peinado con la raya a un lado, y bigotes de color castaño oscuro, a lo Fu Manchú. Nada más verme, sonrió.

—Tú debes de ser el nuevo pensionista —dijo. Se detuvo a mi lado y con la barbilla señaló la palangana—. No puedo estrecharte la mano, pero permíteme que me presente. Soy Félix Grier y hoy cumplo veintiún años.

Lo felicité, le dije mi nombre y él insistió en que fuera a su habitación y viese la nueva cámara fotográfica que sus padres le habían enviado por su cumpleaños. La había recibido el día anterior y, gracias a un foco de pie que me enseñó —un tubo sujeto horizontalmente sobre un soporte, con unos doce agujeros para dar salida a las llamas de gas, frente a un fondo reflectante—, había tomado fotos de todos lo que vivían en la casa, así como de algunas habitaciones a la luz del día. Él mismo revelaba sus propias fotografías y hacía copias: había una docena de ellas colgando de una cuerda para secarse, como si fuera la colada. Vi que las había revelado

formando círculos, rectángulos, óvalos, y de muchas otras formas, y que se lo pasaba estupendamente. Examiné con atención su cámara, un aparato enorme que, al sopesarlo y examinarlo, juzgué debía de pesar de tres kilos a tres kilos y medio. Estaba maravillosamente hecha toda en madera barnizada, latón, cristal y cuero rojo. Se lo comenté, y añadí también que yo era muy aficionado a la fotografía. Entonces se ofreció a prestármela alguna vez, y contesté que tal vez le tomara la palabra. Luego me hizo posar y me sacó una foto —una exposición más breve que la que yo hubiese elegido, aunque sólo por unos segundos—, además de prometer que me regalaría toda una colección. Yo no sentía especial interés por aquellas fotos en ese momento, pero más tarde me alegré de tenerlas. Dejé a Félix lavando sus copias, y aquella noche, al regresar a mi habitación, me encontré con que había deslizado una serie completa por debajo de la puerta: el retrato de todos, incluido el mío, así como varias imágenes de la casa.



Ésta es una de las fotos, correspondiente al propio Félix. El parecido es bastante bueno, aunque se lo ve más serio que cuando lo conocí, ya que siempre que hablé con él sonreía y se mostraba muy bullicioso. Y, puesto que estoy en ello, incluyo mi retrato. No estoy muy seguro de si la similitud es excelente, pero creo que, en líneas generales, soy así, incluida la barba. Nunca he dicho que fuera un hombre guapo...

Dejé a Félix y bajé por las escaleras hasta el gran salón delantero que daba al recibidor. Detrás de las ventanillas de mica de una enorme estufa negra con niquelados, que se apoyaba contra una placa de metal adosada a la pared, había un fuego encendido. Al lado de la estufa, sobrepasando en unos treinta centímetros su altura, había una armadura niquelada, a la que me acerqué para examinarla. Cuando tendí la mano hacia ella, la retiré rápidamente: ardía. Al otro lado de un par de puertas corredizas oí un tintineo de platos y cubiertos y un murmullo de voces. Una era la de Julia, de eso estaba seguro, pero la otra pertenecía a una mujer mayor. Supuse que estarían poniendo la mesa, de modo que tosí.



Las puertas se abrieron y Julia entró en el salón. Llevaba un vestido de lana marrón, con el cuello y los puños blancos, distinto del que lucía cuando Félix la fotografió. Éste es el retrato de ella, y esa noche llevaba el mismo peinado que se



aprecia en la imagen: arreglado de manera suelta, cubriéndole la parte superior de las orejas y sujeto con un moño. Detrás de ella vi una mesa ovalada a medio preparar, y luego advertí que una mujer de mediana edad entraba.

La de la derecha es la fotografía que Félix le había hecho. Es verdaderamente excelente, pues supo captar su aspecto.



—Tía Ada —dijo Julia—, te presento a Simón Morley, que ha llegado sin referencias y sin mucho equipaje. Pero con mucha *blabia*, con la que sin duda se muestra muy generoso... Señor Morley, le presento a la señora Huff.

Yo ignoraba cuál era el significado de la palabra «blabia», pero más tarde me enteré de que era una mezcla de «Bla, Bla, Bla» y «labia», es decir, que tenía un exceso de verbosidad persuasiva y halago, o de ambas cosas a la vez. La tía de Julia sonrió ante este comentario y me saludó con una auténtica reverencia, algo que yo nunca había visto.

—¿Cómo está usted, señor Morley?

Creí que lo más natural era responder también con una reverencia, como si siempre lo hubiera hecho.

—¿Qué tal, señora Huff? La señorita Julia no me da otra alternativa que contestar que me siento dichoso de estar aquí. Este salón es verdaderamente encantador. —Al escuchar mis propias palabras, tuve que hacer un esfuerzo para no echarme a reír.

—¿Me permite que se lo enseñe? —Tía Ada me señaló la estancia y yo miré alrededor con auténtico interés. Al comienzo de la página siguiente está la foto que Félix tomó de un rincón del salón con la cámara que le habían regalado; no podía abarcar toda la estancia, ni mucho menos.



Las paredes estaban empapeladas y el suelo cubierto de alfombras, y en las ventanas, además de los visillos de encaje, había gruesas cortinas de terciopelo color púrpura ribeteadas con orlas. Había dos enormes canapés de brocado, dos mecedoras de madera y cuero negro, tres sillones tapizados, un escritorio y cuadros con marcos dorados en las paredes.

Pero tía Ada se dirigió hacia una vitrina rinconera, y yo la seguí.

—Éstas son algunas de las cosas que el señor Huff y yo trajimos a casa de nuestro viaje por Europa y Tierra Santa —indicó—. Este frasco contiene agua del río Jordán. Y eso son trocitos de mármol que recogimos del Foro.

Me proporcionó una breve explicación de todo cuanto había en los estantes: un diminuto abanico procedente de Francia, recuerdo de la Revolución; una pequeña zapatilla dorada en cuyo interior había un cojincillo de terciopelo para clavar las agujas, que habían comprado en Bélgica; una concha que su marido —«mi difunto esposo»— había recogido en una playa de veraneo inglesa donde se habían hospedado. Y concluyó con una joya de su colección: una margarita, amarilla y prensada, procedente de la tumba de Shelley.

El joven Félix bajó saltando por las escaleras y entró en el salón. Se había puesto

un cuello limpio y corbata, además de un chaleco, la cadena de oro del reloj, una chaqueta corta y pantalones a cuadros blancos y negros.

Al apercibirse de que la tía Ada me estaba hablando de su viaje, me miró y guiñó un ojo. Luego se sentó junto a una de las ventanas que daban a la calle y empezó a leer el periódico que había traído consigo: el *New York Express*. Julia había regresado al comedor para poner la mesa, y tía Ada y yo nos trasladamos a la repisa de la chimenea, de mármol blanco, y a la hilera de felicitaciones navideñas que había en ella. En unas tarjetas tan lustrosas que parecían barnizadas, había angelitos con cara de niña pequeña, de cabellos ensortijados y desparramando flores; algún que otro Papa Noel con la característica capucha y una especie de hábito rojo y blanco que le llegaba hasta los pies. Había otras humorísticas, como, por ejemplo, una en que se veía una cena de Navidad donde una familia se peleaba lanzándose platos y vasos. Pero las que más me impresionaron fueron las tarjetas de los temas de «aflicción», según las calificó la mujer. En una, una niña sollozaba en medio de una tormenta espantosa; en otra se veían las huellas de una criatura sobre la nieve, que finalizaban en la orilla de un río; otra mostraba un pájaro muerto, apuntando con las rígidas patas al cielo, y en cuyo epígrafe rezaba: «¡Oíd!, ¡oíd!, canta la alondra en el umbral del Paraíso». No supe cómo reaccionar ante aquello, pero tía Ada me dio una pista al comentar:

—Son absurdas, por supuesto. Ridículas. —Esbozó una sonrisa, y concluyó—: Pero están de moda.

En ese momento bajó un hombre de unos treinta y cinco años, y tía Ada nos presentó. Ésta es la foto que Félix le hizo.

Se trataba de un hombre alto y delgado llamado Byron Keats Doverman, y lucía un bigote las puntas del cual le colgaban, hirsutas, de la mandíbula, como si de una explosión de las patillas se tratase. Su cabello era tupido, ondulado y de un color castaño rojizo. Tomó asiento, felicitó a Grier por su cumpleaños, le pidió prestada una parte del periódico y no hizo caso de nuestro paseo turístico, que la tía Ada y yo reanudamos. Examiné y admiré un caballete de bambú sobre el cual había un cuadro enmarcado representando un surtido de frutas y un conejo muerto. Tía Ada me guió hasta una mesita sobre la cual había unas figuritas de porcelana, luego se quedó esperando, con las manos modosamente juntas, mientras yo me inclinaba para examinar una fotografía grande, en color sepia, que estaba apoyada contra un jarrón lleno de brotes de espadaña.



Era un retrato de cuerpo entero de una mujer que vestía mallas, con un sombrero

de fieltro que terminaba en pico y del cual salía una larga pluma. Tenía el codo apoyado sobre una columna de mármol y la barbilla en la mano, y estaba de perfil, mirando el vacío. El epígrafe, con letras doradas, ponía: «The Jersey Lily», y en la esquina opuesta leí lo que, supuse, debía de ser el nombre del fotógrafo: Sarony.

Tía Ada había reservado lo mejor para el final. Al lado de un pequeño órgano de madera oscura, sobre la repisa de la chimenea, había un grupo de figuras de estuco, de un metro de altura, que debía de pesar unos cuarenta kilos. El título, grabado en la base, era *Pesando al bebé*, y las figuras consistían en un médico con barba y chaqué y una comadrona con cofia, que observaban el brazo de una balanza en cuya bandeja yacía un berreante bebé. Junto al grupo escultórico de estuco había una campana de cristal, bajo la cual se veía un ramito de flores que me eran desconocidas. Al examinarlo de cerca, comprobé que estaban hechas con plumas.

Tía Ada tuvo que dejarme antes de finalizar, pues la cena estaba casi lista y Julia la llamó. Pero había muchas otras cosas para ver: retratos de familia, cuadros enmarcados, un gigantesco helecho en un rincón, junto a las ventanas que daban a la calle. Comenté que me gustaba mucho su salón, y era cierto: creo que era la habitación más agradable que había visto en mi vida. Me senté a esperar que sirvieran la cena y Félix me tendió una parte de su periódico, que hojeé pero no leí. Preferí entretenerme examinando de nuevo la interesante y atestada habitación, escuchando el crepitar del fuego en la estufa, sintiendo su calor en un lado de la cara, observando cómo el viento hacía volar algún que otro copo de nieve tras los cristales de las ventanas, y me sentí en paz.

Me había sentado de cara a la escalera, esperando al hombre que había venido a ver, y en ese instante bajó la señorita Maud Torrence, que se unió a nosotros. Era una mujer pequeña, de unos treinta y cinco años de edad y facciones dulces. Llevaba una falda de sarga azul, blusa blanca abotonada hasta la barbilla y, en torno al cuello, un pequeño reloj de oro que colgaba de una cadena. Más tarde me enteré de que estaba empleada en una oficina y que ése era su atuendo de trabajo. Byron Doverman nos presentó, luego ella se quedó junto a las ventanas, observando la noche, y vi que llevaba un lápiz clavado en los cabellos, que se había recogido en un moño en la base de la nuca. Me preguntó cortésmente si no creía que el tiempo había sido espantoso últimamente y yo estuve de acuerdo, pero añadí que eso era lo que se esperaba de Nueva York en aquella época del año. Luego Julia se asomó por la puerta y nos avisó de que la cena estaba lista.



Me sentía demasiado excitado para comer gran cosa, excesivamente consciente de

que me encontraba en aquella mesa, debajo del siseo casi imperceptible de las luces de gas de la araña que colgaba del techo, y empezó a inquietarme el que mi hombre aún no hubiese llegado. Éramos seis los que estábamos sentados, y había una silla vacía. Tía Ada, que presidía la mesa ovalada, trinchaba una pechuga de pavo e iba pasando los platos. Durante unos minutos, el silencio sólo era roto por los murmullos de agradecimiento a medida que se distribuían los platos. Me entretuve mirando alrededor, aunque tratando de disimular. En las paredes había media docena de grandes fotografías enmarcadas. Una era la imagen color sepia de la cabeza y los hombros de un hombre serio, de mediana edad; supuse que se trataba de alguien de la familia. Las otras eran grabados en blanco y negro del Foro Romano, escenas pastoriles y cosas por el estilo. Luego, cuando ya todos estuvimos servidos, empezamos a comer, y Byron Doverman inició la charla anunciando que acababa de finalizar la lectura de *Ben Hur*. Julia y Félix se mostraron sorprendidos de que no hubiese leído ese libro hacía tiempo.

A continuación siguió un pequeño intercambio de opiniones sobre la novela, referidos en especial a su «mensaje», y tía Ada me preguntó si la había leído. Aunque no era así, había visto la película, de modo que respondí que sí, intercalando algún que otro comentario respecto a la emocionante carrera de cuadrigas. Luego Byron Doverman comentó espontáneamente que en una ocasión había visto al autor, el general Lew Wallace, montado a caballo al frente de su regimiento cerca de Washington, donde Byron estaba destinado durante la guerra. Al mirar al otro lado de la mesa a aquel hombre todavía joven, de cabello castaño rojizo y cuyo rostro carecía prácticamente de arrugas, tardé unos instantes en darme cuenta de que se refería a la Guerra Civil.

—¿Se han enterado de lo último sobre Guiteau? —preguntó Félix, a todos los presentes en general—. Alguien le disparó a través de la ventana de la celda...

—Ya se ha publicado en los periódicos —replicó Julia.

—Sí, pero esto otro no. La noticia iba de boca en boca por la ciudad esta tarde. La bala se estrelló contra la pared, impactando en el perfil absolutamente perfecto de Guiteau tal como representan al miserable cuando pone expresión asustada.

Miré con cautela en torno a la mesa, pero todos asentían gravemente, aceptando aquel hecho sin una sonrisa. Luego advertí que tía Ada estaba hablándome; quería saber qué opinaba yo del veredicto. Adopté una actitud pensativa, como si meditase en ello, mientras intentaba recordar lo poco que sabía respecto a Guiteau. No había leído gran cosa sobre él, pero sabía que lo habían declarado culpable y lo habían ejecutado. Yo no estaba allí para reformar comportamientos sociales, de modo que le dije a tía Ada que, puesto que era claramente culpable, estaba seguro de que lo colgarían.

Al otro lado de la mesa, Félix estaba comentando algo sobre la búsqueda de

diamantes; según dijo, habían empezado a excavar cerca de Bordentown, en New Jersey. Luego se habló un poco del escándalo del Elevado Metropolitano, fuera cual fuere. Miré a Julia, sonreí y le dije que el pavo estaba estupendo, que siempre había creído que era seco e insípido, pero que aquél era succulento. Julia respondió que era de granja; me mostré sorprendido y quise saber dónde lo habían conseguido.

—En el mercado, por supuesto. —Ahora era ella la sorprendida.

Le pregunté al respecto, y descubrí que también vendían codornices, urogallos, perdices, pichones y patos salvajes, entre los cuales había patos marinos, de cabeza colorada y almizclados, o patos mudos, y que también vendían liebres y conejos. Yo siempre había creído que la liebre era otro nombre que se le daba al conejo, y estuve a punto de preguntar más cosas al respecto, pero no lo hice; Julia fruncía el entrecejo y me miraba inquisitiva al otro lado de la mesa.

Me volví hacia Félix, que se sentaba a mi lado, y sólo por decir algo le pregunté si estaba interesado en el béisbol.

Contestó que sí, que un poco. El último verano había ido un par de veces al campo de polo —la temporada había concluido—, para ver a los Mets.

—¿A quién? —pregunté.

—A los Metropolitans.

Asentí y repliqué que eso había creído entender.

—¿Y qué tal lo hicieron? —inquirí.

—No muy bien —respondió—. Eran malos en los lanzamientos.

Dije que no me sorprendía.

De postre hubo tarta de cumpleaños. Félix tuvo que soplar las velas y luego se celebró una pequeña fiesta. Julia y su tía se quedaron en el comedor y cerraron las puertas corredizas mientras retiraban la mesa. Maud Torrence se sentó al órgano y rebuscó entre las partituras que había en el atril, y Félix Grier y Byron Doverman se quedaron a su lado. Al sentarme yo con el periódico, los tres me llamaron y comprendí que no tenía escapatoria, de manera que me incorporé al grupo.

Conseguí acompañarlos en la primera canción, *Te llevaré de nuevo a casa*, Kathleen, y cuando finalizamos, Félix comentó:

—De haber estado Jake aquí, habríamos podido formar un cuarteto.

Ésa fue mi ocasión para preguntar:

—¿Quién es Jake?

—Jake Pickering —contestó Félix—. Otro pensionista.

Ahora ya conocía su nombre, y sentí que había progresado algo.

La siguiente interpretación fue *Si atrapara al hombre que le enseñó a bailar*, o algo similar, y lo único que pude hacer fue intentar imitarlos. Luego Julia y su tía se unieron a nosotros y cantamos *De noche a la luz de la luna* y *Oh, aquellas zapatillas doradas*. Tía Ada cantaba bastante bien, pero Julia desafinaba un poco de vez en

cuando. Entonces Byron Doverman exclamó:

—*¡La cuna está vacía, el bebé ha desaparecido!*

—¡Oh, no! —protestó Julia, pero los demás insistieron.

Maud encontró la partitura y —leyendo la letra por encima de su hombro— cantamos lo que probablemente sea la canción más lúgubre que he oído en mi vida. Trataba de un pobre recién nacido que había muerto, e incluía versos como «el pequeñín ha ido a reunirse con los ángeles, la paz ya ha hallado para siempre». Julia me miró y sonrió al tiempo que se encogía de hombros, como si lo considerara ridículo. Pero cuando Maud concluyó, y se volvió diciendo que ya había tocado bastante, advertí que había lágrimas en sus ojos. Recordé entonces que en aquel tiempo los recién nacidos morían con gran facilidad. Tal vez la canción significara algo especial para ella.

La campanilla de la puerta sonó, y de nuevo me pregunté si sería mi hombre. Pero Julia fue a abrir y regresó seleccionando unos cuatro o cinco sobres, uno de los cuales entregó a Byron. Los demás eran felicitaciones de cumpleaños para Félix. Aquella entrega del correo se efectuaba poco antes de las siete, y cuando exterioricé mi sorpresa, Julia contestó —con ese aire de presunción propio de quien vive en una gran ciudad— que en Nueva York se efectuaban cinco repartos al día.

—Byron —añadió entonces—, ¿querrías obsequiarnos con algunos juegos de manos?

Él asintió, subió de dos en dos los peldaños de la escalera hasta su habitación, y bajó con la misma celeridad. Luego recorrió la estancia sacando monedas de nuestras orejas, o pidiéndonos que extrajéramos una carta, «una cualquiera», de la baraja. La verdad es que lo hacía bastante bien, y todos, incluso yo, disfrutamos con su actuación.

Al finalizar, se metió la baraja en el bolsillo y se sentó. Entonces tía Ada dijo:

—Mi tío me envió de China un abanico y yo me abanicaba así.

Empezó a balancear la mano bajo la barbilla, como si se abanicara, y todos la imitamos.

A su derecha, en un sillón próximo a las ventanas, Maud prosiguió:

—Mi tío me envió de China un abanico y yo me abanicaba así. —Con su mano izquierda empezó a agitar un abanico imaginario junto a la oreja izquierda, y todos hicimos lo mismo sin dejar de abanicarnos con la mano derecha.

Era mi turno, de modo que recité:

—Mi tío me envió de Checoslovaquia un abanico y yo me abanicaba así. — Enseñé los dientes como si sujetara un abanico con ellos y empecé a asentir con la cabeza. Todos me imitaron.

El siguiente era Félix, que terminó el juego con dos abanicos gemelos procedentes de las islas Sandwich, levantando ambos pies del suelo y abanicándose

con ellos. Al copiar el movimiento, estallamos en risas, pues resultaba cómico el que todos estuviésemos echados hacia atrás en nuestros asientos, meneando simultáneamente la cabeza, las manos y los pies.

—¿Dónde está Checoslovaquia, señor Morley? —preguntó tía Ada.

—Bueno, creo que en el sur de Alemania.

Ella asintió, aceptando mi respuesta, y creo que Maud Torrence también. Pero los dos hombres y Julia me miraron fijamente. Yo sabía qué era lo que estaba mal: Checoslovaquia no existía; en realidad aún tardaría décadas en existir, y sonreí para dar a entender que sólo estaba bromeando.

Félix tenía el rostro colorado y los ojos brillantes; se lo estaba pasando estupendamente en su vigésimo primer cumpleaños.

—Julia —dijo—. ¿Cuadros vivientes?

—¡De acuerdo! —Fuera lo que fuera, estaba claro que la idea le gustaba—. ¿Puedo ser la primera en elegir? —Al ver que él asentía, añadió—: Entonces os necesitaré a ti y a Byron.

Los tres se dirigieron hacia el comedor, cerraron las puertas corredizas y tía Ada se levantó para bajar al mínimo las luces de la araña del salón. Luego ella y Maud se sentaron, sonriendo expectantes mientras miraban las puertas cerradas del comedor, y cuando se volvieron hacia mí, hice lo mismo.

—¡Listos! —avisó Julia, y tía Ada, que era la que más cerca estaba, se levantó y abrió las puertas.

Las luces del comedor brillaban al máximo y los tres se hallaban en el umbral, recortándose casi como en un escenario, inmóviles y adoptando una postura. Byron y Julia estaban de cara a Félix, quien se sostenía sobre un pie y mantenía el otro ligeramente levantado. Encajado debajo del brazo llevaba un palo largo, como si fuese una especie de muleta. Mantenía la boca abierta, los ojos expectantes. Julia tenía la cabeza inclinada hacia atrás, la boca abierta, y los ojos tan dilatados como los de Félix. Byron tenía el dorso de la mano sobre la frente, en actitud de aflicción.

Los tres permanecieron así, balanceándose ligeramente, y todos los miramos fijamente. Luego, Maud exclamó con tono de frustración:

—¡Pero si lo sé! ¡Oh, lo conozco perfectamente!

—¡*El regreso del soldado!* —gritó de pronto tía Ada, triunfal.

El «cuadro viviente» se deshizo entre comentarios, mientras sus miembros asentían para confirmar el acierto. Luego tía Ada se levantó, ya que por lo visto era su turno.

—Voy a necesitarlo, señor Morley... —dijo, y yo la seguí hasta el comedor, donde cerré las puertas—. ¿Conoce usted *La subasta de esclavos*? —preguntó anhelante. Fruncí el entrecejo como si intentara recordar, y respondí que me temía que no—. No se preocupe, yo lo colocaré. Necesitamos un mazo pequeño. —Eché un

vistazo a la habitación, luego se acercó presurosa al aparador que había contra la pared, abrió un cajón y sacó un cazo para servir la sopa—. Esto servirá. Sosténgalo como si fuera un mazo. —Seguidamente acercó una silla junto a las puertas cerradas e hizo girar el respaldo—. Súbase ahí. Esto será el estrado del subastador. —Me subí a la silla, de cara a la puerta—. Levante el mazo como si dijera: «¡Pujen, pujen, pujen!». —Así lo hice, y tía Ada se arrodilló frente a la silla, de cara al salón, cruzando una muñeca sobre la otra como si tuviera los brazos atados—. ¡Listos! —avisó excitada, y dejó caer la cabeza, apoyando la barbilla contra su pecho.

Las puertas se abrieron y, aunque permanecí sin moverme, con el mazo en una mano y la boca abierta, sentí que me sonrojaba. Sin embargo, los otros lo reconocieron al instante, y casi al unísono gritaron: «¡*La subasta de esclavos!*!». Luego todos nos felicitaron, argumentando que si lo habían adivinado de inmediato sólo se debía al hecho de que lo hubiéramos representado tan bien.

Después de haber realizado otros dos cuadros vivientes —*El explorador herido* y *El refugio de los enamorados*— descubrí, a través de varias referencias, qué estábamos haciendo. Estábamos imitando poses de figuras que aparecían en los grupos escultóricos realizados por un hombre llamado Rogers, de los cuales efectuaba miles de copias en estuco. Por lo visto, en todas las casas había alguna de esas esculturas —la que estaba sobre la repisa de la chimenea de tía Ada, *Pesando al bebé*, era un ejemplo—, y la gente estaba familiarizada con la mayor parte de ellas. Yo simulaba que intentaba recordar algunos títulos que encajaran con las poses que se representaban en el comedor. Ante mí, Maud, abstraída, dibujaba sus iniciales sobre la escarcha del cristal de la ventana que tenía a su lado. Entonces recordé que no había visto auténtico hielo en una ventana desde que escribiera en una de la granja de mi abuelo, cuando yo era pequeño. Después del cuadro final, en el que Julia, sentada en un banco en actitud afligida, representaba a uno de los amantes, advertí que me miraba de reojo y pensé que podía leerle el pensamiento: yo era el único de los presentes que no había sido capaz de adivinar un solo título. Ni siquiera había aventurado una suposición errónea.

Byron sugirió que a continuación jugáramos a los acertijos y, por su expresión, supuse que debía de ser bueno en ese juego. Pero Félix —de quien sospeché que no lo sería tanto— protestó diciendo que se parecía demasiado a los cuadros vivientes. Julia, que estaba sentada al lado de la vitrina, seguía mirándome con cierta curiosidad.

—Tal vez el señor Morley acceda a distraernos un poco... —insinuó—. Ahora es su turno, señor Morley. ¡Los demás opinan lo mismo!

Todos le dieron la razón al instante, y yo asentí. En el tono de Julia creí advertir un matiz de desafío, como si dijera: «¿Quién es usted? ¡Demuéstrelo!». Bien, yo estaba dispuesto y, mientras reflexionaba sobre qué podía hacer, de pronto sentí un

estremecimiento de pánico.

De nuevo me volví hacia Julia, pero ella estaba esperando, con una sonrisa sarcástica en el rostro.

Luego sonreí y levanté las manos con las palmas hacia ella, los pulgares unidos, enmarcando su cabeza y sus hombros.

—No se mueva —dije, y Julia se quedó quieta, repentinamente interesada—. Gire únicamente la cabeza; sólo un poco. No, hacia el otro lado. Hacia la vitrina. —Ella volvió la cabeza lentamente y, en el instante en que la luz de la araña que colgaba del techo cayó oblicuamente sobre su cara, iluminándola de lado y recortando su perfil contra el empapelado de la pared, le ordené—: ¡No se mueva! ¡No respire!

Yo ya había buscado la llave de mi apartamento en el Dakota dentro del bolsillo de mi chaleco, de modo que me volví hacia la ventana que tenía a mi lado y, rascando sobre la escarcha con el canto delgado de la llave, tracé el perfil de su pómulo. Volví a echar un vistazo a Julia y a continuación, con una curva rápida y certera, formé el ángulo de su mandíbula. Las líneas se veían con claridad, la oscuridad de la noche a través de las ventanas resaltaba nítidamente el contorno, y yo trabajé con rapidez. Todos se habían puesto de pie, aguardando respetuosamente, observando lo que yo hacía.

El resultado fue aceptable, un buen bosquejo: en menos de dos minutos había captado el parecido. El pómulo prominente, la mandíbula ligeramente angulosa, la sugerencia de la firmeza de su pequeño mentón, todo se hallaba en aquellas tres líneas apresuradas. La exacta inclinación de los ojos y —hasta eso había conseguido— la impresión de las débiles sombras que había tras ellos se reflejaban en la blancura del cristal de la ventana mediante unos pocos trazos efectuados con mano segura. Y lo mismo hice con las rectas y oscuras cejas y la fina nariz. Luego miré a Julia, asentí, y le indiqué que ya podía reunirse con los demás.

Pero no le gustó... No es que me lo dijera, e incluso al cabo de un momento interminable se inclinó hacia la ventana para estudiar el bosquejo y empezó a asentir, fingiendo cortésmente que le gustaba. Pero los movimientos de cabeza eran demasiado bruscos, y no se volvió a mirarme, lo cual me dio a entender que intentaba que no advirtiese que la había decepcionado. Los demás también se limitaron a murmurar elogios de compromiso.

—¿Qué hay de malo en él? —pregunté en voz baja.

—¡Nada! —Julia me miró con los ojos muy abiertos, fingiendo sorpresa ante la pregunta—. ¡Es bonito! Estoy asombrada.

Pero sacudí la cabeza. Aquélla era una habilidad de la que me enorgullecía, y quise saber los motivos de su decepción.

—No, dígame la verdad. No me engaña; no le ha gustado.

—Bueno... —Julia se enderezó y se quedó mirando al suelo, un dedo en la

barbilla, como si pensara. Se sentía turbada—. No es que no me guste, pero... — Volvió a mirar el bosquejo y luego se volvió hacia mí con expresión afligida, como si lamentara haber empezado aquello—. Pero ¿qué es esto? —estalló, y se apresuró a añadir—: Me refiero a que no está acabado, ¿verdad? Veo que es una cara, o que lo sería si estuviese acabado, pero...

Yo asentí con vehemencia, ansiosamente, interrumpiéndola. Por fin entendía lo que no estaba bien... Desde la infancia se nos entrenaba para entender que unas líneas negras sobre un fondo blanco podían, de alguna manera, representar el rostro de un ser humano vivo. Sin embargo había leído que los salvajes no podían entender un dibujo, o siquiera una fotografía, hasta que no se les enseñaba cómo hacerlo. Y aquel bosquejo sobre la escarcha del cristal —apresurados fragmentos sugerentes que permitían a la mente llenar el resto— era una técnica del siglo xx, tan incomprensible en aquellos momentos como si hubiese sido un mensaje cifrado, que es de lo que en realidad se trataba.

—Quédese ahí y no se mueva —le dije a Julia—. Concédame cinco minutos. Con eso bastará.

Sin esperar su respuesta, me acerqué presuroso a la ventana de en medio y, con la mayor celeridad que me fue posible, empecé a dibujar con la punta de mi llave, utilizando una técnica que ocasionalmente había practicado para divertirme cuando trabajaba con Martin Lastvogel. Era la técnica del grabado, en la que todas las líneas estaban allí, sin omitir ninguna: la forma completa de la cara, ojos, nariz, labios, absolutamente todo dibujado, luego cuidadosamente sombreado con finas líneas entrecruzadas. Yo utilizaba la totalidad de la superficie del cristal, pues con aquella técnica necesitaba espacio. Y el cristal estaba completamente escarchado, salvo en las esquinas superiores. Éstas aparecían limpias, tan negras y relucientes contra la noche como un espejo. Sin embargo, al aproximarme para trabajar, a través del cristal podía ver las farolas, las aceras y la calle cubiertas de nieve, el bulto difuso y oscuro de los arbustos y los árboles de Gramercy Park. Y entonces, inesperadamente, avanzando hacia la casa con paso vivo por la acera, vi su figura ya familiar, baja y fornida, avanzando a toda prisa, el bombín encasquetado en la parte posterior de la cabeza. Interrumpí mi trabajo y lo miré atentamente. Dobló para subir por los peldaños de la entrada y desapareció de mi vista. Me volví hacia Julia, decidido a proseguir con mi bosquejo.

Hasta donde le era posible mientras mantenía la pose, Julia estaba pendiente de lo que yo hacía y, al girar yo la cabeza hacia ella, levantó los brazos, se llevó las manos a la nuca por unos segundos y a continuación su cabello se derramó sobre los hombros. Luego irguió ligeramente la barbilla y en sus ojos advertí un centelleo de orgullo.

Tenía una cabellera de un color castaño muy oscuro, maravillosamente

abundante, larga y reluciente. Era un cabello espléndido. Y ella también lo era. Estoy seguro de que mi rostro exteriorizó lo que yo sentía.

—Hermoso, hermoso... —murmuré, y vi que sus labios se curvaban en una sonrisa de satisfacción, al tiempo que se ruborizaba.

Nadie más se dio cuenta, pero, dado que yo lo esperaba, oí los leves ruidos de la puerta principal al abrirse y cerrarse, y con el rabillo del ojo observé que él se detenía en el umbral del recibidor. Entonces, sin intentar siquiera captar el esplendor de la melena de Julia, si bien sugiriendo su longitud y su densidad, concluí rápidamente mi boceto sobre el cristal de la ventana.

Pero la clase de dibujo que pretendía hacer necesitaba más tiempo del que yo le había concedido y más práctica de la que yo tenía, de modo que, lógicamente, no me salió bien. Retrocedí, estudiándolo mientras los demás se apiñaban en torno a mí, y lo único que realmente se podía asegurar era que reflejaba el rostro de una joven —de ello no había duda—, que ésta era bonita y que llevaba el pelo largo. Pero se trataba de una joven cualquiera, no de aquélla en particular, aunque globalmente tuviera un cierto parecido.

No obstante, Julia lo observó durante unos cinco o seis segundos, lo que me pareció mucho tiempo, y luego dejó escapar un grito de inconfundible y sincera satisfacción.

—¡Oh, es precioso! —Se volvió hacia mí, complacida—. ¿De veras es ése mi aspecto? ¡Oh, por supuesto que no! ¡Pero es precioso! ¡Dios mío, tiene usted un gran talento! —Los ojos le brillaban y me miraba con auténtica admiración, con adoración incluso, y yo reaccioné. El sentimiento prendió en mí como una llama y ansié besarla; me costó mucho evitar acercarme y estrecharla entre mis brazos.

En ese momento se volvió velozmente hacia la puerta, y al ver quién había llegado, enrojeció. Sin embargo, con absoluta calma, anunció:

—¡Jake, tenemos a un nuevo pensionista! Y por lo visto está dotado de gran talento. Ven a ver lo que ha...

—Recógete el cabello —ordenó Jake entre dientes, con tono áspero y enfático.

—Pero, Jake, nosotros...

—He dicho que te lo recojas —repitió con voz suave, y las manos de Julia se movieron presurosas hacia la nuca, dispuesta a obedecer.

Me volví hacia la entrada —todos los demás ya lo habían hecho— y entonces Pickering avanzó; sus ojos pardos carecían de expresión, pero eran tan amenazadores como la mirada vacía de un tiburón. Se detuvo frente a mí y, por un instante que me pareció interminable, nos miramos, mientras todos en la estancia permanecían en silencio. Me sentía fascinado: allí estaba, el hombre que había enviado aquel largo sobre azul.

De pronto, inesperadamente, sonrió; en su rostro apareció una expresión cordial,



sus ojos eran cálidos y acogedores —fue una transformación instantánea—, y tendió una mano hacia mí para saludarme. —Soy Jacob Pickering y me hospedo aquí, como usted. Me estrechó la mano con fuerza y, aunque su actitud era totalmente amable, no dejaba de incrementar la presión. Yo le devolví la sonrisa con idéntica amabilidad, apretando su mano con todas mis fuerzas. Ambos estábamos luchando allí, en aquel salón, sin que nadie más lo advirtiera, y nuestros brazos empezaron a temblar ligeramente al tiempo que sonreíamos, yo le decía mi nombre y nuestras manos, cuyos nudillos ya estaban blancos, subían y bajaban como si nos hubiésemos olvidado de ellas. Luego mi presión alcanzó su máxima potencia, pero la de él siguió incrementándose, y noté que los huesos más largos de mi mano se juntaban. Al borde de mis fuerzas, abrí los dedos en torno a su mano y se me heló la sonrisa en el rostro, pues era plenamente consciente de que necesitaba gritar pero sabía que no lo haría. Y no lo hice. Luego, cuando ya creí que me fracturaría los huesos, aflojó la presión, dio una última y dolorosa sacudida y, sin dejar de sonreír afablemente, señaló el dibujo que yo había hecho sobre el cristal.

—Tiene usted talento, señor Morley. Desde luego... —Se acercó a toda prisa a la ventana—. Confiamos en que no haya rayado el cristal de la señora Huff... —Se inclinó hasta situarse a unos dos centímetros del dibujo, luego respiró profundamente un par de veces y expulsó el aliento con todas sus fuerzas. La escarcha se fundió de inmediato en el centro de la ventana, donde apareció un círculo que fue creciendo rápidamente hasta alcanzar el tamaño de un plato. Con la excepción de los trazos externos y menos significativos, el dibujo había desaparecido—. No —dijo, examinando el transparente cristal—, por fortuna no se ha rayado. —A continuación dirigió una mirada desdeñosa al bosquejo de la otra ventana, se volvió hacia nosotros y sonrió.

—No me ha gustado esto, señor Pickering —exclamó Julia—. ¡No me ha gustado en absoluto! —Me miró. Echaba chispas por los ojos, y aún tenía las manos ocupadas recogiendo el cabello—. ¿Le importaría hacerme otro, señor Morley? —me preguntó—. Sobre papel... Uno que yo pueda conservar. Me encantará posar para usted. ¡En cualquier momento!

Yo había metido la mano en el bolsillo, pues no quería que la viesen. Sabía que debía de tenerla roja y que empezaba a hincharse. Me dolía terriblemente.

—Estaré encantado, señorita Julia; realmente encantado. —Fui girando la cabeza a medida que hablaba, y por fin, mirando fijamente a Pickering, añadí—: De hecho, insisto en hacérselo.

Él se limitó a sonreír, a mí y a todos los demás.

—Tal vez me haya equivocado —dijo, inclinando un poco la cabeza, con falsa humildad—. A veces... actúo precipitadamente. —Se irguió de nuevo y clavó sus ojos en los míos—. Sobre todo cuando se refiere a mi prometida.

Tía Ada, Maud, Byron y Félix empezaron a hablar casi al unísono, a fin de dar por concluido aquel extraño incidente. Julia dio media vuelta y se marchó presurosa hacia el comedor y luego a la cocina, para preparar el té. Byron Doverman le dijo algo a Pickering, quien respondió. Tía Ada se acercó a mí y le pregunté sobre un objeto de la vitrina: un delgado frasco de cristal tapado con un tapón de corcho. Resultó ser arena del desierto del Sahara.

Cuando el té estuvo a punto, Julia lo trajo en una gran bandeja de madera, y mientras lo tomábamos a pequeños sorbos estuvimos charlando durante un rato, terminando la velada con cara de circunstancias, aunque Pickering y yo ni siquiera nos miramos. Luego todos felicitaron por última vez a Félix, y la fiesta se acabó.

Arriba, en mi habitación, en penumbras, mientras me desabrochaba la camisa y miraba hacia abajo en dirección al Gramercy Park, sumido por completo en la oscuridad, comprendí que Rube, Oscar, Danziger, Esterhazy y yo habíamos olvidado lo más obvio: que el simple hecho de estar entre la gente era lo mismo que implicarse con ella. Yo tenía que ser un mero observador allí, me habían prohibido estrictamente que interfiriese en los acontecimientos, y en especial que los provocase. Sin embargo, había hecho todo lo contrario. A punto de quitarme la camisa, me interrumpí y me quedé quieto, con la mirada fija en un poste sobre el cual se acumulaba la nieve.

Quizá tuviera que largarme lo antes posible. Tal vez debiera hacer la maleta de inmediato, escurrirme escaleras abajo, salir y regresar al Dakota antes de que causara más daños.

Pero una voz dentro de mí gritaba: «¡Jueves! ¡Mañana es jueves!». Al día siguiente, «a las doce y media», decía la nota que le había visto enviar a Pickering, «acuda al parque del City Hall». Y yo tenía que estar allí. Sin que me vieran, sin interferir en nada... «Sólo un día más. ¡Medio día!», me dije. Durante aquellas pocas horas podría limitarme a observar, ¿no? Alcé la mano derecha y a la débil luminosidad que desde la nieve de fuera se reflejaba en mi ventana, la examiné; luego la comparé con la izquierda. Estaba hinchada, y los cuatro nudillos me dolían. Mientras la observaba, la flexioné lentamente, a continuación traté de cerrar el puño. No pude. Sin embargo, al intentarlo, una imagen acudió a mi mente de forma espontánea: la de aquel mismo puño estrellándose contra la boca de Pickering.

No pude evitar reír ante esa idea, y lo hice en silencio, mientras bajaba el brazo. Sin embargo, me sentía inquieto. De todos modos, no era necesario que me cruzase con Pickering por la mañana. Podía esperar a bajar cuando los demás se hubiesen marchado, y luego no volver a verlo nunca cara a cara. En cuanto a Julia... Bueno,

¿qué pasaba con ella? Al cabo de unos instantes asentí; de un modo que no era capaz de analizar, también me sentí comprometido con aquella muchacha. Pero eso carecía de importancia; ambos vivíamos en épocas separadas en el tiempo y muy pronto tendría que dejarla.

Entonces me puse a prueba: pensé en Katie y, en medio de la oscuridad, examiné mis sentimientos hacia ella... Nada había cambiado; supe que tan pronto como regresara querría ir a verla. Sentí una enorme sensación de alivio y me dispuse a interrogarme al respecto... En cambio, me aparté de la ventana, terminé de desabrocharme la camisa —sólo una parte tenía botones, pues la de más abajo estaba abierta y formaba un ancho faldón—, me desvestí y me puse la camisa de dormir.

Tendido ya en la cama, sonreí; había sido un día completo. Al cabo de un minuto, sentí que me dormía, consciente de que podría equivocarme terriblemente si me quedaba allí, pero consciente también de que me quedaría, de que tenía que averiguar qué había sucedido en el parque del City Hall a las doce y media del jueves 26 de enero de 1882.

«Mañana...».

Por la mañana desayuné a solas, pues los demás pensionistas se habían ido. Me quedé tumbado en la cama, escuchándolos, contándolos a medida que salían al pasillo y bajaban por las escaleras, uno detrás de otro, en cuestión de minutos. Luego me vestí y miré por la ventana hasta comprobar que Jake Pickering se marchaba.

Al bajar al salón, observé que habían barrido y quitado el polvo, y me volví a examinar las ventanas. Estaban prácticamente limpias, habían eliminado la escarcha y los dibujos, pero una nueva película de hielo empezaba a ascender otra vez por los cristales. Cuando me disponía a entrar en el comedor, me pregunté nuevamente si habría podido evitar el enfrentamiento de la noche anterior. «No», me dije. Y entonces, a la luz del día, vi que eso no importaba tanto como había creído. Un hombre capaz de sentir celos por un simple desconocido debía de haber actuado así otras veces, y volvería a hacerlo. En realidad, yo no había interferido en el pasado: más tarde o más temprano, algo por el estilo habría ocurrido, implicando a cualquier otro si yo no hubiese estado allí.

Me senté a la larga mesa del comedor y tía Ada, que supuse me había oído, entró desde la cocina con sus ropas de trabajo: un vestido de algodón y un delantal blanco con pechera, que llevaba atado a la espalda con un gran lazo. Me dio los buenos días con dulzura y acento sincero, y me preguntó si había dormido bien y si la habitación me resultaba satisfactoria. Luego, sin dejar de sonreír y procurando no ofenderme, añadió que aquella mañana era la única en que podían servirme el desayuno después de las ocho, a lo cual respondí que bajaría antes o me quedaría sin desayunar.

Seguidamente me sirvió el desayuno: chuleta y huevos fritos, tostadas con tres clases de mermelada, café y el *Times* de la mañana. Mientras colocaba todo esto sobre la mesa, bajo mi atenta mirada, me observaba de reojo. Luego, algo indecisa —evidentemente preocupada por mi bienestar—, sugirió que si andaba buscando trabajo tendría que levantarme más temprano. Con el dorso de los dedos probó la base de la cafetera de plata, que había colocado sobre un grueso tapete de punto, luego me llenó la taza y se fue. Abrí el *Times* y me dispuse a desayunar.

El gran artículo del día, que aparecía en la columna de la izquierda de la primera plana, era GUILTEAU DECLARADO CULPABLE, pero yo me lo salté y leí el de la cuarta columna, LOS CHOCTAW AUTORIZAN EL FERROCARRIL. *Cómo Gould y Huntington han eliminado la competencia con la nueva adquisición del ferrocarril*, aunque era algo difícil de seguir. Sin embargo, la idea que capté era que un grupo de «supuestos representantes de los indios», que no querían que un ferrocarril pasara por sus tierras, pronto serían sustituidos por «representantes acreditados», que lo

consideraban una excelente idea.

Y quedé fascinado por LA DEUDA DEL ARZOBISPO PURCELL, que se hallaba justo debajo del artículo sobre los Choctaw. Por razones que el *Times* no explicaba —daba la impresión de que se trataba de una historia que venía de antes, y creo que se daba por sentado que el lector ya estaba al corriente del asunto—, el arzobispo Purcell tenía, al parecer, cinco mil acreedores a quienes, según ellos mismos aseguraban, les debía cuatro millones de dólares, y que existía la posibilidad de que para cancelar estas deudas «se vendieran algunas casas de culto... al mejor postor». El cardenal McCloskey se mostraba preocupado, por no mencionar a los feligreses, y el *Times* informaba de que «el caso se encuentra a punto de ser llevado a los tribunales, y constituirá uno de los más interesantes en la jurisprudencia de Estados Unidos». Lo mismo opinaba yo.

Mientras me comía la tostada y daba pequeños sorbos al café, leí un anuncio de McCreery, donde se ofrecían «visillos Velo de Monja en blanco, crema, azul celeste, marfil y rosa», y en ese momento apareció Julia. Me dio los buenos días al cruzar por el comedor, luego, mientras traía su propio desayuno de la cocina, tuve tiempo de estudiarla. Esa mañana llevaba el cabello ensortijado en un bucle suelto y recogido en lo alto de la cabeza, y pensé, aunque no estaba del todo seguro, que se había aplicado un poco de maquillaje, o polvos, al menos. Mientras la observaba, me di cuenta de que se había arreglado para salir, y que llevaba un maravilloso vestido de terciopelo color púrpura, cuya falda iba recogida al frente con una serie de festones; justo debajo del talle lucía un lazo color lavanda, que debía de medir unos veinte centímetros de ancho. Además, llevaba polisón.

Aunque ese vestido pudiera parecer ridículo, no lo era en absoluto. El aspecto de Julia era espléndido, y debo reconocer que al sentarse, desplegar su servilleta, mirarme y sonreír, puso en el disparadero todos los mecanismos de mi cuerpo, con lo cual es posible que Jake Pickering no estuviera del todo equivocado la noche anterior. No obstante, fui capaz de aceptar, clínicamente y sin apasionamientos, el atractivo de aquella muchacha. Lo cual, por supuesto, carecía de importancia, dado que dentro de unas horas yo ya me habría marchado.

—Veo que consulta las páginas de anuncios —comentó, para iniciar una conversación.

Yo ya había decidido pasar el resto de la mañana fuera de la casa, de modo que me limité a contestar:

—Sí, necesito ropas nuevas.

—¡Vaya! —exclamó con una sonrisa—. ¡Parecerá una persona importante con ropa nueva! Ayer observé que había traído muy poco equipaje.

No pude resistir la tentación de decir:

—La mayor parte de mis prendas resultarían extrañas aquí. ¿Podría sugerirme una

buena tienda?

Con una tostada en la mano, Julia se levantó, rodeó la mesa y empezó a pasar las páginas de mi periódico, repasando los anuncios mientras yo la observaba, echado hacia atrás en mi silla. Se movía con gestos graciosos, y sus dedos eran ágiles y certeros al pellizcar las esquinas de las páginas. Se detuvo en una casi llena de anuncios y se inclinó a mi lado sobre la mesa para seleccionarlos. Aquello era absurdo, pensé. Una pobre broma que estaba llevándome demasiado lejos, pero al percibir el perfume de su pelo, mi visión se vio afectada por una llamarada de excitación, como si se acumulara detrás de mis ojos. De manera que me incliné hacia un lado, apartándome de ella.

Todos los anuncios eran del ancho de una columna y estaban compuestos tipográficamente.

—Aquí —dijo al tiempo que señalaba con el dedo—. Macy's tiene algunas prendas de caballero a precios especiales.

Hice un esfuerzo para olvidarme de su perfume y me acerqué a fin de leer el anuncio. En él ponía que Macy's vendía camisas hechas a medida por noventa y nueve centavos, lo cual me pareció un precio ridículamente bajo, aunque me daba cuenta de que no era así en una ciudad y una época en que un hombre fuerte, sano y sin un oficio especial sólo ganaba dos dólares por una jornada laboral de doce horas. Los cuellos costaban de seis a ocho centavos y los calcetines, dieciocho el par. Cuando llegué al final del anuncio y leí «Nuestros clientes pueden tener la certeza de que en ninguna otra tienda lo encontrará más barato», experimenté un pequeño estremecimiento de placer ante el antecesor del famoso eslógan de Macy's.

—O también podría ir a Rogers Peet —añadió Julia, volviéndose hacia mí; nuestros rostros quedaron tan próximos, que ella se enderezó de inmediato—. Acaban de inaugurar una tienda nueva, más grande —explicó a la vez que regresaba a su sitio en la mesa—, y seguramente tendrán todo lo que usted necesita. —Había una nota de conclusión en su voz, y creí comprender su significado: la ropa de un hombre era un tema demasiado privado para extenderse en él.

—Vale —dije, pues la noche anterior había advertido que la gente utilizaba esa expresión—. Miraré en Rogers Peet —añadí y, cogiendo mi café para dar un último sorbo, di por concluido el tema.

Sin embargo, al levantar la taza, Julia se fijó en mi mano. No estaba tan roja esa mañana. Aun así, en el nudillo central había un hematoma azul, y estaba mucho más hinchada que la noche anterior. La miró fijamente, pero no dijo nada. Pensé que sabía o que intuía la causa; tal vez Pickering hubiera hecho lo mismo en otras ocasiones... Advertí que se había ruborizado, y al principio no supe por qué, pero luego vi sus ojos: estaba furiosa. Dejó de mirar mi mano para trasladar su atención a mi cara.

—¿Sabe dónde está Rogers Peet? —preguntó con voz muy queda. Respondí que

no, y agregó—: Está en Broadway con Prince Street, enfrente del hotel Metropolitan. De todos modos, si nunca ha estado en Nueva York, tampoco sabrá dónde se encuentra eso.

Como mínimo era cierto que no sabía dónde estaba Prince Street y, lógicamente, que nunca había oído hablar del hotel Metropolitan... Negué con la cabeza. Julia asintió y se puso de pie.

—Bien, como voy a ir a la Milla de las Damas, lo acompañaré. —Me apresuré a negar con la cabeza mientras buscaba un motivo para rehusar, y ella se me quedó mirando un momento, luego, con voz suave, preguntó—: ¿Le preocupa Jake?

—No, no me preocupa Jake. Pero él dijo que usted era su prometida.

—Sí. —Julia miró por encima de mi hombro—. Ya lo ha dicho otras veces. —Luego fijó sus ojos en mí—. Pero, tal como le he dicho a él, no soy la prometida de nadie hasta que yo misma lo diga. —Se volvió hacia la sala de estar y el armario del pasillo—. ¿Viene usted conmigo?

Comprendí que no iba a negarme y dejar que ella pensase que Jake me había asustado. Y si iba a dar una respuesta afirmativa decidí que tenía que sonar como si hablara en serio.

—¡Puede apostar a que sí! —exclamé, otra frase que había escuchado en más de una ocasión la noche pasada, y subí por las escaleras en busca del sombrero y el gabán. Ya en la habitación, saqué de mi maletín un pequeño bloc de dibujo y unos lápices, uno de mina dura y otro de mina blanda. Miré de lado mi reflejo en el espejo de la cómoda y eché un rápido vistazo a mi cara. Me sentía contento y excitado, y la emoción hacía que actuase sin lógica alguna, de modo que me encogí de hombros. Sencillamente, los acontecimientos se habían apoderado de mí y me empujaban, y pensé que si no podía evitarlo, al menos podría disfrutarlo.

Julia estaba esperándome en el pasillo. Se había puesto un sombrerito con flores que llevaba atado debajo de la barbilla, un abrigo verde oscuro con una esclavina negra, y ocultaba las manos en un pequeño manguito de pieles. Al oír que yo bajaba, levantó la cabeza y sonrió; su imagen me pareció espléndida, así que no pude evitar devolverle la sonrisa y sacudir la cabeza.

¡Que Dios nos perdone por lo que la ciudad de Nueva York ha perdido con el paso de los años!

Caminamos rumbo al norte hasta la calle Veintitrés. Julia parecía ansiosa y excitada; evidentemente, disfrutaba con la idea de enseñarme los principales sitios de la ciudad. La vi tan inocente, que me conmovió. En la calle Veintitrés doblamos en dirección norte hacia Madison Square y el hotel Quinta Avenida, que se encontraban un par de manzanas más adelante, allí donde Broadway se juntaba con la Quinta. Allí comenzaba la Milla de las Damas, según me informó Julia. De repente, solté una exclamación, un sonido involuntario de puro deleite ante lo que había visto allí

delante. Julia volvió la cabeza hacia mí y sonrió al comprobar que había conseguido el efecto que deseaba.

Para mí, que vivía y trabajaba en Nueva York, Madison Square significaba muy poco: en verano un parque vacío cubierto de césped marrón quemado por el sol, con bancos y caminitos, y que sólo se llenaba al mediodía con la presencia de melancólicos oficinistas que daban cuenta del almuerzo que llevaban en sus bolsas de papel, desierto el resto del tiempo con la excepción de algunos indigentes; en invierno era incluso más sucio, más vacío y más desolado. Por la noche, y en todas las estaciones del año, había que evitarlo, como a todos los jardines públicos de la ciudad. Como máximo, proporcionaba el alivio de un espacio vacío entre kilómetros de calles estrechas como pasillos, encajonadas en medio de las altas paredes de los rascacielos. No daba la sensación de que su presencia tuviera otro propósito ni otro sentido; era un lugar insulso y desagradable.

Sin embargo, en aquel instante, nada más verlo, solté una exclamación de placer, porque la plaza que tenía delante estaba repleta de vida y alegría. Bajo los árboles invernales y las farolas de gas, todavía resplandecientes, había innumerables chiquillos: niñas con sombreritos que llevaban sujetos con chales; niños con gorras cuadradas y provistas de orejeras; niños y niñas con boinas escocesas provistas de borla y unas cintas a cuadros que colgaban por detrás; chiquillos con trajecitos de pantalón largo y gruesas bufandas en torno al cuello; niñas con hirsutos abrigos de pieles; todos con botas o botines, la mitad de las niñas luciendo medias a rayas de brillantes colores, algunas incluso con las manos embutidas en manguitos diminutos. Eran criaturas con extraños atuendos invernales, pero a pesar de todo seguían siendo niños jugando en la nieve, correteando, cayéndose, lanzándose, arrastrándose unos a otros con trineos de madera cuyos patines se curvaban graciosamente hasta convertirse en adornos en forma de cabeza de pájaro, o tendidos boca abajo sobre trineos planos con patines de madera. En los senderos, las niñas se exhibían con su atuendo de enfermera, empujando cochecitos de ruedas altas y radios de madera. Y los adultos paseaban. Se limitaban a andar por Madison Square, entre la nieve y el frío del invierno, por el simple placer de hacerlo, como si estar al aire libre fuera motivo suficiente para disfrutar de ello. Los perros ladraban, correteaban, rodaban y hacían cabriolas, excitados por los saltos y la nieve. Y en torno a aquella plaza llena de vida y movimiento circulaba el más fastuoso desfile de carruajes que se pueda imaginar.

No eran simples coches negros. Entre ellos los había de un maravilloso color marrón o verde oliva, y uno ostentaba un espléndido color amarillo canario, con las ruedas y los guardabarros de un negro brillante. La mayoría de ellos eran cerrados, pero había unos cuantos descapotables, y Julia fue designando sus nombres, algunos tan elegantes como victorias, landós, birlochos, faetones y jardineras. Los conducían

hombres vestidos con librea, sombrero de copa que reflejaba la luz, lustrosas botas y pantalones blancos que asomaban por debajo de chaquetas con botones de plata y faldones que se abrochaban por detrás, y que a veces hacían juego con el color del carruaje. Más de uno de aquellos coches llevaba lacayos, a menudo un par, que iban sentados en la parte de atrás, con los brazos cruzados en actitud de espléndida ociosidad.

Los caballos corveteaban, esbeltos y magníficos, brillantes los arneses, con el cuerpo almohazado y la cabeza altiva por el freno, las crines trenzadas, las rodillas alzándose hasta el pecho. Muchos iban por parejas, absolutamente idénticas: negros, castaños, grises, blancos... Y dentro de aquellos carruajes viajaban las mujeres más elegantes, espléndidas y atractivas que había visto en mi vida. Después de dar un par de vueltas a la plaza iban de compras, me aseguró Julia, por la Milla de las Damas, que se extendía hacia el sur por Broadway.

Nos hallábamos más cerca ahora, y sonreí complacido al ver que aquéllas no eran como las mujeres que se sentaban, oscuras y anónimas, casi ocultándose, en los rincones más profundos de los lujosos y deslumbrantes automóviles conducidos por un chófer. Aquellas damas se sentaban erguidas y sonrientes, exhibiéndose detrás de los brillantes cristales, con aspecto regio y completamente satisfechas con ellas mismas. Era una exhibición descarada, absurda y deslumbrante de dinero y privilegios, pero tan inocente que resultaba encantadora, y sentí deseos de echarme a reír para participar de su júbilo.

A menos de media manzana de la plaza, percibimos también los ruidos que de allí venían: los agudos chillidos de las criaturas al aire libre, el tintineo de los cascabeles de los arneses, el penetrante y altivo golpeteo de los lujosos cascos sobre el pavimento de madera. Y comprobé también que ese día alguien estaba controlando el flujo de vehículos en el cruce de Broadway con la Quinta Avenida. Un policía gigantesco, con un casco muy alto y los guantes blancos, dirigía el tráfico mediante los movimientos enérgicos y graciosos de un delgado bastón, como un director de orquesta, asegurándose de que los carruajes que abandonaban la plaza no se veían interceptados en ningún momento por carros menos elegantes.

Era una escena maravillosa y, al otro lado de la plaza, a través de las ramas desnudas de los árboles invernales, contemplé una tras otra las blancas fachadas de hoteles que me resultaban desconocidos y cuyos letreros podía leer: Quinta Avenida, Albemarle, Hoffman House, St. James, Victoria y, en el lado norte, el Brunswick. Aquello no tenía nada que ver con el Nueva York que yo siempre había conocido, y, volviéndome hacia Julia, exclamé con una sonrisa:

—¡Esto es París!

Ella también sonreía, y su rostro reflejaba mi propia excitación, pero negó con la cabeza.

—No, no es París —dijo con orgullo—. ¡Esto es Nueva York!

Al llegar a la avenida Madison nos detuvimos en la acera, a la espera de que se produjera una brecha en el desfile de carruajes.

—¿Hasta dónde llega la Milla de las Damas? —pregunté, señalando con la cabeza hacia Broadway, que teníamos allí delante.

—Hasta la calle Ocho —contestó, y luego, como si recitara, añadió—: «Desde la calle Ocho para abajo, los hombres lo ganan. Desde la calle Ocho para arriba, las mujeres lo gastan». Así funciona esta gran ciudad, desde la calle Ocho para arriba y desde la calle Ocho para abajo.

Sentí deseos de besarla, y en ese momento se produjo una brecha en la doble hilera de carruajes. Cogí a Julia de la mano, cruzamos corriendo la avenida Madison y entramos en la plaza. De pronto, a través de las puntiagudas ramas de los árboles, distinguí algo en el extremo más alejado del rectángulo; es decir, creí distinguirlo. Una especie de estructura, aunque no era exactamente una estructura, sino otra cosa: una silueta que me resultaba familiar. Avanzamos por un sendero que al frente se curvaba en dirección noroeste, y yo volvía la cabeza hacia un lado y hacia otro, aguzando la vista, tratando de distinguir con claridad lo que atisbaba entre los árboles y la gente, que no paraba de moverse en el sendero, frente a nosotros.

Aún tenía a Julia cogida de la mano después de cruzar la calle, y al detenerme bruscamente tiré de ella, con lo cual se vio obligada a girar sobre sí misma; quedó de cara a mí, con expresión de sorpresa. Yo permanecía inmóvil, mirando al otro lado de la plaza. Por fin sabía qué era lo que estaba viendo, pero me parecía imposible.

Lo que yo veía más allá de los caminitos, aparte de la gente, de los bancos, de la nieve, de las farolas todavía encendidas..., no podía estar allí, y sin embargo allí estaba. Me volví hacia Julia, estiré el brazo todo lo posible para señalar, y exclamé estúpidamente, tan fuerte que un hombre se volvió a mirarme:

—¡Es el brazo! ¡Dios mío! ¡Es el brazo de la estatua de la Libertad! —añadí, y de nuevo di la espalda a Julia para mirar al otro lado de la plaza.

No habría quedado más sorprendido si se hubiese desvanecido en el instante en que había dejado de mirar, pero allí seguía, real e incomprensiblemente: el brazo derecho de la estatua de la Libertad se alzaba, erecto, en el lado occidental de Madison Square, sosteniendo la antorcha iluminada de la libertad por encima de los árboles que lo rodeaban. No podía creerlo. Avancé lo más rápido que pude hasta casi correr, y Julia se apresuró a mi lado, cogida de mi brazo, confusa ante la intensidad de mi interés. Al llegar allí, nos detuvimos justo al lado, y yo eché la cabeza para atrás con el fin de contemplar en toda su longitud aquel tremendo brazo que surgía de una base de piedra rectangular. Nunca me había dado cuenta de que fuera tan grande; de hecho, era gigantesco, un enorme brazo que terminaba en una formidable mano cerrada cuyas uñas eran tan grandes como una hoja de papel de cartas, empuñando

una antorcha tan alta como un edificio de tres plantas. Arriba, asomándose por encima de la recargada barandilla que rodeaba la base de la llama en el extremo de la antorcha, había gente que miraba hacia abajo.

—La estatua de la Libertad —murmuré con una sonrisa de incredulidad—. ¡El brazo de la estatua de la Libertad!

—¡Sí! —Julia reía ante mi reacción, perpleja, divertida—. Hace algún tiempo que está aquí. Lo trajeron de la Exposición del Centenario en Filadelfia. —Lo observó sin interés y, con indiferencia, añadió—: Algún día piensan colocar la estatua completa en el puerto, si es que consiguen recaudar el dinero suficiente para hacerlo... Pero nadie se muestra muy interesado. Hay quienes aseguran que nunca la pondrán allí.

—Bueno, yo profetizo que sí lo harán —exclamé con alegría, imprudentemente—. ¡Y diría que Bedloe's Island es el sitio ideal!

Volví a contemplar el brazo, maravillado de que no tuviera aquella tonalidad vieja y permanentemente verdosa a que estaba acostumbrado, y el cobre aún conservara su color, sólo empezaba a empañarse. El débil sol invernal se reflejaba en los nudillos y el borde curvado de la barandilla de arriba, así como en la punta y un lateral de la antorcha.

A continuación entramos en el brazo y subimos por la estrecha escalera de caracol que había dentro, obligados a avanzar de lado debido a la gente que descendía. Luego salimos a la pasarela circular que rodeaba la base de la antorcha y bajé la mirada hacia Madison Square, aquella maravillosa plaza, alegre, de aspecto invernal. Por encima del lejano casco del gigantesco policía bigotudo y con guantes blancos que dirigía el tráfico, miré hacia el todavía inexistente edificio Flatiron, a lo largo de aquella estrecha Quinta Avenida y de la aún extraña Broadway, y de pronto tuve que cerrar los ojos, arrasados en lágrimas debido a la incontenible emoción que me embargaba.

La Milla de las Damas era fantástica, las aceras y entradas de las grandes y relucientes tiendas para señoras, que se sucedían manzana tras manzana, estaban atestadas de mujeres, de la clase que habíamos visto en la plaza —cuyos carruajes esperaban ahora junto al bordillo—, así como de otras de cualquier clase o edad. Los escaparates estaban situados a baja altura, a poco más de treinta centímetros por encima del nivel de la acera, y muchos de ellos protegidos por una reluciente barra de latón situada a nivel de la cintura; una protección que resultaba necesaria. Las mujeres se apiñaban delante de aquellos escaparates, examinando la mercancía exhibida, y cuando una se apartaba, otra que aguardaba detrás de ella se deslizaba para ocupar su sitio. Seguimos caminando y nos detuvimos a mirar algunos de aquellos escaparates, pero la verdad es que no valían gran cosa. La mayor parte de lo que exhibían eran cintas y telas, que se vendían por metros y a las que desenrollaban de unos tubos de cartón y dejaban caer encima de unas pequeñas plataformas.

Necesité recorrer varias tiendas para darme cuenta de que no había visto ningún vestido en los escaparates, y cuando se lo comenté a Julia, ésta me miró desconcertada.

—Pero si los vestidos se hacen en casa... —respondió.

Los sombreros se vendían en tiendas aparte, y lo mismo ocurría con los guantes. Nos detuvimos ante un escaparate repleto de aquellas prendas, algunas dentro de cajas planas, otras colocadas en brazos de estuco. En algunos de éstos se exhibían guantes para fiesta, abotonados desde la muñeca hasta el codo, y otros incluso más arriba. Di un leve codazo a Julia y señalé un par de color morado.

—Dieciocho botones —dije.

Ella asintió, luego permaneció quieta, mientras movía lentamente los labios a medida que iba contando. Finalmente indicó unos negros.

—Veinte —dijo.

Miré la hilera de arriba, elegí un par de color lavanda y empecé a contar, pero Julia me interrumpió, señalando otro par negro.

—Veintiuno.

Asentí y empecé a contar de nuevo los botones de los guantes color lavanda. Descubrí que tenían veintidós, y cuando se lo comenté a Julia, los dos nos echamos a reír.

—Soy el campeón —dije al apartarnos del escaparate.

—Por supuesto —dijo Julia.

La animación de la calle era fantástica a medida que caminábamos lentamente, que era la única forma de avanzar por aquellas aceras atestadas. Había muchachos que, al igual que peces que luchaban para abrirse paso corriente arriba, iban contra el flujo del tráfico de peatones, exhibiendo carteles publicitarios, entregando folletos a cualquier mano dispuesta a aceptarlos. Y había hombres y mujeres andando, o de pie en los soportales, que vendían cualquier cosa que la gente pudiera desear, y otras muchas en las que ni siquiera se me hubiese ocurrido pensar. A lo largo del paseo realicé unos cuantos bocetos, que posteriormente elaboré en parte. Aquí he incluido algunos.

Por ejemplo, esa muchacha de unos dieciséis años estaba en un portal sosteniendo una tabla de madera con flores artificiales para ponerse en el ojal. Debió de advertir que la observaba, porque al trasladar mi vista del exhibidor a su cara, ella estaba esperando para que nuestras miradas coincidieran. Sonrió esperanzada y, como es lógico, tuve que comprarle una flor. Costaban diez centavos, y cuando se la entregué a Julia, ésta me dio las gracias, pero la miró como si se preguntara qué hacer con ella. Luego la metió en el manguito.

En la misma manzana, un hombre permanecía de pie en la entrada de un edificio, con un cesto a sus pies y en la palma de la mano algo que no llegué a identificar.



Al acercarme a mirar, comprobé que se trataba de un cachorro de perrita lulú, que no debía de medir más de quince centímetros. En la cesta tenía a la venta otros seis, que no paraban de gimotear y retorcerse.



Al apartarme, vi que dos hombres venían hacia nosotros en medio de la multitud. Uno repartía folletos, y ambos llevaban colgando idénticas tablas en forma de emparedado, así como unos gorros de copa alta. Tanto en los gorros como en las tablas, había la misma inscripción: 2 HUÉRFANOS. Tendí la mano para que me entregaran un folleto, pero no lo hicieron, de modo que nunca averigüé qué anunciaba aquella pareja.



En Broadway y la Veinte, al pasar por delante de Lord Taylor, tuvimos que detenernos bruscamente para dejar paso a dos personas que se dirigían a toda prisa hacia el bordillo; se trataba de una espléndida matrona que lucía un pequeño sombrerito plano que se ataba con un lazo debajo de la barbilla, y un abrigo largo ribeteado con pieles, seguida de un hombre sin sombrero —¿un gerente de la tienda, un dependiente?—, que vestía chaqué, cuello de pajarita y pantalones a rayas, y exhibía una sonrisa servil mientras que acarreaba los paquetes de la mujer. El lacayo que aguardaba en el carruaje saltó a la acera para hacerse cargo de ellos.

En la calle Diecinueve pasamos ante una espléndida tienda de mármol blanco, y observé que en una placa de bronce —que habían clavado en los bordes inferiores de la larga hilera de escaparates— rezaba: ARNOLD CONSTABLE Co. Junto a la tienda, una mujer de mediana edad, sentada en un pequeño taburete plegable al lado



de un tramo de escaleras, vendía juguetes que sacaba de una cesta.

Nos cruzamos con un hombre que llevaba un viejo abrigo azul marino del ejército y el típico quepis azul de la infantería —de los que se utilizaban durante la Guerra Civil—, y que iba en dirección contraria al flujo de la gente; colgada del cuello mediante una correa de cuero, llevaba una bandeja llena de manzanas.

Pasamos por delante de una anciana que vendía heleichos; tenía una cesta repleta de ellos, e ignoro para qué servían. Pasamos juntos a un manco de mediana edad, que también llevaba quepis azul y de cuyo cuello pendía un organillo de manubrio que se apoyaba sobre una sola pata.

Con su único brazo hacía girar la manivela. Escuché atentamente para estar seguro y, en efecto, era ¡Sí! ¡Sí! ¡Sí! *La pandilla ya está aquí.*

En ningún momento perdíamos de vista alguno de los grandes relojes que colgaban de recargados pedestales de hierro forjado por encima de la multitud. Recordé que Martin me había dicho que sólo las personas acomodadas llevaban reloj. Éstos eran caros y pasaban de padres a hijos, y luego a los nietos. En aquella época no los había de usar y tirar.

Como mínimo vi media docena de mujeres vestidas de luto, y me refiero a un luto riguroso, absolutamente negro; dos de ellas llevaban, además, tupidos velos negros. También vi muchos cojos y tullidos, gente con muletas y gente con la cara picada de viruela, o con manchas de nacimiento como nunca había visto hasta ese momento.

Pasamos por debajo de unos enormes quevedos de madera, que colgaban sobre la acera para indicar que en el piso de arriba había una óptica. Debían de medir unos dos metros de longitud, estaban pintados de dorado y tras los cristales había unos grandes ojos azules.

Un hombre permanecía de pie junto a una mesa portátil, en el borde de la cual había clavado un cartel, y, en éste, un pájaro dibujado con increíbles adornos, entre los cuales había grandes floreos hechos a plumilla, y de cuyo pico colgaba una cinta curvada. El texto del cartel se hallaba escrito en la cinta, con una escritura tan recargada que apenas podía leerse. En él se informaba que, por diez centavos, el hombre aquél escribiría con la misma escritura recargada, en una docena de tarjetas de visita, el nombre que el cliente quisiera y mientras éste aguardaba.

Pasamos por delante de joyerías, pastelerías, farmacias; de un restaurante llamado Purcell's y de otro llamado Maillar's. Había bastantes tabaquerías, y entre Madison Square y Union Square pasamos ante no menos de cinco o seis hoteles, de los que interminablemente salían o entraban hombres de aspecto importante, tocados con

sombrero de copa y fumando cigarros. Vimos también más carteles colgando sobre la acera: dorados relojes de madera en las joyerías, botas de madera de las zapaterías; delante de cada tabaquería había una estatua de tamaño natural que en la mano sostenía un puñado de cigarros.

Un par de aquellas estatuas representaban a un indio, pero otra bellamente tallada era de un escocés con su traje típico, y también vi la de un jugador de béisbol, un Tío Sam, y una horrible figura con perilla y sombrero de ala ancha, que tomé por Buffalo Bill. Dos de los hoteles tenían, a nivel del sótano, una barbería, y frente a ella, sobre la acera, había un tubo a rayas rojas y blancas, rematado con una gran bola dorada.

Al cruzar la calle hacia el extremo norte de Union Square vimos lo que Julia denominó «una banda alemana», formada por cinco hombres que tocaban un clarinete, una trompeta y otros tres cobres, incluyendo un trombón de varas. Eran verdaderamente buenos, y en el instante en que pasamos todos dejaron de tocar, excepto el trompetista, que ejecutó de manera insuperable una serie de trinos ascendentes y descendentes. Deposité algunas monedas en el sombrero de fieltro que había al pie de uno de aquellos músicos.

Al frente vi que un caballo se salía del tráfico de Broadway y se acercaba al bordillo de la acera para beber en un abrevadero de piedra. Desde la plaza, allí donde Broadway se juntaba con la calle Quince, pasamos por delante del Emporio Literario de Brentano y, aunque no estoy muy seguro de eso, a lo lejos creí divisar un letrero de TIFFANY.

Me volví hacia Julia para preguntárselo, pero descubrí que me miraba con expresión inquisitiva.

—¿Cómo ha sabido lo que era? —preguntó.

—¿Qué era el qué?

—El brazo de la estatua de la Libertad.

Por un instante no supe qué responder. ¿Cómo podía haberme enterado?

—Lo vi en una fotografía.

Julia no dudó de mí.

—Oh, ¿de veras? ¿Dónde?

Bueno, ¿dónde podía haberla visto?

—En el *Frank Leshe's Illustrated Newspaper*. Sólo que no retuve que fuera aquí, en Nueva York.

Ella asintió, luego frunció el entrecejo.

—¿Una fotografía?

—Sí, claro. Estoy seguro que el grabado se sacó directamente de una fotografía.

—Ella asintió muy satisfecha, y yo exclamé—. ¡Mire!

No sabía muy bien qué señalaba, pero tenía que cambiar de tema. Luego descubrí un pequeño grupo de gente de pie ante el escaparate de una tienda y señalé hacia allí.

Nos acercamos. Era el gabinete de un fotógrafo —Sarony— y la gente contemplaba la exposición de fotografías color sepia; eran retratos de actores y actrices con trajes de escena, incluyendo algunas con mallas; también los había de hombres con cabello largo, barba y bigote, políticos, escritores, poetas, generales de la Guerra Civil... Pero la pequeña multitud —algunas personas se marchaban, pero otras se unían a ella— parecía sobre todo interesada en la foto más destacada del escaparate: una enorme fotografía ampliada y montada sobre un caballete, frente al cual habían colocado un jarrón lleno de margaritas.

Aquel rostro me era familiar. Estaba convencido de que lo conocía. Era el de un joven sin sombrero, con el cabello largo hasta los hombros y el esbozo de una sonrisa, en el rostro. Lucía un largo abrigo negro con un enorme cuello de pieles que parecía un chal, y puños, también de pieles, que debían de medir más de un palmo. En la mano sostenía un par de guantes blancos.

—¡Oscar Wilde! —exclamé, y Julia y un par de los allí concentrados me miraron con expresión compasiva.

Después de alejarnos del escaparate, Julia dijo con tono afectado:

—Yo asistí a su conferencia.

—¿A qué conferencia?

—¡No sabe usted nada! Y yo que creía que todo el mundo estaba enterado... La que dio en el Chickering Hall hace un par de semanas.

—¿Oscar Wilde dio una conferencia aquí? ¿Usted asistió a ella? ¿Estaba realmente allí? ¿Qué dijo?

—Oh, el tema era la Inglaterra del Renacimiento... Me temo que no le presté demasiada atención... Jake estaba molesto, y yo lo estaba con él. Casi todo el mundo se echó a reír cuando apareció el señor Wilde, y Jake más escandalosamente que nadie.

—¿Por qué?

—Por el modo en que iba vestido... Lucía una casaca, pantalones hasta las rodillas, lazos en los zapatos y guantes blancos de cabritilla. Además, tenía una cara tan larga...

—Pero ¿qué es lo que dijo? Tiene usted que acordarse de algo.

—Bueno... Habló de Byron, Keats, Shelley, de los prerrafaelitas. Y dijo: «No conocer nada de estos grandes hombres es uno de los elementos necesarios de la educación inglesa», y todo el mundo rió. Creo que eso le gustó, porque añadió: «Ellos poseen tres cosas que el público inglés nunca perdona: juventud, fuerza y entusiasmo». Aquí hubo un fuerte aplauso. Luego añadió: «La sátira les tributa el homenaje que los mediocres rinden a los genios».

—¿Le oyó usted decir esto? —Sonreí a la vez que sacudía la cabeza—. ¿De veras oyó a Oscar Wilde decir eso?

—Por supuesto —contestó con expresión ausente, sin demostrar demasiado interés, pues en ese momento estaba mirando a un anciano que, en la acera, permanecía de pie junto a una urna de cristal colocada sobre un tonel.

El hombre llevaba una barba blanca de pocos días, una pierna de madera y una gorra puntiaguda, de oficial, cuya trenza se había vuelto de color verde.

Mientras nos acercábamos, pudimos ver detrás del cristal un velero con todo el velamen desplegado, navegando entre un mar de olas de tela.

Encima de la urna había un letrero, escrito a mano, que rezaba: EL ÚNICO TRABAJO DE UN MARINO VIEJO Y POBRE.

Nos detuvimos a mirar. El anciano se volvió hacia la urna, empezó a manipular el mango de madera que había en un lateral, y el velero se zarandeó a la vez que las olas se movían en distintas capas alternas siguiendo direcciones opuestas.

El hombre miraba al frente, en actitud paciente, para dar la sensación de que no estaba mendigando, pero al lado del cartel había una caja de madera con una ranura, y yo deposité en ella una moneda. Noté que Julia tiraba de mi brazo, al tiempo que susurraba con aspereza:

—¡Cuentan que posee toda una manzana de casas elegantes en Brooklyn!

Como si me lo debiera, me condujo hacia una enorme tienda que ocupaba toda una manzana de Broadway entre la Novena y la Décima; se llamaba A. T. Stewart's, y nos detuvimos para que yo pudiera mirar.

Conocía esa tienda, sabía que iba a sobrevivir hasta la década de 1950 con el nombre de Wanamaker's, si bien no me había dado cuenta de que fuera de mármol blanco.

Al acercarme descubrí que en realidad era de hierro pintado de blanco. En la misma manzana había un lugar, el museo Bunnell, repleto de carteles escritos a mano: MUJERES GORDAS; ESQUELETOS; ¡ENANOS!; ¡ZULÚES!; ¡DR. LYNN, EL VIVISECCIONISTA QUE CORTA HOMBRES Y HACE REÍR A LA GENTE!

Y frente a Stewart's estaba Jackson's, una tienda especializada en ropa de luto, con sus escaparates repletos de prendas negras para hombres, mujeres y niños, e incluso sombreros de copa con cintas negras de crespón que colgaban por detrás. En uno de los escaparates había un letrero que ofrecía PRECIOS REDUCIDOS POR INVENTARIO, e hice una pequeña broma respecto a que podía resultar económico morirse en aquellos momentos. Julia me miró sobresaltada, luego rió como si fuese una broma nueva para ella, y tal vez lo fuera.

Un hombre de aspecto andrajoso que venía hacia nosotros con una caja de cigarros llena de una especie de bolitas, empezó a hablar, pero Julia le dijo que no con tal brusquedad que lo dejó sin habla. Luego me explicó que vendía «gomas quita grasa», para quitar las manchas de la ropa, pero que no eran efectivas; había comprado una por diez centavos y lo había comprobado. Otro hombre avanzaba

lentamente en nuestra dirección, moviendo velozmente los dedos de las manos.

Cuando estuvo más cerca descubrí que con una mano sujetaba un pequeño aparato, un enhebrador de agujas, y que enhebraba y desenhebraba la misma aguja en una demostración interminable. En las solapas llevaba clavados docenas de aquellos aparatitos, y mientras caminaba anunciaba su mercancía repitiendo una y otra vez:

—Diez centavos, diez centavos, diez centavos.

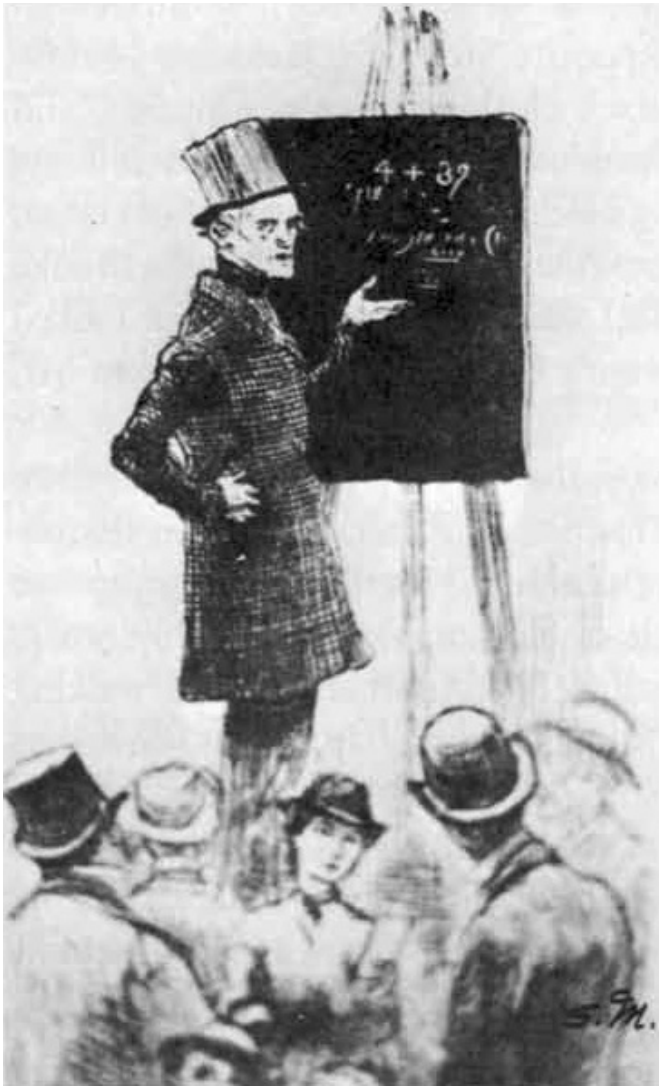
No lejos de él, un turco con un fez rojo, chaquetilla del mismo color con ribetes dorados, pantalones blancos hasta la rodilla y babuchas rojas con la punta curvada hacia arriba, vendía alcanfor. Antes de que llegara a nuestra altura, me volví bruscamente hacia un lado al tiempo que tiraba de Julia; en un escaparate ante el cual había una docena de curiosos, una criatura que no tendría más de dos años colgaba de una especie de COLUMPIO PATENTADO PARA BEBÉS, según informaban los carteles pegados al cristal y en el letrero que había detrás del columpio. La criatura estaba allí sentada, impasible, con un sonajero en la mano, igual que un maniquí viviente, y se me ocurrió que tal vez la hubieran drogado con los preparados de láudano que había visto anunciados en *Harper's*.

Sin embargo, con bebé drogado o no, aquélla era una Milla de las Damas espléndida y emocionante, y antes de llegar al final nos cruzamos con algunos otros viejos conocidos: recuerdo Revillon Frères justo después de



la calle Nueve, y W. J. Sloane entre la Tercera y Bleecker. Y observamos a un «calculador relámpago» que delante de su pizarra, efectuaba cualquier clase de operación aritmética que se le pidiera, y con una celeridad increíble. Era un prodigio. A sus pies tenía una caja de cigarros dentro de la cual había varias monedas, y deposité en ella veinticinco centavos, mientras me preguntaba quién sería aquel hombre..., o quién había sido.

En Bleecker Street, Julia se acercó al bordillo y, ubicándose al lado de una farola para apartarse del flujo de peatones, señaló más allá de Huston lo que dijo era Prince Street, un par de manzanas más adelante, y un edificio nuevo de ladrillo que había en la esquina noroeste. Se trataba de Rogers Peet, según me informó. Allí tenía que dejarme y retroceder para efectuar sus compras. Yo no estaba muy seguro de si debía estrecharle la mano o no, pero lo hice, y ella me la tendió.



—Julia —dije—, éste ha sido uno de los mejores ratos que he pasado en mi vida.

Sonrió ante lo que debió de considerar una enorme exageración por mi parte, pero contestó que también había disfrutado, y pensé que su sonrisa era realmente atractiva. Hubo algo en aquel momento, una especie de intimidad engañosa, que de pronto me armó de valor.

—Julia..., no es posible que considere seriamente la idea de casarse con Jake.

Me miró fijamente y preguntó:

—¿Por qué no?

Se la veía sinceramente desconcertada, sin embargo yo no podía creer que fuera así.

—Bueno..., él es demasiado mayor para usted. Demasiado gordo, demasiado vulgar. ¡Y demasiado ridículo!

Tras una larga pausa, contestó:

—El ridículo es usted. Jake tiene una buena figura para un hombre, está muy lejos de ser un viejo y sabrá mantener una familia. —Apoyó una mano en mi brazo y sonrió—. Una mujer debe tener en cuenta estas cosas, bobo. Es mejor ser práctica que una solterona. —Dicho esto, dio media vuelta y echó a andar Broadway arriba.

La miré alejarse. Excepto por una breve despedida más tarde, ese mismo día, con cualquier excusa que me inventara, aquélla iba a ser la última vez que la viera. Antes hubiese creído que cualquier chica que llevara polisón me habría parecido ridícula, pero Julia, no; lucía absolutamente atractiva con él. Y me di cuenta de que la vestimenta de las personas que se cruzaban conmigo sin parar, incluso los satinados sombreros de copa, era de lo más natural.

Allí delante, Julia ya casi se había esfumado. Hubo un último destello color púrpura de su falda, luego desapareció por completo, oculta por los transeúntes que se interponían entre nosotros, y yo proseguí mi camino.

Habría unas doce manzanas hasta el parque del City Hall, de modo que seguí a pie, pero aun así llegué demasiado temprano. Se había levantado un ligero viento y hacía demasiado frío para sentarme en el parque y esperar. Además, no podía

arriesgarme a que Pickering me viera; tenía que buscar un sitio mejor. Sin embargo, por un instante permanecí junto al pequeño parque mirando hacia el City Hall y el Palacio de Justicia, que se elevaba más allá, maravillándome de lo mucho que se parecían a como los recordaba. También, por el recuerdo que yo tenía, el parque presentaba el mismo aspecto que en mi propio tiempo. De modo que saqué el bloc de dibujo, entré en el parque e hice un bosquejo como referencia: el City Hall y el Palacio de Justicia, los senderos, los bancos y los árboles en invierno. Contemplé el bosquejo por unos segundos y vi que muy bien podría haberlo dibujado en la última mitad del siglo xx.

Pero seguidamente incluí algunos retratos rápidos de transeúntes apresurados, y luego un carruaje, una hilera de cabriolés de dos ruedas esperando clientes en la esquina con Broadway, un enorme furgón pintado de verde y amarillo y tirado por dos caballos al abandonar el edificio de Correos. A través del parque, miré hacia Centre Street y traté de recordar qué aspecto tenía cuando lo vi por última vez; es decir, el aspecto que iba a tener..., cómo el tráfico de aquellos momentos se vería desplazado de las calles por los automóviles que lo seguirían. También incluí eso en mi bosquejo: los automóviles, los enormes autobuses de motores diesel, los grandes camiones que iban a provocar atascos en aquella calle y en todas las demás calles de Nueva York... Por eso mismo no los dibujé como si únicamente siguieran a los vehículos tirados por caballos de aquella escena, sino como si los empujaran.

Seguí paseando; me encontraba en la zona comercial y de oficinas de la parte baja de Broadway, por donde Katie y yo habíamos estado. Crucé la calle y avancé a lo largo del muro occidental del grandioso y absurdo edificio de Correos. Al acordarme del enorme estandarte que anunciaba la presencia de éste, levanté la vista y lo vi flamear en la cúpula. Justo enfrente, de cara al sur, al otro lado de Ann Street, advertí que todos los que pasaban dirigían la mirada hacia lo que parecía una garita de techo en gablete, extremadamente estrecha y de algo más de dos metros de altura. Estaba sobre la acera, delante de la farmacia Hudnut's, en el edificio del *Herald*, y cuando pasé por allí también la miré. En su interior colgaba un termómetro gigante, el mayor que yo había visto, protegido del viento dentro de la garita. Marcaba los siete grados bajo cero; me alegré de conocer la temperatura exacta, pues en cierto modo estaba más interesado por el tiempo de lo que lo había estado nunca.

Allí, a plena luz del día, era mucho más consciente de algo que Katie y yo no habíamos podido ver en la oscuridad: la increíble profusión de cables telegráficos. Como un paleta, caminé a lo largo de media manzana con la cabeza levantada hacia el gris cielo invernal, literalmente oscurecido por centenares de negros cables telegráficos a los lados de la calle, y que de vez en cuando la cruzaban en grupos de doce, creando una asombrosa confusión. Los postes de telégrafo brotaban de la acera a pocos metros uno de otro; algunos tenían hasta catorce travesaños repletos de cables

—me entretuve en contarlos—, y observé que cada poste estaba marcado con el nombre de la empresa que lo había instalado allí.

El tráfico era muy denso, retumbaba y avanzaba pesadamente sobre los adoquines, y entonces caí en la cuenta de que aquélla no era una calle muy ancha, sino bastante estrecha, lo cual no ayudaba en nada a la descongestión. Había muchos carretones de lecho plano que transportaban barriles o cajas. Uno que llevaba el rótulo de CAJAS DE CAUDALES MARVIN'S CO., transportaba embalada una enorme caja fuerte; la vi a través de los listones, completamente nueva, negra y reluciente, con una escena de vacas en un prado recién pintada en la parte superior de la puerta. Mientras la observaba, un chiquillo corrió tras el carretón, trepó por el portón de atrás y se sentó a horcajadas encima de él, consiguiendo que lo llevaran gratis a donde quiera que fuese. En la misma manzana vi pasar un furgón de carga: una enorme caja sobre ruedas pintada de rojo, cuyo conductor se sentaba en un asiento elevado por encima de la grupa de los caballos. En un lateral, debajo del letrero pintado que rezaba HERMANOS BUTLER, MUDANZAS, había un gran paisaje encerrado en un recargado marco dorado. No se trataba de una escena pastoril, sino de un duelo de centelleantes cañones sobre unos veleros con todo el velamen desplegado, y en el óvalo situado en la parte inferior habían escrito: LA BATALLA DEL LAGO EIRE. Las decenas de diligencias que circulaban calle arriba y calle abajo por Broadway eran muy similares a los buses de la Quinta Avenida, sólo que iban pintadas en rojo, blanco y azul, y en los laterales lucían paisajes, en su mayor parte de tema pastoril y bastante más sucios de barro. Pero su apariencia era totalmente distinta, y me gustaba la idea de decorar con paisajes las cosas más corrientes. Llegué a la conclusión de que los monstruosos camiones diesel del siglo XX se verían mucho mejor si se los pintara de esa manera.

Había muchas carretas ligeras de reparto tiradas por un solo caballo, y entre el tráfico comercial destacaba de vez en cuando un elegante carruaje en dirección al distrito residencial de la ciudad; supuse que a la Milla de las Damas. Y mirara hacia donde mirase veía carteles con los nombres de las empresas de las paredes de cuyos edificios colgaban. La mayoría estaban escritos con letras negras sobre fondo blanco o letras doradas sobre fondo negro, y sobresalían encima de las aceras. O estaban sujetos mediante cables a los salientes, justo debajo de las hileras de ventanas, ligeramente inclinados hacia abajo para que pudieran leerse desde la acera o desde los carros.

Me gustaba aquella calle; era variada e interesante de contemplar. Las entradas de bastantes edificios se encontraban a unos cuatro o cinco peldaños por encima del nivel de la acera, y los anchos escalones a menudo se hallaban separados por una barandilla de bronce que los dividía en una sección para entrar y otra para salir. Por lo general, en los semisótanos había uno o más despachos, o una barbería, o un

restaurante; cosas así. Y las escaleras para bajar estaban protegidas mediante verjas de hierro negro, con una hilera de pinchos en el lado de la calle para impedir que los haraganes se sentaran encima. Los edificios estaban contruidos con cualquier material adecuado. Había mucho ladrillo y madera, algunos tenían toda la fachada de hierro forjado, que a menudo alcanzaba una altura de tres y cuatro plantas; pero también los había de mármol y granito, de piedra caliza de color rojizo, e incluso de estuco. Y pertenecían a distintos períodos... Entre los edificios nuevos de oficinas, de cuatro y cinco plantas, había también muchas casas pequeñas y más modestas, sin duda pertenecientes a tiempos muy anteriores. En los pisos superiores se veían antiguas ventanas de gablete, pero las plantas bajas habían sido transformadas en tiendas con escaparates de cristal. Frente a uno de estos escaparates se concentraban una decena de hombres, y me uní a ellos. Una muchacha de aspecto formal y algo turbada, que en ningún momento miró hacia nosotros, estaba mostrando el funcionamiento de una máquina de escribir. Se trataba de un artefacto extraño, muy alto y casi completamente abierto, que exhibía sus mecanismos y estaba decorado aquí y allá con arabescos rojos y dorados. Adheridos al cristal con bolitas de engrudo, había ejemplos de su trabajo, textos que alababan la máquina, su rapidez y su superioridad respecto a la escritura manual. Todos continuamos mirando hasta que ella concluyó aquello que estaba mecanografiando, una breve carta comercial.

—Pronto no habrá quien lo pare —dijo un hombre volviéndose hacia mí—. Ya lo verá.

Pero yo negué con la cabeza.

—No, nunca se harán populares del todo... Les falta el toque personal —repliqué, y él quedó pensativo.

Me alejé del escaparate. Las aceras estaban repletas de gente, en su mayoría hombres. ¿Había más personas obesas, o incluso gordas, que a finales del siglo xx? Al menos ésa fue mi impresión. Vi docenas de chiquillos —¿por qué no estaban en la escuela?— que corrían veloces entre la gente, luciendo uniforme de mensajero; eran el equivalente del teléfono para la época, pensé. De vez en cuando pasaban otros muchachitos, no mucho mayores, que acarreaban sacos de lona llenos de lo que parecía auténtico dinero; incluso podía oír el tintineo de las monedas en su interior. Pero también los había más jóvenes, de sólo seis o siete años, a menudo cubiertos de harapos, con la cara y las manos muy sucias. Algunos de esos chicos se dedicaban a la venta de periódicos, y oí que anunciaban los de la mañana —*Herald, Times, Tribune, Sun, World*—, así como la primera edición vespertina de otros muchos —*Daily Graphic, Staats Zeitung, Telegram, Express, Post, Brooklyn Times, Brooklyn Eagle*—, y varios que no consigo recordar. Todos publicaban columnas con titulares relacionados con el veredicto sobre Guiteau, y a menudo escuché el nombre de éste en boca de los que se cruzaban conmigo. Otros chiquillos, los más pequeños, daban

lustre a zapatos y botas valiéndose del equipo que llevaban colgando del hombro con una correa. Entonces se me ocurrió que aquéllos eran los muchachitos sobre los que escribía Horatio Alger, y recordé que en esa época él aún vivía; tal vez en esos momentos estuviera escribiendo *Tom, el limpiabotas*. Pero los rostros luminosos, anhelantes y alegres que él describía yo no los veía por allí. Aquellos rostros, incluso los de los chiquillos de seis años, eran resueltos y sagaces, astutos y al acecho, como tenían que ser —creí advertirlo en sus caras— si querían comer esa noche. De repente, varios hombres se detuvieron en la acera, se acercaron al bordillo, sacaron sus relojes y luego, echando la cabeza hacia atrás, se quedaron mirando al otro lado de la calle, con el reloj todavía en la mano. Y cuando yo me preguntaba por qué lo harían, más hombres subieron a la acera y sacaron el reloj del bolsillo. En menos de un minuto, varios centenares de hombres se alinearon junto al bordillo en varias manzanas a lo largo de Broadway, mirando desde el reloj que mantenían abierto en la mano hasta el tejado de uno de los edificios más altos de la zona.

El tejado era una compleja estructura de torres con gabletes cubiertos de ripia, y ventanas piramidales de varios tamaños. En el centro, sobresaliendo por encima de las demás, había una recargada torre cuadrada, rodeada en su base por una plataforma vallada. En un lateral de la torre había un círculo, donde leía COMPAÑÍA DE TELÉGRAFOS WESTERN UNION. Entonces me di cuenta de que muchos de los cables que corrían paralelos a la calle tenían su origen en aquel tejado. En la cúspide de la torre sobresalía un mástil en el cual flameaba la bandera de Estados Unidos, y en la punta de éste, justo detrás de la bandera, divisé una brillante bola roja. Por lo visto la bola tenía un agujero en el centro —lo mismo que una rosquilla—, que se ceñía en torno al mástil. Era visible desde varios kilómetros a la redonda.

Ignoraba qué estaba ocurriendo, pero saqué mi reloj —vi que faltaban dos minutos para las doce— y aguardé, tal como hacían centenares de otros hombres a lo largo de Broadway. De repente se produjo un murmullo simultáneo, al tiempo que la bola roja bajaba deslizándose por el mástil hasta su base.

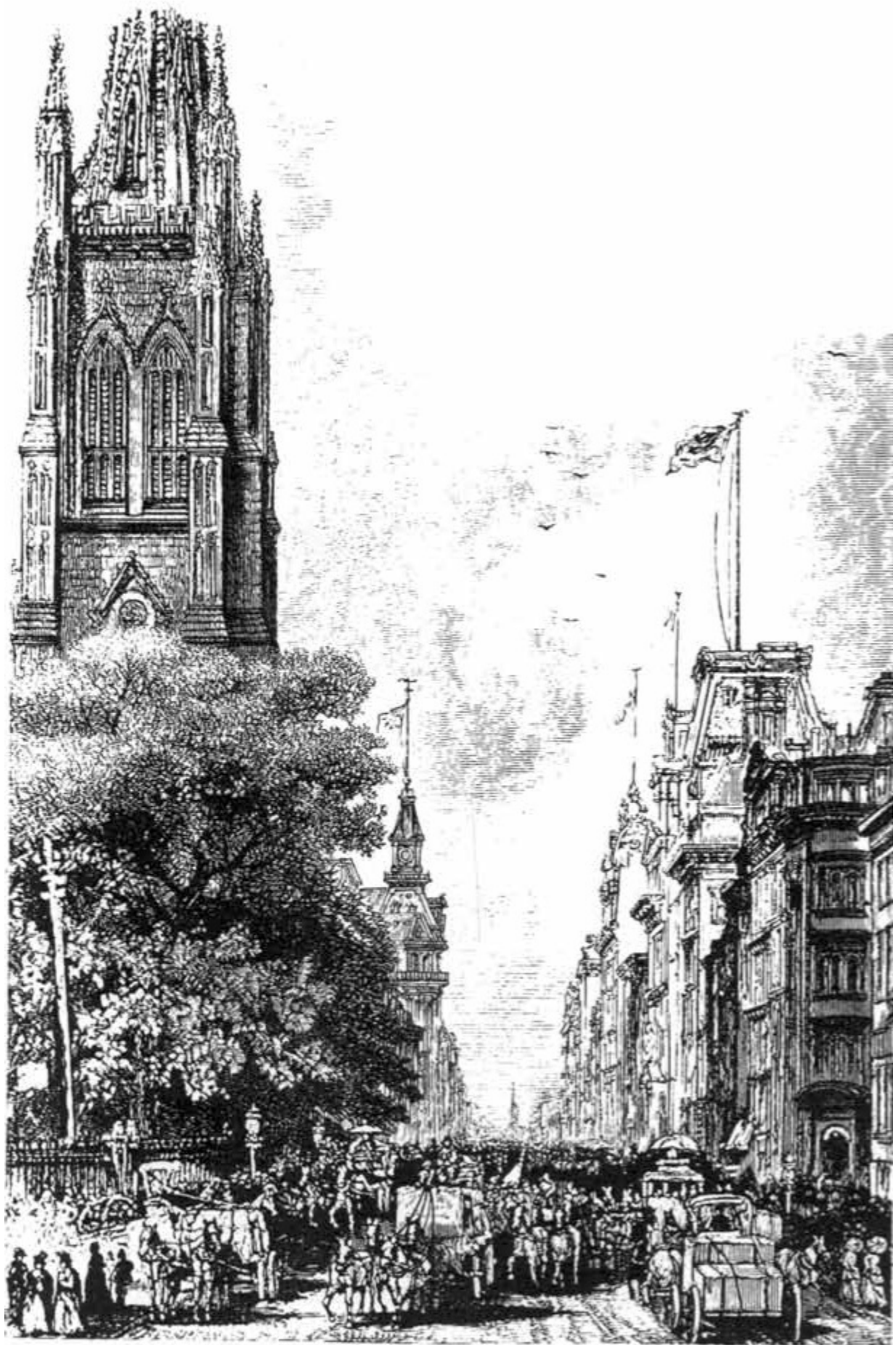
—Mediodía en punto —murmuró el hombre que tenía a mi lado, y puso en hora su reloj.

Hice lo mismo, adelantando el minuterio, y alrededor de mí escuché el sonido de las tapas doradas de los relojes al cerrarse. Los centenares de hombres que se habían detenido al borde de la acera giraron sobre sus talones, se convirtieron en parte del flujo de transeúntes y yo sonreí complacido. En aquel ceremonial que por un momento había sido capaz de aunar a centenares de hombres, había algo que me cautivó poderosamente.

Entonces, justo después de las doce, una melodía —un carillón— empezó a sonar a mis espaldas, y de inmediato la reconocí: era *Piedra eterna*. Me volví hacia atrás y sonreí, pues en la calle, un poco más abajo, había descubierto el origen de aquella

música. Se trataba de una vieja conocida, la Trinity Church, cuyas campanas sonaban nítidamente en el aire invernal, y me encaminé hacia allí. Luego, a unos cien metros al otro lado de la iglesia, con la espalda apoyada en un poste de telégrafos y fuera del paso de los peatones, realicé un bosquejo rápido de referencia, que finalizaría mucho después. Había dibujado aquella iglesia otras veces, pero en esa ocasión, de manera increíble, el campanario se elevaba oscuro contra el cielo, más alto que cualquier edificio que hubiese a la vista. Lo terminé y realicé unas notas al margen para la obra definitiva.

Mientras le echaba una ojeada, un muchacho vestido con uniforme azul de botones dorados se detuvo por un momento a mi lado, miró el boceto, asintió con la cabeza y siguió andando. Éste es el dibujo definitivo. Lo reproduje con total exactitud, salvo por las hojas de los árboles añosos, que incluí para resaltar con mayor detalle la esbelta silueta de éstos. La que ven es la calle Broadway que yo recorrí: a media distancia, a la izquierda, pueden apreciar el edificio de la Western Union, minutos después de que la bola del tiempo se deslizara hasta la base del mástil de la bandera.



Si Morley

Mientras retrocedía, examinando mi boceto, tuve la tentación de detenerme y añadir los fantasmas de los enormes rascacielos que algún día rodearían Trinity Church, enterrando el campanario al final de un desfiladero. Pero en aquellos momentos pasaba ante la entrada de la iglesia, y cuatro o cinco hombres que deambulaban por la acera interpretaron correctamente lo que me interesaba y me abordaron:

—¡Visite el campanario, señor! ¡Es el sitio más alto de la ciudad! ¡La mejor vista de la ciudad!

Aún disponía de tiempo, de modo que asentí en dirección a uno que parecía necesitar el dinero más que los otros.

Entramos y me condujo por una empinada e interminable escalera de caracol hasta llegar al carillón, luego pasamos las campanas, tan ensordecedoras que resultaba imposible diferenciar las notas por separado. Finalmente, ya arriba, llegamos a una pasarela de madera que circulaba por debajo de varias ventanas abiertas y estrechas. Me dolían las rodillas e intentaba disimular los jadeos. Tendí la mano hacia la repisa de una de las ventanas, para comprobar si era segura, y mi guía se echó a reír.

—Esperaba que lo hiciese. No hay un hombre de cada diez que no lo pruebe antes de apoyarse en él. Los hay que no se acercan ni a medio metro, si las ventanas están abiertas. Y ha habido señoras que se han mareado sólo con mirar hacia abajo.

El guía continuó con su cháchara mientras yo asomaba la cabeza; el campanario tenía una altura de ochenta y seis metros, me dijo, y era el punto más elevado de la ciudad, unos cinco metros más alto que las torres del puente de Brooklyn. Además, la iglesia estaba construida sobre un terreno más elevado; cada año cinco mil personas como mínimo visitaban aquel campanario, probablemente más, pero muy pocas se atrevían a hacerlo solas, y nunca nadie había intentado suicidarse saltando desde allí arriba, etcétera, etcétera, etcétera, mientras yo contemplaba la parte alta de la bahía.

El cielo era gris luminoso, la atmósfera muy nítida, y todo se perfilaba con claridad. Por encima de los tejados más bajos podía ver los dos ríos, el agua —sobre todo la del Hudson— rizada, gris como el plomo machacado. A mi izquierda, alineados en South Street, había centenares de mástiles. Observé los transbordadores, cuyas enormes ruedas de palas agitaban las aguas. Contemplé los campanarios de las iglesias, que sobresalían, allí donde mirase, por encima de las azoteas. Vi la sorprendente cantidad de árboles, en especial hacia el oeste, y de nuevo pensé en París. Y bajé la vista hacia las aceras, las cabezas de los transeúntes que paseaban por Broadway, los diminutos círculos de la copa de sus sombreros, balanceándose y centelleando bajo la clara luminosidad invernal. Y en la ventana de enfrente miré hacia la zona alta de la ciudad, por encima del techo del edificio de Correos, en dirección al parque del City Hall. Más allá, hacia el este y recortándose nítidamente

contra el cielo, se elevaban las grandes torres de piedra recién tallada que servían de soporte a los inmensos cables de los que colgaría la calzada del puente de Brooklyn. En aquel momento podía ver a los operarios moverse por los andamiajes temporales de madera, cruzar aquí y allá los gigantescos boquetes de la calzada sin terminar, y el río, mucho más abajo, perfectamente distinguible.

Era indudable que desde donde me encontraba tenía una vista extraordinaria de la ciudad, comparable a la que podría disfrutarse desde el Empire State en el futuro. Pero no había nada risible en la comparación, pensé, pues me hallaba en el sitio más alto en aquellos momentos, aunque con el tiempo quedase sumergido entre otros edificios increíblemente más altos. Y si un día iba yo a subir noventa y tantos pisos para contemplar una lóbrega vista de un Nueva York envuelto en niebla, en vez de aquella visión más próxima y brillantemente definida de una ciudad mucho más agradable, entonces ¿dónde estaba lo risible? Deseé hacer un boceto de aquella vista, pero me habría llevado horas sólo el esquema, y ahora tenía que darme prisa. Abajo, le entregué a mi guía una moneda de veinticinco centavos, lo cual lo hizo muy feliz. Luego, con paso rápido, regresé al parque del City Hall.

A las doce y veinticuatro minutos, de pie ante una ventana posterior de la planta baja del edificio de Correos, mientras miraba hacia el norte a través de la calle, en dirección al pequeño parque y a la gente que se movía por los senderos que se entrecruzaban, caí en la cuenta de lo insólito que era lo que yo estaba haciendo. Mientras permanecía ante aquella sucia ventana, me acordé de la nota que había visto en el piso de Katie, del papel amarillento en los bordes, de la tinta que en el pasado había sido negra y ahora estaba oxidada por el tiempo. Y el encuentro que iba a celebrarse en aquel parque, concertado mediante aquella nota, se convirtió de pronto en un acontecimiento antiguo, viejo desde hacía muchas décadas, y definitivamente olvidado.

¿Era posible que hubiese ocurrido realmente? Me costaba creer que fuera a suceder. Gente desconocida seguía entrando y saliendo de aquellos jardines y de las aceras que lo rodeaban. Justo enfrente, al otro lado de la calle que había a la derecha, en Park Row, se levantaba el edificio de cinco plantas del *New York Times*, que yo había visto la noche en que me dirigía con Katie hacia la estación del Elevado, y de nuevo se me hizo extraño pensar que seguía en pie en el Manhattan del siglo xx. En aquellos momentos, a la luz del día, leí los largos y estrechos letreros, suspendidos justo debajo de la repisa de las ventanas, pertenecientes a otros inquilinos del edificio: BOSQUES, RÍOS, CAZA Y PESCA... HNOS. LEGGO... El edificio del *Times* compartía un muro con otro edificio de cinco plantas que estaba exactamente detrás, casi al otro lado de la calle a mi derecha. Se trataba de un edificio corriente, con ventanas altas y estrechas, y la fachada —parecida a la del *Times* y a muchos otros edificios similares de la zona— repleta de pequeños carteles escritos en dorado sobre negro o en negro sobre blanco, que colgaban debajo de las ventanas de los inquilinos. Entonces bajé la vista hacia la entrada situada al nivel de la calle, y allí, de pie, descubrí a Jake Pickering.

Me encontraba dentro de la oficina central de Correos, al otro lado de la calle, en el lado sur del parque del City Hall. El portal donde se hallaba Jake Pickering se metía dentro del edificio, a un par de metros de la calle y en lo alto de tres peldaños por encima del nivel de la acera. Estaba casi en línea recta a mi derecha, de modo que me resultaba fácil verlo, aunque esto resultaría imposible desde el parque; así que no se molestaba en ocultarse, allí de pie en lo alto de los peldaños, apoyado contra el muro de la entrada. Desde su atalaya vigilaba los jardines del centro de la plaza que tenía enfrente. Luego, al parecer satisfecho de su escrutinio, salió a toda prisa, avanzó por la acera y, esquivando el tráfico, cruzó Park Row. A continuación entró

directamente en el parque y se dirigió hacia el centro, donde convergía la mayoría de los senderos. Allí se detuvo, el bombín en la parte posterior de la cabeza, el gabán sin abrochar, las manos metidas en los bolsillos del pantalón, sujetando entre los dientes un cigarro que mantenía inclinado hacia arriba, y esperó.

Transcurrieron cinco minutos. Yo podía ver la respiración de Pickering. Hacía frío allí fuera y, al notarlo, empezó a pasear lentamente arriba y abajo en todas las direcciones, a lo largo de unos diez metros a partir del centro del parque. Pero no se abrochó el gabán, ni sacó las manos de los bolsillos ni el cigarro de la boca. De vez en cuando le daba una chupada, y el humo se mezclaba con el vaho de su respiración. Me di cuenta de que adoptaba la pose de un hombre tranquilo. Y lo hacía bastante bien, su postura y su andar lento, todo en él indicaba que estaba relajado y satisfecho, que ni siquiera se daba cuenta del frío.

Pasaron otros cinco minutos. Al otro lado del parque, el reloj del City Hall marcaba las doce y treinta y cinco... Cuando volví a mirar hacia abajo, vi que el segundo hombre había entrado ya en el parque y avanzaba con paso rápido en dirección al centro. Supe que el borrón azulado que llevaba en la mano enguantada (el acontecimiento ya no pertenecía al pasado, y un escalofrío recorrió mi espalda cuando comprendí que yo estaba allí, presenciando aquella escena) era el sobre que había visto a Pickering meter en el buzón. Ahora estaba en manos de otro hombre, que lo utilizaba para darse a conocer.

Pickering lo vio y avanzó hacia él. Mi rostro se hallaba tan cerca de la ventana, que el aliento empañaba el sucio cristal, y con pesar me vi obligado a apartarme unos centímetros. Ahora Pickering sonreía, y se detuvo frente al otro hombre. Mientras éste guardaba el sobre en el bolsillo interior del gabán, Pickering se sacó el cigarro de la boca y comenzó a hablar, según advertí por el movimiento de su barba; a continuación fue la barba del otro la que se movió, al parecer mientras su dueño respondía. Desde la distancia en que me encontraba podrían haber sido hermanos gemelos de negra barba, de pie en medio del sendero, cada uno con su sombrero de copa y vestidos de manera casi idéntica, los dos con el porte solemne de la época. Ambos echaron un vistazo alrededor, examinando el parque, y tuve que resistir el impulso de agacharme para que no me vieran. Luego Pickering señaló un sitio determinado y ambos avanzaron en diagonal por el parque, hacia mí y hacia un banco protegido del viento por la base de una estatua, contra la cual se apoyaba. Al llegar allí se sentaron, a medias ocultos detrás de la base de la estatua; yo sólo podía ver de ellos una rodilla y un hombro.

Tenía que oír qué decían, era imprescindible que lo hiciese, de modo que salí presuroso por la puerta trasera y crucé la calle corriendo detrás de la compuerta de cola de un carretón cargado con barriles de cerveza. Entré en el parque del City Hall y me dirigí hacia la base de la estatua. Me aposté allí, con la espalda casi pegada a la

piedra, volviendo de vez en cuando la cabeza hacia un lado y otro, con el entrecejo fruncido, como si esperase a alguien que llegaba con retraso.

—No entiendo por qué —decía una voz tono razonable—. Estamos por debajo del punto de congelación, el frío aumenta por momentos y para colmo hay viento. En un día así, nadie se sienta en un parque... Si no tiene usted despacho propio, al otro lado de la calle está el Astor House. Puedo invitarlo a tomar algo en el bar.

—Oh, tengo despacho propio —replicó la voz de Jake Pickering, y dejó escapar una risita ahogada—. Bueno, no tanto como un despacho. Nada comparable al suyo, se lo garantizo. No obstante, le gustaría verlo, ¿verdad? Pues no lo verá; todavía no... Y es cierto, nadie se sienta en un parque en un día así; pero precisamente por eso es que estamos aquí. Lo que tengo que decirle debe quedar estrictamente entre los dos. El tema es el mármol de Carrara, y es eso lo que ha traído aquí, a pesar del frío, al siempre eminente Andrew Carmody.

—Me ha traído aquí —replicó el otro, llanamente—, pero no para que juegue conmigo. De modo que guárdese las observaciones sobre mi eminencia y dígame sin más dilación qué pretende. De lo contrario me levantaré y me marcharé, y podrá usted irse al infierno.

—¡Ya basta! Tendrá usted que perdonarme, pero he llegado a la culminación de varios años de trabajo y estoy disfrutando de mi pequeño triunfo...

—¿Qué quiere usted?

—Dinero.

—Por supuesto. ¿Y quién no? Vaya al grano.

—De acuerdo... ¿Un cigarro?

—No, gracias; fumaré de los míos.

Se produjo un silencio, el chasquido de una cerilla, el sonido de unas chupadas a los cigarros para encenderlos. Pickering fue el primero que volvió a hablar.

—Trabajo en el City Hall como oficinista, en el escalafón más bajo del Ayuntamiento. Sin embargo, yo mismo busqué ese trabajo, despreciando otros empleos más remunerativos. Imagino que se preguntará usted por qué razón.

—No me lo pregunto —replicó Carmody, y oí que daba una chupada a su cigarro—. Pero prosiga.

—La razón es Tweed —dijo Pickering bajando el tono de voz—. ¿Se sorprende usted? Él está pudriéndose en la cárcel, su camarilla ha sido aplastada y casi nadie se acuerda de ella. Sin embargo, hace sólo unos años no pasaba un día sin que el *Times* no hablara del cenagoso rastro de la Camarilla de Tweed, ¿recuerda? Bien, ¿quién robó más de treinta millones a la ciudad? ¿Fue sólo Tweed? ¿O también Sweeny, Connolly y A. Oakey Hall? No... Tweed tenía cientos de ayudantes voluntariosos, todavía sin desenmascarar, cada uno de los cuales obtuvo su parte del botín, ya fuera grande o pequeña. Así que, ¿cuál es el motivo de que haya pasado dos años en un

trabajo tan poco apropiado para mí, como archivero del Ayuntamiento? —La voz de Pickering bajó todavía más, con un tono cargado de dramatismo—. Porque era allí donde estaban los rastros cenagosos.

Yo me mantenía alerta, casi sin aliento, atento a cualquier palabra... y aun así, en el fondo de mi mente había algo que me importunaba, y al reconocerlo me vi obligado a sonreír. En la forma de hablar de Pickering, en las palabras y frases que utilizaba, había algo más que simple dramatismo. Había melodrama. Creo que todos, en general, actuamos como suponemos que debemos hacerlo. En la universidad yo había tenido, no un profesor, sino dos, que cuando escuchaban se retrepaban en su asiento y juntaban las manos, dedo con dedo, en una actitud supuestamente docente. Y tenía un amigo, un jugador compulsivo, que a menudo se quedaba ensimismado mientras hacía saltar una moneda al aire y luego la atrapaba, con el rostro completamente inexpresivo... En aquellos instantes, Pickering y Carmody interpretaban sus papeles basándose en una época en la que las convenciones melodramáticas de los escenarios eran ampliamente aceptadas como una representación de la realidad. Terriblemente serios, enfatizando cada palabra, imagino que ambos apreciaban también su propia actuación.

—Los rastros cenagosos —prosiguió Pickering— serpenteaban de un pasillo a otro entre los archivos. ¡Me di cuenta de ello! —exclamó orgulloso—. Me di cuenta de que la corrupción de la Camarilla de Tweed estaba tan extendida, y tenía tantas ramificaciones, que nunca se podrían destruir todas las pruebas. Sabía que éstas aún tenían que existir, literalmente enterradas bajo toneladas de viejos archivos, y que sólo si era lo bastante astuto podría reconocerlas cuando las encontrara, y encajar todas las piezas como en un puzzle navideño. ¡De modo que me convertí en el más diligente de los archiveros del City Hall!

—Muy encomiable, pero..., si busca usted trabajo, vea a mi contable.

Entonces escuché un ruido que reconocí: el chasquido metálico de la tapa protectora de un reloj al abrirse para descubrir la esfera, luego el golpe ligeramente distinto al cerrarla.

—Sí, es usted un hombre de negocios muy ocupado —replicó Pickering—. Pero ahora no tiene nada más importante que hacer, señor Carmody, que escuchar lo que tengo que decirle. ¡Y tan detalladamente como me dé la gana! —Se produjo un silencio, luego Pickering prosiguió con voz pausada—: Mes tras mes, he pasado horas interminables en las salas de los archivos buscando estos rastros sobre el polvo de los años. Descubriéndolos y siguiéndolos a medida que emergían, perdiéndolos, volviendo a encontrarlos días o semanas después, en medio de miles de facturas falsas, cheques de banco devueltos, albaranes, mensajes incriminatorios, memorandos y cartas... He conservado lo mejor de esos rastros, señor Carmody. ¡Sacándolos del City Hall! Un documento o dos cada vez, ¿entiende? Metiéndomelos en el bolsillo y

luego llevándomelos a mi despacho durante la media hora del almuerzo. O, sencillamente, enviándomelos por correo, para incluirlos en mis archivos durante muchas de las largas noches que he pasado ante mi escritorio, estudiando y clasificando todos esos documentos.

»Sin embargo, la mayor parte de lo que averiguaba no servía de nada. ¡Las evidencias eran concluyentes y completas! ¡Pruebas irrefutables de la corrupción más evidente! Pero entonces descubría que el bribón había muerto un par de meses atrás. A otros no los encontraba en absoluto; seguramente se habían trasladado a vivir a otros territorios o a Canadá. De algunos descubría que aún vivían aquí, en Nueva York, pero ya no eran ricos, sino que estaban arruinados. Mientras que en otros casos las pruebas que había hallado, aunque bastante claras, resultaban insuficientes. Por mucho que buscaba, nunca conseguía obtener la prueba final... De modo que todos aquellos rastros cenagosos, señor Carmody, fueron mermando cada vez más. Sin embargo, uno destacaba por encima de los otros: el de un oscuro contratista a quien se le había pagado para proveer e instalar el mármol de Carrara necesario para adornar los pasillos, salones y antesalas de nuestro Palacio de Justicia. Toneladas de espléndido mármol de Carrara importado de Italia... Al menos eso es lo que ponen las facturas y albaranes que he encontrado y en los que aparecen los sellos de las aduanas. Junto a facturas de los honorarios pagados a docenas de obreros, en las que figuran sus nombres y direcciones, y donde se informa de las semanas que invirtieron en su instalación y acabado. ¿Le gustaría ver una de esas facturas? Aquí la tiene.

Escuché el crujido del papel, siguió un silencio de varios segundos, y luego se oyó la voz de Carmody.

—Bien, ya la he visto.

—¡No, puede usted conservarla, señor! Como recuerdo... Tengo muchas más.

—No lo pongo en duda. Es precisamente por esto que estoy dispuesto a devolverle ésta.

—No la quiero. ¿Piensa que tal vez voy a devolverla a mis archivos? ¿Mientras usted me sigue y descubre dónde las guardo? Le aseguro, señor, que si regreso a mi despacho será únicamente para una visita final. Y ésa será con el propósito de entregar el archivo completo al contratista del que le hablo.

Se produjo un nuevo silencio que duró unos segundos, luego Pickering dijo con voz queda:

—Por modestas que fueran sus ganancias comparadas con las de Tweed, hicieron del contratista un hombre rico. Porque las invirtió en propiedades inmobiliarias de Nueva York y ahora, pocos años después, posee millones. ¡Millones! Y una mujer que, según me han dicho, disfruta de cada uno de esos dólares y de la ayuda que le prestan para ascender en la escala social. Señor Carmody, acompañeme hasta el Palacio de Justicia, por favor. —Tengo la certeza de que Pickering había señalado con

la cabeza en dirección al Palacio de Justicia, que se alzaba justo detrás del City Hall —. Allí lo examinaremos juntos, salón por salón, tal como yo lo he examinado. A veces asistía a los juicios como mero espectador y recorría la sala con la vista en busca de mármol; o de pie en las oficinas, mientras aguardaba mi turno para formular una pregunta, mis ojos registraban cada una de las superficies del salón... Lo he examinado planta por planta, pasillo por pasillo. He mirado incluso en los armarios del portero y en los retretes. Y si es usted capaz de señalarme un solo palmo cuadrado de mármol de Carrara, o de cualquier otro tipo, con el que usted, contratista Carmody, haya cubierto el Palacio de Justicia, le doy mi palabra de que nunca más volveré a importunarle.

La respuesta surgió en un tono monótono, inexpresivo:

—¿Qué es lo que quiere?

—Un millón de dólares —contestó Pickering, en voz baja, saboreando cada palabra—. Ni más, ni menos. Es todo cuanto necesito para emprender el camino que usted siguió hacia una riqueza muy superior.

—No es descabellado, supongo. ¿Cuándo?

—De inmediato. Dentro de veinticuatro horas... ¡No sacuda la cabeza, señor! — chilló Pickering, irritado—. ¡Usted tiene esa cantidad! ¡Mucho más incluso!

—No en efectivo, estúpido. —La voz de Carmody sonó con furia controlada—. La tengo, sí, y se la pagaré. Si es que puede obtener y entregarme las pruebas de que me habla. Pero mi dinero se halla invertido en bienes raíces... Todo. ¡No dispongo de efectivo!

—Por supuesto que no. Eso era de esperar. Pero la solución es muy simple: venda alguna de sus propiedades.

—No es tan sencillo. —Contestó el otro, apretando los dientes—. Obtener de mis propiedades un millón en efectivo no puede hacerse así como así. Tanto si lo entiende como si no, éste no es el momento; en todos los aspectos. Mi dinero está congelado. En un piso enorme, de estilo francés, inacabado. Una ganga... Sin embargo, los trabajos han tenido que suspenderse durante el invierno; incluso el estucado necesita un tiempo más cálido. También he invertido una parte en una docena de solares para la construcción de edificios comerciales, pero hay que esperar a la primavera para demoler las casas que hay en ellos. Y en hipotecas tan buenas como el oro, algunas incluso mejores, pero que aún no han vencido. Y en solares vacíos, más arriba de Central Park, a la espera de que la ciudad se extienda hacia allí... En resumen, señor, lo tengo excesivamente invertido. ¡Y peligrosamente desperdigado! Si pretendiera reunir un millón en estos momentos, no obtendría más de diez centavos por dólar... Ahora ya sabe más cosas sobre mis negocios que cualquier otro ser viviente. —Se produjo un silencio que duró varios segundos, y cuando Carmody volvió a hablar, su voz sonó distinta, tranquila y contenida, casi amistosa, como si otorgara de buen

grado su confianza a Pickering y ya fueran poco menos que socios—. Le diré un secreto, que nadie más conoce. Mi mayor temor reside en la posibilidad de que yo muera en los próximos meses, ya que si ese triste suceso ocurriese, creo que mi esposa se quedaría rápidamente sin un centavo. Se cebarían como lobos en mi fortuna, la harían pedazos y escaparían con los fragmentos en todas direcciones. Ella no sabe nada de inversiones, aparte de que, en tales circunstancias, ninguna mujer puede actuar legalmente con la celeridad, habilidad y decisión que se requieren. Voy a obtener beneficios de ese riesgo, y pronto, pero en estos instantes mis asuntos se mantienen en equilibrio sobre la punta de un alfiler. ¡No me atrevería ni a salir de viaje estos días! Incluso me da miedo enfermar durante una semana. ¿Entiende a qué me refiero, señor? La estructura se vendría abajo si se le exigieran cambios, y entonces todo se habría perdido. Todo... Espere un poco —añadió en un tono realmente amistoso—. Contenga un poco más su impaciencia, tal como ha hecho durante todo ese tiempo, y en primavera... ¡No sacuda usted la cabeza, señor! ¡Le pagaré! ¡He dicho que lo haré! Le pagaré más si quiere. ¡Un millón doscientos cincuenta mil en primavera! Pero tiene que darme...

Pickering soltó una carcajada sofocada, de satisfacción.

—Nada. No voy a darle nada, señor. ¡Oh, es usted asombroso! ¡Seguro que ha pensado que iba a salirse con la suya! Pero conozco un farol cuando alguien se echa uno, y le daré hasta el lunes; ni un día más. No puedo esperar durante meses, y usted lo sabe. ¿O creía que no iba a enterarme? ¿Suponía que la amistad del inspector Byrnes con los ricos de esta ciudad era un secreto para el resto de los mortales? ¡Yo no tardaría en ir a parar a Sing Sing! Ignoro bajo qué cargos, pero si le diera a usted tiempo para planearlo, estoy seguro de que es allí donde terminaría.

La voz de Carmody sonó tensa por la furia:

—Todavía puede acabar allí... ¡Conozco al inspector Byrnes en persona! —Se produjo una pausa, durante la cual casi se tragó literalmente la rabia—. En varias ocasiones he podido hacerle algún pequeño servicio, y le advierto que...

—No lo pongo en duda; todos los ricos de esta ciudad lo conocen. Se rumorea que se ha hecho rico sólo con los informes que Jay Gould le facilita bajo mano sobre el mercado de valores. Pero yo también lo conozco... ¿Sabía que una vez me obligó a retroceder cuando me acerqué a la zona acordonada de Wall Street?

—¿De veras? —Carmody se echó a reír, airado.

—Sí, de veras —contestó Pickering, sin levantar la voz—. Hace unos años, cuando estaba sin trabajo, y por consiguiente mi aspecto quizá fuera algo zarrapastroso, bajaba por Broadway en dirección a Wall Street, donde esperaba conseguir empleo como administrativo. Pero, al llegar a la barrera de Fulton Street, un agente me cerró el paso.

—Como era su obligación, si tenía usted aspecto de ratero o de mendigo... Todo

el mundo sabe que Byrnes no los quiere por los alrededores de Wall Street. Y con razón.

—¡Yo no era un ratero ni un mendigo y así se lo dije! El policía era muy joven y me escuchó, pero entonces alguien intervino desde un carruaje que había junto a la acera. Nos volvimos hacia allí y vimos que Byrnes se asomaba por la ventanilla y gritaba: «¡Si protesta, méntalo en chirona!». El joven agente llevó la mano a la porra, de modo que di media vuelta y me largué. ¡No se ría, porque eso va a costarle a usted un millón! Sí, di media vuelta, señor Carmody, y estaba pálido. Podía sentirlo. Apenas lograba ver a través de la niebla que nublaba mis ojos... Pero fue entonces cuando supe, con toda certeza, que algún día yo regresaría ante aquella barrera y los agentes me saludarían tocándose el casco. Porque yo pertenecería a otro ambiente, al de los Fisk, los Gould, los Sage y los Aston... Y fue precisamente ese día, aunque entonces yo aún lo ignoraba, que empecé a buscarlo a usted.

Advertí un ligero cambio en la localización de la voz de Pickering. Comprendí que se había levantado y que probablemente se había vuelto hacia Carmody.

—Independientemente de lo que usted crea, no soy un ignorante en cuestiones financieras. Es indudable que necesitará varios días laborables para reunir la suma que le pido. Hoy estamos a jueves... Le doy hasta el lunes. Dos días y medio hábiles... Tres, contando con la mañana del sábado. Nos veremos el lunes por la noche. Aquí, en este mismo banco. A medianoche, señor Carmody. Cuando el parque y las calles de esta zona estén desiertos. Quiero asegurarme de que nadie nos sigue. Preséntese con el dinero en una bolsa, o lo denunciaré. Y no esperaré ni una hora. Antes de que transcurra ese tiempo, estaré en las oficinas del *Times*... —Hizo una breve pausa, durante la cual imagino que estaría indicando el edificio al otro lado de la calle—. Junto con mis documentos.

Se hizo el silencio. Tras seis, ocho, diez, doce segundos, comprendí que se habían marchado y salí de mi escondite, rodeé la base de la estatua y salí al sendero que había delante del banco. Ambos se alejaban con paso rápido, uno hacia el este, el otro hacia el norte, en dirección al Palacio de Justicia. Y yo los observé marcharse convencido de que ninguno de los dos volvería la vista atrás.



Supongo que no estaba seguro de que el despacho privado de Pickering se encontrara en el edificio del cual poco antes lo había visto salir. Pero era lo más probable. De modo que crucé Park Row, me detuve en la esquina con Beekman y miré hacia arriba. En él no había nada que lo distinguiera, no era más que un viejo edificio recto, monótono, de azotea plana, con tiendas a nivel de la calle y encima, de éstas, pisos idénticos, de ventanas estrechas y poco espaciadas. Los escaparates de las tiendas estaban sucios, y en algunos la parte inferior se hallaba protegida mediante una rejilla metálica oxidada, mientras en otros había toldos gastados y rotos, plegados contra la pared. En el bajo Manhattan muchos de estos edificios carentes de todo encanto habían logrado sobrevivir hasta la segunda mitad del siglo xx.

Sólo con mirarlo ya resultaba deprimente. En el escaparate de la New York Belting Packing Company vi montones de cajas grises de cartón, y pilas de rollos de cuero para correajes. Al lado había una papelería de aspecto cochambroso: Willy Wallach. En otro escaparate exhibían enormes garrafas de cristal, metidas dentro de una mezcla confusa de cajas de embalaje de madera. La etiqueta que había en ellas rezaba AGUA DE POLONIA, lo que quiera que eso fuese. Y en el escaparate, un rótulo anunciaba: OWEN HUTCHINSON, REPRESENTANTE. También había un sastre —S. Gruhn—, una tabaquería —Rodríguez Pons—, y no recuerdo qué más.

Debajo de muchas de las ventanas del piso superior colgaban los consabidos letreros, inclinados hacia abajo para que pudieran leerse desde la calle. Su longitud variaba, imagino que acorde con las medidas del despacho arrendado por la firma comercial cuyo nombre se indicaba: TURF, TERRENOS Y GRANJAS, ponía uno, debajo de la hilera de ventanas del tercer piso. Otro anunciaba EL ESCOCÉS AMERICANO, y otro EL DETALLISTA. Debajo de una hilera de ventanas del segundo piso leí EL CIENTÍFICO AMERICANO. En el otro extremo del mismo piso colgaba un letrero que miré con la misma indiferencia que los demás, pero al que más tarde vería, literalmente, en mis pesadillas, como aún me ocurre. En él rezaba: THE NEW YORK OBSERVER.

Subí unos pocos escalones de madera que necesitaban una mano de pintura, entré en el portal y empujé un par de pesadas puertas de madera y cristal para acceder a un vestíbulo iluminado únicamente por la luz de la calle, a mis espaldas. El edificio estaba muy deteriorado. Nadie había intentado disimularlo, y de todos modos no había forma de hacerlo. El suelo de madera que se extendía hacia el lóbrego interior se veía gastado, las cabezas de los clavos relucían y estaba cubierto de escupitajos de tabaco, colillas de cigarrillos y una capa de polvo permanente. Y lo mismo podía

decirse de la escalera que había a mi izquierda, cuyos peldaños estaban tan gastados que se combaban por el centro. Colgado en la pared de estuco verde oscuro, con remiendos de sucia pintura blanca, estaba el directorio de los inquilinos. El índice de una mano enorme y detalladamente pintada —cada dedo definido, el puño de la manga sombreado para que pareciera en relieve— señalaba al frente, en dirección a la penumbra, y detrás del puño habían rotulado una lista con los nombres de los inquilinos y el número del despacho. En la pared de la escalera habían pintado una mano idéntica, que señalaba hacia arriba, con otra lista de inquilinos. En ambas listas, algunos de los nombres parecían escritos por una mano profesional, pero ya estaban borrosos, y algunos de ellos descascarillados. Supuse que aquéllos serían los inquilinos más antiguos. Los nombres más recientes a menudo estaban escritos de manera tosca, y de las letras de uno de ellos chorreaban unas gotas de pintura. Muchos de los nombres habían sido tachados o tapados con pintura para luego escribir otro nombre encima, en ocasiones apresuradamente, y hasta había uno que había sido anotado a lápiz. Pero ninguno ponía «Jake Pickering».

Detrás de mí habían entrado un hombre y un mensajero, que subieron por las escaleras, pero había oído ruidos al fondo de la planta baja, en la penumbra. Luego escuché pasos que descendían, y apareció un hombre de mediana edad, casi anciano, con la barba blanca, gabán y gorro de tela con orejeras.

—¿No hay por aquí un conserje? —le pregunté cuando me miró.

—¡Ja! —Fue una risa que sonó a un ladrido de disgusto—. ¡Un conserje! ¿En el edificio Potter? No, señor, por aquí no hay nadie con ese título ni ese cargo. Sólo hay un portero. —Quise saber dónde podía encontrarlo, y contestó—: Ésta es una pregunta que me hago a menudo, pero que nunca consigo responder con cierta fiabilidad. Debajo de la entrada por la calle Nassau tiene un cuarto, un cuchitril, y a veces es posible encontrarlo allí. Pero pregunte a Ellen Bull. —Señaló al frente, hacia el interior del edificio, y al fondo del pasillo distinguí una borrosa figura corpulenta—. Ella le indicará... —Le di las gracias y él añadió—: Si lo encuentra, cosa que dudo, dígame que el doctor Prime, del *Observer*, le recuerda una vez más que en sus oficinas hace demasiado calor para trabajar con comodidad. —Sonrió amablemente, me saludó con una breve inclinación de la cabeza y empujó las pesadas puertas hacia la calle.

Me interné en el edificio y encontré a Ellen Bull, una negra alta y corpulenta que debía de pesar más de cien kilos, se cubría el cabello con un pañuelo grande de colores y acarreaba un cubo y una fregona.

El cuarto del portero, me informó, estaba directamente debajo de las escaleras que conducían al sótano, en la calle Nassau. Le di las gracias, ella sonrió, y sus dientes brillaron en la oscuridad. Debía de tener unos cuarenta y cinco años y, mientras me alejaba, se me ocurrió que tal vez hubiese sido esclava en un tiempo.

Pasé por delante de una serie de sólidas puertas de madera y vi que unas pocas estaban numeradas. Las había abiertas de par en par, pero en su mayor parte estaban cerradas. Algunas aparecían rotuladas con nombres cuidadosamente pintados: AUGUST W. ALMQUIST, AGENTE DE PATENTES; J. W. DENISON; W. H. OSBORN, ABOGADO. En otras sólo había un rectángulo de papel o de cartón, con un nombre escrito a mano, clavado a la puerta con una chincheta. En el centro del edificio el pasillo estaba pobremente iluminado por unos mecheros de gas ocultos detrás de unos globos de cristal, cuya llama se había reducido al mínimo. Cerca de las entradas, cualquier luz que llegase procedía de la calle.

En el vestíbulo que daba a Nassau, debajo de las escaleras que llevaban a los pisos superiores del edificio, había un segundo tramo más estrecho que conducía al sótano. Me acerqué y miré hacia abajo. Estaba completamente a oscuras. De algún lugar de arriba oí el continuo roce de una sierra y el estridente chirrido que se hacía al arrancar unos clavos profundamente clavados.

—¿Hay alguien aquí? —llamé en dirección al sótano.

Sólo el silencio. La verdad es que me habría sorprendido si hubiese obtenido respuesta. Bajé medio tramo de escaleras, pero no seguí. No quería tropezar en medio de aquella oscuridad y romperme una pierna. Arriba proseguía el chirriar de los clavos y el ruido de la sierra, de modo que hice bocina con las manos y volví a llamar. De nuevo, silencio.

—¿Hay alguien aquí abajo? —grité.

Entonces oí que a lo lejos alguien respondía. Subí de nuevo al vestíbulo y esperé. De pronto oí el débil roce de unos pies que se arrastraban por el suelo, antes de que resonaran en la madera de los peldaños. Miré hacia abajo y vi a un hombre viejo y delgado surgir de la oscuridad del sótano, apoyando la mano en el pasamanos a medida que subía lentamente. Al principio sólo vi una cabeza calva, pecosa en la parte de arriba. Luego unos ojos azules se alzaron hacia mí, entrecerrándose al mirarme, supuse que debido a que precisaban de unas gafas... A continuación distinguí unos tirantes, anchos y verdes, que se curvaban sobre los hombros de una camisa blanca. Al fin, de la oscuridad emergió el resto del cuerpo, elevando lentamente las rodillas a medida que subía, los pantalones demasiado anchos en la cintura, hasta el punto de que apenas la rozaban.

Mientras subía los últimos peldaños y penetraba en la zona iluminada, le di al anciano el mensaje del doctor Prime.

—Lo sé. Lo sé —dijo con expresión melancólica—. Todos se quejan. ¡Hace demasiado calor! —Subió el último peldaño que daba paso al vestíbulo, suspiró y con un ademán señaló la pared de estuco que había al lado—. Tóquela. —Apoyé la mano en la pared y asentí: estaba demasiado caliente—. El tubo de la caldera pasa por ahí, y estos días estamos quemando madera. —Puso los ojos en blanco, elevándolos hacia

los chirridos y el ruido de la sierra—. Están abriendo el pozo del ascensor y el propietario quiere que queme el viejo suelo de madera —añadió con desdén—. Para ahorrarse carbón. Esto significa un fuego más potente, y más trabajo para mí.

Lo escuché con gesto de comprensión, luego le dije que buscaba a un inquilino llamado Jacob Pickering. El anciano suspiró.

—¿Y bien? —preguntó—: ¿Cuál es su queja, señor Pickering? Si es que hace demasiado calor, yo no...

—No, no. Yo no soy Pickering, sino quien lo busca. ¿Dónde está su oficina?

Pero eso era pedirle demasiado. Volvió a sacudir la cabeza y se volvió hacia el sótano.

—No lo sé. ¿Cómo voy a saberlo? Conozco a los antiguos inquilinos. Los conocía a todos cuando el periódico todavía estaba aquí. Pero el periódico se ha ido y el edificio ha venido a menos. Ahora es el edificio Potter —añadió con tono de desdén—. Todos los antiguos inquilinos se marchan a medida que expira su contrato de alquiler. Está lleno de gentes de paso ahora. Vienen y se van. Los hay que incluso los subarrendan y no informan de ello. Ni a mí ni al señor Potter. No puedo seguirles la pista a todos. ¿Ya ha mirado arriba? —Le dije que no y él sacudió la cabeza ante la imposibilidad de describirlo—. ¡Una conejera! ¡Lo han dividido en pequeños despachos mediante tabiques de madera! ¡Se puede escupir a través de las paredes! Incluso hay nuevos pasillos ahí arriba, y muy pronto habrá más en los pisos superiores, donde estaba el periódico. Es imposible saber quién hay por ahí.

Por un instante no supe qué decir, luego se me ocurrió algo.

—Pero si no sabe usted dónde están, ¿cómo reciben la correspondencia?

—Oh, ya me las apaño —murmuró, y, agachando la cabeza, comenzó a bajar de nuevo por las escaleras—. Siempre consigo apañármelas.

—De eso estoy seguro. Pero ¿cómo se las arregla?

Ahora lo tenía atrapado. Se vio obligado a detenerse, volvió la cabeza hacia mí y dijo:

—Tengo una libreta.

Ya me lo había imaginado.

—Y ¿dónde está esa libreta?

—Abajo —contestó, irritado—. En algún lugar de por ahí. No estoy seguro de dónde...

Metí la mano en el bolsillo.

—Bueno, me doy cuenta de que son muchas molestias... —Encontré una moneda de veinticinco centavos, recordé que era más que lo que aquel hombre ganaba por una hora de trabajo, y se la tendí—. Pero le quedaría muy agradecido si...

—Es usted todo un caballero, señor; encantado de complacerle. Vuelvo en un minuto.

Tardó más de un minuto, pero regresó trayendo una libreta de bolsillo, con la tapa abarquillada y la esquina superior de las páginas sesgada. En una esquina había hecho un agujero por el que pasaba un sucio cordel blanco, atado con un lazo. La abrió y examinó las páginas a medida que las pasaba lentamente, humedeciéndose el pulgar cada vez. Yo observaba por encima de su hombro. Al menos la mitad de los nombres estaban tachados, con otros nuevos escritos encima. Y todo el rato el anciano murmuraba:

—Debería romperla y hacer una nueva. El ascensor todavía no está acabado; seguirá así durante semanas, y, de todos modos, tampoco ayudará en nada. No puedo seguirles la pista. Si alguien se instala aquí, a menos que me diga su nombre no recibirá la correspondencia. —Dejó escapar una risita ahogada, y su voz de viejo sonó como un cacareo—. ¡Por lo general lo hacen! O, si se trasladan a otra parte y desean recibir la correspondencia, también lo hacen. Aquí está... Pickering. Segundo piso, número veintisiete. Esto está aquí arriba, junto al nuevo hueco; no se puede perder. Ya verá como él se queja cuando el ascensor funcione, si es que llega a funcionar. Son unos trastos endiabladamente ruidosos. Una vez me monté en uno.

Subí por las escaleras y, en el primer piso, la primera puerta que hallé a mi derecha, junto a la escalera, estaba abierta. El monótono ruido de la sierra y los regulares chirridos de los clavos procedían de allí dentro. Me acerqué a mirar. Arrodillados en el suelo, de espaldas a mí, había dos carpinteros que vestían mono blanco. Uno se dedicaba a aserrar el piso de madera entre las vigas, dejando que las cortas secciones de las tablas cortadas, así como el entarimado de abajo, cayeran por el hueco directamente al sótano, donde el anciano portero sin duda las recogía y las quemaba. El segundo carpintero utilizaba la garra del martillo para extraer metódicamente los fragmentos cortos de las tablas que quedaban clavados a las vigas, y que también dejaba caer al sótano. Los dos operarios trabajaban de manera gradual, retrocediendo hacia la puerta donde me encontraba. Entre ellos y la pared del fondo, el suelo ya había desaparecido, y las enormes vigas de madera quedaban totalmente a la vista. Supuse que en su momento también las cortarían y las quemarían.

En el segundo piso, la sólida puerta del despacho que había justo encima de los carpinteros estaba asegurada con un gran candado que tenía aspecto de nuevo, y en la puerta colgaba un cartel rojo que rezaba: ¡PELIGRO! ¡NO PASAR! HUECO DEL ASCENSOR. La puerta del despacho de al lado estaba marcada con el número 27, y cerrada con llave. Después de escuchar a través de la rendija, probé el pomo con cautela. No había nadie más por allí. Me encontraba en un corto pasillo que salía en ángulo recto desde el corredor principal, y rápidamente apoyé una rodilla en el suelo y miré a través de la cerradura. Justo enfrente, arriba, divisé una ventana sucia, gris blanquecina debido a la luz del día que se filtraba por ella. Debajo había un buró y una silla. Hacia la izquierda, directamente junto a la puerta, distinguí un bulto, pero

estaba demasiado cerca para saber de qué se trataba. A la derecha vi el borde de lo que supuestamente había sido la puerta que conectaba aquel despacho con el de al lado. Estaba cerrada con candado, pero, además, la habían clausurado mediante tablas cruzadas, y se me ocurrió que los carpinteros que abrían el hueco del ascensor debían de trabajar de abajo arriba, a fin de que al cortar cada entarimado éste cayera directamente al sótano.

Había averiguado todo cuanto iba a descubrir —y probablemente todo cuanto necesitaba— acerca del despacho de Jake Pickering. Durante un minuto, aproximadamente, permanecí en el pasillo; hasta que oí los pasos de alguien que bajaba por la escalera. Sabía por qué odiaba largarme de allí; mi misión había concluido, y deseaba que no fuera así.

Retrocedí hasta el corredor principal, me aparté de la escalera y crucé el edificio a lo ancho, pasando por delante de las puertas de Andrew J. Todd, abogado; Prof. Charles A. Seeley, químico; Compañía Americana de Motores; J. H. Hunter, notario... Luego llegué a las oficinas del *New York Observer*, que daban a Park Row, y a la escalera que conducía hacia la calle. Mientras bajaba, me sentí súbitamente hambriento.

Decidí almorzar en el Astor House, que, tal como Carmody había indicado, estaba al otro lado de Broadway, en diagonal desde el edificio de Correos. Pero casi di media vuelta para largarme de allí en cuanto entré en él. Estaba atestado de hombres que aguardaban de pie, formando grupos o parejas en animada charla, casi todos con el sombrero puesto. El suelo de mármol estaba literalmente cubierto de saliva de tabaco, que es como la llamaban. Mientras me entretenía en la entrada y miraba alrededor —unos cuatro o cinco segundos como máximo—, hasta una docena de hombres debieron de volverse, todos con la mejilla hinchada, para escupir con mayor o menor pericia y cuidado hacia las escupideras de cerámica que había desperdigadas por el suelo del enorme vestíbulo. Algunos ni siquiera se molestaron en mirar. Procuré pensar en otra cosa y crucé el largo vestíbulo, pasando por delante de un enorme mueble diseñado para dejar los paraguas y los bastones, de una agencia de venta de billetes de tren, una oficina de telégrafos y un quiosco de periódicos y tabaco, para entrar finalmente en un amplio y fantásticamente ruidoso restaurante encima de cuya barra colgaba un enorme cartel de roble en el que podía leerse: NO BLASFEME, POR FAVOR. Pero allí me tomé dos docenas de ostras Blue Point, extraídas aquella misma mañana de la bahía de Nueva York, absolutamente deliciosas. Y me alegré de haber entrado.

Cogí el Elevado para regresar a Gramercy Park. Había visto la estación junto al parque del City Hall y lo tomé allí. Luego dobló al norte por Chatham Square, que resultó ser el antiguo Elevado de la Tercera Avenida. Yo ya me había acostumbrado a la gente, y no veía nada extraño en su manera de vestir. Pero en Chatham Square

subió una familia de la que no pude apartar los ojos; debían de haber llegado de Ellis Island hacía menos de una hora y, por la forma en que iban vestidos, habría podido asegurar —algo increíble para alguien del siglo xx— de dónde procedían. Tanto el padre, que lucía un enorme bigote caído, como el hijo, de unos diez años de edad, llevaban gorra azul con brillante copa negra; chaquetilla azul cruzada, con botones de porcelana; pañuelo corto en torno al cuello; pantalones muy anchos en la cintura y ahusados en los tobillos; y si bien el padre llevaba botas, el muchacho —me sentía fascinado y tuve que hacer esfuerzos para dejar de mirar— calzaba auténticos zuecos de madera... La madre era robusta, de mejillas coloradas, y llevaba al menos dos docenas de faldas, así como el mismo tipo de gorro que podía verse en la etiqueta de una lata de Old Dutch Cleanser. En el suelo, junto a los pies del padre, había una bolsa de tela de tapicería, y a su lado, en el asiento, un enorme fardo atado con una tira de género. Se los veía felices, afables, mientras se asomaban a las ventanillas y hacían comentarios en lo que sin duda debía de ser holandés. Formaban una estampa maravillosa. Parecían un anuncio de chocolate. Y fui consciente de que en aquel preciso momento —casi los últimos momentos—, el mundo todavía era un lugar maravillosamente variado: en Grecia los soldados probablemente aún llevasen zapatos puntiagudos, largas medias blancas y cortos faldellines de ballet; en Turquía los hombres llevaban fez y las mujeres se cubrían con un velo; muchos esquimales aún no habían visto a su primer hombre blanco ni se habían contagiado de sus enfermedades; y los zulúes todavía eran unos felices caníbales en un mundo sin excavadoras, ni asfalto, ni contaminación.

Me di cuenta de que debíamos de estar cerca de mi parada, y aparté la mirada de aquella familia holandesa para echar un vistazo por encima de aquel Nueva York extraordinariamente bajo, en el que los campanarios eran las construcciones más altas de la isla. Resultaba asombroso poder mirar casi recto a través de la ciudad y ver el Hudson, y sorprendente la cantidad de árboles que había por allí... Éstos se alineaban en la mayor parte de las calles transversales, y había muchísimos en las avenidas. Algunos eran enormes, más altos que las casas que los rodeaban, y comprendí que en verano el verdor de aquellos árboles daría a la ciudad un aspecto rural, casi de aldea. Sentí deseos de presenciarlo.

El tren se acercaba a mi parada y, por un instante, en una de las calles transversales —¿la Diecisiete?, ¿la Dieciocho?— atisé un espléndido edificio de apartamentos con el techo abuhardillado. Estaba casi seguro de haber reconocido en él al Stuyvesant, pues era de ladrillo rojo, con revestimientos de piedra arenisca. Un amigo mío pintor, que había vivido allí hasta que el edificio fue demolido —en la década de los cincuenta, creo—, conservaba en su sala de estar una acuarela que había hecho de él. Todavía echaba de menos aquel lugar, por la magnificencia y los altos ventanales del enorme apartamento, cuyos techos tenían realmente una altura de

seis metros, y en el cual había cuatro chimeneas. Según me explicaba, había sido el primer edificio de apartamentos de Nueva York, y en la época en que fue construido se lo conocía como «la locura de Stuyvesant», pues la gente decía que ningún caballero de Nueva York consentiría jamás en vivir con un puñado de desconocidos. Le encantaba hablar de aquello, y me alegré de tener la ocasión de echarle un vistazo.

Bajé en la calle Veintitrés y regresé al 19 de Gramercy Park. Tía Ada me oyó abrir la puerta de la calle y vino desde la cocina; tenía las manos y los brazos blancos, cubiertos de harina. Le pregunté si Julia estaba en casa y respondió que no, pero que sin duda llegaría en cualquier momento. Le di las gracias y subí a mi habitación.

El día había sido completo. Había andado como hacía mucho tiempo no lo hacía, de modo que me alegré de poder tumbarme en la cama y esperar. De vez en cuando, mientras permanecía allí tendido, oía los gritos de los niños en el parque, sus voces estridentes y agudas en el aire frío del exterior, así como el sonido hueco de los cascos de los caballos y el tintineo de los herrajes de los arneses... No quería abandonar aquel Nueva York; había muchísimas otras cosas para ver en aquella ciudad desconocida y, sin embargo, familiar.

Me quedé dormido, como es lógico, y desperté al oír la voz de Julia y de su tía en el recibidor. Me levanté y saqué el reloj. Eran las cuatro y media, de manera que me puse los zapatos y la chaqueta y bajé a toda prisa por las escaleras. Todavía estaban en el recibidor y levantaron los ojos hacia mí. Julia aún llevaba el vestido de calle y enseñaba a su tía algunas cosas que había comprado.

Los tres entramos en el salón y, mientras Julia se desataba el sombrero y se lo quitaba, les expliqué la historia que me había inventado, asombrándome ante el sentimiento de culpabilidad que me invadía mientras miraba a aquellas confiadas mujeres y les explicaba una mentira. Les dije que había ido a Correos para cancelar el buzón que había alquilado hasta conseguir una residencia estable, pero me había encontrado con una carta urgente. Mi hermano estaba enfermo y, mientras se recuperaba, me apresuré a añadir, pues no quería oír sus condolencias, me necesitaban para ayudar a mi padre en la granja. De modo que tenía que marcharme ese mismo día; enseguida, de hecho. De pronto tuve miedo de que me preguntaran sobre temas relacionados con la granja, pero no lo hicieron. Aquellas dos encantadoras mujeres eran realmente comprensivas. Dijeron que lamentaban mi marcha y me pareció que su expresión era sincera. Tía Ada daba por sentado que no me iría hasta después de cenar, como mínimo, pero contesté que no, que debía hacerlo cuanto antes, ya que me esperaba un largo viaje. Se ofreció a devolverme parte del alquiler que yo había adelantado por una semana, pero rehusé.

Luego Julia se acordó de algo y exclamó:

—¡Oh, no! ¡Mi retrato!

Lo había olvidado por completo y la miré fijamente mientras me estrujaba la

mente en busca de una excusa. De inmediato me di cuenta de que no necesitaba ninguna. Deseaba con todas mis fuerzas hacerle aquel retrato, porque sería una forma particularmente buena de decirle adiós. De modo que asentí y le dije que si podía posar un rato, en ese mismo momento, —yo deseaba evitar a Jake—, se lo haría enseguida y luego me marcharía. Julia corrió arriba a arreglarse —le había pedido que conservara puesto el vestido que llevaba— y la seguí en busca del bloc de dibujo que tenía en el bolsillo del gabán.

Arriba hice el equipaje y eché un vistazo a la habitación; aunque suene ridículo, sabía que la echaría de menos. Luego salí con la bolsa en una mano y el bloc en la otra, pasando las hojas mientras revisaba los bocetos que había hecho ese día.

Al doblar hacia la escalera, Julia bajaba precipitadamente por el tramo cerrado que conducía al segundo piso, y poco faltó para que chocáramos. Se había retocado el peinado, enroscándose el cabello en lo alto de la cabeza.

—Oh, déjeme ver —exclamó, tendiendo la mano hacia mi bloc.

Podría haber buscado una excusa, pero sentía curiosidad por ver su reacción, y se lo entregué. Mientras descendía lentamente delante de mí, examinó primero mis bosquejos de las granjas contiguas al Dakota. En realidad no eran bosquejos, sino más bien una serie de notas, y ella no hizo ningún comentario hasta que volvió la página donde estaba el dibujo del parque del City Hall y las calles que lo rodeaban.

Creo que habría podido adivinar el modo en que Julia reaccionó. Sabía que aquéllos eran unos tiempos de fe absoluta y casi universal en el progreso, en los que poco faltaba para sentir un verdadero amor por las máquinas y sus posibilidades. Llegamos abajo y entonces, en el salón, Julia se detuvo.

—¿Qué es esto, señor Morley? —Su dedo se apoyaba en el papel, allí donde yo había dibujado automóviles y autobuses en Centre Street.

—Automóviles.

Julia lo repitió como si fueran dos palabras:

—Auto móviles. —Luego asintió, complacida—. Ya, autopropulsados. Es una excelente denominación. ¿Es suya? —Le dije que no, que la había oído en alguna parte, y ella volvió a asentir—. Tal vez a Julio Verne. En todo caso, estoy casi convencida de que tendremos auto móviles. Y algo positivo: que serán mucho más limpios que los caballos.

Empezó a pasar la página y vio mi bosquejo de Broadway y la Trinity Church, sin embargo, antes de que pudiera hacer comentario alguno, se lo quité y dibujé rápidamente los enormes edificios que algún día rodearían la pequeña iglesia. Luego se lo devolví y, al cabo de un instante, ella asintió.

—Excelente. Maravillosamente simbólico. La construcción más alta de Manhattan con el tiempo se verá rodeada por otras mucho más altas. Sí... Pero es usted mejor dibujante que arquitecto, señor Morley. Para soportar edificios tan altos

sería necesario que los cimientos de la base de las paredes midieran medio kilómetro de grosor. —Sonrió y me devolvió el bloc—. ¿Dónde debo sentarme?

La coloqué junto a la ventana, en posición oblicua hacia mí.

Luego le pedí que se soltara el cabello y trabajé con un lápiz duro, muy afilado, para obtener la mejor delineación de que yo era capaz, sin disimular con trazos gruesos una falsa habilidad. Además, el lápiz duro también me facilitaría los sombreados más finos y el entrecruzamiento de líneas.

Me salía bastante bien. Ya tenía el perfil de la cara, así como los ojos y las cejas, que era la parte más difícil para mí, y me dediqué cuidadosamente al cabello, pues quería captarlo realmente como era. Pero eso era muy entretenido. El joven Félix Grier regresó a casa y comprobé la hora: eran casi las cinco. Se quedó unos instantes a mirar, pero no dijo nada. Sonrió cuando alcé la vista hacia él, y asintió cortésmente en actitud de aprobación. Sin embargo, en sus ojos vi que había inquietud y comprendí por qué. A mí también me preocupaba que Pickering regresara y volviese a montar en cólera. No formaba parte de mi misión provocar problemas allí. Traté de ir más rápido al tiempo que procuraba mantener el control, pues ansiaba disfrutar de aquel momento... Era poco probable que Pickering regresara de su trabajo en el City Hall antes de las cinco y media o las seis, y confiaba en terminar el dibujo y largarme en cuestión de minutos.

Sin duda la culpa fue mía, por no haber pensado en lo más lógico: en que un hombre como Jake Pickering, que odiaba su trabajo y su condición de archivero, regresaría al City Hall después de entrevistarse con Carmody y dimitiría. De modo que en aquel preciso momento —esta vez no lo había visto acercarse a la casa— la puerta de la calle se abrió y se cerró, y de nuevo Jake se detuvo en el umbral del salón. Pero en esta ocasión se tambaleaba ligeramente, llevaba el nudo de la corbata suelto y el gabán sin abrochar. Mantenía las manos en los bolsillos de los pantalones, y el bombín, que llevaba muy atrás en la cabeza, tenía un rastro de barro seco en la copa y en el borde del ala.

No se hallaba fuera de control. Había bebido, pero reconocía lo que estaba viendo. Julia y yo lo miramos fijamente, y sus ojos se trasladaron de la cara de ella a las líneas de mi bloc, de nuevo miraron a Julia y regresaron al bloc de dibujo. En todo el mundo había habido personas primitivas que no permitían que se las retratase, pues creían que con la imagen les arrebatarían el espíritu... Tal vez aquel hombre, sin darse cuenta —o sabiéndolo—, poseyera algo de ese sentimiento instintivo. Porque el hecho de que yo hiciese un retrato de Julia lo encolerizó como si mis ojos y la cara de ella, o el movimiento de mi lápiz al dibujarla, constituyeran una especie de relación extraordinariamente íntima. Y en cierto modo lo era... En cualquier caso, estaba claro que la situación le resultaba insoportable; más que rabia, producía en él una agitación irreflexiva. Estaba frenético. Me miró con los ojos entrecerrados, el blanco se había

vuelto rojizo, y en ellos detecté una expresión absolutamente implacable. Entonces levantó un brazo, separó los labios enseñando los dientes, como una fiera, y, sin pronunciar palabra, me señaló. No creo que hubiera modo de expresar la ira que él sentía. Luego trazó un breve arco con el brazo para señalar a Julia. Pareció como si el cuello se le hinchara, y la voz le salió tan ronca que apenas se le entendió.

—Esperad —dijo—. Esperad y veréis... ¡Yo os enseñaré! —Dio media vuelta con agilidad, pues había dejado de tambalearse, y se marchó. Un segundo después, la puerta de la calle se abrió y se cerró de un portazo.

Me dispuse a finalizar el retrato. ¿Por qué no? Después de que la puerta se cerrara de golpe, me volví hacia Julia y abrí la boca para decir algo, pero me limité a encogerme de hombros. No se me ocurría nada que decir, como no fuera «vaya, vaya», o algo igualmente insustancial. Julia forzó una sonrisa y también se encogió de hombros, pero su rostro estaba pálido y así se quedó. No estoy muy seguro del motivo de esto. ¿Era miedo? ¿Rabia? ¿Estaba conmocionada? No lo sé. Pero también advertí una actitud de desafío en ella. Inconscientemente, mantuvo la barbilla erguida hasta que finalicé mi trabajo, al cabo de diez minutos, más o menos.

El retrato le gustó. Lo sé por el modo en que lo miró una y otra vez, y porque su rostro recobró algo de color. Era un dibujo muy detallado, completamente fiel al original; habría podido ser un grabado del *Leslie's Illustrated Newspaper*. Pero a la vez era un buen retrato. No sólo se parecía a ella —con el tiempo y los incentivos necesarios, yo era lo bastante buen dibujante para conseguirlo—, sino que también reflejaba algo de la clase de persona que era, hasta donde yo la conocía... Probablemente había logrado captar algo del «espíritu» de Julia.

En todo caso, era un buen retrato. Los demás ya habían llegado: Byron Doverman cuando yo estaba acabando, y luego Maud Torrence; antes de subir a sus respectivas habitaciones, ambos se detuvieron a admirarlo y lo elogiaron. Tía Ada salió de la cocina para avisar a los de arriba que la cena estaría servida en cinco minutos. También ella admiró el dibujo, e insistió, dado que aún estaba allí, en que me quedase a cenar. A menos que quisiera dar la impresión de que huía de Jake, dejando a Julia sola para que se enfrentara a él, tenía que quedarme, de modo que acepté. El daño, si iba a tener consecuencias, ya estaba hecho... Me di cuenta de que sentía miedo — ignoraba qué diablos podía hacer aquel individuo—, pero también curiosidad. Aún abstraída en su retrato, Julia se volvió hacia mí y me pidió que lo firmara. Lo cogí y busqué un lápiz en mi bolsillo, intentando idear alguna dedicatoria. No podía limitarme a poner mi nombre, y tras decirme a mí mismo: «Preso por uno, preso por dos», o como fuera el refrán, escribí: «Para Julia, con afecto y admiración». Y mentalmente añadí: «Y que Jake se vaya al infierno». A continuación firmé con mi nombre.



En todo el tiempo que llevaba allí, apenas me había acordado de Rube Prien, del doctor Danziger, de Oscar Rossoff, del coronel Esterhazy, o siquiera del proyecto en sí; permanecían adormecidos en mi mente, encogidos y remotos en el extremo más insignificante y olvidado del telescopio. Pero durante la cena volvieron a hacerse reales. ¿Qué pensarían de lo que tenía que contarles? ¿Que yo había alterado e interferido en los acontecimientos con inexcusable torpeza? Probablemente. Y tal vez tuvieran razón, aunque yo no sabía cómo habría podido evitarlo.

Durante la cena la charla giró en torno a Guiteau, con algunos comentarios sobre el tiempo, pero yo no estaba interesado. En aquellos instantes, Guiteau volvía a ser para mí un nombre en un libro antiguo, procesado, ejecutado y olvidado desde hacía mucho tiempo; un nombre del que apenas sabía nada el mundo para el cual estaba preparándome. Permanecí sentado como un autómatas, tratando de aparentar que me interesaba lo que decían, respondiendo cuando me hablaban. Pero a medida que el proyecto y la gente implicada en él revivían en mi mente, empecé a alejarme de aquella época y de aquel lugar.

Sin embargo, me vi obligado a regresar. Estábamos terminando de cenar, Maud Torrence ya había finalizado y esperaba cortésmente a los demás antes de abandonar la mesa; Félix estaba acabándose el budín de leche y pan; Byron sostenía un cigarro, dispuesto a encenderlo tan pronto como se levantara de la mesa; y el resto tomábamos el café. No habíamos oído la puerta de la entrada al abrirse, pero notamos la corriente, el invisible globo de aire frío que nos rozó los tobillos. Vi que al otro lado de la mesa Julia, su tía y Félix se volvían de pronto hacia el salón y, junto con Byron y Maud, también me volví para mirar.

Jake estaba de pie en el centro de la estancia, justo debajo de las múltiples llamas de la araña, mirándonos, enfrentándose a nosotros lo mismo que un oso erguido sobre sus patas traseras. Con el gabán sin abrochar, el bombín echado hacia atrás en la cabeza y brillando con opaca luz debajo de la lámpara del techo, balanceaba los brazos a los lados del cuerpo, los dedos flácidos, los hombros encorvados y la cabeza echada hacia delante. Se limitaba a permanecer allí, oscilando sobre los pies, y advertimos que, al parecer, estaba herido, que ya no llevaba la corbata, que el cuello de la camisa estaba abierto y algo roto, que también le faltaban los primeros botones, y que la pechera de su camisa blanca estaba repleta de salpicaduras de sangre... Incluso tuvimos tiempo —sentados allí sin movernos, mirando por encima de la mesa o vueltos en nuestras sillas— de comprobar que las manchas de sangre crecían; los pequeños puntos se alargaban y los grandes se expandían hasta juntarse. Necesitamos unos segundos para caer en la cuenta de que aún estaba sangrando, y luego asimilar ese pensamiento. Entonces Julia exclamó «¡Jake!», en un tono de miedo y preocupación, y se levantó con tal celeridad que con la parte posterior de las rodillas derribó la silla hacia atrás. Absurdamente, advertí que apenas hacía ruido al golpear

contra la alfombra.

Julia empezó a rodear la mesa hacia él, y entonces todos apartamos nuestras sillas para ponernos en pie. Pero Jake levantó las manos hacia delante, extendió los dedos como garras, e hizo que nos detuviésemos, paralizados; Julia inmóvil junto a una esquina de la mesa, el resto de nosotros a medio levantar o hundidos en nuestros asientos. Por unos instantes nos miró fijamente, enseñando los dientes, amarillentos y fuertes. Luego se llevó las manos al pecho y se apartó la ensangrentada camisa, dejando el pecho al descubierto. Tenía mucho vello, negro y enmarañado en los lados, pero más ralo en el centro. La piel allí era muy blanca, visible debajo de los pelos separados. No estaba herido; es decir, no había sufrido ningún accidente, al menos grave. La sangre brotaba de su piel en lentas gotas que —sin el obstáculo de la camisa que las extendía y alargaba— surgían de decenas de puntos que parecían pinchazos de aguja.

Era increíble, pero su pecho estaba recién tatuado con cinco letras negro azuladas, de al menos cinco centímetros de altura. Sentí deseos de reír ante aquel disparate, o de protestar, o de cerrar con fuerza los ojos para fingir que aquello no estaba ocurriendo. No sabía qué hacer o sentir, pero las letras tatuadas sobre aquel pecho formaban un nombre: «Julia».

—Ahora toda mi vida llevaré esto —dijo, golpeándose el tórax—. Nunca nadie podrá arrebatármelo, porque toda mi vida me pertenecerá y jamás nada podrá cambiarlo. —Nos miró, giró sobre sus talones y, con absoluta dignidad, se dirigió hacia el pasillo y subió por las escaleras, en dirección a su cuarto.

Yo ya no sentía deseos de reír. Aquél era un gesto absurdo, un acto casi inconcebible en el siglo al que yo estaba acostumbrado. Pero no en aquel lugar. En aquel lugar y en aquella época semejante gesto no tenía nada de absurdo. No podía tenerlo: aquel hombre hablaba en serio.

Julia, más pálida que nunca, cruzó presurosa el comedor, luego, casi corriendo, el salón, y oímos sus pasos acelerados por la alfombrada escalera. Yo había dejado la bolsa en el pasillo y el gabán y el gorro en el enorme perchero del recibidor, de modo que decidí no permanecer allí por más tiempo. No me necesitaban... Me volví hacia tía Ada y le dije que tenía que irme enseguida; ella sonrió distraídamente al tiempo que me estrechaba la mano por encima de la mesa y me deseaba buena suerte. Me despedí de los otros, que contestaron, aunque volviendo rápidamente la mirada hacia las escaleras del pasillo. Luego salí de la casa y caminé hacia la calle Veintitrés.

En la avenida Lexington cogí un cabriolé y, cerrando los ojos, me recosté en el asiento. En aquellos momentos no sentía el menor interés por nada de lo que hubiese fuera... Pagué al cochero en el cruce de la Cincuenta y nueve con la Quinta Avenida, allí donde Katie y yo habíamos salido de Central Park. Luego me interné en éste y avancé por los senderos, bajo las esporádicas farolas, en dirección noroeste a través

del inamovible y oscuro parque. Más adelante, al frente, distinguí la mole abuhardillada del Dakota, sus ventanas iluminadas por las lámparas de gas, y las parpadeantes luces de las velas o de los candiles de queroseno de las granjas de al lado.

Al día siguiente me concedí un descanso. Creía merecérme lo necesitaba: necesitaba una transición entre los dos mundos y las dos épocas. Dormí en el apartamento del Dakota y, aun cuando dudé si sería conveniente hacerlo otra vez, me sometí a una breve sesión de autohipnosis antes de acostarme. En la oscuridad, tendido en la enorme cama y con la misma camisa de dormir que había llevado en el número 19 de Gramercy Park, supe que a lo lejos, en el centro de la ciudad, se levantaba el antiguo edificio de Correos, con su vestíbulo iluminado por unos cuantos globos de gas; que el enorme termómetro metido dentro de la estrecha garita frente a la farmacia Hudnut's, en la oscuridad del bajo Broadway, probablemente registrase una temperatura próxima a los quince grados bajo cero, y que nadie estaría mirándolo; que algunas pequeñas locomotoras seguirían el haz de luz de su faro de queroseno a lo largo de las vías del tren Elevado, por encima de las adoquinadas calles de Nueva York a últimas horas de la noche. Sin embargo, pensé, por la mañana me levantaría de nuevo en mi propia época... Empecé a preguntarme qué sentiría respecto a mi tiempo, pero me notaba relajado debido a la autohipnosis, casi dormido, y antes de que pudiera reflexionar en aquello me sumí en un profundo sueño.

Por la mañana, mientras permanecía un rato tendido en la cama después de abrir los ojos, tuve la certeza de saber dónde estaba y en qué época, y al cabo de unos segundos obtuve la prueba. Percibí un ruido familiar, aunque no logré identificarlo de inmediato; era un gemido lejano, agudo y levemente amenazador. Luego exclamé en voz alta:

—¡Un avión!

Sin embargo, apenas necesitaba esa señal. Sabía perfectamente que había regresado. Podía sentirlo.

Media hora después, cuando salí del Dakota a la calle Setenta y dos, giré hacia el oeste. Camino hacia el almacén y al proyecto, pensé. Y entonces, sin haberlo decidido previamente y sin saber muy bien por qué, di media vuelta, me dirigí hacia la esquina y doblé en dirección al sur.

A continuación avancé manzana tras manzana por el moderno Manhattan. Con mi gorro redondo de pieles, el gabán, la barba, el bigote y el pelo largo, mi aspecto no era muy distinto del de muchos otros hombres con los que me cruzaba. Sabía que lo primero que debía hacer era telefonear al proyecto y a Katie, pero en cambio hice lo que me apetecía: caminé hasta el centro de la ciudad, deteniéndome en el bordillo a la espera de que la luz roja de los semáforos cambiara a verde, y contemplando

alrededor las calles, los edificios y la gente de mí tiempo.

En Nueva York todavía existe una asombrosa cantidad de restos de otras épocas. Nadie cree esto de Nueva York, pero nada más llegar al centro de Manhattan se comprueba que es cierto. Y en ese instante, después de cruzar la calle Cuarenta y dos, empecé a reconocer edificios, grupos enteros de casas de la década de 1880, o anteriores, que habían sobrevivido. Pero no eran ésas las similitudes que yo estaba buscando en esos momentos; las buscaba en los rostros de la gente, y debo admitir que apenas encontré ninguna.

Estoy seguro de que no era cuestión de indumentaria, ni del maquillaje o de la ausencia de éste, ni del tipo de peinados. Los rostros de ahora eran diferentes; más iguales unos a otros, mucho menos animados. En las calles del Nueva York antiguo había visto tanta miseria humana como en la actualidad, y también corrupción, desesperanza, codicia... En los rostros de los muchachos de la calle había observado la dureza prematura que hoy puede verse en los chicos de Harlem. Pero en las calles del Nueva York de 1882 descubrí también una alegría ahora extinguida.

Estaba en los rostros de las mujeres que caminaban por la Milla de las Damas, entrando y saliendo de aquellas espléndidas tiendas ya inexistentes. Se las veía alegres, satisfechas de estar donde estaban, vivas en aquel momento y en aquel lugar. Se exteriorizaba en los rostros de la gente que había visto en Madison Square. Se los podía mirar a los ojos al pasar y comprobar el placer que experimentaban por el simple hecho de estar en la calle, en pleno invierno y en una ciudad que les gustaba... Y los hombres de la parte baja de Broadway, que andaban presurosos por las aceras, conscientes del valor del tiempo y el dinero, y que al mediodía se detenían para comprobar si la hora de sus relojes coincidía con la bola roja del tiempo en el edificio de la Western Union... Bueno, sus rostros a menudo se veían abstraídos, algunos ávidos o ansiosos, otros satisfechos de sí mismos y convencidos de que iban a vivir eternamente; había toda clase de expresiones, como en la actualidad. Pero también estaban interesados por su entorno, y se detenían a comprobar la temperatura en el termómetro gigantesco de Hudnut's. Sin embargo, por encima de todo, lo que aquella gente exteriorizaba era resolución. Cualquiera podía verlo... ¡Ignoraban lo que era el aburrimiento! Bastaba con mirarlos para saber que aquellos hombres vivían su existencia con la indiscutible certeza de que había una razón para vivir. Y eso era algo que valía la pena tener, ya que perderlo significaba lo mismo que perder algo vital.

Ahora los rostros no tenían esa expresión; cuando estaban a solas no expresaban nada, se volvían herméticos. En mi trayecto me crucé con parejas, o con grupos de personas, que iban hablando, a veces reían y de vez en cuando se mostraban más o menos animados, pero únicamente entre ellos. Se los veía aislados de la calle que había alrededor, ajenos y apartados de la ciudad donde vivían, recelosos. Nueva York no era así en 1882.

Para poner a prueba mis impresiones, en la calle Veintitrés doblé a la izquierda y me interné media manzana en Madison Square. Allí me detuve en el bordillo de la acera, fuera del paso de los peatones, y me quedé observando la plaza. Era indudable que físicamente tenía el mismo aspecto. La gente la cruzaba o la rodeaba, pero nadie —estoy convencido de que cualquiera podría comprobarlo— exteriorizaba el menor placer en ello. En el pasado Nueva York había sido una ciudad muy distinta, y en muchísimos aspectos.

Excepto por la parte alta, donde ahora se levantaban enormes edificios de apartamentos, Gramercy Park era exactamente igual, y lo mismo la casa del número 19. Una vez más, me detuve y la contemplé. En las ventanas de la planta baja había persianas venecianas, pero no logré ver ningún otro cambio, y me pareció imposible que Julia y su tía no estuvieran en alguna de las dependencias de allí dentro, haciendo las tareas de la mañana. Por una vez, me dejé llevar por el impulso antes de que éste se extinguiera: subí a toda prisa por los escalones de la entrada y —otra diferencia, aunque mentalmente la anulé— pulsé el timbre eléctrico. Al cabo de unos quince segundos, justo cuando estaba a punto de cambiar de idea, una mujer abrió la puerta y me miró, enarcando un poco las cejas en actitud inquisitiva. Tenía una abundante cabellera blanca recogida en un moño. Debía de tener unos cuarenta años, pero aún conservaba la silueta de una muchacha, y lucía pantalones anaranjados a juego con un jersey de cuello cisne y un chaleco de un material plateado. Se la veía muy atractiva. Me quité el sombrero y dije:

—Usted disculpe, pero... Es que conocí a las personas que vivían aquí. De eso hace algunos años. A la señorita Julia Charbonneau y a su tía... Pero veo que ya no viven aquí.

—No —contestó con amabilidad—. Nosotros llevamos nueve años en esta casa, y los que vivieron antes que nosotros estuvieron cuatro años, pero no se llamaban Charbonneau.

Asentí como si hubiese esperado aquella respuesta, y así era en realidad. Pero aplacé el momento de marcharme a fin de echar un vistazo al recibidor. La mujer se apartó cortésmente para que pudiera verlo mejor; las paredes estaban empapeladas con un estampado azul muy tenue sobre fondo blanco, y del techo colgaba una espléndida araña de cristal. Tenía un aire suntuoso y era totalmente distinto, con la excepción del suelo embaldosado en blanco y negro, que era el mismo.

La mujer no me invitó a ver el resto de la casa, como es lógico; esas cosas no se hacían en Nueva York. De modo que sonreí, asentí para darle a entender que ya había visto lo suficiente, le di las gracias y me fui. No sabía muy bien para qué había ido allí; supongo que para ver como era la casa, sencillamente. Regresé andando hasta la calle Veintitrés y allí cogí un taxi hasta la sede del proyecto.

En esta ocasión, el ambiente en el antiguo almacén fue distinto en casi todos los

aspectos. Era Harry quien atendía la puerta en el pequeño despacho a nivel de la calle, o al menos eso ponía la etiqueta bordada en rojo que llevaba en el bolsillo delantero del uniforme blanco de Beekey. Me hizo subir en el ascensor hasta el despacho de Oscar Rossoff, tal como le habían indicado que hiciera si yo me presentaba, según me informó. Pero cuando llegué sólo estaba la enfermera de Oscar, la corpulenta mujer de aspecto atractivo y cabello canoso. Sonrió, me dio la bienvenida y me formuló las preguntas habituales, pero detecté una falta de auténtico interés en ella, o ésa fue mi impresión. Tal vez fuese de esperar. Me dijo que aguardara en el despacho de Oscar, que ya le había avisado y que vendría enseguida.

Y así fue. Al cabo de cinco minutos, con paso rápido al tiempo que me tendía la mano para que se la estrechase, Oscar me saludó como había hecho las otras veces, me felicitó y me hizo algunas preguntas con un tono vehemente, pero no era exactamente como antes. Se lo veía abstraído, advertí después de hablar unos minutos con él; sólo escuchaba mis respuestas y, a veces, asentía con expresión ausente antes de que yo hubiera concluido. Pronto tuve la sensación de que quería librarse de mí, que estaba ansioso por regresar precipitadamente a lo que estaba haciendo, pues me apremió para que fuera a la sala del «interrogatorio» sin siquiera ofrecerme un café, lo cual era impropio de él, teniendo en cuenta que había una cafetera llena sobre el calentador.

Pero las diferencias no se redujeron a eso. Esta vez, nadie se apresuró a entrar en el despacho para verme. Y tras dejarme ante la puerta de la sala de los interrogatorios, pedirme que realizara un resumen breve pero completo de la última visita y darme una palmada en el hombro, Oscar se marchó a toda prisa. En la sala sólo estaba el técnico encargado de la grabación. Mientras ponía una nueva cinta en el carrete, se limitó a decirme «hola» y asentir. Al cabo de unos instantes entró la muchacha que transcribía a máquina mis testimonios, que me dirigió una sonrisa inexpresiva. Me senté, me colgué del cuello el pequeño micrófono y, a través de él, empecé una relación detallada de lo que me había ocurrido durante los dos últimos días, procurando que fuera lo más breve posible, aunque sin omitir nada. Concluido esto, me dispuse a recitar al azar mi lista de nombres, acontecimientos o cualquier otro dato verificable que pasara por mi cabeza.

Transcurridos veinte minutos, pregunté dónde estaban los demás, y el tipo que vigilaba las cintas de la grabadora y de vez en cuando manipulaba los botones, contestó que estaban celebrando una reunión importante; que había dado comienzo el día anterior y que aún seguía. Aquello lo explicaba todo y a la vez no explicaba nada, y descubrí que una especie de infantil sentimiento de abandono se apoderaba de mí.

En esta ocasión me tuvo recitando nombres y datos el doble de tiempo que las otras veces. Al cabo de tres cuartos de hora le dije que ya no sabía qué más añadir, y él contestó que le habían indicado que yo continuara con la lista durante un par de

horas, si era posible; una hora y media como mínimo. Los tres tomamos un asqueroso café instantáneo de una máquina expendedora que había fuera, en el pasillo, luego nos quedamos unos minutos por allí intentando tragarlo, hablando del tiempo que había hecho últimamente, tema en que yo no pude participar gran cosa. Me dio la impresión de que les habían pedido que no hicieran preguntas sobre mi visita, pues no la mencionaron en absoluto. Al cabo de unos cinco minutos reanudamos el recital. Yo seguí con ello hasta cubrir la hora y media, aunque con pausas cada vez más largas. Pronto me vi obligado, cada dos o tres minutos, a ahondar en mi memoria en busca de algo que añadir. Y cada veinte minutos aproximadamente entraba el mismo hombre calvo de las otras veces y se llevaba lo que la muchacha había mecanografiado.

Al final, cuando Oscar Rossoff regresó, yo casi había agotado los últimos recursos de mi memoria... En el momento en que abrió la puerta, yo estaba facilitando el nombre de un chico de quien no sabía nada desde que cursábamos el séptimo grado, cuando se trasladó a vivir a otra parte, y en quien no había vuelto a pensar hasta ese momento. Oscar se sentó; parecía cansado —llevaba el cuello de la camisa abierto y se había desatado el nudo de la corbata— y esperó, mirando malhumorado hacia un rincón de la sala. Añadí que Arizona había sido admitida como estado de la Unión en 1912, luego me puse de pie, me desperecé y dije que había concluido, definitivamente.

La joven transcribió lo que acababa de decir y sacó la hoja de la máquina. El técnico de grabación desconectó el aparato, rompió la cinta entre las dos bobinas y sacó la que contenía mi grabación.

—Dile a Freddy que no nos entregue los informes hasta que haya terminado con todo, ¿entendido? —indicó Oscar.

El técnico asintió y se marchó. Oscar me señaló la silla que había a su lado y yo me senté.

—Estamos celebrando una reunión, Si. Una muy importante... Es posible que tengamos que suspender el proyecto; todavía no lo sé. Quieren que te incorpores a la reunión, pero primero debo ponerte al corriente. No hace falta interrumpirla para eso. Lo que debo decirte es bastante sencillo. No hemos querido preocuparte con eso, pero tanto durante tu experimento como antes se han llevado a cabo otros. El intento del cerro Vimy fracasó... Había allí un sector del campo de batalla que permanecía inalterado desde la Primera Guerra Mundial. Franklin Miller salió de un refugio subterráneo donde había estado esperando durante cuatro días junto a un pelotón de infantería, mientras se procedía a la simulación de un bombardeo de artillería, metido entre el barro y luchando contra los piojos; éstos, de verdad. Pero donde salió era sólo una gran extensión de campos vacíos, rollos de alambre de espino oxidados y trincheras hundidas, medio siglo después del Armisticio. Ya se encuentra de regreso

en California.

»Para sorpresa e incluso asombro de todos, quien lo intentó con Notre Dame es posible que haya tenido éxito. Durante poco menos de un minuto, antes de que perdiera el control mental de la situación y regresara instantáneamente al presente. Te daré más detalles en otro momento, pero creemos que durante quizás una docena de excitantes segundos, estuvo en las orillas del Sena a las tres de una madrugada del invierno de 1451. ¡Dios! Y el intento de Denver fue un éxito completo. Ted Brietel se encontraba en el pequeño colmado de la esquina, bebiendo una botella de gaseosa que había traído consigo y charlando con el propietario, y luego salió a la ciudad de Denver, Colorado, en 1901. Respecto a eso no existe ninguna duda; todo igual que tú. Después de pasar allí medio día, y con todas las precauciones, se sometió, como tú, al interrogatorio. Es eso lo que ha motivado la reunión, Si... Anoche estuvimos reunidos hasta la una y media de la madrugada, y esta mañana la hemos reanudado a las nueve menos cuarto.

Oscar frunció el entrecejo, cerró con fuerza los ojos y se los frotó con el pulpejo de la mano, como si tratara de eliminar una jaqueca o una noche de insomnio, o ambas cosas a la vez. Seguidamente me miró, parpadeó y prosiguió:

—Por lo visto, en Ted hay algo que no concuerda... Me refiero a la relación de nombres que dio en el interrogatorio. Nombró a un amigo con quien estudió en el Knox College de Galesburg, Illinois. Ted se había visto con él varias veces desde entonces. Vivía en Filadelfia, al igual que Ted; incluso constaba en el listín telefónico de la ciudad... Sin embargo, ahora ya no está. Nadie ha oído hablar de él en la empresa donde trabajaba. No está incluido en la lista de la Seguridad Social. Y tampoco en los archivos de Knox... No existe, ¿entiendes? —Oscar mantuvo un tono frío en su voz—. Sólo en el recuerdo de Ted. Únicamente en su memoria... Lo que quiera que Ted haya hecho en el Denver de mediados del invierno de 1901, afectó a un hecho aquí. Puede que a más... Algo cambió y, por lo tanto, cambiaron los acontecimientos que en el futuro se derivaron de este hecho. —Oscar se encogió levemente de hombros—. De modo que ahora ese tipo es como si no hubiera nacido; así de sencillo. En cuanto a qué otras cosas pueden haber cambiado, o en qué aspecto pueden ser distintas en el presente, cosas respecto a las cuales Ted Brietel no supiera nada... En fin, ¿quién está en condiciones de decirlo con seguridad? Es posible que sean muchos los cambios, pero también que sólo haya habido uno. —Permanecemos en silencio por unos instantes, mirándonos. Luego Oscar se incorporó con brusquedad—. La reunión trata sobre todo esto... Vamos allá.

Todos alzaron la vista hacia nosotros cuando entramos en la gran sala de conferencias. Casi todas las sillas estaban ocupadas. Alguien me saludó, abstraído, con un movimiento de la cabeza, pero enseguida devolvió su atención al doctor Danziger, que en ese momento hablaba en tono reposado. Yo también lo miré,

mientras con Oscar nos dirigíamos a nuestros asientos. Se lo veía tranquilo, lo cual es mucho más de lo que podía decirse de los otros... La mayoría se había quitado la chaqueta y aflojado la corbata; no les importaba tener aspecto cansado. Y había mucho humo, muchos garabatos en los blocs de notas. Pero Danziger permanecía recostado en su silla, con la chaqueta cruzada de su traje marrón abierta, el chaleco de punto abrochado, las piernas cómodamente cruzadas, un brazo descansando sobre el respaldo de la silla, la venosa mano colgando fláccidamente, relajada.

—Los conocimientos de que disponemos son susceptibles de un estudio prolongado —estaba diciendo—. No hace falta sacar todo el fondo del océano y trasladarlo al laboratorio. Analizar el núcleo de una única partícula y considerar las consecuencias de semejante análisis llevará meses, tal vez años. Es así como debemos tratar el conocimiento, o las partículas si ustedes quieren, de nuestros tres intentos exitosos. Los estudiaremos y durante años nos facilitarán conocimientos nuevos. Sin embargo, es posible que no haya más intentos. —No cambió de posición, pero su voz se hizo más profunda, adoptando un tono de autoridad al que yo no me habría atrevido a desafiar—. Porque, sencillamente, no es cierto que debemos seguir haciendo algo sólo porque hemos descubierto que somos capaces de hacerlo... A medida que la ciencia utiliza una habilidad totalmente nueva para descifrar los acertijos más profundos del universo, se hace cada vez más evidente que no necesitamos hacer algo, ni debemos hacerlo necesariamente, sólo porque hemos averiguado cómo se hace. Ante un auditorio como el que hay aquí no hace falta exponer ejemplos obvios, ni las consecuencias que implicaría el hecho de que esto no se entendiera. La lección es clara. Como lo es el peligro de siquiera una nueva tentativa. No debemos atrevernos a intentar viajar otra vez al pasado. No debemos volver a interferir en él en lo más mínimo. Porque ignoramos en qué consiste ese mínimo. Todavía desconocemos las consecuencias de la última visita del señor Morley, pero si hemos logrado escapar a las más graves consecuencias de los poco cautelosos éxitos que hemos obtenido, se debe únicamente a la pura suerte. Un hombre sin importancia aparente, aunque sin duda debía de ser importante para sí mismo, ha dejado de existir. De hecho, nunca existió. En un sentido verdaderamente extraño, y sin embargo cierto.

En ese momento, caminando de puntillas, entró el hombre calvo. El coronel Esterhazy lo vio enseguida y levantó el brazo. El hombre se acercó rápidamente a él, le entregó una hoja de papel y musitó algo a su oído. Esterhazy asintió y el hombre volvió a salir de puntillas.

—Por otra parte —prosiguió Danziger—, no parece que nuestro mundo haya cambiado esencialmente. Sin embargo, la próxima vez es posible que sea distinto; inimaginable y catastróficamente distinto... Continuar con este proyecto sería una irresponsabilidad de las más escandalosas, absolutamente interesada y temeraria.

Creo que esta reunión era imprescindible, que teníamos que tratar de esto absolutamente a fondo. Pero no puede haber dudas respecto a nuestra decisión. No existe alternativa.

Hizo una pausa y miró en torno a la mesa, como si se preguntara, al tiempo que lo dudaba, si podía existir alguna duda. Uno de los presentes empezó a levantar la mano, luego la bajó, y al instante volvió a levantarla. No recuerdo su nombre, pero era un joven profesor de Historia de una de las universidades del este, que me recordaba a un cómico de la televisión. Danziger asintió con gesto ceñudo y la cara del otro enrojeció.

—Por supuesto que tiene usted toda la razón, doctor Danziger —dijo finalmente, con un tono profesoral—. Y, desde luego, no se la discuto. Yo no he asistido a estas reuniones, no me ha sido posible, de modo que no fingiré que entiendo gran parte de lo que hemos estado haciendo. Pero lo cierto es que lamentaría desistir ahora, si eso fuera necesario... Sin embargo, me pregunto si no podríamos hallar la forma de introducir lo que yo denominaría el espectador absoluto. Que no advirtieran su presencia, que no lo vieran, que no afectara ningún acontecimiento. Un hombre oculto, totalmente disimulado... ¿en la primera representación de *Hamlet*, Dios mío! Oculto mucho antes de que llegara el público y los actores, y que permaneciese escondido hasta mucho después. O un espectador oculto en... Bueno, daría mi alma por saber qué se discutió en una determinada reunión de Disraeli con los miembros de su gabinete... Nadie lo sabe con exactitud, y fue muy importante. En definitiva, lo que me pregunto es si podría estudiarse la posibilidad de este espectador absoluto. Buscar una forma de...

Pero Danziger había empezado a negar lentamente con la cabeza, y la voz del otro se fue apagando.

—Entiendo por dónde quiere ir —dijo Danziger—, y entiendo esa tentación, porque yo mismo la he sentido también. Pero no hay ningún escondrijo que sea totalmente seguro; estoy convencido de que lo entenderá. Y si no es totalmente seguro, entonces el riesgo sigue estando ahí. Un riesgo que no se puede correr... Esto es algo que hemos aprendido y que no puede obviarse. —Se quedó esperando, pero nadie más dijo nada.

En ese momento intervino Esterhazy, utilizando un suave tono dialogante:

—He escuchado a Danziger con atención y creo que podría repetir palabra por palabra lo que acaba de decir. Y confío en que todos ustedes estén en condiciones de hacerlo. La sabiduría del consejo del doctor Danziger es, sencillamente, indiscutible. —Efectuó un leve gesto de disculpa con la mano—. Sin embargo, hay algo de lo que todavía no hemos hablado... —añadió, como si aborreciese contradecir al doctor siquiera en esta pequeña cuestión—. En cualquier caso, no con todos los datos, pues ahora dispongo de cierta información que no teníamos hace unos momentos.

Rube se hallaba sentado al lado de Esterhazy, en mangas de camisa y con el nudo de la corbata suelto. Hundido en su silla, leía las hojas mecanografiadas que habían traído hacía unos minutos. Esterhazy las señaló, y dijo:

—Acabamos de recibir el informe del interrogatorio del señor Morley; tanto el sumario completo de lo ocurrido, que es absolutamente fascinante, como el resultado de la prueba de comprobación. En estos momentos se están sacando fotocopias para todos. Mientras tanto, y esto es lo importante, disponemos ya del resultado del análisis de su interrogatorio. En esta ocasión el señor Morley no se ausentó por unas horas sino durante dos días, y sus contactos fueron mucho más que fortuitos o momentáneos. Era un riesgo calculado y lo corrimos. Ahora disponemos de los resultados.

Esterhazy hizo una seña con la barbilla a Rube, que bajó la mirada hacia las hojas mecanografiadas que tenía en la mano y luego resumió lo que en ellas se decía.

—No se ha producido ningún cambio —concluyó con un tono neutro, monótonamente imparcial—. Absolutamente todo se ha comprobado y está bien.

Esterhazy asintió casi imperceptiblemente, y con cierta tristeza. Era un gesto que sugería que los hechos eran los hechos, que él no había inventado ni controlado nada de todo aquello, y que no podía hacer otra cosa que aceptarlo.

—Así las cosas —dijo en un tono que coincidía con su gesto—, tengo la convicción de que no seríamos justos con el doctor Danziger, ni con el proyecto en sí, ni con nadie..., si no debatiéramos el significado de esto. —Miró en torno a la mesa, como si invitara al debate, y Rube se apresuró a tomar la palabra.

—Bien —dijo como si aceptara una invitación a abrir el fuego—. ¿Cuáles son los hechos? No hay consecuencias, no hay cambios, ni se ha provocado ningún daño en lo que creemos fue una visita, aunque breve, a la ciudad..., mejor dicho, a la aldea que era París en 1451. Y, si se hubiese alterado alguna cadena de acontecimientos, habría dispuesto de muchísimo tiempo para desarrollarse... Tampoco hubo consecuencias, ni cambios, ni daños en la primera visita breve del señor Morley. Ni en la segunda, que fue más extensa e incluyó un recorrido por la ciudad, en el cual incluso tuvo compañía. Tampoco ahora ha habido consecuencias, ni cambios, ni se ha causado daño alguno, en una visita de dos días, durante la cual ha vivido en una casa llena de gente. Y no sólo ha interferido en los acontecimientos, sino que, además, los ha provocado... —Señaló las hojas manuscritas que había encima de la mesa—. Me resultaría difícil creerlo si no supiera cuán poco dotado está Morley para la invención... —Me miró y sonrió. Tras un murmullo de suaves risas, encogió los musculosos hombros y prosiguió—: Resumiendo... Brietel provocó un cambio, sí, aunque leve. —Se volvió rápidamente hacia Danziger—. Importante para el hombre al que afectó, sin duda, pero...

—Y a quien no se le consultó sobre si le importaría sacrificarse —lo interrumpió

Danziger.

—Eso es cierto, y lo lamento. Sin embargo, comparado con el enorme beneficio potencial que supone para el resto del mundo, repito, y creo ser realista, el cambio fue muy ligero. Y, más importante todavía, el efecto de todos los intentos exitosos, con una mayor duración e implicación, ha sido nulo. Cero. Lo cual sugiere que el resultado de Brietel no ha sido más que un accidente muy poco probable. Así que, respecto a la consideración de si debemos proseguir, y con todo el respeto por las opiniones del doctor Danziger sugiero que también se pueden afrontar los riesgos calculados.

—¡Maldita sea! —Danziger golpeó con el puño sobre la mesa y un cenicero saltó por los aires, dio media vuelta y cayó boca abajo sobre la mesa, desparramando colillas y cenizas mientras rodaba como una moneda hasta que se detuvo resonando. Por encima del estruendo, la voz de Danziger se siguió escuchando—: ¿Qué es lo que se ha calculado? ¡Odio esas frases hechas! ¡Riesgos sí los hay! ¡A manos llenas! —Se volvió hacia Rube y lo miró con expresión de furia, al tiempo que se inclinaba hacia él por encima de la mesa—. ¡Pero enseñeme dónde están sus cálculos!

Se produjo una larga pausa en la que Rube no volvió la cabeza ni desvió la mirada, aunque sí parpadeó con gesto condescendiente varias veces para demostrar que no había hostilidad en él y que no pretendía lograr que el doctor bajara los ojos. Luego Danziger se recostó en el respaldo de la silla y, con voz controlada, añadió:

—¿Qué sabemos en realidad? Que de cuatro casos exitosos, puede que de cinco, en uno de ellos hemos influido en el pasado y, por lo tanto, en el presente. Eso es todo cuanto sabemos. El próximo intento puede ser desastroso. No hay análisis posible para un riesgo calculado, Rube. Porque no existen cálculos, sino únicamente riesgos. ¿Quién nos ha otorgado el derecho a decidir en nombre de todo el mundo si debemos correrlos? —Miró fijamente a Rube durante varios segundos, luego al resto de los presentes, mientras proseguía—: Como creador y director de este proyecto digo, y si hace falta lo ordeno, que debe interrumpirse, excepto para analizar lo que ya tenemos. No hay nadie que aborrezca tanto esta necesidad como yo, pero debe hacerse y se hará.

Dicho esto, se hizo el silencio, como no podía ser de otra forma. Cuando Esterhazy finalmente habló, lo hizo en tono tan vacilante y pesaroso que dio la clara impresión de que le resultaba doloroso hacerlo.

—Yo... —Tragó saliva—. Yo... Sencillamente, me cuesta discutir cualquier cosa de lo que el doctor Danziger pueda decir sobre este proyecto. El deseo de sugerir que deberíamos aplazarlo durante un tiempo y reflexionar al respecto es muy fuerte. Pero muchos de ustedes han venido de lejos y nadie confiaba en que tuviéramos que pasar aquí un día más, de modo que no creo que estemos en condiciones de esperar. Por lo tanto, dado que se ha hablado de la dirección del proyecto, estoy obligado no a

discutirlo, pero sí a recordarle, doctor Danziger, que cualquier decisión vital que afecte al proyecto en sí debe tomarse por una mayoría de cuatro de los miembros más antiguos de esta junta. Y del propio presidente en disposición de un quinto voto, si fuera necesario. De estos cuatro miembros, el doctor Danziger es, desde luego, el primero, los otros tres son el señor Prien, el señor Fessenden, representante del presidente de la nación, y yo mismo. Ciertamente, no pienso hacer de esto una cuestión de forma, pero está claro lo que opina el doctor Danziger, así como lo que pensamos el señor Prien y yo. Así pues, señor Fessenden, ¿qué dice usted? ¿Ha tomado ya una decisión?

Yo no sabía a quién se refería hasta que Fessenden habló; mejor dicho, hasta que carraspeó antes de tomar la palabra. Era un tipo de unos cincuenta años, bastante calvo, aunque con unos largos cabellos grises en un costado de la cabeza, que se peinaba hacia el lado contrario por encima del cráneo, en un intento por ocultar la calvicie, al menos a sí mismo. Tenía mejillas bastante regordetas, y lucía gafas con una montura metálica tan delgada que era casi imperceptible. Si lo había visto con anterioridad, no había dejado huella en mi memoria.

—Si alguna vez se llegara a eso, querría considerar mi voto. Detenidamente. Consultarlo con la almohada. Pero en justicia debo decir que me siento inclinado a opinar como usted.

Esterhazy abrió la boca para decir algo, pero Danziger se le adelantó:

—¿Es eso, entonces? ¿Es ésta la decisión?

—No creo que sea nada formal... —empezó a decir Esterhazy.

—¡Deje de dar rodeos! —lo interrumpió bruscamente Danziger—. ¿Es ésta la decisión? —Aguardó unos instantes, luego vociferó—: ¿Y bien?

Esterhazy apretó los labios y sacudió la cabeza. Fue un momento doloroso.

—Tiene que hacerse, doctor. Sencillamente, tiene que...

—Presento mi dimisión —dijo Danziger. Se puso de pie y se volvió para empujar la silla hacia atrás, con el fin de apartarse de la mesa.

—¡Aguarde! —Esterhazy se levantó—. No podemos dejar que esto ocurra así... Quisiera hablar con usted. A solas. Dentro de unos minutos.

Tuve que reconocer los méritos de aquel anciano. Nunca lo había visto en una actitud poco digna, y tampoco lo vi entonces. No salió con paso majestuoso, no hubo ninguna negativa violenta; él aborrecía esa clase de espectáculos. Tras vacilar por un segundo, contestó:

—Como quiera, pero ya está hecho; nadie va a cambiar ni a dar marcha atrás. Lo espero en mi despacho, coronel. —Luego, en medio de un absoluto silencio, se encaminó hacia la puerta y se marchó.

—No me gusta esto —dijo alguien situado al final de la mesa, y todos volvimos la mirada hacia él. Era un hombre joven, aunque rechoncho y calvo. De una de las

universidades de California, creí recordar. Parecía inteligente e irritado—. Yo no tengo voto y mucho menos voz. Ni siquiera tengo intereses en esto. Soy meteorólogo y estoy aquí principalmente para informar a mi universidad. Pero no voy a irme sin preguntar cómo tienen el valor de no aceptar la opinión y las decisiones del doctor Danziger.

—¡Eso, eso!, como dicen los británicos —gritó alguien, y su voz sonó complacida, como la de un tipo que disfruta realmente con una pelea mientras él no se vea metido entre los dos contrincantes.

Pensé que contestaría el coronel Esterhazy, pero fue Rube quien se levantó, con movimientos lentos, absolutamente tranquilo y tomándose su tiempo. Haciéndose cargo del mando, se me ocurrió de pronto.

—¿Que cómo? Porque nadie quiere retroceder. Nunca. No se gastan miles de millones en preparar a un hombre para enviarlo a la Luna y luego se decide no hacerlo. Ni se inventa un avión y se prueba para luego decidir no fabricarlo porque alguien algún día deje caer una bomba desde lo alto. Sencillamente, nadie interrumpe un descubrimiento tan grande como éste. La raza humana nunca lo ha hecho. ¿Que existen riesgos? Sí, por supuesto. Pero ¿quién se ha atrevido nunca a parar estas cosas? ¿Alguien cuya fecha de nacimiento se haya convertido en una fiesta nacional? Nosotros vamos a seguir adelante. Nosotros...

—¿A quién se refiere con eso de «nosotros»? —preguntó una voz airada que no conseguí identificar.

—A todos nosotros —respondió Rube con voz medida, apoyando todo su peso sobre los nudillos para inclinarse sobre la mesa—. Los que hemos dedicado a este proyecto horas interminables y esfuerzos enormes, una parte muy importante de nuestra vida... ¡Piénsenlo, maldita sea! ¿Puede alguien imaginar realmente que esto va a detenerse? ¿Abandonarlo? ¿Olvidarlo? No ocurrirá nada de esto, caballeros. ¿Para qué, entonces, seguir ahí sentados, dándole vueltas al asunto?

Ésa fue la conclusión, la de verdad, aunque la discusión siguió durante un rato. Llegaron las copias de mi informe y de la prueba, y se distribuyeron entre los presentes. Cada una iba numerada y tenía que leerse y devolverse antes de que la junta abandonara la sala. Varios de los presentes alzaron sus ojos para mirarme, sonreír y sacudir la cabeza con asombro, y me esforcé para devolverles la sonrisa. Las discusiones siguieron por estos derroteros. Los había que estaban de acuerdo con que el proyecto debía proseguir con cautela, otros lo ponían en duda, o al menos reflexionaban en voz alta al respecto. Creo que más de uno no había entendido hasta ese momento la poca importancia que tenía su presencia en la junta a la hora de decidir la política a seguir. La reunión terminó después de que Esterhazy recordara a todos, utilizando unas formas más diplomáticas, que cuanto sabían sobre el proyecto era información estrictamente confidencial. Ya se les notificaría, añadió, la fecha de

la siguiente reunión; hasta entonces, les daba las gracias por su asistencia.

Rube sabía que yo debía tomar una decisión, de modo que lo tuve pegado a mí en cuanto salí de la sala de conferencias. En el pasillo me invitó a un bar de la Sexta Avenida en el que ya habíamos estado un par de veces y donde podríamos almorzar. Contesté que antes quería ver al doctor Danziger, y nos dirigimos hacia su despacho. Pero la secretaria dijo que estaba reunido con el coronel Esterhazy —lo cual no creo que sorprendiera a Rube—, y que en su opinión tenían para un buen rato. Yo estaba hambriento, de modo que acepté la invitación de Rube; almorzamos un buen plato de sopa de verduras y un bocadillo de carne ahumada cada uno, con un par de jarras de cerveza. Nos sentamos en el último apartado del rincón del fondo, con una pared de ladrillo a un lado y otra detrás de nosotros, donde nadie estuviera lo bastante cerca para escuchar nuestra conversación.

No voy a detallar aquí todo cuanto dijimos. Encargamos las consumiciones y Rube, en un tono tranquilo e imparcial, señaló que si bien confiaban en que yo continuara con el proyecto —no era fácil hallar nuevos candidatos, y entrenarlos constituía una tarea pesada y lenta—, tampoco era esencial para llevarlo a cabo. Si decidía no continuar, lo lamentarían, pero con el tiempo encontrarían un sustituto. Yo era consciente de ello, por supuesto. Como mínimo sabía que se trataba de una posibilidad real, si no la certeza que Rube pretendía dar a entender. Y me produjo cierto escalofrío oírsele decir, porque era inútil negarme a mí mismo que la idea de no volver allí me resultaba difícil de aceptar. Sin embargo, me limité a asentir y a decir que lo entendía, pero que el hecho de continuar en el proyecto no apaciguaría mi conciencia, si decidía que no estaba haciendo lo correcto.

Llegaron nuestros bocadillos y empezamos a comer. Rube había engullido con fruición la mitad del suyo antes de depositar el resto sobre el plato de cartón e inclinarse sobre la mesa para contestar. A un metro de distancia, su voz apenas resultaba audible:

—Simón, el doctor Danziger es un anciano; hay que admitirlo... Y lo que se ha descubierto hasta ahora con el proyecto ya es suficiente... para él. Para él significa la culminación, ha logrado lo que se había propuesto. Y si eso fuera todo lo que hay, podría sentirse satisfecho. Lo aprecio, de veras. Pero es un anciano obsesionado con el riesgo. Escúchalo lo bastante y llegarás a creer que si estornudas demasiado fuerte en enero de 1882, de alguna manera puedes desencadenar una cadena de acontecimientos capaces de barrer el mundo... Pero no es así; no tendría mayor efecto que si estornudaras aquí, en este momento. ¡Inténtalo, Si! —Sonrió y volvió a coger su bocadillo—. ¡Adelante! Hay aquí un par de docenas de personas. Estornuda y verás que no ocurre absolutamente nada... ¡Diablos, la gente no se casa o deja de casarse, o de hacer cualquier otra cosa de importancia, sólo por una acción rutinaria y trivial de un desconocido! Tú no provocaste a ese tipo, Pickering, en ningún

momento. Es obvio que es así por naturaleza, actúa de esta manera y se comportará de acuerdo con ella, con o sin tu ayuda. De todos modos, esto carece de importancia. Los hechos realmente importantes no se originan de manera espontánea, sino que son el resultado de tantas fuerzas importantes entrecruzadas, que al final resultan inevitables. No es una sola cosa lo que los origina. A menos que regreses y deliberadamente hagas algo tan vital que a la larga tenga que alterar un acontecimiento, no vas a cambiar gran cosa... ¿Vas a tomar postre?

Respondí que no, y Rube pidió tarta de manzana y otra jarra de cerveza. No añadí gran cosa ni discutí con él. Me quedé sentado con aspecto dubitativo, probablemente confuso, porque así era como me sentía. Rube comió con voracidad, un cuarto del trozo de tarta con cada bocado, y la cuarta parte de la jarra de cerveza. De pronto, impulsivamente, sonrió con su expresión de chico simpático y maravilloso.

—¡Por el amor de Dios, Si, quédate con nosotros! Hasta el momento no has provocado el menor daño ni has alterado nada en absoluto. Tenemos la prueba de eso. Y seguirá siendo así si andas con cuidado.

Estuvimos charlando un poco más acerca de lo que me había ocurrido en el número 19 de Gramercy Park. Rube permanecía cómodamente recostado en el rincón del apartado, fumando su cigarro mientras yo le explicaba algo de lo que había sentido respecto al Nueva York de entonces y al de ahora. Él escuchaba y hacía preguntas, absolutamente fascinado.

—Yo no puedo hacerlo, ¿sabes? Lo intenté mucho antes de conocerte, y sencillamente, no pude. Sólo Dios sabe cuánto te envidio. —Miró su reloj, luego se irguió de mala gana y empezó a deslizarse sobre el asiento para salir del reservado, pero de repente estiró la mano y me agarró del brazo—. La verdad es que no necesito convencerte, Si, porque tú lo ves como yo lo veo. Este proyecto no puede suspenderse, eso es todo. Y, puesto que deseas seguir en él, sería absurdo que no lo hicieras.

No asentí ni realicé el menor gesto de aprobación, pero tampoco dije que no. Rube salió del reservado y yo lo seguí, y de regreso en el almacén estuvimos hablando de fútbol. Incluso ahora siento vergüenza; no tengo excusa. No podía renunciar a la posibilidad de volver allí. Y lo sabía.

Cuando llegamos, Danziger ya se había marchado. Para siempre, como debí de haber imaginado y tal vez imaginé. Pero su secretaria me dio su dirección y el número de teléfono. Vivía en el Bronx. Utilicé el teléfono de ella para llamarlo, pero no obtuve respuesta. Probablemente aún no hubiese llegado, tal vez no fuera directamente a casa. Cuando colgué, permanecí por un instante con la mano apoyada en el auricular, pero no marqué el número de Katie. ¿Estaría retrasando el momento de ponerme en contacto con ella?

Poco después, al cruzar la ciudad rumbo a la tienda, reflexioné al respecto. Había

estado demasiado ocupado, me dije. Sin apenas un momento para telefonarle. Pero, aunque eso era cierto, no era toda la verdad. ¿Tendría algo que ver con Julia esa falta de interés? Debía de ser eso, no pude por menos que reconocer. Lo cierto era que cada vez que había estado cerca de Julia, esa especie de chispa eléctrica había saltado de inmediato, para qué negarlo, pero no creía que el motivo fuese ella.

Tal vez fueran las noticias que tenía que darle a Katie: que el padre de Ira había sido, sencillamente, un ladrón, un estafador, un timador. Pero había muerto mucho antes de que Katie naciera y, además, no tenían parentesco alguno, ni la noticia podía hacer ya daño a Ira... Ignoraba cuál sería el motivo, de modo que seguí andando hasta que llegué a la tienda.

Katie estaba allí. Acababa de entrar desde la trastienda cuando abrí la puerta y la campanita sonó. Estaba sacando capas de pintura vieja de una silla y se había puesto téjanos, una blusa vieja y delantal. Tenía las manos manchadas con el unte que estaba utilizando, de modo que nos limitamos a inclinarnos el uno hacia el otro para darnos un leve beso. Luego la seguí hasta el taller y me senté en un pequeño barrilito que había por allí, y mientras ella trabajaba en la silla, la puse al corriente de todo lo sucedido. Resultó divertido, porque Katie estaba totalmente subyugada.

Después de que cerrara la tienda, caminamos una manzana hasta el supermercado, donde compré unos filetes y mantequilla; yo entré en la tienda de licores que había unas casas más allá y compré una botella de whisky, luego retrocedí y cogí unas latas de soda. Pero cuando me encontré arriba, en el pequeño apartamento de Katie, después de tomarnos el segundo whisky mientras las patatas se asaban en la cocina, fui incapaz de comprender por qué había dudado tanto en ponerme en contacto con ella. Aquél era el único sitio donde me apetecía estar, y las horas que aún me quedaban para permanecer allí resultaban muy prometedoras.

Como es lógico, Katie sentía un interés especial en lo que le iba contando mientras tomábamos unas copas y, luego, durante la cena. Ella había visto la época y el lugar de los que le hablaba, y como mínimo había echado una ojeada a Jake Pickering, de modo que cuando le hablé de Carmody se limitó a permanecer en su sitio, con los labios entreabiertos, fascinada. Al hablarle de Danziger, de Esterhazy, de Rube y de la decisión que yo había tomado, me escuchó, después hizo unos breves y cautelosos comentarios, procurando no interferir en mi resolución. Pero comprendí que se alegraba de que yo regresase allí, y era incapaz de disimularlo.

Se levantó de la mesa, se dirigió hacia el dormitorio y regresó con la carpeta plegable de cartón rojo, desatando el lazo de las cintas rojas mientras se acercaba. Y, una vez más, contemplamos la extraña foto en blanco y negro de la tumba de Andrew Carmody. Allí se erguía, misteriosamente, entre las matas de diente de león ya marchitas y los hierbajos dispersos, una lápida de las que se dibujan en las tiras cómicas: la parte superior redondeada en un semicírculo perfecto, los lados rectos, la

losa hundida en el suelo y ligeramente ladeada. Y sobre la lápida, claro y definido, el extraño dibujo: no una palabra, un nombre o una fecha, sino la estrella de nueve puntas dentro de un círculo, realizada mediante docenas de puntos cincelados en la piedra; el mismo dibujo que, increíblemente, habíamos visto impreso sobre la nieve al pie de una farola de Broadway, en el Nueva York del 23 de enero de 1882.

Volvimos a contemplar, maravillados, el sobre azul con la dirección escrita en tinta negra cuyo contenido en hierro asomaba en forma de oxidado. Katie sacó la nota del interior del sobre y, en voz alta, leyó lo que había escrito, también en tinta negra, por encima del doblez:

—«Si una charla referente al Carrara del Palacio de Justicia pudiera ser de interés para usted, por favor, acuda al parque del City Hall a las doce y media del próximo jueves...». —Bajó la nota, me miró y, sobrecogida, añadió—: Ahora ya sabemos, con toda certeza, qué ocurrió en el parque... Me alegro de que Ira nunca llegara a enterarse. —De nuevo levantó la nota y leyó el texto que había por debajo del pliegue —: «Que el envío de esto sea capaz de Destruir por el Fuego el... —¿cuál sería la palabra que allí faltaba?— Mundo por completo, parece poco menos que increíble. Y sin embargo es así, y la Responsabilidad y la Culpa... —Hizo una nueva pausa para indicar la otra palabra que faltaba— mías, y nunca podré negarlo ni escapar a ello. De modo que, con el funesto recuerdo de aquel Acontecimiento ante mí, pongo ahora fin a la vida que debería haber concluido entonces». —Katie volvió a deslizar la nota dentro del sobre—. Haz lo que sea que te envíen a hacer allí, Si. Pero averigua para mí el significado de esta nota. Es por esto por lo que no has hecho caso a Danziger, ¿verdad? Estás decidido a regresar, no puedes evitarlo.

Me limité a asentir.

Esterhazy tuvo la delicadeza de no haber ocupado ya por la mañana el despacho del doctor Danziger. Nos reunimos en el pequeño cuartito de Rube, quien, en mangas de camisa detrás de su escritorio, retrepado en su sillón giratorio con las manos unidas detrás de la cabeza, sonreía. Esterhazy estaba apoyado sobre la esquina del escritorio de Rube; se lo veía muy elegante, casi marcial con su traje de gabardina gris, camisa blanca y corbata oscura. Me senté en una silla, frente a los dos.

Debía regresar allí y reanudar mis contactos; era todo cuanto tenían que decirme. Querían comprobar qué más cosas podía averiguar respecto a Andrew Carmody y lo sucedido entre éste y Jake Pickering. Pero a quien más interesaba era a los historiadores, añadió Rube. En la Biblioteca del Congreso, éstos ya tenían un equipo formado por dos profesores y dos alumnos posgraduados, que indagaban todo cuanto podían respecto la relación de Carmody con Cleveland. Entretanto, un segundo equipo, similar al anterior, revisaba los Archivos Nacionales. Cualquier cosa que yo averiguase tal vez contribuyera a expandir o iluminar lo que ellos descubriesen en el futuro. Confiaban en que el resultado final de aquella prueba piloto del proyecto

desembocara en un método viable para engrandecer nuestros conocimientos sobre la historia.

Durante el trayecto de regreso al Dakota —Rube me acompañó hasta allí con su coche—, me dije que estaba haciendo lo correcto, lo único que se podía hacer; que no había fallos en las explicaciones que había escuchado ni en las que me había dado a mí mismo. No obstante, si esto era así, me dije, ¿por qué tenía la sensación de que lo que hacía no era lo adecuado? Y ¿por qué, si estaba tan seguro de lo que hacía, no había hablado con el doctor Danziger? Había tenido tiempo de sobras para telefonarle. Aún lo tenía. Pero sabía que no iba a hacerlo.

Dejar el Dakota, salir a la calle y regresar al invierno de 1882 ya se había convertido en un hábito. Estaba acostumbrado al proceso ahora y ya no me quedaban dudas acerca de qué iba a ocurrir. No lo cuestionaba; sencillamente, sabía que había regresado y lo aceptaba. Por eso, al subir el escalón de entrada a Central Park —había nevado durante el día—, consideré de lo más natural ver trineos tirados por caballos, docenas y docenas de ellos, deslizándose por todos los caminos del parque hasta donde alcanzaba la vista.

Era un espectáculo maravilloso, y mientras avanzaba por el sendero sentí que mis sentidos se estremecían. De pronto fui consciente de la realidad invernal que me rodeaba. Sentí el aire penetrantemente claro presionando sobre mis mejillas al andar, y mis pulmones lo cataron, frío y diáfano. Casi todos los caballos que pasaban llevaban cascabeles en los arneses, y el aire invernal se alegraba con su sonido. El tamborileo de los cascos y el siseo de los patines resultaban eléctricamente excitantes. Y en el sonido de las voces al aire libre —agudo y débilmente amortiguado en medio de la nieve recién caída— había una cualidad especial, una alegre nostalgia. Un trineo marrón pasó por mi lado y observé que en los paneles laterales habían pintado escenas típicamente invernales, advertí también que algunos caballos llevaban penachos de crines o plumas teñidas, y hubiese jurado que los ojos de los hombres, mujeres y niños que pasaban junto a mí sonreían debido al placer que les producía aquel instante. Me detuve a un lado del sendero y realicé un rápido boceto de la escena, que concluí mucho después, elaborándolo con el estilo de aquella época, pues lo consideré más apropiado. Lo he reproducido en las páginas que siguen y, como verán, por el fondo se distingue el Dakota.

Me gustaría que pudieran oír el sonido argentino de los cascabeles maravillosamente labrados que colgaban de la grupa de los caballos.



Al otro lado del parque, vi gente patinar en el estanque, y por todos lados había chiquillos en movimiento, tumbados boca abajo en sus pequeños patines de madera, criaturas abrigadas hasta las orejas y sentadas sobre trineos de los que tiraban sus hermanas o hermanos mayores, o incluso algún adulto. Uno de éstos pasó tirado por un hombre de barba blanca cuya indumentaria —zapatos con polainas, pantalones muy ajustados y una extraña chistera de seda mate, reluciente en la parte superior— hacía años que había pasado de moda. Aun cuando debía de tener más de setenta años, tiraba de aquel trineo y sonreía. Como todas las personas que veía en el parque, estaba divirtiéndose... También yo me sentí repentinamente feliz de estar allí, en aquel lugar y en aquella época, en aquel mismo momento. Me di cuenta de que me sentía feliz por el simple hecho de haber regresado.

Pero no ansiaba regresar al 19 de Gramercy Park, pues era domingo y Jake Pickering sin duda estaría en casa. De modo que me detuve en un salón de la calle 57 Oeste. La puerta principal estaba cerrada, por deferencia a la ley que obligaba a cerrar los domingos, según supe cuando seguí a dos tipos que entraron por una puerta lateral. Allí tomé un plato de sopa y dos bocadillos enormes. Quería que los saludos y preguntas, y sobre todo mi primer encuentro con Jake, fueran lo más breve posibles, luego subiría a mi habitación y, a la hora de cenar, me excusaría diciendo que no tenía hambre. Pero cuando doblé la esquina, dos enormes trineos aguardaban frente a la casa... Félix Grier y una chica a quien yo no conocía estaban sentados en el asiento delantero del primero. Félix sujetaba las riendas, mientras la joven sostenía en su regazo la cámara de fotos que le habían regalado a él por su cumpleaños. Byron Doverman estaba ayudando a una joven a subir al asiento de atrás. Julia bajaba por los escalones de la entrada, pisando con cuidado para no resbalar debido a la capa de nieve reciente. A su lado, sujetándola del codo, iba Jake, con chistera y abrigo oscuro, el cuello forrado de astracán. Maud Torrence los seguía. Y en el descansillo, tía Ada estaba cerrando la puerta.

Me vieron antes de que pudiera dar media vuelta y me llamaron a voces, a la vez que me hacían señas. Félix, muy excitado —por la presencia de la chica, imaginé—, me gritaba desde el otro lado de la calle:

—¡Bienvenido a casa! ¡Justo a tiempo para la fiesta del trineo! ¡El señor Pickering ha alquilado dos!

Devolví el saludo, esboqué una sonrisa y, mientras me acercaba, intenté imaginar una excusa: cansancio; un largo viaje en tren; los primeros síntomas de una gripe...

Desde luego, yo no podía ser la carabina en el trineo de los dos solteros con sus amigas; y viajar en el otro trineo, con Pickering mirándome ceñudo y luego haciendo Dios sabe qué locura, era del todo imposible. Todos me rodearon. Félix saltó del trineo para estrecharme la mano libre. Me dieron la bienvenida y no pararon de hacer preguntas —¿cómo estaba mi hermano?, ¿y mi familia?—. Byron fue el siguiente en

estrecharme la mano. Todo el mundo se mostraba tan sinceramente complacido al verme, que experimenté un leve escozor en los ojos.

De pronto sentí que volvían a cogerme la mano, ¡y vi que quien lo hacía era Jake, que sonreía feliz! Yo trataba de responder: mi hermano había mejorado repentinamente; en casa todos estaban bien; ¡me alegraba de estar de vuelta otra vez! Pero no dejaba de mirar a Jake con asombro. Sus enormes ojos pardos eran cálidos y amistosos, y su sonrisa era auténtica, tan evidentemente sincera como la de los demás.

Julia sonreía con tanta satisfacción al verme, que el corazón me dio un vuelco. Me estrechó la mano, y lo mismo hizo Maud, y cuando le llegó el turno a tía Ada, ésta se inclinó hacia mí y me besó en la mejilla.

Después de semejante recibimiento, todo lo que deseaba era ir con aquella gente. Tía Ada cogió mi bolsa y volvió a abrir la puerta para dejarla dentro, mientras Byron y Félix me presentaban a sus amigas: la de Félix era muy joven y bonita; la de Byron era algo mayor, y aunque tenía la cara picada de viruelas, era una mujer atractiva, de apariencia sencilla e inteligente. Me pidieron cortésmente que subiera con ellos, pero, antes de que pudiera responder, Jake replicó que no, que viajaría con ellos, y me cogió del codo, apremiándome para que subiera. Y cuando Julia sugirió que fuera delante con ellos dos, Jake accedió entusiasmado y me preguntó si quería «las cintas», refiriéndose a las riendas, según comprendí enseguida. Dejé de hacer cabalas respecto a lo que estaba ocurriendo y, sencillamente, supuse que Jake era un maníaco depresivo, una especie de péndulo emocional, y me quedé tranquilo y satisfecho dejándolo así.

Jake se hizo cargo de las riendas, después de que yo renunciara dándole las gracias. Los caballos me habrían mirado y se habrían reído de mí si hubiese intentado conducirlos. Maud y tía Ada se sentaron detrás, Julia delante, entre Jake y yo, y descubrí que había algo profundamente íntimo en arrimarse a una chica cubierto desde la rodilla hasta la cintura con una manta. Mientras remetía ésta bajo mi cuerpo, me volví hacia Jake, pero éste sonreía, sujetando las riendas con ambas manos, dispuesto para partir. Yo no me sentía muy cómodo, pegado hombro con hombro, así que saqué el brazo izquierdo y lo apoyé en el respaldo del asiento, detrás de Julia, procurando no rozarla. Aquello carecía de sentido, era absurdo que me dejase dominar por la agradable sensación que experimentaba al estar a su lado, y me esforcé por pensar en el entorno, en la nieve que se había acumulado sobre la negra verja de hierro, en los árboles y los arbustos del pequeño parque de Gramercy Park alrededor de nosotros.

—¿Listos? —gritó Félix por encima del hombro, y Jake, radiante, respondió que estaba a punto.

Las riendas de ambos restallaron simultáneamente, los dos carruajes se pusieron

en marcha y los cascabeles de los arreos cobraron vida. Los patines se deslizaron fácilmente, los caballos avanzaron con paso lento; luego, después de hacer restallar las riendas por segunda vez, al doblar la esquina de la calle Veintiuno, los animales levantaron la cabeza, soltaron un chorro de cálido aliento por los ollares, y empezaron a trotar, sin duda disfrutando con el ejercicio, mientras los cascabeles dejaban oír su alegre tintineo.

Todo lo que puedo decir del resto de ese día es que fue mágico. Como un sueño. Las blancas calles de Manhattan estaban llenas de trineos; por todos lados el aire cobraba vida con la música de los cascabeles. Y si esto suena excesivamente lírico, no puedo evitar que sea así. Las carretas y furgones de los días laborables habían desaparecido, incluso los vehículos públicos tirados por caballos y los carruajes eran escasos. Las calles y las aceras pertenecían a la gente.

Por las aceras había criaturas que tiraban de pequeños trineos, lanzaban bolas de nieve o hacían monigotes. Niños, ancianos, hombres y mujeres se llamaban a voces, riendo. Y por las calles adelantábamos a otros trineos, y éstos a nosotros, y nos gritábamos unos a otros.

A veces competíamos en una carrera, y al subir por la Quinta Avenida, tres trineos, uno al lado del otro, corrimos a lo largo de tres manzanas, los conductores de pie, haciendo restallar los látigos, las muchachas chillando, hasta que nos vimos obligados —por los trineos procedentes de otra dirección— a colocarnos en fila, riendo y gritando. Hacia el norte, a la altura de las calles Cincuenta —el trineo de Félix había quedado rezagado—, Jake dobló impulsivamente por una calle al mismo tiempo que lo hacía un trineo que venía en dirección sur.

Al ritmo de los cascabeles, los dos se deslizaron uno al lado del otro, mientras los ocupantes nos mirábamos mutuamente y sonreíamos.

Era un hermoso trineo: enorme, pintado de verde y rematado en forma de cuello de cisne. En él iban cinco jovencitos que debían de tener entre dieciocho y poco más de veinte años, y una de las chicas, que llevaba una gorra blanca y roja de punto, atada debajo de la barbilla, empezó a *cantar Jingle Bells*:

—«Entre la nieve volando, en un trineo descapotable, tirado por un caballo... ¡por el campo vamos!».

Y luego los diez a la vez, pues todos conocían la letra excepto yo, continuaron con el «¡Riendo todo el rato!». Siguiendo el ritmo exacto de los cascacos de los caballos y el traqueteo de los cascabeles, entonamos:

—«¡El son de los cascabeles, que de la cola cuelgan, el espíritu nos alegra! ¡Qué bello es montar en trineo y entonar... —¡y lo era, oh, cielos, vaya si lo era!— una canción esta noche al pasear!». —Luego todos, a voz en grito, cantamos—: «*Jingle bells! Jingle bells!* ¡Cantan todo el rato! ¡Oh, qué divertido es ir en un trineo descapotable, tirado por un caballo!».

A lo largo de dos manzanas seguimos cantando, mientras la gente nos llamaba desde las aceras y los niños nos arrojaban bolas de nieve. A mi lado, la voz de soprano de Julia sonaba aguda, muy clara, dulce y encantadora, y el vaho blanco de su aliento puntuaba cada verso.

A Maud apenas se la oía, la voz de tía Ada sonaba sorprendentemente juvenil; Jake, por su parte, era un retumbante barítono, y yo, supongo, una especie de tenor perdido entre la algarabía. Al llegar a la esquina, los jóvenes giraron hacia el sur. Tras despedirnos de ellos, nos dirigimos en dirección al norte, hacia Central Park, y en los dos trineos seguimos cantando hasta que las voces de los demás ya no se oyeron.

Félix se reunió con nosotros y, ya en el parque, tomó la delantera. Seguimos por los serpenteantes caminos en compañía de centenares de otros trineos. Por rápido que fuéramos, había otros que nos adelantaban; los cascos retumbaban y en ocasiones los patines de un lado se levantaban sobre la nieve al tomar una curva. Algunos de los conductores llevaban lo que llamaban «un cuerno», una trompa de bronce que producía un único sonido lastimero, y sin embargo excitantemente metálico, después de soplar aún perduraba en el aire por un instante.

Delante de nosotros, Félix se detuvo para tomar una foto del camino, y aguardamos a que enfocara la enorme cámara de cuero rojo y madera barnizada, cuyos herrajes de bronce relucían bajo la luz invernal. La foto le salió muy bien y más tarde, al verla, le pedí una copia, que me regaló. Es la del principio de la página siguiente, y cada vez que la miro no puedo evitar sonreír de placer.



Medio kilómetro más adelante, Félix vio otra escena que quiso fotografiar, y cuando nos detuvimos detrás de su trineo y advertí qué había llamado tanto su atención —la foto que aparece al final de la página siguiente—, no pude por menos que admitir que tenía muy buen ojo... Los otros no se dieron cuenta; la madre estaba sacando un pañuelo para el chico del trineo, y oí que la criatura que iba en el cochecito llamaba «tata» a la señora mayor.



Mientras Félix tomaba la foto, aproveché para acercarme a su trineo y, cuando hubo finalizado, le dije que al otro lado del parque, en la calle Setenta y dos, había visto un edificio de apartamentos que me parecía admirable. Le pregunté si querría fotografiarlo para mí.

—¿El Dakota? —preguntó—. ¡Claro! Pero sácala tú —añadió, tendiéndome la cámara.

Primero vacilé, pero me apetecía usar la cámara y le di las gracias. Luego me enseñó cómo cargarla con una nueva placa.

A mitad del parque le pedí a Jake que se detuviera y, con la ayuda de Félix, tomé la fotografía de la página siguiente. Es una foto que me gusta, pues en ella se advierte lo aislado que estaba el Dakota.

Aunque apenas tuve en cuenta el reflejo del sol sobre el hielo y, sorprendentemente, salió sobrepuesta. Por ejemplo, en el fondo, hacia el centro, había un hombre con sombrero de copa, y no creo que logren distinguirlo.



Después nos aproximamos más al Dakota y coloqué la cámara sobre un pilar de piedra para poder efectuar una exposición más prolongada, dado que la luz iba menguando. La cámara era sencilla, sin duda, pero muy buena, pues logré sacar la hermosa foto que aparece más abajo; no lo habría hecho mejor con una Leica, una Graflex, o cualquier otra cámara.



Seguimos cruzando el parque, luego salimos y continuamos subiendo hasta llegar a campo abierto. Y, aunque me costaba creerlo, todavía estábamos en la isla de Manhattan...

Por fin nos detuvimos ante una gran cabaña de madera, una hostería llamada Gabe Case's. Ya había oscurecido y la posada brillaba con la luz que se filtraba por las ventanas, reflejándose sobre la nieve y formando rectángulos cuarteados. El local estaba a reborar: seguramente habría unos cincuenta trineos en el gran cobertizo exterior, donde los caballos estaban atados a unas estacas y cubiertos con mantas.

Dentro, todas las mesas estaban ocupadas. El local estaba atestado, y el estruendo de voces y risas era tan fuerte que resultaba casi imposible mantener una conversación. Félix me hizo señas y me abrí paso hasta su grupo, separándome del mío. Tomamos unos bocadillos y vino caliente —de pie, puesto que no había ni una

mesa libre—, y charlamos por encima del griterío, aunque la mayor parte del tiempo nos limitábamos a mirarnos y sonreír, como consecuencia de la burbujeante alegría y la excitación. Fueron una tarde y una noche extraordinarias, que se ganaron un artículo en el Times de la mañana siguiente. Éste era el titular que lo encabezaba: «POR LAS CALLES» – MILES DE ALEGRES PARRANDEROS DISFRUTARON DEL PASEO EN TRINEO.

Aquellas personas dueñas de trineos ligeros, de trineos antiguos tirados por dos caballos, de viejas cajas sobre deslizadores o de cualquier clase de vehículo sobre patines, y aquellas que podían permitirse alquilar alguno y sentarse detrás de un trotador de raza, o de un caballo de la más baja especie, tuvieron la oportunidad de disfrutar a su aire por los senderos de Central Park o por las espléndidas avenidas que allí desembocan. Los paseos en trineo son excelentes por Broadway, por la Quinta Avenida o por las avenidas de la ciudad donde no circulan tranvías. La nevada dotó a las calles de la mejor cobertura de la estación para pasear en trineo, y miles de personas aprovecharon esta circunstancia. Por las calles se vieron muchos caballos notables. Y comerciantes, banqueros, políticos y conductores profesionales se adelantaban unos a otros con festivo buen humor.

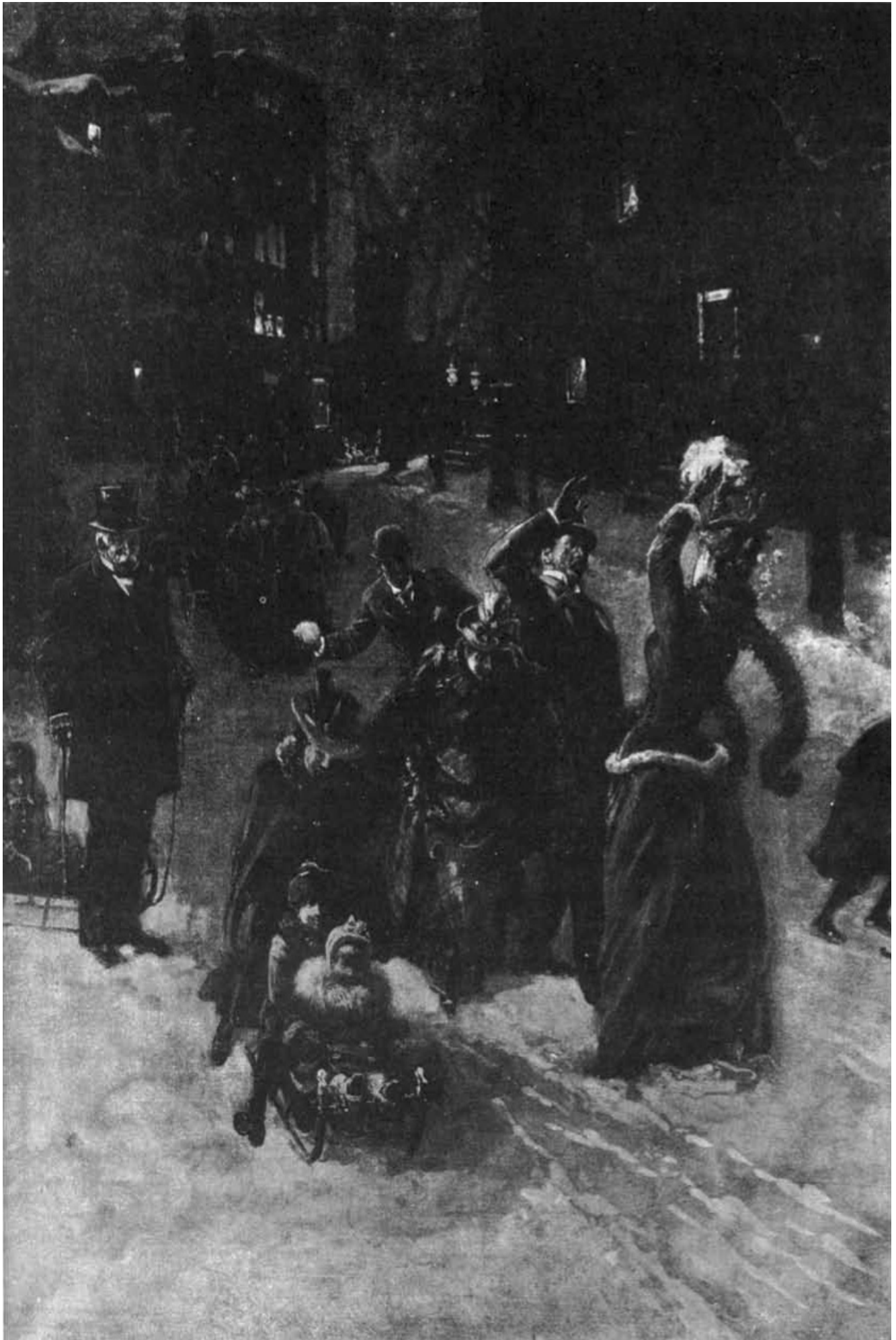
El regidor de Obras Públicas, Hubert O. Thompson, montado en un delicado trineo de un solo caballo, fue objeto de gran interés mientras conducía con elegantes modales un poderoso caballo. El regidor de Justicia, George Caufield, que guiaba un caballo alazán, indicó al señor Thompson el camino hacia el cobertizo de Gabe Case's. Este último se bajó del trineo y sin duda le dio las gracias al señor Caufield por haberle salvado la vida. J. Henry Ford, el magistrado del tribunal correccional, pasó como un rayo por la nieve en un elegante trineo tirado por un veloz caballo, y no hubo forma de convencerlo de que se detuviera. John Murphy, un conductor profesional, pasó raudo como el viento sentado detrás de su yegua baya *Modesty*. Lo siguieron Frank Work con su pareja *Edward* y *Retozón*; Joseph Doyle, con su espléndida yegua *Annie Pond*; William Vassar con *Rojo*, *Negro* y *Loto*; John De Mott, en el trineo más bello del desfile, tirado por el bayo *Charley*; Samuel Sniffen con su *Reina de Blackwood*; el general J. Nay con su *Garryowen*; Salvine Bradley con su pareja *Jack Slote* y *Sirena*; Ike Woodruff con su *Dan Smith*; James Kelly con su yegua marrón *Bacalao*; Robert J. Dean con un par de yeguas en un trineo grande; y John Barry con su alazán *Chismoso*.

Al anochecer, cuando todo el campo estaba blanco y reluciente a la luz de la luna, y a lo largo de varios kilómetros las farolas de las calles semejabán

enjambres de luciérnagas en vuelo nupcial, la diversión alcanzó su punto culminante, y cantidades ingentes de trineos, atestados de jóvenes de ambos sexos que no paraban de reír y cantar, se diseminaron rápidamente en todas las direcciones...

Regresamos a casa en medio de la noche —mi grupo me estaba esperando cuando salimos de Gabe Case's—, y como el viento había empezado a soplar y hacía cada vez más frío, nos acurrucamos debajo de nuestras mantas y con voz suave cantamos *El caballero español*, y luego, con voz dulce y melosa, *Bring Back My Bonnie to Me*. En el parque, la nieve centelleaba, y más allá la luz de la luna bañaba los edificios de la Quinta Avenida confiriéndoles un aspecto misterioso.

Mientras cruzábamos maravillados la ciudad, presenciamos una escena que quedó grabada de tal modo en mi mente, que mucho más tarde la plasmé en una acuarela. En la página siguiente puede apreciarse tal como la recuerdo, y me gustaría que transmitiera la maravillosa realidad de lo que vi.



Luego pasamos por delante de los enormes muros del embalse de la Quinta Avenida con la calle Cuarenta y dos, donde yo sabía —aunque los otros no— que algún día se levantaría la Biblioteca Pública Central. Más abajo por la avenida, al pasar Madison Square, me habría gustado que hubiera habido más luz para que Félix pudiese fotografiar el brazo derecho de la estatua de la Libertad, donde los nudillos de la mano y la punta de la llama estaban cubiertos de nieve recién caída. Luego giramos hacia el este por la calle Veintitrés, en dirección a Gramercy Park.

—Señor Pickering —dije—, tengo que darle las gracias, porque ésta ha sido una de las tardes más espléndidas que he pasado en mi vida.

Jake asintió. Estaba fumando un puro, y cada vez que daba una calada el humo se alejaba formando una estela larga y delgada sobre su hombro.

—No hay de qué, señor Morley. Esto ha sido una especie de celebración, ¿sabe?

«Sí, lo sé —pensé—. Celebras el haberte convertido en rico gracias a la extorsión». En cambio, educadamente, contesté:

—No, no lo sabía.

Él volvió a asentir, y se inclinó por encima del regazo de Julia para mirarme mejor. En sus ojos observé una expresión presuntuosa, de complacencia.

—Sí —dijo, alargando la palabra. Más tarde comprendí que deliberadamente había retrasado la noticia durante toda la velada, prolongando la expectación, y ahora iba a experimentar el placer de anunciarla—. En Gabe's estuvimos buscándolo queríamos que se uniera al brindis.

Con el cigarro colgándole en una comisura de la boca, sonrió ante mi gesto de desconcierto. Pero aguardó tanto en proseguir, que fue Julia quien dio la respuesta; supongo que debido a la impaciencia, a pesar de que su voz no lo exteriorizó.

—El señor Pickering y yo nos hemos prometido en matrimonio.

Al cabo de unos segundos, pronuncié las palabras adecuadas y compuse la expresión idónea. Sonriendo, tendí la mano por encima de Julia para estrechar la de Jake, al tiempo que lo felicitaba. A continuación, sin dejar de sonreír, comenté con tía Ada y Maud que era una noticia maravillosa. Luego miré a Julia y dije:

—Espero que sea usted muy feliz.

Pero noté que la sonrisa se extinguía en mis ojos y Julia lo advirtió, pues se limitó a asentir, apretando los labios con enfado. Pregunté cuándo y dónde iban a casarse, y fingí que escuchaba lo que Jake y tía Ada respondían, aunque no los oía.

Sin embargo, en los pocos minutos que tardamos en detenernos junto al bordillo, frente al 19 de Gramercy Park, pensé en algunas cosas. Pensé en las letras tatuadas sobre el pecho de Jake, todavía en proceso de curación, que le marcarían de por vida con el nombre de Julia.

Yo nunca había constituido una amenaza para su futuro con ella; eso no era posible. Pero él no lo sabía. O quizá lo hubiera sido si las cosas hubiesen funcionado

de manera distinta, y eso él debía haberlo intuido. Ahora Jake —el mentón y la barba ligeramente levantadas, sonriendo complacido, el humo del cigarro flotando por encima de su hombro— por fin la tenía para sí. Me di cuenta de que para Jake aquel compromiso significaba un contrato que la ataba a él; ahora Julia estaría libre de cualquier amenaza, le pertenecería para siempre... La verdad era que al verme, Jake había experimentado una gran alegría: la alegría del triunfo.

Sin embargo, más que en Jake pensé en Julia, silenciosa ahora a mi lado. No creía que fuese una muchacha que deseara ser poseída en la forma que Jake creía poseerla. Y sabía —con absoluta certeza— que no podría ser feliz el resto de su vida junto a un hombre de espíritu tan degradado, capaz de hacer chantaje. No obstante, tenía que permitir que eso ocurriera. Sabiendo lo que sabía acerca de Jake Pickering, no podía hacer otra cosa que mostrarme complacido, dejar que aquella muchacha encantadoramente irritada que se sentaba a mi lado se casara con él y —como ocurriría forzosamente— destrozara su vida. «¡Doctor Danziger! —llamé en silencio, a través de los años que nos separaban—. ¿Tengo que hacerlo?». Sin embargo, ya sabía cuál era la respuesta: no podía interferir en los acontecimientos.

Me resultaba sencillamente imposible entrar en la casa cuando llegamos, subir a mi habitación y ponerme a dormir. Salté del trineo para ayudar a bajar a Julia, a su tía y a Maud Torrence, quienes subieron presurosas por los escalones de la entrada al tiempo que nos daban las buenas noches. Félix hizo restallar las riendas y él y Byron se marcharon con su trineo a acompañar a sus damas a casa, o a donde fuera que iban. Jake se quedó en su trineo para devolverlo al establo, y pensé que las mujeres habían dado por sentado que lo acompañaría. Pero cuando la puerta de la casa se cerró tras ellas, hice un leve gesto de despedida a Jake y me dispuse a entrar en la casa. En cuanto Jake hizo restallar las riendas y se marchó, di media vuelta y me dirigí a toda prisa hacia la Tercera Avenida.

No tenía ni idea de hacia dónde iba, sólo sabía que necesitaba pensar, y a lo largo de varias manzanas anduve por la avenida, oscura y casi desierta. Pero el viento soplaba con mayor fuerza, y la temperatura había bajado bruscamente, e imaginé que seguiría haciéndolo. Volvía a nevar, sin embargo ahora la nieve, impulsada por el viento, se me incrustaba en la cara como pequeños perdigones, y la notaba granulosa bajo los pies. Era una mala noche para caminar, y en la calle Dieciséis miré por encima del hombro y vi que un tranvía se acercaba en mi misma dirección, el caballo con la cabeza gacha contra el viento, los fanales de queroseno parpadeando al frente del vehículo.

El tranvía se detuvo para mí, subí a la plataforma de delante, y el caballo volvió a apoyarse en la collera, patinando y golpeando pesadamente con los cascos herrados sobre la nieve, hasta que consiguió ponerse en marcha otra vez. Esa noche, con aquel tiempo y tan pocos pasajeros, era un tranvía «reducido», un término que había oído

utilizar a Byron Doverman y que significaba que iba sin cobrador. Allí, en la plataforma al aire libre, donde el conductor pudiera vigilarla, colgaba la caja donde se depositaba la tarifa del viaje. Dejé caer en ella la moneda de cinco centavos, abrí la puerta, entré y la cerré de inmediato contra el embate del viento. Sólo había un pasajero, un hombre con bombín y bigote de morsa, que leía el *Evening Sun*. Avancé por el pasillo sobre un colchón de paja húmeda y sucia, y tomé asiento. La lámpara con pantalla metálica que colgaba del techo humeaba, y el hedor a queroseno era muy fuerte.

Mientras avanzábamos a través de la noche ventosa, me entretuve mirando absorto las tienduchas miserables de la Tercera Avenida, algunas con tenues lámparas de gas en el interior, muchas con postes para atar las caballerías y marquesinas de estaño proyectándose sobre la acera. Varias de las zonas por donde pasamos parecían el decorado de una película del Oeste. Aquello era algo que yo había visto con anterioridad y no valía gran cosa. No obstante, seguí mirando, incansablemente, sin perder del todo la emoción y el asombro de estar allí, en aquel Nueva York tan desconocido.

En una ocasión, un amigo que había pasado sus vacaciones en París me dijo que, como a la mayoría de la gente, le había encantado la ciudad, que paseaba todo el día hasta que las piernas le temblaban, satisfecho con casi todo lo que veía. Sin embargo, no fue hasta después de dos semanas de estar allí que, una mañana, París y sus gentes se convirtieron de repente en algo más que un simple decorado para sus vacaciones. Estaba sentado en la terraza de un café tomando una pequeña taza de aromático y sabroso café parisiense, complacido como siempre al ver la cantidad de personas que, con sus bicicletas, se abrían paso con pericia entre los coches, los autobuses y los camiones. Entonces el semáforo cambió, el tráfico se detuvo a esperar y un ciclista, con el pie apoyado en el suelo, alzó el brazo y con el dorso de la mano se secó el sudor de la frente. De pronto se convirtió en alguien real. A partir de ese instante dejó de ser un elemento pintoresco en un entorno encantador: se había transformado en un hombre de verdad, cansado por el pedaleo de la bicicleta. Por vez primera se le ocurrió a mi amigo que había una razón para que tanta gente circulara de forma tan pintoresca en bicicleta en medio de aquel intenso tráfico, y la razón consistía en que lo hacían para ahorrarse el billete de autobús, ya que no podían permitirse el lujo de tener coche. Después de esto, durante los pocos días que le quedaban de estancia allí, mi amigo siguió disfrutando de París. Pero la ciudad había dejado de ser un inmenso cartel turístico para convertirse en una ciudad real, pues ahora sus habitantes eran seres de carne y hueso.

Y allí, en el tranvía que circulaba por la Tercera Avenida, con los pies metidos hasta los tobillos entre la paja sucia y a pesar de todo con frío —sentía los dedos ligeramente entumecidos—, vislumbré a través de la ventanilla de la puerta delantera

cómo el conductor tiraba de las riendas y el tranvía se detenía. Una mujer de mediana edad subió; su rostro tan irlandés como una caricatura antiirlandesa publicada en la última página de cualquier ejemplar de *Harper's Weekly*. Se cubría el cabello gris con un grueso chal de punto, que también le protegía los hombros; no llevaba otra prenda de abrigo, y de su brazo colgaba una cesta... Mientras la mujer mantenía la puerta abierta y el aire que entraba hacía rodar la paja del pasillo, oí que el caballo resbalaba y pateaba buscando un punto de apoyo, escuché el chasquido del látigo del conductor y, justo cuando la puerta se cerraba, vi que el cuerpo de éste oscilaba al dar pataditas en el suelo, cuyo sonido me llegó amortiguado. De pronto, al caer en la cuenta del frío que debía de hacer allí fuera, en aquella plataforma desprotegida, aquel hombre se hizo real para mí.

Y, a partir de ese instante, la ciudad también se volvió real, aquel tranvía ya no fue una curiosa pieza de museo del futuro, sino algo perteneciente al aquí y al ahora: sólido, desportillado, incómodo, sucio debido a que la paja del suelo estaba cubierta de escupitajos de tabaco, conducido por un hombre taciturno y fatigado, y arrastrado por una bestia maltratada. Hacía frío en aquella plataforma, de eso estaba seguro, pero aun así me levanté, caminé hasta la parte de delante, la abrí, salí y la cerré detrás de mí. Tenía que hablar con aquel hombre.

Fui lo bastante cuerdo como para no iniciar de inmediato una conversación. Me quedé de pie a la derecha del conductor, mirando al frente, por encima de la grupa del animal, hacia la calle adoquinada bajo la sombra que proyectaban las vías del Elevado. El viento era tan fuerte y gélido que mis ojos empezaron a lagrimear, y me vi obligado a entrecerrarlos. Con frecuencia soplaban breves ráfagas de un desagradable viento cruzado, y observé que levantaban delgadas capas de nieve dura tanto dentro como fuera de las vías. El conductor me miró con suspicacia; ¿para qué querría yo estar allí fuera si no había motivos para que lo hiciese? Volví la cabeza hacia él y esbocé una sonrisa. Llevaba una gorra redonda de tela con un colgajo que le tapaba la nuca y las orejas, y encima de ésta una bufanda de punto, deshilachada y de color indefinido, atada debajo de la barbilla. También lucía un enorme bigote caído. Vestía un grueso abrigo de tela color tostado, muy raído, y de un bolsillo medio roto le colgaba un gran pañuelo de colores. Llevaba, además, recias botas, mitones con una gruesa capa de suciedad, y tantas prendas como cabían debajo de aquel abrigo, lo cual daba a su cuerpo una apariencia informe. La oscilante luz de los fanales que colgaban frente al vehículo iluminaban su cara desde arriba, pero necesité más de un minuto para darme cuenta de que no era un viejo; sin embargo, su rostro —el rostro de un hombre hastiado—, estaba surcado de diminutas venas rotas, del color de la carne cruda.

Se limitaba a estar allí, la mayor parte del tiempo con las riendas flojas en la mano, afrontando el frío. Me costaba entender las razones de que la plataforma

estuviera a la intemperie. Delante de nosotros, una carreta ligera de reparto, de cuyo eje trasero colgaba un farol, salió a la Tercera Avenida desde una calle transversal y, al descubrir que las ruedas rodaban con mayor fluidez por las vías del tranvía, se instaló en ellas. Pero avanzaba a un ritmo más lento que el nuestro, y el conductor del tranvía se vio obligado a hacer sonar la campana con el pie. El otro vehículo aceleró la marcha.

—Hace frío —dije entonces, encorvando momentáneamente los hombros. La verdad era que no se trataba de un comentario estúpido, sino de unas palabras pronunciadas en voz alta como reconocimiento a su presencia.

—Sí, hace frío —replicó él en tono sardónico.

Yo guardé silencio y al cabo de unos instantes, pregunté:

—¿Se acostumbra uno a esto? Yo no creo que pudiese soportarlo.

—¿Acostumbrarse? Bueno, debería echarme a reír. —Reflexionó por un par de segundos—. No, uno no se acostumbra. Usted no podría soportarlo, así de sencillo. Si quiere hacerse una idea de lo que es el auténtico frío, trabaje en invierno como conductor de tranvía. Si yo tuviese que organizar una expedición al Polo Norte y quisiera un grupo de hombres capaces de aguantar el clima, los escogería entre los conductores del transporte de superficie, porque un hombre capaz de soportar esto puede aguantarlo todo. —Era como un estallido de palabras, y tuve la impresión de que yo era el primer pasajero en mucho tiempo que le daba la ocasión de charlar.

Guardamos silencio. Luego, media manzana más adelante, al cruzar una calle transversal, una ráfaga de viento atravesó ululando la plataforma; era tan espantosamente helado que el caballo a punto estuvo de patinar. Yo me limité a darle la espalda, encorvar los hombros y resistir; pensé que no podría soportarlo, y deseé regresar al interior del vagón, pero no lo hice.

Esto hizo sonreír ligeramente al conductor, pero también le animó a reanudar la conversación.

—Se nota bastante el frío, ¿eh? Veo que da pataditas y se mete las manos en los bolsillos. Permanezca un rato aquí y verá como pronto se queda helado. Deseará estar cerca de una estufa para calentarse... Yo, en cambio, tengo que soportar esto durante todo el día; aguantar aquí fuera, de cara al viento y el aguanieve, hasta que las manos se me quedan tan heladas que apenas puedo sentir las riendas, y mi nariz está más congelada que un carámbano.

—¿Cuántas horas trabaja?

—Mi jornada laboral es de catorce horas. A veces más, pues el vagón debe quedar lavado y en orden. No tiene uno muchas posibilidades para ver a la familia, ¿verdad? —Contesté que no y él asintió antes de proseguir—. ¿Cuánto cree que ganamos? —El dique se había derrumbado y el torrente corría libre. Me limité a negar con la cabeza—. Un dólar con noventa centavos al día; un poco más para las rutas largas

hasta Harlem. Esto es lo mejor que podemos conseguir... Se supone que debemos hacer siete viajes al día, a veintisiete centavos con catorce el viaje. Si el tranvía se ve metido en un atasco y no podemos hacer tantos viajes, se nos descuenta de la paga. Imagine usted lo que es alimentar a la mujer y a los críos con un dólar con noventa al día. La mayoría trabajamos los domingos. En una gran ciudad como ésta, los pobres no podemos permitirnos descansar el día del Señor... A veces, cuando tengo un domingo libre, voy a la iglesia y llevo a la mujer y a los críos. Por algún motivo, asistir me parece algo respetable. Entonces el pastor se pone de pie y habla de la gratitud que debemos sentir hacia Dios por todas las bendiciones que nos da, de lo agradecidos que debemos estarle por vivir gracias a su merced. Debe de ser cierto por lo que a él se refiere, pero a menudo pienso, y no querría ser desagradecido ni irreverente, que la mayoría de la gente de este mundo tiene muy pocas cosas de que estarle agradecida, y muy pocos motivos para dar gracias a Dios por la vida... Nueve de cada diez habitantes de Nueva York apenas encuentran un momento en su vida al que puedan llamar suyo, y de un año al otro ven poca cosa más que miseria. —Estaba profundamente preocupado, y su voz lo delataba; había en todo aquello una contradicción casi inadmisibles, pero inevitable, que no lograba quitarse de la cabeza—. ¿Cómo puedo dar sinceramente gracias a Dios por la comida y la vida que me da, si cada bocado que me llevo a la boca debo ganarlo con tantas fatigas, e incluso con sufrimiento? Es posible que exista una providencia para los ricos, pero cada pobre debe ser su propia providencia. En cuanto al valor de la vida, nosotros los pobres no vivimos para nosotros, sino para los demás. A menudo me pregunto si el rico que posee muchas acciones de las empresas de transporte de superficie y que cuenta su fortuna por millones piensa a veces, cuando está sentado ante su bien surtida mesa y mira las caras felices de sus hijos, en el pobre conductor de tranvía que trabaja en beneficio de él. Ese hombre que trabaja duro por apenas un dólar con noventa centavos al día y es feliz si prueba la carne dos veces por semana y puede dar a sus hijos ropa de abrigo y mantas para pasar el invierno.

»¿Frío, dice usted? Bueno, la gente se acostumbra a todo, supongo, y nosotros al cabo de un tiempo estamos tan acostumbrados al frío que ya no nos importa gran cosa... Antes dejaban que nos sentáramos, pero hace un par de inviernos un hombre murió congelado. El tranvía llegó al depósito y se encontraron al conductor sentado en el taburete, completamente rígido, con una mano en el freno y las riendas en la otra. Se había quedado dormido y nunca despertó. Tuvo suerte. En el peor sitio donde podía ir al menos se está calentito... Aunque he oído decir que los esquimales creen que el infierno es un sitio muy frío. Sea como sea, ése nunca más se verá obligado a conducir un tranvía a cambio de un dólar con noventa al día... ¿Y qué hizo la compañía después de esto? ¿Aislar las plataformas? No, eso cuesta dinero. Se pasó una circular a los empleados, advirtiéndoles que no se les permitía estar sentados, por

miedo a que se durmieran y muriesen congelados. Aseguran que es una forma muy agradable de morir, y lo creo, porque una vez noté que me quedaba dormido y comprobé que me volvía insensible al frío. Pero enseguida me animé y empecé a dar pataditas en el suelo para mantenerme despierto, pues pensé en mis hijos. Al menos ellos no tendrán que dormir en las barcazas de heno, como se verían obligados a hacer si yo faltara.

—¿Barcazas de heno?

Me miró, irritado ante mi ignorancia.

—¿Dónde cree que duermen por la noche los niños, y también las niñas, que durante el día le limpian los zapatos o le venden periódicos? La mayoría son huérfanos, o críos a quienes nadie quiere y que los han dejado para que se las apañen por sí solos. Unos pocos duermen en los nuevos hogares de acogida o sitios así, pero la mayoría lo hace donde puede. Baje ahora mismo al East River y encienda un fanal junto a las barcazas de heno. Las hay a centenares, amarradas a lo largo de los muelles y de la orilla. Verá a las criaturas acurrucadas en pequeños nidos que ellos mismos abren en el heno; algunos ni siquiera llegan a los cinco años. Hay quien dice que los hay a miles, y yo también lo creo, aunque nadie lo sabe con seguridad... Así que, por mi propio bien, aprendí a soportar el frío. Alguna que otra vez he intentado mantener el calor con la ayuda de una copita de whisky, pero he descubierto que después siento más el frío.

Delante de nosotros, un hombre con sombrero hongo y grueso jersey por el que asomaba una camiseta de felpa gris, salió corriendo de una taberna hacia la esquina, donde estaba la parada del tranvía. Cuando el vehículo empezó a frenar decidí bajarme allí. Y al posar el pie sobre el peldaño de la plataforma, me pregunté cómo debía despedirme del conductor. ¿Deseándole buena suerte? No lo creía conveniente; no creí que fuera a tenerla alguna vez. El tranvía se detuvo, volví la cabeza hacia el hombre, y dije:

—Hasta pronto.

—Hasta pronto.

Durante el servicio militar me enseñaron el modo en que había que utilizar la vista por la noche: no había que mirar directamente lo que se pretendía ver, sino hacia un lado. Así, con el rabillo del ojo, se distinguía con mayor claridad. A veces, cuando se deja a un lado algún problema, la mente trabaja de la misma forma indirecta, sin forzar una respuesta. Caminé hacia Broadway, frente al hotel Metropolitan subí a un cabriolé y, cuando llegué a Gramercy Park, ya había averiguado qué tenía que hacer.

El trayecto fue largo por la zona comercial de Broadway, ahora desierta y oscura. Pero estaba resguardado del viento, abrigado hasta la cintura con una gruesa manta de pieles, algo raída y maloliente, pero al cabo de un rato tibia y acogedora. El continuo e invariable eco de los cascos del caballo, amortiguado por el empañado cristal de la

ventanilla, resultaba hipnótico, y los pensamientos acudieron sin esfuerzo a mi mente. La ciudad había sido un lugar mágico aquella tarde, llena de trineos y desbordante con el sonido de canciones y risas. Sin embargo, en aquellos momentos, ya avanzada la noche, comprendí que era también la ciudad del conductor del tranvía con quien acababa de hablar; y que mientras me deslizaba por Central Park en el trineo de Jake, innumerables criaturas sin hogar buscaban un sitio donde dormir en el interior de las barcasas de forraje del East River. En aquellos momentos la ciudad ya no era un entorno exótico para mi extraña aventura, sino algo real, y finalmente comprendí que me encontraba allí, en aquella época, y que aquellas gentes eran seres vivos. Y lo mismo ocurría con Julia.

Observar, no interferir... Era una regla muy fácil de formular y de obvia necesidad en un proyecto para el cual las gentes de esa época sólo eran fantasmas que habían desaparecido hacía mucho tiempo de la realidad, de las que nada quedaba excepto algunas antiguas fotografías color sepia pegadas en viejos álbumes o guardadas sin clasificar en cajas de cartón, debajo del mostrador de alguna tienda de antigüedades. Pero, donde yo me encontraba en aquellos momentos, las personas estaban vivas. Allí, la vida de Julia ya no era algo pasado y olvidado desde hacía tiempo; aún estaba presente, ¡y era tan valiosa como cualquier otra! Ahí residía la clave. Finalmente había comprendido que si en mi propia época no podría soportar ni permitir que una chica a la que conocía, y a quien apreciaba, destrozara su vida mientras yo pudiese impedirlo, tampoco podía permitirlo ahora.

¿Iba a destrozarse su vida realmente? Estaba reflexionando al respecto cuando el carruaje giró en Union Square para salir de Broadway y enfiló la Cuarta Avenida. Con la manga limpié el vaho del cristal y vi la marquesina de un teatro bajo el resplandor de unos globos amarillentos. NUEVO TEATRO DE TONY PASTOR, ponía allí, y en los carteles enmarcados que había a cada lado de las entradas se anunciaba: PERSEVERANCIA; O LA DONCELLA FASCINADA POR EL TEATRO. ¡VEA A LA SEÑORITA LILLIAN NUSSELL! UN ÉXITO QUE LE DEJARÁ SATISFECHO. UNA JOYA ARTÍSTICA. Sentí el impulso de detenerme y ver la última parte de la obra, pero tenía mucho en que pensar. Aunque yo había pasado unas pocas horas con Julia, estaba seguro de que en cierta medida la conocía. Si se tiene la habilidad suficiente para dibujar el auténtico retrato de una persona, al hacerlo se aprenden más cosas acerca de ella que las que se aprenderían durante días o incluso semanas de relación espontánea. Siempre he apreciado la historia que de vez en cuando se oye acerca del psiquiatra —en aquel entonces lo llamarían alienista — que se quedó mirando un retrato pintado por Sargent, o por Whistler, no recuerdo cuál de los dos. Era el retrato de un hombre que había sido paciente suyo y, después de estudiarlo durante unos veinte minutos, el alienista asintió y dijo: «Ahora entiendo qué le pasaba». Bien, yo no era Whistler ni Sargent, no tenía su talento ni su agudeza,

pero si se quiere atrapar la esencia de una persona sobre el papel o sobre el lienzo, hay que observar algo más que lo que pueda captar una cámara. Y... sí, yo sabía que para una persona tan especial como Julia Charbonneau, una vida como esposa de Jacob Pickering cambiaría el rostro que yo había dibujado en otro de permanente amargura e infelicidad, y no podía permitir que eso ocurriera.

¿Qué no podía interferirse en el pasado porque podía tener consecuencias en el futuro? Me encogí de hombros. Cualquier acto pasado influía en el futuro. Alterar el curso de un hecho en mi propio tiempo siempre implica alterar de manera inimaginable otro futuro, y sin embargo, lo hacemos a cada instante. De modo que el futuro que en aquellos instantes constituía mi verdadero tiempo tendría que correr sus propios riesgos, porque ahora yo sabía que no iba a permitir que Julia se hundiera en el abismo como si de algún modo ella no importara y nosotros sí. Me incliné hacia un lado cuando el coche giró por la calle Veinte, y luego, una manzana más adelante, por Gramercy Park. Al reducir la marcha y detenerse frente al número 19, yo estaba sonriendo. Ahora sabía que me las ingeniaría para encontrar la forma de romper el compromiso de Julia con Jake Pickering. ¿Quién podía afirmar que las consecuencias para mi propia época, si es que había alguna, no iban a suponer una mejora? En cualquier caso, a mi tiempo no le vendría nada mal.

Por la mañana, salí a la calle después de un desayuno durante el cual apenas pude permanecer quieto el tiempo necesario para tomarlo. Tía Ada me lo había servido junto con el *Times*, pero ni siquiera intenté leer. La verdad es que no podía hacer otra cosa que pensar, una y otra vez: «Ha llegado el día». Esa noche, a las doce, Pickering y Carmody se encontrarían en el parque del City Hall. Nada podría impedir que yo también estuviera allí, y supe que finalmente averiguaría el significado de la nota del sobre azul: «Destruir por el Fuego el... Mundo por completo». Las palabras carecían de sentido, no significaban nada... Sólo que por culpa de ellas, en un día lejano, Andrew Carmody se metería una bala en la cabeza.

No entiendo cómo pude ser tan estúpido, pero consideré que no podía hacer nada, excepto ocupar de algún modo ese día hasta que llegara la hora de acudir al parque. Subí y cogí la cámara de Félix de su habitación. Él me había dado permiso, me había animado incluso, y la noche anterior, en Gabe Case's, había repetido el ofrecimiento. La cámara se cargaba con placas secas, que él guardaba dentro de una caja, en el armario. Tenía docenas de placas, de manera que llené la pequeña caja de madera lacada que utilizaba para su transporte. En ella cabían diez, y metí otra dentro de la cámara. La ciudad estaba llena de sitios que deseaba fotografiar.

La isla de Manhattan es pequeña; se puede ir de un extremo al otro, en un día, de modo que cogí primero el Elevado hasta Battery Park. Mientras esperaba la llegada del tren, no paraba de enfocar todo lo que veía, pues la cámara disponía de un fuelle extensible de cuero rojo que hacía muy fácil el ajuste. Estaba esperando a que apareciera un tren para fotografiarlo cuando, de pronto, sin saber cómo, me sentí súbitamente preocupado. ¿Acaso debía hacer algo que tuviese más importancia que aquello? Pero en ese instante el andén empezó a temblar; a lo lejos, por la vía, se aproximaba un tren. Procedía del sur, pero eso carecía de importancia para mí, de modo que levanté la cámara y la mantuve en posición hasta que conseguí enfocar el tren. Ésta es la fotografía que obtuve y, en el tiempo que tardé en hacerla y en cambiar las placas, la duda sin resolver ya se había alejado de mi mente.



Pasear por Battery Park fue muy agradable. Había mucha nieve, pero la habían retirado de los paseos. Descubrí allí a un montón de inmigrantes recién llegados, echando su primer vistazo al país, y no pude resistir la tentación de retratarlos.



A continuación tomé el Elevado hasta el puente de Brooklyn —como un auténtico turista— y subí a la torre por una serie de escaleras de madera, procurando no mirar hacia abajo hasta que no llegué a lo alto. Sin pensar en ello ni por un instante, avancé

por un pequeño puente de madera provisorio, que colgaba por encima de la calzada todavía sin terminar. De pronto, el puente empezó a oscilar. El único asidero que había era un cable delgado y, si daba un traspié, nada podía evitar que cayese. Era impresionantemente alto, y se balanceaba al impulso de la brisa helada. Con la mirada fija en las tablas de madera sobre las cuales arrastraba los pies —ya que no me atrevía a levantarlos—, no pude evitar mirar entre las rendijas, y abajo, infinitamente lejos, distinguí el gris plomizo del río y los espacios horriblemente vacíos de la calzada. Di sólo diez pasos, y no pude seguir. Sin embargo, al volverme en redondo, descubrí que en dirección contraria se acercaban dos hombres. No quedaba espacio para pasar por su lado y regresar a la torre: de haberlo intentado, seguro que habría caído al vacío.



Durante lo que me pareció una eternidad, me esforcé por avanzar pasito a pasito. El cable del asidero se deslizaba por la palma de mi mano, hasta abrasarla y dejarla negra de suciedad, pero finalmente conseguí llegar al otro lado, en lo alto de la torre de Brooklyn, maravillosamente sólida bajo mis pies, magníficamente amplia. Me detuve para tragar saliva y sentí que el sudor provocado por la inminencia del desastre empezaba a secarse en mi cara.

Aquí pueden ver la foto que tomé allí arriba, y me siento muy orgulloso de ella. De pronto vi que los dos hombres que habían entrado en el puente detrás de mí se habían detenido en el centro para contemplar la vista y que uno de ellos incluso se recostaba contra el cable que hacía las veces de barandilla.

Apenas me atreví a mirar. Sin embargo, ¿verdad que es una vista admirable? Lo que se ve a lo lejos, a la izquierda, es la Trinity Church. Me sentía feliz, me alegraba de haber cruzado —intrépidamente, pretendía convencerme a mí mismo— por encima del río. Sin embargo, para regresar a Manhattan preferí coger el transbordador.

No había andado veinte metros cuando me vi metido de lleno en los barrios más pobres de la ciudad, y después de recorrer dos manzanas había visto mucho más de lo que pretendía ver. La fotografía que tomé allí les dará una idea del porqué. Habían

quitado la nieve de las aceras, pero éstas se hallaban repletas de barriles desbordantes de basura, como si hiciera semanas que no la recogían, y supuse que así era. No obstante, en las calles era peor: los arroyos estaban llenos de nieve, y encima de ésta se acumulaban montañas de basura, desperdicios, escombros y toda clase de inmundicia. Ésta es la foto que hice. Actualmente no nos importa gran cosa lo que pueda ocurrirles a los pobres, pero creo que en el siglo XIX importaba menos aún.



Es posible que fuera por cobardía, pero no había nada que yo pudiera hacer al respecto, y resultaba demasiado deprimente. Con paso rápido me dispuse a cruzar la ciudad rumbo al parque del City Hall. Quería salir de allí cuanto antes.

Al llegar a Park Row y mirar hacia la izquierda descubrí el edificio del *Times* y, justo al lado, el edificio donde Jake tenía su despacho secreto. Nada más verlo, una idea penetró en mi mente lo mismo que un cohete supersónico: ¡ellos no iban a quedarse en el parque! Por un instante, me quedé petrificado en la acera. ¿Cómo se me podía haber pasado por alto? ¿Qué clase de lío mental me había hecho pensar que

Pickering y Carmody iban a sentarse al otro lado de la calle, a medianoche, en el parque a oscuras?

Doblé por Park Row hacia el edificio Potter, y entonces supe que estaba en lo cierto: Jake nunca llevaría al parque los documentos que poseía, pues no quería arriesgarse a que se los quitara por la fuerza alguien que Carmody hubiese apostado allí. Además, querría contar el dinero. En cuanto a Carmody, no iba a entregar los dólares sin antes examinar los documentos de Pickering. «Irán a la oficina de Jake para la transacción; tienen que hacerlo. Y yo no podré escuchar lo que digan».

Me detuve en la acera y me quedé contemplando el edificio. Ya no pensaba en hacer fotografías. El edificio no había cambiado: los pisos superiores eran cuatro filas idénticas de ventanas estrechas, con la parte superior en forma de arco, sin nada especial que las distinguiera. Los escaparates de las tiendas de la calle estaban tan sucios como siempre, los toldos gastados y rotos, plegados contra la pared, y las rejillas que protegían los cristales oxidadas y descascarilladas; no había esperanza para ellas, ni tenían nada que ofrecer. Alcé los ojos hacia los letreros alargados y estrechos que identificaban los despachos de los principales inquilinos, y que colgaban de alguna de las ventanas del piso superior, como en la mayor parte de las fachadas de los edificios de la parte baja de Broadway. Los letreros estaban inclinados hacia abajo para que pudieran leerse desde la calle y, como ya había hecho la vez anterior, leí lo que ponía en ellos. TURF, TERRENOS Y GRANJAS, destacaban las letras doradas sobre el gran fondo negro que colgaba debajo de la hilera de ventanas del tercer piso; EL DETALLISTA, rezaba otro, y un tercero, EL ESCOCÉS AMERICANO. Debajo de las ventanas del segundo piso colgaba EL CIENTÍFICO AMERICANO y —sin mayor interés que el que había sentido respecto a los demás— volví a leer el letrero que nunca podría olvidar: THE NEW YORK OBSERVER.

Sin otra razón especial que echar un vistazo a las demás fachadas de la casa — muy similares a la primera, observé—, caminé en torno al edificio, primero por la calle Beekman, luego doblé en la calle Nassau, donde entré por la puerta que daba a ella. Esta vez, al pisar el vestíbulo, no percibí los ruidos de la sierra ni del martillo al arrancar los clavos, y al subir por la escalera al primer piso, la puerta del despacho donde había visto a los carpinteros, estaba cerrada. Pero no sólo cerrada, sino que la entrada se hallaba sólidamente entablada desde el suelo hasta el techo, y las tablas pintadas con advertencias. Era evidente que habían terminado de arrancar el suelo.

Mientras subía al segundo piso, pensé que tal vez estuvieran trabajando allí ahora, o quizás a punto de empezar, y que de algún modo eso me daría la oportunidad que necesitaba.

Pero todo estaba igual en el segundo piso. Si habían empezado a trabajar allí desde mi anterior visita, ahora no estaban. La puerta se hallaba cerrada con candado,

como la otra vez, y había el mismo aviso pintado en rojo. De nuevo intenté abrir la puerta del despacho de Pickering, aunque sin esperanzas, y comprobé que seguía cerrada.

Nada había cambiado. Me agaché, miré a través de la cerradura, y nuevamente vi el buró y el sillón al otro lado de la estancia, delante de la ventana, así como la puerta a la derecha, clausurada mediante tablas horizontales. A continuación me incorporé y permanecí en el pasillo, desolado. No había forma de entrar. Y, sin embargo, tenía que conseguirlo. Intenté pensar en todo lo que había oído decir respecto a la forma de entrar en una habitación cerrada. Bastaba con deslizar una tarjeta de plástico o de celuloide entre el dintel y la puerta y empujar hacia atrás el pestillo, explicaban las historias que había leído. Pero eso era para unas cerraduras que aún no se habían inventado. Aquélla era de una clase distinta, sin pestillo. Me quedé en el estrecho pasillo, iluminado por un único mechero de gas, y miré con rabia, obstinadamente, la puerta cerrada con llave. Alguien subió por la escalera a mi derecha, y luego alguien bajó, y en cada ocasión, con la cámara colgando del hombro, me alejé por el corredor principal, como si me marchara. Cuando los pasos dejaban de oírse, regresaba junto a la puerta del despacho.

No podía marcharme de allí; estaba como hipnotizado. Pensaba en cosas tan absurdas como deslizarme desde el tejado con una cuerda hasta la ventana del despacho o la de la habitación clausurada de al lado. O ingeniármelas para escalar por el hueco semiabierto del ascensor hasta el techo del primer piso y luego... ¿Luego qué? Lo ignoraba.

Oí que se abría una puerta en el pasillo. Rápidamente me volví y caminé hacia las escaleras, delante de quien hubiera salido de uno de los despachos a mis espaldas. Subí por la escalera y él bajó, luego volví a bajar, retrocedí y me quedé una vez más en el pasillo, impotente y obstinado. Transcurrió un minuto, imagino. Sabía que podía marcharme, pero era incapaz de hacerlo.

Directamente a mis espaldas, arrastrándose, sonaron pasos —de zapatillas de felpa, de modo que no los oí hasta que doblaron la esquina y enfilaron el pasillo— y me volví en redondo. El viejo portero avanzaba lentamente hacia mí, la cabeza baja mientras entornaba los ojos encima de una pequeña pila de cartas que llevaba en las manos. Aún no me había visto, pero lo haría en cuanto levantase la cabeza, y el pasillo era demasiado estrecho para que yo pudiera pasar disimuladamente por su lado. Además, no había ningún sitio donde esconderse. Tuve tiempo para componer una amable sonrisa, luego él levantó la cabeza, se detuvo y me miró frunciendo el entrecejo. Me había visto con anterioridad, de eso estaba seguro, pero no lograba situarme... De pronto se acordó y sonrió.

—Buenos días, señor Pickering; no hay correspondencia para usted —dijo, pasó por mi lado y comenzó a deslizar algunos sobres por debajo de las puertas.

Yo no sabía qué hacer. Durante los quince segundos que el portero necesitó para llegar al extremo del corto pasillo, volverse y regresar, me limité a observarlo. De nuevo alzó la mirada hacia mí, esta vez con irritación.

—¿Qué ocurre? ¿Se le ha olvidado la llave? —inquirió, y antes de que yo pudiera contestar empezó a sacudir la cabeza con gesto airado—. No tengo duplicado; no para esa puerta. Seguramente lo tuve. Antes solía tener llaves de repuesto... Pero se extravió... ¡No puedo hacer nada por usted! Tendrá que regresar a casa a buscarla. Ahora no tengo tiempo...

Lo interrumpí con una sonrisa, y esta vez sincera.

—Seguro que tiene una —dije con voz suave—. Tiene usted un duplicado y lo sabe. Pero hay un largo trayecto hasta el sótano, ¿verdad? —Saqué la cartera y extraje un billete de dólar—. Sin embargo, no es tan largo como el que tendría que hacer yo para ir en busca de la mía. —Le tendí el billete—. Vamos, bajaré con usted y le ahorraré el viaje de vuelta.

Dos minutos después, al subir por la escalera del sótano, llevaba conmigo la llave, de la cual colgaba una sucia etiqueta de papel con el número 27. Pero no subí hasta el despacho, sino que crucé directamente el edificio, salí a Park Row y, al lado del edificio del *Times*, encontré al cerrajero cuyo letrero recordaba, junto al restaurante Nash Crook, en la planta del sótano. Me cobró diez centavos por hacerme un duplicado, y de regreso volví a atar la etiqueta a la llave original. Un cuarto de hora después de que me la hubiese entregado, se la devolví al portero, a quien encontré en el primer piso distribuyendo la correspondencia.

Mientras subía a la segunda planta, caí en la cuenta de que antes debería haber probado el duplicado, pero éste funcionó a la perfección. Metí la llave en la cerradura, se amoldó suavemente a las guardas, y las hizo rodar. Seguidamente hice girar el pomo de la puerta y entré en el despacho secreto de Jake Pickering.

Estaba lleno de archivadores. Conté hasta trece, situados uno al lado del otro en las cuatro paredes. Eran de roble amarillo, con tres cajones a lo alto, y en cada uno de ellos un tirador metálico situado verticalmente. Estaban gastados y llenos de arañazos, seguramente de segunda o tercera mano. Junto con el escritorio y el sillón que había debajo de la ventana, ocupaban unas dos terceras partes del pequeño despacho. Saqué la llave de la cerradura y cerré la puerta a mis espaldas. A continuación permanecí escuchando unos instantes. Después de comprobar que todo estaba tranquilo, eché la llave. Luego, lo más silenciosamente que pude, empecé a abrir algunos cajones al azar.

Los había que eran muy pesados, completamente llenos o casi. La mayoría estaba hasta la mitad, o tal vez a un cuarto de su capacidad. En uno había tan sólo unos cinco centímetros de papeles. En otro encontré un par de chanclos para la lluvia. Y en otro había una botella de litro de whisky Eagle, llena hasta la mitad. Los archivos

estaban extremadamente ordenados, no había esquinas de papeles que asomaran por encima o por los lados. En los separadores había etiquetas pulcramente anotadas, casi con primor, utilizando tinta negra o roja. La mayor parte de esos rótulos consistía en combinaciones de letras, o de letras y números, como por ejemplo: «LL 4; D; A 6, 7, 8; NN», etcétera. No conseguí detectar en ellas ninguna relación. En todos los cajones había media docena o más de estos separadores, y sin relación identificable en las etiquetas. También vi uno en el que ponía «Duplicados», otro en el que rezaba «Ambos Integr.», y otro marcado con «???». Sin sacar ninguno de los documentos archivados, examiné algunos. Tal como Pickering le había dicho a Carmody, en los trece archivadores había facturas a montones, centenares, miles tal vez. También había albaranes y notas, y de vez en cuando cartas: algunas con los membretes comerciales de la casa central, ilustrados en blanco y negro, o de las fábricas, que por todas sus chimeneas lanzaban orgullosas estelas de humo negro. Y había también auténticos contratos firmados, doblados y ligados con cinta roja. No logré descifrar de qué manera estaban agrupados aquellos documentos; cada cajón que examinaba, independientemente de cómo estuviera etiquetado, contenía documentos en los que había docenas y docenas de nombres diferentes.

La tapa corredera del buró estaba levantada. Me senté y registré todos los casilleros, así como los cajoncitos que había encima. Sin sacar nada, me limité a mirar. Había dos botellas de tinta china Daly's Best, una roja y otra negra; una cajita redonda de cartón, llena de plumillas; tres mangos de pluma de madera, todos mordidos en la punta; un trozo de tela manchado de rojo y negro, sin duda utilizado para limpiar las plumillas; cinco sobres rectangulares, de color azul, sin usar; un trozo de tabaco para mascar, marcado con una estrella roja de metal; y una hoja de papel doblada. Cogí ésta, la saqué y la desplegué. En ella, con tinta negra, habían escrito unas treinta o cuarenta veces el nombre de Jacob Pickering. Uno debajo del otro, y a doble columna. Todos con la misma letra, aunque con un estilo altamente variado: algunos mucho más grandes y fluidos que otros, otros altamente legibles, otros con una especie de elegante garabato. Jake había estado ensayando su firma, como si buscara la que consideraba más impresionante. Me sentí conmovido y a la vez avergonzado de estar allí sentado, registrando las pertenencias de aquel hombre.

Pero no interrumpí mi tarea, ni consideré siquiera la posibilidad de hacerlo. Registré los cajones inferiores que había a cada lado del hueco para colocar las piernas y descubrí una caja de cartón, medio llena, que contenía separadores de archivo sin utilizar; un vaso chato de cristal muy grueso, que intuí había robado en algún restaurante; unas chanquetas de piel; dos hojas de periódico dobladas, en cuyo interior observé un par de manchas de grasa, algunas migas y un hueso seco de melocotón; dentro de una bolsa de papel había varias cortezas de pan, cuatro o cinco galletas saladas y una manzana que empezaba a pudrirse. También había una foto

montada sobre cartón, en la que se veían los hombros y la cabeza de Julia. También la cogí, la saqué y la sostuve frente a la luz que se filtraba por la ventana. Era una fotografía excelente. Observé el brillo y la densidad de la cabellera de Julia, así como la sagaz y a veces maliciosa mirada que sus ojos tenían incluso cuando se hallaban en reposo.

La dejé en su sitio, me recosté en el asiento y miré alrededor. En la pared, unos cuadrados y unos rectángulos levemente más limpios que el resto indicaban el lugar donde antes colgaban cuadros o diplomas enmarcados. Y allí donde antes había habido un reloj de péndulo, se adivinaba la huella invertida de un banjo... Ahora aquellas paredes estaban desnudas, salvo por un calendario publicitario —un anuncio de «Tintas de Imprenta Junius Roos e Hijo»— en el que sólo quedaba la última hoja: la correspondiente a diciembre de 1880. Del techo colgaba un tubo metálico en forma de T invertida, del cual salían dos mecheros de gas. El suelo era de madera, y al lado del sillón había una escupidera de latón, extremadamente abollada. Ése era el despacho, y no había en él un solo lugar donde esconderse.

Me acerqué al portal que comunicaba con la habitación contigua. Estaba en medio de la pared, completamente tapado con tablas de pino de casi dos centímetros de grosor y unos quince centímetros de ancho, cortadas con bastante exactitud para que todas tuvieran el largo adecuado. No obstante, eran de pino basto, con muchos nudos, y entre las tablas había rendijas de dos centímetros e incluso más. La cabeza de los clavos sobresalía unos tres milímetros para que resultara fácil sacarlos. En la calle Frankfort, unas puertas más abajo de Park Row, había visto una ferretería, de modo que salí y cerré con llave. Al cabo de diez minutos ya estaba de vuelta con un martillo. A través de la rendija que quedaba por debajo de la tabla inferior, lo deslicé en la habitación contigua y lo empujé detrás del marco de la entrada, donde no lo pudieran ver. Ahora ya sabía que no sólo iba a oír, sino incluso a ver la reunión que se celebraría allí esa noche —pocas horas más tarde—, me fui.



Había una foto que deseaba hacer por encima de todas las demás, la auténtica razón de que hubiese tomado prestada la cámara a Félix para toda la mañana. De modo que cogí el Elevado de la Sexta Avenida hasta la calle Veintitrés, anduve una manzana hacia el este, hasta el cruce de Broadway con la Quinta Avenida, y en el centro de la calzada, protegido por un espléndido farol en forma de candelabro — ¿por qué lo quitarían de allí?—, apoyé la cámara sobre el reborde de un gran abrevadero y tomé la foto de arriba en exposición para eliminar el denso tráfico. Y ahí lo tienen, al fondo a la derecha: el brazo de la estatua de la Libertad, elevándose por encima de los árboles de Madison Square.

A continuación reproduzco una ampliación que hizo Félix, en la cual el brazo se ve con mayor claridad.



Era casi mediodía y estaba hambriento. A una docena de pasos bajando por la calle Veintitrés, vi un salón y entré. Su aspecto correspondía exactamente a lo que esperaba: un largo mostrador con una barra de latón, un espejo de marco recargado detrás de ésta y, al fondo, una mesa repleta de comida. Había grandes pilas de pan, carnes cortadas en lonchas —entre las cuales se incluía jamón, pollo, pavo, pato salvaje y ternera asada—, ensalada de patata, un cuenco enorme rebosante de huevos hervidos, y encurtidos de todo tipo, salsas, rabanitos picantes, mostaza, y sé que se me olvidan muchas otras cosas, por ejemplo, remolacha en vinagre cortada en rebanadas. Uno podía comer gratis lo que quisiera si pedía una jarra de cerveza de cinco centavos. Y eso es lo que pedí: una cerveza que sabía de manera muy distinta de la actual. Con mucho más sabor a malta o a lúpulo, supongo, aunque no sabría identificar a cuál. Mientras tomaba a sorbos la cerveza e iba probando cuanto me apetecía del almuerzo, me entretuve en leer un enorme letrero, enmarcado en roble, que había al fondo del mostrador: letras doradas encima de un reluciente espejo de fondo negro.

*Me hiela la sangre escuchar como al Ser Supremo
se le invoca por cualquier tema o trivialidad.
Mantened la compostura, condenad la zafiedad.
Blasfemar no es de sabios, valientes o buenos.
En el lecho de muerte, nadie se atreve a jurar.
El Creador puede quitaros la vida. ¡Reflexionad!*

Por lo visto yo era el único en el local que lo había leído. A todos los demás,

incluido el camarero, les tenía sin cuidado aquella sentencia, a juzgar por su forma de hablar. Supuse que el letrero estaba allí colgado únicamente para mitigar la propaganda de la Liga Antialcohólica de Mujeres Cristianas.

En un extremo del mostrador había una Guía de Residentes de la ciudad de Nueva York, y la cogí. ¿Quién estaría vivo en aquellos momentos en Nueva York? Bueno, del curso universitario sobre literatura norteamericana recordé, por ejemplo, a Edith Wharton. Debía de ser una muchacha de diecinueve o veinte años, todavía soltera, de apellido Jones, observando a la sociedad neoyorquina sobre la cual escribiría años más tarde. Pero el apellido Jones ocupaba cuatro páginas, como es lógico, y si alguna vez había sabido el nombre de pila del padre de ella, cosa que dudo, ya no lo recordaba. Sabía que Franklin Roosevelt había nacido en 1882, o al menos eso creía. Pero no en enero, ni en esa ciudad; aun así busqué «Roosevelt» y encontré a más de doce, entre los cuales había un Elliot y un James. Al Smith, un antiguo político contra el que mi padre solía despotricar, debía de ser un chiquillo en algún lugar del bajo East Side, pero no me molesté en buscar ningún «Smith». Encontré a Ulysses S. Grant, domiciliado en el número 3 de la calle 66 Este. Walt Whitman no figuraba. ¿Vivía tal vez en Brooklyn? No lo recordaba. Sin embargo, la esposa del general Custer, Elizabeth B., constaba como «viuda» y vivía en el 148 de la calle 18 Este. ¿Quizás en el edificio de apartamentos de Stuyvesant?

Finalicé mi almuerzo y, al disponerme a marchar, me acordé de otro nombre y lo busqué. Allí estaba: «Melville, Hermán, inspector de aduanas, r. 104 E. 26th». Subí por la calle Veintiséis y encontré el 104 entre las avenidas Cuarta y Lexington, en el lado sur de la calle. Era una casa antigua, pasada de moda incluso en aquellos momentos. Me entretuve por allí unos minutos, paseando arriba y abajo por la calle Veintiséis. Estaba seguro de que se encontraría trabajando en cualquiera de los hangares de aduanas a lo largo del río, y, además, ignoraba cuál sería su aspecto. Sólo tenía la vaga idea de que, si aparecía por allí, de algún modo lo reconocería y le diría que *Moby Dick* me había gustado muchísimo, lo cual sería una exageración, aunque no excesiva. Aquello era una estupidez y, después de dar un par de vueltas por delante de la vivienda, me marché. Pensé en sacar una foto de la casa, pero no tenía ningún interés especial, y, además, no me quedaban demasiadas placas. No obstante, me hubiese gustado hacerle una foto al escritor.

En la calle Treinta y cinco con la Quinta Avenida, vi que se acercaba un ómnibus idéntico al que Katie y yo habíamos subido, y sentí la necesidad de hacerle esta foto, sobre todo teniendo en cuenta que al mismo tiempo enfocaba la mansión de A. T. Stewart, a la derecha, y las casas Astor, las dos gemelas de la izquierda.



Aquí es donde más tarde se levantaría el edificio del Empire State. Era una vista bastante típica de la Quinta Avenida: las barandillas de hierro forjado que se ven en la esquina inferior izquierda servían de protección a las escaleras que bajaban hacia los semisótanos, y se extendían a lo largo de las hileras de casas de tres o cuatro pisos, muchas de las cuales aún sobrevivían, sin cambios, en la última mitad del siglo xx.

En mi mente, un pensamiento luchaba por emerger a la superficie, lo mismo que un tronco al que soltaran en el fondo de un lago y flotara lentamente hacia arriba: Julia. Bien, ¿qué pasaba con ella?

Continué hacia el norte por la Quinta Avenida. Casi hacía calor ahora, y grandes fragmentos de cielo azul se filtraban entre la capa gris. No había ningún problema por lo que se refería a Julia; eso ya lo había decidido la noche anterior, y era una decisión que no estaba dispuesto a modificar. Sin embargo, persistía una sensación de inquietud indescriptible.

Había utilizado más de la mitad de mis placas fotográficas, pero al llegar a la calle Cuarenta y dos sentí la necesidad de sacar una foto al embalse Crotón. En el muro de piedra de la esquina de la Quinta Avenida con la calle Cuarenta y dos había un conjunto de travesaños de hierro en los que abundaban las manchas de orín, y, aunque dudaba que estuviera permitido hacerlo, subí hasta lo más alto, que después del puente era lo mismo que nada. Al llegar arriba, de pie en la esquina que daba al sur, saqué la fotografía que aparece en la parte superior de la página siguiente; a la derecha está el embalse, y a la izquierda, hacía el sur, se ven más casas de piedra

arenisca como las que he mencionado.

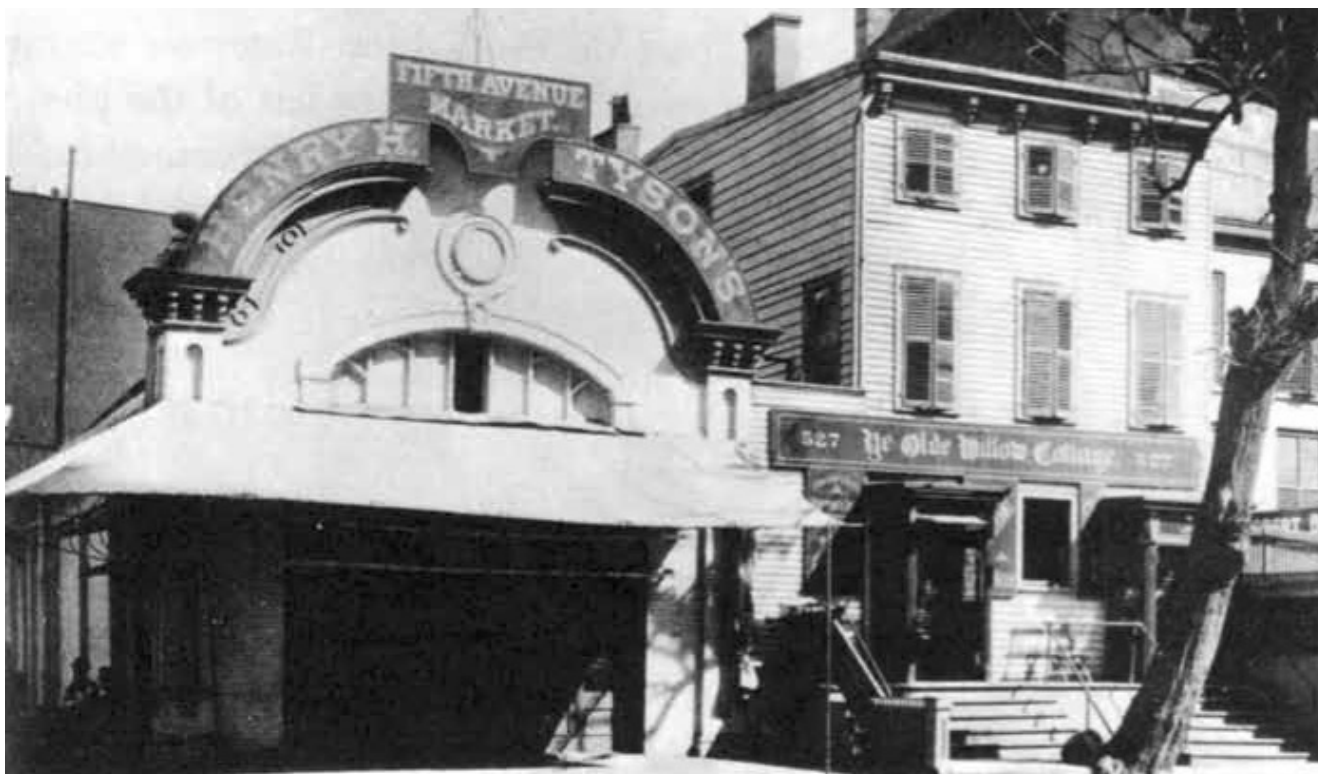


Creo que la foto da una idea mejor de lo estrecha que era la Quinta Avenida. Observen que las aceras no eran de cemento sino de piedra tallada.

Permanecí unos segundos en lo alto del embalse Crotón, observando el carruaje que se había detenido junto al bordillo que en la foto se ve en el ángulo inferior izquierdo, aunque en realidad no estaba mirándolo... Había algo que se me había pasado por alto, y estaba relacionado con Julia. Pero nada acudió a mi mente, y cuando una mujer salió de la casa —más bien una mansión— para entrar en el coche que estaba esperándola y el cochero vestido de librea saltó al suelo para abrirla la portezuela, suspiré, me colgué la cámara del hombro y con sumo cuidado volví a bajar.

En la calle Cuarenta y cuatro saqué esta foto. Estoy seguro de que Ye Olde

Willow Cottage era una reliquia de la época colonial.



En el interior de Tyson's colgaban animales enteros despellejados, aunque debido al exceso de sombra no salieron en mi foto.



En la zona más distinguida que constituían las calles Cincuenta obtuve la imagen de arriba, de la mansión de William K. Vanderbilt; es la del centro, de aspecto completamente nuevo y edificada con piedra caliza deslumbrantemente blanca.

Caminé hasta las calles Setenta y a lo largo de Central Park antes de dar media vuelta. Me hallaba de nuevo en la zona de pequeñas granjas, todavía muy poco edificada, y gracias al paseo en trineo del día anterior sabía que después de éstas sólo había campo abierto.

Para variar, en el trayecto de regreso bajé hasta una manzana por encima de la avenida Madison, luego doblé hacia el sur y en la calle Setenta y una me detuve a tomar la fotografía siguiente. Una vez más, e ignoro por qué esto me interesaba tanto, estaba convencido de que la granja también era una reliquia colonial todavía en funcionamiento en la isla de Manhattan. Al otro lado de Central Park se alzaba el Museo de Historia Natural, claramente visible desde la esquina de la avenida Madison con la calle Setenta y una, en aquel Nueva York extrañamente rural.



Me quedaba una placa, que utilicé más adelante, en las calles Cuarenta, de nuevo en la parte edificada de la ciudad, y es la mejor de todas, al menos para mí. La avenida Madison era mucho más tranquila que la Quinta, pero, al igual que en ésta, pronto habían quitado la nieve caída el día anterior. Estaba convencido de que en aquellas casas tenían criados y que éstos habían retirado la nieve hacía mucho rato

con una pala y habían limpiado las escaleras de la entrada y las aceras.

Había tanta tranquilidad que podía oír mis propios pasos, y en la cálida tarde de aquel enero brevemente benigno, sintiendo el limpio sol sobre mi cara —el cielo estaba casi azul ahora—, paseé por aquella pacífica y residencial avenida desaparecida hacía mucho tiempo, y me sentí más feliz que nunca. En la calle Cuarenta y uno había un conjunto de pilares alineados a los lados de los peldaños de la entrada de una casa, y coloqué la cámara de Félix encima del remate plano de uno de ellos. Me tomé mi tiempo, enfoqué con mucho cuidado y saqué la foto que aparece a continuación. En mi opinión capta perfectamente la calidad de vida que he intentado describir: la paz y la tranquilidad de unos tiempos mejores. Aquí la tienen, la calle Cuarenta y uno con la avenida Madison, un lugar y un mundo completamente distintos a finales del siglo xx.



Pero a mí me gustaba de esa forma. Después de sacar la foto seguí andando, y todavía puedo oír detrás de mí el golpeteo hueco de los cascots del caballo que tiraba de aquel carruaje que se ve a media distancia, así como los pasos de la mujer de sombrilla y falda larga que se hallaba a una manzana. En aquellos momentos, en el preciso instante en que hice la foto, me encontraba en el único lugar del mundo donde me apetecía estar.

Y entonces, como un ordenador que finalmente diera con el dato exacto, mi mente me comunicó: «¿Cómo? ¿Cómo vas a conseguir que Julia rompa su compromiso? ¿Cómo explicarle lo que sabes sobre Jake?». Pero no había respuesta. Como si eso pudiera ayudarme, empecé a caminar más rápido hacia Gramercy Park,

que era como decir hacia Julia. Pero de nuevo aminoré el paso. La noche anterior, aquello era una decisión fácil. Sin embargo, ahora... ¿qué diablos iba a decirle? «No pregunte nada... Julia, sólo confíe en mi palabra, pero no puede usted casarse... Por favor, no me pida que se lo explique, pero...».

En el salón del 19 de Gramercy Park, antes de cenar —el día estaba a punto de concluir y con la llegada de la oscuridad un frío invernal había vuelto a apoderarse del ambiente—, me hallaba sentado con Byron y con Félix, intercambiando secciones del *Evening Sun*.

Félix se mostró encantado con que yo hubiera utilizado su cámara, se negó en redondo a que le pagara las placas que había utilizado, y añadió que después de cenar las revelaría y sacaría copias. Luego bajó Maud Torrence y finalmente lo hizo Jake. Tía Ada y Julia estaban poniendo la mesa en el comedor, y en dos ocasiones Julia me descubrió mirándola, mientras yo me preguntaba cómo diablos llevar a cabo lo que tenía que hacer.

Empecé a sentirme furioso. Observaba a Jake, que permanecía sentado al lado de la gran estufa niquelada, leyendo el periódico, o al menos intentándolo; como si le resultara difícil estarse quieto, no paraba de alzar la vista, fruncía las cejas, y en dos ocasiones se había humedecido los labios. Entonces me di cuenta de que no podía permitir, por ningún motivo, que se casara con Julia. Pero no sabía cómo impedirlo.

Durante la cena se sentó a la mesa casi delante de mí, y no pude evitar sentir deseos de fastidiarlo, de atacarlo. Maud Torrence estaba hablando de un tal profesor Peirce, que acababa de dar una conferencia en la Academia de Ciencias de Nueva York sobre las ventajas de establecer horarios nacionales e internacionales por zonas geográficas. Mientras la escuchaba, descubrí que aún no había unificación horaria en ningún lugar del país ni del mundo; cualquier aldea era libre de elegir su propio horario, y a menudo lo hacían, de modo que la hora podía variar entre poblaciones que se hallaban a pocos kilómetros de distancia unas de otras, a veces once minutos, otras diecisiete, o incluso treinta y uno. En las estaciones ferroviarias había relojes que marcaban la hora de distintos lugares, y Byron explicó que en los largos viajes en tren al Oeste era casi imposible establecer una guía de horarios, pues los trenes pasaban por setenta y pico de sitios con horarios distintos. La sugerencia del profesor Peirce consistía en que a las diversas zonas horarias se las denominara Horario Atlántico, Horario del Mississippi, Horario de las Rocosas y Horario del Pacífico. Consideré la probabilidad de efectuar una predicción, pero en aquellos momentos estaba más interesado en Jake. De modo que cuando Maud finalizó, dije, y no mentía:

—Esta tarde estuve por Central Park y —ahora sí mentí— hablé con un hombre, quien me comentó que, un rato antes había creído ver al inspector Byrnes cabalgando por allí. Lo decía como si se tratara de... —estuve a punto de decir «una celebridad», pero de pronto dudé si existiría esa palabra— un personaje importante. ¿Quién es el

inspector Byrnes?

El comentario funcionó a la perfección; Jake cerró la boca con tal fuerza que su bigote y su barba se juntaron, y en sus ojos había una gran dureza cuando se volvió a mirarme. Como suele ocurrir siempre que se intenta algo malvado y se consigue el éxito, no experimenté ninguna sensación de triunfo. No me sentía satisfecho conmigo mismo, sino algo rastroso e indigno. Aun así, me quedaba un poco de espacio para sentir una especie de alegría furtiva, pues había conseguido que el tema cobrara vida. Al menos tres personas habían contestado simultáneamente, lo cual indicaba, sin lugar a dudas, que el nombre del inspector Byrnes poseía una magia poderosa.

—¿Ese hombre? —preguntó tía Ada, y una expresión de desaprobación hizo centellear sus ojos.

Maud murmuró algo, pero todo lo que pude oír fue la palabra «vergonzoso». Y Byron respondió:

—Bien, voy a explicarte quién es. —Y lo hizo—. Es posible que él no siga siempre las leyes al pie de la letra. —Byron había dejado a un lado el tenedor y el cuchillo y se había inclinado sobre la mesa, muy interesado en el tema—. Pero no se puede protestar contra esto, porque obtiene resultados. Ha conseguido ahuyentar a los rateros. Y a los atracadores de bancos. ¿No es así, Jake?

Jake había sacado un cigarro y, aunque no lo había encendido por encontrarse en la mesa, estaba mordiéndolo y dándole vueltas en la boca, y ya ni siquiera fingía que seguía comiendo. No contestó a la pregunta de Byron, sino que se limitó a asentir brevemente.

—Él inventó el tercer grado —informó Félix, ansioso por demostrar sus conocimientos.

—¡Pues eso no contribuye a aumentar sus méritos! —exclamó tía Ada.

—Se refiere a que apaliza a la gente, ¿verdad? —preguntó Maud, nerviosa.

Julia no dijo nada, y al volverme hacia ella descubrí que estaba mirándome con curiosidad. Se me ocurrió que tal vez hubiera imaginado algo de lo que yo pretendía al mencionar el tema de Byrnes. Si era eso lo que estaba pensando, me limité a sonreír, sin negar nada.

—Oh, no —contestó Byron dirigiéndose a Maud—. Al menos éste no es todo su significado. No creo que a él le importe dar una pequeña tunda a alguien, si lo considera culpable. ¿Por qué iba a importarle? No creo que debamos tener prejuicios al respecto. ¿Preferiría que dejara impune a un criminal, con grave riesgo para la sociedad, a cambio de un poco de persuasión? Ese hombre no es un burro, es el policía más experimentado de la ciudad. Carece de escrúpulos, cierto, y a menudo actúa más allá de donde lo permite su autoridad y la fuerza de la ley. Además, es un hecho reconocido que si bien no acepta dinero, ni bonos, ni acciones de los millonarios a quienes favorece, sí acepta información secreta sobre Wall Street. Se

rumorea que su riqueza es una consecuencia de eso. Pero deberíamos pensar en él como en un buen sargento; si dirige adecuadamente la compañía, mejor no estudiar muy de cerca sus métodos. Y si recibe algunas gratificaciones que no figuran en el reglamento, no tiene por qué parecernos mal. De lo contrario, ¿para qué iba a molestarse? Está muy lejos de ser un simple matón, y si yo lo hubiera visto pasar con su carruaje, como su amigo en el parque, señor Morley, lo habría saludado tocándome el ala del sombrero. Su famoso «tercer grado» suele consistir en algo más que apalazar a un rufián para obtener su confesión. ¿Han oído hablar del modo en que solucionó el caso del asesinato de Unger?

—¡Sí! —exclamó Félix, tan ansioso por explicar la historia que Byron sonrió.

—Adelante, Félix —dijo—, explícalo tú.

—Bueno, Byrnes torturó al sospechoso. Lo torturó de verdad. —Félix miró en torno a la mesa, para comprobar si había conseguido su efecto—. Y sin ponerle siquiera un dedo encima. Durante tres días lo tuvo encerrado en una celda, casi en la más absoluta oscuridad. La única luz procedía de la ventana situada al final del pasillo de fuera. Nadie hablaba con él. Ni siquiera veía la cara de un ser humano. La comida y el agua se la deslizaban por debajo de la puerta cuando dormía. No podía hacer otra cosa que pasear por aquella celda diminuta o tenderse en el catre, que era todo lo que había allí dentro. Poco antes del amanecer del cuarto día, cuando el ánimo del prisionero estaba en su punto más bajo —Félix volvió a mirar en torno a la mesa, para cerciorarse de que había conseguido la atención de su público—, Byrnes se posicionó en silencio ante la puerta enrejada de la celda del prisionero. Y entonces, por primera vez, encendió el fanal que colgaba del techo del pasillo. La luz iluminó la cara del desgraciado que dormía, el cual despertó con un sobresalto. Byrnes no se movió, se limitó a mirarlo fijamente, pero aseguran que la frialdad y la expresión amenazadora de sus ojos son capaces de atravesar a un hombre. Parpadeando bajo la luz, el prisionero vio aquellos dos ojos de hielo que estaban mirándolo y se incorporó con un grito. Tal como Byrnes había previsto, el catre sobre el cual había pasado la mayor parte de los tres días y sus noches, ¡estaba cubierto de manchas de sangre seca! ¡Aquél era el lecho donde había matado a su víctima mientras ésta dormía! Con un chillido, el prisionero saltó del catre y cayó de rodillas ante Byrnes, agarró los barrotes con ambas manos y suplicó que lo dejaran salir, que lo confesaría todo. Byrnes había llevado consigo a un taquígrafo, y hasta que el prisionero no lo hubo confesado todo y firmado una declaración completa no dejó que éste saliera de la celda donde estaba el catre manchado de sangre y se trasladara a otra. Un mes después, al poco de celebrar el juicio, lo ejecutaron en la horca.

—¡Espantoso! ¡Espantoso! —exclamó tía Ada, y Julia y Maud asintieron, mientras Byron se encogía de hombros.

—Es posible que esta estratagema fuera una violación de sus derechos civiles —

murmuré, pero nadie prestó atención a mi comentario.

Jake se sacó el cigarro de la boca y comentó:

—He oído decir que no le importa amañar pruebas falsas, si no puede conseguirlas de otra forma.

—Es posible —dijo Byron, y volvió a encogerse de hombros—. La opinión general reconoce que carece de convicciones morales, o incluso de que sepa qué es eso. Pero no hay noticias de que los muchachos de Wall Street se hayan quejado.

—No —admitió Jake, al tiempo que asentía con gesto pensativo, y tuve la seguridad de que estaba pensando en que, después de esa noche, se convertiría en uno de aquellos muchachos.

Estuve a punto de preguntarle si había tenido éxito deteniendo a extorsionadores, pero no me molesté en hacerlo. Hablamos un poco más sobre Byrnes, luego sobre Guiteau, y finalmente todos, excepto yo, coincidieron en condenar a los mormones. Por algunas referencias, descubrí que la poligamia aún estaba fuertemente arraigada en las praderas de Utah, y que en aquella mesa nadie lo aprobaba, aunque a Byron eso parecía divertirse más que exasperarle. A continuación, tía Ada y Julia sirvieron tarta de manzana como postre.

Fue una velada horrible, tanto para mí como para Jake. Él se levantaba y se sentaba, cogía una revista o un periódico y leía por unos pocos minutos, luego se levantaba y cruzaba la estancia para hablarle a alguien, sin apenas escuchar. Durante un rato permaneció sentado a la mesa del comedor, haciendo solitarios. En dos ocasiones subió a su habitación —sospecho que para tomar un trago— y volvió a bajar casi enseguida.

Yo estaba más tranquilo físicamente, pero mi mente parecía chirriar. En dos ocasiones tuve que dominar la irresistible tentación de levantarme, dirigirme hacia la cocina y explicárselo todo a Julia, que ayudaba a su tía a lavar los platos; de donde venía yo, por qué estaba allí, y qué había averiguado acerca de Jake.

Sencillamente, no sabía qué hacer, y no recuerdo siquiera si intenté leer. Poco después de las diez, Jake ya no pudo soportarlo más —estoy seguro de que en su mente sólo cabía lo que estaba a punto de suceder—, dio unas repentinas «buenas noches» a Julia, que zurró una toalla ante la mesa del comedor, y subió a su habitación. Al cabo de unos minutos, Maud también subió a la suya. Aquélla era una casa en la que la gente se levantaba temprano, pues Byron y Félix, que se habían quedado en el salón a jugar a las chapas con monedas, también se habían retirado. Tía Ada salió de la cocina, y, cuando oí que cerraba con llave la puerta de la entrada, ya no me quedó otra cosa por hacer que dar las buenas noches y retirarme a mi habitación. Mientras subía por las escaleras, Julia y su tía permanecieron abajo apagando las lámparas y decidiendo qué prepararían de desayuno.

Ya en mi cuarto, y sin encender la luz, me quedé con la oreja pegada a la rendija

de la puerta y oí que tía Ada y Julia subían a sus dependencias del segundo piso y se deseaban mutuamente las buenas noches. Seguí escuchando un poco más y, al no oír a nadie en el pasillo de la primera planta, abrí la puerta —«ahora o nunca»—, salí, cerré sin hacer ruido y subí presuroso y en silencio al piso de arriba. Sabía que la habitación de Julia daba a la calle, y vi una rendija de luz por debajo de la puerta. Me acerqué y llamé con una uña. Julia abrió la puerta.

—He esperado a que subiera... —dije—. Tengo que contarle algo que nadie más debe saber.

Ella vaciló por una fracción de un segundo, luego asintió.

—Pase.

Entré en una habitación pequeña, con una sola ventana, un banquito debajo de ésta, un catre con un cobertor blanco, un pequeño escritorio y una mecedora. Julia me indicó cortésmente la mecedora, pero me negué.

—No, cójala usted —dije, y me senté en el banquito que había debajo de la ventana.

Ella lo hizo en la mecedora, frente a mí, y, con las manos cruzadas sobre el regazo, sonriendo afablemente, se quedó esperando a que yo hablara.

Dije lo único que se me había ocurrido idear durante aquella larga velada, y tal vez lo mejor que podía decir, dado que era lo menos complicado:

—Soy un detective privado... —declaré, y en su asentimiento creí advertir cierta satisfacción, como si aquello contestara a una pregunta—. Lamento informarle que estoy aquí para investigar a uno de sus huéspedes. —Esperé un momento, luego añadí —: Por chantaje... —Ella abrió desmesuradamente los ojos; sabía que no me refería a Félix ni a Byron, y yo asentí, confirmándole lo que estaba pensando—. No estoy muy seguro de cuándo será del dominio público todo esto. Puede que nunca. Incluso es posible que consiga salirse con la suya; no soy de la policía... —Vacilé, luego añadí —: Julia, no puedo permitir que se case con él... Tenía que decírselo.

Julia contestó con voz serena, sin discutirlo ni aceptarlo:

—¿Y a quién hace chantaje?

Se lo dije. El nombre no significaba nada para ella. Pero entonces, utilizando casi las mismas palabras que él, describí los preparativos que Jake había llevado a cabo durante dos años, sus auténticas razones para trabajar en el Ayuntamiento. Y mientras observaba su cara, supuse que mi explicación le resultaba creíble, que había dado una posible respuesta a algunas de las preguntas que se hacía mentalmente. Le hablé de la reunión que se planeaba aquella noche, que yo iba a ser testigo de lo que allí se dijera, y cómo. Luego, tras una pausa de tres o cuatro minutos —bastante larga, dadas las circunstancias—, ella consideró en silencio lo que yo le había contado. Ante su cama había una alfombra de nudos, desteñida después de muchos lavados, y la miró fijamente. Luego alzó la vista hacia mí, evaluándome, y seguidamente volvió a posar

los ojos en la alfombra. Yo permanecí sentado con la espalda apoyada en la ventana, notando la frialdad del cristal, y eché un vistazo a la habitación. Era muy limpia y austera. En la pared había un par de cuadros sin importancia, y en la repisa de la ventana se apilaban una docena de libros, así como unos boletines religiosos; no conseguí ver los títulos de los libros. Las paredes se hallaban empapeladas hasta más o menos un metro del techo, después de lo cual estaban enyesadas, con un blanco immaculado. El único mechero de gas, que colgaba justo encima del cabecero de la cama de hierro pintado, estaba cubierto con un globo de cristal blanco y opaco.

Aquella era una habitación bastante cómoda, un refugio aceptable para una persona atareada, que no pasaba mucho tiempo allí. Pero tenía el aspecto de un lugar que careciera temporalmente de propietario, y de manera deliberada. Al mirar alrededor, y luego nuevamente a Julia —que se mordía el labio inferior y seguía con la vista fija en la alfombra, cuya esquina movía ligeramente con la punta del zapato—, pensé que podía imaginar en qué estaba pensando. Aquella era una muchacha inteligente y enérgica que para ganarse la vida ayudaba a su tía a dirigir la pensión. Para llegar a eso tenía que haber pasado por épocas difíciles, en las que había adquirido un sentido práctico. De modo que debía de haber pensado que su futuro no residía en aquella habitación sino en el matrimonio. Sin embargo, tan pronto como oyó lo que yo le contaba sobre Jake, supo que podía ser cierto.

A pesar de todo, ¿estaría pensando aún en casarse con él? ¿En prevenirle contra mí? Era posible, pero yo no lo creía. Aunque constituía un riesgo que debía aceptar. Ignoraba cuáles eran sus sentimientos hacia Jake cuando había accedido a contraer matrimonio con él. Me resultaba difícil admitir que se tratara de amor, pero... ¿qué significa eso o siquiera qué sentido tiene esa palabra para los demás? Julia sentía algo por él. Tal vez lo hubiera hecho por interés, hasta cierto punto; incluso era posible que se hubiese visto obligada a ello. Pero no era una mujer sin escrúpulos. Debía de sentir algo por Jake, aunque también estuviera preocupada por su futuro. Sencillamente, le costaba aceptar mi palabra contra él, aun cuando no negara esa posibilidad. No sé si detecté un movimiento con el rabillo del ojo —probablemente fue eso—, pero volví la mirada hacia la calle y vi que Jake acababa de bajar el peldaño inferior de la entrada. Estaba abrochándose el abrigo, y rápidamente me levanté para apartarme de la ventana, por si miraba hacia arriba.

Julia supo de inmediato qué acababa de ver yo. Se acercó a la cortina, la apartó unos centímetros de la pared y observó a Jake alejarse con paso rápido hacia la calle Veinte —yo estaba detrás de ella en aquellos momentos, mirando por encima de su hombro— y desaparecía de nuestra vista. Creo que Julia habría tomado de cualquier manera la misma determinación, pero aquello la decidió. Permaneció por unos instantes con la vista fija en el lugar por donde Jake se había marchado, luego se volvió hacia mí y, sin preguntármelo, sino advirtiéndomelo, dijo:

—Voy a ir con usted esta noche.

Asentí.

—De acuerdo. Dentro de dos minutos nos encontraremos en el recibidor.

Jake estaba en su despacho. Eran las once y treinta y cinco de la noche, y Julia y yo aguardábamos en el oscuro portal del edificio Morse, justo delante de la entrada del edificio Potter por la calle Nassau. Conté los pisos y las ventanas: en la segunda planta, contando desde la entrada de la calle Nassau, la segunda ventana de la derecha era un alto rectángulo de luz amarillenta. Se trataba del despacho de Jake, la única habitación iluminada en la fachada completamente a oscuras del viejo edificio. Diez minutos después, la luz titiló, luego enrojeció por un momento, y a continuación se apagó.

Yo había tomado a Julia del brazo, y sentí que éste se tensaba.

—Se marcha —murmuró ella, y asentí en la oscuridad; había tres cuartos de luna creciente, pero estaba muy alta en el cielo y nosotros nos hallábamos muy atrás en el portal.

Imaginé a Jake, que en ese instante debía de estar cerrando la puerta de su despacho... Avanzaba por el corto pasillo iluminado por la tenue luz del exterior, quizás utilizando una cerilla, a pesar de que yo no veía ningún resplandor. Luego bajaba por las escaleras, con una mano en la barandilla. Y entonces, justo en aquel momento, doblaría por el largo pasillo para cruzar el edificio hacia Park Row y el parque del City Hall. Cruzaría la calle hasta los jardines del centro de la plaza y miraría el reloj del Ayuntamiento, que señalaría las doce menos diez o menos once. Tal vez al otro lado del parque, bajo la luz de la luna, Carmody también estuviese entrando en la plaza llevando consigo un pesado maletín.

Presioné el brazo de Julia para indicar que debíamos ponernos en marcha y —nunca puede anticiparse del todo lo que los otros harán— Jake salió por el portal que había justo al otro lado de la calle, permaneció en la acera y miró con cautela en ambas direcciones... ¿Estaría escuchando también? De inmediato nos quedamos absolutamente quietos, sin respirar siquiera. ¿Se escucharían en aquel silencio los latidos de mi corazón? ¿Habríamos movido los pies y hecho algún ruido? Al otro lado de la calle, Jake pasó por delante de nuestro portal en dirección a la calle Beekman, luego cruzó ésta y bajó por la calle Ann; sus pisadas sonaron fuertes, produciendo ecos entre los muros de las casas.

Claro... No había salido por Park Row por si acaso Carmody o alguien más estuvieran vigilando en la calle, frente al parque. En cambio, ahora se dirigiría hacia allí caminando en dirección norte por Broadway y entrando por el oeste, con lo cual mantendría en secreto la localización de su despacho hasta el momento de conducir a Carmody hasta él.

Aguardamos, con el oído atento y observando desde nuestro portal. Vi que Jake llegaba a la calle Ann y se alejaba hacia el oeste, y de inmediato se interrumpió el ruido de sus pisadas. A continuación nos apresuramos a cruzar la calle Nassau — como máximo, disponíamos de unos minutos—, subimos por las escaleras a la luz de la luna y recorrimos el corto pasillo hasta el despacho de Jake. Yo ya había sacado la llave, encontré la cerradura, hice girar la llave en ella y abrí la puerta. Encendí una cerilla y, protegiendo la llama con la mano, me acerqué a la lámpara de gas que había al lado del escritorio, abrí la llave de paso, rocé la punta con mi cerilla y se produjo una pequeña explosión rojiza que se convirtió en llama. Luego la bajé para regular la intensidad e inmediatamente crucé la habitación, palpé por debajo de la tabla inferior del portal clausurado y encontré el martillo.

No quedaba más remedio que aceptar cierta cantidad de chirridos de protesta a medida que iba sacando los clavos. Pero los saqué poco a poco, mediante una fuerza continua, manteniendo muy bajo el nivel de ruido. Tan pronto como los hube aflojado, tiré silenciosamente de la tabla con la garra del martillo. Saqué primero dos tablas, y luego una tercera, hasta que dejé un boquete de medio metro a poco más de medio metro por encima del suelo. Ayudé a Julia a pasar, mientras se apoyaba con las manos en la tabla inferior. Primero pasó una pierna, luego agachó los hombros, metió la cabeza por el boquete y dejó escapar un grito de terror. De inmediato metí la cabeza por la abertura; la habitación se hallaba débilmente iluminada por la luz de la luna que se filtraba a través de la única ventana, y la mayor parte del suelo había sido arrancado, de modo que abajo no se veía más que el oscuro vacío.

Los carpinteros habían estado trabajando desde la última vez que los había visto. Habían finalizado ya el primer piso y luego se habían trasladado al de arriba, aserrando las tablas del suelo de aquella habitación, cuyas largas vigas estaban al descubierto. Habían estado trabajando, posiblemente aquella misma tarde, desde la pared del fondo hacia la entrada, y sólo quedaba una esquina del suelo, un triángulo que iba más o menos del portal clausurado con las tablas hasta la puerta que daba al pasillo.

Quedaba espacio suficiente para permanecer de pie, tal vez incluso para sentarse, y, al cabo de unos segundos, Julia pasó por el boquete. Yo la seguí tan rápido como me fue posible. Habíamos perdido unos minutos y tal vez los necesitáramos, si Carmody estaba esperando en el parque y él y Jake se dirigían hacia el despacho. Tal vez en aquellos instantes estuvieran ya en el portal del edificio, o empezaran a subir por las escaleras.

Tenía que arriesgarme, aceptar los ruidos y confiar en la suerte. Cogí la última de las tres tablas que había sacado, la coloqué en su sitio de modo que las puntas de los clavos coincidieran con sus agujeros y conseguí clavarla exactamente donde antes estaba, disponiendo de espacio suficiente para hacer girar el brazo y aun así poder

ver. Había colocado la segunda tabla y ahora sentía mis movimientos bastante limitados, pero a pesar de ello aún podía manejar el martillo. Había levantado el brazo, dispuesto a golpear, cuando caí en la cuenta.

Solté la tabla y el martillo, que resonaron sobre el suelo de madera del despacho de Jake, y a continuación —retorciéndome, empujando, sin preocuparme por el hecho de que un botón del abrigo saltara mientras lo hiciera en nuestro lado, arañándome la cara desde el pómulo hasta la oreja— pasé a través del boquete abierto en las tablas, di un traspie en el despacho de Jake, estuve a punto de caer y, con el brazo extendido hacia delante, avancé el par de pasos que me separaban del escritorio. Seguidamente, hice girar la llave del gas, la luz se apagó, tal como Jake la había dejado y, en medio de la oscuridad, retrocedí y pasé por el boquete a la otra habitación vacía, cuyo suelo prácticamente había desaparecido. Julia me tendió el martillo y la tabla que había dejado caer. Forzando la vista, intenté ajustarla a toda prisa bajo la tenue luminosidad de la luna, encajé la punta de los clavos en los agujeros originales y los clavé a la misma profundidad que estaban antes. Recordé que debía dejar el martillo en nuestro lado y, mientras recogía la tercera tabla, oímos —muy débilmente, a través de la mole del edificio— que el reloj del Ayuntamiento empezaba a dar lentamente la hora. No esperamos a contar... Sonó perezosamente doce veces mientras Julia y yo, tomando la tabla cada uno por un extremo, la ubicamos en su sitio y, probando y equivocándonos, finalmente logramos encajar los clavos en su sitio. Primero uno y luego el otro, tiramos con todas nuestras fuerzas del extremo de la tabla, mientras yo rezaba en silencio para que no resbaláramos y cayésemos de espaldas en el oscuro vacío que había detrás de nosotros. Cuando sonó la última campanada, tanteé, con los dedos metidos en las rendijas, arriba y abajo de la tabla, en busca de la cabeza de los clavos, que sobresalían un buen centímetro, y cuando comprobé si la tabla estaba firme, ésta se movió. Aun así, me dije, desde el otro lado no daría la impresión de que la hubiesen sacado.

Todavía dispusimos de un par de minutos, puede que fueran incluso tres, para instalarnos. Lo más cómodamente que nos fue posible, con los abrigos doblados a modo de cojín, nos sentamos en la oscura habitación, de cara a la puerta clausurada con las tablas. Con las rodillas levantadas y los brazos alrededor de los tobillos, nos ubicamos cerca de las rendijas con cuidado de que las puntas de nuestros zapatos no asomaran por la abertura que quedaba debajo de la última tabla. Palpé hasta rozar la rodilla de Julia y le di unos golpecitos para tranquilizarla, o al menos ésa era mi intención.

No oímos ningún ruido procedente del pasillo, ni pasos, ni voces, ni siquiera el crujido de una tabla del suelo. De pronto, una llave sonó en la cerradura del despacho de Jake Pickering, y Julia me tomó del brazo. Ya estaban entrando, una mezcla confusa de pasos sobre el entarimado, y luego la voz de Carmody, que sonó

terrorífica en la habitación donde nos hallábamos.

—¿Qué es esto? —preguntó.

La voz retumbó, hueca, en el espacio vacío donde nos encontrábamos sentados, y la mano de Julia se cerró con fuerza en torno a mi brazo. En el despacho de al lado se encendió la luz, proyectando a través de las rendijas y los agujeros de los nudos de las tablas el ondulante marco de la puerta contra la pared del fondo de nuestra habitación. Justo en el centro del vano se distinguía la silueta de un hombre que intentaba atisbar dentro, y por la rendija de unos cinco centímetros que quedaba debajo de la última tabla asomaban las puntas de un par de botas, que casi tocaban las mías. Al lado, en el suelo, vi la punta plateada de un bastón de ébano.

—Nada; el hueco del ascensor —contestó con impaciencia Pickering. Nosotros no podíamos ver más allá de Carmody, que se encontraba a menos de quince centímetros de nuestros ojos—. Déjeme ver ese maletín.

Carmody permaneció inmóvil por unos segundos, con el maletín en la mano. Por encima de nuestras cabezas, siguió inspeccionando el interior de la habitación donde estábamos.

—El suelo ha desaparecido —murmuró, y a continuación se volvió.

Exceptuando los bordes cubiertos de pelusa de las tablas y los círculos que se proyectaban contra la pared detrás de nosotros, así como la línea paralela de luz a nuestros pies, la habitación donde nos hallábamos era todo sombras y oscuridad. La luz de la luna, que penetraba sesgada por la estrecha ventana, era sólo una pálida estela que se difuminaba en la negrura de abajo. Al otro lado de nuestra trinchera, veía casi todo el despacho, a excepción de la pared más próxima, una franja del suelo y otra del techo, justo al otro lado del portal. Al observar a aquellos dos en secreto, no pude reprimir un estremecimiento de excitación y cierto sentimiento de culpabilidad que no experimentaba desde la infancia.

—Póngalo aquí encima —dijo Pickering, que estaba de cara a nosotros, al lado del escritorio, al tiempo que señalaba éste.

Con el maletín en la mano, Carmody se acercó al escritorio y oímos que soltaba un gruñido al depositarlo encima de él. Ambos se habían quitado el sombrero, que habían colgado de unos ganchos en la puerta, pero llevaban puesto el abrigo. Vimos a Carmody mover las manos, oímos el crujido de las correas cuando las desató, los chasquidos metálicos de las hebillas al abrirlas... Pickering, todavía de cara a nosotros, observaba con los ojos muy abiertos.

Luego Carmody abrió la pequeña maleta y la dejó plana, encima del escritorio. Estaba llena de billetes de banco, verdes y amarillos, en paquetes delgados y sujetos mediante fajas de papel marrón. Oímos que Jake Pickering suspiraba y lo vimos inclinarse para mirar con atención. Luego, sonriendo lentamente, alzó la mirada hacia Carmody, y ambos se mostraron felices, amistosos, como si compartieran el placer

que producía la visión de lo que había encima del escritorio.

—¿Está todo aquí? —preguntó arrastrando las palabras, casi con temor.

Carmody asintió y Jake volvió a sonreír, muy amistoso con Carmody ahora, como si todo estuviera perdonado.

Todavía asintiendo —vi el brillo de su oscuro cabello a medida que movía la cabeza—, Carmody contestó:

—Sí, todo está aquí. Todo lo que va a conseguir... Diez mil dólares.

Contuve la respiración, y no pude por menos que reconocer el autodomínio de Jake. No cambió de expresión, pero entrecerró los ojos que, bajo el débil palpitar de la llama de gas, centellearon al dirigir a Carmody una mirada dura, amenazadora. No dijo nada. Apoyó los nudillos en el borde del escritorio y se inclinó hacia Carmody por encima del maletín. Luego esperó, mirando al otro hasta que éste se vio obligado a decir algo.

—¡Los lectores están hartos de los escándalos del círculo de Tweed! —exclamó, irritado, aunque su voz denotaba que estaba a la defensiva—. En cuanto a sus molestias y a la información que posee —señaló con el mentón el maletín que había entre los dos—, eso es cuanto valen; nada más... El círculo ya no existe y Tweed está muerto, así como la mayoría de los testigos... —Con el puño de su bastón, esculpido en forma de cabeza de león, indicó los archivadores que se alineaban contra las paredes—. Por lo que se refiere a sus documentos, ni siquiera todos juntos lograrían enviarme a la cárcel.

—Oh, eso ya lo sé —dijo Jake sin alterar su postura—. Su dinero lo evitaría; eso es algo que siempre he sabido. Pero destrozaría su reputación, y no le alcanzarían todos los dólares que tiene para restaurarla.

Carmody se echó a reír —un bufido por la nariz—, y empezó a pasear por el despacho. Hacía balancear el puño del bastón, que sujetaba por la mitad, y gesticulaba mientras hablaba.

—La reputación... —exclamó en tono de desdén—. Es usted un funcionario, con una mentalidad de funcionario. ¿Cree que alguien que valga la pena va a menospreciarme por la información que usted posee? No hay un solo rico en la ciudad que no haya hecho lo que yo. ¡Y algunos cosas peores! —Se detuvo ante el escritorio de Pickering y, con el puño del bastón, golpeó con ademán despreciativo el maletín lleno de dinero—. Coja esto y considérese afortunado.

Pero, una vez más, Jake sonrió.

—Tiene usted razón. A Carnegie le tendría sin cuidado. Pensaría, sencillamente, que es usted un estúpido por haberse dejado atrapar. Tampoco a Goul le importaría. Ni a Michaels, ni a Morgan, ni a Seligman, ni a Sage, ni a ninguno de los demás. A los hombres no les importaría en absoluto. —Tendió la mano por encima de los fajos de billetes y de uno de los casilleros del escritorio sacó una larga tira de periódico,

cuidadosamente recortada por los lados. Estaba doblada por la mitad. La desplegó y, al inclinarla para que le diese la luz, comprobé que se trataba de una larga lista impresa, escrita a dos columnas—. «La señora Astor» —leyó en tono admirativo—. Eso es todo lo que pone, pues ya sabemos quién es la señora Astor, ¿verdad? A ella sí le importaría, señor Carmody... «Señora de August Belmont», seguro que no le tendría sin cuidado. «Señora de Frederic H. Betts, señora de H. W. Brevoort, Señora de John H. Cheever, señora de Clarence E. Day...». A todas ellas les importaría. Y a la «señora de Stuyvesant Fish, señora de Robert Goelet, señora de Ulysses S...».

—¿Qué está leyendo? —inquirió Carmody, con aspereza.

—Unos cuantos nombres al azar. De la lista de organizadoras del Baile de Caridad que esta noche se celebra en la Academia de la Música. «Señora de Oliver Harriman, señora de J. D. Jones, señora de Pierre Lorillard, señora de Thomas B. Musgrave, señora de Peter R. Olney, señora de John E. Roosevelt, señora de A. T. Stewart». ¡A todas estas mujeres les importaría! Y a la «señora de W. E. Strong, señora de Henry A. Taber, señora de Cornelius van...».

—Ya es suficiente.

—Todavía no. —Pickering alzó la vista del papel—. He pasado un nombre por alto; el más importante de todos. De todos los que hay en esta lista, ella es a quien más le importaría, porque su nombre nunca volvería a verse en tan ilustre compañía. —El índice de Pickering se trasladó al comienzo de la lista, luego empezó a deslizarse lentamente hacia abajo, y casi de inmediato se detuvo—. «Señora de Andrew W. Carmody» —leyó, y el puño de plata en forma de cabeza de león que remataba el bastón de Carmody lo golpeó en la cabeza.

Jake cayó como una marioneta sin hilos, chocó contra el sillón del escritorio, y lo empujó chirriando hacia el otro lado de la habitación. Julia dejó escapar un gemido, casi un grito, pero el sonido estridente del sillón lo ahogó. Y cuando intentó levantarse, la sujeté de los hombros, la obligué a permanecer sentada y le susurré al oído:

—¡No! ¡No! No está herido... —dije, aunque no lo sabía.

Carmody miró fijamente a Pickering, que estaba encogido en el suelo, y luego al puño del bastón manchado de sangre. A continuación volvió la cabeza hacia el maletín lleno de dinero y seguidamente la bajó, no en dirección a Pickering, sino al trozo de periódico que éste tenía en la mano; se agachó y lo arrancó de entre sus dedos. Se incorporó y empezó a leerlo; es decir, lo examinó rápidamente en busca de un nombre. Al encontrarlo, murmuró en voz alta:

—«Señora de Andrew W. Carmody...».

Permaneció todavía un rato contemplando la lista impresa, luego volvió a bajar la vista hacia el cuerpo inmóvil de Pickering, en el suelo. De pronto, estrujó el recorte hasta convertirlo en una bola y lo lanzó con fuerza contra el chantajista. Dejó caer al

suelo su bastón y se acercó al sillón del escritorio, a sólo dos pasos de él. Lo arrastró hasta ubicarlo al lado de Jake, se agachó, cogió a éste por debajo de las axilas y lo levantó con esfuerzo para colocarlo en el sillón. Pickering, con la cabeza bamboleante, comenzó a resbalar hacia abajo, pero Carmody inclinó hacia atrás el respaldo del sillón, hasta que los pies del otro sólo rozaron el suelo. A continuación le desabrochó el cinturón y tiró de él para sacarlo de las trabillas. Luego lo pasó entre los barrotes del respaldo e intentó juntar los dos extremos sobre el pecho y los brazos de Pickering. Pero resultaba demasiado corto, de modo que levantó una rodilla para mantener el sillón inclinado hacia atrás, se sacó su propio cinturón y ató un extremo a la hebilla del otro. Seguidamente pasó el doble cinturón en torno al pecho y los brazos de Pickering, justo por encima de los codos, y deslizó la hebilla a la espalda. Lo ciñó con tal fuerza, que oímos que el cuero crujía, y hasta me pregunté si Pickering podría respirar.

Pero podía: estaba moviéndose cuando Carmody finalizó. Murmuró algo y, en el instante en que, con los ojos todavía cerrados, forcejeó para levantar la cabeza, un largo hilo de saliva corrió por la comisura de su boca. Carmody retrocedió, recogió su bastón y, con paso rápido, se situó detrás del sillón. Jake levantó la cabeza, vi que abría los ojos, que los enfocaba y luego los cerraba con fuerza cuando el dolor del golpe lo atacó. La cabeza debía de latirle terriblemente, pues observé que palidecía, luego las mejillas se le hincharon y encorvó los hombros luchando contra las náuseas. Por unos segundos no se movió. A continuación, muy lentamente, levantó de nuevo la cabeza y abrió los ojos, un poco cada vez, para acostumbrarlos a la luz. Una vez más, agitó los hombros. Luego, tras parpadear muchas veces, consiguió mantener los ojos abiertos, y la expresión de dolor regresó a su rostro.

Miró fijamente el suelo por un instante. Después movió las manos hacia el cinturón. Pero lo único que consiguió, dado que apenas si podía torcer las muñecas, fue rozar el cuero con la punta de los dedos. Carmody rodeó el sillón para enfrentarse a él. Se miraron. Un hilo delgado de sangre coagulada, casi perfectamente recto, caía de la sien de Pickering, y otro le bajaba por la frente hasta la esquina de una ceja poblada y negra.

—Ha creado una situación insostenible —dijo Carmody—. Ha descubierto la clave —añadió, y con la punta del bastón tocó la arrugada bola de papel de periódico, luego la lanzó hacia la puerta clausurada, donde pasó por debajo de la tabla de abajo, rodó por mi lado y cayó por el hueco del ascensor—. Esta temporada es la primera en que mi familia ha ocupado un lugar entre la sociedad de Nueva York, y no será la última... Haré lo imposible para que así sea. —Cerró el maletín y ató las correas, luego lo depositó en el suelo, al lado de la puerta—. Debí aceptar esto cuando tuvo la ocasión. Ahora no tendrá nada. —Carmody se quitó el abrigo, lo dejó encima del escritorio, se aflojó la corbata y el cuello, se desabrochó el chaleco, sacó un cigarro

del bolsillo de éste y, con mucho cuidado, lo encendió. Cuando comprobó que había prendido bien, sacudió la cerilla, la dejó caer al suelo y la pisó. Seguidamente se acercó a uno de los archivadores, tiró del cajón superior y lo abrió.

Por unos instantes permaneció allí en silencio, con el cigarro entre los dientes, mirando las anotaciones codificadas del archivo. Jake Pickering, que podía hacer girar su sillón, se había vuelto hacia él. Carmody lo miró por encima del hombro, como si fuera a decirle algo, pero no habló. Se volvió de nuevo hacia el archivador y, comenzando por la parte delantera del cajón, empezó a examinar cada uno de los documentos que había en él, pasándolos con un movimiento regular del índice. Debía de examinar un papel por segundo, y la mano apenas se detenía en su continuo movimiento, aunque de vez en cuando se tocaba el índice con la lengua o se quitaba el cigarro de la boca para sacudir las cenizas. Raras veces sacaba un documento, sino que se limitaba a echarle una ojeada y luego lo pasaba. Sin embargo, en ocasiones se detenía para leer con mayor atención, para lo cual sacaba el papel; por dos veces dejó éste a un lado, encima del archivador. Las otras no se molestaba en devolverlo a su sitio, sino que lo estrujaba y lo arrojaba al suelo.

Sin embargo, imagino que habría tres o cuatro mil papeles, puede incluso que cinco mil, en aquel cajón de madera de poco más de medio metro de profundidad. El reloj del Ayuntamiento sonó una sola vez: eran la una de la madrugada. Carmody estaba a menos de la mitad del cajón, y encima del archivador sólo había apartado dos documentos.

—He esperado para que lo comprobara personalmente —dijo Pickering—. Le llevará horas registrar este archivo, y hay trece en total. Un número nada afortunado para usted.

Carmody se acercó al escritorio y dejó caer el cigarro dentro de la escupidera que había en el suelo, a su lado. Luego regresó al cajón abierto, colocó las manos sobre los documentos archivados, como si se dispusiese a proseguir la búsqueda y, volviendo la cabeza hacia Jake, sonrió y dijo amablemente:

—Dispongo de toda la noche. Y si eso no basta, de todo el día de mañana. O de mucho más tiempo, si es preciso. —El dedo índice siguió con su movimiento regular, y el continuo ruido que hacía al doblar las esquinas de los papeles casi llegó a formar parte del silencio.

Me incliné todo lo posible hacia Julia, y cuando mis labios rozaron su oreja, le susurré como si fuera una exhalación:

—Tiéndase y descanse. Creo que estaremos aquí mucho tiempo.

Veía claramente su cara, y cuando asintió, una franja de luz amarillenta, procedente de la otra habitación, subió y bajó por su frente. Lo más lentamente posible para no hacer ruido, se tendió en el suelo, a lo largo de la pared. Luego recosté cautelosamente un hombro en el portal y apoyé la cabeza contra el quicio, y

con un ojo observé a Carmody a través de una rendija. Casi paralizado, seguía ante el cajón del archivador, con la cabeza inclinada; sólo el brazo y la mano continuaban con su monótono movimiento.

Cuando el reloj de fuera sonó dos veces, Carmody se hallaba aproximadamente a un tercio del cajón de en medio, y Pickering volvió a hablar.

—A estas alturas ya habrá observado que no se encuentra ningún expediente completo en un mismo lugar —dijo—. Para reunir todos los que se refieren a usted, decenas de documentos relacionados con cada caso dispersos por todos los cajones..., lo más probable es que yo necesitara veinte minutos, y eso que el sistema para encontrarlos está dentro de mi cabeza. En cambio, usted sólo ha encontrado un par en dos horas. ¿No cree que ha llegado el momento de que entienda que está obligado a llegar a un trato conmigo?

Carmody no se detuvo, ni siquiera alzó la vista.

—Un millón a cambio de toda una noche —dijo—, e incluso un día completo, representa un buen salario para mí. —Y siguió con la interminable y monótona acción de pasar uno tras otro los papeles.

Yo vigilaba, medio adormecido; no había forma de calcular el paso del tiempo hasta que el reloj volviese a sonar. Al cabo de un rato, sin detenerse en su labor, Carmody levantó un pie lentamente y movió la pierna arriba y abajo, flexionando los músculos, haciendo girar el tobillo. Hizo lo mismo con la otra pierna, luego, con los pies algo más separados que antes, continuó pasando papeles. Yo seguía mirándolo fijamente, ni despierto ni dormido. Tras un tiempo que no pude calcular, se detuvo por un instante, en actitud reflexiva, luego sacó el cajón y, arrastrando los pies debido al peso, lo llevó al escritorio. Allí se sentó al borde del tablero, de cara al cajón, y reanudó la búsqueda. Pickering se echó a reír.

—Me preguntaba cuánto tiempo tardaría en ocurrírsele esto —dijo—. Si está usted cansado, permita que le ofrezca mi sillón.

Pero Carmody no hizo la menor señal de haberlo oído. Continuó inspeccionando los documentos sin detenerse en ningún momento.

Me tendí al lado de Julia. La oscuridad me impedía saber si estaba despierta; por otro lado, tenía miedo a susurrar innecesariamente. Me habría gustado tener una taza de café, y al pensar en ello la deseé con tal intensidad, que me pareció imposible que no pudiera tenerla. Algo para comer, pensé entonces, y de inmediato me sentí hambriento. Intenté sonreír, pero me pregunté cuánto tiempo podríamos permanecer allí; yo no había previsto nada al respecto. ¿Habría en serio Carmody al decir que podía quedarse allí todo el día siguiente? Era imposible. Tendría que salir en busca de comida; tendría que descansar. Y lo mismo servía para Jake... Sólo con que ambos se durmieran, Julia y yo podríamos largarnos de allí. El sueño me vencía por momentos, y me esforzaba por mantener los ojos abiertos en la oscuridad. No me atrevía a

dormirme, pues a medio metro a mi derecha el entarimado del suelo acababa y corría el riesgo de rodar y caer las tres plantas que había hasta el sótano. Volví a sentarme. Sabía que Julia estaba durmiendo, ya que apenas percibía el ritmo lento y regular de su respiración. Y era consciente de que no podía retroceder hasta la puerta, pues existía el peligro de que ella rodara hacia la derecha y cayese, o que la oyeran de la habitación de al lado. Tenía que quedarme allí, a su lado, por si empezaba a agitarse, a fin de tranquilizarla y asegurarme de que no hacía ruido al despertar.

Durante dos horas permanecí sentado sin atreverme siquiera a apoyarme contra la pared. Continuamente tenía que erguir la cabeza, pero conseguí mantenerme despierto y oí que el reloj del Ayuntamiento daba las tres. En la habitación de al lado, el continuo roce de papeles no se detenía ni por un instante.

Después de lo que me pareció una eternidad, el reloj empezó a sonar de nuevo, y aproveché el ruido de las campanadas para levantarme. Sentía las piernas entumecidas, y para conservar el equilibrio tuve que apresurarme a apoyar las manos contra la pared, por encima del cuerpo de Julia. Luego, muy lentamente, y sin hacer ruido, estiré cada uno de mis músculos —brazos, piernas, espalda, cuello— a medida que contaba cada una de las lentas campanadas. Eran las cuatro. Me acerqué a la puerta clausurada y atisé a través de una rendija. Jake se había quedado dormido, tenía la cabeza apoyada en el pecho y roncaba débilmente. Carmody seguía sentado en el borde del escritorio, pero ahora la parte superior de su cuerpo permanecía tendida a lo largo del cajón que tenía a su lado. Observé que se trataba del cajón superior del segundo archivador. Dormía en silencio, y tuve que mirar con mucha atención para entrever el leve movimiento de la espalda de su chaleco. Supongo que de vez en cuando la gente siente la tentación —o al menos el impulso— de hacer lo que raramente se puede realizar: silbar en una iglesia, contestar algo exageradamente inapropiado en una situación determinada... De pronto se me ocurrió soltar un «¡Buuuu!» tan fuerte como me fuera posible, y luego contemplar la alocada reacción de los que estaban en el despacho de al lado. Sonreí y me senté muy cerca de Julia, seguro de que había despertado, aunque sin saber por qué.

Me tendí a su lado y acerqué la boca a su oído. Tuve que colocar un brazo en torno a ella a fin de orientarme, pero no me importó.

—¿Está despierta?

Asintió, y su cabello me rozó la nariz. Luego le expliqué la situación y le dije la hora. Me preguntó si yo había dormido, a continuación hizo que cambiáramos de sitio y se sentó a vigilar mientras yo me sumía en un profundo sueño casi al instante.

La primera luz del día en mi cara y las lentas campanadas del reloj del Ayuntamiento me despertaron. Abrí los ojos y observé la mano de Julia a dos dedos de mi boca, dispuesta a cerrármela si yo empezaba a hablar. Alcé la cabeza y le besé la palma de la mano. Asustada, la retiró bruscamente y sonrió. Señaló hacia la

habitación contigua, luego se llevó un dedo a los labios y asintió. Yo seguía atento a las campanadas del reloj. Eran las siete. Cuando dejaron de sonar, percibí de nuevo lo que me pareció llevar toda la vida escuchando: el monótono rozar de papeles en la habitación contigua.

Nos acercamos en silencio a la puerta clausurada y nos sentamos como antes. A la luz del día —una capa de nieve reciente había surgido fuera, en el alféizar de las ventanas—, la habitación tenía un aspecto gris y miserable; salvo por eso, nada había cambiado. Carmody estaba sentado sobre el escritorio, pasando los documentos del cajón inferior del tercer archivador, según comprobé. Jake se había vuelto en el sillón para observarlo. Tenía un enorme bulto en la cabeza, del tamaño de un puño, el rostro macilento, los ojos enrojecidos, y debajo de éstos la piel le colgaba en múltiples arrugas. También tenía la boca ligeramente abierta. Debía de estar dolorido, pensé. Por el golpe que había recibido en la cabeza, tal vez, o por la incapacidad de cambiar de postura. Pero Carmody parecía igualmente cansado, pues miraba fijamente, con ojos somnolientos, y me pregunté si aún sería capaz de entender qué eran aquellas manchas borrosas que pasaban entre sus dedos. Ahora había cinco papeles encima del segundo archivador.

Era obvio que algo tendría que cambiar, y pronto. Bajo la nueva luz del día, muy blanca debido a la nieve que había caído, observé a Julia, a mi lado. Tenía aspecto de haber descansado, y sonrió. Sin embargo, por eso mismo, comprendí que ni ella ni yo podríamos seguir allí mucho tiempo. Y tampoco Carmody. Era posible que no le importara dejar a Jake Pickering tal como estaba, pero él no podía tardar en marcharse, aunque sólo fuera para conseguir algo de comida, y luego regresar. Si se iba, tendría que amordazar a Jake, imagino. Éste no se atrevería a gritar por miedo a recibir otro golpe en la cabeza, pero sin duda lo haría apenas Carmody se hubiese ido, hasta que alguien lo oyera y acudiera a investigar. Eso era algo que no tardaría en ocurrir, pues, por el continuo ruido que Julia y yo oíamos fuera, al otro lado de las ventanas, la ciudad estaba completamente despierta. El edificio también había cobrado vida.

En dos ocasiones, por el hueco del ascensor oí ruido de pasos que subían por las escaleras. Me pregunté qué debíamos hacer si Carmody se marchaba. No podíamos empujar las tablas que habíamos aflojado y pasar por el despacho de Jake sin que éste nos viera. Me eché hacia atrás, alejándome del portal, para mirar hacia abajo. El suelo de madera había desaparecido a mi lado y detrás de mí, y podía ver el pozo del ascensor hasta muy abajo, iluminado en cada piso por la luz que se filtraba a través de las ventanas que daban a la calle Nassau. Observé que habían quitado las vigas de cada piso por debajo de nosotros, de modo que no existía forma de que pudiéramos salir de allí por el hueco del ascensor.

Y yo estaba cansado. Me dolía todo a causa del tiempo que había permanecido

sentado o tendido sobre el suelo de madera. Estaba sediento y con hambre, y Julia debía de sentir lo mismo. Pero si había algo que pudiera hacerse aparte de seguir allí sentado, mirando hacia la habitación de al lado, no se me ocurría qué podía ser. Sencillamente, me repetía a mí mismo que pronto algo tendría que cambiar, que algo debería ceder, y en cuanto Julia me miró, le dirigí una sonrisa tranquilizadora.

Al cabo de media hora, aproximadamente, Carmody se interrumpió. Se puso de pie, movió los hombros e hizo girar la cabeza al tiempo que inclinaba el cuello para desentumecer los músculos. Luego miró a Jake con expresión inquisitiva y creí leerle el pensamiento: estaba preguntándose si se atrevería a dejarlo solo por un rato, y la mejor forma de hacerlo. Pero entonces se le ocurrió algo en lo que yo no había pensado: se volvió y empezó a registrar, uno tras otro, los cajones del escritorio de Jake. Yo ya los había registrado también, y recordé lo que iba a encontrar.

Metió la mano en el cajón de la izquierda, lo abrió, sacó la bolsa de papel, miró dentro, luego se volvió hacia Jake y sonrió. Se sentó en el escritorio y se comió las cuatro o cinco galletas blancas, al tiempo que mantenía la mano abierta debajo del mentón para recuperar las migajas, de las que al final también dio cuenta. En la manzana había algunos puntos blandos y marrones, pero aun así se la comió toda, incluido el corazón. No intentaba torturar deliberadamente a Jake, pero éste lo miraba, y cuando Carmody volvió a levantarse y se sacudió las últimas migas de las manos, estaba sonriendo. Abrió un cajón de un archivador, sacó la botella de whisky medio llena, quitó el tapón y se tomó un buen trago. Con el corcho todavía en la mano, miró reflexivamente a Jake por un momento.

—¿Quiere un trago? —preguntó.

Jake vaciló, luego se encogió de hombros, sin querer decir que sí y a la vez incapaz de rehusar. Carmody se acercó a él y, con cierto desdén, sostuvo la botella sobre los labios de Jake mientras lo observaba tomar dos tragos. Luego se la quitó. Seguidamente reanudó su trabajo y yo me estrujé la cabeza con ambas manos al tiempo que, impotente, me mecía hacia atrás y hacia delante.

Durante más de dos horas seguimos sentados en una especie de letargo. La nevada era más intensa y la nieve se apilaba en el alféizar de la ventana, adhiriéndose contra el cristal. Habíamos estado demasiadas horas sentados o tumbados sobre el suelo, y yo sabía que no podríamos resistir mucho más. La mayor parte del tiempo, Julia se lo pasó mirando al suelo, y lo mismo me ocurrió a mí. Al cabo de un rato, pasé un brazo por sus hombros e hice que se apoyara contra mí. Entonces se me ocurrió que a Jake Pickering se le veía en muy buena forma. Tenía mejor color ahora, probablemente a causa del whisky. Pero también había dormido más que cualquiera de nosotros y, aunque tuviera los brazos atados, éstos se hallaban protegidos por varias capas de ropa, aparte de que las correas que lo sujetaban eran planas y no se los entumecerían. Aun así, llevaba más de nueve horas sin poder moverse. Pensé que

debía de estar terriblemente incómodo, de modo que no pude por menos que admirar la calma de su voz cuando por fin habló.

Haría una hora o así que habíamos oído el reloj del Ayuntamiento dar las nueve y media, y de pronto, en un tono ligeramente falso en el que creí advertir cierto matiz de vacilación, comentó:

—Un financiero tiene que ser forzosamente hábil con los números. He aquí un problema para ponerlo a prueba. Si un hombre demora nueve horas y media en registrar dos archivadores y medio, ¿cuánto le llevará registrar trece archivadores?

Sin volverse hacia Pickering, Carmody interrumpió su tarea para escuchar, las manos inmóviles sobre los papeles comprimidos del cajón que tenía delante. Parecía una tortura bastante suave, y supuse que Carmody se limitaría a sonreír o a encogerse de hombros, contestaría amablemente y reanudaría su labor. Pero de pronto advertí que yo respondía automáticamente al «problema» planteado por Pickering, y pensé que tal vez Carmody hiciera lo mismo. Pareció reflexionar por unos instantes, y creo que una parte de la inevitable respuesta penetró en su mente: la forzosa comprensión de la inmensidad del trabajo que todavía le quedaba por hacer, el hecho de que la mareante concentración por la que había pasado sólo fuera el principio. Porque de pronto estalló. Miró a Jake, quien sonrió, y de inmediato se volvió de nuevo hacia el cajón, metió las manos dentro de éste y sacó un enorme fajo de papeles. Alzó los brazos, giró nuevamente hacia Jake y le arrojó a la cara la resbaladiza masa de documentos.

La fuerza del golpe hizo que Jake se balanceara en el sillón y los muelles de metal chirriaran. Los papeles cayeron en cascada sobre su pecho y sus hombros, aletearon hasta el suelo y se deslizaron sobre su regazo. Pero cuando Jake volvió a enderezarse, seguía riendo, y Carmody cogió el resto de documentos del cajón, un fajo enorme, se irguió, y descargó con él un fuerte golpe en la hinchada cabeza de Jake. Sin embargo, éste no dejaba de reír, lo cual enfureció todavía más a Carmody.

De un tirón sacó el cajón superior de uno de los archivadores, que cayó al suelo arrojando la mitad de su contenido, y se resquebrajó. A continuación pateó el cajón roto, desparramando lo que quedaba. Sacó otra media docena de cajones, a la velocidad que le permitía agarrar los tiradores, y todos crujieron con estrépito y se quebraron al golpear contra el suelo. Luego pasó por encima de aquel mar de papeles, pateándolos y desperdigándolos por toda la estancia. Se detuvo por un instante en medio de aquella lluvia de documentos, y, jadeando, miró alrededor con gesto de desesperación. Imagino que estaba buscando una forma de liberarse de aquellos papeles, porque de repente empezó a empujarlos con el pie hacia la puerta clausurada detrás de la cual estábamos nosotros. Después, de una patada, lanzó un fajo de documentos por debajo de la tabla inferior, los cuales pasaron ante Julia y ante mí. Oímos el aleteo de las hojas sueltas y a continuación el lejano golpe de la mayor parte

de ellos al chocar contra el suelo del sótano. De esta manera siguió empujando la mitad de los papeles por debajo de las tablas y enviándolos abajo por el hueco del ascensor, antes de que tuviera que interrumpirse para recuperar el aliento. Mientras lo hacía, miraba fijamente a Jake, con los hombros hundidos y la respiración anhelante, y en ningún momento éste dejó de sonreír.

Sin embargo, creo que aquella reacción espontánea y descontrolada había sido benéfica para Carmody, pues, en cuanto recuperó el aliento, también empezó a sonreír. Y entonces, curiosamente, por unos breves instantes hubo casi una especie de compañerismo entre los dos hombres. Carmody metió la mano en el bolsillo del abrigo que estaba sobre el escritorio, al lado del cajón del archivador, y sacó un cigarro. Empezó a llevárselo a la boca, pero se detuvo y miró a Jake durante un segundo. Luego le tendió el cigarro, Jake se inclinó hacia delante, mordisqueó la punta y la escupió al suelo. Sin dejar de sonreír, Carmody colocó el otro extremo del cigarro en la boca de Pickering al tiempo que preguntaba:

—¿Por qué diablos está riendo? —Se volvió para sacar un segundo cigarro, que guardaba en un estuche de piel, y mordió la punta mientras escuchaba la respuesta de Jake y asentía.

—Porque puede usted patear mis archivos por todo el edificio —dijo Jake—. Me dará mucho trabajo volver a ponerlos en orden, pero no podrá comérselos, Carmody. En algún lugar de este caos, aquí arriba, o abajo, en el hueco del ascensor, habrá un pequeño puñado de documentos que todavía van a costarle... ¡un millón de dólares! —Con el cigarro en la comisura de la boca, le dirigió una sonrisa torcida. Carmody asintió, sacó una enorme cerilla de madera y la encendió con pericia, utilizando la uña del pulgar. Sostuvo la llama ante el cigarro de Jake, quien dio varias chupadas hasta que en el extremo se formó un círculo rojo. Contemplar aquello antes de desayunar, hizo que se me revolviera el estómago.

Luego Carmody encendió su propio cigarro, pausadamente, disfrutando del proceso, tal como suelen hacer los fumadores de puros. Exhaló una redonda bocanada de humo azulado, luego se sacó el cigarro de entre los labios y, sosteniéndolo con la punta de los cuatro dedos y el pulgar, inspeccionó, satisfecho, el resplandor. Por un instante observó el extremo encendido cubrirse de ceniza, luego hizo girar la muñeca para apagar el fósforo, pero no lo hizo.

Contempló la llama, que ya había consumido la mitad de la cerilla, cuya negra cabeza se curvaba hacia abajo. La anaranjada llama seguía ardiendo, y Carmody deslizó el pulgar y el índice hacia el extremo de la varilla para evitar quemarse. Luego separó los dedos y la dejó caer.

La cerilla podía haberse apagado antes de llegar al suelo. O haber caído sobre la madera y extinguirse hasta apagarse. Pero el extremo carbonizado se rompió y fue a dar sobre una hoja de papel de seda. Se hizo el silencio, todo lo que se movía en la

estancia era la diminuta lengua de fuego; Carmody permanecía quieto, Jake inclinado hacia delante en su sillón, hasta donde le era posible, apretando el cigarro entre los dientes. Ambos miraban aquella cerilla. Un humo azulado se elevó de repente, y dio la impresión de que iba a apagarse. Pero no fue así; la pálida llama aleteó y se quedó inmóvil, y luego, súbitamente, surgió un círculo de bordes amarillentos en la superficie del papel, que de inmediato se volvió de color marrón. Luego creció, transformándose en un agujero irregular, un círculo que se expandía a medida que la llama lo quemaba. A continuación se oyó un leve chasquido, la llama enrojeció y saltó, y el documento empezó a arder. El círculo de fuego se hizo más grande y reptó hasta el borde de la hoja, rozó otra hoja de papel que se montaba encima de la primera, y ésta también prendió.

No recuerdo haberme levantado, pero Julia y yo estábamos de pie, ella sujetándome de la muñeca, con una expresión inquisitiva en los ojos. Vacilé, con la cara apretada contra una rendija. Si Jake o Carmody hubieran mirado en ese momento hacia la puerta clausurada, habrían visto nuestros pies y nuestros tobillos, cubiertos sólo con calcetines, asomar por debajo de la tabla inferior; sin embargo, ninguno de los dos miró. La llama crecía lentamente, deslizándose entre las hojas de papel, y comprendí que aún había tiempo de apagarla a pisotones, que con un hombro podía empujar las tablas y extinguir el fuego en unos segundos. Me puse los zapatos y Julia me imitó. Luego recuperé nuestros abrigos y los sombreros y nos los pusimos, sin apartar la mirada de las rendijas de la puerta. Me sentía alerta, dispuesto a entrar en acción en el instante en que el fuego fuese incontenible. Miré a Julia y sonreí; me di cuenta de que no estaba asustado sino receloso, y de que a ella le ocurría lo mismo.

Pero Jake estaba atado, indefenso. Pensé que intentaba contener las palabras apretando los dientes en torno al cigarro, pero no lo logró:

—¡Jesús! —exclamó—. ¡No! —Luego miró a Carmody con expresión de odio, pero también de súplica.

Carmody se volvió hacia él. Luego, fascinado, bajó la vista nuevamente hacia aquel círculo del tamaño de un plato que crepitaba levemente a medida que la llama se arrastraba.

—Ésta es la solución, ¿no? —susurró—. ¡Quemar sus malditos archivos! Es la forma de acabar con ellos. ¡Y ni se me había ocurrido!

—Carmody, por el amor de Dios. —La voz de Jake sonó serena, pero enseguida estalló—: ¡Desátame!

—¿Por qué? —No estaba martirizándolo, sino formulando seriamente una pregunta.

—No puede usted permitir una cosa así. ¿Qué me dice de la otra gente que hay en el edificio? ¡Desconocidos que nunca le han hecho nada!

—Escaparán —respondió Carmody—, hay muchas escaleras... Y el edificio ha

dejado de ser rentable. Potter se alegrará de verse libre de él... —Sonrió, recogió el abrigo de encima del escritorio y se lo puso.

Vi que las llamas aún podían apagarse fácilmente, sin duda, y esperé. Si Carmody se marchaba tendría que arremeter contra las tablas, pisotear la llama y desatar a Jake. Todavía confiaba en que no hablara en serio respecto a abandonar a éste. Y no lo hizo. Le hizo pasar unos momentos muy malos mientras se ponía el abrigo, luego sonrió.

—Voy a soltarle —dijo—. Dentro de un minuto. Saldremos gritando «¡Fuego!», y abandonaremos el edificio. Nadie sufrirá ningún daño.

Dicho esto, se quedó allí, esperando. Pero los papeles, que habían caído planos en el suelo y formaban una gruesa alfombra de hojas superpuestas, no ardían fácilmente. Para encenderse con rapidez necesitaban aire por debajo. Por unos segundos la llama se extendió formando un círculo casi perfecto, transformándose poco a poco en un óvalo de bordes chamuscados. Julia y yo permanecíamos quietos, en silencio, observando. Yo tenía muy presente que era de la mayor importancia que no interfiriese; tan pronto como ellos se marcharan, Julia y yo podríamos abandonar el lugar. Yo no estaba allí para alterar los acontecimientos, y mucho menos para salvar un edificio viejo y decrepito.

Pero Carmody fruncía el entrecejo con gesto de impaciencia. Así que se agachó, recogió un par de puñados de papeles y, tras estrujarlos y retorcerlos, comenzó a lanzarlos uno a uno a las llamas. Entonces, bruscamente, el fuego y el humo centellearon y crepitaron como una auténtica hoguera, y Carmody se acercó a Jake, cuyas manos estaban ocupadas en la hebilla, detrás del respaldo del sillón. Era todo cuanto yo necesitaba para no intervenir, y mientras Julia obedecía a la presión de mi mano sobre su hombro, abría los ojos, frenética.

En cuanto las correas se hubieron soltado, Jake saltó del sillón como impulsado por un resorte. Sin embargo, debido a que tenía los músculos entumecidos después de tantas horas de permanecer sentado, se tambaleó... ¡y cayó boca abajo sobre las llamas! Pero en realidad no cayó, sino que se lanzó sobre el fuego y empezó a rodar sobre él como un loco, con lo cual el olor a ropas y pelo chamuscados impregnó todo el despacho. ¡Iba a conseguir apagarlo! Carmody lo agarró entonces por un pie y un tobillo y lo arrastró sobre la espalda, apartándolo del fuego, mientras Jake sacudía los brazos y las manos en busca de algo donde sujetarse. De un tirón consiguió liberar una pierna, rodó sobre manos y rodillas y de nuevo se arrastró hacia las llamas, pero Carmody se le adelantó, lanzó una patada directamente al montón de papeles que ardían y los empujó por debajo de la tabla inferior de nuestra puerta. Julia y yo nos apartamos instintivamente, uno a cada lado, con lo cual los papeles en llamas pasaron entre los dos. Al instante oímos el rugido que hacían al cobrar nueva vida a medida que caían, y me volví a tiempo para mirar por el hueco del ascensor y ver que la bola

de fuego se estrellaba, se esparcía y menguaba por unos instantes; y luego la masa de papeles ardió en el fondo del hueco como si se hubiese producido una explosión. No hubo crepitación entonces, el fuego sonaba como el rugido de una catarata, y las llamas lamieron las paredes del pozo hasta un tercio de su altura. ¡Incluso percibimos el calor que empezaban a desprender!

No había forma de apagar aquello; ya no podíamos esperar por más tiempo. Apliqué el hombro izquierdo contra las tablas que clausuraban la puerta, empujé con fuerza apoyándome en la pierna derecha y me abrí paso, enviando las tablas sueltas por los aires dentro del despacho de Pickering. Cogí a Julia de la mano y pasamos por encima de las dos tablas de abajo, que aún seguían en su sitio. De rodillas en el suelo, Jake sujetaba por los pies a Carmody, que forcejeaba frenéticamente para mantener el equilibrio. Ambos volvieron la cara hacia nosotros y nos miraron asombrados. Por un instante quedaron inmóviles, formando un cuadro viviente: Carmody haciendo equilibrios sobre una pierna y Jake de rodillas, sujetándole la otra por el tobillo.

—¡Váyanse! —les grité—. ¡Tienen que abandonar este lugar! ¡Miren, por el amor de Dios! —Señalé hacia el hueco, al otro lado; no se veían las llamas, pero podía oírse el rugido del fuego, y percibirse el brillo tembloroso del aire caliente que se elevaba formando espirales. Entonces Jake tiró de la pierna de Carmody con todas sus fuerzas y el otro pie, apoyado sobre una resbaladiza capa de papeles superpuestos, salió disparado de debajo de él. Carmody cayó pesadamente al suelo, haciendo que el entarimado se estremeciera. Apoyándose en las rodillas, Jake saltó como una fiera sobre él y ambos rodaron por el suelo. Ignoro si Jake no habría entendido que el fuego había prendido en el fondo del pozo y no había forma de apagarlo, o si habría perdido toda capacidad para razonar al ver que estaba a punto de perder aquello en lo que había basado sus esperanzas. Pero fuera, en el pasillo, oí pisadas apresuradas, y en otra parte un hombre gritó: «¡Fuego!». Una frenética carrera de pasos sonó al bajar por las escaleras desde el piso de arriba, y una mujer soltó un chillido escalofriante. Hubo más gritos de «¡Fuego!», pero ahora quien contaba era Julia. Los que se peleaban en el suelo ya estaban avisados, eran libres de marcharse, de modo que me volví hacia la puerta, y advertí que Julia tiraba de mi brazo, intentando soltarse.

—¡Jake! —gritaba—. ¡Jake, por Dios! ¡Sal de aquí!

Yo la agarraba de la mano con tal fuerza que tuve miedo de quebrarle un hueso, así que la arrastré y abrí la puerta. A continuación, me puse detrás de ella, le sujeté la otra muñeca para impedir que se agarrara del marco, y a empujones la obligué a salir. Luego la obligué a recorrer el pequeño tramo del pasillo hacia las escaleras.

Por todo el edificio se oían chillidos y gritos de «¡Fuego!», pasos que resonaban y gente que llamaba a otros por su nombre. Sujetando a Julia de la muñeca con mi mano derecha, avanzaba medio paso por delante de ella, arrastrándola. Giré hacia las escaleras a toda prisa, atento a no tropezar. Pero de pronto, al agarrarme al pasamano,

frené bruscamente. Las escaleras estaban bien —podíamos ver el piso de abajo por encima de la barandilla—, así como el rellano y el siguiente tramo de escalones hasta el primer piso. Pero a partir de allí, y hasta la planta baja, las escaleras que subían junto al hueco del ascensor habían desaparecido por completo y en su lugar había una masa de sólidas llamas anaranjadas y espeso humo negro que subía serpenteando hacia nosotros. Un hombre en mangas de camisa, con la pluma todavía en la mano, y dos muchachas, con la falda recogida hasta la mitad de las piernas, retrocedían lentamente por la escalera en nuestra dirección, mirando fascinados la rugiente masa negra y anaranjada de abajo. De repente, giraron en redondo y subieron corriendo hacia donde nos encontrábamos.

Retrocedimos por los escalones delante de las llamas y luego echamos a correr por el largo pasillo que cruzaba a lo largo el edificio, en dirección a las escaleras que daban a Park Row. Julia intentó frenar al llegar al corto pasillo que se desviaba hacia el despacho de Jake, pero yo la sujetaba de la muñeca, y le grité que probablemente ya se hubiesen marchado. Luego proseguimos en dirección a la otra escalera que teníamos al frente. Pero, por rápidos que fuéramos, ya era demasiado tarde.

Al llegar allí nos asomamos sobre la barandilla y vimos que las escaleras de Park Row ardían desde la planta baja hasta la primera planta y las llamas subían peldaño a peldaño mientras las mirábamos. No había duda de que el incendio se había extendido por los pisos de abajo, y que toda la planta baja estaba en llamas. El hombre y las dos muchachas que venían corriendo detrás de nosotros habían seguido subiendo y, en el preciso instante en que volvimos la mirada hacia atrás, las llamas surgieron por las escaleras que habíamos dejado a lo lejos. Las lenguas de fuego eran muy altas y no tardaron en rozar la parte inferior del techo del piso de arriba, incendiándose también aquel tramo de escaleras. Entonces me di cuenta de que el suelo estaba muy caliente debajo de nuestros pies.

Agarré el pomo de una puerta que había a nuestro lado y que daba a uno de los despachos de la parte de Park Row. Estaba cerrada con llave. Giré sobre los talones y, con la mano de Julia todavía en la mía, corrimos por aquel pasillo a lo largo de una sucesión de puertas, hacia una que justo al final vimos abierta de par en par. THE NEW YORK OBSERVER, ponía en la puerta. Entramos corriendo y cruzamos una gran sala llena de escritorios de tapa corredera, mesas de madera y archivadores. Vimos una ventana abierta, cuya persiana verde batía con fuerza, y corrimos directamente hacia allí. Si existía alguna forma de salir de aquel edificio era a través de aquella ventana, e interiormente sentí un escalofrío de terror al recordar la fachada que daba a la calle; no había en ella ninguna repisa, sólo el alféizar de las ventanas, y estábamos en el segundo piso; es decir, a la altura de la tercera planta, y las tres con unos techos muy altos. Era impensable saltar desde allí.

Sobre la nieve nueva del alféizar había pisadas. ¿Habría subido alguien allí para

saltar? Me asomé y no vi a nadie chafado en la acera, pero observé que la gente se concentraba ya a lo largo de la pared oriental del edificio de Correos, que cruzaba la calle en diagonal, así como en la acera del parque del City Hall, justo frente a donde estábamos. La multitud aumentaba por momentos; observé que corrían por los senderos del parque para reunirse con los demás. En la calle, justo debajo de nosotros, se había detenido el primer carro contra incendios y dos de los bomberos corrían con una manguera hacia una boca de agua, mientras otro desenganchaba los caballos. Las campanas no paraban de sonar, y por Park Row surgió otro carro de cuya chimenea de latón, ubicada detrás del conductor, salía una estela de humo blanco; el par de caballos iba a todo galope, las crines al viento, los cascos echando chispas. A lo lejos, al otro lado del parque por Broadway, un carro de bomberos de los que transportaban escaleras, tirado por cuatro caballos grises, giró bruscamente en un ángulo obtuso al doblar hacia nosotros por la calle Mail.

Capté todo esto en una fracción de segundo, luego volví a mirar el alféizar de la ventana y vi el letrero que en otra ocasión había leído desde la calle, el del THE NEW YORK OBSERVER, debajo mismo de la repisa. Por el borde inferior estaba sujeto a la pared, pero el superior se hallaba separado unos treinta centímetros, y estaba unido a ésta mediante unos alambres oxidados. Yo ignoraba si podría aguantar nuestro peso, pero de todos modos sabía que no estaba hecho para eso. Tal vez soportase el peso de Julia, de modo que tendría que ir ella primero, antes de que mi peso aflojara el rótulo o lo soltara.

—¡Sal, Julia! —dije—. Súbete al letrero y arrástrate hasta el edificio del *Times*.

Pero ella palideció, cerró los ojos y negó con la cabeza. Comprendí que le sería imposible arrastrarse sola por aquel letrero; había personas que, sencillamente, no soportaban el miedo a caer. Yo había cerrado la puerta del despacho para impedir que el fuego entrara, y al volverme hacia allí vi que el negro humo empezaba a filtrarse por debajo.

No teníamos elección, de modo que me subí al alféizar de la ventana y me acuclillé. Bajé el pie izquierdo, lo apoyé sobre el borde superior del letrero inclinado y luego, poco a poco, trasladé a él mi peso. El letrero resistió, así que me sujeté al antepecho de la ventana con las manos y apoyé el pie derecho en el canalón que formaba el letrero al juntarse con el edificio. A continuación me levanté lentamente, me solté de la repisa y apoyé todo mi peso en el letrero. El viento lanzaba afilados copos de nieve contra mi cara y mis ojos y, ridículamente, a pesar del horrible miedo a que el letrero se soltara, me alegré de llevar el gorro de pieles y el abrigo. El letrero chirrió pero aguantó, y me volví hacia la ventana abierta que tenía a mi lado. Envuelta en su abrigo oscuro y aún con su sombrerito, Julia parecía petrificada, y me miraba fijamente. Antes de que pudiera retroceder, tendí la mano derecha, la agarré de la muñeca y tiré con tal fuerza y celeridad que se vio obligada a subir la rodilla

sobre el alféizar de la ventana para no verse arrastrada por encima. Seguí tirando de Julia hacia mí, y, para no caer, tuvo que levantar la otra rodilla. Yo seguía tirando — ahora con pequeñas sacudidas—, y finalmente ella, sólo para evitar caer de cabeza, pasó las piernas por encima del alféizar y quedó frente a mí, medio de pie y medio agachada encima del letrero del THE NEW YORK OBSERVER, con una mano ante los ojos para protegerse de la nieve. Advertí que un pequeño tirabuzón del alambre se tensaba justo delante de Julia y me apresuré a gritar:

—¡No mires abajo! ¡No bajes la vista! ¡Limítate a avanzar!

La empujé y luego, medio agachados, cada uno con el pie izquierdo en el borde superior del letrero y el otro en el canalón, y la mano derecha apoyada en la fachada del edificio, nos arrastramos hacia el edificio del *Times* que teníamos en frente; el viento gemía alrededor de nosotros, la nieve y el agua congelada nos azotaba la cara.

El edificio en llamas y el del *Times* estaban contruidos pared por pared y ambos se tocaban, o casi, dado que entre los dos sólo había menos de cinco centímetros. Pero esas dos paredes servían como un sólido muro de mampostería doble, sin puertas ni ventanas, que funcionaba a la perfección contra los incendios. No se veía la menor señal de que hubiera fuego en el edificio que teníamos delante. Sin embargo, directamente desde abajo, mientras avanzábamos por encima de la calle, una corriente de calor pasaba por nuestro lado, parcialmente desviada por la V que formaba la inclinación del letrero. Julia avanzaba más lentamente que yo, debido a que la ropa que llevaba dificultaba sus movimientos, y me veía obligado a detenerme, momentos en que era consciente de la calle y del parque. Las campanas de los bomberos no habían parado de sonar, y en aquellos momentos, a través de la niebla formada por la nieve que caía, atisé justo encima de la chimenea de un carro de bomberos, que lanzaba chispas al aire. Vi que unos bomberos corrían acarreado escaleras, y a otros que, por parejas, sostenían unas mangueras de cuyas lanzas de latón salían gruesos chorros blancos en dirección al edificio en llamas; la nieve empezaba a blanquear los impermeables de goma negra. La policía desplegaba largas tiras de cuerda obligando a la gente a apartarse de la calle y subir a la acera al otro lado de Park Row. La multitud concentrada en torno al parque era mucho más densa ahora, y, desde donde yo estaba, semejaba una sólida masa oscura. Curiosamente para mí, entre la gente había muchos paraguas abiertos contra la nieve y, por alguna extraña razón, la visión de aquellos paraguas negros hizo que me diese cuenta de la altura a la que me encontraba. Aparté la vista de la gente y a lo lejos, más allá del parque, por la calle Chambers, divisé una ambulancia negra tirada por un solo caballo y con una cruz blanca en un lateral, que corría hacia nosotros desde el oeste. Me pareció oír su campana y vi al conductor que, inclinado hacia delante, fustigaba al caballo, que avanzaba al galope. Luego se esfumó por detrás del Palacio de Justicia.

Invertí un par de segundos en ver todas esas cosas, y Julia no había adelantado

más de un metro. Miré hacia atrás y abajo antes de seguir tras ella; las llamas eran muy altas y el humo salía rodando y se enroscaba en la parte superior de las ventanas que yo veía en la planta baja, así como en algunas del primer piso. El hombre y las dos muchachas que habían corrido detrás de nosotros por el pasillo se apretujaban de pie en el alféizar de una ventana de la segunda planta; él rodeaba con los brazos los hombros de las muchachas, impidiéndoles bajar al letrero en que nos hallábamos, consciente sin duda de que éste se soltaría y caería bajo el peso de una persona más. Vio que yo los miraba y me apremió para que siguiera.

Avancé arrastrándome, intentando darme prisa, pero un cable de sujeción se enredó en uno de mis pies y oí una vibración y un chasquido detrás de mí. Sentí que el letrero protestaba y se estremecía bajo mi peso. En ese instante una mujer soltó un chillido, muy cerca, y pensé que había sido Julia. Pero advertí que había llegado desde arriba, de modo que alcé la mirada, sin dejar de avanzar. Las puntas de unos zapatos sobresalían del alféizar de una ventana directamente encima de mí, y tuve que inclinar la cabeza hacia la calle para mirar hacia lo alto. En la repisa había una mujer; estaba aterrorizada, y debajo de su ventana no se veía letrero alguno.

De pronto, Julia se paró, acurrucada e inmóvil en el borde mismo del letrero, y yo me incliné por encima de ella para atisbar la calle y averiguar por qué se había detenido. Los pisos del edificio del *Times* eran algo más altos, de modo que el letrero que había debajo de las ventanas de la segunda planta colgaba ligeramente por encima de la nuestra; vi que, además, era corto, que ocupaba el largo de dos ventanas, y que rezaba J. WALTER THOMPSON, AGENTE PUBLICITARIO. Entre los dos letreros había un boquete de unos cincuenta centímetros, y Julia se acurrucó en el extremo del nuestro, paralizada, incapaz de dar el paso necesario para cruzar el espacio sobre el vacío.

Nuestro letrero empezó a vibrar violentamente y volví la cabeza hacia atrás. Una de las chicas del alféizar de la ventana había apoyado un pie en nuestro letrero y se disponía a bajar, presa del pánico. En el instante en que lo hiciera, el cartel se soltaría y caería; estaba seguro de eso. Julia también miró hacia atrás, y vio y entendió lo mismo que yo. De pronto se incorporó y —habría jurado que con los ojos cerrados— elevó el pie derecho por encima del boquete. Aquél golpeó contra la pared del edificio del *Times* y a continuación se deslizó dentro del canalón que formaba el letrero al unirse con la pared. Luego levantó el pie izquierdo y lanzó el cuerpo por encima del boquete, al tiempo que con el pie tanteaba el borde superior del otro letrero. Por nada del mundo querría volver a presenciar un momento como aquél: ver cómo el pie de Julia se precipitaba hacia el montoncito de nieve acumulada sobre el canto de aquel cartel, consciente de que si fallaba caería por encima de éste. Pero posó el pie, lo hizo deslizarse sobre la nieve resbaladiza y luego apoyó la mano derecha contra la pared del edificio del *Times* y todo su cuerpo osciló mientras recuperaba el

equilibrio. Medio agachada y medio caída hacia delante —a pesar del miedo aún recordaba que yo iba detrás— siguió avanzando, dejándome espacio para que yo también pasara.

Pero no lo hice. Me arrastré hasta el borde del letrero donde estaba y esperé. No estaba seguro de que el letrero de Julia resistiera el peso de ambos, pero sí que el nuestro lo había soportado. Volví una vez más la cabeza y vi que sólo una de las chicas había bajado, y que avanzaba hacia mí. Julia ya había llegado a la primera ventana y, antes de que tuviera tiempo de preguntarme si estaría abierta, por ésta salieron los brazos de un hombre cubiertos por las mangas de una chaqueta, cogieron a Julia por las axilas, la alzaron del letrero y un instante más tarde vi sus pies desaparecer por la ventana.

Entonces me incorporé, pasé a través del boquete y avancé rápidamente hacia la misma ventana. Al llegar a ella volví la mirada hacia atrás y entre la nieve vi que la segunda muchacha había bajado al letrero y avanzaba por él, pero que el hombre seguía en el alféizar, sobre el que de vez en cuando salía alguna que otra llamarada. El calor debía de ser terrible allí. Le hice un leve gesto de saludo y sonreí, con la esperanza de infundirle valor. Era un hombre con una fuerte disposición de ánimo. Luego me acerqué a la ventana, el mismo hombre —joven, con barba— me ayudó a entrar, y tanto Julia como yo estuvimos a salvo.

Rodeé la cintura de Julia con un brazo y sonreí, y ella me abrazó al tiempo que apoyaba la cabeza en mi pecho. Luego alzó la mirada hacia mí, sacudió la cabeza y dejó escapar un sonido que era a la vez risa y sollozo de alivio.

—Gracias, Dios mío... —murmuró—. Gracias, Dios mío...

Tendí la mano libre hacia el hombre que nos había ayudado a entrar y me presenté. Se llamaba Thompson, y aquél era su despacho. Era una estancia bastante grande, en la que había un buró, dos sillones y un archivador de madera, una mesa de dibujo y un montón de anuncios de una columna de periódico, en los que sólo aparecía el texto, clavados con una chincheta en un tablero de corcho. Había otros dos hombres, que sonreían, y reconocí a uno de ellos: era el doctor Prime, del *Observer*, el hombre que me había enviado a ver al portero del otro edificio días atrás. El y el hombre que había a su lado, me dijo, habían logrado escapar arrastrándose por el letrero, como nosotros.

Thompson regresó a la ventana para ayudar a entrar a la primera de las muchachas que nos habían seguido por el cartel, y Julia y yo aprovechamos para irnos. Avanzamos por el pasillo hasta la escalera y un hombre en mangas de camisa, que forcejeaba para ponerse la chaqueta, corrió hacia nosotros y nos llamó cuando nos disponíamos a bajar. Era un reportero del *Times*.

Nos preguntó si éramos de los que habían escapado del edificio en llamas por el letrero del *Observer* y contesté que no, que todos estaban en el despacho de

Thompson. Luego Julia y yo corrimos escaleras abajo hasta la calle.

Salimos al viento y a la nieve que caía sesgada, y al instante una voz nos gritó, colérica. Alcé la vista y descubrí que un bombero subido en su carro nos hacía señas con vehemencia de que cruzáramos la calle. Los carbones al rojo vivo de la gran caldera de bronce circular filtraban ininterrumpidamente sus cenizas sobre la nieve, que se fundía entre las grandes ruedas rojas.

Antes de que pudiéramos movernos, unos cinco hombres pasaron directamente por delante de nuestro portal, acarreando un par de escaleras extensibles de un vehículo que se hallaba aparcado en el lado norte. Uno de aquellos hombres, de mediana edad y rostro airado, tocado con una chistera que llevaba atada con una bufanda azul, me gritó en plena cara al pasar:

—¡Ayúdenos!

Julia y yo corrimos a su lado, ellos apoyaron la escalera en el suelo y yo los ayudé a acuñarla contra el edificio incendiado y a elevar la extensión. Mientras la izábamos, a través de un sistema de poleas y cuerdas incorporado a la misma escalera, levanté los ojos y vi lo que estábamos haciendo.

Tres hombres en mangas de camisa y chaleco, uno de ellos con visera verde, aguardaban de pie en el alféizar de tres ventanas contiguas del tercer piso, y nos miraban atentamente a través de la cortina de nieve. El hombre de la ventana más próxima al edificio de al lado estaba dominado por el pánico: agitaba violentamente los brazos mientras gritaba frases ininteligibles.

Nuestra escalera era demasiado corta. Apoyada entre un par de ventanas, tocaba la pared justo encima del segundo piso, muy por debajo de los tres hombres del tercero. Yo no sabía qué hacer, y miraba frenéticamente a mi alrededor. A poco más de cinco metros a mis espaldas, Julia contemplaba desde la calle el edificio en llamas, y hubo algo en su expresión que me impulsó a correr a su lado y mirar en la misma dirección que ella. Entonces vi toda la fachada del edificio.

Conservo, y creo que siempre lo conservaré, un ejemplar del *New York Times* de la mañana siguiente, 1 de febrero de 1882. La primera página, y parte de la segunda, está ocupada por un reportaje de aquel horrible incendio. No voy a narrar ahora lo que Julia y yo vimos, sino que prefiero citarlo directamente del periódico.

... las ventanas de arriba estaban llenas de formas vivientes. Aterrorizados rostros de hombres y mujeres atisbaban entre el humo a los miles de personas que había abajo, tendían las manos pidiendo ayuda y gritaban con todas sus fuerzas que los rescataran. [Toda mi vida recordaré cómo tendían sus manos.] La mezcla de humo y fuego daba a sus rostros una apariencia sobrenatural, y sus chillidos, mezclados con el rugido del fuego y los roncós gritos de los bomberos, llegaban como voces de ultratumba a los oídos de las gentes que se

apiñaban abajo. Los bomberos hacían todo lo que podían, arriesgando intrépidos sus vidas en el esfuerzo por salvar a las víctimas que habían quedado atrapadas. Pero sus movimientos, por rápidos que fueran, parecían demasiado lentos a las criaturas que se asfixiaban en el edificio incendiado. Debido a la celeridad con que el fuego se había extendido, era imposible llegar a ellas por la escalera. De modo que los bomberos trajeron escaleras de mano, pero éstas sólo llegaban al segundo piso, y se consumió un tiempo precioso al añadirles escaleras más cortas a fin de incrementar su longitud. Mientras tanto, los que se habían quedado atrapados en el edificio veían la muerte avanzar progresiva e inexorablemente por detrás, y que los preparativos que desde fuera se hacían para salvarlos parecían interminables...

Julia soltó un grito y se tapó la boca con la mano. El hombre dominado por el pánico se había arrojado al vacío, y, mientras caía, su cuerpo giraba lentamente en un salto mortal completo, batiendo instintiva y furiosamente las piernas en el aire, en busca de un sitio inexistente donde afirmar el pie. Todos volvimos la cabeza a un lado en el instante en que se estrelló contra la acera.

Desde el edificio contiguo, dos bomberos corrieron hacia nosotros transportando una mesa de madera. El colérico hombrecito de la chistera seguía gritando al tiempo que me hacía señas, y corrí de nuevo hacia la escalera. Todos nos agachamos, agarramos los dos largueros, levantamos la escalera y avanzamos de lado, con paso vacilante, para deslizar la parte superior contra la pared del edificio, hasta que quedé por debajo de las dos ventanas, entre los otros dos hombres que aguardaban acurrucados. Las temblorosas llamas empezaban a salir con fuerza por la parte superior de aquellas ventanas, y de vez en cuando brotaba algún que otro torbellino de humo. Los bomberos habían llegado a nuestro lado y empujaron la mesa debajo de los largueros de la escalera, tras lo cual depositamos encima el extremo de los largueros y alzamos la cabeza hacia la fachada del edificio.

El extremo superior de la escalera estaba más cerca de aquellos dos hombres, aunque todavía muy por debajo de ellos... Sin embargo, bajo las dos ventanas había un letrero, que yo no podía leer a través de la nieve y del humo que salía de las ventanas de abajo. De pronto uno de los hombres apoyó los pies sobre el letrero, se deslizó hasta el punto donde estaba la escalera, se volvió de cara a la pared, se colgó del borde superior del letrero y bajó a pulso, sacudiendo las piernas hasta que encontró el peldaño superior. Entonces se soltó, dobló las rodillas, se agarró a los largueros y descendió tan rápido como pudo. Mientras tanto, el hombrecito encargado del rescate no paraba de gritarle al otro individuo:

—¡Estará a salvo en un momento! ¡Mantenga la calma!

A continuación, el segundo hombre alcanzó la escalera como el primero y, a medida que descendía, el hombrecito de la chistera sonreía y nos estrechaba la mano.

—Soy Anthony Comstock —decía—. ¡Mis más sinceras gracias! ¡Que Dios los bendiga!

Los dos bomberos aguardaban, sin soltar la escalera, y en el instante en que el hombre saltó al suelo, empezaron a bajarla. Nos dieron las gracias y nos dijeron que cruzáramos al otro lado de la calle antes de que resultáramos heridos. Corrimos por Park Row, nos agachamos para pasar por debajo de la cuerda que la policía había colocado a fin de mantener a la gente en el parque del City Hall, y luego volvimos la mirada hacia el otro lado de la calle.

Oí que Julia emitía un extraño sonido: estaba llorando, y giró lentamente la cabeza para no ver el edificio en llamas. Dudo que el mundo moderno pueda contemplar alguna vez una imagen como aquélla. Sólo las paredes exteriores del edificio eran de piedra; todo el interior —suelos, marcos de ventanas, puertas— era de madera, así como el mobiliario de los despachos y oficinas. Incluso las paredes y los techos eran de listones de madera cubiertos de estuco. Además, con el paso de los años aquella construcción se había convertido en pólvora seca. En la planta baja, el fuego literalmente había explotado, y había ascendido por los dos tramos de escalera hasta el piso de arriba. En aquellos momentos, unas anchas lenguas de fuego brotaban frenéticas, altas y rojas, por todas las ventanas de la planta baja y de la primera planta; en realidad, daban la sensación de querer escalar todavía más. Junto con las llamas, salía, en espiral, una densa y grasienta humareda que se deslizaba por el marco superior de las ventanas. El viento la empujó a ráfagas por Park Row, y por un instante interminable las llamas se doblaron bajo el impulso del viento, titilaron y se estremecieron, luchando por permanecer erguidas y volver a adherirse a la fachada.

Siempre que cierro los ojos y lo recuerdo, veo el horrible color de aquel incendio: la oscura y tiznada fachada del viejo edificio, la espantosa mezcla anaranjada, roja y negra de las enormes llamas y del humo que se extendía rodando, la roja telaraña de las escaleras de mano, la gente en las aceras, todos de blanco y negro a excepción de una muchacha que llevaba un largo y alegre vestido verde, y la escena adquiere en mi memoria un aspecto extraño, de pesadilla o ensueño a través de la blanca cortina de la nieve.

Éramos miles los que mirábamos formando una hilera en el borde del parque y a lo largo del muro oriental del edificio de Correos, de pie en medio de un silencio sólo roto por el monótono rumor de los motores, los gritos de los bomberos y los agudos chillidos de aquellos que aún estaban en los alféizares de las ventanas. Los del segundo piso fueron rescatados rápidamente, aunque en aquellos momentos las ventanas que daban sobre el letrero del *Observer* eran pasto de las llamas. Los últimos del segundo piso ya bajaban por su cuenta o los ayudaban a hacerlo. Una

muchacha colgaba flácidamente sobre el hombro del bombero que la llevaba, y sus brazos oscilaban inertes a lo largo de la espalda del hombre. De pronto, la multitud soltó un gemido. Algunas de las escaleras extensibles eran lo suficientemente largas para llegar hasta el tercer piso, pero como las extensiones se elevaban más arriba de la segunda planta, la maraña de cables de telégrafo que colgaban sobre la acera chocaban contra los largueros de las extensiones. Sin cambiar de sitio la base de las escaleras, hasta quedar pegada casi a la fachada del edificio, la parte superior nunca conseguiría superar aquella barrera.

Media docena de bomberos habían levantado una de las escaleras y, utilizándola como un ariete vertical, trataban de hacerla pasar entre los cables por la fuerza. Los delgados hilos negros se tensaron, se rompieron y cayeron, balanceándose libremente, y la parte superior de la escalera penetró a través de ellos. Dos escaleras más se forzaron de este modo, y la gente comenzó a bajar por ellas, desapareciendo a veces en medio del humo. Pero algunos no consiguieron pasar, y vimos que un hombre, y luego una mujer, se colgaban de la ventana y, al grito del bombero que aguardaba en lo alto de la escalera, saltaban sobre ella, mientras aquél afirmaba las piernas en los travesaños, a la espera de sujetar a los que saltaban.

En una repisa del cuarto piso había dos hombres. De pronto, el cristal de la ventana estalló y una bola de humo con manchas rojas pasó entre ambos. Vi que los fragmentos de cristal salían disparados hacia el centro de la calle, culebreaban y caían, reflejando la luz a medida que se confundían con la nieve que flotaba en el aire. Al desaparecer las ventanas, el calor era excesivo, y los faldones del chaqué de uno de aquellos dos hombres empezó a arder y a humear. De inmediato, los dos se pusieron de rodillas, se situaron de cara al edificio, se colgaron del alféizar de la ventana y comenzaron a agitar los pies en busca de un apoyo en el saliente de los adornos de la fachada por encima de las ventanas del tercer piso. Pero también por éstas salía fuego, y estoy seguro de que aquellos infortunados habrían muerto en cuestión de segundos debido al calor y a los gases de la combustión si uno de los bomberos no los hubiese visto y hubiera dirigido hacia ellos el chorro de la manguera con que intentaba apagar las llamas que salían por las ventanas del segundo. Siguió así, alternando el chorro entre los dos hombres y las ventanas de la segunda planta, hasta que desde abajo consiguieron forzar el paso de una de las escaleras. Un bombero subió por ella y, debió de gritarles, porque uno de los dos hombres se desplazó unos treinta centímetros, cambiando una mano tras otra, y luego se dejó caer encima de la escalera, aterrizando justo debajo del bombero. Debió de hacerse daño, e incluso puede que se dislocara o se fracturara algo, porque bajó con dificultad, aunque con vida. El segundo hombre también se balanceó en el aire y se dejó caer sobre la escalera.

Todo esto ocurrió en cuestión de segundos, después de que pasáramos por debajo

de la cuerda de contención de la policía. Entonces Julia me agarró del brazo y lo sacudió.

—¡Jake! ¡Jake! —me gritó al oído—. ¡Tal vez esté en una ventana! ¡En el lado de la calle Nassau!

La verdad era que me había olvidado por completo de Jake y de Carmody; los había borrado de mi mente. Pero Julia dio media vuelta y yo la seguí, forcejeando para abrirme paso entre la gente. Conseguimos salir y corrimos junto a la línea irregular que formaban las espaldas de la multitud a lo largo del parque, y en la calle Mail cruzamos hacia el edificio de Correos. Allí volvimos a abrirnos paso entre la gente hasta llegar a las primeras filas. Los había que murmuraban, volviéndose a mirarnos al pasar de costado por su lado, y algunos incluso me maldijeron. Por fin conseguimos ubicarnos junto al bordillo, pero la cuerda de contención nos impedía pasar. Desde allí no sólo veíamos la cara del edificio que daba a Park Row, sino también la que daba a la calle Beekman.

De repente estalló una ventana del cuarto piso en Park Row, próxima a la esquina con Beekman, y los cristales saltaron por el aire. Tras ella algo pareció moverse, y al instante una mujer subió con dificultad al alféizar. Tenía la cara negra —a causa del humo, pensé al instante—, pero entonces distinguí una mancha roja encima del oscuro rostro, y me di cuenta de que se trataba de un pañuelo, con el que se cubría la cabeza. Aquella mujer era la negra Ellen Bull... La mujer de la limpieza que días atrás me había indicado dónde podía encontrar al portero. De pie sobre el alféizar de la ventana, empezó a sacudir violentamente los brazos; quizá lo hiciera presa del pánico, pero pienso que tal vez tratara de aliviar algo el terrible calor que salía a sus espaldas, ya que casi de inmediato las llamas brotaron por allí y envolvieron su largo vestido gris. La mujer se dejó caer de rodillas, se volvió, se deslizó por la repisa y quedó colgando de las manos, el cuerpo balanceándose en el aire. De la ventana del tercer piso, debajo de ella, aún no salían llamas, y el cristal estaba intacto, pero no había ningún sitio donde apoyar los pies. A nuestra izquierda, dos hombres pasaron por debajo de la cuerda de contención y echaron a correr hacia una carreta estacionada al otro lado de la calle Mail; se había visto atrapada por el lío del incendio, nos explicó una mujer que había a nuestro lado, aunque el dueño se había llevado los caballos por el parque. Aquellos dos hombres desataron y luego arrancaron un sucio toldo de lona de la carreta, y a continuación lo arrastraron por Park Row. Cinco plantas por debajo de los oscilantes pies de Ellen Bull, empezaron a tensar la lona... Una docena de hombres que estaban detrás de la línea de contención de la policía, en la esquina de la calle Beekman, pasaron por debajo de la cuerda y corrieron a ayudarlos. Pero no había nadie al mando. Los veíamos gritarse los unos a los otros, hacer gestos y tirar de la lona. Al final consiguieron tensarla, y se hacían señas mientras tomaban posición, pero ninguno miraba hacia arriba cuando las manos

de Ellen Bull se soltaron y la mujer cayó.

Un terrible gemido se elevó de la multitud, y los hombres que sostenían la lona miraron hacia lo alto a la vez que intentaban correr para colocarse, pero ella pasó por su lado, y desde donde estábamos pudimos oír claramente el horrible sonido que hizo al chocar contra el suelo. La gente dejó escapar un suspiro de desesperación, y una mujer que estaba cerca de nosotros se cubrió el rostro con las manos enguantadas, se dobló sobre sí misma, los codos hundidos en el vientre, se desmayó y cayó de lado, aunque no tocó el suelo debido a la presión que ejercía la multitud en torno a ella. Los hombres que habían intentado salvar a Ellen Bull la colocaron encima de la lona, luego la arrastraron a lo largo del edificio y la entraron en el del *Times*. Al día siguiente, este periódico informaría que la habían llevado al hospital de la calle Chambers, donde falleció una hora después.

En la calle Beekman, un anciano colgaba de una ventana del tercer piso [informa mi ejemplar del *New York Times* del miércoles 1 de febrero de 1882, aunque en aquel momento Julia y yo lo estábamos viendo en medio de la gente enmudecida] y las atentas manos de los bomberos izaron una escalera para llegar hasta él. El hombre se sujetaba con todas sus fuerzas, pero las llamas eran más fuertes que él. Se las veía brotar con violencia por la ventana de la cual colgaba el anciano. Los bomberos estaban a punto de llegar a su lado cuando de pronto un ronco gemido escapó de miles de gargantas. Habían visto que el hombre soltaba una mano y su cuerpo se estrellaba pesadamente contra el adoquinado de abajo. El anciano era Richard S. Davey, quien trabaja de cajista en *El Escocés Americano*. Fue trasladado, inconsciente, al hospital de la calle Chambers, donde al cabo de poco la muerte le alivió de mayores sufrimientos.

Con el rabillo del ojo vi que Julia se volvía hacia mí, y cuando la miré observé que estaba blanca como la cera y tenía los ojos desmesuradamente abiertos.

—Nosotros podríamos haberlo evitado —murmuró como si reflexionara. Luego me cogió del brazo con ambas manos y me sacudió con tanta violencia que me tambaleé—. ¡Pudimos haberlo evitado! —exclamó furiosa, y me miró fijamente. Luego se volvió, susurrando—: Nunca me lo perdonaré...

Yo no sabía qué responder, y deseé estar muerto. Tenía que ponerme en movimiento, hacer algo, emprender alguna acción contra lo que estaba pasando. En la línea de policías que acordonaban la zona, el más cercano a nosotros estaba, como sus compañeros, de cara a la multitud, con su abrigo azul hasta las rodillas y el casco de fieltro. Pero, también como los demás, de vez en cuando se volvía para mirar por encima del hombro el edificio en llamas al otro lado de la calle. Esta vez, cuando lo

hizo levanté la cuerda, empujé a Julia para que pasara y la seguí. Corrimos entre la nieve y los helados chorros de agua que salían de la unión de las mangueras con las bocas de incendio. Al llegar al otro lado oímos que los agentes nos maldecían, pero pasamos por debajo de las cuerdas, nos metimos entre la multitud y nos abrimos paso hasta la esquina de la calle Beekman. Allí podíamos oler el humo, oír el chisporroteo y el rugido de las llamas, y, cuando corría una ráfaga de viento, incluso percibir el calor. Llegamos a la esquina junto al edificio del *New York Evening Mail*, luego proseguimos por la calle Beekman hasta Nassau, a menos de una manzana hacia el este. Sabía que Julia pensaba encontrar a Jake allí... Y entonces tuve ocasión de hacer algo.

A la mañana siguiente, en el reportaje del *Times* se leería este párrafo:

Cuando la excitación se hallaba en su punto más alto, Charles Wright, un joven limpiabotas muy conocido entre quienes trabajan en la plaza de la Casa de la Prensa, alzó la mirada hacia el edificio en llamas y vio que en las ventanas del cuarto piso tres hombres gesticulaban con furia. Desde una de aquellas ventanas colgaba una cuerda que iba hasta uno de los postes de telégrafo en la esquina opuesta de la calle Beekman, donde habían tendido una pancarta durante las últimas elecciones. A Wright se le ocurrió al instante que aquella podía significar una vía de escape para los tres hombres, y un segundo después puso en práctica su plan. El poste de telégrafo estaba resbaladizo a causa de la nieve y el hielo, pero una docena de brazos corpulentos auparon al muchacho hasta que alcanzó los pequeños salientes que sirven de base para apoyar el pie a los instaladores de las líneas telegráficas.

El *Times* no lo explicaba con total exactitud. El muchacho —un chico de color, para ser exactos— se dirigió hacia el poste, trepó aproximadamente medio metro, pero una capa de hielo le impidió seguir. Entonces gritó:

—¡Ayúdenme a subir!

Todos los que estábamos cerca del poste comprendimos cuál era su intención, y me agaché con la espalda pegada al poste. Él colocó los pies sobre mis hombros y entonces me levanté, empujándolo más arriba. Dos hombres se situaron uno a cada lado, deslizaron una mano entre mis hombros y los pies del muchacho, y lo levantaron un metro o tal vez más, y de este modo consiguió alcanzar el primero de los tacos de madera para apoyar el pie.

Según la propia expresión del joven, se «aupó» por el poste de telégrafo hasta llegar a la cuerda. Tardó un momento [en realidad fue bastante más que

un «momento», ya que se demoró un minuto o puede que más] en desatar la cuerda del poste, y dejó que cayera hacia el edificio en llamas. Los tres hombres del cuarto piso se agarraron a aquella cuerda y se deslizaron por ella, uno detrás del otro, hasta llegar al suelo, aunque con las manos seriamente desolladas a causa de la fricción del descenso. El joven Wright fue recibido con vítores al bajar y se convirtió en el héroe de la jornada. Pero, de no haber sido por su oportuna intervención, es indudable que los hombres a quienes salvó habrían muerto antes de que les llegara cualquier clase de ayuda.

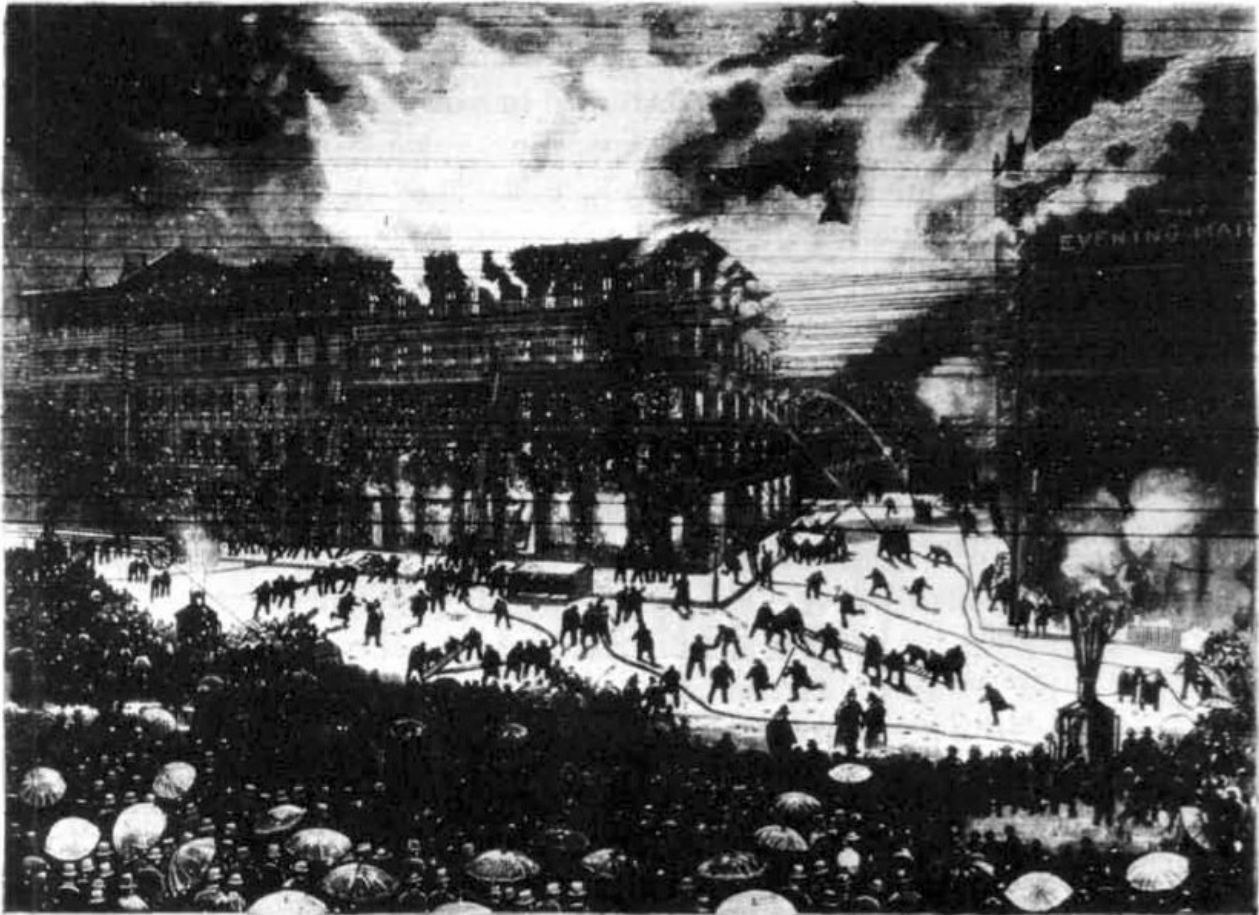
Esta parte del reportaje es absolutamente cierta. Fue maravilloso ver cómo aquel cable chocaba contra el lateral del edificio en cuanto el muchacho lo soltó, y cómo luego quedaba colgando a medio metro de la acera, y cómo el primero de los hombres se aferraba a él y éste resistía, observar cómo ninguno de los otros dos perdía la cabeza y aguardaba hasta que el que lo precedía llegaba al suelo. Aunque se deslizaron con excesiva rapidez, y eso les abrasó las manos. También es cierto que vitoreamos a Wright en cuanto bajó del poste. Yo saqué un billete de diez dólares de mi cartera y se lo di, y otros seis hombres también le dieron dinero. Uno hasta le regaló una moneda de oro... Los tres rescatados se acercaron al muchacho, le estrecharon la mano y se lo llevaron con ellos, y seguro que debieron de hacer algo por él, porque el condenado se lo merecía.

En la página siguiente, aunque muy reducida, reproduzco una página del *Frank Leslie's Illustrated Newspaper* del 11 de febrero de 1882, en la que se ve a Charles Wright trepando al poste, desatando la cuerda que salvó a los tres hombres.

Julia y yo nos abríamos paso entre el gentío a lo largo de la calle Beekman, cuando alrededor de nosotros todas las cabezas se volvieron hacia el este. Justo enfrente, al otro lado de un estrecho callejón, el andamiaje de madera de un enorme edificio de piedra todavía en construcción se incendió de pronto y las llamaradas saltaron al centro de la calle. La fachada del edificio se elevaba formando dos torres, más altas que cualquier otra cosa en torno a ella, y en aquellos momentos el fuego ascendía por el andamiaje hasta las torres. Allí prendió en los marcos de las ventanas, que aún estaban sin cristales, y se deslizó por los aleros, por las molduras de los gabletes del tejado y las torneadas barandillas de las azoteas de las torres. Fue un espectáculo tan extrañamente repentino como asombroso de círculos, cuadrados, triángulos y líneas paralelas ardiendo en las barandillas, como si se tratase de un gigantesco Cuatro de Julio fragmentado que estuviésemos admirando en medio de una tormenta de nieve, y creo que la gente que volvió la mirada hacia allí sintió, al igual que nosotros, una especie de alivio en comparación con lo que acabábamos de ver.

Sin embargo, mientras mirábamos, una joven salió a la repisa de una ventana del

tercer piso en llamas, y cuando me volví y la vi, me pregunté si habría estado allí dentro todo el rato, tal vez corriendo de un extremo al otro de la planta, hasta que encontró aquel lugar en el que aún no se había extendido el incendio. Justo encima de ella, el fuego rugía al surgir violentamente por la ventana del cuarto piso, como si una corriente de aire lo alimentara. Las ondulantes llamaradas de color naranja salían disparadas hasta la mitad de la calle, formando una especie de dosel sobre nuestras cabezas. No obstante, la joven no parecía dominada por el pánico; cerró la ventana a sus espaldas, cuidando de bajarla por completo. Luego se puso de pie, levantó los brazos y colocó una mano a cada lado del hueco de la ventana, apoyándose y manteniendo el equilibrio. Era una postura asombrosamente tranquila. Se limitaba a permanecer allí de pie, sin gritar, sin chillar, mirando hacia abajo, esperando. Debía de haber comprendido que no había posibilidad de volver atrás, que aquella ventana era su última oportunidad, y que no disponía de mucho tiempo antes de que el fuego brotara a sus espaldas.



VIEW OF THE WRECK AT THE SCENE OF THE FIRE



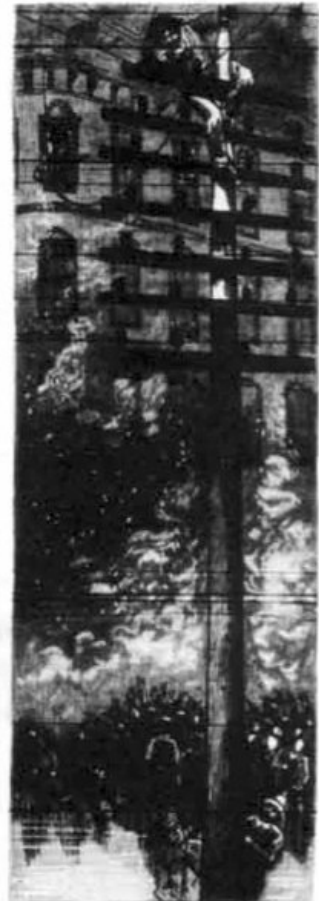
ESCAPES BY MEANS OF A TELEGRAPH WIRE.



A FATAL LEAP.



THE RUINS AFTER THE FIRE.



RESCUE OF THREE MEN BY CHARLES WRIGHT.

NEW YORK CITY.—INCIDENTS OF THE GREAT FIRE ON PARK ROW, JANUARY 5th.—See Page 431.

Y nada ocurría, no llegaba ningún bombero con una escalera de mano. Supongo que creerían, y nadie podía culparlos por ello, que ya nadie saldría por una ventana a aquellas alturas del incendio. La chica estaba esperando, con su largo vestido negro, los brazos extendidos, las manos en los laterales del hueco que la enmarcaba. En torno al cuello llevaba un chal blanco. De repente, el cristal estalló detrás de ella y una tremenda humareda negra llenó toda la ventana, girando y ocultando a la muchacha por completo. Cerca de nosotros, una mujer soltó un grito de angustia y la multitud se estremeció, al tiempo que todos murmuraban entre sí. En algún lugar de la cuerda de contención, un hombre gritaba furioso, pidiendo una escalera. Procedente de la calle Beekman, un policía pasó por delante de nosotros, corriendo desesperadamente.

No había llamas en la negra humareda que salía por la ventana, y todos los que estábamos allí concentrados, sin excepción, contuvimos el aliento. ¿Habría desaparecido aquella joven en cuanto volviéramos a ver la ventana? Julia no se daba cuenta, pero con ambas manos me agarraba del brazo, apretándomelo cada vez más.

El viento despejó el humo con rapidez y la muchacha aún seguía allí, con una mano en el lateral de la ventana y la otra cubriéndose la boca. Entonces se golpeó el pecho y advertimos que tosía. Volvió a enderezarse, con los brazos extendidos entre los dos laterales de piedra, y miró hacia abajo, esperando, mientras la multitud le murmuraba que fuera valiente y conservara la calma. Los minutos pasaban, y un hombre a nuestro lado miraba a la muchacha y no paraba de maldecir, aunque es posible que no se diese cuenta. Finalmente, dos bomberos llegaron corriendo por la esquina de la calle Nassau, transportando una escalera extensible. Sin embargo, al detenerse junto a la pared del edificio, todavía sosteniendo la escalera, empezaron a discutir entre sí y uno de ellos sacudió con violencia la cabeza. El policía que vigilaba la cuerda de contención corrió hacia ellos, pero regresó enseguida.

—¡La escalera es demasiado corta! —explicó.

Uno de los bomberos echó a correr por donde habían venido, pero de pronto se detuvo —nunca sabré por qué— y regresó a toda prisa. A continuación los dos levantaron la escalera contra el edificio y desplegaron rápidamente la extensión; los topes de la escalera rebotaban contra la pared a medida que iban subiendo.

En efecto, era demasiado corta. En los días que siguieron hubo muchas críticas en los periódicos relacionadas con el hecho de que los bomberos utilizaran escaleras tan cortas en una época en que muchos de los edificios tenían una altura de cuatro, cinco o seis plantas, y hasta diez en el caso de algunos nuevos. Tras extenderla al máximo, la escalera aún estaba casi a un metro y medio por debajo de la repisa de la ventana donde se hallaba la muchacha. Una vez más, una ráfaga de humo negro salió en espiral detrás de la joven, ocultándola por completo. Estoy seguro de que habría muerto —cayendo hacia atrás dentro de la casa, o precipitándose al vacío— de no

haber sido por el viento, que se apoderó de la lenta espiral de humo y la envió volando en delgados fragmentos a lo largo de la fachada del edificio, al tiempo que observamos cómo aleteaban el blanco chal y la negra falda de la joven.

Desearía aclarar una cosa. Desde que habíamos salido del *Times* y habíamos visto el edificio en llamas, no había parado de hablar conmigo mismo. La verdad era que no me culpaba por no haber irrumpido en el despacho de Jake Pickering a fin de apagar el pequeño fuego con los pies cuando aún estaba a tiempo; nadie habría podido imaginar que todo sucedería tan repentinamente. Lo que me corroía en aquellos momentos era que al presenciar ocultos aquella escena, Julia y yo quizás hubiésemos cambiado el curso de los acontecimientos, tal como el doctor Danziger había temido en todo momento. Tal vez al hacer un ruido, por leve que fuera, por ejemplo, pero que Carmody hubiese advertido mientras rebuscaba entre los cajones de los archivadores... Aunque fuese apenas perceptible, aquel ruido podía haber afectado ligeramente sus acciones futuras. Pongamos por caso que hubiera dejado caer la cerilla encendida unos centímetros a un lado, para que aterrizara encima del papel y prendiera. Por otro lado, de no haber estado nosotros allí para hacer el más leve ruido, ¿quién podía asegurar que la cerilla no habría caído sobre el suelo de madera, y que él se habría quedado allí, mirando cómo se consumía?

Comprendí que Julia también debía de estar sufriendo con sus reflexiones. Las personas que acabábamos de ver morir eran seres reales. Y ahora, aquella increíble joven se encontraba allí arriba, sobre la calle, esperando, valiente y en silencio, a morir, o a que, en cuestión de segundos, alguien la salvara.

Yo no podría soportar otra muerte... No resistiría verla desaparecer dentro del edificio, o estrellarse contra el pavimento, delante de mí. Tenía que hacer algo, de modo que —no era cuestión de valor, sino de pura necesidad— me abrí paso a empujones, luego pasé por debajo de la cuerda de contención y crucé la calle como una exhalación. No me limité a subir, sino que salté a la escalera y corrí hacia arriba. Odio las alturas; me ponen nervioso, hacen que me sienta presa del pánico. Pero en aquellos momentos no había tiempo para prestarle atención. Me sentía dominado por una especie de arrebató: la cabeza inclinada hacia atrás para mirar por encima de aquellos travesaños, las manos y los pies como si volaran, la repisa acercándose precipitadamente hacia mí. No sabía qué iba a hacer una vez arriba, pero cuando mi mano se cerró sobre el último travesaño fue como si siempre lo hubiera sabido... Cogí con fuerza los topes redondeados de la escalera y seguí subiendo hasta que quedé en posición agachada, como una bola: el pie izquierdo encima del último travesaño, el derecho justo en el de abajo. Por un instante me detuve, inmóvil, buscando el equilibrio. Luego, precisamente en el momento justo, solté la escalera y me impulsé hacia arriba con las piernas. Por unos segundos hice esfuerzos por no perder pie, luego caí hacia delante y me aferré al alféizar de la ventana. Con una

mano a cada lado de las puntas de los zapatos que sobresalían de la repisa, alcé la mirada y vi los botones que bajaban por el lateral de uno de los zapatos.

Bastó con que se lo dijera una sola vez. La joven se volvió rápidamente y, medio gateando, se deslizó por mi espalda hacia la escalera. Al mirar hacia abajo, vi que entre mis pies asomaban la cabeza y los hombros de un bombero. Éste alzó las manos, agarró los tobillos de la joven a fin de guiarla para bajar en el descenso, y ella se deslizó por mi espalda hacia el peldaño que había debajo. Y entonces... ¡Aquella maravillosa joven había entendido perfectamente lo que tenía que hacer conmigo! Mientras el bombero la sujetaba, ella alzó los brazos y colocó las manos en torno a mi cintura, apretó con fuerza, y manteniendo el equilibrio gracias a este apoyo, pude soltarme del alféizar de la ventana, agacharme apresuradamente y agarrarme de nuevo a los topes de la escalera. Seguidamente los tres nos apresuramos a bajar en fila, y antes de que hubiésemos completado la mitad del descenso, la negra humareda de la ventana donde había estado la joven se convirtió de pronto en una rugiente llamarada anaranjada.

En cuanto posé los pies en la acera, la joven me lanzó los brazos al cuello y me besó en la mejilla. Le pregunté cómo se llamaba y contestó que Ida Small. Entonces la cogí de la mano por un instante y me sentí feliz y redimido.

Nunca olvidaré los ojos de Julia cuando volví a pasar por debajo de la cuerda de contención, detrás de la cual estaba esperándome. La gente me daba palmaditas en la espalda y me felicitaba, alguien me gritó algo halagador al oído, y un anciano con chistera y el cabello excesivamente largo para la época —le llegaba hasta el cuello del abrigo— quiso regalarme su reloj de oro. Le di las gracias y rehusé, luego cogí a Julia del brazo y nos marchamos de allí, en dirección a la calle Nassau.

Intuía que, al menos en aquellos instantes, Julia se sentía enamorada de mí; sus ojos estaban llenos de amor, y lo único que pude hacer fue sonreír y llevarme una mano a la cabeza, preguntándome en qué momento habría perdido el sombrero. Me sentía un farsante, porque el valor no había tenido nada que ver con aquello... Lo que yo pretendía era la absolución, y la había conseguido: Ida Small —ella sí que era valerosa— aún tendría toda una vida por delante.

A la mañana siguiente, el *Times* informaría que «trabajaba como secretaria en el despacho de D. P. Lindsley, autor de una obra sobre taquigrafía». Estaba sola en el despacho, y por ese motivo no se había enterado del incendio hasta mucho después que los demás.

La portada del *Frank Leslie's Illustrated Newspaper* del 11 de febrero, que puede verse en la página siguiente, reprodujo un grabado en el que se ve a Ida Small en el alféizar de la ventana y a su «anónimo rescatador» en la escalera. Aunque sé que no debería, incluyo aquí aquella portada, si bien el rostro del hombre no se asemeja demasiado al mío, y además yo no llevaba chaleco.

En la esquina nos detuvimos a inspeccionar tanto la cara del edificio que daba a la calle Nassau como la que daba a la calle Beekman, pero allí no quedaba nadie en ninguna de las ventanas, e incluso se habían retirado las escaleras de mano. Al igual que el resto de la gente en ambas calles, permanecimos observando, fascinados e impotentes, los chorros de agua que formaban arcos a través de las aberturas de las ventanas del edificio en llamas, los surtidores de aire caliente y chispas que se elevaban ininterrumpidamente de los humeros que las bombas de vapor, así como la cortina sesgada de los torbellinos de nieve.

De repente, el incendio concluyó: el techo se desplomó, estrellándose con estruendo dentro de lo que quedaba de la debilitada planta inferior, y a continuación el interior del edificio se desmoronó hasta el sótano. Una enorme ráfaga de chispas, humo y fragmentos encendidos se elevó unos quince metros por encima del tejado con un ruido que debió de escucharse a varias manzanas de distancia. En cuestión de momentos, el edificio quedó destruido, el incendio concluyó, y a través de los huecos de las ventanas pudo verse el cielo vacío. En el sótano, las ruinas todavía ardían, aunque débilmente. El fuego se había extinguido, y la nieve caía, flotando bellamente por el espacio vacío encerrado entre las cuatro paredes. En la parte superior de los boquetes de las ventanas había una gran mancha negra en forma de abanico, y ya resultaba difícil imaginar que aquella enorme mole muerta hubiera estado antes viva y repleta de gente. Parecía imposible que hubiéramos estado allí dentro escuchando a Jake Pickering y a Andrew Carmody, hacía sólo... Saqué el reloj y me costó creerlo. ¡Una hora!

FRANK WESLIE'S FLEET'S BRAVADO NEWSPAPER

No. 1377. Vol. LIII.

NEW YORK FOR THE WEEK ENDING FEBRUARY 11, 1892.

(POST TO CARRIERS)



NEW YORK CITY.—THE ESCAPE OF MISS IDA SMALL, AT THE GREAT FIRE ON PARK ROW, JANUARY 31st.

El grandioso espectáculo había concluido, la gente que se encontraba alrededor de nosotros empezó a hablar, el sonido se elevó hasta convertirse en un rumor continuo y excitado, y entonces escuché a alguien decir:

—Ha sido una bendición que hubieran trasladado el periódico.

—¿A qué periódico se refiere? —le pregunté a Julia.

—Al *World*^[1] —contestó sin darle importancia—. Hasta hace unos meses, éste había sido el edificio del *World*, y la mayoría de la gente aún lo llama así. Ocupaba toda la última planta. Sin duda habrían muerto muchísimas personas allí arriba...

—El *World*... —murmuré, ensayando su pronunciación, y entonces caí en la cuenta de su significado.

«Que el envío de esto —decía la nota del viejo sobre azul que Katie me había enseñado en su apartamento— sea capaz de Destruir por el Fuego el... —“edificio del”, eran las palabras que faltaban— Mundo por completo, parece poco menos que increíble. Y sin embargo es así...». Durante el resto de su vida, esto iba a torturar la conciencia de Carmody... Y sentí que en mi propia conciencia se me quitaba un peso de encima: ¡ahora sabía que ni Julia ni yo habíamos hecho nada que provocara aquel incendio!

Cogí a Julia del brazo y nos abrimos paso entre la multitud, dirigiéndonos hacia el sur por la calle Nassau. Entonces oímos un alarido, un único grito de advertencia, y a continuación un murmullo ahogado se elevó de la multitud. Al volvernos vimos que toda la fachada del edificio que daba a la calle Beekman se inclinaba hacia dentro poco a poco, casi imperceptiblemente, y luego cada vez con mayor celeridad, hasta que —casi de una sola pieza— se desplomó como el tronco de un árbol cortado sobre las ruinas que ardían en el sótano. Y en ese instante, con el interior expuesto a la vista de todos y a la tormenta, fue como si el edificio nunca hubiera existido.

Cogimos el Elevado para regresar a casa. Julia permaneció sentada al lado de la ventanilla, mirando sin ver; yo le hablaba de vez en cuando, intentando tranquilizarla, pero no lo conseguí. Era cierto, y yo lo sabía, que no habíamos hecho nada que contribuyese a provocar aquel incendio. Habíamos sido espectadores invisibles, sin responsabilidad alguna en los acontecimientos. Y, aunque no podía explicarle por qué lo sabía, la convicción de esta certeza se exteriorizó de tal modo en mi voz que creo que conseguí persuadir a Julia de que así era. Sin embargo, como es lógico, ella deseaba que hubiéramos alterado los acontecimientos que se desarrollaron a continuación: yo la había obligado literalmente a salir del despacho de Jake, y ahora se preguntaba si habría podido ayudarlo de haberse quedado... También yo me lo preguntaba. Aunque no habría cambiado nada de los hechos, ya que de lo contrario lo más probable era que nosotros también hubiéramos perecido.

Ya en casa, agotada, Julia subió directamente a su habitación. No había nadie abajo; la casa estaba en silencio. Había pasado la hora del almuerzo y no habíamos

desayunado, pero yo me sentía vacío más que hambriento, sin ánimos para merodear por la cocina. Subí a mi habitación, me quité el abrigo y me tendí en la cama. Después de la noche y la mañana que habíamos pasado estaba muy cansado, tanto que creí que no conseguiría conciliar el sueño. Sin embargo, al cabo de unos minutos me quedé dormido.

Cuando desperté, había oscurecido, y con un hambre tan intensa que me sentí mareado. No tenía ni idea de la hora que era; debía de ser muy tarde, pero cuando bajé Maud Torrence y Félix Grier estaban leyendo en el salón. Alzaron la vista y me saludaron espontáneamente con una inclinación de la cabeza, lo cual me indicó que ignoraban que yo había presenciado el incendio. Con la misma naturalidad, pregunté si Jake Pickering estaba en casa, y Félix, que ya había regresado a la lectura de su libro, respondió que no.

Crucé el oscuro comedor hasta la cocina, pues había visto que por debajo de la puerta se filtraba luz. Julia estaba sentada a la mesa con su tía, comiendo —unas lonchas de carne asada fría, que probablemente habían sobrado del almuerzo, pan con mantequilla y té caliente—, y, tan pronto como entré, tía Ada se levantó para servirme algo. Por la expresión de su rostro me di cuenta de que al menos sabía algo de lo ocurrido, pero no hizo ningún comentario. Julia alzó la vista y asintió débilmente; había oscuras ojeras debajo de sus ojos. Yo estaba seguro de que conocía la respuesta, pero aun así tenía que preguntarlo:

—¿No ha vuelto?

Julia contestó que no, cerró con fuerza los ojos y dejó caer la barbilla sobre el pecho, al tiempo que sacudía la cabeza como si intentara borrar una imagen mental o un pensamiento, o ambas cosas a la vez. No supe qué decir.

Cuando terminé de cenar, Julia todavía estaba ante la mesa, con las manos en el regazo, esperando.

—Quiero regresar allí, sí —dijo cuando la miré, y me limité a asentir. No sabía por qué, pero yo también lo deseaba.

Fuera volvía a nevar, y todavía soplaba el viento. La capa de nieve en las aceras era demasiado profunda ahora para andar, pero en la calle había marcas de las ruedas de los coches y las seguimos hasta la estación del Elevado, en la calle Veintitrés. A las diez de la noche volvíamos a estar contra la pared oeste del edificio de Correos, protegidos contra el viento...

... la nieve en Park Row, frente a las oficinas del *Times* y de lo que quedaba del antiguo edificio del *World* [informaba el *New York Times* del 1 de febrero de 1882] sólo se veía hollada por las pisadas de los bomberos y los agentes de la policía. Las líneas de las mangueras que cruzaban las rodadas de los carros desaparecían de la vista enterradas por la nieve, y los chorros de

agua que brotaban de las bocas de las mangueras parecían haberse agotado. Las llamas seguían centelleando, como si ni siquiera una inundación pudiera influir en ellas. Las tuberías del suministro de gas contribuían a crear gran parte del resplandor. Hombres, mujeres y niños se apiñaban cerca de los muros de la Central de Correos en el lado de Park Row... La brisa había arreciado hasta convertirse en un ventarrón, y la nieve se revolvía con tal fuerza que la gente se veía obligada a buscar refugio en alguna parte, de modo que a las diez las calles del barrio estaban casi desiertas. Algunas personas, que semejabán estatuas de nieve, seguían allí tranquilamente, como si creyeran que así estarían a mano en caso de que las necesitasen. Se frotaban la espalda contra los muros del edificio de Correos y miraban fijamente la mellada pared del edificio incendiado que daba a Park Row. El viento ululaba por la calle Beekman, y las ráfagas que soplaban por la calle Spruce al juntarse con Nassau y Park Row lo hacían con tal furia, que los que se aventuraban a doblar por estas esquinas se veían levantados del suelo. El reloj del Ayuntamiento parecía asomar entre la niebla... A las once de la noche casi había cesado de nevar, el viento había amainado y el aire era claro y placentero, pero los curiosos no regresaron.

Nosotros estábamos entre los últimos que se marcharon, hipnotizados por la negra mole que había enfrente. Delante de ésta, las farolas estaban rotas y sin luz, y la oscura pared del edificio aparecía carente de detalles. Pero la parte inferior de los boquetes de las ventanas resaltaba claramente contra el continuo resplandor de las tuberías de gas que seguían ardiendo al otro lado, y vimos que la nieve recién caída se acumulaba en el alféizar. Era como si aquellos escombros tuvieran cientos de años, igual que unas ruinas antiguas; las negras siluetas de los bomberos parecían petrificadas, con lo cual el único movimiento perceptible eran los chorros de agua a través de las desoladas ventanas. Más arriba, la difusa luz que a menudo acompaña a las nevadas nocturnas rozaba las paredes. Nos quedamos mirando el chamuscado letrero del *Observer* por donde habíamos logrado escapar y, más allá de éste, en la fachada del *Times*, el letrero de J. Walter Thompson, agente de publicidad, sobre el cual habíamos saltado para salvar la vida. Finalmente nos marchamos y, después de cruzar Park Row y entrar en la calle Beekman, el reloj del Ayuntamiento dio las once. En Beekman, la nieve de la acera había sido tan pisoteada durante el día y la noche, que se había derretido, de modo que ahora resultaría fácil caminar. Al otro lado de la calle, el muro se había derrumbado, dejando al descubierto el espacio de lo que fuera el interior del edificio. Las llamas de las tuberías de gas rotas rugían suavemente, sin parar, y los chorros de agua humedecían todo lo que había a su lado. Pero el incendio en sí había finalizado, «la destrucción del Mundo» se había completado y empezaba a

ser ya no historia, sino olvido... En aquellos momentos, en el *Leslie's Illustrated Newspaper*, a un par de manzanas al oeste del parque y College Place, y en *Harper's*, un enjambre de dibujantes estaría trabajando duro bajo las lámparas de gas, grabando escenas del incendio sobre planchas de madera que se publicarían al cabo de una semana. La joven que tenía a mi lado, así como la mayoría de los habitantes de la ciudad, contemplaría por unos instantes aquellas imágenes, reviviendo la experiencia. Sin embargo, yo era consciente, en tanto que ellos no lo eran, de cuán rápidamente se extinguirían los hombres que en aquellos instantes grababan las planchas de madera, así como toda la gente que las admiraría. Y, por increíble que pareciera, también debía incluir a aquella joven que tenía a mi lado. Aquí y allá quedarían algunos ejemplares, que amarillearían en los archivos y se convertirían en algo pintoresco y levemente gracioso; y aquel edificio y su incendio se borrarían por completo del recuerdo de la humanidad. Por unos breves instantes, mientras avanzábamos por la calle Beekman, frente a las ruinas que en algunos sitios ya se hallaban cubiertas de nieve, me sentí abrumado por la tristeza. La vida de los humanos era tan breve, que daba la sensación de que careciera de significado... Esos pensamientos eran del tipo de los que por lo general se tienen al despertar por la noche y se descubre que se está solo en el mundo. Pero yo sabía que llegaría un tiempo en que sería como si aquel edificio y el incendio nunca hubieran existido, y eso era lo que provocaba en mí aquellos sentimientos.

Al llegar a la esquina doblamos por la calle Nassau —sin hablar, cada uno consciente de la presencia del otro— y aceleramos el paso, repentinamente ansiosos por abandonar para siempre aquel lugar. Allí delante, frente a la entrada del edificio del *Times*, la farola se conservaba intacta, y un círculo de luz amarillenta centelleaba con débil hermosura en la nieve de nuestra acera. También allí, sobre la acera, la nieve estaba casi sin pisar, aunque no del todo. En ella se veía una única línea de pisadas que se alejaba hacia la oscuridad, más allá de la farola. Empezaban como si alguien se hubiese asomado a una ventana que daba al edificio ya extinguido del *World* y luego hubiese cruzado la calle Nassau, para subir a la acera y proseguir la marcha.

Llegamos a donde empezaban las pisadas y las huellas de las nuestras se sumaron a las que ya había. Entonces, justo debajo de la farola, agarré a Julia del brazo y ambos nos detuvimos; nítidamente grabada sobre la nieve, tal como ya la había visto en otra ocasión, estaba la silueta de una lápida, con docenas de puntitos que formaban un círculo en cuyo interior había una estrella de nueve puntas. Pero esta vez había muchas más. En la hilera de pisadas, la parte posterior de cada huella tenía la silueta de una lápida, con el borde de arriba redondeado y recto el de abajo.

—¡Son las huellas de un tacón! —exclamé y, agachándome al lado de una de aquellas huellas, señalé—: La estrella y el círculo están formados por las cabezas de

los clavos...

Alcé la vista hacia Julia, quien asintió con expresión de desconcierto.

—Sí, claro... Los hombres a menudo encargan que se lo hagan al comprarse las botas. Es una especie de diseño personal. —Se encogió de hombros—. Un símbolo de buena suerte.

Asentí al darme cuenta de lo ocurrido; aquél era el símbolo de Carmody, e implicaba que había escapado del incendio. Además, hacía sólo unos instantes que había estado allí; para contemplar nuevamente su obra. Por unos segundos me quedé mirando aquella extraña huella sobre la nieve recién caída, y pensé en que a él iban a enterrarlo bajo aquel signo. Al cabo de los años, su viuda lavaría y vestiría su cadáver aún caliente y luego lo enterraría bajo un signo idéntico al que yo estaba mirando. ¿Por qué? ¿Por qué? La pregunta seguía sin contestación.

Regresamos a casa caminando. El viento ya había amainado, había dejado de nevar y ya no hacía frío. Debido a que era tan tarde y a que había pasado tan poco tiempo desde la tormenta, las calles estaban desiertas y teníamos todo el mundo para nosotros, o al menos las calles por las que transitábamos... Medio perdidos la mayor parte del tiempo, avanzamos siempre hacia el norte por las calles más antiguas de la parte más antigua del bajo Manhattan. En algunos tramos habían quitado la nieve de las aceras, pero en otros no, de modo que caminábamos sobre las rodadas que habían dejado los coches o las carretas. Además, las nubes de la tormenta se habían desgarrado y empezaba a asomar una media luna para luego retirarse de nuevo, con lo que a veces, a una manzana de una farola, o incluso más lejos, nos veíamos obligados a avanzar en la oscuridad. Pero en otras, al caminar bajo la luz de la luna, cuyo reflejo se duplicaba sobre la nieve, era como si fuese de día.

A menudo cruzábamos o caminábamos a lo largo de silenciosas calles residenciales exactamente idénticas a las que todavía existían en grandes áreas del San Francisco del siglo xx. Y allí no eran nuevas reliquias aisladas, sino manzanas enteras de casas del siglo xix sin modificar, que se parecían en todo —con la excepción de los coches aparcados delante— a las viejas fotos que de ellas mismas existían. Y en aquellos momentos, en el Manhattan del siglo xix —donde a menudo se piensa que sólo había una manzana tras otra de bloques de casas de piedra rojiza con tres o cuatro plantas—, veía manzanas y calles enteras de casas de madera, altas, esbeltas y profusamente adornadas, exactamente iguales a sus duplicados en el moderno San Francisco. De vez en cuando distinguíamos una luz en una casa a lo lejos, detrás de las cortinas de una ventana; alguien que estaría enfermo, supuse. Y esporádicamente, a lo lejos, o en una calle lateral, distinguíamos una silueta en movimiento. También de vez en cuando, allí donde no había rodadas de carruajes, nos encontrábamos con trechos en que la nieve acumulada nos llegaba hasta la rodilla, y entonces cogía a Julia de la mano y la ayudaba a cruzar por allí. Hasta que

en una de esas ocasiones, después de cruzar uno de esos tramos, ya no nos soltamos. Cogidos de la mano, caminamos por aquella noche silenciosa y reluciente, y sentí que el horror del incendio empezaba a retroceder hacia el pasado y a abandonarnos. Y creo que Julia sintió lo mismo.

En uno de aquellos largos tramos de nieve acumulada, ya congelada a aquellas horas de la noche, corrimos para tomar impulso y, todavía cogidos de la mano, patinamos por aquel trecho, luchando por mantener el equilibrio, como yo no hacía desde el último curso en la escuela primaria. Era muy tarde y no reímos ni gritamos, pero sonreímos. Y en un par de ocasiones cogimos un puñado de nieve, hicimos una bola y la lanzamos fuertemente al aire por el simple placer de hacerlo. Fue hermoso aquel paseo, y al oír el relincho de un caballo —supongo que en el establo de la parte trasera de una casa—, de pronto fui consciente del enorme misterio que suponía estar allí, caminando por las calles de Nueva York en una noche de invierno de 1882.

Al llegar a la calle Catorce, doblamos hacia el este para recorrer la corta manzana que daba a Irving Place, y que tanto entonces como ahora conducía a Gramercy Park. Justo allí delante, el edificio que había en la esquina de la calle Catorce con Irving Place estaba brillantemente iluminado, y oímos que de él salía música. Un vals.

—La Academia de Baile —me informó Julia.

Al acercarnos comprobamos que las puertas laterales estaban abiertas, y nos detuvimos para atisbar dentro.

Lo que vimos era asombroso, deslumbrante. Al menos una tercera parte de la platea, de la cual habían retirado los asientos, estaba ocupada por una plataforma de baile ligeramente elevada, cuya superficie, encerada y reluciente, aparecía repleta de parejas que giraban, se inclinaban y se movían al ritmo del vals. En el paraíso había una gran orquesta, los arcos de cuyos violines subían y bajaban frenéticos en diagonal. Y los palcos —que piso tras piso se curvaban como una herradura gigantesca que empezaba en un lado del escenario y concluía en el otro— estaban repletos de gente que charlaba y reía al tiempo que observaba a los danzarines. Sin embargo, aún había más espectadores, que llenaban el escenario, así como el resto de la platea. Grandes urnas llenas de flores se alineaban alrededor de la plataforma de baile, y colgando encima del escenario había unos tubos de gas que formaban grandes letras y números. Los tubos estaban encendidos, y las amarillentas letras de las llamas anunciaban: BAILE DE CARIDAD-1882.

El baile era una isla de luz, música y animación en aquella noche blanca y silenciosa. Parecía cosa de magia haber dado con aquello. Todos los hombres vestían frac y corbata blanca, aunque la gran variedad en la longitud del cabello y la forma de peinarlo, así como la de las barbas, los bigotes y las patillas, los individualizaba y los hacía reconocibles e interesantes. En cuanto a las mujeres, con sus largos vestidos sin hombros y sorprendentemente escotados... En fin, si el atuendo diurno de aquella

época tendía a ser muy soso, por la noche las mujeres se resarcían con creces. Desconozco la terminología del vestuario femenino, así como los materiales con que está hecho, de modo que echaré nuevamente mano del *Times*, y citaré el artículo que sobre el baile publicaría al día siguiente:

La señora Grace llevaba un vestido de raso y brocado color crema, con adornos de perlas al frente. La señora de R. H. L. Townsend, vestía un traje de raso azul con bordados de hojas y flores en oro. La señora de Lloyd S. Bryce lucía un vestido de brocado de raso blanco con volantes de encaje. La señora de Stephen H. Olin llevaba un vestido de muaré blanco, con adornos de perlas y pedrería. La señora Woolsey iba ataviada con un vestido de gasa negro con cuerpo de terciopelo y adornos de pedrería. La señora del comodoro Vanderbilt se había puesto un traje de seda blanco con pedrería. La señora Crawford llevaba un vestido de seda azul. La señora de J. C. Barron un vestido de raso blanco con encajes y pedrería.

La razón de que cite esto es que aquellas mujeres, que llenaban todo el salón, eran absolutamente deslumbrantes.

De pie a unos pasos de nosotros, un hombre vestido de gala pero con aspecto de policía había estado vigilándonos. Con bastante indulgencia, puesto que debía de hacer rato que había concluido la hora de recoger las entradas. Lo miré fijamente y se acercó a nosotros.

—Conozco a una de las señoras que hay aquí —dije—. ¿Existe alguna forma de localizarla?

Entorné los ojos e hice como si buscara a alguien por el salón; por algún extraño motivo, siempre tratamos a los agentes de policía como si fueran estúpidos. Se acercó a un pequeño sillón dorado, cogió una lista de varias páginas escritas a mano y me la entregó. En el encabezamiento ponía «Palcos del Proscenio», y debajo había una lista de los palcos y sus ocupantes por orden alfabético, empezando por la D. Examiné rápidamente la larga columna de nombres. «Palcos de Artistas» rezaba el encabezamiento de la siguiente columna, cuyos palcos llevaban nombres de compositores famosos, como Mozart, Meyerbeer, Bellini, Donizetti. Examiné los nombres que figuraban en aquellos palcos, todos bellamente caligrafiados por una mano femenina. Busqué en Verdi, Gounod, Weber, Wagner, Beethoven, Auber, Halévy, Grisi, y luego, en Piccolomini, hallé los nombres de cuatro mujeres y los de sus maridos, y uno de los cuatro era el nombre que yo buscaba.

El guardián, o policía, me indicó cuál era el palco Piccolomini, y vi que estaba ocupado por cuatro mujeres y tres hombres que observaban a los que bailaban abajo. El guardia se apartó y yo murmuré a Julia al oído:

—Allí están. Cuatro mujeres... Estoy seguro de que una de ellas sabe que su marido ha matado hoy a media docena de personas, y que poco ha faltado para que él mismo muriera en el incendio. Ahora dime: ¿cuál de esas cuatro es ella?

—En eso no hay ninguna duda, ¿verdad? —inquirió Julia—. La del vestido amarillo.

Asentí. No había duda al respecto. Allí estaba ella, sentada muy erguida, sin que su espalda tocara el pequeño sillón dorado. Era una mujer sorprendentemente atractiva, de poco más de treinta años, y la expresión de su rostro era de absoluto autocontrol. Si no hubiese sido por esto último, habría sido hermosa, incluso bella. Nunca había visto una cara —ni la veré creo— con semejante expresión de autodominio, de extrema capacidad y absoluta determinación.

—¿Te has fijado en lo que está mirando? —preguntó Julia, y advertí que la mujer de amarillo no contemplaba a las parejas de la pista de baile.

Delante mismo de su palco, uno de los más grandes y destacados del salón, la señora de Andrew W. Carmody contemplaba las grandes y llameantes letras de gas —BAILE DE CARIDAD-1882— que corroboraban que aquél era el acontecimiento social más importante del año. Entonces entendí por qué Andrew Carmody había reaccionado como lo había hecho: porque no le quedaba otro remedio.

—¿En qué estás pensando? —me preguntó Julia al advertir que yo no podía apartar los ojos de aquel rostro terriblemente atractivo.

—Esa mujer me asusta. Siento escalofríos al mirarla. Pero también me fascina... Me produce una especie de estremecimiento furtivo.

—Oh. ¿Y por qué?

—Porque llegará un día en que esta clase de rostro y de persona, este gran drama en el que se halla inmersa, ya no existirán... Estarán pasados de moda... Los malvados serán gente vulgar que cometerá crímenes violentos en los que habrá desaparecido cualquier sentido del drama. Y entre esos dos tipos de personas y malvados, siempre elegiré a los que tienen sentido de la elegancia.

Julia me miraba con expresión irónica, enarcando las cejas. Eché una última ojeada a la señora Carmody y a aquel maravilloso baile, luego di media vuelta y me alejé de allí, avanzando por la acera con paso rápido junto a una hilera de carruajes estacionados; los faroles laterales titilaban, los caballos permanecían inmóviles debajo de sus mantas, los hombres de librea aguardaban, y entonces, a medida que nos alejábamos por la silenciosa calle rumbo a casa, la música del vals se fue extinguiendo a nuestras espaldas.

Dormí hasta muy tarde al día siguiente. Cuando finalmente bajé, hacía rato que habían dado las doce. A pesar de todo, conseguí que me sirvieran el desayuno mientras leía el artículo del *Times* sobre el incendio, que ocupaba toda la primera página y parte de la segunda. Hacía rato que los demás huéspedes se habían marchado, de modo que yo estaba solo. Fue Julia quien me sirvió. Pálida y ojerosa, trajo el café en cuanto me hube sentado, me dio los buenos días y no dijo nada más.

Desayuné tortitas preparadas por tía Ada; mientras Julia me servía el café, había oído el ritmo de la cuchara contra el cazo de barro al batir la masa. Y cuando ésta me trajo la primera tanda y se quedó junto a la mesa, observando cómo untaba la mantequilla, alcé los ojos hacia ella.

—No se habrá perdido una existencia muy feliz, ¿verdad, Si?

Negué con la cabeza antes de responder.

—Jake estaba obsesionado, desquiciado con un anhelo que nunca habría podido satisfacer. Nunca nada habría sido bastante para él, Julia. De vez en cuando hay hombres que estarían mejor muertos, y él era uno de éstos.

Pero Julia no parecía dispuesta a aceptarlo, y sacudió la cabeza incluso antes de que yo concluyera.

—¿Quiénes somos nosotros para afirmar algo así? Si nos hubiésemos quedado... Sólo con que nos hubiésemos quedado...

—Escucha esto —le dije al tiempo que cogía el periódico, que tenía abierto por la segunda página, y leí en voz alta—: «El subjefe James Heaney, de la Compañía de Bomberos número uno, asegura que su carro llegó a la calle Nassau unos dos minutos después de que empezara el incendio, y que nunca se ha sentido tan sorprendido en su vida. Piensa que, de haber estallado un polvorín, el fuego no se habría extendido con tanta rapidez». —Miré a Julia, luego proseguí con la lectura—. «El capitán Tynan declaró anoche que jamás, en los años que lleva en el cuerpo de policía, había visto un incendio que se extendiera con tal fuerza e intensidad». —Pasé a la primera página y deslicé el dedo sobre una columna mientras continuaba—: «Quien efectuó la siguiente declaración respecto al origen del incendio fue el señor E. O. Ball: “Yo pasaba por la parte de atrás, delante de las escaleras que dan a la calle Nassau... y cuando me hallaba al pie de las escaleras, las llamas estallaron desde el sótano por el hueco del ascensor. Nada había ocurrido hasta aquel momento que indicara que iba a producirse una explosión. Las llamas subieron como un rayo por el hueco, y casi con la misma rapidez unos terribles torrentes de fuego se extendieron por las escaleras, con una densa humareda negra, que casi de inmediato impidió cualquier posibilidad

de salida...”».

Julia se apretaba el pecho con una mano.

—¿De veras dice eso? Aún no he leído el periódico. No lo soportaría.

—Son declaraciones textuales, palabra por palabra, del *New York Times* del primero de febrero de 1882. Cualquiera puede leerlo y comprobarlo. El periódico está lleno de citas así, Julia. «Edward S. Moore, de *El Escocés Americano*, asegura que “menos de un minuto después de que se diera la alarma, resultaba prácticamente imposible escapar del edificio por el lado de Park Row”». Y lo mismo asegura John D. Cheever, de la New-York Belting Packing Company... Y Alfred E. Beach, de *El Científico Americano*... Y un tipo llamado James Munson, que al mirar por la ventana de su oficina, en el edificio del *Tribune*, vio que el edificio del *World* estaba como siempre, y cuando al cabo de sólo cinco minutos volvió a mirar, el edificio ardía en llamas... Puedes estar tranquila, Julia. Ni provocaste ese incendio ni podías haberlo impedido, y lo más probable es que no hubieses podido ayudar a Jake... — Lancé el periódico sobre la mesa y señalé un párrafo—. Por cierto, no dejes de leer esto. Es una narración detallada del modo en que el doctor Prime huyó por el letrero del *Observer* hasta la oficina del señor Thompson en el edificio del *Times*. El hombre que iba con él se llamaba Stoddard.

Yo había ayudado a Julia; estaba completamente seguro. Lo que había leído era cierto, y vi que en sus ojos asomaba finalmente la convicción y el triste reconocimiento de que nada podría haber cambiado. Cuando di cuenta de las tortitas, Julia me trajo una segunda tanda, y le leí un par de artículos más que había encontrado en el periódico. Los parientes de Guiteau, informaba una breve reseña, tenían intención de congelar su cuerpo después de la ejecución y luego exhibirlo, cobrando una entrada a cambio. La noticia me hizo sonreír, pero a ella no. En el segundo artículo se decía que los alumnos de Harvard, del curso de 1876, habían recaudado dinero para enviar a Denver a uno de sus miembros con el fin de ayudar a un compañero de promoción al que se le acusaba de asesinato. Julia esbozó una sonrisa.

A media tarde, mientras hojeaba un ejemplar del *Harper's Weekly* junto a la ventana de la sala, observé que un policía pasaba por allí con su alto casco de fieltro y su largo abrigo azul marino, en cuya manga lucía los galones de sargento. Vi que se paraba frente a la puerta, tiraba de la campanilla y tía Ada acudía a abrir. Julia se encontraba en algún lugar, arriba, y oí que el policía en la puerta pronunciaba con dificultad el nombre de ella al leerlo:

—¿La señorita Charbonneau? ¿Vive aquí?

Tía Ada contestó que sí, se acercó al pie de la escalera y llamó a Julia.

—¿Y Morley...? —preguntó el policía—. ¿Simón Morley? ¿Vive aquí también?

Yo ya me había levantado y, con el periódico en la mano, me dirigí hacia el

recibidor antes de que tía Ada pudiera contestar. El policía estaba en el vano de la puerta, con una pequeña hoja de papel en la mano.

—Soy Simón Morley.

El policía asintió.

—Venga conmigo, pues —dijo, y luego señaló con un gesto a Julia, que estaba bajando por las escaleras—. Acompañenme los dos. Cojan sus abrigos.

—¿Por qué? —preguntamos tía Ada y yo al unísono.

—Ya se les informará a su debido tiempo. —Había algo en la pronunciación de aquel hombre que me hizo pensar que era irlandés.

—Bien, me gustaría saberlo ahora —dije—. ¿Estamos arrestados?

—¡Les aseguro que lo estarán si no hacen lo que les digo! —De pronto sus ojos centellearon, furiosos y a la defensiva, como a menudo suelen mirar los policías cuando se cuestiona lo que hacen.

Julia daba palmaditas en el brazo de su tía y le murmuraba algo para tranquilizarla. Yo era consciente de que no estábamos en el mejor momento para invocar nuestros derechos civiles y, por el bien de Julia —por no mencionar el mío propio—, mantuve la boca cerrada.

Cogí mi abrigo y el gorro de pieles del perchero del recibidor y Julia sacó su abrigo y el sombrero del armario que había debajo de las escaleras, tranquilizó a su tía diciéndole que sin duda dentro de poco volveríamos a casa y de que no había nada por lo que debiera preocuparse.

El coche que estaba esperando junto a la acera era para nosotros. Yo había supuesto que iríamos andando, pero el policía se nos adelantó, abrió la puerta del carruaje y nos indicó qué subiéramos. En su interior, sentado en un pequeño asiento plegable de cara a la parte de atrás, un hombre nos observaba. Ayudé a Julia a colocarse en el amplio asiento frente a él, luego agaché la cabeza y pasé entre ella y el hombre al tiempo que notaba que el carruaje se hundía y se balanceaba bajo mi peso. El agente cerró de un portazo mientras yo me sentaba al lado de Julia, y al volverme hacia él vi que levantaba el brazo para hacer el saludo al hombre sentado frente a nosotros: no con un estilo muy depurado, pero sí con enorme respeto. Las riendas restallaron, el coche se puso en marcha y el hombre asintió con calma como respuesta al saludo del sargento. Luego se volvió para examinarnos, y cuando vi aquel rostro asombrosamente escalofriante, supe de pronto quién era. Nunca lo había visto, pero lo supe, y de pronto me sentí terriblemente asustado.

Era un tipo fornido, de hombros anchos. En la página siguiente aparece la foto que encontré de él y la semejanza es muy buena, a pesar de que en ella no se ve la zona calva de la coronilla ni la auténtica mirada de aquellos ojos. Porque eran éstos los que provocaban aquel temor. Unos ojos enormes y grises, muy juntos, como se aprecia en la foto, pero avivados por el secreto interés que sentía hacia nosotros

mientras los deslizaba por nuestras caras, por nuestras ropas, sin que le interesáramos en absoluto como seres humanos. Significábamos algo para él, algo importante, pero no como personas.

Lucía el bigote más grande que he visto en mi vida, el cual le cubría la boca por completo. Y si aquel enorme bigote de morsa que destacaba, tupido y grueso, como esculpido en madera, pudiera parecer cómico o divertido, créanme que no lo era. Volví a mirarlo detenidamente, fascinado, al tiempo que me preguntaba si la expresión de la boca que había debajo de aquel bigote era tan cruel que se veía obligado a ocultarla.

Llevaba abrigo negro, desabrochado, y traje negro cruzado, con botones forrados de tela; chaleco negro sin cruzar, con una gruesa cadena de oro que le salía de un ojal; zapatos negros. También llevaba cuello postizo duro y un alfiler de corbata con una perla que parecía ser auténtica; diría que la misma que se ve en la foto. Pero fue su cara lo que me llamó la atención. La movía ligeramente a medida que aquellos extraños ojos grises nos estudiaban, nos registraban, recorrían de forma casi increíble nuestra piel, como si buscara cicatrices... Simulé un falso interés por mis zapatos y bajé la vista para que no coincidiese con la de él; me ruboricé y me sentí culpable por reaccionar de ese modo.



Así era el inspector Thomas Byrnes, del Departamento de Policía de Nueva York, y el miembro más famoso de éste, en muchos aspectos. Si había venido personalmente para llevarnos consigo, entonces aquél no era un arresto corriente, y el terror hizo que me estremeciese. Supongo que en un intento por librarme de esta sensación y a la vez plantarle cara a aquel hombre, formulé una pregunta que pretendía que sonara dura y firme, pero que no surgió así, sino medio humorística, como si me dispusiera a añadir que sólo estaba bromeando.

—¿Y bien? —inquirí—. ¿No piensa advertirnos sobre nuestros derechos constitucionales?

Su rostro permaneció impassible pero los ojos grises se volvieron rápidamente hacia los míos, extrayendo cualquier significado que pudiera haber en aquella intrépida pregunta. Vio que no había ninguno y, en un tono inexpresivo, contestó con

una absurda mezcla de discurso medio iletrado y una ampulosa pronunciación de las «aes», como supuse que debía de hablar la clase alta.

—Se lo advierto, será mejor que se guarde sus estúpidas observaciones, o de lo contrario probará el extremo grueso de la porra. —Extraña forma de hablar para el inspector Byrnes, pero no me reí, ni siquiera interiormente.

A continuación recorrimos en silencio varias docenas de manzanas, bajando por la Tercera Avenida, por debajo del Elevado, dando tumbos y balanceándonos sobre el adoquinado; a veces hasta dábamos bandazos o nos inclinábamos lateralmente al pasar por encima de los montículos de nieve. Julia miraba a través de la pequeña ventanilla redondeada que tenía a su lado, irritada, negándose a posar la vista en Byrnes. Yo lo miraba de vez en cuando, pero la mayor parte del tiempo contemplaba el suelo o la calle. El día estaba muy nublado y las tiendas por delante de las que pasábamos débilmente iluminadas por luces generalmente amarillentas y regulares si la llama estaba protegida, o rojizas y titilantes en caso contrario... Muchas de aquellas tiendas tenían toldos de madera que se apoyaban sobre postes clavados en el borde de la acera y, una vez más, como había hecho ya con anterioridad, intenté interesarme por el hecho de que la Tercera Avenida se pareciera enormemente al decorado para una película del Oeste, debido tanto a los toldos como a los postes para atar a los caballos. Pero en absoluto estaba interesado por aquello.

Pasamos frente al instituto Cooper y, por lo que pude ver, su aspecto era tal como yo lo había visto la última vez. Luego giramos a la derecha, donde las avenidas Tercera y Cuarta se juntaban con el Bowery. Dando tumbos, seguimos varias manzanas por debajo del Elevado, y el día se oscureció todavía más cuando un tren pasó por encima de nosotros, mientras una lluvia de chispas y pavesas al rojo vivo caía de la máquina; una de ellas golpeó contra la grupa del caballo y se detuvo allí por un instante, hasta que se convirtió en ceniza, pero el animal no dio señales de que lo sintiera.

—¿Tienen algo que decirme ahora? —me preguntó Byrnes de pronto.

Estuve a punto de dar un respingo, luego negué con la cabeza, y Julia hizo lo mismo. Llegué a la conclusión de que aquello era un truco típico de Byrnes: primero un silencio prolongado, luego una pregunta repentina que nos sobresaltara, obligándonos a hablar... si hubiésemos sabido de qué quería que hablásemos. Pero yo estaba equivocado. Byrnes me llevaba una gran ventaja; tenía unas razones a las que nunca habría podido anticiparme.

Seguimos avanzando un par de manzanas más, luego giramos a la derecha, por Bleeker. Unas pocas calles después giramos a la izquierda, por Mulberry, según vi en los rótulos de cristal pintados en torno a los paneles de la farola. A media manzana nos detuvimos a la izquierda y vi dos grandes faroles cuadrados que flanqueaban los peldaños de la entrada a un edificio de piedra de cuatro plantas. Los cristales de los

faroles eran de color verde, y comprendí que aquél era un edificio de la policía. El cochero se apeó y abrió la portezuela del coche. Byrnes hizo una señal y Julia bajó. El conductor —que aun cuando era policía llevaba bombín y un abrigo color tostado— estaba esperándonos, y en cuanto Julia posó un pie en el suelo la cogió del brazo con firmeza. Byrnes me indicó que bajara, y él lo hizo justo detrás, cogiéndome de la muñeca. Subimos rápidamente por los peldaños de la entrada y, en cuanto el agente de paisano que llevaba a Julia abrió una de las grandes puertas, leí las letras doradas con contrastado reborde negro que había en el gran ventanuco en forma de abanico sobre la entrada: JEFATURA DE POLICIA DE NUEVA YORK.

Ya dentro, cruzamos rápidamente un vestíbulo con el suelo de madera, pasamos ante el mostrador, detrás del cual había un agente uniformado muy corpulento, atisbé unos suelos gastados, escupideras de porcelana desportilladas y llenas de manchas, sucias paredes pintadas de verde oscuro, y percibí el olor característico —cuyo origen desconocía— de aquella clase de edificios excesivamente usados. Moviéndonos casi al trote —¿por qué los policías suelen comportarse de manera desagradable sin necesidad, como si lo hicieran obedeciendo una especie de instinto?—, fuimos empujados por un tramo de escaleras que bajaban a un sucio sótano de muros de ladrillo y techo bajo. Había allí una mesa pequeña, una silla corriente de cocina, un soporte en el cual habían soldado una tubería de gas con agujeros y un reflector detrás, la cual se hallaba conectada a una toma de gas mediante un tubo flexible que serpenteaba por el suelo de madera. Apoyada encima de un trípode, había una gran cámara de madera barnizada, latón y cuero negro.

Tres policías de paisano, en mangas de camisa, entraron inmediatamente detrás de nosotros. Uno era calvo, los otros dos se peinaban con raya a la izquierda, como el inspector, y ambos llevaban bigotes de morsa, aunque más pequeños que el de su jefe. Obedeciendo a una indicación de Byrnes, Julia y yo nos quitamos el abrigo y el sombrero y los dejamos sobre la mesa que había al lado de la puerta. Uno de los agentes se acercó a la cámara y empezó a manipularla. Los otros se quedaron esperando junto a la silla que había frente a aquélla. Para sujetarme a ella si hacía falta, advertí.

Yo no tenía ninguna posibilidad de resistirme, y lo sabía; sin embargo, la Constitución era la misma que en mi tiempo, y sentía la necesidad de decir algo.

—Quiero saber por qué estoy aquí. Quiero saber de qué se me acusa. Quiero consultar con un abogado y me niego a que me fotografíen antes de hablar con él.

Byrnes hizo una seña a los dos policías.

—Ya han oído al caballero. Díganle por qué está aquí.

Los dos me cogieron de ambos brazos, uno a cada lado, y uno levantó la rodilla, me soltó un golpe tremendo allí donde termina la espalda —Julia dejó escapar un grito ahogado— y me envió dando traspiés al otro lado de la estancia, hacia la silla.

Habría caído de bruces si no me hubiera sujetado. De inmediato me retorcieron los brazos y me obligaron a girar sobre mí mismo. Luego, cada uno con una mano sobre mi hombro, hicieron que me sentara en la silla con tal violencia que la madera crujió y las patas resbalaron sobre el suelo. Abrí la boca, dejé escapar un gemido inaudible, y el dolor hizo que las lágrimas asomaran a mis ojos. Uno de los agentes se inclinó hasta colocar la boca junto a mi oído y, con tono jubiloso por el placer de lo que había hecho y de lo que se disponía a hacer, me gritó:

—¡Está aquí, señor, porque nos da la gana!

Me volví hacia él y, antes de que pudiera retirarse, le escupí las palabras a la cara:

—¡Asqueroso hijo de perra!

Me cogió por el cuello con una mano y se disponía a propinarme un puñetazo con la otra, cuando Byrnes se apresuró a impedirselo.

—No, no quiero que le dejes marcas —dijo.

Al cabo de un momento, el otro bajó el puño y con la otra mano incrementó la presión sobre mi cuello, pero al final cedió.

Yo era perfectamente consciente de que rebelarme no había servido de nada. Sin embargo, a pesar de todo lo necesitaba. A mi lado, los dos policías estaban atentos a cualquier resistencia por mi parte, y advertí por la expresión de sus rostros que deseaban que lo intentara, pero con una vez ya era suficiente para mí.

El hombre de la cámara sostenía una cerilla en la mano. Levantó una pierna, hizo palanca con la cerilla sobre la tensa tela de los pantalones y aquélla se encendió. Al instante percibí un intenso olor a azufre. Seguidamente hizo girar una llave de bronce y el gas siseó en el reflector del soporte. Luego acercó la cerilla a los agujeros y el gas estalló en una roja llamarada. El hombre volvió a hacer girar la válvula a fin de regular el gas y las decenas de pequeñas lenguas se encogieron hasta adquirir una tonalidad azul. Noté sobre mi piel el calor de la brillante luz del reflector, tan cegadora que me obligó a cerrar con fuerza los ojos.

—¡Nada de eso! —Una mano me sacudió el hombro con fuerza, y los dientes me castañetearon—. ¡Abra los ojos!

Me esforcé por obedecer, y el hombre de la cámara se agachó detrás de su tela negra. El fuelle de la cámara avanzó, se detuvo, retrocedió ligeramente y luego vi que la mano del hombre apretaba el percutor.

—Ya lo tengo —dijo, y entonces le llegó el turno a Julia. Me alegré de que nadie la tocara cuando se sentó, pues me habría visto obligado a intervenir si se hubiesen mostrado rudos con ella, y entonces me habrían golpeado hasta dejarme sin sentido. El fotógrafo volvió a pulsar el percutor y, cuando sacó la cabeza de debajo de la tela negra, Byrnes lo señaló y ordenó:

—Enseguida.

El hombre contestó con un presuroso «Sí, señor» y salió corriendo de la estancia

llevándose las placas. Uno de los otros dos agentes había sacado un bloc de notas y Byrnes se volvió a examinarme:

—De veintiocho a treinta —redactó, y el agente escribió con celeridad—. Un metro setenta y cinco aproximadamente, unos setenta kilos... —añadió, y el lápiz del agente casi voló sobre el papel.

Byrnes me describió a mí y a mi atuendo, incluyendo el abrigo y el gorro de pieles. A continuación hizo lo mismo con Julia y su indumentaria, y el agente siguió escribiendo. Luego Byrnes me hizo una seña de que me acercara y dijo:

—Déme su billetero.

Metí la mano en el bolsillo interior de la chaqueta y sentí que nunca más volvería a ver el billetero. Con la otra mano saqué un puñadito de monedas que llevaba en el bolsillo del pantalón y, de mala gana, tendí el dinero y la cartera a Byrnes.

—¡Quédese el cambio! —exclamó, sonriendo ante su propia broma, y el policía de paisano soltó una risita. Byrnes no tocó mi cartera; se limitó a sacudir la cabeza—. Primero cuéntelo.

Lo hice. Había en ella cuarenta y tres dólares. Cuando hube finalizado, Byrnes, que estaba garabateando en un pequeño bloc de notas, alzó la mirada hacia mí:

—¿Cuánto?

Se lo dije y anotó la cantidad, luego arrancó la página y me la entregó: un recibo escrito a mano por cuarenta y tres dólares, y lo firmaba «Thomas Byrnes, Inspector».

—Aquí no somos despreciables rateros, ¿sabe? —dijo, luego se volvió hacia Julia y le pidió que contara el dinero que llevaba en su bolso.

En él había nueve dólares, que él cogió. Luego le entregó un recibo junto con el bolso. Julia le dio ásperamente las gracias y le preguntó por qué nos quitaba el dinero.

—Podrían intentar escapar —contestó, encogiéndose de hombros—. Pero sin dinero no irían muy lejos, ¿verdad?

Regresamos al coche, Byrnes de nuevo frente a nosotros, vigilándonos, esperando. Al llegar a la Quinta Avenida, giramos rumbo a la parte alta de la ciudad.

—¿Adónde vamos? —pregunté.

—Pensaba que ya lo habían adivinado.

—Pues no.

—Entonces aguarde y lo verá.

Nuestro coche pasó por delante de Washington Square, que tenía el mismo aspecto que ahora, sólo que sin el arco. Incluso muchos de los edificios eran los mismos, sobre todo en uno de los laterales de la plaza, y por un instante me pareció imposible no ver a ningún automóvil por allí. A continuación, manzana tras manzana de casas, avanzamos por la avenida siguiendo el rítmico sonido de los cascos del caballo. De vez en cuando, los ojos de Julia coincidían con los míos. Yo forzaba una sonrisa tranquilizadora y lo mismo hacía ella. Luego miré a través de la ventanilla, en

un intento por interesarme por la gente y los edificios que dejábamos atrás, pero la convicción de que estábamos metidos en dificultades no me permitía concentrarme.

Cuando finalmente el coche se detuvo, entre las calles Cuarenta y siete y Cuarenta y ocho, supe adónde nos dirigíamos —y lo mismo pensó Julia, pues lo vi en sus ojos—, pero no conseguí adivinar por qué. Allí estaba, delante de la portezuela de nuestro carruaje, al otro lado de la acera, la mansión de Andrew Carmody en la Quinta Avenida, casi idéntica a la antigua mansión Flood de Nob Hill, en San Francisco, incluso en la magnífica verja de piedra y bronce que rodeaba el jardín delantero. La puerta del coche estaba abierta y el conductor hacía señas de que bajáramos, a punto para sujetar a Julia del codo mientras Byrnes me cogía de la muñeca.

Al llegar al amplio porche delantero, el policía tiró de la campanilla y todos esperamos. ¿Habría pensado Carmody, al vernos salir a Julia y a mí de la habitación contigua al despacho de Jake, que de algún modo formábamos parte del plan para hacerle chantaje? ¿Iría a acusarnos ahora?

Una doncella acudió a abrir; llevaba un vestido negro hasta los pies y manga larga, un enorme delantal blanco y una complicada cofia de encaje. Era una muchacha que no tendría más de quince años, de mejillas coloradas, como si acabara de frotárselas.

—Caballeros, señorita, pasen, por favor... Les están aguardando. —Lo dijo en un tono tan respetuoso, que dio la impresión de estar asustada.

Ni Byrnes ni el agente contestaron; se limitaron a indicarnos que entrásemos. Miré a la muchacha, sonreí y le di las gracias, para demostrarle lo patanes que eran los policías.

Nos encontrábamos en un amplio vestíbulo con un magnífico par de escaleras de madera oscura barnizada, que se curvaban en direcciones opuestas. Mientras seguía a la doncella, y a pesar de lo que nos ocurría, yo no paraba de mirar alrededor, especialmente en dirección al enorme salón que se extendía al fondo, a ambos lados de las escaleras. Vi espléndidas alfombras sobre un suelo de baldosas, paredes adornadas con molduras de estuco, globos de luz adosados a las paredes, mesas, sillas, jarrones desbordantes de flores.

Pasamos por debajo de un portal en forma de arco y nos encaminamos por un corto pasillo con el suelo de parquet barnizado y, tras franquear otro portal, entramos en una sala de estar absolutamente distinta de la de tía Ada. Era cuatro veces más grande, tenía vidrieras a lo largo de uno de los laterales, y su mobiliario era de estilo francés, elegante y tan ligero y delicado que apenas parecía utilizable. El trabajo de carpintería, así como la parte interna de las dos altas puertas de la sala, estaba todo pintado de blanco con adornos dorados. De todas las paredes colgaban cuadros y había bustos de mármol en las hornacinas con remates en forma de arco. Cerca de las

ventanas había un enorme piano de cola blanco y dorado, o tal vez fuese un clavicordio.

Era un salón magnífico, pintado con colores suaves, y de pie frente a la blanca repisa de una pequeña chimenea, como si la hubieran diseñado para ella, aguardaba la señora de Andrew Carmody, con un largo vestido rosa de mangas anchas y, en la mano, un abanico de marfil, sin abrir... La expresión de su rostro era idéntica a la que Julia y yo le habíamos visto la noche anterior en el Baile de Caridad, tan decidida como si en su vida no la hubiera asaltado la menor duda acerca de nada.

—Buenas tardes, inspector. Ya han avisado al señor Carmody de que usted había llegado. Bajaré enseguida... —Miró a Byrnes y sonrió con la misma naturalidad con que se había mostrado indiferente con los demás, como si no nos hubiera visto.

—Buenas tardes, señora Carmody. Espero que su esposo no sufra.

—Sus quemaduras son dolorosas, pero... —Encogió un hombro con delicadeza y una sonrisa radiante se dibujó en su rostro, como dando a entender que daba por concluida la conversación. Luego abrió el abanico y lo agitó un par de veces delante de su cara.

Para disimular el hecho de que no le hubieran indicado que tomara asiento, Byrnes se acercó a un busto de mármol de María Antonieta y se inclinó a inspeccionarlo.

Se oyeron unos pasos que bajaban lentamente por las escaleras del vestíbulo y luego seguían por el pasillo de parquet, pero al llegar a la puerta de la sala dejaron de oírse. Me volví hacia allí y vi que un hombre terriblemente vendado cruzaba poco a poco la gran alfombra en dirección al sofá. Un vendaje blanco le cruzaba la frente, le cubría las sienes y las mejillas y se ajustaba en torno al cuello. Pero la nariz y las estrechas franjas de piel que asomaban entre aquella y los bordes del vendaje estaban tan rojas y tumefactas, tan espantosamente chamuscadas, que cualquiera que fuese la capa de piel que aún le quedaba apenas bastaba para contener la sangre. Tenía el cabello completamente quemado y la parte superior de la cabeza hinchada y llena de costras. También los ojos estaban hinchados; parpadeaba constantemente y de vez en cuando los cerraba con fuerza. Llevaba un brazo vendado, en cabestrillo, y los extremos de los dedos sobresalían hinchados y cuarteados.

Se recostó en el sofá como si estuviera agotado. Vestía pantalones negros con finas rayas blancas y un batín azul marino, guarnecido con cordoncillo. Al lado del sofá, en una mesita plegable, había un vaso, una jarra, una cajita de pastillas y un termómetro. Carmody cerró los ojos, guardó silencio por unos instantes. Luego los abrió y empezó a hablar:

—Como pueden... —Una tos espasmódica le impidió proseguir, a la vez que de lo más profundo de su pecho brotaba un jadeo asmático. Lo intentó de nuevo, pero en un tono más bajo a fin de no provocar otro acceso de tos, con lo que le salió una

especie de suspiro—. Como pueden comprobar, en el incendio de ayer sufrí graves quemaduras... Aunque tuve suerte al poder escapar con vida. —De pronto, se vio obligado a respirar profundamente, y se llevó la mano al pecho, como si fuera a toser, pero tragó saliva dos veces y consiguió evitarlo. Por unos instantes permaneció inmóvil, con los ojos cerrados. Luego los abrió, echó un vistazo a Julia, después a mí, y finalmente asintió varias veces y, dirigiéndose a Byrnes, susurró—: Sí, son ellos. Gracias, inspector. Pero tome asiento, por favor.

—Oh, gracias —exclamó Byrnes, como si permaneciera de pie sólo porque se le había olvidado sentarse. Seguidamente acercó una pequeña silla al sofá y tomó asiento—. Bien, señor, ¿podría explicarnos lo ocurrido?

Permanecimos de pie mientras Carmody le contaba lo de la carta que Pickering le había enviado y su encuentro en el parque del City Hall.

—No dudé ni por un momento que dispusiera de documentos... Como contratista, yo había hecho trabajos honrados para el Ayuntamiento, de los cuales sin duda existían recibos de pagos. No todo lo que se hizo allí en la época de Tweed fue deshonesto...

—Claro que no.

—Sin embargo, aunque sus documentos fueran de escaso valor, ahora me hallo comprometido en unos negocios muy delicados, en los que se han invertido millones, y que podrían verse malogrados por culpa de chismorreos y difamaciones, por falsos que éstos fuesen. De modo que hice seguir al tal Pickering... Este ni siquiera se molestó en dar esquinazo al polizone, quien descubrió que vivía en el 19 de Gramercy Park. Entonces hice que averiguara los nombres de todos los que vivían con él en la casa, pues temí que algunos estuvieran implicados en aquel absurdo plan... Ayer por la mañana me reuní con Pickering, quien me llevó a su despacho secreto, en el antiguo edificio del *World*. Yo llevaba conmigo mil dólares en efectivo, y estaba decidido a pagárselos para librarme de él. Pero si Pickering hubiese insistido en que le diera un centavo más, habría hecho que usted lo detuviera en su propia casa...

—Por supuesto —dijo Byrnes, aunque necesité unos segundos para entenderlo.

Era una historia muy buena, pensé; de haber estado en su lugar, yo apenas la habría modificado. Deteniéndose de vez en cuando para toser, prosiguió diciendo que Pickering, consciente de que no tenía pruebas de ningún fraude, había accedido de mala gana a aceptar aquellos mil dólares. Que le había explicado qué era lo que había detrás de la puerta clausurada, y que, mientras seleccionaba de los archivos los documentos que debía entregarle a cambio del dinero, en el hueco del ascensor había estallado un incendio, ignoraba por qué motivos. Asombrado, había visto cómo nosotros —nos señaló— irrumpíamos por la puerta clausurada, yo saltaba sobre Pickering y luchaba cuerpo a cuerpo con él, mientras Julia empezaba a meterse el

dinero entre sus ropas. Luego había oído el crepitar de las llamas y visto cómo el humo subía por el pozo del ascensor, al tiempo que se escuchaban gritos de «¡Fuego!» y gente que corría. Se había visto obligado a escapar para salvar la vida... Empezó a toser con fuerza y la señora Carmody, tras dirigirnos una mirada agorera, se apresuró a acudir a su lado y le tendió el vaso de agua que había sobre la mesita, del que Carmody tomó un sorbo.

Mi única reacción fue mirarlo fijamente. Luego me volví hacia Julia y vi que ella también me observaba, tan perpleja como yo. Al principio no se me ocurrió por qué Carmody pretendía implicarnos, pero de pronto pensé que tal vez tuviese una leve sospecha, ya que Carmody empezó a sacudir la vendada cabeza con gesto de irritación, dejaba el vaso a un lado y se erguía sobre el sofá.

—Conseguí escapar por las escaleras de la calle Nassau —explicó con un ronco suspiro, que era el equivalente a un grito—. Uno de los últimos en hacerlo, imagino. Y a cambio de múltiples quemaduras en la cara, en la cabeza, en la mano y en el brazo, que, según asegura mi médico —añadió amargamente— me desfigurarán para el resto de mi vida. —La cara le quedaría desfigurada para siempre, añadió, permanentemente roja, y tanto en el rostro como en la cabeza le crecería ya muy poco pelo—. ¡Y vosotros sois los culpables! —exclamó, señalándonos con el dedo.

Sentí que lo creía así realmente, que nos hacía responsables de sus terribles heridas, y que nos odiaba por ello.

Como es lógico, concluyó, nosotros estábamos enterados del plan de Pickering. No podía ser de otro modo, al menos en lo que a mí se refería. De todos los que habitaban en la casa con Pickering, nosotros éramos los únicos cuya apariencia y edad coincidía con la descripción de la pareja que había entrado precipitadamente en el despacho. Por ese motivo había hecho que el inspector Byrnes nos llevara a su casa, para identificarnos. Carmody se recostó en el sofá y añadió:

—Y si Pickering todavía no ha dado señales de vida, entonces ellos son los responsables de su muerte. De no haber sido por la intromisión de estos dos, él habría podido escapar conmigo.

Byrnes se volvió hacia nosotros.

—Pickering sigue sin dar señales de vida.

—En ese caso, aquí están sus asesinos.

Nunca me había enfrentado a un odio semejante al que exteriorizaban aquellos ojos al mirarnos entre las vendas. ¿Tenía algún sentido que yo protestara con la verdad, que era él quien había iniciado el fuego, que no éramos nosotros sino él quien se había enzarzado en una pelea con Pickering y que era el único a quien podía culparse de la muerte de éste? Quise gritárselo, pero, en ese caso, ¿cómo explicar el hecho de que nos hubiésemos ocultado en el despacho contiguo al del Pickering? ¿Contándole al inspector todo lo referente al proyecto de Danziger? No había

explicación posible para nuestra presencia allí.

Byrnes me miraba fijamente.

—¿Y bien? —inquirió—. ¿Tienen algo que decirme ahora?

Al cabo de un momento, negué con la cabeza.

Entonces sonó la campanilla de la entrada. Oímos pasos en dirección a la puerta, ésta se abrió, se escuchó la voz de la doncella y a continuación la de un hombre. Seguidamente los pasos se acercaron por el pasillo, la doncella se quedó a un lado de la entrada y el agente que habíamos dejado en el 19 de Gramercy Park se presentó con el casco debajo del brazo. Entonces hizo una auténtica reverencia: agachó la cabeza humildemente, retrocedió un paso y levantó un dedo para atusarse el bigote. Carmody asintió con gesto regio y la señora Carmody inclinó graciosamente la cabeza. La breve ceremonia duró varios segundos en realidad, y si yo no lo hubiera sabido con anticipación, habría averiguado que aquella casa era el hogar de gente rica y poderosa, y que aquellos dos policías así lo entendían.

—¿Y bien? —preguntó Byrnes, y su voz indicó que su posición en aquella estancia era muy superior a la del agente uniformado.

—En efecto, señor. —El sargento se desabrochó dos botones del abrigo del uniforme por encima del cinturón, introdujo la mano y, con el sentido instintivo del drama que todos poseían desde la cuna en aquella época, se acercó a la mesita que había junto al sofá de Carmody y, hasta que no llegó a su lado, no sacó el fajo de billetes de banco sujeto mediante una faja de papel, que depositó sobre la mesita.

—He encontrado esto, señor. En el dormitorio de él... —Me señaló con un movimiento de la cabeza—. La casera me indicó cuál era su habitación y el dinero estaba en su maletín, debajo de algunas prendas.

Quedé paralizado, tal como suena. No podía moverme ni hablar... Byrnes se había acercado a la mesa y se inclinó para examinar los billetes.

—¿Es éste su dinero, señor?

Carmody volvió lentamente la cabeza, como si le doliera, y posó los hinchados ojos sobre el dinero.

—Sí. Los billetes están marcados... Mi banco los identificará, uno por uno.

Byrnes cogió el fajo, se volvió, y se acercó a Julia y a mí mientras se metía el dinero en un bolsillo interior de la chaqueta.

—Bueno. —Se detuvo delante de mí y con tono casi alegre preguntó por tercera vez—: ¿Tienen algo que decirme ahora?

—No hay nada que decir. —Me encogí de hombros—. Él miente, y el dinero es una prueba amañada para sostener su mentira. —Ignoraba si el término era correcto, pero aun así Byrnes me entendió, porque asintió—. Nosotros nunca hemos tocado ese dinero... —De pronto me interrumpí, pues se me había ocurrido algo—: ¿Han examinado las huellas digitales? —pregunté excitado—. ¡Verá como encuentran las

de él! —Señalé hacia el sofá—. ¡Pero no las mías, ni las de la señorita Charbonneau!

—¿Qué es lo que no vamos a encontrar?

—Nuestras huellas digitales.

—No sé de qué me habla.

Y era cierto. Me di cuenta de que lo decía en serio. Desconozco cuándo se había aplicado el descubrimiento de las huellas digitales como identificación policial, pero era indudable que en 1882 todavía no.

—No se preocupe... Él está mintiendo. Eso es todo lo que tengo que decir.

—Bien, es posible —admitió Byrnes.

El sargento se acercó a él y le susurró algo al oído. Byrnes asintió y el sargento salió. El inspector me miró con expresión reflexiva por un momento y a continuación se frotó la barbilla, como si considerara sinceramente la posibilidad de que yo dijese la verdad.

—Tenemos una acusación y una negativa. Si ustedes dos son los responsables, sólo el señor Carmody los vio. Pero díganme una cosa: ¿Estaban ustedes allí, ocultos en el despacho contiguo al de Pickering? ¿Por algún motivo inocente, tal vez? —Sonrió, invitándonos a responder.

Pero yo era perfectamente consciente de que no podía admitir que hubiese estado allí. ¿Cómo explicar nuestra presencia? Si reconocía que habíamos estado allí pero no podíamos aclarar por qué, la acusación de Carmody parecería cierta... Me apresuré a negar con la cabeza.

—No... La única relación entre Pickering y nosotros era que vivíamos en la misma casa de huéspedes. No sabemos nada sobre su chantaje a este hombre, ni siquiera si se lo hacía. Empiezo a sospechar que el señor Carmody mató a Pickering y dejó que se quemara. Ahora teme que se conozca la verdad y quiere un chivo expiatorio antes de que empiecen a interrogarlo. Dado que nosotros vivimos en el mismo sitio que Pickering, ha ocultado el dinero en mi bolsa, o ha ordenado que alguien lo hiciera, y ahora nos acusa a nosotros.

—Es muy posible —dijo Byrnes con tono de comprensión—, si ayer no estaban en el edificio del *World*... Y usted asegura que no estaban, ¿verdad? —Asentí, y entonces Byrnes se acercó a la puerta y llamó—: ¡Sargento!

Inmediatamente sonaron pasos en el pasillo y el sargento apareció por el umbral, con su casco todavía debajo del brazo, como un jugador de fútbol americano. A continuación, un hombre pasó por su lado y entró en la estancia. Al instante caí en la cuenta de que lo conocía, aunque por unos segundos no logré ubicarlo... Saludo cortésmente a la señora Carmody con una inclinación de la cabeza y luego miró la figura vendada del sofá, aunque apartó la vista de inmediato. Nos examinó detenidamente a Julia y a mí durante un momento y luego asintió en dirección a Byrnes.

—Sí, son ellos —admitió al tiempo que observaba unas fotos que sostenía en la mano y que yo reconocí: eran las copias de las fotografías que antes nos habían tomado a Julia y a mí—. Los he reconocido por las fotos —dijo, a la vez que se las tendía a Byrnes—. Tal como le dijo el doctor Prime, escaparon por el mismo sitio que él, y yo los ayudé a subir a mi despacho... —Volvió a mirarnos a Julia y a mí, y en sus ojos había sincera preocupación—. Si están ustedes metidos en dificultades, lo lamento... —añadió, como si se disculpase con nosotros por tener que hacer aquello.

Byrnes le dio las gracias y J. Walter Thompson, en cuya oficina habíamos conseguido refugiarnos tras huir del edificio en llamas la mañana anterior, saludó a todos los presentes y se marchó. A pesar de lo que acababa de hacer, era un hombre considerado, y casi sentí deseos de correr tras él y asegurarle que su pequeña empresa iba a ser un éxito y que incluso iba a perdurar.

Estábamos metidos en graves apuros. «¿Tienen algo que decirme ahora?», había preguntado Byrnes en el coche, camino de la Jefatura de Policía, y luego en varias ocasiones más. Era indudable que, de haber estado en el incendio del edificio del *World*, habríamos tenido algo que decirle, a menos que pretendiéramos ocultar algo. Intencionadamente, nos había ofrecido la posibilidad de hablar —ahora estaba seguro—, con la certeza de que cualquier explicación que diéramos después de que se nos acusara, semejaría sin duda una mentira. Nos había atrapado con inocentes palabras, pero comprendí que, a pesar de su cómica forma de hablar, aquél era un hombre peligroso.

—Lo felicito, señor —dijo dirigiéndose al hombre vendado del sofá—. Tengo la impresión de que ha atrapado a un par de asesinos.

—Gracias a usted. Cuando me encuentre algo más recuperado y regrese a Wall Street, me gustaría reiterarle mi agradecimiento. En mi despacho. ¿Todavía mantiene su interés por esa zona, inspector?

—Oh, por supuesto.

—Espléndido, porque todos lo apreciamos sinceramente. Desde que estableció usted la barrera en la calle John no se ve por allí ni un ratero, ni un alborotador. No lo entretengo más, inspector. Sé que va a estar muy ocupado asegurándose de que estos dos no escapen a la justicia. Una vez que lo haya conseguido, venga a verme a mi despacho.

—Cuenta con ambas cosas, señor.

Yo escuchaba, azorado, cómo aquellos dos negociaban con nosotros como si fuésemos moneda. Pero cuando me volví hacia Julia y sonreí para tranquilizarla, no mentía; estábamos metidos en dificultades, pero sabía que la posibilidad de que Carmody probara su acusación ante un tribunal —al fin y al cabo era su palabra contra la nuestra— sería muy distinta de convencer al inspector Byrnes.

Antes de que transcurriera un minuto, supe que el inspector también estaba

pensando en ello, y empecé a alegrarme. El sargento nos cogió del brazo y abandonamos la casa, seguidos de Byrnes. En la acera, éste se adelantó a fin de abrir la puerta del carruaje, pero entonces, con una mano en el pomo, se detuvo y se volvió con actitud reflexiva hacia nosotros.

—En un juicio, él los acusaría y ustedes lo negarían. Está el dinero hallado en su dormitorio y la declaración de Thompson. Pero no debemos olvidar el tufillo del Círculo de Tweed en torno a Carmody, ¿no es así? Y él accedió a pagar el chantaje, por pequeño que fuera. —Guardó silencio por unos segundos mientras nos estudiaba atentamente, y a continuación abrió la portezuela—. Suba, sargento —le ordenó, y el policía lo miró sorprendido, pero nos soltó el brazo e hizo lo que se le pedía. Luego Byrnes se volvió hacia nosotros, de espaldas al oficial, y habló con rapidez; estoy seguro de que ni éste ni el cochero lo oyeron—: Ha hablado usted de derechos constitucionales —murmuró, como si esa frase le intrigara—. Bien, de acuerdo. Creo que es demasiado pronto para arrestarlos. Habrá que buscar más pruebas... —Guardó silencio, sin dejar de mirarnos, y luego pareció tomar una decisión—. Váyanse —dijo—, pero no salgan de la ciudad, ¿entendido? —Por nuestra expresión, debió de darse cuenta de que no estábamos seguros de que hablara en serio—. ¡Lárguense! —añadió casi con amabilidad, y ofreció a Julia una especie de afecto paternalista, al menos hasta donde aquel duro rostro era capaz de expresar.

No era el momento de esperar a que cambiara de opinión, pensé, de modo que cogí a Julia del brazo y nos alejamos rápidamente por la Quinta Avenida en dirección contraria a la que llevaba el carruaje. Dimos quince pasos, veinte, treinta, y Byrnes no cambiaba de opinión ni nos llamaba. No pude resistir la tentación de mirar hacia atrás. Él todavía estaba al lado del coche, observándonos.

—¡Sargento! —gritó de pronto al tiempo que abría de golpe la portezuela y nos señalaba—. ¡Los prisioneros se escapan!

Me detuve con la mano en el brazo de Julia y la obligué a volverse conmigo. Yo no conseguía entender aquella situación. Porque el sargento asomó la cabeza por la ventanilla y nos apuntó con el dedo. Pero no se trataba de un dedo, pues vi un destello y oí un estampido, y a continuación el silbido de una bala al cortar el aire cerca de nuestras cabezas.

Entonces nuestra mente se puso en funcionamiento. Corrimos desesperadamente y oímos de nuevo la detonación del revólver del sargento, el agudo silbido, y a continuación vimos que una astilla saltaba de la balastrada de la casa que teníamos delante. De nuevo se escuchó el estampido asombrosamente fuerte del enorme revólver y luego, al llegar a la esquina, volví la mirada hacia atrás. Byrnes estaba en la calle, sosteniendo el brazo del sargento para obligarlo a apuntar hacia arriba. Yo sabía que no lo hacía para salvarnos, sino porque entre nosotros y el arma había demasiada gente que, desconcertada, se detenía a mirar.

Habíamos doblado por la calle Cuarenta y siete y corríamos con todas nuestras fuerzas; Julia se recogía la falda con una mano y la gente nos observaba asombrada. Al otro lado de la calle, un hombre que había delante de la entrada del hotel Windsor cruzó la calle hacia nosotros indicándonos con la mano en alto que nos detuviéramos, al tiempo que nos decía algo. No logré saber qué, pero levanté el puño y él se detuvo junto al bordillo, mientras pasábamos por su lado. Aquélla era una larga manzana transversal, una interminable hilera de casas idénticas, y a mitad de camino Julia empezó a jadear.

—No puedo más... Tengo que parar.

Aminoramos el paso y miré hacia atrás. Sin embargo, aunque la gente nos miraba, se asomaba a las ventanillas de los coches o se volvía hacia nosotros en el asiento de las carretas de reparto, nadie salió en nuestra persecución, y tampoco había señales de Byrnes o del sargento. Ignoro por qué razón.

Llegamos a la avenida Madison. Un tranvía que se dirigía hacia el sur acababa de detenerse en la esquina de enfrente, de modo que bajamos a la calle, ayudé a Julia a subir en marcha a la plataforma trasera, y la seguí. El vehículo avanzaba tan rápido como podíamos haberlo hecho nosotros si hubiésemos corrido a toda velocidad y sin parar, lo cual era imposible. Además, de ese modo pasaríamos más inadvertidos. Pagué nuestros pasajes, tomamos asiento y miramos por la ventanilla, recuperando el resuello al tiempo que procurábamos no llamar la atención. Pero nadie se fijó en nosotros. Los pasajeros contemplaban a través de las ventanillas la misma calle tranquila por la que yo había paseado dos días antes, con la cámara de Félix. La gente tosía, bostezaba, subía y bajaba del tranvía, o avanzaba por el pasillo haciendo crujir la paja, que nos llegaba hasta los tobillos y cuya misión, supuestamente, era mantener calientes nuestros pies, pero no lo conseguía. En la calle Cuarenta y cuatro, y de nuevo en la Cuarenta y tres, miré hacia la izquierda y vi que la Estación Central estaba exactamente donde se suponía que debía estar, y donde la había visto innumerables veces, sólo que en aquellos momentos era de ladrillo rojo y piedra blanca, y su altura no superaba los tres pisos.

Al frente, en la calle Cuarenta y dos, había mucha actividad, mucho ruido. Oíamos el interminable traqueteo de las ruedas metálicas sobre el adoquinado, y vi que dos guardias dirigían el tráfico. Uno era bajito, el otro alto, pero los dos tenían un vientre prominente, que combaba el largo abrigo azul de uniforme. Las vías trazaban una curva hacia la calle Cuarenta y dos, y el policía alto que se hallaba junto a ellas miró en dirección a nuestro tranvía, se quitó el casco y echó una ojeada al interior.

Nos acercábamos a él a medida que el tranvía describía la curva, y cuando estuvo directamente debajo de nuestra ventanilla, me incliné por encima del regazo de Julia a fin de atisbar dentro de su casco y ver qué estaba mirando. No creo que nunca me haya sentido tan sorprendido. Allí, metida en el fondo de la copa de su casco, estaba

mi propia cara, mirándome. Al lado estaba la de Julia —una vez más eran las fotos que nos había tomado la policía, montadas sobre cartulina dura—, y entonces comprendí por qué el fotógrafo de Byrnes había salido literalmente corriendo con sus placas. A partir de ese momento, y trabajando lo más rápido posible, habían sacado copias de nuestras fotos. Y mientras nos dirigíamos hacia la casa de Carmody, mientras escuchábamos a éste, a Byrnes y a Thompson, habían repartido aquellas fotos a todos los policías que salían a patrullar por la ciudad. ¡Habían ordenado nuestra búsqueda cuando aún estábamos detenidos!

De pronto, el policía de la calle Cuarenta y dos alzó la vista y comprendí, demasiado tarde, que durante la última hora o más había estado comparando nuestras imágenes de las fotos con la cara de todos los transeúntes así como con la de los ocupantes de todos los carruajes que pasaban por su lado. Era probable que hubiesen ofrecido una recompensa para el agente que consiguiese detenernos. Nuestras miradas coincidieron y, a dos palmos de mi cara, vi que el hombre abría desmesuradamente los ojos, sorprendido, y —lo que mayor asombro me causó— que el miedo asomaba en ellos. Ignoro hasta qué punto les habrían advertido sobre nuestra peligrosidad pero, a pesar de que nos hallábamos a la distancia de un tranvía, en su voz percibí un tono de apremio cuando se volvió gritando a su compañero. El otro contestó, si bien no logré entender qué le decía, y ambos empezaron a correr por el centro de la calle en nuestra persecución.

Venían unos veinte metros más atrás pero no ganaban terreno; corrían pesadamente, la cabeza echada hacia delante, sosteniéndose el voluminoso vientre con una mano. Era una imagen muy similar en todos los aspectos a muchas otras que había visto en las películas cómicas del cine mudo. Ya no gritaban, pues necesitaban todo el aire para seguir corriendo. Pero el más pequeño cogió la larga porra que le colgaba del ancho cinto, la levantó por encima de la cabeza y la blandió amenazadoramente. Entonces la semejanza con los policías de las películas mudas fue total, hasta en los bigotes que ambos ostentaban.

Sólo que en aquellos dos policías no había nada de divertido. Eran absolutamente reales, y yo sabía que si nos atrapaban podríamos terminar en la prisión de Sing Sing. Ni el cochero ni el cobrador los habían visto, aunque un par de pasajeros habían vuelto la cabeza hacia atrás al mismo tiempo que Julia y yo. Estaba seguro de que el tranvía se detendría al llegar a la Estación Central, y los policías nos atraparían en cuestión de segundos. Me puse de pie y cogí a Julia de la mano. Tratando de aparentar tranquilidad, avancé hacia la parte delantera del tranvía, con Julia pisándome los talones. Pasamos ante el cobrador, a quien sonreí, y salimos a la plataforma abierta de delante.

Justo enfrente de la Estación Central, en lo alto del centro de la calle, se levantaba el pequeño edificio de madera y tejado a dos aguas de una estación del Elevado, hacia

la cual ascendían varias escaleras a los lados de la calle Cuarenta y dos. Tenía el aspecto de una línea secundaria, que seguramente conectaba con la línea principal de la Tercera Avenida, y vagamente se me ocurrió un plan, si es que podía llamarse así. Había cuatro escaleras que conducían a la estación, dos a cada lado de la calle, y aquella se encontraba justo al final de la vía del ramal secundario. Se podía acceder a la estación por cualquiera de los cuatro tramos de escalera, y si subíamos corriendo tendríamos exactamente las mismas posibilidades que los policías: mientras cada uno subía por un tramo, nosotros podríamos escapar por los otros dos.

Era todo lo que se me ocurría, y, de pie en la plataforma, murmuré:

—Salta y echa a correr cuando yo lo haga.

Julia sonrió y asintió como si le hubiera hecho un comentario sin importancia. Observé al conductor, que tiraba de las riendas, y sentí el cuerpo que se inclinaba hacia delante a medida que el tranvía frenaba. Luego di un codazo a Julia y ambos saltamos y echamos a correr. Primero por el centro de la calle, paralelos al caballo, a continuación nos agachamos para pasar entre dos carretas —una cargada con grandes pilas de barriles— y subimos a la acera. Luego iniciamos la ascensión saltando los peldaños de dos en dos; Julia iba delante, corriendo a la misma velocidad que yo.

La gente que bajaba no nos prestó especial atención, se limitaba a apartarse a un lado para dejarnos paso, y me di cuenta de que en la Estación Central no era nada extraño ver gente bajar o subir corriendo por las escaleras. Oí gritos a nuestras espaldas, y al llegar al descansillo volví la cabeza. El policía más alto llegaba al primer peldaño —corría más rápido de lo que yo había creído—, y nos apresuramos a entrar en la estación. Allí dentro fingí una sonrisa, nos acercamos a la taquilla y saqué del bolsillo dos monedas de cinco centavos. Entonces sentí que Julia tironeaba de mi manga. La miré y, mientras aguardaba a que el hombre de la taquilla arrancara perezosamente dos billetes de su tira, observé que fuera, al final de la vía única, un tren de un solo vagón estaba esperando, con el frente de la locomotora casi a la altura de la caseta de la estación. En el interior del vagón había un anciano, con las manos juntas y la barbilla apoyadas sobre el puño del bastón, aguardando tranquilamente a que el tren se pusiera en movimiento. Sentado en el extremo más alejado del vagón, el cobrador miraba por la ventanilla hacia el otro lado de la calle. Por un instante resultó tentador, pero al coger nuestros billetes miré a Julia y sacudí la cabeza: no podíamos arriesgarnos a que nos atraparan en el interior del vagón, lo cual sin duda ocurriría si por cada una de las dos puertas entraba un policía.

Nos apresuramos a salir al andén y, al pasar junto a la locomotora, me volví hacia las escaleras por donde acabábamos de subir. Observé que tras el último peldaño asomaba un casco de policía, y luego la cara de éste.

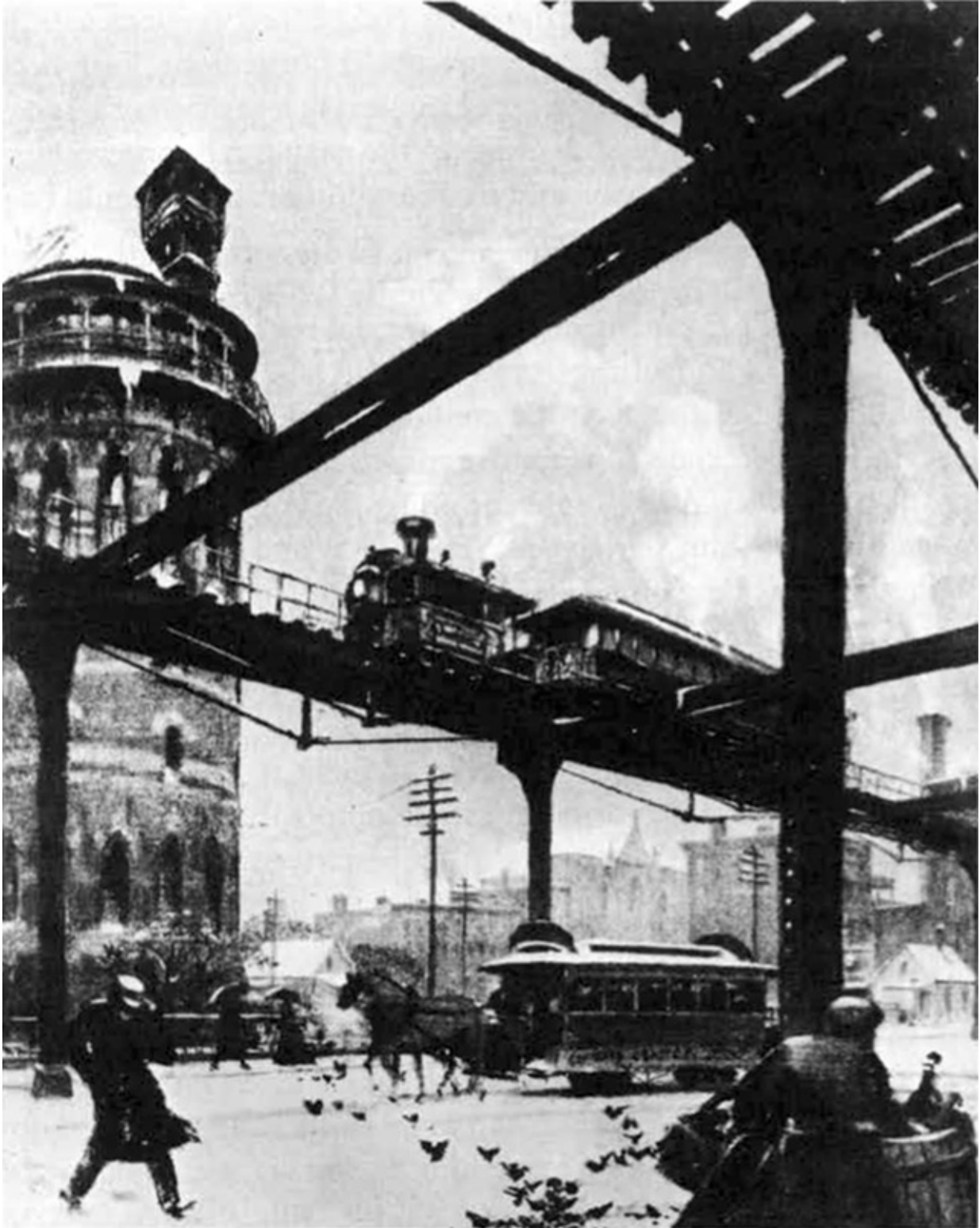
Cuando advirtió nuestra presencia, Julia y yo echamos a correr por el andén en dirección a las escaleras del extremo contrario, y al pasar por delante del vagón oí

que el cobrador cerraba de golpe la portezuela metálica de la plataforma descubierta, la cual no debía de llegarle más arriba de la cintura. La pequeña máquina de vapor soltó un pitido y, al volverme, vi que el diminuto eje de arrastre se ponía en movimiento. Entonces el vagón pasó rodando por nuestro lado y Julia soltó un gemido de decepción. ¡Podríamos haber subido!

Pero ya era demasiado tarde. Entre resoplidos, la locomotora dio marcha atrás y empujó el vagón en su trayecto de vuelta por la vía única, al tiempo que ganaba velocidad y el cobrador cerraba la portezuela de la plataforma trasera. En ese preciso instante el casco del segundo agente asomó por las escaleras hacia las cuales corríamos. ¡Habían adivinado nuestras intenciones! Me volví en redondo y vi que a unos quince metros de distancia el segundo policía corría hacia nosotros por el andén sujetándose el casco con una mano.

Nunca he sido de esos que piensan con rapidez en casos de emergencia. Es decir, no es que no piense con rapidez, sino que, en general, lo que pienso es lo menos adecuado. En esta ocasión, sin apenas reflexionar, me volví hacia Julia, que iba a mi lado. La cogí por la cintura, la levanté en vilo y la dejé caer al otro lado de la plataforma trasera del vagón, que en aquellos instantes pasaba por nuestro lado. Seguidamente —cuando el policía bajito estaba a punto de atraparme, pues sentí su mano deslizarse por mi espalda cuando me volví— salté por el hueco de la puerta al interior de la locomotora, giré con celeridad y la cara del policía que se disponía a seguirme, chocó directamente contra la palma de mi mano. El agente dio un traspié y se quedó en medio del andén, mirando el tren alejarse.

El maquinista, que estaba asomado a la ventanilla para vigilar la vía que tenía al frente, no advirtió que yo subía de un salto a la locomotora. De pie ante el hueco de la puerta, yo sabía muy bien dónde me encontraba. Íbamos justo por encima de la calle Cuarenta y dos, avanzando hacia el este más allá de la Estación Central. Luego hice un dibujo, que se reproduce abajo, en el momento en que nuestro tren salía de la Estación Central y del andén del Elevado. La Tercera Avenida, hacia la cual nos dirigíamos, está a la derecha, y lo que se ve debajo del tren es la calle Cuarenta y dos. Al mirar hacia arriba, en el espacio que desde siempre había visto ocupado por el afilado rascacielos del edificio Chrysler sólo descubrí la mancha gris del cielo invernal. Luego bajé la vista y, allí donde debiera estar la base del Chrysler, se levantaba la torre circular de ladrillo rojo y piedra blanca que puede apreciarse en el dibujo, la cual superaba en algo más de tres metros la altura de las vías sobre las cuales avanzábamos. Y en ese momento, mientras nos trasladábamos por aquella ciudad en parte familiar y sin embargo completamente extraña, repentinamente hostil, sentí que una oleada de nostalgia estaba a punto de apoderarse de mí, y tuve que cerrar por un instante los ojos para luchar contra aquella emoción.



Al cabo de unos segundos ya estábamos frenando, y entramos entre los dos andenes gemelos de la estación situada en el otro extremo del ramal, cuya longitud era de dos manzanas. Por lo tanto, no era absurdo pensar que aquellos policías hubieran bajado corriendo desde la calle Cuarenta y dos, o incluso que hubieran confiscado un coche o una carreta, de manera que me quedé en la puerta de la locomotora mirando hacia delante, en dirección a la línea de la Tercera Avenida, confiando en que estuviera a punto de entrar algún tren al que pudiéramos transbordar. Sin embargo, no había ninguno a la vista, y en cuanto la plataforma de

madera del andén se materializó ante mí, salté a ella —no creo que el maquinista se hubiera percatado de mi presencia siquiera— y dejé que mi propio impulso me llevara hasta el vagón de delante, a punto de detenerse. Julia estaba de pie ante la puerta, al lado del cobrador.

—Esto va contra la ley, ¿sabe? —me espetó el hombre, colérico.

Yo no sabía si se refería al hecho de haber ayudado a Julia a saltar a la plataforma o a que yo viajase en la locomotora. Le dije que lo sentía y le entregué nuestros pasajes. Luego —ansioso por pedirle que abriera la portezuela, pero a la vez temeroso de que actuara intencionadamente más despacio que nunca— esperé a que perforara con meticulosidad los billetes y me los devolviera. Luego le di las gracias, y sólo entonces abrió la portezuela para dejar salir a Julia. De inmediato, corrimos hacia las escaleras.

Creo que si los dos policías lo hubieran intentado, habrían conseguido darnos alcance y aguardar a que bajáramos por las escaleras que conducían a la acera de la Tercera Avenida con la calle Cuarenta y dos. Pero para eso habrían tenido que correr como nunca lo habían hecho en sus años de servicio, de modo que no nos alcanzaron. No obstante, al otro lado de la calle había un policía haciendo su ronda. Primero se asomó al interior de una taberna por encima de los batientes que tapaban la entrada hasta la altura del pecho, luego se encaminó hacia el bordillo de la esquina y allí se quedó, como un hábil profesional del espectáculo, haciendo girar su porra por el extremo de la correa. Tuve la sensación de que había dedicado más tiempo a hacer girar la porra que a atrapar delincuentes, y cuando giramos hacia el sur y nos alejamos por la Tercera Avenida, caminando lo más rápido posible, aunque, como es lógico, sin correr, me alegré de que aquella fuera su demarcación. Julia me miró inquisitivamente e intuí qué quería decirme. ¿Estarían nuestras fotografías dentro de su casco también? Me encogí de hombros. Si no estaban, no tardarían en estar. Todos los policías de la ciudad debían de tenerlas ya, para pasárselas al turno siguiente. Y probablemente hubiese también más policías haciendo la ronda, tanto de uniforme como de paisano. La recompensa que Carmody había ofrecido casi abiertamente a Byrnes sería importante si nos cogían y condenaban o nos mataban «al intentar escapar»; cualquiera de ambas soluciones sería válida. Byrnes era listo y sabía que nuestra «huida» o fuga se aceptaría como una confesión de culpabilidad.

El policía de la esquina estaba a media manzana de nosotros ahora y ni siquiera nos había mirado de reojo. Pero el siguiente podría ser distinto. Y si ése no lo hacía, entonces lo haría el que apareciera a continuación. Sencillamente, no podíamos deambular por las calles manzana tras manzana; si lo hacíamos, nos atraparían en cuestión de minutos... Y tomar un transporte público sería igualmente riesgoso. Teníamos que retirarnos de la circulación cuanto antes. Subir a un cabriolé, pensé con nostalgia, en el que sentarnos y recorrer las calles sin que nos vieran, con tiempo para

pensar. Pero Byrnes conocía las dificultades de la gente que pretendía esconderse. Para eso hacía falta dinero, y él se había quedado con el nuestro.

—Julia, ¿tienes amigos que puedan esconderte por unos días, o prestarte algo de dinero?

—En Brooklyn sí; vivimos allí hasta hace dos años. Pero los únicos amigos de aquí a los que podría pedirles una cosa así viven en Lexington con la Sesenta y uno, y...

—Demasiado lejos, demasiado lejos... —Me sentía desorientado—. ¿Dónde estamos ahora, Julia? ¿En la Cuarenta y uno? ¿Cuál es el puente más cercano? Es posible que aún no los vigilen y podamos...

—Sólo hay un puente, Si. El de Brooklyn, y está muy lejos, en el centro.

Asentí al tiempo que echaba una ojeada a los escaparates de las tiendas al pasar, para ver si en ellos se reflejaba alguien que nos estuviera siguiendo o se dispusiera a pedirnos la documentación. Nunca había sido tan consciente de que Manhattan era una isla, y no muy grande, además, ya que su perímetro podía recorrerse en un día.

—No quiero que nos atrapen sentados en un transbordador, como a un par de ingenuos. Necesitamos dinero, ¡maldita sea! Para ocultarnos en un hotel donde puedan servirnos la comida. ¿Y si telefoneáramos a tu tía...? —Me detuve a mitad de la frase.

—¿Cómo?

—No me hagas caso.

Pero me había oído.

—No conozco a nadie que tenga teléfono... Ni siquiera a alguien que haya visto alguno.

—¡Lo sé, lo sé!

—Podríamos enviar a un mensajero. Hay una oficina aquí cerca.

—Pero habría que esperar la respuesta, ¿o no?

—Sí.

—Cuando el muchacho volviera, el policía que, estoy seguro, debe de vigilar la casa, vendría con él. ¡Dios, cómo me gustaría que hubiera salas de cine! Entre los dos seguramente juntaríamos el precio de una entrada barata y podríamos aguardar sentados hasta que oscureciera.

—¿Salas de cine?

Perdería la razón si persistía con aquello, me dije.

—Tenemos que separarnos, Julia. Hasta que anochezca. Ellos buscan a una pareja; no se lo hagamos tan fácil. Oscurecerá dentro de cuarenta minutos, una hora como máximo. Entonces intentaré entrar a hurtadillas en la casa. Tengo dinero en mi habitación. Nos encontraremos dentro de hora y media en... ¿Cuál es el sitio más indicado cerca de casa? ¡En Madison Square! Cruza la plaza como si te dirigieras a

alguna parte y yo te seguiré. Si no estoy allí, inténtalo al cabo de media hora. Si no aparezco, olvídame y... —me encogí de hombros— haz lo que mejor te parezca. ¿Entendido?

Antes de que pudiera responder, miré hacia el escaparate de la tienda por delante de la cual pasábamos. La entrada estaba situada entre dos paneles de cristal que formaban un ángulo de cuarenta y cinco grados con la acera. En ellos se reflejaba casi media manzana a nuestras espaldas, y vi que un hombre se acercaba corriendo a nosotros en silencio. Aunque iba vestido de paisano, con un abrigo largo y un sombrero hongo, no podía disimular que se trataba de un policía. Corría de puntillas sin hacer ruido, y se hallaba a unos cien metros de distancia. Sin volverme, susurré:

—Julia, tienes que echar a correr. Hacia la esquina. Dobla por allí y sigue corriendo. Hazlo ahora mismo. ¡Ya!

No vacilé ni un segundo ni perdí tiempo en mirar hacia atrás, sino que se recogió la falda y echó a correr. Yo me volví y me dirigí de inmediato hacia el centro de la calle. Allí volví la cabeza hacia la acera y me quedé esperando. Entonces el hombre que corría hacia nosotros tuvo que elegir entre seguirme a mí o ir en pos de Julia, con lo cual no sabría que hacía yo a continuación. Estaba obligado a decidirse por mí, y lo hizo inteligentemente: primero pasó corriendo por mi lado como si fuera a perseguir a Julia, y por un instante pensé que lo haría. Luego giró rápidamente en ángulo recto y vino por mí. Pero yo había echado un vistazo a una columna de metal de las que sostenían las vías del Elevado, y me acerqué a ella. Permanecimos quietos por unos segundos, separados por la columna, mientras tratábamos de engañarnos el uno al otro. Luego él se abalanzó sobre mí, pero me aparté rápidamente y eché a correr.

Él podía dispararme... Probablemente lo habría hecho si yo hubiese empezado a coger ventaja, y a aquella distancia nunca habría fallado. Era inútil seguir corriendo, de manera que hice la única cosa que me quedaba por hacer: di media vuelta y me arrojé literalmente a sus tobillos, en una acción que probablemente nunca había visto hacer a nadie con anterioridad. En el fútbol americano se suele placar por detrás, pero yo lo hice de frente. Yo había jugado algo al fútbol en el instituto, antes de que los jugadores fueran demasiado corpulentos para mí. Así que le golpeé las espinillas con mi hombro izquierdo, lo agarré con fuerza de las rodillas mediante una llave tan ilegal que me habría valido una penalización de cien yardas, y el policía cayó hacia delante, por encima de mi espalda, dando de bruces en el adoquinado. Pensé que me había roto el hombro, y el entumecimiento me recordó por qué había abandonado yo aquel deporte, pero enseguida me puse de pie y corrí en dirección contraria. Al mirar hacia atrás vi que el policía aún seguía tendido en el suelo. Seguí corriendo por el centro de la calle, mientras los carreteros me miraban extrañados. Entonces me volví de nuevo. El policía estaba ahora de rodillas, y del bolsillo trasero sacaba un gran

revólver niquelado. Proseguí por el lado de las columnas opuesto a él y por encima del hombro continué echando fugaces ojeadas hacia atrás. El policía apuntó cuidadosamente, sujetando el arma con ambas manos; era indudable que pretendía matarme. Me detuve y al instante reemprendí la carrera, en un intento por hacerle fallar la puntería. Disparó y la bala se estrelló contra una columna, produciendo una extraña reverberación. La gente quedó paralizada en las aceras, pero nadie hizo el menor gesto de salir al centro de la calle. Al llegar a la esquina doblé en dirección contraria a la que había seguido Julia, y oí una nueva detonación. Me examiné el cuerpo mentalmente y llegué a la conclusión de que no me había herido.

Había doblado ya la esquina y estaba fuera de la línea de fuego. El policía se encontraba muy lejos, probablemente intentando ponerse de pie, y comprendí que si el aliento no me fallaba podría llegar hasta la Segunda Avenida. Recorrí los últimos doce metros jadeando, mirando hacia atrás, pero el policía seguía sin aparecer. En la Segunda me dirigí hacia el sur y comprendí que, como no existían radios ni coches patrulla, y apenas si había teléfonos, volvía a estar momentáneamente a salvo.

Cuatro manzanas más adelante entré en una taberna, ordené una jarra de cerveza, tomé un par de sorbos, luego me dirigí hacia los lavabos por un oscuro pasillo y, tras descansar allí unos seis o siete minutos, regresé y tomé un par de tragos más. De pie ante la barra había una media docena de hombres, que no me prestaron ninguna atención. Seguidamente me acerqué a la mesa de comida gratis y cogí un emparedado de jamón, dos huevos duros y un pepino encurtido, y regresé a la barra, donde di cuenta de ellos junto con el resto de la cerveza. Antes de salir cogí otro par de huevos duros y un grueso bocadillo de queso, y me los metí en el bolsillo del abrigo.

Pasé un cuarto de hora de pie en un callejón, frente a un portal cerrado con llave. De vez en cuando sacaba el reloj y lo miraba como si esperase a una persona, por si alguien estaba mirando desde uno de los pisos de arriba. Luego volví a ponerme en marcha y bajé por la Segunda Avenida. En dos ocasiones pasó un ómnibus, pero yo los evitaba; quería tener libertad para moverme en las cuatro direcciones... En la calle Treinta y siete vi a un policía, y dejé la Segunda Avenida para trasladarme a la Tercera, donde volví a encaminarme hacia el sur. Siete u ocho manzanas después, un policía salió de la calle Veintinueve, a menos de diez metros de distancia, y me miró.

—¡Alto! —ordenó, al tiempo que empezaba a caminar con paso rápido en mi dirección.

Me detuve. Estaba demasiado cerca para echar a correr; me habría disparado por la espalda. Unos pasos más adelante, en el bordillo de la acera, un hombre y una mujer se habían detenido también. Entonces el policía se sacó el casco y se detuvo frente a la pareja. Mientras yo pasaba por su lado, procurando que mis pasos fueran lo más silenciosos posibles, a la vez que intentaba hacerme invisible, el policía sacó las fotografías del interior del casco. Vi que la pareja era muy joven y que el vestido de

la chica, que asomaba por debajo del abrigo, era del mismo color que el de Julia, aunque no del mismo tono, y que el abrigo del joven recordaba vagamente al mío. Pero ambos coincidían con la descripción que Byrnes había dictado, y mientras doblaba por la calle Veintinueve oí que el agente ordenaba al joven que volviese la cabeza, por lo que supuse que estaría comparando su cara con mi foto. Tan rápido como pude, y sin llamar su atención, me dirigí hacia la avenida Lexington. Allí, un par de faroleros bajaban por la acera, encendiendo las farolas, y antes de llegar a Gramercy Park, en la calle Veintiuno, ya había oscurecido.

El rectángulo rodeado por la cerca que constituía Gramercy Park se interponía entre yo y el número 19. Me quedé en la zona de sombra entre dos farolas y, a través de las ramas sin hojas y los negros barrotes de la cerca, atisé la casa por encima del césped cubierto de nieve y los arbustos. Las ventanas de la planta baja —la sala, el comedor y la cocina— estaban iluminadas, así como dos del primer piso. Había visto a alguien cruzar ante una de las ventanas de abajo —debía de ser Byron Doverman, o tal vez Félix Grier—, con un periódico en la mano. Y, en aquel instante, una de las luces de arriba se apagó. Luego, apenas visible entre los arbustos y árboles que se interponían, descubrí que al otro lado de la plaza un policía paseaba lentamente por delante de la casa.

Cuando llegó a la esquina de la plaza dio media vuelta y, con idéntica parsimonia, desanduvo el camino hasta llegar a la esquina opuesta, donde volvió a girar sobre sus talones. Entonces saqué el reloj y lo cronometré; invirtió aproximadamente un minuto y medio en llegar nuevamente ante la casa. Seis veces, con el reloj en la mano, cronometré su ronda, y en cada ocasión invertía un minuto y medio en llegar de la esquina a la casa. Si yo adecuaba mis movimientos a los suyos, podría perfectamente rodear la plaza hasta la esquina, y entonces, cuando me diera la espalda después de pasar por delante de la puerta, cruzar la calle, subir rápidamente por los escalones de la entrada, abrir la puerta con mi propia llave y entrar antes de que él diera media vuelta para regresar. Luego subiría a mi habitación, cogería el resto del dinero, volvería a bajar, vigilaría al policía por la rendija de la puerta y, cuando no pudiese verme, volvería a salir y cruzaría la calle.

Pero no me moví. ¿Era realmente tan sencillo engañar a Byrnes? El inspector había ideado una trampa para Julia y para mí, sin descuidar nada hasta el momento. Aquel agente, tan fácil de burlar, ¿sería lo que parecía? Me quedé vigilándolo, y una vez más realizó su ronda exactamente como las otras veces. Quizá fuese lo que aparentaba, no el propio Byrnes sino un simple policía, un ser humano que desempeñaba un trabajo cansado y que se dejaba arrastrar por la rutina. Me desplacé unos metros a lo largo de la cerca para seguir vigilándolo, y entonces lo descubrí: en el parque, absolutamente inmóvil —debía de estar congelado a pesar de las múltiples capas de ropa que llevaba—, había un hombre sentado en un banco frente al número

19. Vestía prendas oscuras, llevaba levantado el cuello del abrigo y, camuflado en la penumbra del parque, resultaba casi invisible. Permanecía allí sentado, esperando a que yo o Julia adecuáramos inteligentemente nuestros movimientos a los del policía que hacía la ronda por la calle, mientras él vigilaba. Luego, cuanto la puerta de la casa se cerrara a nuestras espaldas, emitiría un suave silbido y el agente daría de pronto media vuelta y correría hacia allí.

Retrocedí un par de pasos, apartándome del parque, luego di media vuelta y me alejé. Estaba a pocas manzanas de Madison Square y, aunque las recorrí con cautela, ahora sabía que iban a atraparnos. A menos que dejara a Julia en la estacada —algo que no estaba dispuesto a hacer—, Byrnes nos cogería. Nos llevaría a un callejón sin salida. Sin dinero ni comida, sería inútil que nos ocultáramos. Todo marchaba según sus planes, y lo sabía incluso antes de que nos hubiese atrapado. ¿Acaso quería vernos muertos, para evitar así detenernos? Tal vez. Sería una forma sencilla y rápida de celebrar la reunión en el despacho de Carmody en Wall Street. ¿O haría lo contrario? Lo más probable era que le tuviese sin cuidado. Nuestra «fuga» probaba que éramos culpables, o al menos desestimaba cualquier afirmación de inocencia. Para dos personajes tan poderosos como Byrnes y Andrew Carmody no sería difícil que, después de nuestro intento de fuga, un tribunal de 1882 nos condenara por asesinato. Y todo cuanto podía hacer yo al respecto era no separarme de Julia. Tendría que limitarme a eso y a esperar contra toda esperanza... la verdad era que no sabía de qué.

La vi entrar en la plaza desde la Quinta Avenida. Con paso rápido, decidida, su larga falda se recortaba contra la luz de una farola mientras avanzaba por un sendero, luego se difuminó entre las sombras y volvió a perfilarse al acercarse a la siguiente luz amarillenta. Me encontré con ella en el extremo de la plaza que daba al centro de la ciudad. Al advertir mi presencia, sonrió aliviada. La cogí del brazo y caminamos hacia el otro extremo de la plaza, como si supiéramos a donde nos dirigíamos. Mientras caminábamos, le conté lo ocurrido, que seguíamos sin dinero, y por un segundo cerró los ojos y suspiró.

—¡Oh, Dios mío!

—¿Qué te ocurre?

—Estoy muy cansada, Si. Sencillamente, no puedo seguir caminando interminablemente... —Luego me apretó el brazo debajo del suyo y volvió a sonreír.

Yo no sabía qué hacer para infundirle ánimos. Julia me contó que, tan pronto como nos habíamos separado, se había detenido en una oficina de mensajeros y había enviado una nota a su tía. En ella la informaba de que se encontraba bien, que estaría ausente por un tiempo, y que ya se lo explicaría todo cuando regresara. Mientras tanto, no debía preocuparse.

—Por supuesto que va a preocuparse —dijo Julia—. Pero al menos ahora tiene

noticias de mí. Era lo mejor que podía hacer. Desearía...

Sentí que su brazo se tensaba bruscamente, y observé que dos policías cruzaban la Quinta Avenida hacia la plaza. De inmediato dimos media vuelta y caminamos a toda prisa en dirección contraria, confiando en que no nos hubieran visto todavía a través de los árboles y los arbustos. Podía parecer inútil, pero instintivamente retrasábamos el momento de nuestra detención.

Cuando nos acercábamos al extremo sur de la plaza y distinguimos la calle Veintitrés, descubrí a un policía en la acera de enfrente. Se encontraba de espaldas y no nos había visto; probablemente estaría pensando en cualquier cosa menos en nosotros. Sin embargo, si salíamos del parque y pasábamos por su lado nos vería, de modo que dimos media vuelta y seguimos por el mismo sendero. Delante, todavía a unos dos tercios de la plaza donde nos hallábamos, los dos policías se acercaban caminando, charlando entre sí. Podíamos ir tanto a la derecha como a la izquierda, poco importaba, de modo que en el primer cruce que encontramos giramos en dirección a la Quinta Avenida. Julia caminaba con paso rápido a mi lado, pero cuando habló comprendí que estaba a punto de echarse a llorar.

—Tengo que parar, Si. Lo necesito. Deja que me siente en este banco. Tú puedes seguir... Regresa más tarde y, si todavía estoy aquí...

Pero yo negué con la cabeza. Tiré de ella con fuerza, obligándola a seguir, corriendo casi. Había algo en aquel sendero, en el aspecto de los árboles, en el modo en que estaban dispuestos los bancos, que de pronto me resultaba familiar. Había paseado por allí con anterioridad, y... ¡Sí! Al llegar a la curva del sendero, de pronto surgió ante nosotros una silueta informe y oscura, borrosa tras la pantalla de árboles sin hojas, pero aun así la reconocí. Y, al completar la curva, de pronto lo vi con claridad, recortándose contra el cielo oscuro: ¡el brazo derecho de la estatua de la Libertad, con la punta de la gran antorcha asomando por encima de los árboles!

Subimos rápidamente y en silencio por la escalera de caracol, y al llegar arriba nos sentamos en la plataforma circular que constituía la base de la gran llama metálica. La barandilla ornamental nos ocultaba, pero a la vez nos permitía ver a través de ella, y durante un minuto, supongo, permanecemos en silencio, mirando la ciudad en penumbras, escuchando el sonido y contemplando las titilantes luces del tráfico de la Quinta Avenida. El aire era helado. Percibíamos el frío del metal a través de las ropas, pero por el momento —sólo con permanecer sentados, sin tener que seguir andando— nos bastaba con estar allí. Si alguien subía en busca de nosotros, como muy bien podía suceder, no habría escapatoria. Byrnes no nos había encontrado, pero como mínimo nos había empujado a un callejón sin salida. Sin embargo, momentáneamente carecía de importancia. A la débil luz de las farolas de la plaza, vi el brillo mate y levemente irisado del cobre moldeado sobre el cual Julia apoyaba la cabeza, y advertí que sonreía, agotada.

—¡Qué bien! —murmuró—. Es una dicha poder descansar un rato. —Abrió los ojos y, al ver que yo la observaba, esbozó una sonrisa para indicar que eso no le importaba—. Si sólo tuviera algo para comer...

Entonces me acordé y, sonriendo, extraje del bolsillo el bocadillo y los huevos chafados, cuya cáscara se había convertido en pequeñas partículas, y se los tendí. Julia no se entretuvo en preguntar de dónde los había sacado, se limitó a sacudir la cabeza, maravillada, y empezó a comer el bocadillo. Me ofreció una parte, pero le dije que yo ya había comido y dónde, y dejé que ella saciara su hambre.

Pasamos la noche sentados en la parte superior de la escalera de caracol, al resguardo del leve viento que se había levantado. Nos sentamos juntos, acurrucados en el cuarto escalón del final de la escalera, de modo que los nuestros quedaban al nivel de la plataforma y por debajo de la barandilla podíamos contemplar la ciudad. Me senté medio ladeado de cara a Julia, rodeándola con mis brazos, su cabeza apoyada en mi pecho... El frío era tolerable allí, porque estábamos lejos del viento, e incluso me gustaba. Julia se quedó dormida casi de inmediato, pero durante un rato seguí sosteniéndole la cabeza y contemplando la ciudad. Todo cuanto veía era oscuridad, salpicada por algunas luces. Luego éstas se apagaron poco a poco, hasta que todo fue negrura y silencio, y entonces, también yo me dormí.

Despertamos en dos ocasiones, helados y entumecidos, y nos levantamos para estirarnos y flexionar los dedos. La segunda vez, con mucho cuidado de no hacer ruido, salimos al exterior y paseamos en torno a la plataforma circular, dando una docena de vueltas mientras observábamos los árboles de abajo y los senderos iluminados del parque, o atisbábamos por encima de la ciudad, que seguía en penumbra. De nuevo allí dentro, acurrucados para darnos mutuamente calor, mis brazos otra vez en torno a Julia, comprendí que ya había dormido todo cuanto me permitiría el frío metal de la escalera. Aún me sentía cansado, pero el sueño me había ayudado.

—¿Estas despierto? —susurró.

Asentí, y al hacerlo rocé su cabello, con lo cual supe que había captado mi respuesta.

—Yo también —añadió.

Y entonces, sin haberlo planeado, sin haber reflexionado en ello antes de que mis palabras surgieran en voz baja, le expliqué quién era yo y para qué había ido allí. Sentí que había llegado el momento y que ella tenía el derecho a saberlo. Le hablé del proyecto, de Rube, del doctor Danziger, de Oscar Rossoff, de mi vida en aquel tiempo tan lejano. Mi voz era un murmullo ininterrumpido, apenas audible más allá de su oreja; le hablé de mis preparativos con Martin, de mi vida en el Dakota, del primer intento exitoso, de mi llegada a su casa. En dos ocasiones alzó la cabeza y estudió mi cara todo lo que se lo permitía la oscuridad apenas mitigada, luego volvió

a apoyarla en mis brazos y me pregunté en qué estaría pensando. Lo ignoraba. Sabía que yo estaba violando una regla fundamental del proyecto, y que nadie de los que participaban en él entendería aquello. Pero sentí que estaba haciendo lo que debía. Cuando por fin concluí, aguardé su reacción.

Sentí que Julia respiraba hondo y luego dejaba escapar un suspiro.

—Gracias, Si —dijo—. Eres el hombre más comprensivo que he conocido en mi vida. Me has ayudado a pasar esta larga noche. Nunca me había sentido tan cautivada desde que era una niña y leí *Mujercitas*... Deberías escribir esta historia y tal vez ilustrarla. Estoy segura de que *Harper's* te la publicaría... Ahora creo que volveré a dormir un rato.

—Bien —dije, y sonreí para mí en la oscuridad; no había sido más que una historia que me había inventado para entretenerla. ¿Qué diablos había creído que iba a pensar ella? Al cabo de cuatro o cinco minutos, también yo me sumí en el más profundo de los sueños.

Cuando por fin desperté, tuve la extraña sensación de que era el final de la noche, de que no faltaba mucho para que amaneciese, y lo lamenté. Por incómodo que fuera, también había sido bueno estar allí con Julia. Ahora ya no quedaba nada por delante, excepto un día que no llegaríamos a superar. Probablemente pudiésemos comprar algo para el desayuno, luego sólo nos quedaría la posibilidad de seguir caminando —con todo el cansancio del día anterior en las piernas al cabo de una hora— hasta el momento en que nos detuvieran... Quizá debiéramos entregarnos enseguida, pensé. Así al menos estaríamos calientes y podríamos dejar de huir.

No había claridad. Aún faltaba mucho para que saliera el primer rayo de sol, aunque la oscuridad ya empezaba a diluirse débilmente. Si miraba hacia fuera, ahora distinguía los recargados adornos de la barandilla.

Una vez más, la extrañeza del lugar en que nos encontrábamos se apoderó de mí. Tuve que repetirme que por increíble que fuera nos hallábamos en lo alto del brazo y la antorcha de la estatua de la Libertad. Y entonces se me ocurrió la idea. ¿Podría lograr que ocurriera? Lo consideré y pensé que quizá lo lograra. Con cuidado, estreché a Julia entre mis brazos, apreté mi mejilla contra su cabeza y la mantuve muy cerca de mí, tanto como me fue posible. Luego, empleando la técnica que Oscar Rossoff me había enseñado, empecé a liberar mi mente del tiempo en que me encontraba; porque aquella gran mano de metal, junto con su antorcha, también formaba parte de los dos Nueva York que yo había conocido, y existía en ambos. Y dejé que el siglo xx volviera a revivir en mi mente. Luego me repetí dónde estaba, dónde estábamos los dos, Julia y yo... Y sentí que ocurría.

Al apretar mis brazos, incrementando incluso la presión sobre ella, sentí que se agitaba y advertí que abría los ojos. Al volverlos hacia mí, había desconcierto en su mirada.

—¿Dónde...? —Seguidamente miró alrededor y, acordándose, exclamó con una sonrisa—: ¡Oh!

La solté y me levanté, entumecido. Ella también se levantó, y ambos salimos a la plataforma. La oscuridad estaba extinguiéndose y una blanca luminosidad flotaba en el aire, aunque todavía no podíamos ver realmente. Pero en cambio lo oímos. Yo lo esperaba, y fui el primero en reconocer el sonido, al tiempo que miraba a Julia de reojo. Observé una expresión de desconcierto en su rostro, luego se volvió hacia mí y frunció el entrecejo.

—¿Olas? —inquirió—. Oigo olas, Si... ¡Te lo juro! —Luego husmeó al aire—. También huelo a mar. —Estaba asustada—. Si, ¿qué...?

Pasé el brazo en torno a sus hombros y susurré:

—Hemos escapado, Julia... La historia que te conté anoche era cierta. Te dije la verdad, Julia. Te he traído conmigo a mi propio tiempo...

Ella me miró fijamente a la cara, vio la verdad en mis ojos, y enterró el rostro en mi pecho.

—¡Oh, estoy asustada, Si! ¡No me atrevo a mirar!

Frente a nosotros todo el cielo se hallaba iluminado ahora, con un tono rosado en el horizonte, y las pequeñas olas del puerto de pronto se hicieron visibles a lo lejos.

—Sí que te atreves —le dije y, cogiéndola del mentón, le levanté la cabeza y la obligué a volverla hacia el este, por encima de la barandilla. Entonces Julia miró y vio el agua y el puerto en la distancia, y de inmediato descubrió la capa verde gris, la pátina de varias décadas sobre la gigantesca antorcha de cobre que se elevaba detrás de nosotros, y empezó a temblar.

Se estremeció bajo mi brazo, aterrorizada, aunque era incapaz de dejar de mirar. No hacía más que volver la cabeza de un lado al otro, observándolo todo, sin parar de repetir: «Oh, Si», en un tono de miedo y excitación.

Estaba pálida, y al llevarse una mano a la mejilla, observé que temblaba, pero empezó a sonreír.

A lo lejos, el primer rayo de sol acarició la línea del océano y los buques se hicieron visibles. Luego, cuando el sol asomó por el horizonte, cogí a Julia del brazo y paseamos en torno a la pequeña barandilla de la plataforma circular. Al llegar al otro lado, ella se detuvo bruscamente y quedó sin aliento al descubrir, al otro lado del puerto, los altos rascacielos que se elevaban en la orilla misma de la isla de Manhattan. Miles de ventanas centelleaban anaranjadas al despuntar el día.

Tomamos la primera barcaza de turistas que regresaba a Manhattan, y el grupo de visitantes invernales que la llenaban miraron con curiosidad a Julia mientras esperábamos a subir a bordo. A mí no me hicieron caso, mi abrigo y la gorra de pieles no eran muy distintos de los de muchos otros. Aquélla era la única barcaza del día que regresaba a Nueva York sin pasajeros, exceptuándonos a nosotros. La siguiente dejaría a los recién llegados y se llevaría de regreso a la primera tanda, y así sucesivamente durante todo el día. Fue una suerte, pues no me sentía de humor para que me mirasen con curiosidad. Sin poder disimular cierta actitud beligerante, el controlador me preguntó de dónde salíamos. Le dije que habíamos perdido la última barcaza del día anterior y que habíamos pasado la noche en la isla. Necesitó un par de segundos para decidir qué opinar sobre lo que yo le decía, luego sonrió lascivamente y nos hizo señas de que subiéramos. Nuestra indumentaria no pareció preocuparle en absoluto.

En cuanto la barcaza enfiló el canal, subimos a la segunda cubierta por la escalera interior. Allí, al aire libre, Julia observaba paralizada cómo los rascacielos de la punta de la isla se hacían cada vez más grandes. Disponíamos de una vista completa y sin obstáculos del bajo Manhattan, de New Jersey, del sur de Brooklyn, de Staten Island y del puerto en dirección al puente Verrazano, y durante diez minutos ella se limitó a mirar fijamente, sin decir nada. Luego se apoyó contra mí y, sin apartar ni por un instante los ojos de los enormes edificios que se apiñaban en el extremo de Manhattan —hermosos en aquellos momentos, bajo el sol de la mañana—, preguntó:

—¿Qué hace que se aguanten?

Le expliqué lo que sabía, o lo que creía saber, sobre los armazones de acero, pero me detuve a mitad de la frase. Ella no estaba escuchando, no había oído ni una sola palabra. Se limitaba a mirar, hasta que de pronto me agarró del brazo y su rostro se iluminó.

—¡El nuevo puente! —exclamó, señalando el puente de Brooklyn sobre el East River, a la derecha de Manhattan.

Un buque de carga que se dirigía hacia el mar iba aumentando de volumen a medida que se acercaba, y Julia lo observó con atención. Cuando por fin pasó, bastante cerca de nosotros, y sus laterales de acero se elevaron, enormes, a nuestro lado, se apretujó contra mí y pestañeó con aprensión.

—¿No corre peligro de volcar? —susurró.

Le dije que era imposible, pero cuando miramos la negra pared del enorme buque deslizarse ante nosotros, y percibí el fragor de sus hélices, comprendí lo que ella

debía de sentir. Parecía imposible que algo tan grande y tan alto pudiera flotar en el agua, y me pregunté qué habría dicho Julia si en aquellos momentos, increíblemente, el *Queen Elizabeth* hubiera pasado humeando por allí.

En ese instante, un avión, un cuatrimotor de hélices, cruzó el cielo gris, no demasiado alto, a unos tres mil metros de altitud. Me sentí feliz, satisfecho de poder enseñarle lo que tal vez fuera el símbolo de aquel siglo en particular.

—Mira, Julia —dije al tiempo que señalaba hacia arriba, pues ella había oído el ruido pero no sabía de dónde provenía—. Aquello es un avión. Un aeroplano...

Aguardé, supongo que en actitud algo presuntuosa, a que Julia se asombrara. Pero ella alzó la vista por unos segundos, sonrió ligeramente, interesada y complacida, aunque no asombrada. Luego me hizo un gesto con la barbilla.

—He leído sobre ellos en las obras de Julio Verne. Claro que ahora vosotros los tenéis. Me encantaría volar en uno. ¿Hay muchos? —Sin embargo, una vez más se había vuelto hacia lo que realmente la sorprendía: los acantilados llenos de ventanas que se alzaban en la orilla de Manhattan.

—Bastantes —respondí con una sonrisa, enormemente satisfecho.

Al bajar de la barcaza no vimos inmigrantes en el Battery Park. Pero tras cruzar el pequeño parque, Julia se detuvo bruscamente y se llevó una mano al pecho. Al principio pensé que se sentía abrumada ante la proximidad de los altos edificios y la estrechez de las calles atestadas de taxis, coches y peatones, así como por el ruido, ya que al del tráfico habitual había que añadir el traqueteo ensordecedor de un martillo neumático. Pero Julia no observaba los coches ni los edificios, sino a la gente, a la gente corriente que pasaba por nuestro lado. La observé detenidamente y descubrí que no era la forma en que iba vestida lo que la había obligado a detenerse. Recordé el repentino temor que se había apoderado de mí al ver realmente viva, respirando, a la gente de 1882, porque en aquellos momentos tuve la seguridad de que en la cara de Julia veía la misma extrañeza vertiginosa. En la estatua de la Libertad, ella era tan consciente de su propia apariencia, que los pasajeros que desembarcaban de la barcaza apenas le habían parecido reales. Pero ahora, como me había ocurrido a mí la primera vez, los veía pasar por su lado sin que repararan en ella, y eran personas vivas, que se movían, que hablaban..., gente que pertenecía a una vida posterior a la de ella. Cuando volvió la mirada hacia mí, estaba nuevamente pálida, y todo lo que hizo fue sacudir la cabeza, en silencio, asustada.

Caminamos por Broadway y, al pasar por delante de lo que quedaba del Bowling Green, le pregunté:

—¿Sabes dónde estamos?

Mis palabras la sobresaltaron, como si le hubiera preguntado por una ciudad del extranjero en la que nunca hubiese estado. Mientras intentaba adivinarlo, miró arriba y abajo por la calle, luego se volvió hacia mí, todavía asustada por todo lo que veía,

aunque también sonriente.

—No.

—Al final de Broadway.

—¡No! ¡No es posible! —De nuevo miró arriba y abajo por la calle, y entonces su sonrisa se esfumó—. Oh, Si..., ya no queda nada de lo que yo conozco. Nada...

—Aguarda —dije y, cogiéndola del brazo, caminamos con paso rápido un par de manzanas más.

Entonces ella aminoró la marcha y al dirigir la mirada al frente, al otro lado de la calle, quedó boquiabierta. Seguimos unos cincuenta metros, nos detuvimos en el bordillo, y entonces Julia descubrió, al otro lado de la calle, perdida al final de un desfiladero de piedra y cristal, la Trinity Church. Luego echó la cabeza hacia atrás, para observar los gigantescos rascacielos que empequeñecían por completo la construcción que había sido la más alta de la isla de Manhattan.

—No me gusta, Si... —dijo volviéndose hacia mí—. ¡No me gusta ver a Trinity de esta manera! —De nuevo miró al otro lado de la calle y elevó la vista hacia el lejano cielo, por encima de los enormes edificios. Sin embargo, cuando volvió a bajarla, sonreía—. Pero me gustaría subir a uno de estos edificios. —Cerró con fuerza los ojos por un instante, al tiempo que fingía un estremecimiento—. Como mínimo, Broadway es tan ruidoso como siempre. —Volvió a examinar la ajetreada calle—. ¡Qué extraño no ver un solo caballo! —De pronto se dio cuenta—: ¡Si! ¡Todo mi mundo ha desaparecido!

Cogimos un taxi en la esquina y, mientras girábamos por la calle Nassau, le expliqué lo de las calles con dirección única. Julia miraba apreciativamente por la ventanilla, de modo que bajé la voz para que el taxista no me oyera:

—Esto es un automóvil —dije.

—¡Lo sé! —exclamó, y de inmediato también bajó la voz—. Recuerdo tu dibujo de Madison Square. Los he reconocido en cuanto los he visto... ¡Me gustan los automóviles! ¡Esto es muy divertido! —Acarició admirada la tapicería—. Me gustaría que tía Ada pudiera verlos. ¡Mira! —exclamó al tiempo que señalaba un pequeño descapotable rojo—. ¡Qué bonito! ¡Y lo conduce una mujer! ¡Cómo me gustaría conducir uno! —El taxista redujo la velocidad, pues el semáforo de la calle Nassau cambiaba de verde a rojo, y Julia lo captó de inmediato—. Muy inteligente. ¿Cómo diablos no se nos había ocurrido esto? Claro que detrás de los cristales de colores hay luz eléctrica, ¿verdad?

Bajamos donde la calle Nassau se unía con Park Row, y el taxi se quedó esperando junto a la acera. Le señalé Park Row en dirección a Broadway.

—Ahí es donde estaba el hotel Astor, Julia. Construyeron otro en la parte alta de la ciudad, por la calle Cuarenta y cuatro, aunque tampoco existe ya. —Volví a señalarle algo, esta vez una construcción que no creo que yo hubiera visto nunca—. Y

ahí es donde estaba el edificio de Correos.

Cada vez que yo señalaba algo, Julia miraba y asentía ante lo que yo le decía. Pero no creo que entendiera realmente el significado de que allí hubiera estado el hotel Astor, o que allí se hubiera levantado el edificio de Correos.

Pero entonces soltó una leve exclamación de sorpresa y placer al ver el City Hall y el Palacio de Justicia, ambos exactamente iguales a como ella los conocía, y comprendió que la plaza que había allí delante era el parque del City Hall. Por lo que yo podía apreciar, aquello tampoco había cambiado. Las pequeñas modificaciones que pudiese haber no eran apreciables para ninguno de los dos. Julia lo contempló desde el otro lado de la calle y sonrió sinceramente aunque con cierta emoción. Por un instante asomó el brillo de una lágrima en sus ojos; sin embargo, ante el placer de lo que estaba viendo, pronto se disipó.

—Me alegro, Si —dijo con voz muy queda—. Me alegro mucho de que no haya cambiado. ¡Qué feliz me hace comprobarlo!

Orientada ahora por vez primera, Julia comprendió de pronto dónde estábamos, y de inmediato se volvió para confirmarlo. Asentí, ella se volvió de nuevo y, después de que hiciera señas al taxi de que nos siguiera, caminamos por Park Row, al lado de lo que en otro tiempo había sido el edificio del *Times*, todavía en pie, aunque muy cambiado. Entonces nos detuvimos en el lugar donde se había levantado el edificio que había quedado destruido por el incendio. Un edificio tan viejo ahora como antes lo había sido el del *World*, cuando se erigía en aquel lugar. Era igualmente insulso, e increíblemente similar al anterior; daba la sensación de que lo hubieran edificado inmediatamente después del incendio.

Nos quedamos mirándolo, desconcertados. Visualicé por un instante, sin dificultad, las grandes llamas anaranjadas reptando por las ventanas del viejo edificio, percibí el olor de la negra humareda, oí el rugido huracanado del incendio que en aquellos momentos se había borrado de la memoria de la humanidad, a excepción de la mía y la de la joven que tenía a mi lado, y me pregunté qué habría sido de la vida de Ida Small. Seguimos acercándonos y apoyé la palma de mi mano sobre la pared del edificio, y lo mismo hizo Julia. Permanecemos así por unos segundos, palpando la realidad de la piedra que se alzaba allí en aquellos momentos, notando cómo absorbía el calor de nuestras manos, y que debería haber sido real. Pero Julia me miró y sacudió la cabeza, y yo asentí.

—Lo sé, para mí tampoco es real —dije, y metí la mano en el bolsillo de mi abrigo mientras ella deslizaba la suya en el manguito.

Julia se aproximó al bordillo de la acera, donde el taxi estaba aguardándonos, se volvió hacia el viejo edificio y señaló:

—Ahí es donde colgaba el letrero del *Observer*. —Miró de reojo al taxista, que fingía no habernos oído, luego se acercó a mí y, con un susurro, añadió—: Si,

¿puedes creer que hace sólo dos días que nos arrastramos por aquel letrero? —Señaló el viejo edificio del *Times*—. Y allí está la misma ventana por donde entramos en la oficina del señor J. Walter Thompson.

Asentí, y sonreí ante lo difícil que resultaba ahora imaginar todas aquellas cosas.

—Su agencia de publicidad todavía existe. Creo que es la más grande del mundo, o poco le falta.

—¿De veras? —preguntó con expresión de alegría, como si recibiera buenas noticias de un viejo amigo—. Me hace feliz saberlo, porque era un hombre muy agradable.

Subimos nuevamente al taxi y continuamos camino. Julia no paraba de mirar alrededor. Casi todo era totalmente desconocido para ella, un lugar completamente nuevo, exceptuando lo que le informaban los letreros amarillos de las calles. Y, una y otra vez, la oía murmurar:

—Ya no está... Ya no está... Ya no está...

No sé qué pensaría el taxista, porque no dejaba de observarnos por el espejo retrovisor. Pero cuando sus ojos coincidieron con los míos y fue a decir algo, le dirigí una mirada severa. La verdad era que no me gustaban los taxistas de Nueva York — se les ha hecho una publicidad exagerada y eso los ha vuelto arrogantes—; no me interesaba escuchar ninguna frase ingeniosa que aquel tipo quisiera soltar... Ahora Julia sabía también que él estaba escuchando todo cuanto decíamos, y cuando nos deteníamos en los semáforos veía que desde los coches y los camiones que se paraban a nuestro lado observaban nuestra indumentaria y luego nos miraban a la cara. Pero hay que reconocer que eso nos habría ocurrido más a menudo si hubiéramos ido andando o nos hubiésemos detenido en la calle. Aunque, la verdad, no creo que a nadie le importara; seguramente suponían que nos dirigíamos a alguna clase de ensayo, probablemente a rodar un anuncio para la televisión. Pero Julia era muy consciente de sus miradas, y cuando el taxista nos dio otro repaso a través del retrovisor, me susurró al oído:

—¿Tardaremos mucho en llegar a tu casa, Si?

Respondí que no, e indiqué al taxista que fuera directamente. Sin embargo, todavía efectuamos otro desvío. En la Tercera Avenida, cuando nos acercábamos a la calle Veintitrés, indiqué al conductor que doblara a la izquierda. Y cuando él empezó a recordarme, en tono de tipo listo, las instrucciones que le había dado antes, lo atajé:

—¡A la izquierda por la Veintitrés!

Rodeamos Madison Square y nos dirigimos hacia el sur por Broadway, pasando por el lado oeste de la plaza. Julia me agarró de pronto del brazo, tal como había pensado que haría.

—¡Si! —murmuró—. ¡Ha desaparecido!

—¿El qué?

—¡El brazo! ¡El brazo de la estatua de la Libertad! —Supongo que el taxista debía de estar a punto de enloquecer de frustración—. Claro que era lógico... Sin embargo, ahora sé que ha ocurrido de verdad, y que toda la estatua se halla en el puerto. —Me cogía del brazo, y noté que me lo apretaba contra su costado—. Da un poco de miedo —añadió, y tuvo que hacer esfuerzos para sonreír.

Mientras esperábamos en el semáforo de la calle Veintitrés, Julia se dedicó a mirar a través del parabrisas, sin importarle ya la reacción del taxista.

—El hotel Quinta Avenida —dijo, señalando—. Tampoco está... —Se volvió a mirar por encima del hombro a través de los árboles de la plaza—. Todos los hoteles han desaparecido... Y también Delmonico's.

En la calle Veintidós, mientras esperábamos en el semáforo para doblar a la derecha, Julia señaló:

—El teatro Abbey Park también ha desaparecido... ¿Y la Milla de las Damas, Si? Asentí.

—Ya no está. Todo ha desaparecido. —La luz del semáforo cambió y doblamos a la derecha—. Aquello que tenemos al frente es la avenida Lexington. Podemos girar al sur allí, y a una manzana de distancia se encuentra Gramercy Park. Tu casa todavía está en pie. ¿Quieres verla?

—¡Oh, no! —Sacudió violentamente la cabeza—. No podría soportarlo, Si.

A Julia le encantó el ascensor de mi casa. Aunque no la mujer de mediana edad que sostenía un perrito de lanas entre los brazos y no paró de inspeccionar su indumentaria, hasta que llegamos a mi piso. Yo guardaba una llave metida en una rendija que había entre el bastidor de la puerta y la pared del pasillo, más o menos a un metro de altura del suelo. Con un papel doblado varias veces hice palanca y la saqué, luego abrí la puerta e indiqué a Julia que entrara. En cuanto cruzó el umbral, pulsé el interruptor que había en la pared y la lámpara del techo de la sala se encendió, lo cual fue casi tanto una novedad para mí ahora como lo era para Julia. Esta sonreía como una chiquilla y miraba de la lámpara al interruptor de la pared, y de nuevo a la lámpara. Al menos repitió ese gesto tres veces seguidas. Luego me miró, vacilante, y yo asentí. A continuación cogió con cautela el interruptor entre el índice y el pulgar y lo pulsó hacia arriba. La lámpara se apagó y Julia la miró fijamente.

—Qué maravilla —murmuró—. Una luz tan clara, y siempre que una quiera... Tan fácil como esto —añadió, y bajó de nuevo el interruptor.

—Yo prefiero la luz de gas —dije, aunque era algo tan increíble que ella ni se molestó en contestar. Sin apartar los ojos de la lámpara, volvió a mover el interruptor y la apagó.

Cogí dinero de debajo del forro de papel de uno de los cajones y bajé a pagar al taxista. Cuando volví a subir, Julia seguía mirando la lámpara, fascinada, encantada,

encendiéndola y apagándola una y otra vez.

La ayudé a quitarse el abrigo, que colgué en el armario junto con el sombrero y el manguito. Entonces Julia levantó la mano hacia el cabello y se produjo un momento de extrañeza y embarazo entre los dos. Creo que fue el acto de quitarse el abrigo y el sombrero lo que hizo que se diese cuenta de que estaba a solas conmigo en mi apartamento, algo que sin duda consideraría incorrecto, al menos en circunstancias normales. Procuró disimularlo examinando el sofá y cada pieza del mobiliario; en realidad, su interés era auténtico, dado que su diseño era nuevo para ella. Me formuló un par de preguntas, luego se dirigió hacia la ventana y yo la seguí. Por unos momentos contemplamos la avenida Lexington allí abajo, y una vez más me maravillé de estar allí.

Recuerdo el resto del día como una sucesión de imágenes: Julia al lado de la nevera mientras yo buscaba con qué preparar el desayuno, maravillándose del frío que despedía, de su habilidad para hacer hielo, de su congelador, de la luz que se encendía al abrir la puerta; su asombro ante el café instantáneo, el placer de su fragancia, la decepción de su sabor, que le hizo fruncir la nariz; su sorpresa y satisfacción ante el zumo de naranja congelado que yo había sacado del congelador, que había disuelto en una jarra y servido con cubitos de hielo.

Y otras muchas imágenes: Julia de regreso en la sala, con un vaso de zumo de naranja en la mano, contemplando la pantalla en blanco del televisor mientras yo, con la mano sobre el selector de canales, la ponía sobre aviso de lo que iba a ocurrir en cuanto lo encendiese. Ella se apresuró a asentir, excitada por lo que yo le había prometido, posiblemente sin creermelo, o al menos sin comprender lo que aquello significaba en realidad. Porque en cuanto hice girar el botón, y a pesar de mis advertencias, se asustó terriblemente, soltó un grito y dio un traspié al retroceder, derramando parte del zumo sobre la alfombra en cuanto la imagen distorsionada de la pantalla se convirtió de pronto en una cara femenina que se movía al hablar, animando a Julia a probar un nuevo detergente para el lavavajillas. Julio Verne no la había preparado para aquello. La televisión era algo totalmente asombroso. Apenas podía creer lo que estaba viendo. Luego balbuceó, me preguntó cómo funcionaba, y escuchó mi respuesta sin comprender, alternando las miradas de reojo a mi cara y a la pantalla del televisor.

Le expliqué que si bien lo que ahora veía estaba grabado en una cinta, el aparato también podía emitir acontecimientos lejanos que ocurrían en ese mismo instante, convencido de que aquello la sorprendería todavía más. En cambio, me preguntó qué significaba que estaba grabado en una cinta, y cuando le expliqué que había un sistema para conservar fotos de gente en movimiento, junto con el auténtico sonido de su voz, me miró más asombrada que antes.

Creo que el televisor —así como lo que le había explicado— era tan inconcebible

para ella, que por un instante dudé de que le gustase. Pero cuando le acerqué una silla por detrás y el asiento rozó la parte posterior de sus rodillas, se sentó poco a poco y el asombro se transformó en una fascinación tan absorbente como la de un chiquillo. Con el más absoluto interés por cada movimiento y cada sonido, tanto si procedía de una telecomedia como de un anuncio, siguió sentada con la espalda recta, sin moverse. Y cuando le mostré que podía cambiar de imagen sólo con hacer girar un botón, se dedicó a hacerlo una y otra vez, a intervalos de unos diez segundos, pasando de una teleserie a un concurso, de una película antigua o a un programa infantil. Finalmente tuve que darle unos golpecitos en el hombro para que volviese la cara y escuchase lo que estaba diciéndole.

—Tengo que salir. Estaré fuera una media hora. ¿No te importa quedarte sola?

Ella negó con la cabeza y de inmediato volvió a fijar su atención a la pequeña pantalla.

En el dormitorio me cambié y me puse unos téjanos, una camisa deportiva, un suéter, mocasines y una cazadora. Al volver a entrar en la salita, Julia alzó la vista.

—¿Es así como visten los hombres ahora? —preguntó.

Contesté que sí, que era una de las maneras de vestir, y Julia asintió, aunque ya había vuelto su atención al anuncio de una compañía de seguros.

Dudo que se diera cuenta del tiempo que yo estuve fuera, que fue más de media hora, probablemente unos cuarenta y cinco minutos. Cuando entré en el apartamento, seguía sentada con la mirada fija en el televisor. Daban una vieja comedia de los años cuarenta que debía de ser incomprensible para ella, al menos en un noventa y cinco por ciento. Pero aquello se movía y hablaba, y con eso ya tenía bastante.

De la serie de imágenes que constituyen mi recuerdo de las muchas cosas que sucedieron ese día, la siguiente fue incluso más memorable que el modo en que la televisión había hipnotizado a Julia. Me vi obligado a apagar el aparato.

—¡Oh, no! —exclamó cuando la imagen desapareció—. ¡Todavía no!

Me eché a reír.

—Julia, hay muchas otras cosas para ver. Puedes volver a mirar la televisión después.

Asintió y se levantó, aunque de mala gana, sin apartar los ojos del aparato.

—Un teatro en tu propia casa... —musitó—. ¡Seis teatros! Es todo un milagro. ¿Cómo se puede hacer otra cosa que no sea mirarla?

—Hay personas que no pueden. Pero no creo que tú seas de esa clase. En realidad, no es buena, Julia; la mayor parte de lo que hacen no vale la pena. —Como es lógico, ella no podía llegar a esta conclusión todavía.

Yo había depositado sobre el sofá cuatro o cinco paquetes, que contenían las cosas que había comprado. Los cogí y empecé a apilarlos en los brazos de Julia.

—Pienso que deberías ponerte esto, Julia... Puedes cambiarte en el dormitorio.

—¿Qué es? ¿Ropa? ¿Prendas modernas?

—Sí —respondí. Al advertir que vacilaba, añadí con suavidad—: De lo contrario, la gente se volvería a mirarte. —Hizo un mohín y asintió. Proseguí—: Disculpa si te hablo de esto, pero es necesario que te lo explique. Supongo que puedes conservar puesta la ropa interior que llevas, pero, si tienes alguna dificultad, avísame. —La dificultad la tenía yo para mantener el semblante serio—. Ahí dentro hay una blusa, una falda, una combinación y un suéter.

También zapatos y medias. Póntelo todo... He traído un ligüero para las medias, e imagino que adivinarás cómo funciona. Si algo no es de tu talla, nos detendremos en alguna tienda y lo sustituiremos. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. —Asintió tímidamente y se dirigió al dormitorio.

Abrí el último paquete, una caja grande de cartón, saqué el abrigo que había comprado para ella y lo doblé sobre el respaldo del sofá, como una sorpresa final para Julia. Era de color tostado, con grandes solapas, cuello alto y enormes botones de nácar. Todas aquellas prendas eran muy caras, pero no me había importado gastarme el dinero.

Julia tardaba más de lo que había pensado y, debido a lo delgadas que eran las puertas en nuestro siglo —algo que sin duda Julia no había advertido—, podía oír sus pequeñas exclamaciones de sorpresa, o incluso alguna de perplejidad. Luego oí que soltaba un «¡Oh!», al parecer algo escandalizada, y la siguiente imagen que destaca en mis recuerdos de ese día es la de Julia —al cabo de una larga espera— saliendo con paso vacilante del dormitorio y deteniéndose en el vano de la puerta, al tiempo que con voz avergonzada decía:

—Creo que te has equivocado, Si... ¡Mira esa falda!

No pude reprimirme por más tiempo y me eché a reír. La falda que le había comprado era de lana, de un largo bastante conservador, ya que le llegaba a la altura de las rodillas. Y se la había puesto correctamente. Sin embargo, le comprimía la cintura porque debajo llevaba, como mínimo, ¡dos de sus largas enaguas!

—Lo siento, Julia —exclamé, y ella me miró indignada—, pero no puedes llevar esas enaguas... Ponte la combinación.

—¿La combinación?

—Las enaguas de color de rosa que te he comprado.

—¡Ya la llevo puesta! —Se ruborizó—. Debajo de mis enaguas. ¡Pero es demasiado corta!

Hice un esfuerzo por dejar de reír y, en el tono más serio de que fui capaz, dije:

—No, Julia. La combinación no es demasiado corta. Es del mismo largo que la falda; una pizca más corta para que no asome por debajo. —Me encogí de hombros—. Es lo que se lleva actualmente... Yo no soy quien las diseña.

Me miró por un instante, como si pensara discutírmelo, mientras yo intentaba

contener la risa al observar los buenos treinta y cinco centímetros de fruncidas enaguas blancas que asomaban por debajo de la falda. De repente, Julia giró sobre sus talones, entró en el dormitorio y permaneció allí durante otros diez minutos como mínimo.

Cuando volvió a salir andaba como un pato, con los brazos rígidos a los lados del cuerpo. Necesité unos segundos, y unos cuantos pasos, para darme cuenta de que aquella extraña forma de andar se debía a que mantenía las piernas muy juntas.

—¿Es así... como se supone que debe lucir?

Se detuvo para que la inspeccionase, y no pude por menos que reconocer que su aspecto era impresionante. El cuello de la blusa le quedaba a la perfección, el suéter color chocolate le iba ceñido, aunque no demasiado, y la falda le sentaba de maravilla... Tal como había imaginado, poseía una figura magnífica, aunque no había sospechado que sus piernas fueran tan hermosas. Los zapatos de tacón alto, me había recordado la dependienta, no estaban de moda, pero yo había insistido en llevarme unos de piel marrón y tacón alto, y al verla comprobé que había sido un acierto. Con las medias color carne y aquellos tacones que resaltaban los finos huesos de los tobillos y la redondez de las pantorrillas, Julia estaba francamente hermosa. Con aquel atuendo, lucía muy atractiva, y la larga melena, que se había recogido en un moño en lo alto de la cabeza, realzaba su belleza. Mi cara, mis ojos y mi sonrisa exteriorizaron lo que yo pensaba, y eso la ayudó. Sonrió también, complacida y orgullosa de pronto, y se inclinó para echar un vistazo a su falda. Ruborizada al comprobar que le llegaba mucho más arriba de lo que nunca hubiera soñado, se acercó a toda prisa al sofá, cogió el abrigo que yo había depositado encima de éste y, con la mayor rapidez que le fue posible, se lo colocó en torno a la cintura, con la parte inferior de la prenda rozándole los zapatos.

—¡No puedo, Si! —gimió—. Sencillamente, no puedo salir a la calle de esta manera.

Me eché a reír y sacudí la cabeza mientras me acercaba a ella. Le pasé un brazo por los hombros y entonces, siguiendo un impulso, la besé. Sólo fue un beso apresurado, y ella me miró sobresaltada. Pero sonrió y la ayudé a ponerse el abrigo, asegurándole que sería más largo que la falda. Y lo era, sólo tres centímetros, pero esto ayudó. Con el abrigo puesto, volvió a bajar la vista para mirarse, y, cuando yo pensaba que echaría de nuevo a correr hacia el dormitorio, se dominó y permaneció quieta. Le recordé que cualquier mujer de las que viera por la calle llevaría un abrigo tan corto como aquél, y asintió sombríamente, pero al fin lo aceptó.

Me dirigí hacia el dormitorio para coger un sombrero de fieltro del armario y, al regresar, me encontré a Julia frente al espejo que colgaba sobre la mesita del recibidor, intentando atarse las cintas de su sombrero debajo de la barbilla. Esta vez no intenté disimularlo siquiera; habría sido inútil. Estuve riendo un buen rato, incapaz

de reprimirme o de decir algo, mientras Julia me observaba, aunque no enfadada, sino confusa. Y cada vez que la veía allí de pie, frunciendo el entrecejo con expresión de desconcierto, sobre aquellos tacones altos y con aquel abrigo moderno y el sombrerito plano y antiguo, ribeteado con florecitas, y las cintas formando un lazo debajo de su barbilla, la risa volvía a brotar dentro de mí... No pretendía ser descortés ni molestar a Julia, de modo que me sentí aliviado al ver que no se enfadaba; ocurría, sencillamente, que de pronto me había parecido tan moderna que, estúpido de mí, creí que ella también se daba cuenta. Pero, como es lógico, el nuevo atuendo le era del todo ajeno, así que no estaba en condiciones de juzgarlo. Para Julia, su sombrerito encajaba a la perfección con aquellas prendas nuevas y extrañas.

Pero cuando le dije que el sombrero no casaba con ellas, la mujer que había en su interior comprendió de inmediato que debía de ser así, aunque no alcanzara a entenderlo, y de un tirón se desató el lazo y se lo quitó. Le dije que muchas mujeres iban con la cabeza descubierta por la calle, sobre todo si llevaban el cabello largo como ella. Me miró sorprendida y dudó de lo que le decía, pero añadí que si eso le preocupaba, cuando saliéramos nos detendríamos en alguna tienda y compraríamos un nuevo sombrero. Luego coloqué las manos sobre sus hombros y me aparté un poco, exteriorizando lo que pensaba y lo que sentía.

—Hazme caso, Julia... Ahora, cuando salgamos, serás una de las mujeres más atractivas de Nueva York. No te miento.

Comprendió que hablaba en serio, y observé que la satisfacción asomaba en sus ojos al tiempo que erguía la barbilla. Luego, tambaleándose un poco sobre unos tacones ligeramente más altos y más delgados que los que solía llevar, aunque superando bastante bien la prueba, volvió a entrar en el dormitorio. En la puerta del armario había un espejo de cuerpo entero, y supuse que se dirigía hacia allí por eso. Advertí que ahora sabía que era capaz de salir a la calle, y que no le costaría mucho sentirse complacida con su nueva apariencia. Entonces deseé haberla besado antes de que se alejara de mis manos, cuando las tenía apoyadas sobre sus hombros.

Ya en la calle, subimos a un taxi enseguida, para que Julia se acostumbrara poco a poco a estar a la vista de todo el mundo. A continuación, nos dirigimos por la Tercera Avenida en dirección a la parte alta de la ciudad, con el fin de que se asombrara al verla sin el tren Elevado ni los tranvías. En la calle Cuarenta y dos doblamos a la izquierda para pasar por la Estación Central, y Julia comentó que era mucho más impresionante que el pequeño edificio de ladrillo rojo que habíamos visto allí la última vez, con lo cual estuve de acuerdo.

Al subir por la avenida Madison, la calle tranquila y encantadora que ella recordaba ahora era irreconocible. Luego subimos por la Cincuenta y nueve, junto al extremo sur de Central Park, y una vez más experimentó el alivio y la satisfacción de encontrar algo familiar que no hubiera sufrido cambios esenciales. Allí alquilé un

coche tirado por caballos, pues imaginé que a Julia le gustaría, y durante un rato —de nuevo acompañados por el sonido acompasado de los cascos— seguimos más o menos sin rumbo por los serpenteantes caminos, mientras Julia se maravillaba ante la ausencia de otros carruajes, así como ante la velocidad y el relativo silencio de los «auto móviles». Le gustaban los automóviles, pensaba que eran más atractivos y mucho más interesantes que los carruajes tirados por caballos, y me di cuenta de que hubiese preferido seguir en taxi.

Continuamos por Central Park West y le enseñé el Dakota, ahora rodeado de otros edificios. Regresamos a la parada, pagué al cochero y nos encaminamos hacia la esquina de la calle Cincuenta y nueve con la Quinta Avenida. Aquella era la esquina donde yo, una fría mañana de enero, había echado el primer vistazo real al mundo de 1882, cuando, asustado y excitado, había visto cómo se me acercaba aquel ómnibus tirado por un caballo y luego, al volverme para mirar hacia el sur, descubrí una calle residencial, estrecha y tranquila, que resultó ser la Quinta Avenida. Entonces iba con Katie, pero no quería pensar en eso ahora... Quería que Julia descubriera el mismo tramo de la Quinta Avenida en mi propio mundo.

Al acercarnos a la esquina, frente al hotel Plaza, dije:

—Estamos caminando por un costado de Central Park, Julia, y ésta es la esquina de la Cincuenta y nueve con la Quinta, de modo que ya sabes dónde nos encontramos. —Había elegido mis palabras con cuidado. Levanté el brazo, señalé a lo largo de lo que debían de ser las doce manzanas más espectaculares del mundo, y pregunté—: Y bien... ¿qué calle es ésta?

Julia abrió la boca, miró desconcertada hacia mí, luego volvió la cabeza hacia la avenida y la magnitud del cambio que se había producido en lo que veía, el ataque a los sentidos que suponía mirar las asombrosas construcciones del presente, fue casi insoportable.

—¿La Quinta Avenida? —preguntó débilmente, y luego, asombrada—: ¿Eso es la Quinta Avenida?

—Sí.

Durante un largo minuto contemplamos aquella calle, recordando lo que había sido. Luego Julia se volvió hacia mí, consiguió esbozar una sonrisa, y echamos a andar por la Quinta Avenida abajo, pasando por delante de aquellas moles relucientes, aquellos logros arquitectónicos asombrosamente hermosos o miserablemente feos que se alzaban a lo largo de un par de kilómetros, y que al menos la mitad de la población mundial había visto con sus propios ojos o en las películas. Aquellos grandes edificios lisos, con paredes de cristal, resultaban extraños incluso a los ojos de un habitante del siglo xx, y no estoy muy seguro de que Julia fuera capaz de captarlos en su totalidad, pues eran extraordinariamente distintos de cualquier cosa que ella hubiera conocido. Creo que debía de ser casi imposible

captarlos, o incluso comprenderlos, ya que cuando ella miró hacia la calle Cincuenta y uno y cerró los ojos para asegurarse de lo que realmente estaba viendo, sintió lo que yo había sentido antes, sólo que con mayor intensidad. Con los ojos arrasados en lágrimas, observó que la catedral de St. Patrick seguía en pie, casi sin cambios, en el mundo actual. Al otro lado de la avenida, frente a la catedral, se alzaba el Rockefeller Center —de cuya presencia dudo que ella se percatara siquiera—, y la guié hacia uno de los bancos de piedra que había en el pasaje. Nos sentamos allí durante un rato, mientras ella contemplaba la catedral. Luego miró hacia la parte alta de la avenida, y de nuevo a St. Patrick, en busca de un punto de referencia. A continuación volvió la mirada hacia el sur, y una vez posó los ojos en la catedral en busca de alivio. Esto la ayudó a convencerse de dónde estaba, y la familiaridad del templo fue una especie de consuelo y de seguridad para ella. Luego continuamos con nuestro recorrido. Aquí y allá, Julia encontraba antiguos nombres que le resultaban familiares, tiendas de artículos para la mujer que ella había visto por última vez en Broadway. Y durante un rato nos paramos a contemplar los rutilantes escaparates de las tiendas, sumergiéndonos en ellos, fascinados por joyas, vestidos, pieles, sombreros y zapatos.

—La Milla de las Damas, Julia —dije.

Asintió, y susurró:

—Me gusta. Creo que posiblemente... —Titubeó por un segundo, luego prosiguió —: Es extraño, pero creo que llegaría a acostumbrarme a todo esto... —Una vez más miró arriba y abajo por la Quinta Avenida—. Incluso a estos edificios... —Sacudió la cabeza—. ¿Quién lo hubiera creído, verdad? ¿Quién podría imaginarse esto?

En la calle Cuarenta y dos nos detuvimos frente al sucio edificio blanco de la Biblioteca Pública, y nos maravillamos ante la ausencia de los grandes muros inclinados del embalse. Luego, al ver que ella necesitaba descansar después de ver tantas cosas, la llevé a un pequeño bar que yo recordaba en la calle Treinta y nueve. Al principio se negó a entrar en una «taberna», pero pronto aceptó el hecho de que ahora las mujeres hacían muchas cosas que antes no les estaban permitidas.

Encontramos una mesita en un rincón apartado de la barra, cerca del cual sólo había otra pareja, que hablaba entre susurros. Julia pidió una copa de vino y yo un whisky con soda. Ella pareció tranquilizarse. Debido a un acuerdo tácito, hasta el momento ninguno de los dos había hablado de lo que habíamos dejado atrás. Necesitábamos descansar un poco, olvidarnos de aquello, y lo habíamos conseguido. Pero entonces decidimos volver al tema del incendio, de Jake Pickering, del extraño comportamiento de Carmody y de nuestra huida del inspector Byrnes. En aquel establecimiento, donde los sonidos del Nueva York actual formaban parte del ambiente, los nombres que pronunciábamos me sonaban extraños, remotos, incluso ligeramente ridículos. Parecía absurdo que me hubiera sentido realmente amedrentado por el bigote de morsa del inspector Byrnes, quien nunca había oído

hablar de las huellas dactilares. ¿Nos habíamos asustado realmente, o sólo habíamos participado en una especie de broma inocente? Éste era el contenido de mis pensamientos mientras tomábamos nuestras copas, y la razón de que hablara sin dejar de sonreír. Sin embargo, aunque Julia permanecía seria y no entendía mi sonrisa, comprendí que para ella estábamos hablando de un mundo en el que Byrnes, Pickering, Carmody y el incendio del edificio del *World* eran mucho más reales que lo que había alrededor de nosotros.

No hablamos de nada nuevo; sólo obedecíamos a una necesidad de comentar aquellas cosas. A Julia le preocupaba lo que su tía estuviese pensando en esos instantes, y flotando sobre todo cuanto dijimos estaba la cuestión sobre el futuro de Julia. Pero eso necesitaba tiempo para discutirlo, y no dije nada al respecto porque no tenía nada que decir, aunque sí mucho acerca de lo cual reflexionar.

Había otras cosas que quería enseñarle a Julia, y al cabo de un rato salimos y subimos a un taxi. Aún había luz y llevé a Julia al edificio del Empire State, para subir a la planta del mirador. En el ascensor, durante el largo viaje a través de decenas de pisos, Julia no apartó la vista del panel indicador, mientras se esforzaba por convencerse de que era posible subir tan alto y a aquella velocidad. Al comprender que así era, me tomó de la mano y la apretó con fuerza. En la plataforma protegida por un murete de piedra, noventa y pico de pisos sobre el nivel de la calle, examinó la neblinosa ciudad, tratando de aceptar que a semejante altura, por encima de la calle Treinta y cuatro, la zona verde que se veía a lo lejos era Central Park, y que la red de calles repletas de coches que veía abajo era realmente la ciudad que ella había conocido íntimamente y que ahora le resultaba tan desconocida. Paseó la mirada por encima de la ciudad, el parque y los ríos. Luego alzó los ojos al cielo y señaló una extraña nube, pues nunca había visto una igual. Miré hacia donde me señalaba y, en cierto sentido, supongo que debía de ser una nube..., porque se había convertido en eso. En lo alto, en un cielo donde imagino que no debía de soplar el viento, quedaba la estela de un avión a reacción, cuyos bordes ya se habían difuminado hasta convertirse en una nube completamente recta, delgada, de varios kilómetros de longitud, iluminada por el sol de la tarde. Y en ese instante, no la vi como la estela de un avión, sino como una nube recta y alargada, obteniendo así otro atisbo del punto de vista, distinto del mío, desde el que Julia veía mi mundo.

Ella se mostró muy interesada cuando le expliqué qué era en realidad aquella nube, y disfrutó de la visita al mirador, impresionada y excitada ante el panorama que desde él se observaba. Pero luego se apartó de la barandilla, dejó escapar un leve suspiro, y dijo:

—Ya basta, Si. Es todo cuanto puedo soportar por el momento. Llévame a casa, por favor.

De modo pues, que en vez de llevarla a cenar a un restaurante —tenía intención

de enseñarle uno de los más bonitos—, nos detuvimos en el colmado que había al lado de casa y compré unos bistecs y vegetales congelados. Estas verduras —maíz y coliflor, que metí en agua hirviendo dentro de la misma bolsa de plástico transparente que servía de envase— fascinaron a Julia. Le encantó la facilidad con que se preparaban, aunque el sabor —o la escasez de sabor— ya era otra cosa. Sin embargo, se mostró muy educada.

Tomamos café en la salita y, después de reponer fuerzas y reanimarnos, Julia comentó:

—Ya he visto tu mundo, Si. O al menos le he echado un vistazo. Ahora cuéntame qué ha ocurrido en todos estos años, entre... Resulta tan extraño decirlo... Entre mi tiempo y el tuyo. —Se acurrucó sobre los cojines del sofá y me miró expectante, igual que una niña a la espera de que le expliquen un cuento.

Imagino que quería corresponder a su sonrisa y a sus expectativas de satisfacción, porque me detuve a pensar: «¿Por dónde empiezo? ¿Cómo voy a resumir todas estas décadas?». Y de pronto descubrí que estaba buscando cosas buenas que contar.

—Bueno, la viruela ha sido prácticamente erradicada; ya no se ven rostros con picaduras. Y también el cólera; creo que en Estados Unidos hace décadas que no se da un caso. —Julia asintió y proseguí—. Y la polio, es decir, la parálisis infantil, está a punto de erradicarse también, como mínimo en los grandes países civilizados.

Julia asintió otra vez, como si hubiese esperado eso.

—¿Y las enfermedades cardíacas? ¿Y el cáncer?

—Bueno, todavía no. ¡Pero se hacen trasplantes de corazón! Mediante una operación quirúrgica se saca el corazón dañado y se sustituye por el de alguien que acaba de fallecer.

—¡Esto es un milagro! ¿Y sobreviven?

—Bueno, por lo general no mucho tiempo. La verdad es que no funcionan demasiado bien. Pero con el tiempo lo conseguirán.

—¿Y cuánto tiempo vive la gente? Seguro que doscientos años, o más. Leí una predicción en la revista *Atlantic Monthly* que...

—La verdad, Julia, es que la gente no suele vivir mucho más tiempo que en tu época. De hecho, hay algunas cosas nuevas que..., en fin, que nos matan o acortan nuestra vida, y que no existían en tu tiempo. La contaminación ambiental, por ejemplo. Pero disponemos de aire acondicionado.

—¿Y eso qué es?

—Máquinas que enfrían el aire en verano.

—¿Por todos lados?

—No, sólo en los interiores. Yo tengo uno en el dormitorio... Es esa cosa que hay en la ventana, si te has fijado. Durante los meses de calor, enfría el aire hasta los veinte grados.

—Vaya lujo.

—Sí, es bastante agradable. Y ahora los tienen en la mayor parte de oficinas, restaurantes, salas de cine, hoteles...

—¿Qué es el cine? Ya lo mencionaste antes.

Le expliqué que era como la televisión, sólo que con la pantalla mucho más grande, más nítido y, de vez en cuando, mucho mejor. Luego empecé a hablar de las mantas eléctricas, los supermercados, el radar, viajes en avión, lavadoras automáticas, lavavajillas e incluso, que Dios me perdone, de autopistas.

Julia terminó lo que le quedaba de café, cogió mi taza y el platillo y, junto con los suyos, se los llevó a la cocina. Luego regresó a la sala de estar.

—Pero ¿qué sucedió, Si? —preguntó—. Háblame de eso.

Mientras reflexionaba al respecto, teniendo en cuenta la situación actual, ella empezó a deambular por la estancia; tocaba las cortinas, miraba detrás del televisor, encendía y apagaba la luz del techo. Pero yo seguía atascado en busca de una respuesta. Aquello me recordaba la redacción de una carta: era posible llenar varias cuartillas describiendo un fin de semana, pero intentar poner al corriente a un viejo amigo sobre los últimos cinco años ya no era tan fácil. ¿Qué había sucedido en el transcurso de toda una vida?

—Bueno, ahora hay cincuenta estados.

—¿Cincuenta?

—Exacto —contesté con la misma presunción que si los hubiera creado yo—. Todos los territorios son estados ahora. También Alaska y Hawai. Y ha cambiado la bandera; ahora hay cincuenta estrellas.

Julia asintió, interesada. En aquellos momentos estaba curioseando en el revistero que había en un extremo del sofá y sacó un periódico.

—Veamos... —proseguí—. Hubo un terremoto en San Francisco. En 1906, creo... La ciudad quedó destruida casi por completo, sobre todo debido a los incendios que se desencadenaron a continuación.

—¡Oh, cuánto lo siento! He oído decir que es una ciudad preciosa... —Con la barbilla señaló el periódico que tenía en la mano—. Veo que se ha descubierto la forma de imprimir fotografías. —Dejó a un lado el periódico y se acercó a mi librería.

—Sí, y también en color. Por algún sitio tiene que haber un antiguo ejemplar de la revista *Life*, con fotografías en color... ¡Dios! ¿Cómo se me ha olvidado? ¡Enviamos cohetes al espacio! Transportan cápsulas con hombres dentro. Un par de ellos viajaron a la Luna y pisaron su suelo. Transportan hombres en su interior y luego vuelven a la Tierra.

—¿Lo dices en serio? ¿A la Luna? ¿Con hombres dentro?

—Sí, te lo juro. —De nuevo percibí aquel tono ridículo en mi voz, como si yo tuviera algo que ver en el asunto.

Julia me miró encantada.

—¿Y estuvieron en la Luna?

—Sí. Dieron un paseo por su superficie.

—¡Esto es fascinante!

Vacilé por un instante antes de contestar, luego dije:

—Sí, supongo... Pero no tanto como yo creía cuando era un niño que leía novelas de ciencia ficción. —Me miró desconcertada—. Es difícil de explicar, Julia, pero... no parece que haya significado gran cosa. Después de la emoción del auténtico viaje, que retransmitieron por la televisión... ¿Te imaginas, Julia? ¿Poder verlo realmente, y oír a los hombres en la Luna? Pero después lo olvidé, casi de inmediato... Apenas había vuelto a pensar en ello. Fue un acto increíblemente valeroso para el hombre, sin embargo... de alguna manera dio la impresión de que al proyecto le faltaba dignidad. No tenía ningún propósito real, ningún objetivo... —Me callé, pues Julia no estaba escuchando.

Mientras yo hablaba, ella había estado mirando los títulos de mis libros, y sacó una novela que empezó a hojear. De repente alzó la mirada hacia mí y tanto su rostro como su cuello enrojecieron hasta donde permitía ver el cuello de la blusa.

—Simón... —Horrorizada, miró la página abierta del libro que tenía en la mano—. ¿Cosas así se ponen en letra de imprenta? —Cerró el libro de golpe, como si las palabras fueran a reptar y salirse de la página—. ¡Nunca me lo hubiera imaginado! —exclamó.

No supe qué decir. ¿Cómo explicar los cambios que a lo largo de varias generaciones se habían producido en la forma de pensar? Pero sonreí. La novela que había estado hojeando era muy suave. Había otras en la librería que le habrían provocado un desmayo.

Turbada, nerviosa, alzó el brazo y de uno de los estantes sacó otro libro casi al azar. Leyó el título en voz alta, apenas sin prestarle atención, ansiosa por enterrar el tema que la había horrorizado.

—*Historia en imágenes de la Guerra Mundial* —dijo, y entonces captó el significado de las palabras—. ¿Una guerra? ¿Una guerra mundial? ¿Qué significa eso, Si? —Se dispuso a abrir el libro, y en cuanto su mano se movió me incorporé de un salto y me acerqué con paso rápido.

Siempre resulta sorprendente darse cuenta luego de la celeridad con que la mente funciona en ocasiones, de la cantidad de pensamientos e imágenes que ésta produce en apenas un segundo... Había transcurrido mucho tiempo desde la última vez que había ojeado el libro que Julia acababa de coger, pero mientras me acercaba a ella recordé docenas de fotografías que había en él: una ciudad destruida, convertida en escombros, y en primer plano un caballo muerto en una zanja; refugiados por un camino de tierra, la cara de una niña que miraba asustada a la cámara; un avión que

caía envuelto en llamas; una trinchera medio llena de cadáveres vestidos de uniforme, las piernas envueltas con polainas de tela, la cara de uno de ellos en un estado de descomposición tan avanzada que más parecía un cráneo, a pesar de que conservaba el cabello. Y una fotografía de la que recordaba particularmente cada detalle: en un saliente de la pared de una trinchera había sentado un soldado, vivo, sin el casco. Tenía los pies hundidos hasta los tobillos en el agua que se había acumulado en el fondo de la trinchera; estaba al lado de un cadáver, fumando un cigarrillo mientras miraba ojeroso y asombrado la cámara, como si nunca hubiera sonreído ni nunca fuera a hacerlo. De pronto me había dado cuenta de que no debía revelar a Julia aquellos horrores, a menos que se incorporara al mundo que los había producido. De modo queforcé una sonrisa y le quité el libro de la mano antes de que lo abriese.

—Ah, sí —dije tranquilamente, y miré las letras doradas del lomo, como para confirmar el título—. Esto ocurrió hace mucho tiempo.

—¿Una guerra mundial?

—La llamaron así porque... todo el mundo estuvo implicado en ella. Fue cosa de todos, ¿sabes? Pronto se acabó. Ya casi la había olvidado.

Ignoraba si eso tendría algún sentido para Julia.

—¿Y qué significa esa «I» antes de la frase «Guerra Mundial»?

—Bueno... —No se me ocurrió nada que decir, aparte de la verdad—. Eso no es una letra del alfabeto. Es un número, Julia. Un número romano.

—¿La guerra mundial número uno? ¿Es que hubo más?

—Hubo una segunda.

Julia intuyó algo.

—¿Y... cómo fue?

Mi mente volvió a recurrir al milagro habitual. Apenas sin necesidad de hacer una pausa antes de responder, fui capaz de reflexionar sobre los cuatro largos años de guerra de trincheras que había significado la Primera Guerra Mundial: la batalla de Verdún, en la que habían muerto un millón de hombres, la guerra desenfrenada de los submarinos... Luego pensé en la Segunda Guerra Mundial y en la destrucción de las ciudades por parte de los alemanes, en el asesinato de mujeres, ancianos y niños, en las bombas incendiarias que los norteamericanos lanzaron sobre las ciudades alemanas, creando auténticos huracanes de fuego, quemando mujeres, niños y viejos. Y pensé en un hombre al que había imaginado a menudo, un diseñador alemán que se levantaba cada mañana, desayunaba, iba a su oficina, se sentaba ante su mesa de dibujo, se enrollaba metódicamente las mangas y, con extremo cuidado, mediante detallados dibujos a tinta china e instrucciones de fabricación muy precisas, diseñaba falsas rosetas de ducha que en su momento filtrarían un gas venenoso para matar a millones de personas en lo que eran auténticas fábricas de la muerte. Y pensé en la gente que habían exterminado con un método más eficiente: cientos de miles de

muertes instantáneas en medio de los brillantes destellos de dos explosiones atómicas sobre Japón... ¿Que cómo había sido la Segunda Guerra Mundial? Increíblemente, había sido peor que la primera, y ninguna respuesta o estúpida mentira me vino a la mente en aquellos momentos.

Julia lo adivinó. Comprendió que a las guerras no se las clasificaba de «mundiales» por nada. Miró de nuevo el grueso libro ilustrado que yo le había quitado de las manos y luego alzó los ojos hacia mí.

—No quiero saber nada sobre esas guerras.

—Y yo no quiero contártelo.

Volví a dejar el libro en su sitio y regresamos al sofá, pero Julia no se recostó en el respaldo, sino que se sentó en el borde del asiento tapizado, con las manos entrelazadas en el regazo. Mirando al frente, mientras ponía orden en sus pensamientos, guardó silencio por un instante y luego dijo:

—Durante el día he estado pensando en lo que quiero hacer. He pensado en quedarme aquí, si fuera posible informar a tía Ada de lo ocurrido. Durante buena parte del día, mientras paseábamos por la Quinta Avenida, creía haber decidido que si podíamos decírselo a tía Ada, me quedaría... —Yo estaba sentado al lado de Julia y ella se volvió hacia mí y, con una leve sonrisa, añadió—: Nunca creí posible que me atreviera a preguntarle eso a un hombre, pero me atrevo... ¿Tú me quieres, Simón?

—Sí.

—Yo a ti también. Casi desde el momento en que te vi, aunque no lo supiera. Pero Jake lo adivinó, ¿verdad? O lo intuyó. Ahora yo también lo sé. ¿Qué debo hacer, Si? ¿Qué quieres que haga? ¿Debo quedarme?

Creí que necesitaría pensarlo, pero luego comprendí que no. Supongo que Julia creyó que estaba considerando la respuesta mientras la miraba a la cara, pero no era así. Lo que hacía era hablarle mentalmente: «No, no quiero que te quedes, Julia. Nosotros somos unas personas que contaminamos el mismo aire que respiramos. Y nuestros ríos. Estamos destruyendo los grandes lagos; el Erie casi ha desaparecido, y ahora empezamos con el océano. Hemos saturado nuestra atmósfera con lluvia radiactiva que emponzoña los huesos de nuestros niños, y lo sabemos. Hemos inventado bombas capaces de acabar con la humanidad en cuestión de minutos, y las tenemos apuntando, a punto de disparar. Hemos terminado con la polio, pero el ejército de Estados Unidos produce nuevas cepas de gérmenes que pueden causar enfermedades incurables, con resultado fatal. Tenemos la ocasión de hacer justicia con nuestra gente de color, pero cuando la exigen, se la negamos. En Asia quemamos viva a la gente. De veras. Y en nuestro propio país permitimos que los niños crezcan mal nutridos. Permitimos que alguna gente se enriquezca utilizando nuestros canales de televisión para convencer a los jóvenes de que fumen, cuando saben que los perjudica. Ésta es una época en que cada vez resulta más difícil convencerse de que

todavía somos gente buena. Nos odiamos los unos a los otros. Y nos hemos habituado a eso».

Pero no iba a decir nada de todo eso. No le correspondía a ella cargar con ese peso. De modo que le pregunté:

—¿Has estado en Harlem?

—Sí, claro.

—¿Y te gusta?

—Por supuesto; es precioso... Siempre me ha gustado el campo.

—¿Alguna vez has paseado de noche por Central Park?

—Sí.

—¿Sola?

—Sí; es muy tranquilo.

Había cosas horribles en el tiempo de Julia; estaba seguro. Sabía que las semillas de todo cuanto odiaba de mi propio tiempo ya estaban plantadas y germinaban entonces. Pero aún no habían florecido... En el Nueva York de Julia, las calles todavía se llenaban de trineos bajo la luz de la luna las noches que seguían a la nevada, los desconocidos se saludaban, cantaban y reían. En la mente de las personas la vida aún tenía una finalidad, un objetivo; el gran vacío no había empezado todavía. Ahora los buenos tiempos para vivir parecían haberse extinguido, y probablemente la época de Julia correspondía al final.

—Tienes que regresar —dije, y cogí sus manos entre las mías—. Hazme caso, Julia, porque te quiero... No puedes quedarte aquí.

Al cabo de unos segundos, ella asintió lentamente.

—¿Y tú, Si? ¿Vendrás conmigo también?

La alegría que sentí sólo de pensarlo debió de exteriorizarse en mi cara, porque Julia sonrió.

Pero tenía que decirle la verdad:

—No lo sé. Primero he de hacer algunas cosas por aquí.

—Y no sabes si podrás volver para siempre, ¿verdad?

—Tengo que estar muy seguro...

—Sí, por supuesto. Por el bien de los dos. —Durante varios segundos nos miramos fijamente, luego Julia anunció—: Voy a regresar, Si. Ahora. Esta noche. De lo contrario empezaré a suplicarte que vengas y... Si vas a pasar el resto de tu vida en otra época, es algo que sólo tú debes decidir.

Yo pensaba lo mismo, de modo que asentí.

—¿Podrás regresar tú sola?

—Creo que sí... No habría podido venir aquí, a un futuro mucho más allá de lo imaginable, si tú no me hubieses traído. Pero puedo visualizar mi propio tiempo, sentirlo, saber que está allí... Es mucho más de lo que tú sabías la primera vez que lo

intentaste.

De pronto, en mi mente, surgió algo que casi había olvidado, tan ajeno era a aquella habitación y aquella época.

—¡Carmody! —exclamé—. ¡No puedes regresar, Julia! Carmody te hará...

—No, no me hará nada. —Negó enérgicamente con la cabeza—. ¿Te acuerdas de lo que estaba haciendo yo cuando el inspector Byrnes vino a buscarnos? Tú te encontrabas abajo, en el salón, leyendo, y yo...

—Estabas arriba.

—Sí, en el dormitorio de Jake. Doblaba sus ropas para guardarlas en el baúl. Estaba envolviendo sus botas cuando oí tu llamada... Esta tarde, no sé por qué razón, me he acordado de aquellas botas. Acababa de cogerlas cuando sonó la campanilla de la puerta y... ¡Entonces vi los tacones, Si! Los clavos formaban un dibujo... Una estrella de nueve puntas dentro de un círculo... ¡Fue Jake quien sobrevivió al incendio, no Carmody! Era Jake, oculto bajo los vendajes, quien estaba en casa de Carmody... Dominado por el odio.

Entonces comprendí que Julia decía la verdad, y supuse lo que habría pasado.

—¡Dios mío, Julia! De algún modo consiguió escapar del incendio. Con graves quemaduras, pero que no le impidieron idear un plan. Estoy seguro de que se fue directamente a la casa de Carmody, vio a la viuda de éste y... ¿Te lo imaginas? ¡Llegaron a un acuerdo! Sin Carmody, ella podía perder su fortuna, de modo que él se convirtió en Carmody... Cuando la vimos en el Baile de Caridad, a pesar de que su marido acababa de fallecer, ellos ya habían llegado a un acuerdo... ¿Puede haber alguien que haya deseado tanto una fortuna y una posición como estos dos? ¡Es indudable que están hechos el uno para el otro!

—¿Por qué sonríes?

—¿Estaba sonriendo? No me he dado cuenta. No resulta fácil explicarlo, pero... Sonreía porque Jake es todo un villano. Es la primera vez que he utilizado este calificativo en mi vida, pero eso es lo que es, sin duda. Un completo villano, en todos los aspectos. Un auténtico hombre de su tiempo. Y supongo que sonreía porque, a pesar de todo, me cae bien. El bueno de Jake, disfrazado de Carmody, por fin podrá acceder a Wall Street. Confío en que la Bolsa le dé lo que se merece, sea lo que sea.

—Sí —dijo Julia—, era un desgraciado... Espero que encuentre la felicidad, aunque lo dudo. —Como es lógico, Julia no sabía a qué me refería yo. Para ella no había nada de extraño o irónico en la palabra «villano»; Jake era eso, y nada más—. No puede hacerme daño ahora que sé quien es, y en cuanto él se dé cuenta, estaré a salvo... Y tú también, si es que regresas. —De pronto guardó silencio, y, con paso rápido, se dirigió hacia el dormitorio a cambiarse de ropa.

Cogimos un taxi para volver al centro de la ciudad. Ya había oscurecido y Julia se recostó en el asiento, alejada de la ventanilla, de modo que sólo el taxista vio su

indumentaria. Bajamos a media manzana de nuestro destino, lejos de cualquier farola. Pagué al taxista, luego Julia y yo caminamos con paso rápido hacia la enorme mole de granito que formaba la base del puente de Brooklyn, en el lado de Manhattan.

En medio de las sombras más profundas, cogí las manos de Julia entre las mías y la miré. Vestida con su larga falda, el abrigo y el sombrero, y con el manguito colgándole de la muñeca, su aspecto era el correcto; tenía la apariencia que debía tener.

—Deseo regresar —dije—. Quiero pasar el resto de mi vida a tu lado, pero...

—Lo sé, lo sé.

Repetimos lo que ya nos habíamos dicho. Varias veces. Entonces la cogí entre mis brazos y la abracé durante largo rato. La besé, nos miramos a los ojos una vez más, luego suspiramos y sonreímos con cierta tristeza. Nos lo habíamos dicho todo. Julia posó sus dedos sobre mi mejilla por un instante y a continuación sacudió la cabeza.

Me cogió de la mano y dimos unos pasos apartándonos del gran muro de granito que formaba la torre del puente, luego nos volvimos a mirarla. En aquellos momentos semejaba una enorme cortina pétrea que ocultara el mundo de la vista.

—El tiempo en que yo nací, y al cual pertenezco, está ahí detrás, Si —dijo—. Para mí es mucho más real que el tiempo al que he podido echar una ojeada hoy. Es mi propio mundo... Puedo sentirlo intensamente. Es muy real. ¿Tú no lo percibes?

Asentí, incapaz de hablar. Julia se volvió hacia mí, me besó apresuradamente, luego me soltó la mano y, con paso rápido, se dirigió en diagonal hacia la esquina de aquel muro enorme. Cuando llegó allí, titubeó, miró hacia atrás como si quisiera decir algo, pero no lo hizo. Dio unos últimos pasos y luego se fue. Detrás de la esquina de la enorme base de la torre, el sonido de sus pisadas se alejó rápidamente.

Silencio. Entonces empecé a caminar hacia aquella misma esquina. De pronto eché a correr, con todas mis fuerzas... Cuando doblé la esquina lo hice con tal rapidez, que era imposible que Julia hubiera desaparecido. Pero ya no estaba.



—Puede que esto dé la sensación de ser algo indecorosamente precipitado, incluso de mal gusto... —me dijo el coronel Esterhazy, y señaló con un ademán el despacho del doctor Danziger.

Estaba sentado detrás del escritorio. Rube y yo habíamos entrado y habíamos tomado asiento en dos sillones metálicos, tapizados con piel, que había frente a la mesa. Al igual que Rube, ese día Esterhazy llevaba pantalones de algodón y camisa del ejército, sin galones, tan planchados que parecían de hojalata pintada de color caqui. Los de Rube estaban limpios, pero las rayas no parecían soldaduras. Yo me había puesto el traje azul.

—Pero me he trasladado aquí porque estamos terriblemente limitados de espacio —prosiguió Esterhazy—, y éste era el único despacho vacío. Alguien tiene que dirigir el proyecto, y Danziger se ha ido. —Se encogió de hombros, como si lo lamentara—. Desearía que fuera él y no yo quien estuviera aquí sentado.

No hice ningún comentario al respecto. Yo había echado un vistazo al despacho al entrar y me había parecido el mismo, sólo que más ordenado. Las fotografías y la librería de Danziger ya no estaban, así como tampoco la caja de cartón repleta de papeles que tenía en el suelo, aunque ahora había media docena de sillas plegables apiladas contra el extremo de la pared. El escritorio estaba vacío, con la excepción de una lámpara de mesa, e imagino que dentro de los cajones tampoco había nada. Detrás del escritorio, colgando de un soporte había ahora una bandera de Estados Unidos, de nailon, con ribetes dorados, y en la pared había un gran marco con una foto en color del presidente.

—El interrogatorio ha resultado totalmente positivo, como ya le informé por teléfono —dijo Rube dirigiéndose a Esterhazy—. Y créame, ha sido un alivio. —Se volvió hacia mí y sonrió—. Porque has estado muy ocupado en este viaje, ¿eh? Escapando del incendio. Huyendo de... ¿Cómo has dicho que se llamaba?

—Inspector Byrnes.

—Sí. Y también escapando de esa chica, supongo. De Julia.

Me limité a sonreír, y los dos hombres me miraron con expresión afable por unos instantes. Había pasado toda la mañana en la sede del proyecto, recitando mi lista de hechos al azar, dictando un larguísimo informe de todo lo que había hecho en aquel último «viaje», como solíamos llamarlo ahora. Lo expliqué todo, excepto que Julia había regresado conmigo. Eso no tenía nada que ver con el éxito o el fracaso de mi misión, de modo que sólo dije que en mitad de la noche, ocultos en el interior del brazo de la estatua de la Libertad, ella se había acordado del dibujo de los clavos en

las botas de Jake. Al comprender que ahora ella estaría a salvo, al amanecer la había acompañado a su casa, en el 19 de Gramercy Park, había cogido mi dinero y luego había alquilado un coche para regresar al Dakota. Concluí diciendo que había pasado todo el día anterior en mi apartamento, durmiendo.

—Si después de todas estas peripecias resulta que el interrogatorio ha salido a la perfección —dijo Rube—, significa que el curso de los acontecimientos pasados...

—Es como siempre hemos asegurado —lo interrumpió Esterhazy—. Me refiero a la teoría de «la ramita en el río» —me recordó con brusquedad—. El curso de los acontecimientos pasados es, sin duda, una corriente muy poderosa, a la que puede desviarse fácilmente por casualidad, tal como ya debería ser obvio. Puede ocurrir por accidente, tal como hemos comprobado. Sin embargo, las consecuencias han sido insignificantes. Me refiero en el contexto histórico... Aunque no tenemos ninguna duda, como tampoco la tenía el doctor Danziger, de que la historia sí podría alterarse intencionadamente.

Me resultaba difícil mantener siquiera la atención en lo que estaba diciendo, de modo que cuando hizo una pausa me limité a asentir y dije vagamente:

—Bien, en fin, coronel, Rube... Creo que ya he completado mi misión. Hasta qué punto puede ser práctico estudiar los acontecimientos del pasado, considerando el riesgo que he demostrado al implicarme en ellos, es algo que les toca a ustedes juzgar. Pero mis propios asuntos se han ido acumulando ante mí y tengo un montón de cosas por solucionar. De manera que lo que me gustaría ahora, si han acabado conmigo, es una licencia honorable.

Ninguno de los dos contestó. Ambos me miraron, luego se miraron el uno al otro y finalmente fue Esterhazy quien se decidió a hablar.

—Bueno, Si —dijo—, antes de ocuparnos de esto hay algo que me gustaría que supiera. Es usted muy libre de abandonarnos; lo ha hecho de maravilla, ha logrado todo lo que esperábamos de usted, e incluso más. Pero estoy seguro de que le interesará escuchar lo que voy a decirle. Luego tal vez no quiera abandonarnos aún...

La puerta se abrió y se asomó una joven a la que nunca había visto por el proyecto.

—Los demás ya están aquí, coronel.

—Estupendo, hágalos pasar. —Esterhazy se puso de pie y miró hacia la puerta con una amable sonrisa.

Dos hombres, a quienes reconocí, entraron en el despacho. El primero era el joven profesor de Historia que tenía una nariz grande y una gran greña de cabello ralo, que me recordaba a un cómico de la televisión y me impulsaba a mirar hacia otro lado. Su nombre era Messinger. El hombre que lo seguía era Fessenden, el representante del presidente, un hombre que rondaría los cincuenta, calvo, y que se peinaba el cabello castaño grisáceo de uno de los laterales por encima del reluciente

cráneo. Ambos me saludaron y, cuando me levanté, el profesor Messenger se acercó para estrecharme la mano.

—¡Bienvenido a casa! —dijo levantando las fotocopias de unas hojas mecanografiadas y grapadas en una esquina, y vi que se trataba de la relación que yo había efectuado de mi último viaje—. Fantástico —exclamó, haciendo restallar los papeles—, absolutamente fantástico. —Incluso hablaba como un personaje de la tele.

Fessenden me saludó con una formal inclinación de la cabeza, y luego, contagiándose de Messenger, decidió añadir una sonrisa y hacer ondear su copia en mi honor: lo cual fue sin duda un error, ya que sonreír cordialmente no formaba parte de su naturaleza.

Rube trajo un par de sillas plegables. Empujó el sillón que había ocupado hacia Fessenden y una de las sillas, ya abierta, hacia Messenger. Cuando todos estuvimos sentados, formando un pequeño semicírculo ante el escritorio, Esterhazy tomó asiento.

—Ésta es ahora la junta, Si. Además del senador, que hoy tenía que defender un proyecto de ley en el Congreso y no ha podido reunirse con nosotros. Y del profesor Butts, a quien tal vez recuerde... El profesor de Biología de Chicago. Él es ahora miembro asesor, aunque sin voto; sólo está presente cuando su especialidad lo requiere. La antigua junta era difícil de manejar. Ésta es mucho más práctica... Jack, tal vez quiera usted poner a Si al corriente.

Messenger volvió la cabeza hacia mí y sonrió tranquilamente, con amabilidad. Vi que Fessenden lo miraba, y se me ocurrió que éste envidiaba a Messenger.

—Bien, señor Morley... ¿Puedo llamarlo Si?

—Por supuesto.

—Perfecto. Usted llámeme Jack, por favor. Mientras usted se encontraba fuera, Si, nosotros también hemos estado ocupados. Haciendo lo mismo que usted: investigar al señor Andrew Carmody, aunque no tan de cerca. Estuve en Washington de permiso, y acompañado por una secretaria. Una mujer muy capacitada, aunque —miró a Esterhazy y sonrió— podría habérmela buscado algo más atractiva... Los dos estuvimos cómodamente a solas en los Archivos Nacionales, literalmente en los sótanos, revisando papeles relacionados con las dos administraciones del presidente Cleveland. Mientras, los demás integrantes de mi equipo buscaban en otras secciones de los Archivos. En efecto, Carmody fue un consejero de Cleveland, uno entre muchos, en los años que siguieron a su visita, Si. Empezó a meterse en política a comienzos de la primavera de 1882, cuando Cleveland era gobernador de Nueva York. A través de algunas notas de éste, de las actas de varias reuniones y de las referencias halladas en dos de sus cartas, he averiguado que se convirtió en algo semejante a un amigo del presidente durante el primer mandato de éste. Ignoro cómo llegó a producirse esto. No queda constancia de ello, lo cual tampoco debe

sorprendernos. Su influencia sobre él era nula en aquel entonces, por lo que hemos podido averiguar. Pero Carmody, o Pickering, como ahora ya sabemos, fomentó esta amistad, que alcanzó su plenitud durante el segundo mandato de Cleveland. Las referencias que hemos hallado en los Archivos demuestran claramente que a veces el presidente hacía caso a Carmody, nombre que consta en los archivos y que seguiré utilizando para referirme a él. Su influencia nunca fue muy prolongada, ni importante. Con una excepción. Y las pruebas que he hallado al respecto son irrefutables. Cleveland inició su segundo mandato durante la guerra de Cuba, la cual era alentada desde algunos periódicos en su propio beneficio. Cleveland deseaba evitar aquella guerra, y algunas personas le ofrecieron soluciones bastante buenas, como por ejemplo la oferta de comprar Cuba a España. Esto es de dominio público, ya que consta en las actas de la época; se pueden hallar referencias en cualquier crónica detallada del segundo mandato de Cleveland... Ya había precedentes de semejante plan en la adquisición del Territorio de Louisiana a Francia, o del de Alaska a Rusia. Y hay pruebas de que España habría visto con buenos ojos la posibilidad de evitar una guerra que sabía que no podría ganar. Precisamente ahí es donde he hallado el lugar que Pickering-Carmody ocuparía en la historia... Fue su consejo lo que hizo que Cleveland se opusiera a semejante posibilidad. No sabemos qué le diría; lo poco que he averiguado es parcialmente técnico y bastante esquemático. Pero ocurrió de verdad, en ello no hay posibilidad de error... Y eso es todo. Su papel relativamente importante en la historia es de efecto negativo, muy pequeño, una nota de pie de página de la que no le importaría jactarse si estuviera aquí para hacerlo. Después del segundo mandato de Cleveland no se vuelve a oír hablar de él, que yo sepa.

Dicho esto, guardó silencio y yo asentí, reflexionando acerca de lo que acababa de contar. La verdad era que me había intrigado.

—Bien —dije—, me alegro de haber contribuido a que ahora se sepa que Carmody era, en realidad, Pickering, por poca importancia que eso tenga ahora. Personalmente me siento algo complacido al pensar que nuestro querido Jake Pickering llegó a frecuentar la Casa Blanca como asesor de Cleveland.

—También nosotros nos alegramos de la contribución que usted nos ha prestado. Confiamos en usted para algo como esto, y ha cumplido. La suya ha sido una contribución mucho más importante de lo que imagina... ¿Rube?

Rube se volvió hacia mí, pasó una pierna por encima del brazo del sillón a fin de estar más cómodo y, mirándome fijamente, me dedicó una de esas sonrisas que hacían que uno se alegrara de que fuese amigo suyo, y deseara ponerse de su parte.

—Eres un tipo inteligente, Si —dijo—. De modo que comprenderás que este proyecto tiene que perseguir resultados prácticos. Es fantástico que contribuya a aumentar nuestros conocimientos eruditos, pero no basta con ello. No pueden

gastarse millones, ni apartar de su trabajo a personas importantes, para añadir a la historia una pequeña nota marginal relacionada con alguien de quien nadie ha vuelto a oír hablar. Tu éxito, respecto al cual dudo que existan palabras para destacar hasta qué punto lo es, ha posibilitado la siguiente fase de este proyecto... Esta fase va a constituir un avance en el experimento. Tan cauteloso y precavido como los que lo han precedido. Pero de él se derivará un enorme beneficio potencial...

—Un beneficio incalculable... —lo interrumpió Esterhazy.

—Un beneficio incalculable para Estados Unidos... Después de que esta junta lo considerara y lo aprobase por unanimidad, ha sido aprobado por las más altas esferas de Washington. Hemos estado discutiendo con ellos por teléfono durante casi una hora esta mañana...

Esterhazy mantenía los brazos apoyados sobre el escritorio, las manos entrelazadas en lo que pasaba por ser una postura relajada. Pero entonces se inclinó hacia mí, y cuando habló, me volví hacia él y observé que tenía las manos tan apretadas que los nudillos estaban casi blancos. Pero no pudo evitar interrumpir a Rube:

—Queremos que regrese allí una vez más —dijo, interrumpiendo nuevamente a Rube—. Luego, si aún lo desea, su renuncia será aceptada de inmediato y con el agradecimiento de un gobierno complacido. Eso se lo garantizo. Cuando llegue el momento en que todo esto deje de ser secreto, si bien no durante nuestra vida, imagino, aunque el momento sin duda llegará, ocupará usted un lugar destacado en la historia de nuestro país. Sus hallazgos, Si, han posibilitado la siguiente fase de este experimento, y ahora queremos que los utilice. Tiene usted que regresar y hacer una sola cosa: revelar el secreto de Carmody. Tiene que revelar quién es él en realidad; es decir, un archivero llamado Pickering, responsable de la muerte de Carmody y del incendio del edificio del *World*. Usted no dispone de pruebas, como es lógico, de modo que él no será encarcelado, juzgado ni condenado. Pero va a desacreditarlo, tal como se merece... ¿Puede usted hacer esto, Simón?

Mi reacción fue lenta, de desconcierto.

—Pero... ¿por qué? ¿Para qué?

Esterhazy sonrió ante la satisfacción que producía en él el explicármelo.

—¿No se da cuenta? Éste es el paso más lógico para dar a continuación, Si... Un experimento muy pequeño y perfectamente controlado, que sólo altera ligeramente el curso de los acontecimientos del pasado. Hasta ahora habíamos evitado hacerlo, escrupulosamente, en la medida que nos era posible tal como era nuestra obligación. Hasta que la experiencia nos enseñó que el riesgo accidental de alterar el desarrollo de los acontecimientos en el pasado era insignificante. Y que, incluso cuando esto ocurría, los efectos reales parecían sumamente triviales... Ahora ha llegado el momento de efectuar el siguiente paso hacia delante, en bien de nuestro propio

tiempo y de nuestro país... Podemos impedir que Carmody, o Pickering, tal como ahora sabemos que es, se convierta en asesor de Cleveland, por insignificante que fuera como tal. Hay razones obvias para pensar que esto supondría un cambio en el curso de nuestra historia. Si Cuba se hubiese convertido en una posesión permanente de Estados Unidos en la década de 1890... —Sonrió—. En fin, no hace falta que exponga los beneficios que esto habría supuesto. El apellido Castro seguiría siendo lo que era, desconocido. Y el hombre en sí habría seguido siendo lo que era, un trabajador en los campos de la caña de azúcar, supongo, del que nunca se habría oído hablar. Éste será el siguiente paso, Simón, si es que funciona: un indudable beneficio inmediato y, lo que es más importante todavía, una guía para otros más importantes incluso. ¡Dios mío! —Su voz se ahogó en una exclamación de respeto—. Poder corregir errores en el pasado que nos han afectado de manera adversa en el presente... ¡Que increíble oportunidad!

Guardó silencio y todos permanecemos callados. Yo estaba aturdido... Me consideraba una persona corriente que, mucho después de haber crecido, aún mantenía la teoría infantil de que la gente que controla en gran medida nuestras vidas está, de algún modo, más informada y posee un juicio superior al de la mayoría de los demás; que son mucho más inteligentes. No fue hasta la guerra de Vietnam que finalmente descubrí que algunas de las decisiones más importantes de todos los tiempos podían tomarlas ciertos hombres que no poseían mayores conocimientos ni eran más inteligentes que el resto de nosotros... Que cabía la posibilidad de que mis propias opiniones y juicios fueran tan buenos o incluso mejores que los de un político que tomara decisiones de consecuencias trascendentales. Sin embargo, una parte de ese respeto infantil y de esa aceptación de la autoridad aún persistía, y mientras permanecía sentado frente al escritorio de Esterhazy, esperando y en silencio como los demás, me pareció una presunción que un ser insignificante como Simón Morley pudiera cuestionar el juicio de aquella junta... O el de los hombres de Washington que habían estado de acuerdo con ella. Pero supe que tenía que hacerlo. Que iba a hacerlo.

Sin embargo, me embarullé. Me expliqué mal y de manera confusa. Incluso empecé con lo que imagino era el aspecto menos importante de la decisión:

—¿Regresar allí y desacreditar deliberadamente a Jake? —pregunté—. ¿Destrozar su vida? Yo... ¿Acaso tiene alguien derecho a hacer una cosa así?

—Es un hombre que murió hace mucho tiempo, Si —dijo Esterhazy con tono amable, como si se dirigiera a un bobalicón al que no quisiera ofender—. Quien importa somos nosotros.

—Pues allí donde yo lo viese él no estaría muerto.

—Eso es cierto... Pero ha habido un montón de hombres que, por el bien del país, han hecho sacrificios mucho mayores.

—¡Pero a él ni siquiera se le consultaría al respecto!

—A los otros tampoco. Sencillamente se los alista en el ejército.

—Bueno, pues tal vez deberían consultarlos también.

—¿Qué quiere decir con esto? —preguntó. Era indiscutible que no me entendía.

—Que quizás esté mal forzar a un hombre a alistarse en el ejército y matar a otra gente contra su voluntad.

Los otros se limitaron a mirarme. Lo que yo decía era realmente incomprensible para ellos, y me di cuenta de que había discutido un aspecto equivocado.

—Coronel, Rube, señor Fessenden, profesor Messinger, piensen en lo que les digo. ¿Sería... correcto alterar los acontecimientos del pasado? Lo que quiero decir es: ¿quién tiene la certeza de que esto sea algo bueno? Me refiero a quién puede estar completamente seguro.

—¿Por qué diablos tenemos que estar seguros? —exclamó Esterhazy—. ¿Niega acaso que estaríamos muchísimo mejor si Cuba fuera desde hace mucho tiempo una posesión de Estados Unidos en vez de un país comunista a ciento cincuenta kilómetros de nuestra costa?

Me encogí de hombros, inquieto.

—No, no es eso lo que niego. La cuestión es que no importa lo que yo piense, porque podría estar equivocado. ¿Quién puede estar seguro de que Cuba nos perjudicará? Es un país terriblemente pequeño, y todavía no nos ha hecho daño.

—Lo han intentado, ¿no? —Esterhazy estaba a punto de gritar.

Fessenden intervino en un tono suave, intentando tranquilizar los ánimos.

—La crisis de los misiles —dijo, como si me recordara algo que podía haberseme escapado.

—Bueno, sí —admití—. Aunque según Robert Kennedy fueron los militares quienes intentaron convencer a John F. Kennedy de que el peligro era mucho mayor de lo que podía haber sido. Pero no quiero dejarme arrastrar a un debate sobre Cuba... Independientemente de cuál sea la verdad al respecto, no creo que nadie esté en posesión de la sabiduría divina para arreglar el presente mediante una alteración del pasado. ¡Esto es ir demasiado lejos! Dios mío, basta con ver lo ocurrido. Los científicos hacen descubrimientos cada vez más fantásticos, que pasan de inmediato a manos de un grupo de hombres, casi una nueva «raza», que siempre sabe qué es lo mejor para el resto de nosotros. ¡La ciencia averigua cómo desintegrar el átomo, y ellos averiguan enseguida que lo mejor que puede hacerse con este nuevo conocimiento es borrar del mapa Hiroshima!

—¿Y no cree que era lo mejor? —preguntó Esterhazy, con frialdad—. ¿O hubiese preferido que cientos de miles de soldados americanos murieran en las playas de Japón?

—No lo sé. ¿Quién puede saberlo? Creo que la mayor parte de las grandes

decisiones las toma gente que tampoco lo sabe. Gente que sólo conoce sus propias decisiones. Consideran que es correcto y necesario envenenar la atmósfera con la radiactividad. Saben que deben utilizar los descubrimientos genéticos de los científicos para crear nuevas clases de enfermedades terribles, sin siquiera preguntarle al noventa y nueve por ciento restante de la gente qué piensa al respecto. Y ahora que otro científico, el doctor Danziger, ha realizado este gran descubrimiento, debe quedarse en casa, forzado a abandonar, sin poder decidir sobre lo que debe hacerse con lo que ha descubierto. Pero ustedes, no. Una vez más, ustedes saben que lo mejor que puede hacerse con su descubrimiento es eliminar la Cuba de Castro. Bien, ¿cómo lo saben? ¿Quién ha dado a esa nueva raza de hombres que polucionan el medio ambiente, capaces de barrer del planeta a la humanidad, el poder divino de controlar la vida y el futuro del resto de nosotros? La mayoría no ha oído hablar de ellos, y ni siquiera los hemos elegido. —Los miré de uno en uno, luego bajé el tono de voz—. Aun cuando tuvieran razón en lo de Cuba, como posiblemente sea el caso, miren a qué conduciría esto. Conduciría directamente a cambios cada vez mayores, con un puñado de mentes militarizadas reescribiendo el pasado, el presente y el futuro de acuerdo con sus ideas de lo que es mejor para el resto de los humanos. No, caballeros. Me niego.

Esterhazy hizo rechinar los dientes con expresión de furia, soltó el aire por la nariz y aspiró profundamente. Rube se dio cuenta de que estaba a punto de estallar, y, antes de que pudiese replicar, intervino.

—¡Déjeme a mí! —Había un tono de mando en su voz, y con sorpresa advertí que se trataba de una orden.

¿Del comandante Prien al coronel Esterhazy? De pronto advertí que no había entendido cuáles eran las auténticas jerarquías en aquel proyecto. Esterhazy apretó los labios con fuerza, obedeciendo. Entonces Rube se volvió hacia mí y habló con voz tranquila, llana, sin intentar complacerme o congraciarse conmigo, sencillamente explicándome cómo eran las cosas.

—Lo sentiremos si rehúsas, porque eres el mejor agente que tenemos. Nuestra labor de reclutamiento ha seguido sin cesar y no ha resultado en absoluto más fácil que antes hallar personas cualificadas. No obstante, aún podemos encontrarlas, y las encontraremos. Además, se han desarrollado otras ramas del proyecto. La tuya no era la única. El hombre que pasó unos segundos en el París medieval lo ha conseguido otra vez. Hace cuatro días logramos trasladarnos al Denver de 1901 durante veinte minutos. Fracasamos en Dakota del Norte, en el cerro Vimy y en Montana. Y tuvimos serias dificultades con el proyecto de Winfield, en Vermont... El hombre lo consiguió. Logró la transición en dos ocasiones, pero después de la segunda ya no volvió; no sabemos por qué. Tenemos una suposición bastante obvia, pero no lo sabemos con seguridad. Te preguntarás adónde quiero ir a parar con todo esto. Seré

franco contigo; estamos teniendo serias dificultades. Te diré que probablemente eres, con mucho, el mejor colaborador que hallaremos jamás. Y te diré que confiamos profundamente en que al final reconsideres tu decisión. Pero también te diré que, si no lo haces... —Se detuvo a mitad de la frase y me miró. Ya no sonreía. Luego, en tono tranquilo, sin tapujos, prosiguió—: Sencillamente, buscaremos a otro. Y si el experimento no puede llevarse a cabo en el Nueva York de 1882, con Jacob Pickering, se realizará otro en otro lugar, en otra época, y con otra persona. No pienso discutir contigo. Sólo quiero que entiendas que, sea como sea, se hará.

Rube permaneció sentado por unos instantes sin moverse, mirándome fijamente a los ojos. A continuación permitió que aflorara el leve atisbo de una sonrisa.

—Estoy de acuerdo con buena parte de lo que has dicho y de lo que piensas; no con todo, ni siquiera con una parte importante. Pero lo que sientes, te honra, Si... No obstante, sólo puedo repetirte una cosa: si tomáramos todas las precauciones posibles, nunca llegaríamos a hacerlo. De modo que tómate tu tiempo. Siéntate y piensa en ello. Luego dinos qué quieres hacer... Sea lo que sea, lo aceptaremos al instante, sin mayor discusión.

Durante varios minutos, que me parecieron interminables, supongo que reflexioné como no lo había hecho en mi vida. Hubo un momento en que Messinger fue a hablar, pero Esterhazy levantó una mano y exclamó:

—¡Aguarde!

Yo alcé la vista y vi que el coronel se retrepaba en su sillón, relajándose ostentosamente, como si me diese a entender que yo disponía de todo el tiempo que quisiera, y él también. De nuevo se hizo el silencio, y al cabo de largo rato volví la vista hacia ellos.

—Bien, mi conciencia está limpia. He hecho todo cuanto he podido para convencerlos de que lo que todavía siento es lo correcto. Y, si queda algún registro de estas sesiones, me gustaría que constara en él... Respecto a lo que has dicho, Rube, no hay respuesta. Si esto va a hacerse, independientemente de lo que yo piense, sienta o haga, entonces querría participar en ello. Yo lo empecé, y quiero acabarlo antes de que otro lo haga. Sé que puedo hacer esto mejor que nadie, y pido que se me autorice a hacerlo. Haré lo que queráis porque sé que de todos modos se hará; esto o cualquier cosa por el estilo. Pero os pido que me dejéis ser lo más condescendiente posible con Jake Pickering. Me he metido en su vida sin que él lo quisiera y le he hecho daño, aunque creo que estaba justificado. Pero no querría destruirlo. Dejen que lo desacredite únicamente entre las personas que a ustedes les interesan. De ese modo se conseguirá lo que pretenden sin destrozarlo por completo. Su futuro ya es bastante sombrío; dejen que al menos conserve algo. Si están de acuerdo con eso, lo haré. Pero luego presentaré mi dimisión.

Todos quedaron complacidos, y Rube y Esterhazy aceptaron de inmediato. Luego

nos pusimos de pie y todos me estrecharon la mano mientras me aseguraban que no lo lamentaría, que ellos no eran unos inconscientes, que en la capital habían tenido que convencer a gente muy seria, responsable y extremadamente importante de que se tomarían todas las garantías. Que iban a telefonar a Washington de inmediato. ¿Cuándo estaría en condiciones de partir de nuevo? Contesté que necesitaría un poco de tiempo, para arreglar ciertos asuntos personales. ¿Qué les parecía al cabo de una semana? Rube respondió que una semana les parecía bien. Entonces pregunté por Oscar Rossoff y por Martin Lastvogel, que me caían muy bien y a quienes me gustaría ver. Pero Esterhazy dijo que Oscar había abandonado el proyecto, pues tenía que ocuparse de su profesión, y que el tiempo que habían acordado desgraciadamente había concluido. Era posible que dijera la verdad, incluso probable, pero no le creí. A pesar de que podía estar equivocado, en mi mente cuajaba la idea de que Oscar había abandonado como protesta por el rumbo que estaba tomando el proyecto. Martin también se había marchado, para volver a la enseñanza.

De pie en aquel despacho, mientras nos despedíamos, logré forzar una sonrisa y conseguí hilvanar un breve discurso de despedida:

—Bien, ahora todos sabemos dónde estamos. Hice todo cuanto pude para que cambiaran de opinión. Creo que debía hacerlo. Pero tengo que admitir que, dado que iban a seguir adelante tanto conmigo como sin mí, prefiero con mucho que sea conmigo.

Todos sonrieron, e incluso hubo un amago de aplauso, que quedó en un par de palmadas simbólicas.

No voy a explicar gran cosa acerca de mi visita a Katie. En primer lugar, fue una visita extraña. Ella estaba esperando una entrega y no podía abandonar la tienda, así que nos quedamos allí a charlar un rato, interrumpidos de vez en cuando por algún cliente que entraba en la tienda. Entonces me veía obligado a deambular por el establecimiento, anhelando que el cliente se largara, y a la vez procurando disimularlo.

Como es lógico, a Katie le hablé de mi «viaje» —el término que se utilizaba en el proyecto y que yo también había adoptado—, y, como era de esperar, se mostró fascinada. La entrega llegó cuando estaba explicando la última parte, y ella tuvo que revisar una cristalería antigua y cuidadosamente embalada dentro de cuatro cajas de cartón, verificando el contenido y su condición antes de firmar el albarán. Finalmente, aunque no era la hora de cerrar, si bien faltaba muy poco, Katie cerró la tienda y subimos a su apartamento.

Lo primero que hizo, después de preparar café, fue ir a su dormitorio y traer el archivador de cartón rojo que se plegaba como un acordeón. Y mientras concluía mi historia, examinamos una vez más el largo sobre azul y la nota que había en su interior. Cuando por fin dejé de hablar, Katie leyó en voz alta la última frase:

—«De modo que, con el funesto recuerdo de aquel Acontecimiento ante mí, pongo ahora fin a la vida que debería haber concluido en aquel entonces». —Alzó la vista y asintió; las preguntas que Katie se había formulado durante gran parte de su vida ya tenían respuesta—. Me lo he imaginado tan a menudo... El estampido del disparo, y la mujer que vivía como su esposa acudiendo presurosa.

—Junto al cadáver en cuyo pecho se había tatuado el nombre de Julia.

Katie asintió.

—Sí. De modo que ella sola lo lavó y lo vistió. Nadie más iba a ver aquel tatuaje...

Yo sostenía el sobre azul en la mano y le eché un último vistazo, luego se lo devolví a Katie y cogí la pequeña fotografía que ella guardaba. De nuevo contemplé la nítida imagen de la lápida bajo la cual la señora de Andrew Carmody había enterrado a Jake. No había nombre alguno en ella; había vivido con él como si fuera su esposo, pero no iba a enterrarlo como tal. Allí, sobre aquella lápida de Gillis, Montana, estaban los puntitos, los hoyos deteriorados por el tiempo que formaban la estrella de nueve puntas dentro de una circunferencia. Sólo que ahora ya no parecía una lápida. Redondeada en la parte superior, rectos los lados, la pequeña lápida me sugería lo que debía de haberle sugerido a la mujer que había ordenado su construcción: el tacón de la bota de Jake Pickering reproducido en piedra, el último acto del melodrama que había sido la vida de él en el siglo XIX.

Katie dejó a un lado el archivador, sirvió el café y nos sentamos a charlar, a la espera de que lo que tenía que decirse se dijera. Finalmente, de manera torpe, comenté:

—No habría salido bien, ¿verdad, Katie?

—No —contestó—. Ignoro por qué... ¿Y tú?

Negué con la cabeza.

—Creí que saldría bien; estaba seguro. Pero llegó el momento en que tenía que funcionar y...

Katie no deseaba seguir con aquello.

—Y no funcionó. Bueno, a veces pasa, Si... ¿Qué más se puede decir? No es cuestión de buscar posibles fallos; no se puede forzar. De modo que no te culpes.

Por supuesto, charlamos durante un rato, bastante largo, según comprobé con sorpresa. Incluso nos reímos de algunas cosas que habían ocurrido en el pasado. Cuando por fin me marché, creo que nos sentimos cómodos el uno con el otro, y supe que cuando hubiera transcurrido un tiempo y nuestras nuevas relaciones ya fueran algo viejo, me sentiría complacido si un día veía a Katie de nuevo.

En el trayecto hacia casa, las dudas se apoderaron de mí, y me sentí desolado. ¿Sería capaz de regresar y pasar lo que me quedara de vida con Julia? ¿Podría hacerlo, conociendo el futuro? ¿Podría vivir en el Nueva York del siglo XIX y mirar a

los bebés dentro de sus cochecitos, sabiendo lo que les aguardaba? Se trataba de un mundo extinguido, en realidad; casi todos habrían muerto hacía tiempo. ¿Alguna vez podría unirme realmente a él?

Durante la semana que siguió almacené esa pregunta en lo más hondo de mi mente, sin intentar forzar una respuesta. En cambio, finalicé algunos dibujos y empecé esta narración, trabajando continuamente y con rapidez, escribiendo a mano dado que no tenía máquina de escribir, interrumpiéndolo para comer y de vez en cuando dar un paseo, pero sin hacer muchas más cosas. Indirectamente, eso me ayudó a planificar lo que tenía que hacer, me obligó a centrarme en lo que realmente importaba. De vez en cuando pensaba en Rube Prien y me echaba a reír. Si hubiese sabido lo que yo estaba haciendo, habría ordenado que clasificaran cada una de mis páginas como ALTAMENTE SECRETO. O mejor aún, habría ordenado que las quemaran. Eso es lo que tendría que hacer yo, a menos que me reuniera con Julia y las llevara conmigo.

Yo tenía un amigo, un escritor, del que estaba convencido que era el único hombre capaz de rebuscar entre un montón de antiguos panfletos religiosos en la sección de libros raros de la Biblioteca Pública de Nueva York. Si decidía reunirme con Julia podría finalizar este manuscrito, decidí, y luego, cuando fuera que se construyera la Biblioteca —¿en 1911?—, podría depositarlo allí, donde sabía que rebuscaría algún día. Sentado ante la mesa de la cocina, sonreí ante la idea; al menos me daba la sensación de que había un propósito en el hecho de escribir esto. Pero el auténtico propósito no se había conseguido; la pregunta que había en mi mente no se contestaba por sí sola.

Rube telefoneaba cada día, y durante aquella semana pasó a verme en dos ocasiones. Pero siempre llamaba antes, para evitar dar la sensación de que estaba controlándome, que era lo que hacía en realidad. Cada vez que hablábamos, me costaba sudor y esfuerzos hacerle entender que yo no había cambiado de opinión.

El último día busqué el nombre del doctor Danziger en el listín telefónico y lo llamé. Descolgó al quinto timbrado, cuando yo ya pensaba en desistir, limpia mi conciencia. Mientras hablábamos, deseé haber colgado antes de que respondiera, pues —del modo misterioso en que a veces ocurren estas cosas— de repente su voz sonó envejecida, y me alegré de no poder verlo. Su tono era trémulo ahora, como si fuese un anciano agotado, y me invadió cierta convicción de que Danziger estaba viviendo los últimos momentos de su vida. Le conté lo que Esterhazy y Rube me habían dicho; él insistió en que se lo dijera, y yo pensé que tenía derecho a saberlo. Danziger no se habría enterado, porque nadie se lo habría dicho. Lo noté tan afectado, su voz sonaba tan temblorosa, que temí terriblemente que se echase a llorar. Sin embargo, como es lógico, no lo hizo. Aunque debería habérmelo imaginado. Él podría dar la sensación de que de pronto era muy viejo, pero no era un hombre que se permitiera cambiar

hasta ese punto. Lo que ocurría era que estaba furioso.

—¡Párales los pies! —exclamó—. ¡Tienes que impedir que lo hagan! Prométemelo, Si. ¡Dime que vas a impedirlo!

Se lo prometí, por supuesto. Estaba decidido a hacerlo. Y, al escuchar mi propia voz, confié en que sonara como yo quería.

Una semana después de haber vuelto ya estaba otra vez en el Dakota, nuevamente vestido con aquellas ropas, que ahora me resultaban casi más naturales que las que había dejado en mi apartamento. Pasé allí la última noche y parte del día siguiente, no porque lo necesitara para alcanzar el estado mental necesario para salir a lo que ahora consideraba el tiempo de Julia, sino porque allí me sentía más aislado que en mi apartamento, y más libre para reflexionar sobre la decisión más importante de mi vida... Allí, en aquella especie de limbo entre dos mundos y dos épocas.

Ya no nevaba, pero durante todo el día el cielo estuvo gris, visiblemente encapotado, como si de pronto fuera a nevar. Y finalmente, bastante después de que oscureciera, salí del apartamento, bajé por las escaleras y giré hacia la calle en dirección al parque. Los neumáticos de los coches chirriaban en el asfalto húmedo, y me quedé esperando en el bordillo. Luego el semáforo cambió a verde y crucé, entré en el parque, busqué un banco y me senté. Entonces aguardé, en la más profunda oscuridad, en medio del silencio y, sencillamente, dejé que el cambio se produjera, casi por acumulación. Cuando por fin me levanté y miré alrededor, cuando vi los árboles sin hojas recortados contra el cielo nocturno, iluminados por la blancura de la nieve, no me pareció que el parque fuera distinto. Pero yo sabía, con absoluta certeza, dónde estaba, y al salir de nuevo a la Quinta Avenida una carreta de reparto pasó traqueteante por mi lado, el caballo cansado, y un fanal de queroseno balanceándose debajo del eje trasero. En la acera, una mujer con un sombrero de plumas negro y una capa de pieles sobre los hombros pasó sujetándose la larga falda negra unos dos centímetros por encima del suelo adoquinado.

Giré hacia el sur y bajé por una Quinta Avenida residencial, estrecha y tranquila, y al caminar contemplaba la luz amarillenta de las ventanas a la vez que captaba alguna que otra escena: un hombre calvo y con barba que leía el periódico vespertino, a la luz de una chimenea que yo no podía ver y que se reflejaba contra el cristal de la ventana; o una doncella con delantal y cofia blancos, que cruzaba por una habitación; o un árbol de Navidad con un mes de antigüedad, y a una mujer que acercaba una cerilla encendida a las velas para complacer a un niño de cinco años que estaba a su lado.

Seguí caminando sin pensar, a la espera únicamente de comprobar qué sentía. Luego me quedé al otro lado de la calle, junto a la verja del parque, mirando hacia las ventanas superiores iluminadas del 19 de Gramercy Park. Permanecí allí unos minutos, y en una ocasión vi que alguien pasaba rápidamente ante una de las ventanas

delanteras, aunque no logré distinguir de quién se trataba. Me quedé allí hasta que sentí los pies entumecidos a causa del frío. Pero no entré. Al cabo de un rato, me alejé con paso presuroso.

Luego, siguiendo por Broadway hacia el norte desde Madison Square, caminé a lo largo de Rialto, la zona de Nueva York donde estaban los teatros cuando Broadway todavía era Broadway. La calle estaba atestada de carruajes recién lavados y encerados. Las aceras estaban repletas de gente, la mitad cuando menos con traje de gala, y el bullicio, la animación y la inminencia del placer llenaban el aire.

Pero yo no formaba parte de aquello. Pasé por delante de los teatros iluminados, los restaurantes y los grandes hoteles, hasta que llegué al Gilsey House, entre la calle Veintinueve y la Treinta. Allí compré un puro, un largo cigarro con ambos extremos cortados, y me lo metí cuidadosamente en el bolsillo delantero de la chaqueta. Salí, crucé la calle Treinta y me detuve ante un teatro que parecía completamente nuevo: el Wallack. Las enormes letras mayúsculas de los carteles que había a cada lado de las entradas anunciaban LOS FORJADORES DE RIQUEZA. Justo delante de mí, un hombre que llevaba un bastón con el puño de plata se quitó la chistera de copa y sostuvo la puerta del vestíbulo abierta para que pasara la joven que iba con él. Los dos entraron y yo los seguí a un vestíbulo tan espléndido que resultaba abrumador. Allí todo era terciopelo azul o marrón, con adornos dorados o plateados, madera oscura barnizada y lámparas recargadas que colgaban del techo. Dos escaleras idénticas, una a cada lado del vestíbulo, se curvaban hacia el anfiteatro. Me acerqué a la taquilla, ante la cual había una pequeña cola, y leí la lista de precios enmarcada que había al lado: BUTACAS DE PLATEA, 1,50\$. ANFITEATRO: Primera fila, 2,00\$; Segunda y Tercera filas, 1,50\$; De la Cuarta a la Novena, 1,00\$; Resto, 0,75 ¢ y 0,50 ¢.

Entonces atisbé a través de los cristales de la puerta de la entrada. La mujer a la que yo esperaba aún no estaba allí, de modo que me quedé a un lado, junto a la pared, aunque algo apartado, escuchando la animada excitación de quienes estaban en el vestíbulo. Pasaron unos minutos, quizá cuatro o cinco, y entonces la vi: la espalda encorvada, arrastrando los pies... Tenía el cabello blanco, llevaba un abrigo de hombre sin botones, con una cuerda en torno a la cintura, los zapatos rotos en los lados, y un harapiento pañuelo atado debajo de la barbilla. Colgada del brazo llevaba una pequeña cesta, medio llena de rojas y lustrosas manzanas. Entonces se colocó en medio de la acera y empezó su interminable cacareo de vendedora:

—¡Manzanas! ¡Manzanas! ¡Manzanas! ¡Compre su manzana ahora mismo! ¡Manzanas! ¡Las de Apple Mary son las mejores! ¡Dense prisa! ¡Rápido! ¡Apple Mary tiene las mejores!

La miré atentamente. Sólo un hombre de los tres o cuatro que vi que le entregaban una moneda cogió la manzana, y no entró en el teatro, sino que siguió

caminando al tiempo que se la comía. Los otros entraron o permanecieron en la acera.

Los carruajes no paraban de dejar a sus pasajeros junto al bordillo. En aquel instante se detuvo uno y bajó una familia, todos vestidos de gala: el padre con barba, un rubí en la pechera de la almidonada camisa; la madre, una mujer amable y sonriente, lucía un vestido rosado y un abrigo gris; y dos jovencitas, una de unos veinte años y la otra más joven. Ambas llevaban el abrigo doblado sobre el brazo, los hombros desnudos; una lucía un vestido gris adornado con lacitos color granate, y la más joven un maravilloso vestido de terciopelo verde primavera, sin adornos ni nada que lo realzara. Cuando sonreía, como hizo al pasar ante la puerta que su padre le sostenía, estaba deslumbrante.

En el vestíbulo se encontraron con unos amigos y, entre risas, se detuvieron a hablar. Me habría gustado escuchar qué decían, pero no podía. Tenía que seguir vigilando a Apple Mary, que anunciaba su mercancía en la acera. Y al cabo de menos de un minuto llegó él, con su traje de gala, totalmente afeitado a excepción del bigote, moviéndose con soltura entre los grupos de la acera, un hombre delgado, muy alto y atractivo, de poco más de veinte años. Las puertas del vestíbulo que había a mi lado se abrían y cerraban continuamente, y cuando el joven se detuvo junto a Apple Mary, lo oí pronunciar las palabras que casi hubiera podido repetir con él:

—Aquí tienes, Mary. ¡Buena suerte para ti y buena suerte para mí!

Vi el destello del oro en la moneda que dejó caer en la mano de la mujer, quien al ver lo que había en la palma de su mano, lo miró y exclamó:

—¡Bendito sea usted, señor! ¡Oh, bendito sea! —Mis labios se movieron casi al mismo tiempo que los de ella—. Esta noche será venturosa para usted. ¡Acuérdese de lo que le digo!

Eché un vistazo a mi izquierda. El grupo familiar estaba despidiéndose de sus amigos y se volvía hacia la escalinata, al tiempo que éstos lo hacían en dirección a las puertas de la platea. Entretanto, el joven a quien yo vigilaba se acercaba por la acera hacia mi puerta, el brazo tendido en busca del tirador. En el instante en que él empujaba la puerta, saqué la mano del bolsillo delantero de la chaqueta, sonreí interceptándole el paso, y lentamente alcé hasta la boca el cigarro que sostenía en la mano al tiempo que decía:

—Usted disculpe, señor. ¿Podría darme fuego?

—Por supuesto.

Sacó una cerilla, alzó un pie para frotarla en la suela, luego levantó la chisporroteante varilla, la protegió con una mano y la acercó a mi cigarro. Dominado por la congoja, agaché la cabeza, incapaz de mirarlo a los ojos, y di varias caladas para encender el cigarro.

—Muchísimas gracias —dije mientras con el rabillo del ojo veía la parte más alejada de la escalinata que conducía al anfiteatro, y a la chica del vestido verde que

subía por ella.

—No se merecen. —El joven, que estaba en la parte de fuera de la entrada, sacudió la cerilla, luego entró en el vestíbulo y miró alrededor. Pero no vio nada que atrajera su interés. En lo alto de la escalinata hubo un último destello de terciopelo verde, pero no creo que él lo advirtiese siquiera. Entonces sacó una entrada del bolsillo del chaleco y cruzó el vestíbulo para entrar en la sala.

Mientras yo avanzaba por la acera de la izquierda de Broadway, con las manos metidas en los bolsillos del abrigo, me sorprendí al caer en la cuenta de que si alguna vez volvía a entrar en el gran almacén de ladrillo rojo con el letrero que rezaba «Beekey» —aunque sabía muy bien que nunca volvería allí—, lo haría en un local de seis plantas con pisos de cemento y repletas de productos para el hogar, nada más. Y que si en el ejército seguía la pista de un comandante llamado Rube Prien, al final encontraría a un ex jugador de fútbol bajito y corpulento, con una sonrisa maravillosa. Sin duda estaría detrás de algún escritorio, con un limpio uniforme color caqui, planeando con absoluta buena fe y la más indiscutible certeza Dios sabría qué terrible diablura. Pero no me reconocería.

Yo le había prometido al doctor Danziger que cumpliría con la decisión que había tomado el día en que me había enfrentado a Rube Prien y a Esterhazy. Ahora acababa de cumplir con mi promesa, y el joven que debería haber sido el padre del doctor Danziger —el parecido habría sido asombroso— y la muchacha de verde que en el futuro debería haber sido su madre, ya no lo serían.

Pero éstos eran pensamientos que ya no pertenecían a mi tiempo. Ahora correspondían a un lejano futuro al que yo ya no pertenecía. Acaricié el manuscrito inconcluso que llevaba en el bolsillo del abrigo y miré alrededor el mundo donde me encontraba, las casas de paredes rojizas e iluminadas por gas que tenía a mi lado, al cielo nocturno de invierno. Aquél también era un mundo imperfecto, pero el aire — respiré profundamente y sentí su cortante frialdad en los pulmones— aún seguía siendo limpio... Los ríos fluían incontaminados, como habían hecho desde sus inicios. Y la primera de las terribles guerras mundiales aún estaba a muchas décadas de distancia. Cuando llegué a la avenida Lexington, doblé hacia el sur y, con las luces amarillentas de Gramercy Park aguardando al final de la calle, me encaminé hacia el número 19.

NOTA EXPLICATORIA

He intentado ser verdaderamente preciso en esta historia. Los coches públicos tirados por caballos efectuaban los trayectos que Si realiza con ellos; las estaciones del tren Elevado se hallaban localizadas allí donde él sube y baja de los trenes; todo lo que ve en el vestíbulo del antiguo Astor House estaba allí realmente; las citas de los periódicos que lee son textuales; y el brazo de la estatua de la Libertad se alzó realmente en Madison Square, lo cual me complace de manera especial. En ocasiones mis esfuerzos por ser exacto han sido compulsivos, como la narración del incendio del edificio del *World* y los acontecimientos que lo precedieron, donde me obsesioné por seguir las auténticas horas del día y los detalles exactos de los cambios meteorológicos en el transcurso del incendio, así como los nombres de los inquilinos, e incluso que los números de los despachos de aquel ruinoso edificio fueran correctos, o casi... Incluso me dije que la solución final al misterio que originó aquella tragedia debía encajar tan bien con los hechos conocidos, que pudiera aceptarse como una verdad en la época en que ocurrió. Esta clase de investigación se convirtió en una estúpida pérdida de tiempo, pero resultó divertido.

De todos modos, no he permitido que la exactitud interfiera en esa historia. Si necesitaba un elegante edificio de apartamentos como el Dakota en 1882, y descubría que éste no se había edificado hasta 1885, me limitaba a desplazarlo un poco en el tiempo; pueden pedirme cuentas, si lo desean. De modo que existen algunas inexactitudes deliberadas, y tal vez incluso un par de errores auténticos, pero sólo se trata de una novela, escrita para pasar un rato entretenido. No obstante —con la gran ayuda de Warren Brown y de Lenore Redstone, que realizaron una inteligente e imaginativa labor de investigación—, dudo que haya muchos de estos errores.

Como es lógico, tanto las fotografías como los dibujos de Si no son obra suya. Muchas de las mejores ilustraciones se consiguieron con la infinita paciencia, amabilidad e inteligente juicio de la señorita Charlotte La Rue, del Museo de la Ciudad de Nueva York. Otras me las proporcionaron Brown Brothers ([a], [b]); Culver Pictures, Inc. ([c], [d], [e], [f]); Home Insurance Company ([g], [h]); Museo de la Ciudad de Nueva York ([i], [j], [k], [l], [m], [n], [o], [p], [q], [r], [s], [t]); y The New York Historical Society de la ciudad de Nueva York ([u]). Las fotografías y los dibujos representan muy bien la época, creo, si bien no todos pertenecen estrictamente a la década de 1880. Antes de 1900 las cosas no cambiaban tan rápidamente como ahora..., una razón más por la que Si decidió, sabiamente, quedarse allí.

J. F.



JACK FINNEY. Milwaukee, 2 de octubre de 1911 - Greenbrae, 14 de noviembre de 1995. Fue un autor dedicado al género de aventuras y a la ciencia ficción.

Publicista de profesión, Finney comenzó a publicar cuentos en 1946 y su primera novela, *Five against the house*, apareció en 1954. Su obra más conocida es, sin duda, *Los ladrones de cuerpos* (1955). La novela sufrió varias adaptaciones cinematográficas. La más conocida fue la dirigida por Don Siegel (1956) considerada un auténtico clásico del cine.

En el campo estrictamente literario, el mayor éxito de Finney fue *Ahora y siempre*, obra de ciencia ficción que logró un extraordinario éxito de público. De ella ha escrito Stephen King en el epílogo de su libro *22/11/63*: «*Ahora y siempre* es, en opinión de este humilde escritor, la gran historia de viajes en el tiempo».

Notas

[1] *World* significa «mundo», en inglés. (N. del T.) <<